

TESORO
DE ORATORIA
SAGRADA

XX

PAN. JERICOS
DE
LOS SANTOS

BV4217
T4
v. 20
1871-93

008550



EX LIBRIS

HEMETHÉRIU VALVERDE TELLEZ

Diócesis Leonense



1080015288



TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA;

TOMO XX.

TERCERA PARTE.

TESORO
DE
PANEGÍRICOS

en honor de los

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

SANTOS.

TOMO I.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA;

Ó SEA:
BIBLIOTECA ESCOGIDA

DE
PREDICADORES;

COLECCION ESCOGIDA

de Sermones, Pláticas y otros Discursos sagrados, sacados de los más sobresalientes autores nacionales y extranjeros, en especial modernos.

TERCERA PARTE.

TESORO
DE
PANEGÍRICOS
en honor de los
SANTOS,

cuya culla es más popular y universal en el seno de nuestra santa madre la Iglesia católica:

COLECCION

formada con materiales escogidos de los oradores contemporáneos más distinguidos y adicionada con discursos originales,

POR EL

F. P. Ramon Buldú,

Provincial franciscano.

Laudem eorum nuntiet Ecclesia.

(Ecccl. xlvij, 15.)

TOMO I.

Capilla Alfonso

Biblioteca Universitaria

LICENCIA DEL ORDINARIO, Biblioteca Valverde y Tellez

BARCELONA.

PONS Y C.^o EDITORES CATÓLICOS, CALLE DE PETRITOL, NÚM. 9.

1886.

Con reserva de todos los derechos según los tratados.

45181

BV4217

T4

TESORO

ORATORIA SAGRADA

1971-92



FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta de los Sucesores de N. Ramírez y C. - Barcelona.

PRÓLOGO.

La importancia de la misión del Clero católico no puede compararse con nada. Jesucristo estableció la predicación como medio ordinario para la enseñanza de la verdad religiosa. Por espacio de tres años, que fueron los últimos de su vida, desempeñó el Salvador el importante ministerio de anunciar á los pueblos la verdad, que era desconocida al mundo. Y cuando, después de consumir sus trabajos y de trazar el mecanismo general de la sociedad que había venido á establecer, se preparaba Jesucristo á salir del mundo, viendo á los suyos que le rodeaban con dolorosa ansiedad, como quien espera escuchar las últimas instrucciones de su celestial Maestro, de cuyos labios habían oído tantas veces palabras de vida eterna, los dijo: «Tengo todo el poder en el Cielo y en la tierra; marchad á enseñar á todas las naciones, que Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos.» Estos son los títulos de la misión sacerdotal, y en ninguna otra parte podreis encontrarlos más magníficos. Porque ¿á quién se dirige el Hombre-Dios con estas palabras de tan alta soberanía? se dirige, no á la masa de sus discípulos, sino á la flor de sus prosélitos, al Clero, á quien segrega del resto de los hombres para hacerle depositario de la más alta autoridad dogmática.

Revestidos de esta autoridad, los sacerdotes empiezan á predicar, y nada resiste á su palabra poderosa. El mundo viejo se desmorona: los errores huyen avergonzados ante la sencilla palabra de los pro-

000350

dicadores evangélicos, y no hay brazo bastante fuerte que pueda sujetar los dioses sobre sus pedestales. El mundo recibe de los labios del sacerdote la ciencia y los preceptos: la humanidad se renueva: es el sacerdote el que civiliza la tierra; y solo el sacerdote es quien con su predicacion ha de salvar en nuestros días la sociedad. El mundo, entregado á tantas convulsiones, espera el rocío del Cielo en la palabra divina que el sacerdote está encargado de anunciarle. No hay paz en la sociedad; lo que hay es silencioso desarrollo de un gérmen de muerte, oculto en sus entrañas. Si la palabra católica no ataja ese mal, hay que desconfiar de su curacion, y temer próximas catástrofes.

Pero el Clero es hoy día poco numeroso á causa de la supresion de los Órdenes religiosos y del aumento de las poblaciones, y no puede dedicarse, cuando sería necesario, á la santa mision del pulpito. Además, su escasez de recursos no le permite adquirir obras costosísimas donde encontrar un caudal de doctrina, que solo mediante crecidos desembolsos y detenido estudio hallaría en tratados muy apreciables que no le es dado poseer. Animados del santo deseo de ser útiles á los que ocupan con frecuencia la cátedra del Espíritu Santo, hemos dado á luz, la más acabada BIBLIOTECA DE ORATORIA SAGRADA, que consta de doce tomos; el TESORO MARIANO, que consta de siete; y ahora les ofrecemos una coleccion completa de PANEGÍMICOS.

Acometida la empresa, y á medida que íbamos adelantando en el religioso exámen de las colecciones impresas de algunos años á esta parte, no tardamos en conocer, que casi todos los oradores modernos han compuesto discursos para las mismas festividades, echándose, por consiguiente, de menos, PANEGÍMICOS para muchas fiestas populares que convenia no omitir. Hemos debido por lo tanto llenar este vacío con el trabajo propio, con la insercion de un número nada escaso de PANEGÍMICOS originales, los cuales, si no son tan dignos del reverendo Clero á quien se dedican, como hubiéramos deseado, contienen siempre enseñanza y sólida doctrina.

En vista de tan poderosas consideraciones, fácilmente se compren-

derá, que, aún encerrándonos en los más estrechos límites, no era posible realizar nuestro plan con menos de cuatro tomos.

Este número de volúmenes concilia á la vez la importancia y economía de la obra; y cábenos la satisfaccion de anunciar á nuestros lectores, que esta Coleccion, sobre ser la más moderna, será tambien la más completa y acomodada á las actuales necesidades de la época.

Hemos omitido de intento el nombre de los autores, porque, con raras excepciones, nos ha sido necesario ceñirnos á las condiciones de nuestro pensamiento, ya extrayendo, ya combinando segun nuestro criterio y bajo nuestra responsabilidad.

En la distribucion de los asuntos nos ha parecido que debiamos adoptar el órden alfabético. Excusamos detenernos á demostrar las ventajas que para el lector ofrece este método, que tanto facilita y simplifica cualquier trabajo de indagacion.

Recibid, venerables sacerdotes, la humilde ofrenda que con santa osadía os presenta el menor de vuestros hermanos. La Iglesia es un delicioso vergel plantado por la mano del divino amante Jesús, entre cuyas flores abundan la rosa del AMOR, la azucena de la VIRGINIDAD y el lirio de la PASTOR; todas bellas, todas fragantes: en escoger consiste la dificultad. Otras manos más hábiles, más delicadas, hubieran sido más felices sin duda en tejer con tan exquisitas flores una corona digna por su arte de los celestiales alcázares; con todo, nos daremos el parabien si con nuestras escasas luces podemos contribuir á la mayor veneracion de los pueblos hácia los Santos; de esos héroes excelsos, que han sido y son brillantes joyas de los augustos palacios del Señor, el mayor honor de la humanidad, y su más alto y firme apoyo.

Dígnese el Señor oír nuestras súplicas, colmar nuestros deseos y coronar nuestros débiles esfuerzos.



PANEGÍRICO

DE LOS SANTOS ABDÓN Y SENÉN

ABOGADOS CONTRA LAS TEMPESTADES, RAYOS Y LA PIEDRA.

*Laudamus viros oblitos et parentes
reor... multas gloriam fecit Dominus.
Alabemos á los varones ilustres, á nues-
tros mayores; mucha gloria redució al
Señor.*

(Ecol. XLIV, v. 1)

Es práctica muy loable invocar á los santos en nuestras aflicciones; no he dicho bastante: es dogma inconcuso y firme de la religión, que aquellas almas privilegiadas, á las cuales Dios comunicó en este mundo una parte de su poder y soberanía, conservan en el Cielo este mismo valimiento; y si en la tierra obraron prodigios y maravillas como lugartenientes del Altísimo, en la gloria gozan los mismos y aun más extendidos fueros, como cordiales amigos é íntimos confidentes de aquel eterno Monarca, que es admirable en sus santos. Sentada esta doctrina, ya podemos entrar á formar el panegírico de los dos grandes santos, á quienes consagramos esta solemnísimas fiesta en protesta de nuestra gratitud y en agradecimiento de sus beneficios. Hablo, oyentes míos, de los dos esclarecidos hermanos en Cristo, Abdón y Senén, en quienes los labradores tienen puesta su confianza para el logro y recolección de las cosechas, que tanto contribuyen á la paz, al sosiego, á la tranquilidad y al bienestar de sus casas y familias.

Alabemos, decís el *Eclesiástico*, alabemos á los varones gloriosos nuestros progenitores y patriarcas, pues por su santidad y virtud hemos alcanzado de Dios los más grandes beneficios; Alabemos á Enoch, á Noé, á Abrahán, á Isaac y á Jacob; al uno por su penitencia, al otro por su justicia, á este por su fe, á aquel por su obediencia, á estotro por su misericordia. Alabemos á cuantos estuvieron llenos del espíritu de Dios y caminaron en sus preceptos; pues en atención

Toxo 1.

á sus méritos hemos recibido singularísimas gracias, hemos quebrantado las cadenas de nuestros encañigos, hemos sacudido el yugo de nuestros opresores, nos hemos visto libres de las plagas de la tierra y de las iras del Cielo. Así habla Jesús, hijo de Sirac, lleno de amor y respeto á aquellos varones santos, que le precedieron y que fueron toda la fuerza y apoyo del pueblo de Israel. Y así hablo yo también en este día, á cuantos tienen puesta su confianza en sus verdaderos padres, y poderosos auxilios, Abdón y Senén, por cuyo mérito han recibido y esperan recibir millares de mercedes y bendiciones del Cielo. El Señor ha manifestado su gloria en estos santos. La manifestó en su nacimiento, y la ha manifestado en su patrocinio. La manifestó en su martirio, revisándolos de una fortaleza invencible: la ha manifestado en su patrocinio, dándoles amplios poderes á favor de sus devotos. Ellos fueron acérrimos defensores de la fe de Jesucristo, y ellos son celosos defensores de los hijos de la Iglesia, muy particularmente de los laberadores, de quienes son especiales abogados. Sobre estos dos puntos versará mi oración. Pidámos los auxilios de la gracia. A. M.

Los emperadores romanos, lisonjados de una fortuna constantemente creciente, aspiraron á dominar el universo, y llevaron la fama y el terror á su nombre, y de sus armas, no solo á las provincias limítrofes y cercanas, la Germania, la Grecia, la Dalmacia, la Galla, la Bataria y la Panonia, sino hasta la Siria, el Egipto, la Iberia, la Media, la Partia y la Persia: es decir, desde el ocaso del sol hasta su oriente. A esta última nación, por naturaleza guerrera, hizo una expedición y famosa jornada en el siglo III. el emperador Decio, tan celoso de su gloria como de su religión pagana. Sus armas tuvieron felices resultados, y toda la Persia hubo de someterse al yugo de los romanos y sufrir los horribles estragos del fuego y del acero. Uñó Decio con la victoria, quiso dar á Roma un espectáculo plausible y lisonjero, llevando atados á su carroza triunfal los principales personajes de la nación subyugada: y entre estos prisioneros de clase, de calidad y de mérito, fueron y contados nuestros ilustres santos Abdón y Senén, como caballeros distinguidos y de la primera nobleza. Dios los tenía destinados en sus eternos consejos para asiros de primera magnitud en el Cielo de su Iglesia.

Como Abdón y Senén habían de ser testigos fieles de la ley de Jesucristo, dispuso la divina Providencia, que, desde niños, abrazasen la religión cristiana en un país, en donde reinaba la más ciega superstición y las más duras nieblas del error. A la manera que la

estrella matutina se levanta de en medio de la niebla, y una fragante rosa brota de entre punzantes espinas; así, estos dos ilustros persas se dejaron ver como fenómenos raros en el país de su naturalidad, generalmente superstitioso é idólatra, y se declararon discípulos de una escuela diametralmente opuesta en doctrina y dogmas á la creencia de sus compatriotas. Era menester á la verdad firmeza para sostener este carácter; pero Abdón y Senén lo sostuvieron con dignidad, á pesar de las contradicciones del mundo, del demonio y de la carne. Eran cristianos, no de solo nombre, como lo suelen ser muchos, sino en espíritu y en verdad; y todo su estudio era el libro sagrado de la doctrina evangélica, no solo para saber las máximas que prescribe, sino para practicarlas. Su conducta era la más religiosa; sus costumbres irreprensibles, su vida imaculada, sus palabras medidas y circunspectas; su conversacion ejemplo y edificante; su trato liso y sencillo, la modestia en el rostro, la verdad en los labios, el recato en la vista, la limpieza en las manos; huyendo como de un veneno de cuanto pudiese manchar su cuerpo y alma, de amistades ruinosas, de concurrencias libertinas, de mesas opiparas, de juegos, de saraos, de fiestas profanas, en que tantas heridas recibe la inocencia; y en fin, ellos eran unos cristianos verdaderos, que en solo su porte confundían á los gentiles. No es fácil calcular los servicios que estos hombres prestaron á la Iglesia, y cuántos de aquellos idólatras y paganos abrieron los ojos á la luz, abandonaron la extravagancia de sus ritos y de su secta, y tomaron partido en las banderas del Crucificado ni poderoso ejemplo de nuestros Santos. Ellos eran incansables en las obras de piedad, iras de paz en las discordias, oráculos de resolución en las dudas, ángeles de consejo en los negocios más arduos, lazos de unión en los matrimonios, mediadores en los litigios, consoladores en los reveses é infortunios, y aires benéficos que sobre todos derramaban ríos de beneficencia.

No se contentaron estos hijos de Abrabán con ejercer la hospitalidad con el peregrino, alargar la mano para socorrer al pobre, remediar necesidades públicas y secretas con largos donativos y cuantiosas limosnas, sino que pusieron por obra el proyecto de vender todos sus bienes, sus linas y posesiones: para el alivio de la humanidad afligida, sin retener más que la esperanza en Dios, juzgándose más ricos con esta joya que con sus tesoros materiales. No puede descarse más bella disposición para dar la vida por Cristo, pues nunca morirá corporalmente por el Señor de la Gloria el que no hubiere muerto espiritualmente á los deseos codiciosos de la tierra.

Vedlos ya caminar á Roma, cargados de grillos y cadenas, más gozosos que el esposo entra en el día de sus bodas. Entregados á una tropa de crueles soldados sufren los mayores oprobios, insultos, escarajos, improperios y luhibrios: padecen hambre, sed, desnudez, calores, frios y todas las inclemencias, sin que estos rigurosos tratamientos causen su paciencia, ni abran brecha en el muro de su constancia.

Ha Decio altamente complacido con el lotin de tales prisioneros, y quiso ostentar la pompa de su triunfo con el presente de dos esclarecidos persas, que hacían profesion de la religion cristiana. El era enemigo jurado del Cristianismo, y no podía sufrir en su presencia á ningún atrevido que despreciase el culto de sus deidades. Con malos competidores vá á medir sus fuerzas, soberbio príncipe: ellos no estiman en un ardid ni tu poder, ni tus armas, y mucho ménos tu falsa religion é infame secta: son discípulos de Jesucristo, y lo serán á pesar de tus magnificaciones, de tus empeños y de toda la cólera del Inferno. No sé á fuerza de tormentos venéis su fortaleza: no les vayas con promesas, halagos ni caricias, porque serán en vano: ya conocen el veneno que llevan los ofrecimientos. Discurso suplicios, potros, catasias y ruedas, que también buelarian tus bárbaros conatos. El primer paso de Decio fué entregarlos á Claudio, para que les hiciese algunas tentativas y amigables reconvenções. Este sacerdote inmundo levanta un altar y una ara; y colocando algunos simulacros de Júpiter, de Venus y de Marte, les ruega, los persuade, les insta, á que se postren y adoren aquellos ídolos, con lo cual ganarán la gracia del César, la libertad y la vida. ¿Qué viene á ser esto de Marte, de Venus y de Júpiter? le preguntan los Santos. ¿Qué delirios tenéis metidos en la cabeza? ¿Quién os ha transformado el seso? ¿No tenéis vergüenza de adorar á estás fútiles divinidades? ¿Es posible, que hombres que se tienen por sensatos y juiciosos, den en tales extravagancias, y hagan autores del Cielo y de la tierra, de la virtud y de la felicidad á un Marte cruel y sanguinario, á una Venus lasciva y disoluta, á un Júpiter alfétero y mancebro? Así deshonorais la razon y la humanidad con estas necias invenciones, que no son más que obras de los demonios ó fábulas caprichosas, que solo tienen ser en la dementada fantasía de los poetas? ¿Qué gracia es esa del emperador que nos prometéis? Si él no puede escapar al juicio de Dios, que le amenaza, y un fuego abrasador ha de ser el pago de sus malas obras; ¿cómo podrá hacernos felices y dichosos y asegurar nuestro eterno descanso? Nosotros no queremos la gracia de los hombres: tan falaz como ellos mismos: solo queremos la gracia de nuestro

Dios y Señor, criador de cielos y tierra, única recompensa de nuestros trabajos, y único objeto de todos nuestros deseos. ¿Pudo darse confesion más illustre?

Desairado, vencido y abochorazado el pontífice Claudio, entró el prefecto Valeriano revestido de autoridad judiciaria, con rostro sañudo, con vista torva, con pecho cruel y entrañas malignas; y viendo que la suavidad y la blandura no surtían efecto alguno, los condenó á la diabólica diversion del anfiteatro, exponiéndolos á las fieras para que los hiciesen mil pedazos. Pensaba el malvado, que las bestias serian tan crueles é inhumanas como él, y no sabia que si el Cielo se declara por la inocencia, todo el Inferno junto no puede dañar al justo. De las jaulas de hierro en que estaban encerrados, saltaron dos leones feracisimos y cuatro terribles osos hambrientos y voraces, los cuales en un momento habíense destrazado, desmembrado y devorado los cuerpos de los indefensos atletas. Pero ¡oh Dios! ¿cuánto es vuestro poder! ¡cuánto el amor y el cuidado que tenéis de vuestros siervos! Aquellas fieras irritadas, lejos de rebarse en la carne de los mártires, lejos de ejercer su bravura y ferocidad con los caballeros de Cristo, se les cindieron, se echaron á sus piés, los lamieron, los halagaron é hicieron con ellos coro en las divinas alabanzas que no cesaban de entonar nuestros dos Santos. Valeriano rabiaha, se movía, se desgrenaia, y se ponía furioso al ver aquel espectáculo tan sorprendente y tan raro, capáz de desengañar á otro que no fuese Valeriano; y concibiendo nuevas iras, nuevos furrores y una rabia ferina, atribuyendo el portento á encanto, mandó á los verdugos que desnudasen á los reos, y que con varas, látigos y correas romatadas en bols de plomo, los azotasen crudamente y sin piedad hasta que exhalasen el alma en el tormento. Los satélites del tirano desfogan toda su saña contra los inocentes: las carnes caen á pedazos, los rompen los huesos, les rasgan las venas y arterias, la sangre corre en arroyos, caen en tierra por la debilidad y la flaqueza; pero el ánimo está más firme que una roca; se ríen de los azotes, desafían á los verdugos, cantan himnos al Altísimo, levantan los ojos al Cielo, ven la corona que les están tejiendo los ángeles, y nada más desean que volar á la mansion eterna. El juez, despechado y aburrido, quiere hacer la última prueba, y presentada una estatua del sol, les dice que se arrodillen y le ofrezcan unos granos de incienso. Abdón y Senén escupen al ídolo en la cara y escarrocen á aquella deidad ficticia. Valeriano pierde la paciencia, se le apura el sufrimiento; y haciendo señá á la soldadesca, desenvaina ésta los aceros, y á repetidos tajos y estocadas acaba con aquellas vidas que merecian durar eternida-

dos. Pero, no quiso Dios privarlos de esta corona de gloria que forman tan justamente merecida; y cerrando los ojos á la luz de este mundo los abrieron á aquella luz increada, que los hará felices por los siglos sempiternos. Este es un toco de un diseño de las virtudes y martirio de nuestros Santos, ou quienes Dios manifestó su gloria y su magnificencia; y no menos la ha manifestado en el poder que les ha concedido á favor de sus devotos, con especialidad de los labradores:

Convengo desde luego en los grandes encomios que dán á la agricultura todos los escritores. He leído mucho de lo que nos dicen los antiguos y modernos; se que la tierra es la sustentadora de la vida humana, y en sus entrañas está el manantial de las riquezas y el verdadero fondo del comercio y de la prosperidad. Pero no convengo con ellos en las felicidades que ponderan en la vida rural y campesina: ellos tienen la vida del labrador por dulce, placentera y deleitosa; y yo la tengo por amarga, pesada y fatigosa, expuesta á calores, á fríos, y á todas las inclemencias del tiempo. Cierto que el labrador está libre del estruendo, intrigas, dolos, falacias y malignos manejos de las grandes poblaciones; que ocioso y embobado en sus tareas no dá en mil escollos y pasos resbaladizos, ni respira el aire emponzoñado que exhala la Babulonia del marido, y es consecuencia forzosa del ocio, de la molleje, del juego, de los teatros y otros semilleros del desorden; pero, en su misma casa, en sus mismas labores, en sus mismos afanes y faenas, tiene mil enemigos que le combaten, mil cordelés que le abogan, mil verdugos que le martirizan. Si el cultivo de los campos se tomara por diversion y recreo, y no dependiera de él la subsistencia, sería sin duda gustosa y lisonjera la vida rústica; pero en qué apuros no se ve el pobre terrateniente, el colono, el arrendador, que ha de sacar de la tierra las expensas medidas en olla, el pago del dueño y el mantenimiento de la propia familia? Un daño oculto y un vicio imperceptible en la simiente; una mala coyuntura en la labor, que hueve el alcance de los más expertos; una pluvialción imprevista de gusanos é insectos nocivos; la abundancia de malezas, cizañas y yerbas inútiles, que sofocan el sembrado; un viento cálido de malignas impresiones, que agosta el tallo, la caña y la espiga; una niebla húmeda y permanente, que impide la madurez y granazon; un pesado bochorno, que arrebatá los frutos en flor; una langosta, que todo lo roe y lo tala; una sequia, que todo lo esteriliza, lo consume, abrasa y aniquila; hé ahí un ejército de enemigos que combaten al labrador en sus faenas.

Empero, el contrario más temible, la fiera más cruel, la plaga más triste y desconsoladora es la que destruye en pocos momentos lo

que le ha costado al labrador muchos meses, ó todo el discurso del año. Ya entendéis que hablo de una tempestad deshecha, de una tormenta furiosa, que trae consigo un cúmulo de calamidades y un torrente de desdichas, de que vosotros sois buenos testigos. A mí, por mi estado y mi destino, no me tocan directamente todos los estragos de esta furia; y, sin embargo, me lleno de temblor y de espanto cuando veo la atmósfera encapotada de nubes negras, occidentales, que amenazan á nuestras cabezas y anuncian la prostracion y ruina de las mieses sembradas. Este es un dolor que llega al alma, pues en un momento se pierden todos los planes de un año, se pasa de un extremo á otro, de la alegría á la tristeza, de la esperanza que prometían los frutos al abatimiento que causa su malogro: el labrador se aflige, ve arruinada su casa, agotados sus recursos, sin medios de corresponder al amo, de solventar sus deudas y mantener la familia. Cuando estaba para recoger sus granos, los ve convertidos en pajá; y lo que había de enjugar el sudor de su frente acrecienta las lágrimas de sus ojos.

Os he puesto de manifiesto, hermanos míos, este cuadro de tristeza, pero de verdad, para sacar de ahí una consecuencia moral y legítima: que el labrador, sobre todos los empleos y profesiones, es el que más pide del favor y asistencia del Cielo, porque si el Señor no edifica la casa, en vano trabajarán otras manos para levantarla. Si el Señor no bendice la tierra, no hará ésta sino malezas y espigas; porque ni el que planta ni el que riega va en para nada, sino solo Dios, que dá el incremento y hace útil el plantío y el riego. Por lo mismo, los agricultores se ven como precisados á levantar los ojos al Cielo y pedir el auxilio de lo alto; se ven precisados á rogar, á suplicar, á instar que el Señor favorezca sus fatigas, y dé feliz terminación á sus tareas. Yo no sé por qué secreto destino de la Providencia, se le han dado al labrador por abogados los santos mártires Abdón y Senén; pero ello es cierto, que todo el mundo cristiano los invoca en esta parte, y todos se hacen lenguas de los favores y beneficios que reciben de sus manos. Todas las clases y todos los estados tienen sus modelos, sus asilos, sus protectores del mismo estado y profesión, á quienes se encomiendan en sus apuros. Los reyes tienen á los Enriquez, á los Fernandos, á los Luises; los eclesiásticos á los Ambrosios, Gregorios, Jerónimos, Agustinos; los navegantes á los Nicolaos y los Felmos; los médicos á los Cosmes y á los Damianes; los guerreros á los Santiagos, Jorjes y Martinis; y los religiosos á los patriarcas de sus respectivas órdenes, Benitos, Brunos, Bernardos, Domingos y Franciscos; tambien los labradores tienen

sus ejemplares en los Raimados, Pascuales, Albertos, Isidros y muchos otros, á quienes parece debían tomar por patronos y abogados que defendiesen su causa. Pero no es así; S. Abdón y S. Senén se han levantado con la preferencia, y el común consentimiento de los fieles, la aprobación de la Iglesia, la universalidad del culto, la voz de todas las naciones, especialmente de la española, donde se multiplican sus fiestas, se les dedican templos, se les consagran altares y capillas; se les lleva por las calles y plazas en procesion y en triunfo, nos dan á entender claramente, que Dios gusta de estas demostraciones piadosas en honor de sus grandes amigos, y que ellos han de ser los fiadores de la prosperidad agraria y los principales defensores de los frutos de la tierra contra las iras del Cielo.

Dijo, qué no sabía el origen de tantos obsequios y respetos como les tributa el gremio de labradores; pero me retracto de lo dicho, pues sé, que há más de setecientos años, que angustiados varios pueblos, y con especialidad la villa de Arlés, inmediata á Cataluña, por las inundaciones que anegaban el término; por las continuas tempestades que destrúan las huertas y los campos; por los repetidos destrozos que ocasionaban las piedras y los granizos; y reducian los moradores al extremo de la indigencia; no tuvieron otro recurso que pedir al soberano Pontífice las reliquias de estos Santos, por consejo y mediacion de un devoto abad del orden de S. Benito. Se concedo libremente la súplica, llegan al principado aquellos huesos venerables, y los acompañan una cadena de prodigios. Se tocan por sí mismas las campanas, se sosiegan los vientos, calman los mares, se amansan las fieras, huyen los demonios, se disipan los nublados, se serena el cielo, se purifica el aire, cesan los estragos de la piedra, vuelven la fertilidad y la abundancia, se regocujan las gentes, se publican las maravillas; la fama corre por reinos y provincias, y todos los labradores de consuno, se declaran por parciales y devotos de Abdón y Senén en sus conflictos. ¿Y no alabaré yo vuestra conducta en la invocacion de estos Santos y no os animaré á esta devocion cristiana, que ya está radicada de tiempo inmemorial? Dios todo, lo puede por sí mismo; pero gusta de dispensar sus favores y sus gracias por la intercesion y empeño de sus escogidos. Ni tampoco dudo, que en mil ocasiones habréis merecido justamente el azote y el castigo del Señor por vuestras ingrattitudes y vuestras fragilidades, y que los santos mártires habrán presentado sus ruegos al tribunal del juez, y habrán doblado la vara de su justicia, convirtiéndola en cetro de piedad y de clemencia.

No dudo que estos vuestros abogados os hayan alcanzado la salud

en enfermedades ejecutivas, el alivio en agudos dolores, la pureza del aire en infecciones contagiosas, el consuelo en los ahogos cuando estaba cerrada la puerta á la esperanza, la conservacion de la vida en inminentes peligros de perdida, y la defensa del término en huracanes, inundaciones, tormentas y tempestades, y en todas las plagas del Cielo y de la tierra; cuando otros países, quizá con ménos motivo, han sentido el peso del brazo soberano y todo el rigor del azote de Dios. La Iglesia católica, no solo aprueba, si que también excita, estimula y persuade la invocacion de los santos como un poderoso medio de reconciliacion con Dios; y lo mismo es acudir los fieles á la proteccion y amparo de alguno de los bienaventurados que reinan con Cristo, que al punto, representarse esta súplica y hacer como un toque en el espejo de la Divinidad, en que todos se miran, y tomar un particular interés en el favorable despacho de la demanda aquel santo y escogido á quien vá dirigida y ordenada. En S. Abdón y S. Senén, Dios manifestó su gloria y su magnificencia, adornándolos de mil dones y virtudes; de fé, de esperanza, de valor, de fortaleza, para cohlesar á cara descubierta su santo nombre, para oponerse y resistir á la rabia de los tiranos, para dejarse despojar por Cristo, para padecer y morir por la religion cristiana, entrar triunfantes en la Jerusalem celestial con la aureola del martirio, que es el blason más ilustre de su corona. Les ha dado además la inspeccion, la defensa y el amparo de todos sus clientes, tanto en el alma, como en el cuerpo, para que los asistan, los acompañen, los protejan y los defiendan de todos sus enemigos, de las tramas del demonio, de los engaños del mundo, de los insultos de la carne, y de cuantos obstáculos se opongan á su eterna salud; y en lo temporal los ha constituido centinelas vigilantes de los pueblos, muros de paz y seguridad, ángeles tutelares de los labradores, encargados de los campos y de las huertas, de la fertilidad de la tierra, de la abundancia de los frutos y cosechas, y cuanto concierne al bienestar y felicidad de las familias. Solo nos piden estos grandes Santos, que los honremos de corazon y de alma; con espíritu recto, con manos limpias, con conciencia pura, con pensamientos, palabras, obras y deseos nuevos y celestiales. Este es el único medio de merecer su patrocinio en esta vida, y el único medio para hacerles despues compañía en la eternidad de la gloria, que os deseo.

PANEGÍRICO

DE SANTA ÁGUEDA, VIRGEN Y MÁRTIR.

VALERE FLAMMAM
VERITATIS

Infirma animal elegit. Deus ut confunderet fortia.
 Deus ha escogido á los más débiles del mundo para confundir á los fuertes.
 (1 Cor. I, v. 27.)

¿Cuán diferentes son las obras del Altísimo de las obras de los hombres! Limitados éstos en sus ideas, impotentes para llevar á cabo grandes desiguos, solo producen efectos que, si bien por un momento deslumbran los ojos de los ciegos mortales, pasan luego cual meteoros que ninguna rastro dejan de su existencia. La mano destructora del tiempo todo lo consume, y nada hay en lo humano que sobreviva largo tiempo á la mano que lo formó. Dios, por el contrario, infinito en su sabiduría, inmutable en sus designios, inmenso en su poder, hace obras que resisten á todas las injurias del tiempo, y existen aún más que los siglos, tanto como su propia inmensidad. La Iglesia es acaso el monumento más auténtico de la grandeza y poder de Dios; y los medios de que se sirvió para dilatar sus términos y extender su influencia son el rasgo más portentoso de su sabiduría. Apenas hubo Jesucristo zanjado los fundamentos de este edificio impercedero sobre la roca destinada á su asiento, cuando se formaron mil proyectos para su exterminio. Los sabios apuraron todo el caudal de su ciencia carnal para desacreditarla; los grandes se sirvieron de su opulencia para envilecerla; los poderosos, manejando hábilmente todos los medios de terror, se empeñaron en destruirla. ¡Vanos esfuerzos! El Señor escoge para realizar sus planes divinos los instrumentos al parecer más insignificantes, y confunde la ciencia carnal con la ignorancia, la opulencia con la pobreza, y el poder con la flaqueza. ¿Quereis una prueba de esta verdad tan gloriosa para el cris-

tianismo? Recordad el triunfo que esta religion santa consiguiera por medio de la débil virgen Santa Águeda, gloria y ornamento de la Iglesia, honor de Sicilia, y espejo de las vírgenes cristianas. Jamás el mundo presenció un espectáculo tan sorprendente: jamás una lucha tan decidida entre la fé y el error, entre el vicio y la virtud. ¡Oh religioso! ¡oh fé! Cuando yo te contemplo vencedora del poder de los cesáres y de la insaciable rabia de los tiranos en la persona de los apóstoles; avezados á los trabajos, conaturalizados con las privaciones, y acostumbrados á las penosas fatigas de una vida llena de peligros; no me pareces tan bella y encantadora como cuando te miro recogiendo palmas y criñendo laureles por el ministerio de una inocente virgen, criada en el regalo, acostumbrada á las caricias paternas y extranjera á los ardidlos de un mundo á quien apenas conoce. ¿Quién, en efecto, hermanos míos, no se llenará de asombro, al considerar los prodigios de la fé que se manifiestan en el martirio de esta ilustre virgen? No obstante la flaqueza de su sexo, vémosla sufrir penas, tolerar angustias, vencer tentaciones, rendir oraciones, trastornar voluntades; y despues de repetidos ataques y brillantes triunfos, llavar y ofrecer ventajosas victorias á los pies del Crucificado. Águeda nos ofrece la apologia más brillante de la fé de Jesucristo, pues que en ella se realiza del modo más portentoso, aquella gran verdad que escogí por tema del presente discurso: «Dios la escogido á los más débiles del mundo para confundir á los fuertes.»

Desenvolvamos esta grandiosa idea, implorando antes los auxilios de la gracia. A. M.

Jesucristo habia dicho á sus discípulos, que habiéndole perseguido á El el mundo, á ellos tambien les perseguiría. Contra el cristianismo tenia que levantarse todo el poder de las ideas á la sazón dominantes, y de los vicios soberanos. ¿Cómo habia de permitir la corrupción humana, que entónces habia llegado al más alto grado de refinamiento, se echasen al suelo los altares, donde, dando culto á las pasiones, tomaba fuerza el vicio para satisfacerlas? La política, la moral, la religion, todo en el paganismo estaba interesado en que la religion de la humildad, la religion del sacrificio, no llegase á dominar la tierra, ni se dejase oír siquiera en el corrompido imperio humano. Si los ídolos no hubiesen sido la representación de todas las pasiones, y si la corrupción no hubiese estado interesada en conservar los altares paganos, no se habria hecho tan tonaz y sangrienta resistencia á la Cruz del Salvador; pero, habia que conservar los altares paganos, porque eran el baluarte de la corrupción humana.

Por eso mismo la lucha, por parte de los cristianos, tenía que ser, digámoslo así, individual, y, por consiguiente, débil, en lo cual consistía lo sobrenatural del triunfo, alcanzado de fuerzas tan poderosas. Pretender que de repente se presentase un mundo cristiano en frente de otro que era gentil, no es eso lo que está en la naturaleza de las cosas, cuando el cristianismo venia precisamente á hacer guerra al hombre viejo. La lucha, repito, por parte de los cristianos, tenía que ser individual. Así quedaba más confundido el imperio y más triunfante la gracia. Uno tras otro van sucumbiendo los mártires; pero cada golpe de la cuchilla que cae sobre su garganta es un golpe de muerte para el paganismo; y cada movimiento de la rueda de navajas en que los ponen, se lleva hecho trizas un fragmento del manto del imperio. A aquellos no tienen más luces que las de su fe, otras armas que su celo, otro crédito que sus virtudes y ejemplos; son los ministros á quienes encarga el Señor el penoso ministerio de destruir las supersticiones, los vicios y las deidades del universo, y logran destruirlos.

Eso que había visto el mundo, con admiración en los primeros héroes del Cristianismo, lo observó Catania con no ménos sorpresa renovado en Agueda. Ella era noble, rica, hermosa, honesta y cristiana desde su primera edad. Su inocencia, nutrida con la piedad que se bebe en los manantiales de la revelación, la hacía tan agraciada, que hasta tenía embrietasados á los mismos ángeles, llenos de asombro al verla crecer en virtudes; al observar que el Cielo derramaba en su alma aquel aroma celestial que todo lo atrae hacia sí, y hace santos á los que saben conservarlo con su buena voluntad. Sus pasos fueron rectos, su conducta angelical. Alimentada con las dulzuras de la divina contemplación, en vano es buscarla en las concurrencias, en las diversiones y espectáculos del mundo. Su nobleza, los abundantes bienes de sus padres, su juventud, su hermosura, todo parece que la convidó á entregarse á los placeres y festejos que el mundo tiene por inocentes; pero sabe muy bien, que en ellos pelagra el pudor, perecen los propósitos más firmes, y que es muy fácil el caer al que no huye de las tentaciones y peligros. Ha gustado las dulzuras de Dios, por eso le son desahridos todos los deleites engañosos del mundo. En el retiro, en el recogimiento, en la contemplación de las verdades de la fe es donde halla sus delicias y donde alimenta su virtud; allí suspira por conocer y amar más y más á su Dios, y pone su gloria en ser ignorada del mundo. El mundo, sin embargo, no puede ménos de hacer justicia á su mérito. Jóvenes cristianos y disinguidos aspiran á tomarla por esposa; ella, empero desprecia las

esperanzas que ofrece el mundo en un matrimonio brillante, porque estima en más el amor de Dios, á quien ha ofrecido su perpétua virginidad.

Ha triunfado ya de los embates de la hermosura, de los amanes del mundo, y de la dulce perspectiva de los placeres; otro enemigo fuerte y poderoso le queda que vencer. Quinciano, gobernador de Sicilia, enemigo y perseguidor de los que profesan la fé de Jesucristo, la pide por esposa y la ordena venir á su presencia. ¡A qué pruebas tan duras, Señor, poneis á veces á vuestros escogidos! ¡Cuántos varones, que han sabido ser fuertes en el retiro, en la mistericidad, en la persecucion y en los tormentos, flaquean puestos en los honores y se rinden á las promesas de los enemigos de Jesucristo! ¡Qué podrá hacer una jóven, pretendida por esposa del mismo gobernador? Pero, con la misma resolución que rechazó las pretensiones de otros pretendientes, sabrá rechazar las del tirano. Apenas recibe la orden de éste, rebosa en alegría su corazón, se llena de gozo y de contento. ¿Qué? ¿Se ha olvidado de sus propositos? ¿Se ha dejado llevar de la dicha que puede prometerse de un matrimonio tan inesperado? Oigamos su resolución y el motivo de su gozo de su misma boca: Dios mío, mi esposo y único dueño, le dice al Señor postrada en su presencia antes de salir de su casa, bien conocidos tenéis mis pensamientos y os está patente mi corazón. Solo Vos sois mi dueño, y lo seréis eternamente. Jamás dividiré con otro mi corazón. Dadme el que os ame como Vos me amais, y concededme el sacrificarme por Vos, así como Vos os sacrificasteis por mí. Veo que la hora de mi sacrificio se acerca; cuántas gracias os doy porque queréis unirme más intimamente con Vos! Gustosa voy, llena de placer y alegría, y con grande confianza en vuestros divinos auxilios. Se dirige inmediatamente á la casa del gobernador, contemplando en el camino la dicha que, sin merecerlo, le concede su Dios, no solo de darla la fé, sino de escogerla para morir en su defensa, y resolviéndose á arrostrar todos los tormentos antes que faltar á su Dios. Si algo padece su corazón es, porque se le hacen demasiado largos los momentos que tarda en empezar á padecer y morir por Jesucristo.

Haçe Quinciano presente sus deseos á la ilustre virgen; con su vista se enciende más y más en el fuego de su amor carnal, no tiene aliento para mostrarse severo, y espera que el tiempo y la astucia la reduzcan. ¡Cuánto no sufriria su honestidad, su recato y su pudor en un mes que estuvo entregada á una mujer corrompida y seductora! ¡Qué esfuerzos no hacía el enemigo comun del género humano para derribar la constancia y fortaleza de una jóven de veintiun años,

sola, fatigada de cuanto pudiese desear y en poder de sus enemigos! Sabía muy bien Quinciano, que el medio más poderoso y el camino más corto para hacer perder la fé es, corromper el corazón. El que se entrega á los deleites de la carne, el que pone todo su apéto en los placeres sensuales, empieza desde luego á detestar en su corazón una fé que le convida; cierra sus oídos á las inspiraciones que le atormentan; se esfuerza en vano á acallar sus remordimientos en diversiones y placeres cada día nuevos, y cansado al fin de luchar, toma la resolución de no creer para vivir con desenfreno. No es extraño, pues, que el gobernador de Sicilia hiciese tantos esfuerzos para seducir y arrojara á la torpeza á esta hermosa jóven, pues si lo hubiese logrado, hubiera también conseguido despojarla de su fé. Mas todas las astucias y artes diabólicas fueron inútiles, nada pudo hacer con una jóven tan virtuosa; y aquella infame mujer vino, en fin, á confesarse venida y á decir al gobernador, que trabajaba en vano con una doncella tan cristiana.

Al oírlo tan conmovida que ya tenía el tirano contra todo el que creía y adoraba á Jesucristo, se añadió el furor y despecho de verse burlado y sin esperanza de lograr sus deseos. Impaciente, colérico y respirando venganzas, hace venir á la dulce vírgen á su presencia. Agueda se considera feliz y dichosa, porque se la reputa digna de padecer por Aquel á quien ama. Corro gustosa á sufrir los tormentos; no milita, ni discurre lo que ha de responder, pues confía que el Espíritu Santo la inspirará lo que ha de hablar en lance tan crítico. Quinciano la pregunta por su nombre y linaje, la reprende el ser cristiana, y ella no se detiene en decirle que cifra toda su gloria en ser esclava de Jesucristo. Revuelto el tirano de orgullo, de arrogancia y alíveo, le manda que sacrifique á los dioses del imperio, y trata de atemorizarla poniendo á su vista los tormentos que la esperarían; pero la digna esposa de Jesús no se detiene en decirle: «No te cances ni pierdas el tiempo Quinciano, porque antes perderá el sol su claridad y la nieve su blancura, que yo dejo de ser toda de mi adorado Salvador. Si quieres usar de hierro contra mí, aquí está mi cuerpo; si quieres azotes, cadenas, fieras, escudos, fuego, lazos y saque, mis carnes, mis ojos, mis manos, mi cabeza y todas mis miembros, están dispuestos y preparados para sufrir, hasta los tormentos del infierno, antes que dejar de vivir y morir cristiana y vírgen. Atormenta, pues, quemame, mata, apríetame, desuelleme, quebrantame, hiere y mata mi cuerpo, que cuanto más cruel seas conmigo, más favorecida seré por Dios, en quien tengo puesta mi confianza.» Quinciano, lleno de furor, hace descargar en su delicado cuerpo los tormentos más

mauditos y crueles; bofetadas, azotes, garfios, uñas de hierro, planchas de metal encendidas, la atrocidad tan repugnante á la misma naturaleza de cortarla los pechos, todo era poco para saciar su rabia. ¡Vos, Señor, fortalecisteis el espíritu de vuestra sierva, conservándola tranquila y llena de gozo en medio de unos tormentos tan crueles! ¡Vos, Señor, pareció que os empeñasteis en porfiar y medir vuestro poder con el poder del tirano, y en hacerle ver lo débil y efímero de sus fuerzas! Vos habíais dicho, que ni un cabello caería de la cabeza del justo, sin ser vuestra voluntad; pero ahora fuisteis á dar un testimonio público de la fidelidad de vuestras promesas.

Arrojada Agueda en un lobrego calabozo para que muera allí después de sus heridas y tormentos, una luz celestial destierra la oscuridad; el glorioso apóstol San Pedro baja del Cielo para restimular sus pechos, y dejarla buena, sana y robustecida. Aquí toca en su extremo el furor del infame juez. Aquí empiezan de nuevo las repreensiones, las blasfemias y las amenazas; se inventan nuevos géneros de tormentos, se preparan las hogueras, la arrastran por las ascuas encendidas. ¡Inútiles esfuerzos! No se ha acabado el poder del Señor. Un grandísimo terremoto pone en consternación á Catania: mueren dos amigos y consejeros de Quinciano; se amolina el pueblo creyendo que el Cielo le castiga por el rigor con que es tratada Agueda; la vida del cruel presidente peligró; y todo anuncia que el Cielo y el infierno, están interesados en la lucha de Quinciano con nuestra santa doncella, y que de ésta es el triunfo y la victoria. El cruel gobernador vacila, se confunde al verse vencido por una jóven cristiana; atemorizado con los clamores del pueblo, manda que la lleven otra vez á la cárcel, en donde Agueda se dirige á su amado en estos términos: «Dios eterno, que me has fortalecido con tu gracia para seguir los caminos de la virtud y vencer con ella tantos tormentos, abre los brazos de tu piedad, y recibe mi espíritu, que anhela por vivir eternamente contigo en el Cielo.» Con esta oración fervorosa acaló la vida Santa Agueda: su alma se unió eternamente al Esposo que la había amado.

«¿Dónde está, ¡oh muerto! tu victoria? ¿Dónde está, tirano, tu triunfo? Lo que yo veo aquí es tu confusión. Una débil doncella ha resistido á todas las seducciones con un valor, que no puede ser únicamente hijo de las fuerzas de la naturaleza; se ha mostrado impávida ante los tormentos, con general asombro de cuantos la miraban; ha conservado intacta la pureza que había ofrecido á su divino Esposo; y tú, por temor al pueblo, que te mira con horror, tienes

que retirarte precipitadamente. Pero en vano, oyentes, trata el tirano de evitar la venganza. Habiendo llegado á un río y metiéndose en una barca para pasarle, uno de sus caballos le asió con los dientes por el pescuezo, y al propio tiempo otro le disparó una coz tan furioso, que arrojándole en el río no fué posible librarle, ni hallarse despues su cuerpo. Esta es la suerte de los que persiguen la virtud, y de los que no piensan más que en los placeres y deleites de la carne, sin miramiento á los deberes que nos impone la religion. Santa Agueda, despues de muerta, mereció que el mismo Jesucristo bajase del Cielo á poner sobre su sepulcro una losa de mármol con una inscripción en que se lee su elogio, en que se la alaba por su muerte santa y por el encendido afecto con que se ofreció á Dios. El Señor hizo que los mismos paganos fuesen al sepulcro de esta Santa á suplicarle, que los librase de los horrores de un incendio, que por su mediación consiguesen lo que deseaban, y que quedase consiguado, que esta gloriosa virgen tiene un gran poder en el Cielo. Esta es la suerte de los que todo lo sacrifican por Dios. Imitemos su virtud: así nos haremos dignos de su proteccion y alcanzaremos acompañarla en la gloria.

PANEGÍRICO I

DE SAN AGUSTIN, OBISPO Y DOCTOR.

Dabo vobis cor novum, et spiritum novum ponam in medio vestri.

Os daré un corazón nuevo, y pondré en medio de vosotros un nuevo espíritu.

(Ezecc., 36.)

Colmado Israel de los favores del Cielo, prevenido con mil gracias, instruido por tantos profetas, y convencido, en virtud de tantas pruebas, de la vanidad de los ídolos, olvida, no obstante, al verdadero Dios, ofrece sacrificios á los falsos dioses, se prostituye á las abominaciones de los gentiles, y entrega á sus labios blasfemos la religion santa de sus mayores, irritada con esto la justicia de Dios, aquel pueblo fué entregado al furor de sus enemigos, destruido Jerusalén, abrasado su Templo, y profanados sus vasos sagrados, y llevada ignominiosamente cautiva á Babilonia la nacion, que, á costa de tantos milagros, fué libertada de la esclavitud que en Egipto sufría. Pero el Señor, cuya justicia no puede estar siempre irritada, miró con ojos de misericordia á aquel pueblo ingrato, aún en el cautiverio mismo donde le habian arrojado sus crímenes. Allí, por medio de ventajosas promesas que le hace, le consuela y le anima. Las montañas de Israel florecerán de nuevo, y darán todavía frutos. Aquel pueblo, diseminado por varios países, saldrá del exilio en que le tienen las naciones, y volverá á entrar en posesion de su heredad perdida. Cayendo sobre él torrentes de agua pura, conseguirá verse lavado de su mancha, y se le dará un nuevo corazón y un nuevo espíritu, para que en lo sucesivo no se aparte ya de los preceptos del Señor: *Dabo vobis*, etc.

Bajo esta antigua figura me propongo daros á conocer la conducta de Agustín hácia Dios, y las misericordias de Dios hácia Agustín.

Colmado de los favores del Cielo, prevenido con las gracias más abundantes, dotado de los más raros talentos de la naturaleza, Agustín se olvidó de Dios, su bienhechor; para adorar las falsas divindades de un siglo corrompido. Irritado el Señor con esto, permite que sea víctima de las pasiones más violentas, precipítale en su espíritu en un abismo de errores, y encendándose su corazón con más duras hierros que los que sujetaban á Israel en su cautiverio. Pero el Señor, cuyos caminos son la verdad y la misericordia, comuérvese á la vista de las misérias de este pobre cautivo, derrama sobre él el agua saludable de la gracia, con que se purifica de todas sus manchas, y le da un nuevo espíritu y un nuevo corazón, para que no siga ya más ley que la de los mandamientos divinos.

Si, hermanos míos: la magnífica promesa hecha á los hijos de Abraham se va cumplida en la persona de Agustín. Dios, por un efecto de su misericordia infinita, y para mayor gloria de su gracia, le dió un nuevo corazón y un nuevo espíritu; no corazon nuevo para que supiese amarle, y un nuevo espíritu para que supiese conocerle. El corazón de Agustín, abrasado con el impuro fuego de la concupiscentia, en lo sucesivo no se abrasará más que con el fuego santo de la caridad; y su inteligencia oscurecida con las tinieblas del error, brillará en adelante con la refulgente luz de la verdad: *Dabo eam*, etc.

Los castos ardores del amor divino, suscitados á los ardores impuros del amor profano, dan á conocer el nuevo corazón de Agustín, como lo veréis en la primera parte de este discurso.

Las brillantes luces de la verdad, suscitadas á las espesas tinieblas del error, dan á conocer su nuevo espíritu, como lo veréis en la segunda.

Ave Maria.

La corrupción y la flaqueza son el patrimonio del corazón humano. Habiendo sido concebido en pecado, no tiene ardor más que para el mal, y no se siente flaco y débil más que para hacer el bien. Si en vez de hacerse fuerte contra sus defectos, cede á la violencia de la pasión que lo solicita, conviértese entonces en un abismo que es casi imposible medir. Tal era, hermanos míos, el triste estado del corazón de Agustín, y para gloria de la gracia del Salvador no debemos disimularlo. La corrupción de la naturaleza; y el fuego y el aturdimiento de la juventud; el ejemplo y el aplauso de los libertinos; le hicieron víctima de una pasión vergonzosa, que le precipitó en una multitud de crímenes. Bebió con brutal furor, digámoslo así, el vino empoisonado de la prostituta Babilonia; y embriagado su corazón con este brutal veneno, durmió tranquilo en el seno del hediondo

deseite. La gracia hizo grandes esfuerzos para despertarlo de este funesto letargo. «Sentíame yo, dice el mismo Agustín, tan poderosamente solicitado por la gracia, y opond por mi parte una resistencia tan fuerte, que parecía haber en mí dos voluntades opuestas que me desgarraban cruelmente.» Escandalábale la belleza de los pabellones de Israel; pero no podía decidirse á imitar la vida de los verdaderos israelitas. Ahora dominado por los atractivos de la gracia, despues abrumado por el peso de su pecado, no sabe que resolución tomar. Quisiera obtener la gracia de ser casto, pero tiene miedo de quedarse sin libertad.

Aunque es difícil romper las cadenas de la esclavitud, cuando una ley injusta, que rotea imperiosamente en nuestros miembros, se ha fortificado con un hábito vicioso, la gracia, no obstante, redobla sus embestidas y asaltos, ataca por todas partes aquel corazón rebelde, toma alas para seguirle á Cartago, á Milán, á Roma, y se reviste de todas las formas para ganarle. Los ejemplos de los santos, los saludables consejos de Simpliciano y de Ambrosio, las lágrimas de su madre Mónica, los remordimientos de una conciencia importuna, el rigor de los juicios de Dios, y los disgustos que experimenta en medio de los más vivos placeres, secundan á su vez las operaciones de la gracia. Nada omite ésta, ni aun el milagro, para realizar una conquista tan gloriosa. Una voz fuerte le dice al oído: «toma, Agustín, toma, hoy;» y mientras con sus ojos lee en San Pablo la condenación de sus impurezas, dá redoblados golpes en su corazón; y por una virtud secreta, infinitamente más poderosa y fuerte que la que en lo exterior resonaba, le detiene en medio de su carrera, le abate, le anonada; y á pesar de los gritos rabiosos de una pasión agonizante, le arranca del seno de un deleite impuro. ¡Yo adoro, oh gracia de mi Dios, tu virtud omnipotente! Porque si las resistencias de Agustín son una prueba de nuestra libertad, la victoria que ha alcanzado la gracia sobre aquellas es una prueba evidente de su fuerza divina y de su eficacia. *Hoc mutatio de terra excelsi.*

El corazón de Agustín, que no tenía amor más que para la criatura, no tiene ya ardor más que para el Criador; ese corazón, que no había buscado más que los placeres de la vida, no desea ya más que los rigores de la penitencia; ese corazón, que no había amado más que el reposo del pecado, no se ocupa ya sino de los ejercicios de la caridad. Así ha venido á realizarse, que donde abundó el pecado ha sobreabundado la gracia. Un amor tierno y afectivo para su Dios; un amor severo y riguroso para sí mismo; un amor ardiente y celoso para la salvación de los pueblos y los intereses de la Iglesia; tal es

el fuego sagrado que la gracia sustituye al fuego impuro en el corazón de Agustín. Aquel corazón, que no había sido más que una tierra abrasada por los ardores de la concupiscencia, habiendo entrado ya en la gracia, se ha convertido en un árbol de vida. No es acordéis ya de aquel Agustín pecador; es ahora un hombre nuevo, tan elevado por las llamas de la caridad, como le había rebajado el peso de los delitos. Su misma lengua, con ser tan elocuente, no puede darnos á conocer los ardores de su corazón. «¿A quién, y cómo, pregunta; hablaré del peso de la concupiscencia, que me ha precipitado en un abismo de crímenes, y de la operación de la gracia, que me ha elevado á la más sublime caridad? ¿Qui dicitur? ¿Quomodo dicam? Dios mío! Si no os amo aún bastante, haced que os ame más. Todas las cosas no son sino miseria; y sin Vos la abundancia es indigencia. Abrasádme todo, para que en mí no haya una parte que no sea un holocausto consumido con las llamas de vuestro amor. *Accendat totus á te, et totus á digna te.*» (Qué imprecaciones hacia contra el tiempo que gastara amando á las criaturas!) ¿Qué pesar tan hondo no devoraba por haber amado tan tarde á Dios, belleza siempre antigua y siempre nueva! Habría querido comenzar á vivir, no más que para amarlo. Experimenta todas las penas de las más apasionadas aficiones; se deshace en suspiros y se consume en deseos; en sus propias lágrimas se baña; abrasáse sus huesos como los de Jeremías; desfallece su corazón como el de la esposa; languidece como el de David; porque Dios es ya absolutamente el Dios de su corazón. *Defecit cor meum, Deus cordis mei.*

Este era el origen de la confianza con que dirigiéndose á Dios, decía: «No ignoro, Señor, que es muy difícil al hombre excindir las profundidades de su corazón, y vuestra Escritura me enseña, que no sabe el mortal si es vaso de honor ó de ira, ó si es digno de amor ó de odio. Pero, después de haber examinado mi corazón, yo sé que os amo. Mis temores no son serviles, ni interesadas mis esperanzas. Quitad el Infierno y temeré lo mismo, pues no temo más que porque os amo. Destruid el Cielo, y os amaré de la misma manera, pues yo os amo por lo que sois, y no por lo que me podéis dar. Si no fuérais Dios, y yo lo fuese, dejarla gusto de serlo, para que Vos lo fuérais.» ¡Admirable transporte de amor, que solo es dado comprender á que sepa amar! *Da mihi amantem, et sentiat quod dico.*

De este envenenado amor de Dios resultaba en Agustín el odio de sí mismo; pues no se puede amar á Dios, como Agustín le amaba, sin á sí mismo odiarse. Odio y horror de sí mismo, que le obligó á abrazarse con todos los rigores de la más severa penitencia, en lo cual

siguió el orden exacto de la justicia, convirtiéndose á Dios con la misma fuerza con que le había ofendido. Su dolor fué tan profundo como su pecado. Sus desórdenes fueron públicos, y pública será también la confesion que haga de ellos. Las obras de la gracia bueno es publicarlas; y al efecto, Agustín descubre lo que le hacia rebelde á las leyes de Dios: recorre en la amargura de su dolor los años de su criminal vida, y así se lo revela á la tierra para gloria de la gracia, y confusion propia. De este modo hace su arrepentimiento eterno, y llora, aún después de la muerte, los desórdenes de su vida. Con exquisita aplicacion fija en los pliegues más secretos de su alma, aquella mirada, que la naturaleza y la gracia hicieron tan penetrante. Nada disimula; nada distraza. No contento con reproducir sus desórdenes más estrepitosos, descubre sus aficiones más secretas, sus intenciones malignas, sus ilusiones de espíritu, el desenfreno de su voluntad, el artificio de sus palabras, la hipocresía de sus juramentos, los lazos que tendió á otros, y las promesas que violaba. Así expone ante el tribunal de los hombres, y enseña á todos los siglos, que si ha recibido una gran gracia ó misericordia, fué porque estaba sumergido en grandes miserias. ¡Vanidades humanas! ¿Qué decís en vista de semejante ejemplo? Vosotros os avergonzáis de confesar vuestras culpas á un solo hombre que tiene que absolveros de ellas, y Agustín las confiesa á la faz de todo el universo, estando ya perdonadas.

En punto á los rigores de su penitencia no hay necesidad de expresarlos, toda vez que su dolor vemos es tan profundo. No os hablaré, pues, de sus proyectos de soledad, para expiar las libertades que se había tomado en el trato con el mundo; ni de la guerra que declaró á sus sentidos, para hacerlos pagar con una mortificación y severidad continuas, las heridas que ellos le habían causado; ni de los anatemas que fulminó contra todo lo que le había seducido, ó podía aún seducirle; de tal manera, que su propia hermana le era ya sospechosa, y le parecían criminales las más inocentes delicias. Tampoco os diré, que convertidos sus ojos en dos corrientes de agua, lloraba de noche y de día los extravíos de su juventud; y que cuando encontrábase solo meditaba sobre los desórdenes de su vida pasada, salían sin interrupcion de sus labios estas lamentables palabras: «¿No satisfaré nunca á la justicia de Dios por tantos crímenes como he cometido? Paso en silencio todas estas cosas y muchas más para deciros la extrañeza que debe causaros el ver que, siendo tanto ó más culpables que Agustín, temblamos con solo oír predicar la penitencia; se subleva nuestro corazón con que se le hable de

humillaciones y sufrimientos; y se rebelan nuestros sentidos contra las santas severidades del Evangelio. Todo esto consiste en que no amamos como ha amado Agustín. Porque no os diré yo, que se partan de dolor vuestras entrañas, ni que sacrificéis vuestra carne con ayunos y austeridades: ni os arrancaré tampoco el yugo de la esclavitud. Amad, amad más, os digo; y haced todo cuanto queráis. Amad, y se romperán por sí mismas las cadenas de vuestros pecados, vuestro orgullo se disipará sin violencia, y vuestras manos se armarán contra vuestra carne por sí solas. Sea vuestro corazón de Dios, y lo serán también vuestras obras. Se harán llanos y practicables los caminos más difíciles, y el corazón llegará sin obstáculo á Dios. Las amarguras de la penitencia serán así dulcificadas, florecerán las espinas del desierto, estarán como perfumadas vuestras cruces, y vuestro amor será inteligente y activo como el de Agustín.

Cuando verdaderamente se ama, se trabaja con actividad. Las irresoluciones ó incertidumbres son un testimonio de que no se ama á Dios. El reposo fatal del pecado es lo único que entónces se busca. En esta deplorable situación vivió Agustín mucho tiempo, sin mostrar actividad más que para correr tras los objetos de las pasiones, y servir de instrumento al demonio para la perficcion de innumerables almas. Pero, apenas siente la dufzara y la fuerza de la caridad, Agustín fué ya otro hombre. Nada le pareció difícil á su celo infatigable. Se le vea delectar con los niños, discurrir con los doctos, servir á los ingratos, persuadir á los obstinados, civilizar á los salvajes, y sacrificar, en fin, por su Dios y por su Iglesia el descanso que tanto había amado. Unas veces exhortaba á los catácumenos, otras animaba á conservar la pureza del bautismo; ora instruía al clero, comunicándole los tesoros de ciencia y de sabiduría que adquirió de Dios; ora prescribía reglas para los que se sentían animados á seguir los consejos evangélicos. Aquí, como otro Nehemías, reanima el fuego de la devoción, casi extinguido; allí, como otro Macabeo, repara las ruinas del Santuario. Ahora, como un nuevo Esdras, restablece la ley; y despues, como un nuevo Finés, inmola á la justicia á aquellos que habían hecho alianza con las naciones extranjeras. Su caridad, como la de S. Pablo, no tiene limites. Atraviesa los mares, penetra en los desiertos, y abraza todas las Iglesias. No hay enfermedad que á él no le interese, ni escándalo que no le abrase, ni debilidad que no le contraste. Todos los hombres son objeto de su ternura: pecadores, idolatras, judíos, herejes, cismáticos, á todos los considera como hermanos, y desea tenerlos por hijos en Jesucristo.

En hacer el bien de todos se hallaba ocupado Agustín, cuando la ciudad de Hipona, sitiada por los vándalos, le vió redoblar su caridad y su celo. Como buen pastor animaba á sus ovejas con el ejemplo, las consolaba con sus palabras, y las socorria con sus limosnas. Mientras su Israel querido combatía en las murallas, el santo Pretado, como otro Moisés, levantaba al Cielo sus manos; y á la manera que aquel insigne caudillo ó Pastor, pedía al Señor, ó que perdonase á su pueblo, ó que le borrase á él del libro de la vida. Desea, como San Pablo, ser anatema por sus hermanos; ofrécese en sacrificio como vietima pública para aplacar al Cielo irritado contra los crimenes de los pecadores; pide á Dios con lágrimas, ó que dé fuerzas á su vejez para asistir á tantos desgraciados, ó que le saque de este mundo para no ver la última desgracia de su nacion, y las sacrilegas profanaciones de su santuario; y á fuerza de llorar, sucumbe por un esfuerzo de caridad, y muere de amarga pena. Ha muerto... pero la muerte es gloriosa, cuando es como la de Agustín.

Cristianos: abraza nuestros corazones alguna chispa del fuego que devoró el de Agustín, causándole la muerte? Miradlo bien. El conocer á Dios y amarle, constituye la vida eterna. Pero ¿amamos? Tamad, como Agustín, en la mano vuestro corazón, y ved de que fuego está abrasado. ¿Por ventura es de ambicion? ¿por ventura es de odio? ¿por ventura es de avaricia? ¿por ventura es de impureza? Quizás se vea devorado por el fuego de todas las pasiones juntas. ¿Corazones profanos! ¿corazones terrestres! transformaos en corazones nuevos para amar á Dios con todas vuestras fuerzas, como le amó nuestro Santo, y así lograréis conocerlo con el nuevo espíritu como le conoció Agustín. *El spiritum novum ponam in medio vestri.*

Dios es el centro de toda perfeccion, y, por consiguiente, el origen de toda verdad y de toda luz. Las criaturas unidas á Dios son toda luz, y separadas de Él, apenas son otra cosa que tinieblas. Agustino lo experimentó para desgracia suya. Habiéndose su corazón alejado de Dios por amor á las criaturas, su espíritu se perdió en la vanidad de sus pensamientos, y se precipitó en un abismo de errores. Así lo permitiais; Dios mio! exclama el mismo, para abatir la soberbia de un espíritu orgulloso que había hinchado la vana ciencia, y para enseñar á todos los hombres, que, sin vuestra gracia, no solo es vanidad toda la ciencia, sino también miseria y corrupcion, y que solo ella es la que enseña la verdad al espíritu, como comunica la verdad al corazón.

Extinguilo en el corazón de Agustino el fuego impuro, y sustituyéndole el fuego del amor de Dios, la verdad ocupó á su vez en el

espíritu el lugar que había ocupado el error; desvaneciéndose sus sombras, su corazón se purifica, sus dudas se esclarecen, su razón se afianza, y sus luces son tan brillantes, como espesas y oscuras habían sido sus tinieblas. La gracia convirtió al discípulo de la mentira en doctor de la verdad; cambió su espíritu, como había cambiado su corazón; al espíritu de error sustituyó el espíritu de verdad; á un espíritu limitado á algunos conocimientos naturales, le sucedió un espíritu vivo y penetrante; vasto y universal; á un espíritu preocupado é idólatra de sus pensamientos, le sucedió un espíritu dócil y sumiso, justo y moderado en sus sentimientos. En una palabra: la gracia dió á Agustín un nuevo espíritu para conocer á Dios, como lo había dado un nuevo corazón para amarle. *El spiritum; etc.*

Así como la multitud de sábios es, según dice la Sagrada Escritura, lo que salva al mundo, los falsos sábios son los que le pierden. A la Iglesia no se la dan sábios ó doctores sino para la edificación del cuerpo de Jesucristo. Cuando la ciencia es sólida y pura, perfecciona ese cuerpo; pero cuando es superficial y corrompida le debilita. Lo mismo fué emanciparse el espíritu de Agustín de las extravagancias de los maniqueos, vino á ser el intérprete de la ley, y el más intrépido defensor de la verdad. Los Papas, cuando han sido consultados sobre las importantes materias de la predestinación y de la gracia, han declarado que la Iglesia, en estos puntos, considera como maestro al ilustre Obispo de Hipona. Cuando los Concilios han tenido que establecer reglas de fé, redactar decretos, formar cánones, y fulminar anatemas contra los herejes, de los escritos de Agustín han tomado hasta las expresiones ó palabras. De esos escritos, como de la famosa torre de David, penden mil escudos para la defensa de Israel; y no hay error que no haya impugnado y reducido á polvo este Doctor ilustre. Arrianos, Montanistas, Origenistas, Maniqueos, Donatistas, Priscilianistas, todos servirán de eterno monumento á sus victorias. Refutó á los herejes del tiempo pasado, y ha dejado armas para combatir á los del tiempo futuro.

Cuando Pelagio, hombre presuntuoso, lleno de sí mismo, inconsistentemente en la fé, ingrato para con Jesucristo y su gracia, libre é independiente, débil para caer en el error, fuerte para sostenerle, y hábil para propagarle; se presenta negando el pecado original y sosteniendo la integridad de la naturaleza, haciendo con ésto inútiles ó superfluos los trabajos y la muerte de Jesucristo, imbuyendo al hombre en la suficiencia propia, y consultándole dueño absoluto de su salud y de su predestinación; error tanto más seductor cuanto que halaga el orgullo del hombre, y tanto más pernicioso quanto que es

difícil combatirle sin caer en el extremo contrario; Agustín, á quien la Iglesia de África confía la defensa de su fé, entra en combate con el poderoso enemigo, de la gracia, oponiendo su espíritu de fuerza y de verdad á los artificios de la razón, á las sutilezas de la filosofía, á las seducciones de la elocuencia, á los arranques del orgullo, á la inclinación misma de la naturaleza; elementos todos con que Pelagio combate los dogmas católicos. Cosa difícil es, en verdad, presentar la gracia de Dios triunfante, y mantener libre el albedrío del hombre, y dar á la gracia una fuerza invencible que no sea violencia, y á la libertad una aquiescencia ó consentimiento que no sea una coacción; pero, si estos misterios inefables pueden ser medidos por la ciencia, la de Agustín será que los penetre. Vense, al parecer, renovados con este motivo los antiguos prodigios. Agustín es el héroe de Israel, que confunde al terrible gigante de los filisteos. Él es la trompeta poderosa, que ha hecho caigan al suelo los muros de la Jericó orgullosa; él es la piedra derribadora de la montaña, que ha pulverizado la soberbia estatua; él es el hombre que ha puesto Dios en Israel, como un muro de bronce, donde todos los asaltos del error vienen á estrellarse; él es el Ángel exterminador puesto á la puerta del Paraíso de la Iglesia, para disputar la entrada á los corazones duros é incircuncisos. Cuando Agustín ataca, todas las fuerzas enemigas se retiran, todo se rinde á la autoridad de su palabra, y la herejía es completamente vencida.

No es esto solo donde brilla su nuevo espíritu. Dejándose ver en todo igualmente penetrante, vasto, universal, no hay con quien compararlo en la extensión de sus conocimientos. San Próspero compara su ciencia á la de los ángeles. No son ya las categorías de Aristóteles, ni las ideas de Platon, ni el curso de los planetas, ni el movimiento de los cielos, donde Agustín, como sucedía antes de su conversión, muestra su ingenio: los sábios, que encuentran sus delicias en la lectura de sus escritos, pueden decir si hay profundidad que él no haya sondeado, altura que no haya medido, secreto que no haya descubierto, verdad que no haya comprendido, máxima que no haya apoyado, misterios que no haya esclarecido, dificultad que no haya resuelto, tinieblas que no haya disipado. Mejor filósofo que Aristóteles, mejor metafísico que Platon, mejor político que los romanos, mejor moralista que Séneca; hombre de ciencia como Tertuliano, San Cipriano y Arnobio; teólogo como San Dionisio; intérprete de la Escritura con San Jerónimo; moralista como San Gregorio; dulce y persuasivo como San Ambrosio; hábil en la controversia como San Ireneo; grave como San Atacasio; só-

lido como San Braulio; elocuente como el Crisóstomo; Agustín posee el solo todos los dones que entre los demás han estado repartidos.

La verdad de nuestra religión, la vanidad del paganismo, la pureza de las costumbres de la Iglesia católica, la impiedad de las sectas particulares, la existencia y la unidad de Dios, la Trinidad de las Personas, las procesiones y relaciones divinas; la consustancialidad del Padre con el Hijo, la naturaleza y las propiedades de los ángeles, la predestinación y la reprobación, el libre albedrío y la gracia; la diferencia de los dos Testamentos, el pecado original y el actual, los vicios y las virtudes, y la caridad sobre todo; la belleza de la Gloria y las penas del Infierno, la naturaleza sana y la caída, los derechos de la Iglesia y sus prerrogativas; su santidad, su unidad, su apostolicidad, su excelencia y su preeminencia sobre la Sinagoga; todo esto ha sido objeto de sus profundos estudios; y para todas estas importantísimas y fundamentales materias nos ha legado una regla y una luz, que la Iglesia católica ni pierde ni puede perder nunca de vista. Pero, lo que aún debe sorprendernos más, como que es el gran milagro de la gracia en el espíritu de Agustín, es, que este genio tan vasto y tan universal, tan vivo y penetrante; este genio antes tan idólatra de sus opiniones, y tan celoso de la libertad de sus pensamientos, sea después el más dócil de todos los hombres, el más sumiso á la autoridad, y el más justo y moderado en sus decisiones. Persuadido de que, en materia de religión la creencia más antigua es la más verdadera, y que lo que nuestros padres han creído, eso y no otra cosa es lo que se debe creer, se propuso no enseñar más que lo que de ellos había aprendido, así como Jesucristo no enseñó más que lo que de su Padre aprendiera. La doctrina de Agustín no es, en efecto, sino la interpretación de los Evangelios, el eco de San Pablo, el compendio de las tradiciones apostólicas y de los Concilios, la explicación de la fé de la Iglesia primitiva, y la apología de los antiguos Padres. Puede decirse que Agustín no habla solo jamás. Su voz, semejante á la del ángel de que habla Daniel, fué siempre la voz cómo de muchos. *Vox sermionum eius ut vox multitudinis* (1). Cuando Agustín habla, los Pablos, los Ciprianos y Atanasios son los que parece nos instruyen.

Fuera de desear que este respeto á la sabiduría de los antiguos, de que Agustín nos dá tan ilustre testimonio, fuese más general entre nosotros, para evitar así los inconvenientes, peligros y males á que arrastran el espíritu de inocuidad, y la falta de sumisión que hoy se

(1) DAN., 10.

advertie en muchos de los que se llaman sabios, ó aspiran á serlo. Contra lo que prescribe el Espíritu Santo, hemos traspasado los límites que fijaron nuestros padres; se desatenden los antiguos fundamentos de la fé, que son las armas de que siempre se ha valido la Iglesia para combatir al error, y nos dejamos arrastrar por todo viento de doctrina. Los santos Padres enseñaron lo que aprendieron de los antiguos, y otros enseñan ahora lo que ellos inventan. El gran Agustino afirma, que no creía el Evangelio sino porque la Iglesia lo admitía; y hoy muchos tienen la insensata pretension de querer valerse del Evangelio, para separarse de la Iglesia ó combatirla.

Guiado siempre Agustín por esta luz, no establece principio que no sea sólido, ni prescribe regla de moral que no sea pura. Como fiel observador de la ley que Dios intimó al Profeta, siempre huýó de los extremos opuestos, fijándose en el justo medio, y sin inclinarse jamás ni á la izquierda ni á la derecha. No se inclinó á la derecha, con los que suponen no haber muerto por todos Nuestro Señor Jesucristo; ni á la izquierda, con los que afirman derramó su sangre tan pródigamente, que no depende ya de la gracia, sino únicamente de nuestra libertad el salvarnos. No se inclinó á la derecha, con los que creen, que después del pecado de Adán hemos perdido la libertad; ni á la izquierda, con los que suponen se mantiene aún la naturaleza en el estado de la inocencia. No se inclinó á la derecha, con los que cierran al hombre las puertas del Cielo por medio de máximas excesivamente austeras; ni á la izquierda, con los que las ensanchan por medio de sus opiniones particulares. Igualmente opuesto á los ministros cómodos de un nuevo Evangelio, y á los fariseos, que no practican otra penitencia que la de predicársela á los demás, Agustín, lo que enseña á los fieles es, á servir á Dios en espíritu y verdad. Ni es de los que ponen sobre las débiles espaldas del hombre cargas insostenibles, ni de los que le dicen *paaz, paaz*, aunque no la haya. No acomoda el Evangelio á sus opiniones, sino sus opiniones al Evangelio. Atierra al pecador, pero no le desespera; consuela á los justos, pero no los engaña; presenta estrecho el camino del Cielo, pero no lo hace impracticable. No promete la salvación sino al que practica la ley sin corromperla con interpretaciones suaves, ni con interpretaciones rigurosas.

El panegirico de San Agustín requería un orador que participase del nuevo corazón y nuevo espíritu que la gracia divina puso en aquel Doctor insigne. Los doctores que tras él han venido, han hecho grandes elogios suyos; y tanto forma la gloria del héroe, como la de sus panegiristas, el que al admirar su doctrina y sus hechos, hayan se-

guiño todos la una é imitado los otros. Sus escritos les han servido á todos de luz: sus caídas, de lecciones provechosas; y su conversion ó arrepentimiento, de estímulo para la penitencia. Consideremos también nosotros á Agustino, y celebremos sus glorias de tal manera, que le imitemos en el dolor si por desgracia le hubiésemos imitado en la culpa. De este modo alcanzaremos el mismo premio, que es la Gloria eterna, que á todos deseo. Amén.



PANEGÍRICO II DE SAN AGUSTIN (SU CONVERSION).

Sicut exhibuistis membra vestra servituti iniquitatis, et iniquitatis ad iniquitatem: ita nunc exhibite membra vestra servituti iustitiae in sanctificatione.

Como para malicia ofrecisteis vuestros miembros que sirviesen á la inmundicia y á la iniquidad, así para la santificación ofreced ahora vuestros miembros, que sirvan á la justicia.

(ROMAN. VI, 19.)

Si los objetos verdaderamente grandes reclaman como de justicia los grandes talentos para formar su apologia, no ha sido pequeña ni temeridad, al aceptar la comision en que me hallo empeñado. Mi decidido afecto, mi gratitud al héroe, cuyas virtudes celebramos, ha precipitado mi resolución, sin dejarme comparar el peso que tomaba sobre mí, con la debilidad de mis fuerzas. ¡Oh! ¿qué podré yo decir de un sabio, de un cenobita, de un obispo, de un prodigio de virtud, de un Agustín, en cuyo elogio se han ejercitado todos los talentos de dentro y fuera del catolicismo, habiéndole dado uno solo los honoríficos títulos de Padre de los Padres, maestro de los doctores, igual á los apóstoles en el celo, á las profetas en el conocimiento de los misterios, á los ángeles en el fervor de la caridad; y ya que no igual, semejante á Jesucristo en la santidad de su vida? ¿Qué podré yo decir de un Agustín, cuyo panegirico se ha formado de intento por los Vicarios de Jesucristo, y por la misma Iglesia reunida en los Concilios, sin que se crea por eso, que los elogios han llegado á igualar á su mérito?

Al recordar todo esto, me digo á mí mismo, lleno de confusion y cobardía; ¿es éste aquel orgulloso filósofo, aquel hijo ingrato y rebelde, aquel inconsiderado escéptico, aquel insensato maniqueo, aquel

jóven licencioso y abandonado, que, agitado por las más vergonzosas pasiones, caminaba sin freno por la senda de la perdición? ¡Ah! el mismo es sin duda, aunque milagrosamente transformado. ¡Feliz transformación! en ella se manifiesta con mayor brillo el omnipotente influjo de la divina gracia; con ella se consolida mucho más la prudente confianza que debe animar á los pecadores, para que busquen su felicidad por medio de la penitencia; y ved ya declarado en esto el objeto de mi oración: pues me estiré á esta idea, como la más sencilla é interesante al mismo tiempo para nosotros, y como la más humilde y agradable al héroe que voy á presentaros como modelo de la verdadera penitencia.

Me avergüenzo, seguramente, solo al pronunciar desde la cátedra sagrada el nombre de un orador tan consumado. ¡Oh! ¡si me fuera posible imitar siquiera el mérito perfecto de los panegiricos con que él celebró las virtudes y glorias de otros santos! pero me conozco destituido de todas las cualidades que le hacen tan recomendable entre los justos apreciadores de su mérito.

Sin embargo, gran Dios, yo sé que sola vuestra sabiduría pudo hablar por los labios de Agustino; que él nada pudiera sin vuestra gracia; y que ésta no depende de las disposiciones naturales del hombre: dignaos, pues, concederme la que necesito, para promover vuestra gloria y la edificación de este cristiano auditorio, recordando las virtudes de vuestro siervo. Así os lo pedimos por la intercesión de vuestra Madre Santísima. *A. M.*

¡Qué sabia es la providencia de Dios, y por qué medios tan contrarios, al parecer, dispone las cosas á la consecución de sus altísimos fines! Nada más malo que el pecado, y no obstante, sin que nunca pueda querer el Señor que lo cometan los hombres, convierte los desórdenes, á que éstos se abandonan por su propia malicia, en ocasión y fuente de beneficios espirituales para los mismos pecadores y para los demás hombres. ¡Qué humildad, qué desconfianza de sí propio, qué conocimiento y amor á la bondad infinita; qué tierna compasión á sus hermanos no proporcionó á San Pedro su negación! ¡Hubiera aspirado jamás la Magdalena á un grado tan sublime de amor de Dios, si no hubiera palpado las bondades de este Señor, que le perdonó tan graciosamente sus enormes y escandalosas torpezas? Agustino...

Pero ¡qué voy hacer! en el día destinado para celebrar las glorias de este Santo que será permitido hacer un recuerdo individual de los desórdenes que, en cierto modo, pudieran oscurecerlas? ¡Ah! no

tema's que abusando del sagrado lugar que ocupó, y del santo misterio que ejerzo, profiera expresiones que puedan servir de escándalo á las almas inocentes que me escuchan, y á las que deseo y estoy obligado á edificar con mis palabras. Usando pues de la mayor circunspeccion, os diré, que Agustín fué pecador; un pecador insignie. Su orgullo, y el funesto deseo de una total independencia oscurecieron su entendimiento, hasta el punto de precipitarle en los más groseros errores, en una herejía absurdísima, en una duda universal, en extrema indecorosa á la razon; y como es consiguiente, á pesar de las protestas de tantos hipócritas reformadores, encendieron en su corazón el voráz furor de la lascivia, que le condujo al goce de los más vergonzosos placeres. En vano le instruye, le exhorta y amonesta una madre digna de mejores hijos; en vano le sigue á todas partes, atropellando por mil trabajos y peligros, con el fin de salvarle de otros más temibles aún; en vano al ver frustradas sus piadosas diligencias, se deshace en un aniego llanto, lamentando angustiada la ceguera de su amado hijo, y pidiendo con las más vivas ansias al Señor le envíe su gracia, para que pueda desengañarse y convertirse; en vano... Pero el Señor ¡ha tenido jamás corazón de piedra ó de bronce, que no se ablande con las lágrimas de un alma poseída de la verdadera caridad? ¿Podría un Dios de amor, cerrar las puertas de su misericordia á los ruegos que se le dirijan por una madre tierna y piadosa, implorado el remedio á tan deplorable desgracia?

¡Adorable Providencia! tú has permitido los extravíos de este jóven inconsiderado, para que palpe la debilidad de la razon, la falibilidad y miseria de los bienes del mundo, la dependencia inseparable de la vida de criatura, la absoluta necesidad de buscar en el Bien infinito la quietud, que no pueden proporcionarle la los estos bienes limitados, efímeros, aparentes, estos verdaderos males; tú consentiste que Agustín fuera un gran pecador: ¡Ah! preparabas en él á tu Iglesia un más sábio maestro y el de desear más acérrimo de tu gracia; y era conducente al efecto, que experimentara en sí mismo la delicioso suavidad, el poder irresistible de su influencia. ¡Qué voz tan escandalosa diriges á su corazón, que le desengaña, le humilla, le transforma, le arranca de entre las garras del Dragon infernal; rompe las duras cadenas del error que le aprisionaban, y le gana completamente para la Religión y la virtud!

Kajuga las lágrimas, atribulada Mónica; cálmese tu agitación; pón fin á tu congoja; os poco; conviértase tu pesar en indecible júbilo, y dá las más rendidas gracias á este Padre bondadoso, á cuya dichosa

casa ha vuelto ya este Pródigo reconocido. Mirale, no dudes que es el mismo; mirale postrado á los piés del célebre obispo de Milán, abjurando sus errores, detestando sus extravíos, renunciando á todo lo temporal y perecedero; pidiendo con ansia y recibiendo con indefinible satisfacción el baño salutífero que le libra de la muerte, y le asegura el derecho á la verdadera vida. Oye para tu consuelo el célebre himno, con que uno y otro tributan al Señor las gracias por un beneficio, tanto más apreciable, cuanto ménos merecido era.

Ya se fijaron sus ideas; su entendimiento, desterrando el error y las dudas, se abrazó estrechamente con la verdad; con esa verdad de la que será en lo sucesivo el maestro más celoso y el apologista más elocuente. Su corazón, desprendido ya de cuanto pudiera fomentar ó halagar sus pasiones, se ha decidido de un modo irrevocable por el partido de la virtud, de que será el predicador más infatigable y el modelo más perfecto. Ya dejó de ser el Agustín pecador, y se ha convertido en un declamador de la verdadera penitencia. Su conversión no es aparente, variable, sospechosa; jamás, jamás volverá á tragar el mortífero veneno del crimen, de que afortunadamente se ha descargado por un vómito saludable. No deja los vicios, porque le inhabilitan para continuar la enfermedad ó la vejez, y con el perverso designio de reemplazarlos con otros más proporcionados á su situación. Después de haberse entregado al desorden en su juventud, no se dará por satisfecho con un recogimiento forzado, y con una fútil y sacerdotal exterioridad de devoción: Agustín está bien persuadido, á que la penitencia es una parte de la más exacta justicia, por la que se deben resarcir completamente los daños que se han irrogado, reparar el honor que se ha vulnerado, y satisfacer las injurias con que la divina Majestad ha sido ofendida; sabe muy bien que, según las expresiones del grande Apóstol, cuya vida es al vivo retratada en la suya, y cuya lectura forma sus mayores delicias, así como el pecador hizo servir al vicio todos sus talentos y miembros, así el penitente, está en obligación de emplearlos todos en el ejercicio de la virtud: lo sabe, y en esta persuasión se decide por la penitencia. Abandona para siempre los caminos de la iniquidad, y corre precipitado por la senda de la virtud. Se avergüenza, se contrista al recordar sus antiguos crímenes; sus tiernos y continuados suspiros, sus abundantes lágrimas, sus amorosos coloquios con el Señor, su retiro, sus privaciones, todas sus obras, dan un testimonio nada equívoco del agudo pesar con que le atornilló la memoria de las culpas, con que ha ofendido á un Dios, que nunca podrá ser amado como merece su bondad infinita. ¡Oh! no había sacrificio á

que no se sujetase, para reparar el honor ultrajado de la Majestad divina; pero el hombre, el pecador ¿será capaz de dar una reparación semejante?

Esta sola consideración le haría desmayar, si no profesara á su Dios un amor tan vehemente; si no confiara en su generosidad sin límites; si no tuviera pruebas tan palpables de la infinitud de su misericordia. Con esta confianza se alienta, se resuelve, emprende cuanto le sea posible en obsequio de su Dios; á cuyo fin se consagra á Él todo entero, y por todos los momentos de su vida. Aquella razón, orgullosa é idólatra de sí misma, se somete, se humilla, reconoce la infalible veracidad de un Dios, que ha tenido la dignación de hablar á los hombres; se persuade á que es incomparablemente mayor la esfera de la omnipotencia divina que la de la limitada comprensión del hombre; hace callar los gritos de su ignorancia; crea con firmeza, estudia con ansia, explica con claridad, y defiende con tesón los misterios más oscuros y difíciles, las verdades más intrincadas é incomprendibles de la Fé. Consagra su estudio y todas sus fuerzas á combatir el error mismo que había é abrazado, y á desengañar á tantos infelices, que eran arrastrados al abismo de la perdición entre las densas tinieblas de la incredulidad. Sus admirables talentos, su rara erudición, sus extraordinarias virtudes, á pesar de la vigorosa resistencia que opone su profunda humildad, le conducen al santuario; le elevan al sacerdocio; le subliman al pontificado. Entonces, no de otra manera que, al presentarse el sol en el horizonte, desaparecen de improviso las tinieblas, dejando iluminada y reanimando á toda la naturaleza; así al colocarse en la Iglesia este astro luminoso, se disipan completamente, huyen precipitados y como desparvidos todos los errores, y aparece la verdad en todo su brillo y esplendor.

Retíraos, insensatos idolátras, retiráos á ocultar vuestra confusión en el abismo; vuestros débiles ojos quedarán enteramente deslumbrados á presencia de la luz que se difunde por los libros que él intituló: *De la ciudad de Dios*. Abatid vuestro orgullo, filósofos soberbios; todos vuestros sofismas quedaron desbarbados en el *Tratado de la verdadera Religión*. Desventurado Arrio, impíos Macedonio y Sabelio, no tengais la osadía de comparecer donde quiera que haya noticia del admirable libro *De la Trinidad*. Huid luego, maniqueos solistas, si no queréis exponeros á sufrir la misma suerte que vuestros dignos jefes Fausto y Félix. ¡Densais todavía, Donato y Novaciano, atizar el fuego de la discordia, y rasgar la túnica inconsútil de Jesucristo, después que ha visto la luz pública el libro *De la uni-*

dad de la Iglesia? ¿Hipócrita Pelagio! ¿osarás dirigir aún tus tiros contra la gracia del Redentor, cuando Agustino te ha quitado ya la máscara, ha demostrado la monstruosidad de tu secta, y opuesto demostraciones irresistibles á las sofísticas y fútiles cavilidades del astuto dialéctico Juliano? Y para decirlo de una vez: ¿qué heresía, qué cisma, qué errores ha habido en su siglo, en los anteriores y en los siguientes, que no se hayan destanecido con la doctrina, con el celo, con la erudición de san Agustín?

Mucho es lo que puede decirse de su infatigable trabajo por aclarar, en el modo posible, los misterios, proporcionar algun conocimiento de ellos á la capacidad de los mas ignorantes, y exhortar á todos los hombres al ejercicio de una sólida virtud: mucho, repito, pudiera decirse; pero ¿á qué acumular elogios, sobre los que le han prodigado tantos libros, tantos Padres de la Iglesia, tantos Vicarios de Jesucristo, y toda la Iglesia, congregada en los Concilios? y sin embargo, era un déchado de la humildad.

Su detenernos á escuchar los elocuentes discursos de los innumerables panegiristas de este Santo, que aseguran sin el menor recelo, que nadie le ha llevado ventaja alguna en la práctica de esta sublime virtud: es indudable, que miraba con menosprecio, y aún con aversión, los honores, suponiéndolos incompatibles con la enorme vileza en que le habia sumergido su pecado; que se creia indigno hasta del escaso y prosero alimento que se veia precisado á tomar para conservar su existencia, al mismo tiempo que llegaba su generosidad al extremo de vender los vasos sagrados, para remediar con su valor las necesidades de sus hermanos: que descargando continuamente sobre sí los golpes de la más austera penitencia, le parecia poco, nada, comparado con el número y gravedad de sus culpas; que... pero es imposible referir en un breve discurso las innumerables pruebas de su humildad. Los libros de sus *Retracciones* y los de sus *Confesiones*, obras de un mérito inconcebible, que ni tuvieron modelo que imitar, ni han tenido, ni acaso tendrán copia que las imite; estas producciones originales han sido, son y serán justamente consideradas por todos los que saben apreciar su mérito, como una prueba evidente de lo más sublime, de lo más prodigioso, de lo más heroico de la humildad.

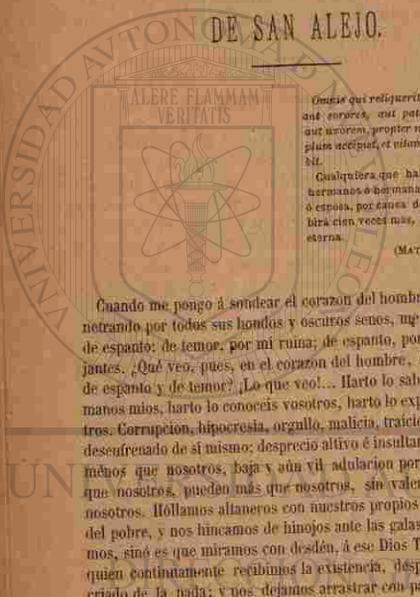
¿Qué confusión para nosotros, espíritus soberbios, que tanto y con tan diabólico disimulo nos vanagloriamos del don de Dios, que acaso, acaso, no tenemos; que con unos labios falaces é hipócritas publicamos, afectando rubor y confusión, nuestra indignidad, nuestra vileza, siendo así que se encienden en nuestros corazones el furor,

la ira, la rabia, la desesperacion, apenas alguno de nuestros hermanos; movido de una santa caridad, nos advierte los defectos que tanto nos envilecen en presencia de Dios y del mundo! Pero no es extraño, porque nosotros estamos poseídos del amor propio, y Agustín lo estaba del amor de Dios: éste era el blanco de todos sus pensamientos, deseos, ejercicios, penitencias y trabajos: éste inundaba su corazón, poniéndose de manifiesto en todas sus acciones. Bónle más se deja advertir es en sus escritos: no es posible leer con atención sus *Molinciones*, sus *Cartas*, sin sentirse abrasado interiormente de aquel divino fuego que le inspiraba para escribirlos. ¿Ni qué otro objeto pudo proponerse en su predicacion nunca interrumpida, en las impugnaciones de tantas herejías, en la explicacion de todos los misterios, en la formacion de aquella admirable *Regla*, que condujo tantos pecadores á la penitencia, tantos justos á la perseverancia, tantos tibios al fervor, tantos mundanos y sensuales á la soledad y al retiro: aquella *Regla*, que practicada con exactitud por sus hijos, y adoptada por los ajenos, ha dirigido tantos monasterios, ha hecho amables la virtud á tantos cenobitas, la más austera mortificación á tantas vírgenes delicadas; ha suavizado, allanado, facilitado el camino del Cielo, pasando de diez y seis mil las almas que por este medio han sido admitidas en aquel reino feliz, dejándolo expedito para todos los cristianos?

No puede caber la menor duda; el amor de Dios es el que dirigia todas las operaciones del grande Agustín; y su más constante anhelo fué inspirárnoslo, para lo que se valió de todos los medios imaginables: á nosotros pertenece responder agradecidos á tan nobles deseos. Ofrezcamos en sacrificio al Señor todo cuanto poseemos, puesto que todo lo hemos recibido de su mano benéfica y liberal, imitando escrupulosamente la conducta del Agustín, prodigiosamente convertido y penitente. Amemos, como él, el retiro, la mortificación, el trabajo, la humildad; amemos á nuestros hermanos é inspirémoles el amor á Jesucristo, Vosotros, con especialidad, las que por vuestra profesion os habeis impuesto una obligacion de seguir la *Regla* de este prodigio de la gracia, de la penitencia, de la virtud, no os separéis un solo paso de la senda que él os ha trazado: mortificad incansablemente vuestras pasiones; sed humildes, pacientes, resignadas; amad la pobreza; amad al Señor; amaos á vosotras mismas; manifestad en vuestra conducta que aprendeis en la escuela de tan insigne maestro, que sois hijas de tan esclarecido padre, y seréis un día eterno compañeras de la gloria de tan prodigioso santo. Amen.

PANEGÍRICO

DE SAN ALEJO.



Omnia qui reliquerit deum, vel fratres aut caros, aut patrem, aut matrem, aut uxorem, propter nomen meum, recipiam eum, et vitam aeternam possidebit.

Qualquiera que habrá dejado casa, ó hermanos ó hermanas, ó padre ó madre, ó esposa, por causa de mi nombre, recibirá cien veces más, y poseerá la vida eterna.

(MATEO. 19. Y. 29.)

Cuando me pongo á sondear el corazón del hombre, y que voy penetrando por todos sus hondos y oscuros senos, me lleno de temor y de espanto: de temor, por mi ruina; de espanto, por la de mis semejantes. ¿Qué veo, pues, en el corazón del hombre, que así me llena de espanto y de temor? ¿Lo que veo?... Harto lo sabéis vosotros hermanos míos, harto lo conocéis vosotros, harto lo experimentáis vosotros. Corrupción, hipocresía, orgullo, malicia, traición, envidia, amor desenfrenado de sí mismo; desprecio altivo ó insultante de los que son menos que nosotros; baja y aún vil adulación por los que son más que nosotros, puedan más que nosotros, sin valer tal vez más que nosotros. Hóllamos altaneros con nuestros propios pies los andrajos del pobre, y nos hincamos de hinojos ante las galas del rico. Olvidamos, sino es que miramos con desdén, á ese Dios Todopoderoso, de quien continuamente recibimos la existencia, después de habernos criado de la nada; y nos dejamos arrastrar con pasión del amor de viles criaturas como nosotros, que no pudiendo jamás darnos el verdadero bien, frecuentemente nos hacen mucho mal.

Ved, amados míos en el Señor, lo que me aflige, me llena de pavor y de espanto. Ved lo que lleno de admiración, me hace exclamar con el profeta Rey: ¿Qué es el hombre, para que lo tengáis en vuestra memoria, ó el hijo del hombre, para que os dignéis visitarle? Y en efecto; ¿cómo no ha de asombrarnos esta misteriosa creatura

to infinita misericordia del Señor á favor de una criatura, que le está constantemente en rebeldía? Ah, católicos, mucho llama la atención de todo un Dios nuestra propia salvación; y es, que dentro de nosotros habita una alma inmortal, destinada á las mansiones eternas. La naturaleza, decayda por el pecado del primer hombre, hace, constantemente, una guerra á muerte á esta preciosa criatura del Señor; y el Señor descendió de lo alto para enseñarle sus divinos mandamientos, confiarle sus divinos secretos, intimarle su voluntad sacrosanta. El Señor, no solo se contentó con enseñar, sino que Él mismo *practicó*. Y era bien necesario que así fuese, porque sino ¿qué hubiera sido de nosotros?

Vino, pues, á enseñarnos las virtudes y á darnos su gracia para practicarlas; vino á darnos á conocer nuestra propia miseria; vino á ponernos de manifiesto todo cuanto hay de perversidad y de perfidia en nuestro corazón, desde que llega á dejarse sorprender y dominar por el pecado. Vino á traerlos un remedio á tamaños males; á reconciliarnos con su eterno Padre, á sellar nuestra nueva adopción y nuestra reconciliación en la cima del Golgota. Vino... pero ¿qué lengua bastará á referir el grandioso objeto de la divina misión del Salvador? Sin embargo, católicos, entre tanto como nos enseñó, sobresale una lección divina, la que se contiene en el Evangelio de la misa que nuestra santa madre la Iglesia pone en honor del grande héroe del Cristianismo, cuyos cultos celebramos hoy, del insigne y glorioso S. Alejo. En el santo Evangelio que acabáis de escuchar, se encierra una de las más útiles y sublimes sentencias que nos ha enseñado nuestro divino Maestro; *Omnia qui reliquerit...* Y todo aquel que desajere su casa, sus hermanos ó hermanas, ó á su padre ó madre, ó á su mujer por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna. Palabras que han despoblado las ciudades más famosas de los imperios, llenado los claustros, poblado los desertos. Nuestro ilustre Alejo las escuchó y siguió tan dócil y tan heroicamente, que su vida como verais, ha sido uno de los mayores portentos de la historia, y mayores milagros de la gracia. El SANTO Y GLORIOSO ALEJO, DEJÁNDOLO TODO POR AMOR DE JESUCRISTO, RECIBIÓ CIENTO VECES MÁS, GOZÁNDO DE LA ETERNA BIENAVENTURANZA: tal será el objeto de este discurso. Antes de probarlo, pidámos los auxilios de la gracia. A. M.

Al haceros la triste pintura de los efectos causados en nuestro corazón por el pecado, no ha sido mi ánimo el echar un tupido velo sobre las eminentes cualidades de que le dotara el Criador cuando

salidó puro de sus manos divinas. Y en efecto: si me pongo á considerar las prendas nativas y primigenias del corazón humano en el estado de su pureza originaria, no puedo ménos de adorar y bendecir al Criador, por tantos y tan maravillosos dones con que su misericordia lo enriqueció. Nos fijaremos hoy en alguno que otro, en relacion con la santa solemnidad que nos renue en este día. Y desde luego en la propiedad del amor. Cuando reflexionamos sobre esta hermosa propiedad de nuestro corazón, inmediatamente viene á arrobarnos en espíritu y levantarnos sobre todo lo criado, el dulce y grandioso pensamiento, de que el amor de nuestro corazón participa de lo infinito: que nada de este mundo le puede satisfacer; que siendo tan pequeño nuestro corazón, es inmenso en su amor; que el mundo todo, el universo entero no le llena todavía! Y sin embargo, esta propiedad eminente ha sido radicalmente en nuestro ser, no para dejarla vacía y nunca satisfecha, sino para que, como todas las obras del Criador, tenga su fin adecuado, pueda llenarse cumplidamente. Ahora bien: solo Dios puede ser el término y fin proporcionado para llenar y satisfacer este amor que hierve en nuestro pecho. Nada tiene, pues, de extraño, que desde el momento en que nuestro corazón llega á tocar al término de sus deseos, á la playa de sus esperanzas, al divino objeto de sus amores, á Dios: en fin, nada tiene de extraño, repito, que se sobreponga á todo lo terreno, y cual águila veloz, remonte su vuelo hacia las cumbres del Ser, coronándose sobre las alturas en alas del divino amor. Y veid cómo se explica el fenómeno, eminentemente religioso, de un S. Alejo, que pospone el amor de su Dios, el amor de su tierra y dulce esposa, de su tierra y dulce madre, de su tierno y dulce padre. Detengámonos un momento en este episodio, el más interesante de su vida.

Cuando el espíritu del Señor se digna descender á nuestros corazones y morar en ellos, inmediatamente desaparece esa nube de deseos que los turban y pervierten; nuestra alma entonces, teniendo despejado el horizonte de su corazón, ve distintamente y conoce esa nube de errores, esas negras vapores de las ilusiones que la ofuscan y confundian; principia á ver claro y sereno el Cielo que antes le estaba opaca y sombrío, es penetrada de una luz viva y amorosa; conoce claramente y ve, al través de esta luz divina, las cosas de la tierra; y poniéndolas en paralelo con las del Cielo, por un movimiento espontáneo, se siente como horrorizada del caos en que se hallaba sumida, y anhela y suspira con ansia por el bien supremo, por esa mansion de delicias eternas que le espera, y para la que fué criado.

Ocupado nuestro Santo de la felicidad eterna, procuraba, desde muy jóven, desembarazarse de su nombre, riquezas y de todo lo que pudiera distraerle. Pero hé aqui que, cuando más seriamente meditaba como librarse de un mundo tan importuno, viene á presentarsele el motivo más poderoso para empeñarlo en las atenciones del siglo. Como él era el único sucesor de la familia, sus padres se decidieron á casarle; y sin embargo de su oposición, quisieron, absolutamente, que aceptara un partido ventajoso que le habían procurado. Alejo tuvo que condescender con sus padres, y al fin se celebró el casamiento. Como el Santo solo había consentido al matrimonio por el grandísimo respeto que tenía á sus padres; el matrimonio, que acababa de celebrarse con la mayor solemnidad, en nada debilitó ni disminuyó el deseo ardiente que tenía de pertenecer á solo Dios, y de no amar sino á Dios solo.

Apénas se hubo desposado, cuando se avivaron más y más estos deseos, y tomó la generosa resolución de romper de un golpe todas las lazos que podían atarle al mundo, y creyó que solo la huida podría ponerlo en estado de llevar á cabo su designio. Efectivamente, mientras todo era fiestas en la casa de Eufemiano, y que toda la población iba á tomar parte en la alegría, Alejo, al anochecer del mismo día de bodas, entra en el aposento de su esposa y le pone en sus manos un anillo y una rica caja: le suplica que acepte este regalo como prenda de su amistad; y dejándola, sin indicarle nada de su designio, se sale secretamente de la casa de sus padres; y habiéndose distraído, se vá al puerto, se embarca en un buque que partía para Laodicea, e hizo-se á la vela en la misma noche. Dejó á nuestra meditación el considerar el efecto que causaría la partida de Alejo en su esposa, padre, madre, parientes y el pueblo todo. Las fiestas se convirtieron en duelos, las galas en luto, las alegrías en exclamaciones lastimosas, sentimentales. Todo esto era muy natural y muy consiguiente: sin embargo de que Alejo lo había previsto y meditado, nada le detuvo en su resolución. Dios había depositado en su corazón un perfume de amor celestial tan vivo y eficaz, que ni el amor á una tierra, pura y candida esposa, ni el cariño á una madre que tanto le quería, ni el amor á un padre respetado y querido, nada pudo contrabalancear á la inspiración del espíritu del Señor. ¡Ah, católicos, y cuánto acusa este ejemplo horrible nuestra apatía, nuestra fría indiferencia, nuestra cobardía en resolvernos á seguir el camino, á marchar intrépidos por el sendero que el Señor nos ha mostrado ser aquel por el cual debemos ir hasta la muerte!

Llegado á Laodicea nuestro Santo, temeroso de ser descubierto

alli por los emisarios de su padre y esposa, se fué á Edesa, en donde se juzgaba al abrigo de todo descubrimiento, y además porque creyó poder vivir allí pobre y desconocido. Distribuyó todo lo que le quedaba entre los pobres; quiso vivir en la mayor oscuridad y pobreza y abandonarse enteramente á la Providencia. Su calidad de extranjero, sus modales en lo exterior muy sencillos, y su traje pobre, le atrajerón muy en breve toda suerte de oprobios, de insultos y desprecios. Se lo miraba en aquel país como un vagabundo sin profesion, como un mendigo aventurero, y no se le daba limosna sinó haciéndosela de mala gana; insultábale los niños y muchachos, el populacro lo ultrajaba y cada uno le escarmentaba como á porfia; el siervo de Dios recibía con la mayor alegría toda esta nube de desprecios, gozándose de verse lleno de oprobios, como su divino maestro Jesús. Su forma devoción á la santísima Virgen María, le hizo escoger por su ordinaria habitación la catedral de Edesa, consagrada á María, célebre por la mucha devoción y por los prodigios obrados por medio de su intercesion en aquel santuario. Por la noche se albergaba en el pórtico de este célebre templo; allí podía limosna durante algunas horas del día. El resto, y la mayor parte de la noche los pasaba en oracion; algunas cuantas horas tomaba un breve sueño repostado en el suelo sobre el empuñosado; en fin, su vida era una penitencia continua la más asombrosa.

A pesar de su profunda humildad, su santidad y heroica penitencia no pudo permanecer oculta por mucho tiempo, y la fama de sus virtudes corria de boca en boca por todos los contornos de Edesa. El Señor, por medio de la milagrosa imagen de María venerada en Edesa, manifestó más de una vez la santidad de su siervo, revelándosele á un santo sacerdote, custodio del célebre santuario. Alejo no tardó en conocer que ya no se le trataba como á un simple pobre, sinó que se le veneraba como á un santo penitente, y que cada cual le convidaba con una habitacion en donde pasar sus dias tranquilos y serenos. Esto solo bastó para que Alejo se retirase inmediatamente de Edesa y se embarcase en el primer buque que se diese á la vela, á irse á la mercader de la Providencia. El buque que encontró, y en el cual se embarcó, tomó la direccion de Laodicea, á donde iba destinado; pero Dios, queriendo probar todavía mas la fidelidad de su siervo Alejo, mandó á los vientos y á la mar; y la nave, en lugar de aportar á Laodicea, segun el desigmo del capitan y de toda la tripulacion, fué llevada por una rócía tampeada á las aguas de Italia y arrojada á la playa del Puerto-Romano. Desembarcaron, pues, todos los tripulantes y pasajeros en este puerto. Nuestro Alejo reconoció

en este acontecimiento la mano todopoderosa de Dios; adoró su providencia; y deseoso de padecer más y más por amor de nuestro Señor Jesucristo, tomó una de esas resoluciones que solo pueden venir del Cielo, y que nuestro solícito maestro y Redentor deja realizarse para mostrar todo el poderio de su gracia.

Con las austeridades continuas, y con todo ese género de privaciones morales y físicas de que habia hecho el blanco y la víctima á su cuerpo, estaba este tan demudado, que ni su rostro ni sus facciones eran ya conocidas, ni de modo alguno semejantes á las de su juventud. Juzgó, pues, que podia presentarse en la misma casa de su padre y madre sin ser conocido de ellos; y se resolvió á verificarlo, guardando el incógnito más riguroso, hasta que la Providencia le indicase ser llegado el momento de descubrirse. No se le ocultó el atroz combate en que iba á empeñarse; pero fuerte y apoyado en la gracia de Dios, sale de Puerto-Romano á pié como un pobre mendigo, se dirige á Roma, toma la direccion del palacio de su padre, se acerca á él, y poco más ó ménos le dice estas palabras: «Siervo de Dios, ejerced vuestra benigna caridad para conmigo, pobre y de todos despreciado; admitidme en vuestra casa para que coma con vuestros criados de las migajas de pan que caigan de vuestra mesa. El Señor Dios bendiga y haga próspera vuestra vida; y si alguno de los vuestros peregrina, no dudéis que el Señor os lo devolverá salvo y sano.»—A estas últimas palabras los ojos del anciano senador se arrasaron de lágrimas, acordándose de su Alejo; y conmovido extraordinariamente á favor del pobre peregrino que tenia delante de él, dá orden á sus criados para que uno de ellos se encargue de este pobre mendigo, y le suministre lo necesario con amor y caridad.

Admitido en la casa, los criados, muy lejos de obedecer fielmente á su amo y tratar como debieran al pobre mendigo, en cada instante no cesaban de insultarle, de maltratarle, y aún muchas veces, le reñaban lo necesario, tratándole vil é injuriosamente. Dios no disponia así para hacer brillar más y más la heroica virtud de su siervo Alejo. La paciencia de nuestro Santo y su mansedumbre no se desmintieron ni un momento: no salía de casa sinó para ir á la iglesia; comulgaba todos los domingos, segun la práctica de aquellos piadosos siglos; su ejercicio continuo era la oracion; su alimento pan y agua; su cama el suelo, y sin abrigo alguno. Así continuó por espacio de diez y siete años. Y bien: ¿creéis acaso que este género de vida, sazonado con los viles y soeces tratamientos de los criados, fuese la mayor tentacion para Alejo? ¡Ah! los que entre vosotros seáis hijos buenos y esposos tiernos, me diréis inmediatamente que

no; y vo, apelando á vuestros sentimientos de hijos y de esposos, os convido á contemplar este sublime espectáculo de un hijo único, heredero de un hombre ilustre y de una opulenta riqueza, y esposo de una doncella adornada de todas las más bellas y sobresalientes prendas; yo os convido, digo, á contemplarlo en el zaguan de la casa de su mismo padre, donde moraban su padre, su madre y su esposa: viendo á cada instante á estos tres amados objetos de su corazón, oyéndoles repetir muchas veces al día: á su madre: ¡Ah, hijo mio Alejo! ¿dónde estás, querido de mis entrañas?—A su esposa: ¡Ah esposa mio y acción, cuán poco tiempo te conocí! ¿Cuándo volverán mis ojos á verte, y cuándo vendrás á saciar esta sed de amor que me abrasa y consume, sin dejarme morir? Esto y mucho más dirían los angustiados padres y la esposa afligida; y de todo esto era testigo Alejo, el objeto de estas quejas amorosas. Contemplad, pues, cuánta violencia tuvo que hacer á su fiero corazón, y cuán grande, cuán heroico fué el amor de este héroe á su Dios, el amor á la humildad, á los desprecios y á la mortificación.

Después de diez y siete años de combates y de victorias, Dios quiso recompensar la fidelidad de su gran siervo, Alejo, informado por inspiración divina de su muerte próxima, y sintiéndose movido interiormente del deseo de publicar las maravillas de la gracia, escribió toda su vida en un papel que el mismo cerró y guardó consigo. Pocos días después, y sin que apenas lo percibiese nadie, Alejo espiró. En el mismo día, estando el Papa Inocencio I celebrando misa en presencia del emperador Honorio y de los principales personajes de Roma, entre los cuales se hallaba Eufemiano, se oyó una voz misteriosa que decía: «Que un gran siervo de Dios acababa de morir en el palacio de Eufemiano; que su crédito y poder eran muy grandes delante del Señor.» La sorpresa y admiración fué general; y Eufemiano, más admirado, aunque no tan sorprendido, dijo al emperador: Si lo que oímos es cierto, ese Santo no puede ser otro que un pobre á quien doy albergue muchos años há. El Papa, el Emperador, con los personajes asistentes, concludida la misa, fueron al palacio de Eufemiano, y hallaron, en efecto, á Alejo muerto, delado de la escalera principal, y con un papel en la mano. Eufemiano, llevado de un movimiento de santa curiosidad, quiso tomar el papel; pero estaba tan fuertemente asido, que no pudo arrancárselo. El Papa mandó que todos se arrodillasen, y acercándose al santo cuerpo, tomó sin dificultad el papel, que desplegado dió á leer á Acio, canceller del Imperio. Este papel contenia su nombre y cualidades, con su historia detallada. Todos quedaron atónitos de lo que veían y

acababan de descubrir; pero nadie lo fué tanto como Eufemiano, el venerable senador, que reconoció á su propio hijo en el pobre á quien había albergado. Cuando su madre y esposa lo supieron, imposible sería describir los sentimientos tan encontrados que experimentaron. Todo el pueblo agudó en masa á la casa del senador Eufemiano, dando gracias á Dios por las maravillas que acababan de presenciar.

Católicos, ¡cuántas y cuán útiles enseñanzas nos ha querido el Señor dar en esta admirable cuanto tierna é interesante historia! Vemos un jóven instruido, fino, noble, rico, virtuoso sin preocupación, humilde sin afectación, que lo deja todo por seguir á Jesucristo pobre y paciente. Oponiáse á su designio obstáculos insuperables por las leyes ordinarias de la naturaleza y aun de las leyes ordinarias de la gracia: Amaba fieramente á sus padres, sus padres le correspondían con un amor entrañable y exclusivo, pues que Alejo era hijo único, el solo fruto de su santa unión. Alejo era piadoso: sus padres lo eran también en extremo. Alejo era muy compasivo para con los desgraciados y menesterosos; los padres de Alejo lo eran también, pues que expendían una gran parte de su rico haber en favorecer á los desgraciados y necesitados. Si de los padres pasamos á la esposa de Alejo, vemos en ella un puro espejo de las prendas y virtudes de una doncella cristiana, noble, caritativa, piadosa, con todas las prendas naturales de hermosura, riqueza y demás. En el seno pues, de su familia, Alejo, muy lejos de tener por qué temer por su salvación, solo podía hallar motivos de edificación. Y sin embargo, tomó una de esas resoluciones que las reglas ordinarias de la gracia y de la teología, aun la más rigida, no aconsejan sino cuando hay que optar entre la ocasión inmediata del pecado ó la tentación, ó si menester fuere, la muerte. ¿Qué vio, pues, Alejo? ¡Ah católicos, no es difícil adivinarlo á un corazón enamorado de Dios; no es difícil adivinarlo á una alma que vive de la fe; no es difícil adivinarlo á un corazón virgen de todo afecto terreno! Lo que Alejo vió, lo que oyó, quien le mandó, ¡fui Dios! Alejo oyó á la voz que le decía: «Tudo aquel que dejare su casa, sus hermanos; ó á su padre y ó su madre; ó á su mujer por causa de mi nombre, recibirá ciento por uno y poseerá la vida eterna.» Oyó esta voz Alejo, y le commovió el corazón. El Espíritu divino le dió tanta fuerza é impulso, que Alejo, dejando lo bueno por escoger lo mejor, obedeciendo á las fuertes y extraordinarias inspiraciones de la gracia, emprendió esa vida tan austera y penitente, tomó ese camino tan extraordinario, que después de mil cuatrocientos años todavía no ha tenido un segundo

imitador. Sin duda que era bueno el estado que Alejo dejó; en él podía hacer mucho bien á todos, mucha caridad á los pobres, dar mucho consuelo á los afligidos; pero mucho más perfecto y análogo al Evangelio es, escoger y abrazar un estado humilde, un género de vida pobre, un camino estrecho, donde los trabajos le venían al encuentro como á perla, y en donde nunca, ó rarísima vez, se ven los consuelos terrenos. Bueno y santo es el dar limosna; más bueno y más santo es, el escoger, por llamamiento directo del Cielo, un estado que le obligaba á pedirlo. Santo y bueno socorrer á los necesitados; pero más santo y perfecto es, el hacerse voluntariamente necesitado por haber dado todo su haber á otros más necesitados. Muy buena y muy santa es la union conyugal, el santo matrimonio, pues que la santa Iglesia le bendice, y porque, sobre todo, nuestro divino Maestro lo elevó á la altísima dignidad de Sacramento; pero más perfecto y más santo es, el estado de abnegacion, el estado de humillaciones sufridas por Jesús, por su amor, por su gloria; y, sobre todo, más perfecto y más santo es, el estado de la virginidad, como así nos lo enseña la misma verdad divina. Sin duda, que santos son los castos y puros afectos del matrimonio, pero es infinitamente más santo el total desapego y desprendimiento de todo afecto terreno, para solo amar á Dios y á nuestros prójimos en Dios. Nada hay más natural y justo, á la par que fuerte y profundo, que el tierno y respetuoso amor filial del hijo al padre, de la hija á su madre: este amor tiene echadas sus hondas raíces en lo más íntimo de la naturaleza. Pero este amor, no siendo sino un destello de aquel inmenso Amor creador de todas las inteligencias como de todos los seres, no siendo sino un rayo de aquel Sol divino, que baña con sus resplandores á todo lo que es capaz de amar y entender y ver, no es tan perfecto y sublime, tan puro y profundo como el amor divino, que es, en cierto modo, una participacion de la Divinidad.

Inclinémonos, pues, ante ese Dios grande; ese Dios por esencia bueno; ante ese Dios, cuyos decretos y cuyos caminos, aunque nos son desconocidos, son siempre dignos de nuestras más cordiales adoraciones. Postrémonos ante el acatamiento del Dios padre de las luces, autor, origen y repartidor de todo don perfecto. Él, como soberano dispensador de gracias y dones, los distribuye entre sus criaturas segun conviene á su santísima y justísima providencia. Aceptemos con humildad y agradecimiento los dones y gracias que Él se digno depararnos; hagamos fructificar en nuestros corazones las semillas de virtudes, gracias y dones que Él se dignó sembrar en nuestras almas. Adoremos su santísima y justísima voluntad, en especial,

porque nos ha dado en espectáculo de amor y veneracion á este insignificante héroe de la humildad, del desprecio del mundo, y de sí mismo; y lo que es más, de este más que heroico desprendimiento del amor de su esposa, madre y padre. Bendigamos una y mil veces al Señor, por habernos presentado un ejemplo tan sublime, un modelo tan completo de todas las virtudes cristianas.

Y vos, ilustre Alejo, que habeis ido á gozar de vuestro bien amado Jesús, bien se ha cumplido en vos la palabra de este nuestro divino Maestro, á quien tan fielmente copiasteis. No solo habeis recibido ciento por uno de cuanto así abajo tan generosamente renunciasteis, más de mil habeis recibido. Por un padre terreno; tenéis y poseéis al Padre celestial; por una madre que os dió á luz, tenéis y poseéis á esa Madre del Verbo Encarnado, á quien le fuisteis tan firmemente afecto. Por una esposa tenéis millones de espíritus celestiales, que, como vos, van en pos del Cordero, cantando cantares virginales y siguiéndole por todas partes á donde vá. Entrad, pues, celestial Alejo, en el goce de vuestro Señor; e interceded por nosotros, para que consigamos las divinas misericordias y el galardón eterno por eternidad de eternidades en la gloria. Amen.

PANEGÍRICO

DE SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Ignem veni mittere in terram, et quid volo nisi ut accendantur?

No he venido á poner fuego en la tierra, y qué he de querer sino que arda?
(Luc. 12, v. 48)

¿Qué fuego es este, católicos, con que nuestro divino Redentor amenaza á la tierra? Viene, dice Cristo, á poner fuego en la tierra. Y no solamente dice, que su ánimo solo es de que prenda en ella, sino que su voluntad es, que la tierra se abrasa toda con este fuego. El mansísimo Jesús, el dulce Cordero, que venia á tomar sobre sí nuestras maldades, á expiarlas, á pagar por ellas, ese Salvador bondadoso, de quien estaba predicho, que ni aún acabaría de romper una caña quebrada; ese divino Maestro nos dice, que no ha venido sino á abrasar la tierra con fuego. ¿Qué fuego es este, señores? ¡Ah, católicos! ese fuego que el Verbo Divino vino á traer á la tierra, no es un fuego destructor, sino un fuego edificador; no es fuego que causa la muerte, sino fuego que da la vida; es fuego que consume lo malo y alimenta lo bueno; es fuego que purifica, es fuego que une, que dá fuerzas, que dá vigor, que ilumina el entendimiento, es inflama á la voluntad.

Este fuego es la caridad, cuyas primeras llamas parten del mismo trono de la Divinidad. La caridad, la primera y la más excelente virtud; la caridad, que obligó al mismo Verbo Eterno á descender del Cielo á la tierra, del seno mismo de la Santísima Trinidad, al seno de nuestra humanidad. Hé ahí, católicos, el fuego que el Hijo de Dios vino á traer á la tierra. ¿Y en qué ocasión pudiera mejor precionar sus efectos maravillosos, que en esta gloriosa solemnidad del bienaventurado Alfonso María de Ligorio? ¿No se le vió en el si-

glo pasado renovar en su patria los tiempos apostólicos, y evangelizar el reino de Dios con un celo infatigable, á pobres y á ricos, á sálidos é ignorantes, á nobles y plebeyos; en las ciudades como en las aldeas, en los palacios como en las chozas del pastor y en las tabernas del campesino? Y no solo esto, sino todavía más: este celoso ministro del Señor, no se contentó con dedicarse á la predicación; con no menor ardor y asiduidad se le veia administrar el santo sacramento de la penitencia, de día, de noche, en los poblados, en los despoblados, á todas horas. Y para que no quedásem sin un fruto universal y eterno los momentos, que las enfermedades, ó ciertas indisposiciones físicas, ó hábitos le impedían librarse al uno ó al otro de estos dos santos ministerios, empleaba estos momentos en escribir esas admirables obras de piedad y de teología, en que se ve brillar la prudencia más exquisita con la más tierna devoción. Hé aquí, pues, amados míos en el Señor, lo que voy á demostraros en este breve rato: *El bienaventurado S. Alfonso María de Ligorio llenó cumplidamente las augustas funciones y los estrechos deberes del apostolado católico.*

Virgen pura, alcanzadme bienes y gracias para recomiar debidamente las virtudes de nuestro siervo, A. M.

En el siglo pasado, y precisamente, cuando la impiedad hacia los mayores estragos en las Galias, y en lo más florido de la Alemania, Dios suscitó en la Italia uno de esos ministros evangélicos, que la divina Providencia se place á oponer como muros de bronce, como guerreros invencibles, contra los enemigos de su Iglesia. El bienaventurado Alfonso María de Ligorio fué este héroe privilegiado. Nacido en Nápoles, hacia el año mil seiscientos noventa y siete, de un ilustre origen, dió desde su niñez pruebas inequívocas de su piedad, que ya presagiaban su futura santidad. Sus padres lo entregaron al bienaventurado Francisco de Jerónimo, varón santísimo de la Compañía de Jesús. En tales manos, no pudo sino mejorarse y perfeccionarse más y más nuestro jóven Alfonso María; á medida que crecía en edad. Se alistó, siendo todavía de tierna edad, en muchas cofradías, cuyos ejercicios cumplía exactísimamente. Un poco más adelantado en edad, se ocupaba muy frecuentemente en visitar á los enfermos y servirles en los hospitales, con un amor tan entrañable, que no se separaba de ellos sino con dolor y solo llamado por otras atenciones no ménos graves y piasosas. No se le vió jamás ni jugar con los otros niños sus iguales, ni perder el tiempo en inútiles recreaciones.

Su amor al santo ejercicio de la oración era inmenso; no solo él misa frecuentísimamente, sino que permanecía en oración fervorosa una gran parte del día en los templos. Y no se piense, que todos estos ejercicios de piedad le distrajesen del estudio, ó le impidiesen el aprovechar en las letras. Apenas contaba diez y seis años, cuando, previos los certámenes literarios, mereció recibir la bolla de doctor en ambos derechos en la universidad de Nápoles, su patria, muy floreciente en aquella época. Por obedecer á su padre, principió á desempeñar el cargo de abogado y el de la judicatura, en cuyos estados mereció los mayores aplausos y una nombradía extraordinaria. De todas partes acudían á él pobres y ricos, nobles y plebeyos, ciudadanos y rústicos, eclesiásticos y seculares; para con todos se mostraba afable y recto, benigno y justo, apasionado por la justicia muy imparcial en administrarla en su casa y lugar. Sin embargo, él ya adulto y maduro Alfonso María no tardó en conocer los peligros del foro, y no quiso privarse por más tiempo de las santas delicias que le proporcionaban las sencillas, humildes y piadosas prácticas á que se había acostumbrado desde la niñez. El fuego divino de la caridad comenzaba á arder demasiado en su pecho, para dejarse contener y reprimir por la multiplicidad de los negocios mundanos. Y así es, que renunció á todos éstos, aunque el estado en que el santo jóven se hallaba era bueno en sí mismo y honorífico.

Dios lo llamaba para cosas más altas; así es, que el invicto jóven, después de haber renunciado á un rico y muy honorífico casamiento, se fué á ofrecer su espada de honor á la santísima Virgen de la Merced, la hizo colgar en su altar como un voto ó promesa, é inmediatamente tomó el estado eclesiástico. Una vez entrado en los órdenes sagrados, el fuego divino que abrasaba su corazón, lo impelía más y más á cosas más arduas y grandes. Apenas se le ordenó de sacerdote, lleno de celo como otro Moisés, comenzó á celar la honra de Dios, á predicar contra los vicios, á exhortar á la práctica de las virtudes, á sacar á los pecadores de su lamentable estado, á promover establecimientos para garantizar la virtud de los escollos del naufragio.

Cuántas veces se le vió atravesar con la celeridad del rayo distancias inmensas; unas veces, para librar á las almas inocentes de las garras del león infernal; otras, para librar á un pecador de la fúnebre caída en el abismo de la desesperación. Animado siempre de la más pura y acendrada caridad, se le ve volar en alas del celo evangélico al socorro de los malestarosos sumidos en la más espantosa miseria, y muy cercanos de su ruina temporal y eterna; multiplicándose pro-

digiosamente, y hallándose milagrosamente en lugares muy distintos, le vemos aquí consolar al triste, allí animar al abatido, y en otras partes remediar un sin número de necesidades, que Dios solo puede calcular.

Juró un oficio eterno á la pereza y al ócio; así es, que ni un instante se le vió en reposo: ya orando, ya predicando, ya confesando, ya exhortando, ya leyendo cuando viajaba, ya escribiendo cuando estaba en reposo, jamás se le vió ocioso. ¿Ni cómo era posible que lo estuviera? ¿Acaso el fuego divino de la caridad le dejaba un momento en sosiego? ¿O creéis que las dificultades, las fatigas, los trabajos le arredaban? El amor no sabe lo que son las tardanzas por indolencia; y si esto se dijo del amor natural, cuánto más maravillosamente prodigiosos no deben de ser los efectos del amor divino? El bienaventurado Alfonso María de Ligorio sabía bien, que un corazón en donde mora el amor divino no duerme, y que por esto la Esposa de los Cantares dijo: Duermo, pero mi corazón está de vela: y así es, que de nuestro Santo no puede decirse que dormía. Su sueño no era sino recobrar nuevas fuerzas para continuar con más vigor el viaje interrumpido.

¡Ah, católicos, y cuánto acusa esta santa y vigilante actividad de nuestro bienaventurado nuestra apatía, nuestra indolencia! Sin embargo, su Dios es el nuestro, su Maestro es nuestro Maestro, su ley es nuestra ley, su evangelio el nuestro, su religión la nuestra, sus deberes nuestros deberes, sus próximos nuestros próximos. Si Dios le distribuyó sus gracias y sus dones, esos mismos dones y gracias se nos están ofreciendo á cada hora por ese bondadosísimo Dios, que jamás se cansa de darnos, porque jamás cesa de amarnos. Si la voz de nuestro divino Maestro vino á herir sus oídos y hacerse entender de su corazón, ¿no es también cierto, que á nosotros nos está constantemente hablando este divino Señor, y que perennemente llama á la puerta de nuestro corazón? ¿Cómo, pues, amados míos en el Señor, nos mostramos tan sordos é indiferentes á tantos y tan repetidos llamamientos del Señor? ¿Es verosímil que haya una diferencia tan notable entre la pronta y enérgica correspondencia de un S. Alfonso María de Ligorio, á las gracias que el Señor le hizo, y nuestra ingratitud y desleal falta de correspondencia al mismo divino Señor? Si, católicos; no solo esta diferencia es posible sino que es harto real y efectiva, harto frecuente, ordinaria, y general. Sin embargo, las necesidades de nuestra alma y las necesidades de nuestros próximos van siempre de aumento, porque la inmoralidad, la impiedad, el espíritu de rebelión, el espíritu de desunión, el espíritu de la lujuria,

y todos los demás genios del mal, hacen más estragos que nunca en el seno de la humanidad.

Si lo que llevamos dicho en loar del bienaventurado Alfonso María, nos le presenta muy elevado en santidad y virtud, lo que nos resta que decir lo pone á la cima de la perfección y santidad. El Santo, á pesar de tanta actividad y de tanto sacrificio de su reposo y de todo su ser, conoció que el solo no podía bastar á llevar á cabo sus grandiosos proyectos. Por otra parte conocía muy bien, que él debía morir, y quiso perpetuar su celo evangélico. Y en efecto; la caridad del apostolado es una paternidad mística que no puede quedar estéril; y como Dios la fecunda, por una alma grande que muda de morada, y deja su plaza vacía en el mundo, Dios le suscita una sucesion ilustre que perpetúe sus virtudes engrandecedoras. Nuestro bienaventurado Ligorio estableció y fundó en Italia una Congregacion de sacerdotes celosos y evangélicos, bajo el título del sacrosísimo REMEXON, de donde se ha venido despues el nombre vulgarmente conocido de *Padres Redentoristas*. El Santo quiso que sus hijos y alumnos imitasen al Redentor, venido á predicar y ejercer el ministerio evangélico por las campiñas, por las aldeas, por los caseríos y quintas separadas de las poblaciones. Conocía muy bien el Santo, la penuria de pasto espiritual que experimentan y padecen los pobres aldeanos, los que viven en las quintas, los pastores, y generalmente, cuántos ganan su vida penosa en los despoñados; así es, que proveyó á esta urgentísima necesidad, con el Orden religioso que él fundó. Ojalá se hubiese extendido por todas partes, y, especialmente, en donde las inmensas distancias que separan ciertos establecimientos industriales, agrícolas ó rurales, impiden que tantos miles de miserables campesinos oigan ni una sola vez la palabra de Dios!

Al considerar los hechos extraordinarios y las numerosas ocupaciones exteriores en que se empleaba nuestro Santo, se nos ocurre la idea de que, á pesar de sus mejores deseos, no podría el Santo acudir cumplidamente al ejercicio de su perfeccion interior, y la instruccion ó estudio de las letras divinas. ¡Ah, católicos, y cuán poco conocemos hasta dónde puede llegar el hombre, y cuánto puede obrar ayudado de la divina gracia! El apóstol Pablo, despues de haber referido largamente las gracias y dones que recibía del Señor en sus celestiales comunicaciones con Él, despues de exponer detalladamente las persecuciones que se le habian suscitado, los lazos y asechanzas que se le habian tendido, los trabajos inmensos que padecía, ponía como por vía de añadidura: *Et. MAS SOLÍCITO CUIDADO*

DE TODAS LAS IGLESIAS. Y notad, que eran Iglesias nacientes que necesitaban de una continua solicitud; porque, de un lado, era menester hacer prosélitos; de otro, instruir á los catecúmenos; de otro, enseñar á los fieles los misterios de nuestra religion; defender á unos y á otros de la perfidia del demonio y de sus ilusiones; de la persecucion de los gentiles entre quienes vivían, y de la astucia de los herejes y falsos cristianos. Todo esto era más que suficiente para dar continua ocupacion á mas de cien obreros evangélicos; pero el Espíritu Santo supla al número con su gracia, y á cada apóstol le dotó de tanta capacidad cuanta de que necesitar pudiera en la extension vastísima de su mision. Esto mismo, aunque no en tanto grado, se verifica en los fieles siervos de Dios á quienes el Espíritu Santo pone á la cabeza de alguna grande obra, ó Iglesia, y esto mismo se verificó en nuestro siervo Alfonso María. Todas esas ocupaciones exteriores tan multiplicadas, no impidieron que se entregase con increíble ardor y fruto á la enseñanza de las ciencias eclesiásticas y al estudio de las sagradas letras. Enseñaba de continuo, y exponía las Santas Escrituras. Escribió muchas y muy eruditas obras de teología moral y mística; y cuando se leen, nos quedamos admirados de la vastísima erudicion de un ministro evangélico, ocupado de continuo en evangelizar á los pueblos. Las numerosísimas citas que alega en apoyo de las opiniones que expone, esa sencillez y claridad con que resuelve las objeciones mas difíciles, ese lenguaje lucido, exacto y oportuno con que se explica constantemente, son dotes que realzan sobre manera la pureza de sus doctrinas y sus profundos conocimientos en la teología pastoral.

Pero, en lo que más debo detenerme con vosotros es, en su vida interior y espiritual, en su devocion tierna, sólida é ilustrada. Sabido tenéis cuánto era su devocion cuando niño y cuando jóven. Mas, una vez sacerdote, su piedad y su devocion se elevaron á un grado el más heroico de la perfeccion cristiana y sacerdotal. Desde luego, jamás manchó su conciencia con ningún pecado mortal. Pero á pesar de esto, aflaga y maceraba su cuerpo como á su mayor enemigo. Le hizo padecer hambre, sed y vigiliás; lo cubrió con cadenas de hierro y con cilicios; le atormentaba con sendas flagelaciones; y su penitencia era tal, que su cuerpo estaba hecho una carniceria. Solo moderaba estos rigores por la obediencia á su director espiritual, de cuyo beneplácito pendía en un todo, y á quien diariamente, cuando lo podía, daba parte hasta de sus menores movimientos y acciones. El Señor, para probarlo, le enviaba enfermedades que nuestro venerable siervo padecía con heroica resignacion. Ahora bien, católi-

vos, comparemos nuestra conducta con la del santo y bienaventurado Alfonso María, nuestro modo de portarnos con nuestro cuerpo, y el modo con que lo trató nuestro siervo de Dios. ¡Ay, mi Señor y Dios mío, que podremos decir delante de Vos, nosotros, que solo vivimos para nuestro cuerpo, y olvidamos que tenemos una alma que salvar! ¡Santo Dios! abrid mis ojos, y los de estos mis oyentes; haced que conozcamos nuestra ilusión, nuestro engaño. Sirvanos de desengaño este santo siervo, que hoy he puesto por modelo á este piadoso auditorio; imitemos su ejemplo, aborrezcamos á este cuerpo de pecado y de muerte, salvemos á esta alma imagen vuestra.

El tiempo me falta para recorrer uno de los principales episodios de la vida de nuestro héroe; solo meditaré con vosotros sobre algunas particularidades que no me es posible pasar en silencio. Los tres principales caracteres de la santidad del siervo de Dios Alfonso María de Ligorio fueron: primero, una tierra y fervorosa devoción á María. Segundo, una contemplación la más afectiva y efectiva de la sagrada Pasión de nuestro Santísimo Redentor. Tercero, los favores más señalados, las delicias más inefables en la Santísima Eucaristía, en el culto al angusto y Santísimo Sacramento del altar.—Devociou á María. Fué tanta la piedad del santo siervo de Dios para con la Santísima Virgen, Madre de nuestro Señor Jesucristo, que le era imposible el pronunciar su nombre, á oírlo pronunciar á los otros sin que sus mejillas se sonrosasen. Al hablar de Ella, experimentaba las más inefables delicias, sin que le fuese posible ni contener, ni reprimir, ni ocultar las vivísimas emociones que le hacían saltar el corazón: más de una vez se le vió arrojado, extático en medio de un concurso numeroso. La santísima Virgen María quiso manifestar cuán gratos le eran los obsequios de su siervo, pues que en una ocasión en que el Santo predicaba sobre las Glorias de María, se vió salir de la imagen de esta Señora un resplandor de luz muy vivo, que fué á iluminar el rostro de nuestro glorioso Santo, que brillaba como un sol. En sus ócios, si ócios podían llamarse los momentos en que la fatiga y el cansancio corporal le obligaban á interrumpir sus tareas, compuso ese excelente libro llamado las *Glorias de María*, que tan lleno está de santa y fervorosa unción para con la Virgen Madre de Dios.

Devoción á la Sagrada Pasión del Salvador. Quien tiernamente ama, quien verdaderamente ama, no descansa hasta asemejarse al que ama. Desea el fino amante hacerse uno con el amado. Esta es la ley del amor sagrado; y si algunos destellos se encuentran en el amor natural, puro, casto, sincero; cuántos más inviolables serán las leyes del divi-

no Amor? El bienaventurado Ligorio amaba tan tierno y fino á nuestro Bien, el dulce Jesús, que solo Dios y él han podido conocer la grandeza de este amor. Dulces é inefables deliquios de divino amor le hacían perder frecuentemente el sentido; los éxtasis y arrobamientos durante la oración eran frecuentísimos; su vivir era amar á su buen Jesús, á su dulce Jesús. Cuando rezaba las letanías de este Santísimo Nombre, apenas las podía acabar; cada vez que pronunciaba el dulce nombre de Jesús era para él como una nueva llama añadida al incendio de su corazón; y así es, que se refiere, que cuando estando él ausente del coro, en cierta ocasión, los Religiosos rezaban la letanía del dulce Nombre con alguna ménos pausa que la que el Santo acostumbraba á poner, oyéndola desde la iglesia, no pudo contenerse, y postrado ante el altar; ¡OH MI DULCE Y BUEN JESÚS! decía, Y CUÁN LLANAMENTE TE TIENAN! PERDON, PERDON; y sabiendo inmediatamente al coro se lo reprendió con no menor vivacidad que amor y caridad. Si, pues, tanto amó á nuestro bien Jesús, ¿era posible que no fuese devoto ferventísimo de su Pasión? No sólo lo fué, sino que de esta tan continua y sabrosa meditación le vino al Santo ese inmenso deseo de padecer, que no pudiendo quedar satisfecho de otra manera, él mismo se mortificaba interior y exteriormente, como si su cuerpo hubiese de expiar por los innumerables pecadores que ofenden al Señor.

Devoción al culto del Santísimo Sacramento, esta fué su devoción predilecta. Y qué palabras podrían expresar ese divino incendio en que su alma se vivificaba, esas inefables emociones en que incesantemente palpaba su corazón, esas celestiales delicias en que se inundaban todas sus potencias? Jamás omitió el celebrar el santo y angusto sacrificio de la Misa; y sea que orase ante el altar en que estaba el Santísimo Sacramento reservado en el tabernáculo, ó expuesto á la adoración, sea que celebrase la santa Misa; su espíritu se elevaba en dulces éxtasis, y muy frecuentemente su cuerpo se arrojaba siguiendo el impulso de aquél. La vehemencia del amor divino era tal y tan repetida, que perdía el uso de los sentidos exteriores, y su cuerpo experimentaba movimientos extraordinarios. Su vida entera era una vida celestial, una vida interior, una vida enteramente separada de la de su cuerpo; y muy bien se verificaba en nuestro Alfonso María aquel sublime apotegma sagrado del gran Apóstol: Vivo yo, pero no soy yo quien vive en mí, sino mi Señor Jesús.

Respecto á las demás virtudes, en que fué tan esclarecido nuestro Santo, solo os diré, que en todas lo fué en un grado heroico, y que no hubo ni una sola en que no se aventajase sobremanera. Su

obediencia resplandeció sobre todo, cuando, á pesar de la repugnancia que tenia en aceptar ninguna dignidad eclesiástica, tuvo que aceptar, sin embargo, el obispado de Santa Águeda de los Godos, aunque muy luego, por causa de sus repetidas enfermedades, se vio precisado á renunciarlo. El celo sacerdotal y la solícitud pastoral y episcopal no se desmintieron jamás en este gran Santo, y rivalizaban en intensidad á las demás virtudes. Su castidad, á prueba, no habiéndola jamás quebrantado en materia grave; su humildad profundísima, su paciencia heroica, su fortaleza invencible, su templanza y sobriedad, cuando podían soportar las fuerzas de la naturaleza; su justicia rectísima, su prudencia y tino en el obrar, sobrehumanos; hé ahí, amados míos en el Señor, en los que al grande S. Alfonso María de Ligorio. Admirad á esta divina é inefable Providencia, que tan convenientemente provee á su Iglesia de ministros sagrados, que perpetuamente y hasta la consumación de los siglos continúan la sagrada misión del sacerdocio de Jesucristo. El Salvador prometió á sus apóstoles, antes de subirse á los Cielos, y en los apóstoles á toda su Iglesia, que permanecería entre nosotros hasta la consumación de los siglos. Bien lo palpamos, amados míos en el Señor, muy de manifiesto está siempre y especialmente entre nosotros esta presencia de la Majestad del Redentor en su Iglesia. Su apostolado, este sagrado apostolado que Él fundó en las montañas y valles de la Judea, subsiste y vive siempre entre nosotros. El Espíritu Santo lo renueva y rejuvenece continuamente, como lo vemos en la historia de los fastos eclesiásticos, y como acabo de demostrároslo en el bienaventurado Alfonso María de Ligorio, enviado del Señor para consuelo de su Iglesia.

Ahora, pues, solo me resta para terminar este grave é interesante panegírico, el exhortaros más y más á la seria y franca imitación de nuestro Santo; cada uno de vosotros apropíese las virtudes que más cuadren á su estado respectivo; las hay, sin embargo, que convienen á todos los estados; y, por consiguiente, á todos vosotros. Y en efecto: ¿no se nos ha impuesto á todos el dulce y sublime precepto de la caridad? ¿y qué cosa hay más natural y más justa que la de amar á un Dios tan bueno que nos amó desde la eternidad? Dios, que no tiene necesidad de nosotros sino para hacernos mercedes, nos amó tanto, que no paró hasta desprenderse de las celestes alturas del Empireo para venir á morar entre nosotros, para venir á sufrir por nosotros, para darse en rescate por nosotros, para satisfacer por nosotros, para dar la vida por nosotros. ¿QUÉ MÁS ME QUEDA QUE HACER POR TI, HIJO MÍO? nos dice nuestro amoroso Padre y Redentor,

Si, dulce Jesús de mi vida, aún os queda mucho que hacer por nosotros, permítidme que yo me atreva á decíroslo. Nada os queda que hacer respecto de Vos; habéis, por decirlo así, agurado los tesoros inmensos de vuestra misericordia, de vuestra paciencia, que no se deja vencer jamás. Pero nuestra alma está muy enferma, y Vos solo, Médico celestial, podeis curar sus dolencias. Venid, pues, dulce Jesús nuestra, venid, y encended en nuestros corazones ese divino incendio que abrasa al de vuestro siervo S. Alfonso María de Ligorio. Venid, Jesús, hijo de María, venid, y llenad nuestros corazones de una ternura filial y amorosa para con vuestra Madre, y Madre también nuestra, la santísima virgen María, de quien fué tan fiel devoto nuestro bienaventurado Santo. Hacednos á todos castos, humildes, caritativos, prudentes y santos, para que despues de haberos servido fielmente en esta vida podamos acompañaros en la bienaventuranza. Amén.

NOMA DE NUEVO LEÓN

RAL DE BIBLIOTECAS

PANEGÍRICO
DEL BEATO ALONSO O ALFONSO RODRIGUEZ.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

In omni conversatione nostri altis.
Sed sanctis in toto vuestro proceder.
(I. Pet. 1. 4.)

¡Qué admirable es siempre la gracia en su conducta respecto de los hombres! A unos conduce á la soledad, para hablarles al corazón y satisfacerlos lejos del tumulto y desórdenes del mundo. A otros deja en el siglo, para que la fuerza de sus buenos ejemplos sirva de contrapeso á la iniquidad, que de tiempo en tiempo hace los mayores esfuerzos para prevalecer. Los primeros son como el tesoro escondido en el campo, segun el Evangelio, y que no es fácil encontrar. Los segundos son semejantes á aquella ciudad de que habla S. Mateo, que edificada sobre la montaña domina por su elevación sobre toda la llanura. Estos se santifican á vista del mundo mismo, y sus virtudes expuestas á una gran luz son grandes ejemplos. Aquellos se santifican en el fondo del desierto, sin tener otros testigos de su sabiduría que Dios, que es su principio. Sin embargo, es necesario confesar, que han florecido santos á quienes el Señor se ha dignado unir las virtudes de la soledad á la cantidad de edificación y de esplendor; santos, que mudando de lugar no han mudado de costumbres, cuya santidad estuvo ora oculta en Jesucristo, ora manifiesta en el mundo.

El Santo cuya memoria celebramos hoy, se hizo admirar por sus virtudes en el mundo y en el claustro, demostrándonos que en todo tiempo y lugar pueden los hombres santificarse. Se ha dicho, que la práctica de la virtud se ha hecho en nuestras días difícil, ya por las máximas del mundo, que cada día reinan con mayor imperio, ya por la libertad de costumbres, que cada vez es más disoluta; ya por la multitud de los malos ejemplos, que casi violentando la voluntad

arrastran al mal. Alonso Rodríguez confunde y desmiente esas lenguas enemigas de la virtud. En el mundo fué ejemplo de los jóvenes modelo de los casados, dechado de los viudos, como lo fué de los religiosos en el claustro. Si él, entre los desórdenes de un siglo corrompido, supo dar á sus costumbres una tan justa regla, que pueden envidiarlo los primeros fervores del cristianismo, ¿quién se atreverá á decir, que no podemos ser santos en todos los estados? Meditemos los ejemplos que de toda virtud nos ha dejado Alonso, para que nos sirviesen de guía en el camino de la salvación, y nos avergonzásemos de fingir dificultades y asperezas en la observancia del Evangelio.

Virgen santísima, que tan tiernamente amasteis á este vuestro siervo, dignaos concederme las luces necesarias para hablar dignamente de sus virtudes. A. M.

Entre las virtudes que adornan á los santos, siempre parece haber una, que forma su carácter y los distingue con particularidad. Para formar idea del de Alonso Rodríguez no es necesario buscar en el admirable tejido de sus acciones, en la multitud de sus trabajos, en la variedad de los sucesos de su vida el punto esencial que determina su mérito y su santidad. La humildad, base y fundamento de todas las virtudes, es la que brilla particularmente en Alonso. No creáis por esto, hermanos míos, que quiera yo convenir con los que reputan á los santos unos simples, y al cristianismo una religion de idiotas. Que sus primeros discípulos ó promulgadores fuesen simples é idiotas, lo confieso; pero el mismo Cristo lo confesó y alabó y dió gracias á su Padre, de haber ocultado sus arcanos celestiales á los prudentes y sabios para revelarlos á los pequeños. Y en esto mismo se advierten tres cualidades singulares del cristianismo: la primera, que la doctrina del Evangelio es aquella sabiduría verdadera, accesible á todos y acomodada á la fealdad y perfección de todos; la segunda, que la inocente simplicidad se ha preferido con razon á la orgullosa prudencia; y la tercera, que para la ejecución de la mayor empresa se han escogido los medios más inútiles y desproporcionados. Segun el mundo, la sabiduría se lleva á la simplicidad, la debilidad es sujeta por la fuerza, y de la oscuridad triunfa el esplendor. En la religion de Jesucristo es todo al contrario; Él se vale de la simplicidad para confundir la ciencia, de la debilidad para abatir la fortaleza; pone en uso lo más vil y despreciable, la nada misma, para arruinar á los más altos colosos de la grandeza humana.

Pero tampoco debemos inferir de ahí, que le hayan nunca faltado

al cristianismo hombres sábios y respetables según el mundo. Desde el principio hubo doctores de la ley, fariseos, arquisinagogos, areopagitas y proconsules. La sabiduría del Evangelio, grande en sí misma, pequeña al parecer de los hombres, se ve á un tiempo combatida de poderosos, de sábios, de nobles, que se reúnen para exterminarla; pero, tan pequeña como es, ni code ni se rinde; se presenta en sus humildes arneses, mas con rostro firme, hace frente á la vanidad, á la envidia, á la soberbia, á la ambición, que, regularmente, es el acompañamiento de la grandeza mundana; y rompiendo de aquí y penetrando allí, miradme, dice á sus contrarios, miradme bien antes de despreciarme, ¿qué paso! Los Areopagitas, los Papías, los Cudratos, los Justinos, los Alcázoras, todos la siguen. Despues: Clemente Alexandrino, Tertuliano, Julio Africano, Orígenes, Minucio Felix, Cipriano, los Arnobios, los Lactancios... y qué diábolos de los Gregorios, los Ambrosios, todos la siguen. Despues: Clemente Alexandrino, Tertuliano, Julio Africano, Orígenes, Minucio Felix, Cipriano, los Arnobios, los Lactancios... y qué diábolos de los Gregorios, los Ambrosios, todos la siguen. ¿Es esta la unión de los idiotas y de los simples?... No nos distraigamos; la humildad, la simplicidad que tanto se admira en Alonso, es la grandeza verdadera, es la ciencia de los santos, como que el principio de la sabiduría es el temor de Dios. Con éste se crió, con éste creció Alonso, y éste fué su norte en los varios estados de su vida: sabio y humilde en sus primeros años; sabio y humilde en el estado del matrimonio; sabio y humilde en la viudez, sabio y humilde en la religión.

Un espíritu hecho para el mundo es una de las primeras enfermedades y prendas que se desean en los niños, y que se procura infundirles por medio de frecuentes lecciones y por el trato de las gentes. Se quiere que sepan tratar con agrado, explicarse con propiedad, y guardar en sus modales todas las reglas de la urbanidad y buena crianza. Se quiere que estén muy instruidos de lo que pasa en la sociedad, que sepan explicarse y discorrir. Pero, sobre todo, se pretende que sepan insinuarse, fingir, disimular: hé ahí lo que se enseña á los hijos del siglo. Pero, un espíritu hecho para el Cielo tiene cualidades enteramente opuestas: es un espíritu dulce, con aquella dulzura, empero, que Jesucristo colocó entre las bienaventuranzas del Evangelio; un espíritu humilde de que el Salvador se propuso á sí mismo por modelo; un espíritu recto, sin disfraz, sin fraude, y según la comparación del Hijo de Dios, un espíritu sencillo como la paloma; tal es la simplicidad del justo, y tal fué la de Alonso. Su prudencia y discreción, su afabilidad, su amor al pobre, su obediencia exacta, su puntualidad en las prácticas religiosas, le hicieron desde niño el amado de Dios y de los hombres. Bastaba ver una imagen para que-

darse extático, mirándola y hablando familiarmente con ella si la tenía en la mano; la miraba, la besaba con ternura, y se la escondía en el pecho, y solo con violencia y gran dolor suyo se la podía arrancar. Meditaba los misterios de nuestra santa-fé y le arrebatában; asistía al divino sacrificio y se enternecía; rezaba el rosario y todo se derretía en lágrimas de devoción. *Madre mia*, decía á la santísima Virgen: *si Vos me amosic á mí tanto como yo os amo á Vos...* santa sencillez, que la misma soberana Ruina corrigió apareciéndosele visiblemente, y diciéndole: *No, hijo mio, te engañan: más es lo que yo to amo á ti, que lo que tú á mí me amas*. Con tan felices auspicios figuraos, hermanos, que progresos no iría haciendo en el camino de la perfección. Alonso no es un jóven atolondrado y mal aconsejado, que corra en pós de unos compañeros sin juicio que le precipiten como á otros muchos en un abismo de males: ama la ocupación y el retiro, y sus compañeros son los libros devotos, sus maestros y sus superiores. En Alcalá aprovecha mucho en las letras; los estudios, que á tantos son ocasión de perderse, no pueden enlutar un punto el fervor de Alonso.

Mas no son estos los designios del Altísimo sobre su siervo: es preciso que de en Segovia ejemplos de toda virtud, y la muerte de su padre le obliga á volver á esa ciudad, para encargarse de los negocios y dirección de su casa. ¿Qué haces en esta gruta, Elias? decía una vez el Señor á este gran profeta, que se había retirado á una cueva para adorar allí sin oposicion al verdadero Dios de Israel. Señor, respondió él, vuestro pueblo os ha abandonado, ha destruído vuestros altares y quitado la vida á vuestros profetas; he quedado yo solo adorador-aborrecido de vuestro nombre. Y bien, replica el Señor, entre tantos males y desolacion tan grande ¿puedes quedarte aquí en la quietud de la contemplacion? Ve y vuelve por tu camino, que yo me buscaré cuando quiera los solitarios y pacíficos adoradores; en la ciudad es donde yo te quiero ahora. Alonso oye la voz de su Dios, y con la misma prontitud que dejó la casa, vuelve ahora á ella por no faltar á su voluntad. El comercio y el tráfico no podrán distraerle de su principal negocio: sabe que en todos los estados puede el hombre santificarse, y que Dios ha ligado de tal manera sus divinas leyes á las del estado de cada uno, que no pueden violarse las unas sin faltar al mismo tiempo á las otras. Subsistir, emplearse, ocuparse; hacerse útil á la familia, á la religion, á la patria, esto es propio y esencial de todo estado; pero estos mismos asuntos son estímulo de la virtud. Supongámos que el vicio se introduce, que quiera uno tener en el comercio ó en un arte una exorbitante

ganancia; veid ya introducido el fraude, la injusticia, la usura, la infidelidad y las extorsiones. Estos son pecados que pierden el alma; pero ¿no son al mismo tiempo la destrucción? ¿No son la ruina del estado? Alonso es aquel hombre de manos inocentes y de corazón limpio, que subirá al monte de Dios, según la expresión del Profeta: odia la avaricia, detesta la injusticia y el engaño; practica la virtud, y es santo en su profesión.

Aquel Dios que asistió á las bodas de Caná, que las honró, las santificó y las consagró en su Iglesia por la institución de un sacramento, llamó á Alonso al estado del matrimonio, en el que entró éste con la vocación y gracia del mismo Dios. Él sabe que es un bien de la religión, y en particular, de aquellos que son llamados por la Providencia á vivir en el mundo, que el Hijo de Dios haya consagrado el matrimonio por su institución, que no solamente no sea el matrimonio un estado criminal, como han querido algunos herejes, ni una sociedad puramente civil, como lo es entre los paganos, ni una simple ceremonia de la religión como lo era en la antigua ley, sino un sacramento que contiene la gracia de Jesucristo, establecido para santificar las almas, para representar uno de nuestros más grandes misterios, que es la encarnación del Verbo, y para aplicar sus méritos á los que le reciben dignamente. Sacramento grande le llamaba S. Pablo, y está es la idea que ha formado el humilde y sabio Alonso; así es, que se dedica enteramente á llenar sus deberes. ¿Cómo podré yo, oyentes, describiros la exactitud con que cumple con las cargas del matrimonio, y, sobre todo, con la educación de dos hijos que Dios le dió? Padres y madres de familia, ¿qué suerte la vuestra, que no podáis ir nunca solos en el gran camino de la otra vida! De la salvación de los hijos pende, en cierto modo, la vuestra. ¡Ah! si los amais, educadlos bien. El criarlos y educarlos solo en lo que toca á la vida natural, lo saben hacer los brutos; el educarlos en lo que mira á la vida civil, lo hacen también los gentiles; pero el educarlos en piedad y religión es propio de los padres cristianos. Alonso ama á sus hijos con ternura, y por lo mismo les dá su bien grande, un bien sólido, un bien permanente, que no puede alcanzarse sin virtud y sin piedad; do ahí su constante solicitud en enseñarles los rudimentos de la religión, en separarlos de toda compañía perniciosa, en inspirarles el santo temor de Dios, en darles un ejemplo constante de todas las virtudes. Pero nunca Alonso fué marido ni padre más cristiano que cuando el Señor le arrebató á un tiempo mujer é hija. ¡Qué admirables son, Señor, los caminos por

donde llevais á vuestros escogidos! No parece que habeis concedido á Alonso tan caras prendas, sino para que tenga un sacrificio que ofrecer en vuestras aras; sacrificio costoso según la naturaleza, y tanto más costoso para Alonso, cuanto que su amor es más puro, más sutil, más acelerado. *Pero Dios lo dió*, dice con la resignación misma de Job: *Dios lo ha quitado, sea su santo nombre bendito*. Humilde adora la mano que le hiere, y sabio aprovecha la ocasión de ofrecerse á Dios enteramente.

¿Cuándo más sabio que en su viudez? El retiro y la oración, el trato frecuente con su Dios, el desprecio del mundo y la frecuencia de sacramentos: hé ahí sus pensamientos y sus ocupaciones. Dos consideraciones hace de continuo: la brevedad y falacia de las cosas de esta vida, y la estrecha cuenta que el hombre ha de dar de sus acciones en el tribunal divino. Esto le trae confuso, y no descansa hasta que con una general confesion de sus culpas lava sus defectos con lágrimas de una fervorosa contrición. Vuélve ya volar con las dos alas de la oración y mortificación al alto monte de la perfección angélica. El ayuno frecuente, el retiro absoluto de las criaturas, crueles disciplinas hasta derramar sangre, áspero cilicio que le cogía todo el cuerpo sin despojarse de él jamás, todo esto con un continuo llanto y amargura.... *¿Por qué un llorar tan extraño?* le preguntaba una vez su gran protector Francisco de Asís para consolarle. ¡Ay! Santo mio, le responde el siervo de Dios, *si un solo pecado venial merece ser llorado toda la vida, ¿no querrá que yo llore?* Pero al paso que aligra el su espíritu y humillaba su cuerpo, elevaba Dios su alma á la celestial sabiduría con la contemplación de los divinos misterios. La profunda meditación de la Pasión y muerte del Redentor le arrebataba; el paso del Ecce-Homo, el encuentro de su Santísima Madre cuando iba al Calvario, el Calvario mismo, y el Corazón de Jesucristo traspasado de dolor al ver á María al pie de la Cruz, eran objetos que se le representaban con una viveza tan extraordinaria como si los viese presentes. El Señor le hizo la gracia de que sintiese en sus miembros los dolores mismos que meditaba: le reveló lo que había de suceder con los moriscos de Granada, y la victoria del rey católico contra el turco en la famosa armada de la hija; se lo representó la Sacratísima Virgen en el día de su gloriosa Asuncion acompañada de innumerables coros de ángeles, con el de su guarda, y S. Francisco al lado, que tomando su alma en sus manos se la presentaba al Eterno Padre, quien con agrado la recibía por los méritos de la Señora. De ahí que los raptos eran frecuentes, que no conocía ya las cosas ni las personas, y que su alma estaba totalmente

desprendida de las criaturas, sin que viviese él ya, sino Jesucristo en él.

Una sola prenda le quedaba á Alonso en el mundo, y era su hijo, niño de tres años: le miraba su padre todo amable y cariñoso, y contemplando la inocencia y belleza de su alma, empieza á considerar que gran desgracia sería si creciendo en edad viniese á perder la gracia de sus Dios por el pecado. Esto le hace pensar en las injurias que Dios recibiría si su hijo pecase; y arrebatado de este pensamiento, se pone en oración, y suplica al Señor con lágrimas y suspiros, que si conoce que aquel hijo le ha de ofender algún día, se lo quite del mundo antes que tal desgracia suceda, pues de su parte hace desde aquel punto el sacrificio. No debió desagradar al Señor la ofrenda: de allí á pocos días muere el niño, dejando á Alonso sin el temor de las ofensas á Dios, y en libertad para mirarse íntimamente con su dueño. El nombre de Jesús, escrito y brillante en el pecho de una paloma, que pone en fuga una multitud de aves perniciosas; un suceso prodigioso con que Dios le avisa; y la aprobación de aquel que él mira como el intérprete de la voluntad del Altísimo, le deciden á hacerse religioso de la Compañía de Jesús. Su edad adelantada y su inclinación á lo más vil y despreciable le colocan en el humilde estado de coadjutor; pero su modestia, su fervor, su oración continua y las luces que recibe del Cielo, le hacen desde luego respetable á los sabios. Alonso toma en su mano la regla, y todo su empeño es copiar en sí mismo los rasgos de perfección que presenta. Es imposible, hermanos, decirlo todo. El que hiciere y enseñare, eso será grande en el reino de los Cielos. Alonso hace: no hay virtud en que no se ejercite; no hay acto por árduo y repugnante que sea, que se le resista; no hay momentos en que no se halle ocupado en adquirir tesoros para el Cielo; no hay empleo ni destino en que no halle sumo placer; mira á Dios y está á sus pies como María, sin dejar de servirle como María. Alonso enseña: su estado no le permite ir á explicar en las cátedras; pero enseña á niños la doctrina y el temor de Dios, y pide continuamente al Señor por los catedráticos. Alonso no puede predicar en los pulpitos, ni en las plazas; pero prepara y dirige á los predicadores, les enseña lo que han de decir, y todos van á consultarle y pedirle oraciones. No predica con la boca; pero sus misiones hacen un fruto copiosísimo, porque basta su modestia y ejemplo para convertir á innumerables. Alonso es humilde y sábio en su juventud, en el estado de matrimonio, en el de viudo y en el religioso. Por eso está hoy en los altares.

Apénas ha entregado su alma al Señor, empieza á obrar milagros,

y la fama de sus virtudes y prodigios le atraen la veneración é invocación de los pueblos. La capilla de María Virgen donde fué enterrado, se llena inmediatamente de votos y tablas de milagros. El señor obispo de Mallorca se ve obligado de la piedad de los fieles á poner su retrato en lugar público, sin haber pasado siquiera seis meses desde su dichoso tránsito, hasta que Urbano VIII introdujo su causa. Clemente XIII aprobó sus virtudes en grado heroico, y Leon XII le beatificó solemnemente. Cantad al Señor un cántico nuevo, os diré yo con el Profeta, porque se ha complacido en su pueblo, y á los inanos y humildes los exaltará siempre á la gloria de la salud. Allí saltarán de alegría los Santos, en sus habitaçiones se regocijarán. Pero no os contenteis con alabarle: imitadle. Miradle, jóvenes, y él os echará miradas de honestidad y modestia; miradle, casados, y sus ojos os predicarán el amor mútuo, la fe conyugal y la pureza; miradle, viudos, y encontrareis en su retrato la continencia, el retiro, la devoción y la prudencia; religiosos, miradle, y no podreis menos de aprender exactitud en la observancia; pusilánimes, mirad á Alonso y tendreis fortaleza; atribulados, miradle, y os enseñará constancia. Sereis lo que él es: si haceis lo que él hizo.

Alonso gloriosísimo, todos llenos de confianza nos postramos á vuestros pies, os reconocemos por nuestro protector. Desde ese trono excelso de gloria á que vuestros grandes méritos os han elevado, miradnos con ojos propicios, interponed vuestra poderosa mediación en favor nuestro, para que celebrando vuestras glorias en la tierra, logremos acompañaros por eternidades en el Cielo. Así sea.

PANEGÍRICO

DE SAN AMBROSIO.

Difícilmente podrá hallarse un héroe á quien puedan aplicarse con más propiedad, las palabras con que el autor del libro del Eclesiástico traza el elogio del grande hijo de Onías, como el Santo cuya festividad celebra hoy la Iglesia nuestra madre. Ambrosio: hé aquí un nombre que despierta las ideas más sublimes de virtud, de santidad, y de celo por la gloria de Dios y de su immaculada esposa. Recordar su memoria es lo mismo que renovar cuanto hay de más honroso en el sacerdocio católico, es decir, cuanto de más admirable pueda decirse en elogio de esa tribu escogida, para ser el sostén del grandioso edificio que el Salvador fundó en la tierra, para depositar en él su verdad y su doctrina; es pintar, en una palabra, al gran sacerdote, que admirado contempló el siglo cuarto, que reuniendo en su persona las más brillantes cualidades, no solo sirvió á Dios con toda fidelidad, siendo el ejemplar vivo de sus contemporáneos, sino que, destinado al ministerio de los altares, condujo por los caminos de la gracia al pueblo que se le confió, sirvió de triaca contra el error y de remedio eficaz contra el vicio, y fué como la piedra angular del templo del Señor.

Tal se presenta á nuestra vista el dignísimo arzobispo de Milán, cuya vida ha sido y será siempre la norma de los sacerdotes, el ejemplar de los preladados, el consuelo de los fieles, un motivo de gloria para la religion, y de ignominia para la impiedad. ¡Ah! si me fuera permitido detenerme en hacer una bella pintura de este sacerdote del Altísimo, yo recogería las flores que la sabiduría esparciera sobre el sepulcro del gran Simón, y aplicándolas á nuestro héroe os

*Sacerdos magnus, qui in diebus suis
corroboravit templum.*

*He aquí un gran sacerdote, que en sus
tiempos fué el restaurador del templo.*

(Ecc. i, 1.)

diría, que en sus días se renovaron los manantiales de las aguas de la verdad, difundíendose como un mar en toda la sobrecruz de la tierra; que brillaba en el templo del Señor como el lucero de la mañana entre tinieblas, como la luna en su plenitud, como el sol en medio del día, y como el arco iris entre las transparentes nubes; que el olor de sus virtudes era semejante al de la rosa en tiempo de primavera, al de las azucenas junto á la corriente de las aguas, y al del árbol de incienso que despide su fragancia en tiempo del estío; que en el ejercicio de sus funciones, parecía un olivo que retoña, ó un ciprés, que por su altura descuella sobre todos los demás árboles.

Dejemos empero estas imágenes brillantes, y busquemos en la vida del grande Ambrosio el verdadero carácter que le distingue entre los demás descendientes de Aarón. Yo observo desde luego en él un celo ardoroso, en mantener intacto el sagrado depósito de la doctrina de la verdad, que le constituyó su restaurador. Bajo este punto de vista voy á considerarle en el presente discurso. Esto solo bastará para formar la idea más completa de su santidad, y para estimularse á seguir sus ejemplos. Invoquemos la gracia del Señor por la intercesion de la Virgen santísima, diciéndola con el ángel: *A. M.*

Nada hay insignificante en la vida de los santos, y aún las más humildes circunstancias de su infancia suelen ser presagios indolecibles de su futuro heroísmo. Estaba en la cuna Ambrosio, cuando su padre observó con atención, que en su boca posaba un enjambre de abejas; y viendo que aquellos animalitos se remontaron hácia el cielo, dejando al niño no solo sin lesion, sino con una suavidad meliflua y con una hermosura angelical; exclamó con una especie de presentimiento profético: Este tierno infante está sin duda destinado para cosas grandes. Será, si Dios le conserva la vida, un hombre muy elocuente. Estando al lado de los hombres de más valer que se conocían en Roma, y desde luego hizo admirarse como un filósofo profundo, como un orador elocente, como un abogado de primera nota. Fué tal la elocuencia con que peroró por algun tiempo en los tribunales, que el famoso Anisio Probo, prefecto del pretorio, lo escogió por su asesor, y poco despues nombróle gobernador de Milán, de Génova, de Parma, de Bolonia y de Módena. No había aún recibido el santo bautismo, y sin embargo podemos decir, que al ir á desempeñar estos cargos honoríficos salió de Roma tan virtuoso como pudiera haber salido de un convento de cenobitas; pues era piadoso, rogado, y emulador de las virtudes de su hermana santa Marcelina, que había hecho profesion de virginidad recibiendo el velo

de mano del pontífice liberio. Llegó á Milán con una firme resolución de gobernar, no como juez, sino como padre.

Aquella ciudad hallábase dividida en bandos y contiendas; Ambrosio se portó con tanta cordura y supo conquistarse de tal suerte los corazones, que todos le miraban con el mayor respeto. Muerto Auxencio, obispo arriano, reunióse el pueblo en la iglesia para nombrar obispo; pero como católicos y arrianos querían obispo de los suyos, hallábase el pueblo en riesgo de amotinarse. Ambrosio, como gobernador civil encargado de conservar el orden amenazado por los intereses encontrados de los partidos, fué á la iglesia, y habló al pueblo, mostrando cuanto convenia que, sin menoscabo de la tranquilidad pública, se procediese á la elección. Todos se disponían para votar, cuando levantó la voz un niño de pecho, y dijo clara y distintamente: *Ambrosio, obispo*. ¡fiosa admirable! Al oír esta voz milagrosa se unieron todas las voluntades; y todos eligieron por aclamación obispo de Milán á S. Ambrosio. No se halló uno que no reconociese en esta unanimidad la mano poderosa del Señor.

Solo él era el descontento y el triste en aquel lance. Teniéndose por indigno aún de llegar á ser del número de los simples fieles, no se había atrevido todavía á pasar de catecúmeno. Daba largas al bautismo por temor de perder la gracia de este sacramento, tan difícil de recobrar. Se negó, pues, á reconocer la voluntad del Omnipotente en su elección; y fueron necesarios milagros y más milagros para persuadirse de que era llamado al episcopado. Nunca habló con más fuerza y elocuencia que cuando alegó sus razones, sus ruegos, sus mismas lágrimas y su renuncia, para convencer á las gentes, que la elección de obispo en su persona no podía ser legítima y valerosa, porque no estaba bautizado; pero cuanto más hablaba, más clarificaban todos su gran saber, su elocuencia, su humildad y las demás prendas episcopales que en él había Dios colocado. Viendo el Santo que esto no bastaba, mostró deseos de hacer vida solitaria, y por mil caminos tiraba á disuadir á sus electores. Todo era en vano. Huye entonces, y se dirige apresurado á Pavia para ocultarse en aquella ciudad; camina con velocidad toda una noche; pero cuando por la mañana creyó hallarse muy distante de Milán se halló á sus puertas. Ocultóse sin embargo en casa de un amigo suyo; dando impero. Orden el emperador Valentiniano para que le bautizasen, ordenasen y consagrasen de obispo, fué descubierta; una luz celestial le dió á reconocer la voluntad de Dios, los milagros le convencieron, y los milagros hicieron del gobernador de Milán un ejemplar de prelados y una gran columna de la Iglesia.

Sentado en su silla episcopal, ya no pensó en otra cosa que en cumplir fiel y santamente con su ministerio, entregando desde luego á los pobres el oro y plata que leonin donó á la Iglesia sus posesiones y heredades, reservando únicamente el usufructo de ellas para su hermana Marcelina, que había quedado sola en Roma, muerta su madre. El gobierno temporal de su casa lo encomendó á su hermano S. Satiro, para entregarse él todo al gobierno espiritual de sus ovejas. Todos los domingos predicaba; sus sermones eran tan llenos de espíritu, de doctrina y elocuencia, que pocos le escuchaban sin persuadirse y convertirse. En ellos se proponía salvar las almas al Señor más bien por la dulzura, por la fuerza de sus razones, por la oración y por las lágrimas, que por la elegancia y copia de las palabras. Mortificaba su cuerpo con ayunos y abstinencias prodigiosas; consolaba á los afligidos; socorria á los necesitados; era un padre dulce y un pastor vigilante de todos sus diocésanos; tenía por maestro á Jesucristo y por su poderosa auxiliadora á la Virgen santísima, de la cual fué devotísimo. Su celo y solicitud por el bien de las almas que se le habían encomendado no reconocían límites. Era tan humilde, que con tenerlo todos por un oráculo de sabiduría y por un varón eminentísimo, sometía siempre á censura las obras que escribía. Era tan misericordioso y liberal con los pobres, que por remediarlos y rescatar á los cautivos venió hasta los vasos sagrados, diciendo que el santuario tenía oro, no para guardarlo, sino para distribuirlo y gastarlo en las necesidades de los menesterosos; exhortaba con frecuencia á las doncellas á que conservasen su virginal pureza, á los casados á vivir con la santidad de los que representan la unión que tiene Jesucristo con su Iglesia, y á las viudas á portarse como lo previene el Apóstol. Como á la predicación de la palabra unía la fuerza del ejemplo, sus exhortaciones producían siempre los más saludables efectos. Se compadecía mucho de los pecadores, y como su divino Maestro, les alargaba la mano para animarlos á hacer penitencia. Cuando alguno le confesaba sus pecados, le trataba con grande amor y ternura, derramaba tantas lágrimas, que ahlandaba los corazones más empederados, y les obligaba á humillarse delante del Señor como el Publicano. No quiero, oyentes, extenderme más en las virtudes de Ambrosio; debería hoy ocupar este pulpito un S. Agustín, para que como testigo presencial de los hechos de su padre y maestro, os hiciese percibir lo que mi insuficiencia no acierta á declarar. Lo dicho, empero, es suficiente para convenceros, que Ambrosio fué un dechado de perfecciones evangélicas, y que sostuvo en su persona toda la grandeza y santidad del ministerio sacerdotal. Réstanos ver

como con su celo reparó las quiebras que había sufrido el ministerio sacerdotal.

Los pastores de la Iglesia son, según el divino oráculo, otras tantas autoridades destinadas a alumbrar en la casa de Dios; no solo con sus ejemplos, sino también con su doctrina. Al tiempo mismo que ofrecen con una mano el incienso ante el altar, deben con la otra trabajar en la restauración de las ruinas del templo. En pocas épocas, y tal vez en ninguna, tuvo la Iglesia más necesidad de manos robustas que trabajasen en la restauración de las ruinas del santuario, como en la época de Ambrosio, cuando tantos sacerdotes y obispos protegían la herejía. Ambrosio devolvió á la Esposa del Contero el lustre que algunos indignos ministros habían hecho perder. Con su dulzura, sus discursos y su oración triunfó de la lógica peligrosa del hijo de Sta. Mónica. San Ambrosio engendró en la fé al grande Agustín; al virtuoso obispo de Milán debe el cristianismo el astro que desde Hipona iluminó al mundo disipando las tinieblas del error. Esto solo bastaría para probar, que el celebre obispo de Milán reparó las quiebras que había sufrido el ministerio sacerdotal; pues Agustín fué un sol clarísimo de la Iglesia, la primera lumbrera de los sacerdotes. Si el hijo sabía dá honor á su padre, como se dice en los Proverbios, ¿qué gloria no resulta á nuestro santo obispo de haber tenido por hijo espiritual á S. Agustín? Sin duda la que todos conceden al maestro que enseña bien á sus discípulos, la que llena de gozo al padre, que ve retratado su virtud en el hijo que ha engendrado y educado; la que Dios quiere significar con la corona de santidad que se digna poner sobre la mitra de un obispo elegido como Aaron, celoso como un apóstol, y edificante como el que es digno objeto de nuestros cultos en este día.

Parce increíble lo que hizo en defensa de la fé. Fiel á la gracia del Señor, arrostró dificultades, vantió imposibles, se sobrepuso al poder del infierno, coligado con las potestades de la tierra. El emperador Valente se declara protector de la herejía arriana, y atrae sobre sí y sobre sus pueblos el enojo de Dios. Ambrosio, para atacar los estragos, compone el excelente tratado de la Fé contra los errores de los orientales, citado con tantos elogios en el concilio general de Efeso. Hace convocar un concilio en Aquileya, en donde confunde á Secundino y Palatio, presbíteros arrianos, que fueron condenados. Temiendo que en Sirnio, metrópoli de Panonia, pudiesen los arrianos un obispo de su secta, pasa allá para impedirlo, y hace que se elija á un católico, á pesar de los esfuerzos de la emperatriz Justina, tenaz protectora de su secta arriana y enemiga de

clarada de nuestro Santo, se trata de obligarle á recibir los decretos del conciliábulo de Rimini, ó á dejar su silla de Milán? El Santo contesta con decisión, que á los obispos toca juzgar á los emperadores cristianos en causas de religión; pero que nunca los emperadores han tenido facultad para juzgar á los obispos en las cosas concernientes á su ministerio sagrado, y que el lego jamás debe echar mano del incensario. ¿Se atreve el apóstata Joviniano á enseñar doctrinas nuevas, y á impugnar escandalosamente las instituciones monásticas? Pues el grande obispo de Milán lo arroja de su diócesis, avisa á sus amigos, interesa á Pamaquio y á San Jerónimo, hace que el papa Siricio convoque al clero de Roma para condenar las doctrinas del renegado, é influye con el emperador Honorio para que destierre al nuevo hereje á una isla apartada.

Tuvo mucho que padecer por su celo. El eunuco Caligano, camarero de un emperador que se había declarado á favor de los arrianos, se presentó al santo obispo de Milán, amenazándole con que le cortaría la cabeza si seguía menospreciado los órdenes de su majestad arriana. Ambrosio le contestó con valor apostólico: Si Dios permite que se cumpla tu amenaza, yo padeceré como obispo, y tú obrarás como eunuco. Toda su ansia era sacrificar la vida para salvar la religion católica, y mantener en su pueblo la verdadera fé. Refiere san Páulino, que habiendo entrado un facinoroso en su cámara para asesinarle, teniendo ya el brazo levantado y desenvainada la espada para descargar el golpe, se quedó en aquella postura sin poderse mover; y no fué libre hasta haber confesado que Justina era quien le enviaba. En una de estas persecuciones que de parte de los arrianos padeció la iglesia de Milán, sitiado Ambrosio en el templo con los católicos, para que el pueblo no desfalleciese en aquel trabajo y se conservase en santa alegría, dispuso que día y noche cantasen himnos y salmos. Los himnos por la mayor parte eran compuestos por él; muchos de ellos rezamos aun ahora en el oficio. Al emperador Teodosio le reprobó, primero, por carta, y después cara á cara, por haber condenado á un obispo á que restabliese la sinagoga que los cristianos habían quemado en Calmicia.

Más tarde supo nuestro Santo, que el mismo emperador había mandado pasar á cuchillo á los habitantes de Tesalónica, en donde murieron siete mil personas sin averiguación de quien era culpado, y quien inocente. Celebrábase entonces en Milán un concilio, para defender la sententia que contra Joviniano había dado en Roma el papa Siricio. Llenárase de horror aquellos prelados. Quejábase del autor de aquella gran desdicha; no creían que una orden como

a aquella tan inhumana hubiese salido de un príncipe tan benigno como Teodosio; sin embargo, no hallaban con qué disculparle, siendo los príncipes responsables de lo que se hace en su nombre, y de los excesos que se cometen en la ejecución de sus mandamientos. Tuvo Ambrosio en sueños una vision, en que entendió ser voluntad de Dios, que Teodosio hiciese penitencia. Escríbóle, poniéndole delante de los ojos la atrocidad de aquel gran delito, y exhortándole con su eloquencia celestial á que con verdadera penitencia aplacase á Dios: á quien tan enojado tenía. El emperador fué á Milán en busca de Ambrosio, á quien miraba como médico y como padre, bien que no hubiese tomado firmemente su consejo. Estando Ambrosio en el templo para celebrar el santo sacrificio, supo que iba allá el emperador. Saló á al atrio, y tuvo valor y constancia para negar al emperador su entrada en la iglesia, y para no admitirlo en el lugar sagrado hasta que expiase sus pecados con la más edificante penitencia.

Resumamos lo dicho. Ambrosio se hallaba en donde precisaba su presencia para enseñar á su pueblo, para defender el Evangelio, y confundir á sus enemigos. Ambrosio quebrantó á los herejes, espantó á los tiranos, humilló á los príncipes de la tierra, peleó como esforzado soldado de Jesús en las batallas del Señor. Cuando los milagros eran necesarios para el triunfo de la verdad, Ambrosio los obraba. Su vida fué un continuado milagro, la admiracion del mundo, el horror del infierno, el consuelo de la Iglesia, el modelo de los obispos santos, y la confianza de todos los justos y pecadores. ¿Qué más se necesita para concluir, que Ambrosio fué un gran sacerdote, que no se contentó con sostener con sus virtudes la grandeza y santidad sacerdotal, sino que consiguió reparar las quebras que habia sufrido? Lo eres, oh bienaventurado Ambrosio! la Iglesia de Jesucristo te es deudora de servicios que jamás podrá olvidar. Donde quiera publicará, que, como otro hijo de Onias, levantaste con una mano los muros de la casa del Señor, y con la otra rescataste la gloria de su templo. Vé ahora á recibir la corona á que te has hecho acreedor por tus virtudes y trabajos. Ambrosio, tendido en el lecho de la muerte, levanta su corazón á Dios para entregarle su alma con el amor y confianza de un justo esclarecido. Los diáconos y familiares se unen á varios caballeros enviados por el emperador Honorio, para suplicarle que alcance de Dios la gracia de diferirle la muerte; pero el Santo les contesta: No tengo de que avergonzarme, mientras he vivido con vosotros; pero tampoco temo morir, porque tenemos un buen Señor. Le asistió en su última en-

fermedad san Basiano, obispo de Lodi; y una vez, orando con él, vió á Jesucristo venir á visitarle. Recibió con fervorosa devocion los santos sacramentos, invocó los dulcísimos nombres de Jesús y de María, encomendó su espíritu al Señor, y murió, como mueren los santos.

Imitemos, oyentes, á este maestro de la verdad en su vida y en su muerte; gobernarnos por sus enseñanzas; aprended á cumplir con vuestras obligaciones; á posponerlo todo á la honra y gloria del Señor, y Dios derramará sobre vosotros sus más preciosos dones. Y vos, Ambrosio glorioso, hacédnos participantes de vuestras virtudes y de vuestro celo, para que lleguemos á poseer la bienaventuranza que gozáis en premio de vuestros trabajos en la celestial Jerusalén de la gloria.

dad de su Dios; y su mayor gloria haber cooperado á los desiguos de la misericordia de Dios, pidiendo los auxilios de la gracia. A. M.

PANEGÍRICO

DE SANTA ANA.



La madre de uno de los mayores profetas de Israel pronunció, católicos, este oráculo: Dios la había humillado por mucho tiempo con una larga esterilidad; pero después la consoló con una fecundidad gloriosa. Siempre sumisa á la voluntad del Señor en el estado de su abatimiento, le presentaba votos, súplicas y llantos, pero sin murmurar ni quejarse: el Señor oyó sus ruegos, mirando en gloria sus abatimientos, y disipando el oprobio que en su nación padecían las mujeres estériles. Samuel, uno de los mayores héroes de la Sinagoga, fue el fruto de su fecundidad; su mérito consistió en haber sido siempre humilde á la voluntad de Dios, y su gloria en llegar á ser madre de uno de los más grandes siervos del Señor.

Bien sabéis, señores, que la gloriosa santa Ana, cuya memoria celebramos en este día, se vió abatida y ensalzada; los más funestos sucesos sirvieron de prueba á su sumisión; y la gloria más extraordinaria fué la recompensa de su humildad.

Los funestos sucesos que sirvieron de prueba á la sumisión de Sta. Ana fueron, el ver la autoridad de los judíos en poder de extranjeras, la corona de sus padres puesta sobre la cabeza de Herodes, y élla entregada al oprobio de una vergonzosa esterilidad; pero la gloria con que Dios recompensó su sumisión fué una fecundidad milagrosa, que la hace madre de la Madre del mismo Dios, y la divina alianza que contrae con el Verbo en el misterio soberano de la Encarnación.

Yo me parece, hermanos míos, que habréis venido en conocimiento de la idea que me propongo en este discurso para elogiar á Santa Ana: su mayor mérito fué haber vivido siempre sumisa á la volun-

ta de su Dios; y su mayor gloria haber cooperado á los desiguos de la misericordia de Dios, pidiendo los auxilios de la gracia. A. M.

En vano el hombre afligido busca verdadero consuelo en los objetos de los sentidos; solamente la religión puede consolar al cristiano oprimido con las desgracias. ¡Oh tristes mortales! vosotros buscáis en las criaturas el alivio de vuestras molestias, la satisfacción de vuestros deseos, el medio para disipar vuestros pesares suavizar vuestras amarguras y reparar las ruinas de vuestra fortuna: pero este medio no le halláis en los objetos en que le buscáis. Recurrid en todos estos funestos sucesos que os oprimen al Dios que con ellos prueba vuestra fe, adorad sus incomprendibles desiguos; ved que sabe sacar gloria de las mismas ignominias, y su mano misericordiosa siempre liere á las almas que más ostina para probarlas; y su mano generosa las llena después de consuelos, para recomendar su sumisión. En la Infiere santa, cuya memoria celebra hoy nuestra madre la Iglesia, vereis la prueba de estas verdades.

Derribada desde el trono á la más profunda oscuridad, reducida á la mayor miseria, é infamada con el oprobio de esterilidad, señal de la mayor ignominia en su nación, parece, hermanos míos, que podría exclamar: ¿dónde están aquellas magníficas promesas hechas á mis padres por los profetas? ¿quién se ha hecho el trono de David, cuya sombra corre por mis venas? ¿dónde está la gloria de sus descendientes? ¿dónde está aquella fecundidad que habia de dar al mundo el ducado de las naciones? Hombres mundanos, vosotros hablaríais de este modo, porque no adoráis los impenetrables desiguos de Dios, y porque no queréis conocer en su sabiduría unos arbitrios superiores á los de la más fina política; queréis que Dios piense como vosotros acerca de las felicidades mundanas, y esperáis, murmurando, á que se manifiesten las grandes escenas que justifican el proceder de su sabiduría y providencia; pero, ya que en la decadencia de vuestra fortuna y en las desgracias que os afligen, confesáis la inconstancia que siempre reina en el teatro del mundo, ¿por qué no os entregáis absolutamente á vuestro Dios? El Señor prueba á sus siervos, mas no los abandona; y tarda muy poco tiempo en premiar su sumisión con la gloria más resplandeciente. La virtud característica de santa Ana fué una constante sumisión á la voluntad divina; todas sus acciones nos presentan un vivo ejemplo de esta virtud: estas acciones se hallan confirmadas con el testimonio de la historia más fiel, y no se han atrevido á dudar de su verdad aún los más escrupulosos rabinos.

Herodes Idumeo, usurpador del trono de Judá, reinaba en aquella provincia, cuando nuestra Santa vivía desconocida y despreciada de su nación. Ved, señores, qué espectáculo de tanto abatimiento para Sta. Ana; comparad este estado con las promesas de los profetas, y figuraros qué grandeza de ánimo era necesaria para sufrir con resignación estas desgracias. Sta. Ana, por medio de su sumisión generosa, sacrificó su Dios todas las grandezas de la tierra; por medio de su sumisión continua, alaba á su Dios en medio de los trabajos de su pobreza; y por medio de su sumisión heroica espera, que su Dios la ha de conceder la gracia de la fecundidad, no obstante las apariencias que á ella se oponen. Cualquiera de esas adversidades bastaría, cíviles, para acobardar á un héroe del siglo; pero todas juntas no son capaces de alterar la tranquilidad del alma de santa Ana. Después de haber experimentado todos esos abatimientos, podía decir á su Dios con entera confianza: Yo adoro, Señor, vuestros juicios, y recibo con humildad las pruebas que en mí hace vuestra sublimitad. Examinad atentamente todos los pasajes de su vida, y os veréis precisados á confesar, que las desgracias que, regularmente, abaten la constancia de los mayores héroes del siglo, en nuestra Santa sirvieron para hacer resplandecer más la suya. El alma que se halla enteramente poseída de su Dios, no solamente aspira á la perfección, sino que debe contemplarse en el más alto grado de virtud, sin que sean capaces los más funestos sucesos de turbar su tranquilidad: nuestra falta de sumisión á la voluntad del Señor, que gobierna la mano que nos hiere y contrista, consiste, en que miramos como principales autores de nuestros contratiempos á los que nos usurpan nuestros bienes, ó nos ocasionan otras semejantes molestias. Reconozcamos, católicos, un Dios justo y sabio, supremo distribuidor de los honores y dignidades de la tierra; un Dios amante de nuestra verdadera felicidad; que si nos priva de las felicidades y bienes de la tierra, es para que pensemos en la gloria inmutable que nos está prometida; un Dios, que con su ejemplo nos enseñó á caminar por la senda de los abatimientos, no obstante nuestro amor á los honores del mundo; de este modo veremos la voluntad de nuestro Dios en los más adversos sucesos, los abrazaremos con sumisión, como Sta. Ana, y le sacrificaremos con gusto todas las grandezas de la tierra, porque el alma santa nada teme sino el perder á su Dios.

Ved, señores, los más extraños sucesos que jamás admiró el mundo; ya llegó el tiempo señalado por los decretos eternos; la autoridad de los judíos ha pasado á manos de extranjeros; el trono de David se halla usurpado; su familia se ve reducida al mayor abatimiento;

vive en una funesta oscuridad; no se ve en ella señal alguna de su antiguo esplendor; ni aun se perciben las ruinas de aquella autoridad y gloria, que eran la admiración de los pueblos más remotos; muchos de sus ilustres descendientes viven en un oscuro retiro, ganando su sustento con el trabajo de sus manos. Entre estos ilustres hijos de David veo á Sta. Ana, ocupada en sacrificar al Señor las grandezas fugitivas del mundo; mira, sin murmurar, á Herodes el grande, sentado en el trono de sus mayores; y vivo más contenta poseyendo á su Dios en el retiro, que si gozara de las más brillantes coronas, careciendo de él. Para manifestaros, hermanos míos, la generosa sumisión de nuestra Santa, y el mérito que con ella se adquiere, basta comparar á esta ilustre heredera de David con el usurpador de su trono.

Santa Ana y Herodes, ambos vivían en la Judea; Herodes, protegido por los romanos, reinaba y mantenía la pompa y magnificencia real á costa de las ruinas del imperio de los judíos; Santa Ana, en el estado en que su Dios la había puesto para probar su constancia, vivía pobre y abatida, sufriendo con resignación el yugo de la dependencia. Herodes es demasiado conocido para ser estimado; á su fugitiva gloria se siguió una eterna ignominia; su política y sus crueldades le hicieron célebre y han derivado su infamia hasta nuestros tiempos; este príncipe adquirió el trono por medio de infames astucias, se mantuvo en él por su política, y afrontó la dignidad real con sus crueldades. Sta. Ana veía á este príncipe sentado en el trono de sus mayores; y quisiera haber dicho con el Santo Job: ¿por qué permitis, oh Dios mío, que los imperios vivan tranquilamente gozando de la gloria y de los honores? Pero, santamente conforme con su abatimiento, esperaba á que se aclarasen unos misterios tan contrarios, en la apariencia, á la bondad del Señor; no tenía más voluntad que la de su Dios, y en cualquiera estado que el Señor la colocase, su mayor felicidad era vivir sujeta á sus órdenes. Persuadida nuestra Santa, de que el verdadero modo de reinar es obedecer á los decretos del Cielo, se conforma siempre gustosa con la voluntad de su Dios, aún cuando parece que éste la abandona.

Reparad, católicos, en el modo con que la divina sabiduría dispone el nacimiento de Jesucristo; la familia de que determina nacer, aunque antes había ocupado el trono, se hallaba reducida á la mayor miseria; todos sus parientes, según la carne, eran pobres y desconocidos; entre ellos no había ricos ni poderosos; y todos vivían á costa del trabajo de sus manos; vivían tranquilos en su oscuro retiro, fundando su felicidad en su sumisión á la voluntad de Dios. Si éstos

bienes fueran necesarios para nuestra eterna salud, la opulencia hubiera prestado en el nacimiento del Salvador; María y sus parientes no se hubieran visto reducidos á tan estrecha pobreza. Todos los judíos, á excepción de un corto número de virtuosos israelitas, estaban dominados de las ideas de la grandeza y opulencia: esperaban un Salvador acompañado de toda la magnificencia de los conquistadores; y no obstante la decadencia de su imperio, despreciaban la pobreza y los abatimientos. Éste era el error de casi todos los hombres cuando Jesucristo vino al mundo: todos adoraban al ídolo de la fortuna; por eso el Señor dispuso que sus parientes fuesen pobres, y quiso el mismo nacer en el seno de la pobreza y de los abatimientos.

Aún antes de manifestarse al mundo levantó el estandarte de la pobreza. Llegando á Sta. Ana como por la mano, por el camino de la humildad y de la miseria, para que la que había de ser Madre de Dios, representase auténticamente los misterios de su humildad en el parto; y para que diese al mundo un ejemplo de la más perfecta sumisión á la voluntad de su Dios. Sta. Ana halla toda su satisfacción en la pobreza; porque sabe lo mucho que su Dios ama esta virtud. Ella decía: «Me halló reducida á la mayor pobreza; la opulencia de mis mayores desapareció con su trono; pero en este estado de miseria y abatimiento halló á mi Dios; su adorable mano es la que me gobierna; no cesaré de bendecirle y alabarle mientras me dure la vida; y no obstante la gloria á que aspiran todas las madres en Israel, vivió conforme con su voluntad santa, á pesar de los oprobios de la esterilidad; los más penosos sacrificios con fáciles para el alma que posee á Dios, y vive entregada á su voluntad adorable.

La fecundidad era en la antigua ley un distintivo muy glorioso, y las más veces era la recompensa de las mayores virtudes. Dios promete á Abraham grandes prosperidades en la tierra, y todos los misterios de su futura grandeza empiezan por la milagrosa fecundidad de su esposa Sara. Abraham se halla constituido padre de una posteridad muy numerosa; los patriarcas, los profetas, los pontífices y reyes de Israel, todos descienden de él. Dios llevó á Sta. Ana á lo sumo de la gloria por el camino que guiaba á los mayores abatimientos; y proferiendo su constancia con una larga esterilidad, se ve honrada con la perfecta sumisión de nuestra Santa á su voluntad divina, pues sacrifica á esta voluntad las preocupaciones de su nación, el oprobio de la esterilidad, el desprecio de sus concuñados y la gloria de la fecundidad. Esta santa conformidad es la verdadera grandeza; á que debe aspirar el alma; del mérito de esta virtud podremos juzgar, católicos, por el modo con que Dios la recompensó en nuestra Santa.

Las aflicciones del justo tienen su término, del mismo modo que las felicidades del malo; en el orden del Evangelio vemos salir la gloria del mismo seno de los abatimientos; en el orden de las cosas del mundo vemos salir los abatimientos del mismo seno de la gloria más lisonjera. La sumisión con que se mantiene el justo en medio de las aflicciones que padece, le merece consuelos eternos. La Santa, cuya memoria hoy celebramos, experimentó en sí estas verdades: católicos; aún en esta vida se vio honrada con los singulares favores con que Dios suele distinguir á sus escogidos; su sumisión se vio recompensada con las más gloriosas prerogativas; á pesar de la usurpación de Herodes fué reconocida por heredera del trono de David; no obstante los muchos años que había pasado en la esterilidad, contibe y pare á la Madre del Redentor del mundo; y no obstante la infinita distancia que hay entre la criatura y el Criador, llega á ser por medio del misterio de la Encarnación, abuela del Dios hombre. ¡Qué prerogativa ésta, católicos! Nuestra Santa podía muy bien decir: «Señor, Vos me ensalzasteis á la mayor gloria, eligiéndome para la ejecución de vuestros misericordiosos fines.»

Hablo, señores, de una grandeza, que no tiene aquellas brillantes exterioridades que tanto aprecia el mundo: Sta. Ana es grande á vista de la religión, y no á vista de la sabiduría del mundo. Rompiéronse, por último, aquellos oscuros velos que ocultaban á Sta. Ana en su retiro; un resplandor divino la manifiesta al universo; luego que dá al mundo aquella incomparable Virgen, anunciada por los profetas, se halla adornada de las más ilustres prerogativas, y todos la reconocen por hija de David. Entre sus gloriosos ascendientes cuenta la sagrada historia muchos patriarcas, pontífices, reyes y grandes capitanes; es verdad que Herodes está sentado en su trono; pero todas las revoluciones que han hecho pasar esta corona á una casa extranjera, han sido dispuestas por la suprema sabiduría del Señor, y la fé ve salir á nuestra Santa de los oprobios y abatimientos, con una gloria muy superior á la de los más felices mundanos. El mismo Espíritu Santo es, católicos, quien forma la ilustre genealogía de nuestra santa, pues hablando de María Santísima, dice, que corría por sus venas la sangre de David. Y atendiendo á esta conducta del Señor, haré algunas útiles reflexiones para confundir las falsas ideas con que todos los hombres viven engañados acerca de la gloria del mundo.

El Evangelio nos refiere la grandeza y lustre de la sangre de Santa Ana, refiriéndonos la de María Santísima su hija: la manifiesta á todas las naciones como heredera del trono de David; nos enseña que

los descendientes de uno de los mayores reyes que tuvo el mundo, vivían en la oscuridad y en la miseria; y en un tiempo destinado por la eterna sabiduría á publicar en todo el universo las grandezas de Santa Ana, ésta no toma posesión de su trono, y el usurpador sigue gozando pacíficamente de su corona. Los sabios del mundo, los que solamente aman las grandezas de la tierra, los que aspiran á conseguir títulos vanos que flaquean la ambición, podrán decir: ¿dónde está la gloria de Sta. Ana? Pero vosotros, católicos, que os halláis instruidos en las mixturas del Evangelio, sabéis muy bien, que su gloria consiste en haber sido elegida por Dios, no para reinar en la tierra, ni tomar posesión de la corona de sus mayores, sino para ser madre de una Virgen, prometida desde el nacimiento del mundo, de la Reina del Cielo y de la tierra, siendo preferida en este incomparable favor á tantas ilustres mujeres, que en la Sinagoga se hubian adquirido una gloria inmortal. Su gloria consistió en haber merecido la prolección del Cielo, y en una milagrosa fecundidad, que dá al mundo la gloria del Redentor de todos los hombres.

Ved aquí, católicos, nuevos motivos de gloria en nuestra Santa, los que han servido de materia á los sublimes elogios que muchos santos doctores han consagrado á su memoria. Elocuencia profana, nunca podrá llegar á representar dignamente la milagrosa fecundidad de Sta. Ana, la grandeza del fruto que concibe en su vientre; y los preciosos bienes que por este medio nos proporciona: solamente estaba reservado para la elocuencia cristiana el poder pintar con religiosa magnificencia la gloria de la santa madre de María, y referir con un estilo propio de la grandeza de nuestra santa religion los misterios de su fecundidad. Yo os manifestaré, católicos, las maravillas de la fecundidad de Sta. Ana; este es el más glorioso distintivo de nuestra Santa, y el más plausible trofeo que podemos levantar á su gloria: esta milagrosa fecundidad es tan recomendable para todos los hombres, porque miran á María Santísima como fruto de ella, y esta santísima hija es la mayor gloria de la madre. En la fecundidad milagrosa de la madre de Samuel veo á un Dios que enjuga sus lágrimas, oye sus ruegos, y la concede un hijo que llega á ser un profeta. En la fecundidad de Sta. Isabel veo muy extraordinarios profligios. Pues ¿qué cosa se halla en la fecundidad de Sta. Ana que sea superior á las de esas santas mujeres? ¿Que se ha de hallar, católicos! La inflexible grandeza de la hija que concibe: la gloriosa dignidad de Madre de Dios, á que está destinada María, dá un particular resplandor á la fecundidad de Sta. Ana.

Oíd, señores, á aquella mujer que levanta su voz entre las turbas,

y que en nombre de la Iglesia, como dicen los sagrados intérpretes, tributa alabanzas á María: esta mujer alaba á la Madre despues de haber admirado la grandeza del Hijo. Me parece, señores, que es excusada la aplicación; ya no os causará admiración el que despues de haber visto las grandes maravillas que el Señor obra en María, las gracias, los privilegios y los extraordinarios milagros que manifestaron al mundo una Virgen fundada y una Madre virgen, los gloriosos títulos que posee, y los tesoros de gracia que en ella se depositan, para repartirse entre los hombres por su medio, los más santos y célebres oradores de la Iglesia exclamen con la mujer del Evangelio y digan en el mismo sentido que ella: feliz la que te concibió y parió; su gloria es sin comparación mayor que la de la madre de Samuel y de la del Bautista: el glorioso título de madre de tal Madre, la hace amable á toda la Iglesia, y digna de veneración para con todos los hombres.

El principio de esta gloria, católicos, fué la reina de los ángeles María Santísima, pues por su medio contrajo con Jesucristo una alianza, que manifiesta la parte que tuvo en los misterios de nuestra redención, y la santa magnificencia con que Dios se dignó recomendarla. La alianza de Dios con el hombre es uno de los mayores misterios de su amor; la infinita distancia que hay entre el Criador y la criatura, no nos permitía pensar que Dios pudiese hacerse hombre, por ser el hombre obra de sus manos, y un conjunto de polvo, ceniza y todas las miserias; ni el hombre llegar á ser Dios, por ser éste un ser supremo, y un conjunto de todas las perfecciones. Estas son las gloriosas utilidades que nosotros sacamos del misterio de la Encarnación: Jesucristo, haciéndose hombre, contrajo con nosotros una alianza divina; se abatió para ensalzarnos; nosotros participamos de la gloria de la naturaleza divina, porque Dios se dignó vestirse de la naturaleza humana; somos llamados y somos en realidad hijos de Dios, porque Dios es verdaderamente hijo del hombre; somos coherederos de su gloria inmortal, porque el Señor cargó con nuestras miserias temporales. ¡Oh dignidad imponderable del cristiano, cuya excelencia tanto nos engrandecen los santos doctores que meditemos! Pero, además de esta alianza de adopción, y de esta union divina del hombre con su Dios, la que forma y mantiene la caridad; Jesucristo contrajo también una alianza, según la carne, con los hombres en el misterio de su Encarnación, naciendo, como digo San Pablo, de una mujer virgen, y teniendo verdaderos parientes, según la carne, en Judea. Toda la familia de María es, católicos, la misma familia del Salvador, según la carne; y aunque Jesucristo

dijo, que no conocia más parientes que aquellos que hacian la voluntad de su Padre celestial, no por eso quiso privar á los suyos de esta gloria. No sé si me atreva á decir, señores, que entre todos los parientes de Jesucristo, Sta. Ana ocupaba el primer lugar; que fué un astro resplandeciente que disipó las tinieblas que los ocultaban á la vista del mundo; y que tuvo la gloria de haber tenido parte en los misterios de nuestra redencion de un modo muy singular. La sangre que animaba á la Reina de los Cielos, que circuló ántes por las venas de Sta. Ana? ¡Oh entendedos! todos cuantos honran á Maria Santisima por haber sido Madre de Dios, deben tambien honrar á Sta. Ana, por haber sido madre de Maria.

Ya no me admiró, señores, la devocion de los fieles, el celo de la Iglesia y las liberalidades de los príncipes cristianos, cuando se trata del culto de Sta. Ana; no me admiró de que los mayores emperadores hayan levantado suntuosos edificios en honra suya; que la Iglesia haya señalado días en que se la tribuyen solemnes cultos, ni de que todos los fieles acudan á los templos consagrados á su honor á implorar su intercesion y patrocinio: la Madre de Maria Santisima siempre será digno objeto del culto de los verdaderos cristianos. Esta es, católicos, la gloria de los que se conforman humildemente con la voluntad de Dios y su majestad los prueba: á estas pruebas con que adoran sus fines en los mayores trabajos con que el Señor los aflige, se siguen muy abundantes recompensas. vuestras quejas, vuestras murmuraciones, vuestros esfuerzos, los arbitrios de vuestra prudencia, nunca podrán trastornar los designios que Dios tiene para con vosotros, católicos: estos designios siempre han de tener su debido efecto. Conformaos, pues, con su voluntad y adorad sus juicios en vuestras desgracias; el negocio de vuestra eterna salud, que es muy diverso de los negocios del mundo, depende de Dios y de vosotros; y se consumará tanto por medio de las prosperidades como de las desgracias; y vuestra conformidad con su voluntad santisima os hará dignos de la gloria eterna, que á todos deseo.

PANEGÍRICO I DE SAN ANDRÉS, APOSTOL.

*Fuit magnus secretorum inventor sanus.
Fuit grandis, como denota su nombre.
(Eccii. M. c. 1.)*

Aquel Sér todopoderoso, que cuenta la multitud de las estrellas, y llama á cada una por su nombre; aquel Dios, que distingue con el nombre á todos sus ángeles, y expresa por medio de él el diverso valor de las obras de cada uno de ellos; distingue tambien, segun observan los sagrados intérpretes, de igual manera á los hombres; como lo hizo entre los hebreos, con los doce patriarcas hermanos, y entre los cristianos, con los doce primeros apóstoles, designando á cada uno de ellos con un nombre tal, que parece ser un presépio, un emblema, ó un espejo de sus obras y de sus méritos. Y á la verdad, si los nombres con que Adán designó á la generalidad de los vivientes, correspondian exactamente á sus propiedades y condiciones naturales, de las que tenía un perfecto conocimiento, con mayor razon podrá decirse otro tanto de los apóstoles, los cuales recibieron sus nombres de la sabiduría encarnada: que si no los impuso á lo ménos los aprobó, por cuanto el cambio de los unos supone y arguye la aprobacion de los otros: aprobacion además claramente manifestada por el Salvador, con el hecho de proferirlos y repetirlos continuamente. Pero á ninguno pueden aplicarse estas palabras con más propiedad que al gran santo, al discípulo insigne á quien dedicamos estos solemnes cultos, y cuyo nombre, que quiere decir hombre fortísimo, nos recuerda la singular virtud por la que se distinguió entre todos sus santos compañeros. Aunque, segun el dictámen de los maestros, nunca ó casi nunca debe el orador tomar por base de sus atabanzas el nombre de aquel á quien se propone alabar, hoy creo llegado el caso de prescindir de esta regla, y por tanto no emplearé

en elogio del grande Andrés otros encomios que los que encierra su propio nombre. Aplicándole aquel elogio que las santas Escrituras hacen de Josué: *Fortis in bello Jesus Nave, qui fuit magnus secundam uomen suam* (2), lo consideraré como discípulo, como apóstol, como mártir de Jesucristo. De esta manera veréis, amados oyentes, que fué fortísimo como discípulo, y que su fortaleza lo elevó sobre todos los discípulos; fortísimo como apóstol, y que su fortaleza lo levantó sobre todos los apóstoles; fortísimo como mártir, y que su fortaleza le distinguió de todos los mártires, y lo hace brillar y sobresalir eternamente entre todos ellos. Pidámosles los auxilios de la gracia: *A. M.*

El seguir á Jesucristo y hacerse discípulo suyo, no era en tiempo de Andrés una empresa tan fácil que no exigiese valor y fortaleza de ánimo. Jesús ocultaba todavía su divinidad bajo las apariencias de un hombre vulgar; y no había entonces ejemplos de otros hombres que indujeran á seguirle; ni se habían verificado aún aquellos grandes milagros, que más tarde, dieron fama, crédito y autoridad á sus doctrinas y promesas. Verdad es, que hacia ya algun tiempo, que el Bautista clamaba mostrando á los hombres en la persona de Jesús al Cordero de Dios deseado de las naciones; pero el divino Cordero permanecía aún silencioso y solo en Galilea; de donde se infiere, que la fortaleza de espíritu que, como he dicho, mostró particularmente el discípulo Andrés, fué en mayor ó menor grado indispensablemente común á todos los primeros discípulos de Jesucristo. Necedad y locura extremadas llama á esta fortaleza el apóstata Juliano, quien acusa á los apóstoles de temerarios ó imprudentes, por haberse entregado en manos de un hombre desconocido, y cuyo crédito no habian podido experimentar cual convenia para depositar en él su confianza; pero el infeliz perjuró, extraviado por su impiedad, obraba lastimosamente, pues no tenia en cuenta ni las instrucciones previas que el Precursor habia comunicado á los apóstoles, ni la poderosa influencia de la divina gracia que el mismo Jesús habia infundido en su corazón, ni el inefable fulgor que, como dice san Jerónimo, brillaba en el semblante del Salvador, y le conciliaba el amor y la veneracion de los hombres: razones todas, que cerraban la puerta á toda presuncion de temeridad ó imprudencia, dejábanla tan solo abierta á los impulsos de la verdadera fortaleza.

¿Y quién fué el primero que con ánimo resuelto, siguió la nueva enseñanza del Crucificado, empresa tanto más árdua, cuanto que nadie ántes que él la habia acometido? Andrés, oyentes míos, el fortísimo

Andrés. Él fué el primero que ingresó en la escuela hasta entonces vacia y desierta de Jesucristo, y sin guia que le precediese, se constituyó en guia y ejemplo de los demás. Él fué el que abrió el sendero de la doctrina y fe cristianas, no solo á los primeros discípulos del Salvador, sino á todos cuantos les sucedieron y les sucederán hasta el fin de los tiempos. Por esto le llaman los Padres primera columna de la Iglesia de Dios, y piedra fundamental primitiva de este inmortal edificio. Figuraos pues, hermanos míos, con que alegría tan grande, con que amor tan estrañable acogeria Jesús á aquel hijo primogénito de su fe, en cuyo semblante y en cuyo corazón, desde el momento que se le presentó, descubrió con su infalible mirada las muchas pruebas de inquebrantable adhesion y fidelidad que en adelante debía darle.

Parece, oyentes carísimos, que siendo Andrés el primero que habia de trazar con sus huellas el sendero de la cristiana imitacion, debió Jesucristo procurar atraerle con palabras más dulces y promesas más halagüeñas. Pero, ¿de qué palabras ni de qué promesas estoy hablando, si segun nos atestigua el Evangelio, la prontitud de Andrés no dió siquiera tiempo al Redentor de hacerte promesa ni llamamiento alguno? Los demás discípulos, á las primeras palabras que Jesucristo les dirigió, le siguieron; pero Andrés le siguió sin oír palabra alguna de su boca. No contento con ser el primero en seguir al divino Maestro, quiso además distinguirse de los otros siguiéndole sin ser llamado; de manera que, si nos atenemos al llamamiento oral, podremos decir, que no fué Jesucristo quien llamó á Andrés, sino Andrés, quien espontáneamente corrió al encuentro de Jesucristo. Estaba el Precursor á orillas del Jordán dirigiendo la palabra á los numerosos discípulos de su escuela, cuando viendo pasar por allí cerca al Nazareno, hé aquí, les dijo, hé aquí al deseado Cordero de Dios; oyendo lo cual Andrés, dirigió inmediatamente y sin vacilar sus pasos hácia Jesús, se reunió con él, lo detiene y le llama Maestro. ¡Oh insigne ejemplo de fe y fortaleza, que recordará y admirará eternamente el mundo cristiano!

No extrañéis tampoco, oyentes míos, que Andrés, despues de haber acompañado á su nuevo Maestro y permanecido con él toda la noche recibiendo sus divinas instrucciones, no extrañéis, digo, que el día siguiente, despidiéndose de Jesús, regresase á Betsaida su ciudad natal. Añelaba comunicar la fausta nueva á su hermano Pedro, y anda presuroso en busca de él, discurre, iolaga por todas partes, hasta que descubriéndole á lo lógos, corre á su encuentro, le habla, le predica, le convence; y acto continuo, poseido de la mayor ále-

gría, lo lleva á presencia del Mesías, entregándole, como fruto de su rápida excursión, aquella conquista, la más grande y preciosa de cuantas hicieron los apóstoles. ¡Oh admirable esfuerzo y fervor apostólico, casi inconcebible en nuevo y apenas iniciado apóstol! Considerad, oyentes míos, que Andrés fué el primer discípulo del Salvador, el único que no fué llamado, el que desde los primeros instantes de su apostolado hizo la mayor de las conquistas, convirtiéndolo á Jesucristo al que había de ser piedra fundamental de su santa Iglesia; é inferior de él si tuvo razón para decir, como dijo al principio, que Andrés fué grande según su nombre.

Y si de tal manera obró Andrés, cuando todavía no era, por decirlo así, más que un simple novillo, juzgad cuán grandes y heroicas serían sus empresas desde el momento que Jesucristo le confirió el ministerio apostólico. Dos son los actos con los cuales se ejercita la fortaleza: el acometimiento y el sufrimiento; pero el segundo es más meritorio que el primero, porque se necesita más valor para sufrir con constancia los peligros y males presentes, que arrosar los venideros. Esto supuesto, observad, oyentes míos, como Dios, para que Andrés sobresaliese más entre sus compañeros los apóstoles por ese principal acto de virtuosa fortaleza, le preparó de antemano una cruz tan penosa y continuada, que hablando con la más rigurosa propiedad, puede decirse, que su apostolado, desde el principio hasta el fin, fué una verdadera crucifixión.

En efecto, con una cruz empieza el apostolado de Andrés, cruz muy difícil y gravosa por cierto. Ya sea que Andrés fuese mayor en edad que Pedro, ó que no lo fuese, de todos modos es indudable, que era mayor que Pedro en la ancianidad de la fé. El fué quien lo movió é indujo á abrazarla, de manera que, hablando en lenguaje apostólico, podemos decir, que era padre de Pedro en el Evangelio. ¿Quién no había de creer, pues, que semejante mayoría sería coronada con la primacía sobre todos los demás apóstoles? Las razones de congruencia é inducción eran tales, que el mismo, aunque modestísimo, no debía creer muy remota la consecución de aquella dignidad. Y que dignidad era aquella, hermanos míos! Trábase nada ménos que de ser ministro supremo y vicario del mismo Jesucristo; de gobernar y dirigir como universal pastor y pontífice á todos los fieles del orbe; de presidir á los demás apóstoles como príncipe y cabeza de todos ellos; de poseer, en fin, las llaves del Cielo y con ellas la plenísima primaria potestad de otar y desatar. Figúraos, pues, si ambicionarían los apóstoles esa eminentísima prelación, y si habría alguno, que, si no de hecho, á lo ménos con el deseo, no

aspirase á ella. Mas, ¡oh insalvable profundidad de los juicios de Dios! Por vuestros inexcrutables designios, siempre justos é irreprehensibles, quisisteis, oh Dios mío, que el mayor de los hermanos sirviese al menor; que Andrés, á pesar de haber instruido á Pedro en la divina ley y presentándole á vuestro unigénito Hijo caceraado, fuese postpuesto al mismo Pedro.

Y lo más admirable es, la inquebrantable fortaleza de espíritu que en tan crítica ocasión mostró nuestro santo héroe, el cual, lejos de ofenderse ó contrastarse con aquella especie de humillación, no profirió la menor queja, ni siquiera la menor señal de tristeza ó disgusto. No sería tanto de admirar, oyentes míos, lo patente fortaleza de Andrés, si nos la hubiera éste manifestado más adelante, esto es, después que el Espíritu Santo, descendiendo sobre él y sobre los demás apóstoles en el Cenáculo, les comunicó en la divina gracia; pero sube de punto la admiración al considerar, que era tiempo aquel de flojedad y debilidad para los apóstoles todos: flojedad y debilidad, que Dios permitía apareciesen de continuo públicamente, para que nadie pudiese dudar que la redención del mundo era obra, no del poder, ó de los medios humanos, sino de la omnipotente mano de Dios. A este propósito nos advierte el Evangelio, que la precedente imperfección de los apóstoles revelábase, sobre todo, y á cada instante en sus discursos y proyectos de vanidad, de engrandecimiento, de preeminencia y de gloria; unos pidiendo honras y premios por lo poquísimo que habían renunciado; otros procurando captarse con supplicas y recomendaciones la protección de Jesús para que les reservara un asiento en el reino de los Cielos; otros, en fin, promoviendo entre sí frecuentes disputas de superioridad; de manera, que aún después de la Cena eucarística, entablaron una verdadera contienda sobre cuál debía considerarse como el mayor de todos ellos. Que en un tiempo tal, y con tantos y tan continuos estímulos é incitativos de emulación, indiferente Andrés á su evidentísima postergación, ahogase generosamente en su pecho la voz del resentimiento, y disimulase siempre el inevitable disgusto, sin manifestarlo una sola vez con palabras ni ademanes; esto es verdaderamente extraño y admirable en sumo grado. Un solo ambiguo resentimiento de que en breve se concedería la primacía á Pedro, bastó pocos días antes para poner á los apóstoles en la mayor turbación, y para que licietan sobre el particular diestras y calosas preguntas al Redentor; pero Andrés, al contrario, ve claramente que Pedro va á ser antepuesto á él y á todos los demás discípulos; que sin embargo de haber precedido á Pedro en dar crédito y seguir al Mesías, éste ha resuelto ponerle en un

lugar jerárquico interior al de aquel; todo lo conoce, todo lo ve, y esto no obstante, sufre y cae. ¿Quién dudará, pues, en vista de todo esto, que la fortaleza de Andrés, desde el principio de su apostolado, fué singular y trascendental?

Habiendo considerado, oyentes míos, la cruz con que principió el apostolado de Andrés, prosigamos hasta contemplar aquella otra con que terminó; cruz de extremado dolor, y por cuyo medio apareció más y más sublime la fortaleza de nuestro insigne apóstol. Entre una y otra cruz medió el espacio de veinte y cinco ó veinte y nueve años, consagrados exclusivamente al ejercicio del ministerio apostólico; y ¿quién es capaz de referir los viajes y predicaciones que hizo, los males, los trabajos y desgracias que padeció en este dilatado periodo de tiempo? La Macedonia, la Morea, el Egipto, la Tracia, la Tesalia, la Acaya y otras varias comarcas de Turquía y Grecia, fueron evangelizadas por el infatigable Andrés. ¿Y habrá quien pueda enumerar las obras apostólicas que practicó en tan dilatadas comarcas? los idólos que derribó; los altares y templos paganos que destruyó; los milagros que obró, las victorias y conquistas que alcanzó á nombre de Jesucristo, tantas en número que la Iglesia las llama innumerables? No me detendré en probar, examinando individualmente las obras y trabajos insignes del grande Andrés, la singularidad de su fortaleza, que le distingue de todos los demás apóstoles; porque ni alcanzan á tanto mis fuerzas, ni me suministraron para ello bastante luz las santas Escrituras ni la historia eclesiástica. Pero, por fortuna, si se perfió en la oscuridad de los antiguos tiempos la exacta y minuciosa relacion de sus hechos apostólicos, tenemos sin embargo noticias auténticas, bastantes para conjeturarlos, gracias al diligente clero de Acaya, que despues de largas y minuciosas investigaciones, hizo una extensa cuanto verídica reseña de ellos; reseña aprobada por los Sumos Pontífices, celebrada por los Santos Padres, admitida y usada por toda la Iglesia, y que, por lo tanto, no dudo será tambien creida y respetada por cuantos me están escuchando. Así, pues, sin detenerme más en este punto, paso á hablar de la cruz que dió fin á la carrera apostólica de Andrés.

¡Oh maravilla digna de ser admirada y celebrada por todo el universo mundo! ¡Oh nuevo espectáculo, en que se descubre manifiestamente la omnipotente mano de Dios! ¿Dónde se hallaría otro apóstol que, como Andrés, suspendido en una cruz, desde lo alto de aquel horrendo patibulo, en medio de los más agudos dolores y de los más crueles espasmos, predicase constante y valerosamente, horas y dias enteros, como desde un púlpito, á Jesucristo crucificado? Despues de

haber recorrido diversas y apartadas comarcas, llegó por fin el santo apóstol á la provincia de Acaya, donde hizo tantos frutos con su predicacion y desalojó el paganismo á tal extremidad, que irritado el próconsul le dijo en tono de reconvenccion, que no habia en aquella provincia un solo templo que por su causa no estuviera arruinado ó abandonado, finalmente, exasperado el tirano idólatra de ver que ni amenazas ni castigos bastaban para refrenar la audacia de aquel hombre tan finesto al gentilismo, lo condena á muerte y lo hace poner en una cruz. Pero ¡qué necio es si piensa alajar de esta manera los progresos de su apostolado! Por espacio de dos dias continuos estuvo pendiente de la cruz, y durante todo este tiempo estava predicando sin cesar con grande estupefaccion del pueblo, que reunido en torno de él le estaba escuchando; y ¡oh admirable poder de su celo apostólico! más de veinte mil personas que hasta entonces habian resistido á su predicacion, cedieron á las exhortaciones que les dirigió desde la cruz, convirtiéndose á la verdadera fé. Ahora, pues, decidme, hermanos míos; ¿no merece el grande Andrés ser considerado como ejemplo de verdadera fortaleza? ¿no puede decirse con todo rigor de verdad, que fué grande segun su nombre?

Quizás alguno de vosotros dirá, que he faltado al buen orden de las ideas, por no haber hecho la debida distincion entre el apostolado y el martirio, al hablar de un santo que hasta el último de sus tormentos obró siempre como valerosísimo promulgador del Evangelio. Pero en la cruz de Andrés solo he considerado hasta aqui la fortaleza del apóstol, prescindiendo de la condicion del mártir, de la cual voy á tratar ahora. Tres son los grados que deben considerarse en la fortaleza de un mártir: padecer con paciencia, padecer con alegría, y padecer con deseo. Si queréis saber cuánto se distinguió Andrés en este tercer grado, que es el mayor y más perfecto, entre todos los mártires de la Iglesia, preguntádselo á los sacerdotes y diáconos de Acaya, cuyo verídico y autorizado relato arriba citado, voy á resumir brevemente. Ved allí en la ciudad de Patras á nuestro insigne apóstol, que, enflaquecido y debilitado por los años, por los trabajos y persecuciones, y sobre todo, por los crueles azotes con que hasta siete veces sus bárbaros perseguidores magullaron sus carnes; anda, sin embargo, tranquila y sosegadamente apresurando cuanto puede el paso, sabiendo, como sabe, que se encamina á la muerte. ¡Oh! ¡qué gozo, qué alegría, qué celestial serenidad se descubre en aquel semblante, cuyo aspecto llena de admiracion á la inmensa multitud de pueblo que le rodea! Al divisar á lo lejos la cruz destinada para su suplicio, no pudiendo ya contener la explosion del

santo júbilo que embarga su corazón, prorrumpe en estas entusiastas palabras: ¡Salve, oh cruz objeto constante de mi amor y de mis deseos! ¿Es hombre quien así habla. ó no es hombre? Llega por fin á la cruz, la abraza, la besa repetidas veces con lágrimas de gozo, llamándola tiernísimamente cruz desecada y cruz buena; en tanto que los espectadores, aunque gente dura y fiera, pasmados de cuanto ven y oyen, apenas pueden dominar su compasiva emoción.

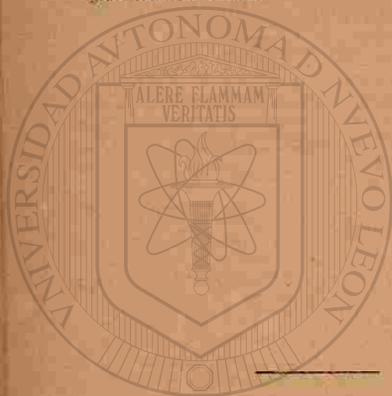
Entrelazo, ansioso el santo apóstol de recibir la palma del martirio, se quita por sí mismo las vestiduras, y las entrega con la mayor afabilidad á los verdugos, quienes pasmados de tan heroica virtud, quizás no se hubieran atrevido á poner sus manos en aquel hombre extraordinario, á no ser por el temor de incurrir en el enojo del proconsul Egea, desobediendo á sus mandatos. Tíenden, pues, al morir sobre la cruz y estiran violentamente sus miembros por medio de cuerdas, que á propósito se usaron en vez de clavos para prolongar de esta manera más y más el martirio. Padeció el santo mártir en la cruz atroces tormentos, la fuerza del dolor quebranta su cuerpo; mas, á pesar de esto, predica fervorosamente por espacio de dos ó tres días, sin perder un solo instante el valor, la alegría ni la serenidad de espíritu. Recórranse desde la primera hasta la última página los annales de la Iglesia, y de seguro no se hallará en ellos un ejemplo de fortaleza comparable con éste. ¿Puede decirse más en elogio de un santo mártir? Sí, puede decirse más, oyentes míos, del inocente mártir Andrés; porque Dios señaló su martirio con circunstancias tales que le distinguieran de todos los demás martirios. Luego que se divulgó la noticia de la prisión del apóstol, el pueblo empezó á amotinarse. Acudió multitud de gente de todos los puntos de la provincia, y pidió que se pusiera en libertad al preso, amenazando en caso contrario con derribar las puertas de la cárcel; pero el Santo, desde su mismo encierro, dirigió la voz á los amotinados; y tanto les dijo, y suplicó, que logró apaciguarlos por entónces. Al tiempo de ser llevado al suplicio, reprodujose con más fuerza el tumulto y la agitación popular, y hasta se acusó en voz alta al proconsul de inhumanidad é injusticia; mas también esta vez con sus ruegos y persuasiones consiguió Andrés aplacar las iras del pueblo. Por último, al verle pendiente de la cruz, no tuvo ya límites la indignación de la multitud: todos á una voz, incluso el mismo hermano de Egea, pidieron con gritos y amenazas la suspensión del martirio. El tumulto iba creciendo por momentos, sin que bastáran á asegararlo las exhortaciones del Santo. Finalmente, corre el pueblo en tropel á la casa de Egea y le pide la vida de

Andrés, diciendo que si muere éste, moriría con él el tirano que lo condenó. Tiembla el proconsul ante la actitud amenazadora de la enojada multitud; promete acto continuo la soltura de Andrés, y vá en seguida el mismo, seguido de la muchedumbre, á darle libertad. ¡Oh! ¡qué martirio, hermanos míos, qué martirio fué éste para Andrés! Así que desde lo alto de la cruz vió venir al proconsul, perdió su portentosa tranquilidad, desvaneciase su alegría, anublóse su frente, ántes tan serena, y sus ojos, llenos de santo alborozo, se cubrieron de tristes lágrimas. Mas, recobrada la serenidad, vnióvese al tirano y dice: Si vienes, oh Egea, arrepentido á pedirme el bautismo, todavía estás á tiempo; pero si piensas arrebatar-me la corona del martirio, sabe, oh infeliz, que no la conseguirás. Dios oirá mis ruegos; y así como hace milagros para librar de la muerte á sus siervos, los hará, si necesario fuere, para que no sea yo sustraído á la muerte que deseo. ¿Qué mártir es este, oyentes míos, á quien tanto aflige la idea de verse libre del martirio, y que desde el mismo patíbulo pide á Dios que haga milagros para que no se suspendan sus padecimientos? ¿Hase visto nunca una fortaleza semejante á esta?

Empero el incrédulo Egea, atento á calmar la efervescencia del pueblo, más que á escuchar las palabras de Andrés, hace una señal á los verdugos, quienes inmediatamente se ván á desatar al mártir. Pero apenas, hermanos míos, ponen mano á la obra, cuando, sobrecogidos de espanto, notan que sus brazos se han quedado paralizados hasta el punto de no poder hacer con ellos el menor movimiento. Pónganse otros en su lugar, y no bien tocan las cuerdas, pierden también el movimiento de los brazos. Acuden otros y otros á la prueba; y vanos esfuerzos! ningún brazo obedeció á la voluntad del temerario que intenta desatar las ligaduras del santo mártir. Viendo entónces éste, que se repetían sin cesar las inútiles tentativas de aquellos hombres, hizo un nuevo esfuerzo, y exclamó en alta voz: ¡Oh Jesús y Redentor mio! poned fin á tan prolongada insistencia, y haced que yo desde esta cruz vaya á reunir-me con Vos, que no quisisteis descender de la vuestra. Apenas hubo pronunciado estas palabras, vieron todos descender del Cielo una grande y luminosísima aureola, que envolviendo al mártir, le ocultó á la vista de los circunstantes por espacio de media hora. Luego, elevándose la aureola poco á poco, descubrió ante la asombrada multitud los despojos mortales del santo mártir, en tanto que su bienaventurada alma, rodeada de aquel brillante resplandor, subía á gozar de la gloria eterna en la incorruptible mansion de los fuertes.

Gloriosísimo Santo, desde la luz suprema que vino á trasportaros

al Cielo, me vuelvo á la que en honor vuestro brilla hoy sobre este altar; y os ruego, que impetris de Dios para mis oyentes y para mí un verdadero amor á la cruz. Oíd nuestras súplicas, concedednos vuestro poderoso auxilio, en tanto que admirados de vuestras heróicas virtudes, os alabamos, diciendo: ¡Grande fué Andrés, en verdad, grande como su nombre!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

PANEGÍRICO II DE SAN ANDRÉS, APÓSTOL.

*Venite post me... At illi continuo ratióne
retibus nocati sunt eum,
Et gildino... y ellos dejando al punto
las redes le siguieron.*

(MATT. IV, 19 et 28.)

No extrañara yo, que los gentiles desechasen las aflicciones de este mundo como unos verdaderos males, ni aún que buscáran con ansia todos los placeres momentáneos, puesto que, en su opinión, nada les restaba que gozar después de la muerte; me extraña, sí, en gran manera, que se conduzcan del mismo modo los que se precian de discípulos é imitadores de Jesucristo. Este divino Maestro nos dice por su misma boca, que el siervo no es de mejor condicion que su Señor; y ningún cristiano puede poner en duda, que Jesucristo, despreciando las glorias y los placeres que hubiera podido disfrutar, sin que nada fuera capaz de impedirselo, se sujetó voluntariamente á las tribulaciones y á los trabajos. Si queremos, pues, asegurar nuestra felicidad verdadera, es necesario, que imitemos este modelo de perfeccion; es indispensablemente necesario, corresponder á las amorosas voces con que la misericordia del Señor nos llama á la participacion de su gloria, sin que nos detenga cosa alguna de este mundo. Y á la verdad; ¿qué es lo que puede impedir en nosotros esta pronta resolucion? ¿La privacion, que es consiguiente, de todos los placeres con que á cada paso nos convida el mundo seductor? Pero, todos ellos son ficticios; son una débil sombra que pasa, sin dejar el menor vestigio. ¿El sujetarnos á todas las privaciones, á todas las molestias, á todos los rigores de una austera penitencia? pero todo esto sabe convertirlo la virtud en verdaderos bienes, en medios de asegurar nuestra dicha. ¿La desconfianza en la divina misericordia? pero ésta nos llama sin cesar, y hoy, especialmente, cuando en persona de Pedro y de su feliz hermano nos dice: *venite post me: se-*

guirán con seguridad, y se cambiarán en dulzuras las calamidades que os afligen.

Si, amados míos; la benigna misericordia del Señor quiere salvarnos, y al efecto nos llama hoy cariñosa. ¿Y llegará nuestra temeridad al extremo de despreciar ocasión tan favorable? ¡Ah! esa sería una prueba casi cierta de nuestra reprobación. Para conseguir esta felicidad que tan ardientemente deseamos, es preciso imitar la conducta de S. Andrés; la prontitud con que siguió al Salvador que le llamaba, abandonando cuanto poseía en el mundo; y el ahínco con que buscaba las privaciones, los padecimientos, la muerte misma por amor á Jesucristo, son los únicos medios que debéis practicar si aspiráis á la gloria que él disfruta. Esto será el objeto de vuestra atención al presente; reflexionad que os interesa más de lo que parece á primera vista. ¡Ojalá que acierte yo á persuadirlos de esta importancia! A. M.

Apénas puede darse una ingratitude comparable á la del pecador que resiste á la voz de Dios; por seguir los lisonjeros gritos de sus pasiones. Por qué, ¿no es el Señor á quien ha injuriado con sus vicios? ¿no es Él mismo que de justicia debía descargar sobre el pecador los fulminantes rayos de una eterna desgracia? ¿no es Él mismo de quien ha recibido, y á quien debe todo cuanto tiene, su excluir aun los mismos bienes de que se sirve para ofenderle? ¿no es un Dios completamente feliz por naturaleza y despo la eternidad, y cuya gloria no puede recibir el menor aumento ni el más mínimo menoscabo con la felicidad ó condenación de todas sus criaturas? Cuando llama á este miserable mortal, ¿pretende acaso otra cosa, que hacerle feliz, sacándole del profundo abismo de su miseria, librándole de la cruel esclavitud en que gime oprimido, y apartándole del horrible precipicio á que camina, y en que vendrá á caer sin remedio? ¡Ah! desventurado pecador! ¿dónde está tu fé; dónde tu razón; dónde tu sentido cuando cierras los oídos á sus amorosas voces? ¿Qué esperas del mundo, del demanio y de la carne, cuyos preceptos obedeces fielmente, á pesar de conducirte á tu desgracia? El vil desahogo de una pasión infame, el vergonzoso gusto de un momento, la falsa alegría de un instante; ¿qué diferentes son los bienes de que pretendía colmarte para siempre aquel Dios benigno, que te llamaba para sí! ¿cuán huecables, cuán sólidos, qué inmensos, qué ilimitados! Por hacerte acreedor á ellos debías abandonar cuantos deleites, cuantos tesoros, cuantas comodidades pudieras gozar sobre la tierra; debías abrazar con indecible complacencia la

persecución, los tormentos, la cruz; la muerte más cruel; esto es precisamente lo que hizo el feliz apóstol que veneramos en este día.

Es verdad que no era dueño de inmensas riquezas, pero en sus redes tenía lo suficiente para proporcionar á su familia un decoroso sustento. Su profesión le aseguraba un tranquilo reposo, poniéndole á cubierto de las molestias, de los peligros de todo género á que le exponía el nuevo género de vida á que le llama Jesucristo; y sin embargo, apénas oye que los dice á él y á su hermano: «seguidme, yo os haré poseedores de hombres,» deja las redes, y con ellas todo cuanto poseía en este mundo; se aparta de la compañía de sus amados padres, y sigue al Salvador. ¿Dónde vais, dichoso pescador? ¿A quién sigues, qué es lo que esperas ó te prometes de la compañía de ese hombre? ¿No le ves persiguido, despreciado, pobre, y aborrecido de todos? ¿En seguirle puedes prometerle otra cosa que ignominias, tormentos y martirios? Pero nada importa todo esto; es Dios quien le llama, y su deber es seguirle sin la menor dilación; es Dios quien manda, y no debe detenerse un momento en obedecer su soberana voluntad. No duda este apóstol, quan repugnante sea á su naturaleza corrompida, el haber de carecer de las comodidades que le proporcionaba su estado; ve igualmente, que le será en extremo doloroso, sufrir las molestias ajenas al ministerio á que su maestro le destina; pero este maestro es Dios; Dios es quien le ordena, que renuncie al mundo con todos sus bienes; y esta sola idea le manifiesta, que la posesión de aquéllos le conduciría irremediablemente al abismo de todos los males. Dios es quien le ordena exponerse á sufrir los trabajos de la vida apostólica; y esta sola consideración le hace ver, que ellos le colocan en la senda que guía rectamente al dichoso reino de la eterna bienaventuranza, cuya posesión desea con ansia. Todos estos sentimientos le infunde la voz de Jesús, y persuadida íntimamente de su verdad, se decide sin vacilar á seguir á su Maestro.

Si hubiéramos de dirigirnos por las reglas que dicta la prudencia humana, fácil sería presentar como impropia la resolución de este apóstol; porque, en verdad, cuando Jesucristo le llamó, no tenía él pruebas de su poder; ignoraba que estuviese adornado del don de hacer milagros; no debía ocurrirle que pudiera alimentar á todos sus discípulos sin necesitar otra cosa que el imperio de su voz; al contrario, para él era un hombre pobre, de humilde condición, de oscuro nacimiento; no tenía de él más noticias que las que había oído al Bautista, y éstas eran pocas y confusas; todo, todo parece demostrar, lo poco que reflexionó para abandonar su género de vida y seguir á Jesucristo. Pero, en esto mismo se descubre su obediencia

extraordinaria á los llamamientos del Cielo, ó más bien el poderoso influjo de la gracia con que el Señor se digna llamar á los que tiene destinados á su gloria.

Y si tal fué su prontitud en seguir á Jesucristo cuando no tenía aún prueba alguna de su divinidad, ¿cuál os parece que sería después de haber presenciado tantas curaciones repentinamente, tantas resurrecciones, tantos milagros de todo género? Si de tal modo renunció á todas las comodidades temporales por seguir á un hombre á quien no conocía, ¿quién es capaz de describir el gozo, el placer con que se entregará á las más penosas fatigas, á los mayores trabajos, á las más crueles persecuciones, por hacer notorio al mundo todo, la divinidad de aquel mismo cuya resurrección había él mismo presenciado? Lo vais á oír en el discurso de su historia.

Verificada la ascension de Jesucristo al reino de su Padre, después de haber ordenado á sus discípulos que predicasen su Evangelio por todas las naciones, por todas las provincias, por todos los pueblos del mundo, éstos lo dispusieron de modo, que dirigiéndose cada uno á distintos países, no careciese ninguno del alimento de la divina palabra. Conocida entonces por Andrés la voluntad del Cielo, respecto á los diversos puntos en que debía ejercer su ministerio, se dispone á obedecerla tan puntualmente como lo había hecho cuando le llamó Jesucristo: y sin detenerse un solo momento de su casa, se aparta de todos sus parientes, se aleja de todos sus conocidos; y sin compañía, sin provisión alguna, viene á la Europa y predica en la Escitia la religion de Jesucristo. Parte después á Epiro, recorre toda la Tracia, sin que le asuste la aridez de los desiertos, sin que le intimide la inmensidad de los mares, sin que le detenga la idea de los peligros á que se expone, sin que le amedrenten las persecuciones que su ministerio ha de suscitarse; y habiendo esparcido en todas aquellas provincias los rayos de la doctrina que había aprendido de su Maestro, llega á la Acaya, en donde encuentra por último lo que tanto anhelaba su corazón, y buscaba con ansia por todas partes. Anuncia con libertad evangélica á Jesucristo crucificado: la verdad de su doctrina, la energía con que la predica, los milagros con que la confirma, todo contribuye á ganarse prosélitos, á atraer hacia sí una increíble multitud de discípulos, que despreciando los ídolos y renunciando sus falsas religiones, abrazan la que nuevamente se les predica, por más opuesta que sea á sus costumbres, aunque los priva de todos sus placeres, y los obliga á declararse á sí mismos una guerra continua.

Una mudanza tan notable en la religion no podía ménos de susci-

tar enemigos poderosos al que la ocasionaba. El procónsul Egea, ciego idólatra de los dioses de sus padres, hace conducir á su presencia al alborotador, segun le llamaba. Presentáse intrepido nuestro apóstol, y cuando el néceo juez suponía que sola su presencia habia de confundirle, ve, por el contrario, que éste le reprende su locura con la más santa libertad; le echa en cara su soberbia, y le hace ver su empeño sacrilego de que los hombres le respeten como juez, cuando él mismo se negaba á rendir su homenaje al verdadero Juez de vivos y muertos. El tirano, que no estaba acostumbrado á semejantes contestaciones, queda tan sorprendido, que ni sabe responder al apóstol; mas, recuperado un tanto de su asombro, y viendo que cada vez predicaba el apóstol con más eficacia la religion de Jesucristo, le interrumpe, y armado de una falsa piedad, le aconseja que, si quiere evitar la enorme desgracia que le amenaza, se resuelva, no solo á dejar de anunciar la verdad, sino tambien á ofrecer sacrificios á los ídolos.

Situacion crítica, por cierto, para muchos cristianos débiles! Pero nada temais católicos, por nuestro apóstol; bien asegurado éste en la fé, desprecia tan groseras amenazas, cierra sus oídos á tan infames proposiciones; y animado de un santo celo por la gloria de su Dios, responde con una intrepidez digna de imitarse por todos los que se hallen en iguales circunstancias; no no es lícito adorar ni ofrecer sacrificios á otro que al verdadero Dios. A éste los ofrezco todos los dias; así que, en vano pretenden exigir más adoraciones para esos detestables ídolos; viles hechuras de las manos de los hombres. Ni las promesas más lisonjeras, ni las amenazas más terribles, ni los ruegos más amistosos, ni las súplicas más humildantes, nada, nada es capaz de apartarme de mi propósito; nada hay que pueda apagar en mi corazón el amor que profeso á Jesucristo crucificado.

No era posible que el impio Egea oýera con indiferencia semejantes discursos; y para castigar de algún modo la osadía de aquel hombre, y probar si su conducta correspondiera á sus palabras, hace conducirle á una oscura cárcel. Mas, ¿cuán asombrado quedó al ver que, lejos de entristecerse el apóstol por esta disposicion, rebosa la alegría en sus ojos, y él mismo corre presuroso á la cárcel para empezar á padecer por su Maestro! Su sorpresa fué mayor todavía, cuando supo la oposicion que hizo el Santo á sus discípulos, que pretendian librarle de la prision, rogándole al mismo tiempo con el mayor encarecimiento, que no trasesen de privarle de la satisfaccion que le reportaban todos los trabajos y padecimientos por causa de su religion.

Convencido el prócoelso, de que eran inútiles todos los medios de que se valia para disuadir á S. Andrés, firma la sentencia de su muerte, y sin esperar á más le conducen al lugar del sacrificio. Alegrate, dichoso apóstol! regocijate, que se aproxima el momento más delicioso de tu vida: la cruz te espera... pero ¡oigámosle á él mismo que, arrebatado de gozo al ver aquel precioso madero, exclama sin poder contenerse: ¡Oh cruz santa! ¡oh cruz tanto tiempo deseada, buscada con tanta ansia, amada con tal interés! ¡Mil veces dichoso yo, que llego á encontrar en ti lo que con tanto ardor he deseado por todo el discurso de mi vida! Recíbame, cruz preciosa, entrégame á aquel Dios que por mí murió en otro madero. En ti me redimio Jesucristo; y por tu medio voy á recibir todo el fruto de su pasión.

¡Qué temeridad la mía en pretender describir con palabras aquella escena prodigiosa! Es necesario haber padecido algo por Jesucristo, para conocer las inefables delicias que producen esos padecimientos: en cuyo caso, ¿podría yo hablar de modo que vosotros me entendierais? ¡Hay por ventura entre nosotros alguno, no digo que busque con tanto empeño los trabajos, las penalidades, los tormentos, la muerte, no que se abraza voluntariamente con la cruz de Jesucristo; sino que reciba con resignación y conformidad cristiana las tribulaciones que le envía la Providencia? Yo no pretendo que lleguemos todos al heroísmo á que llegó S. Andrés; quiero únicamente que le imitemos en lo posible. ¿Nos affige una desgracia, nos vemos privados de algunos bienes de fortuna? Imitemos á S. Andrés, que abandonando sus reñes se privó voluntariamente de mucho más de lo que á todos nos puede quitar la desgracia. ¿Nos ocasiona un agudo dolor la muerte del padre, del hijo, de la esposa, del amigo? San Andrés dejó á su padre, se apartó de su familia, abandonó su patria por seguir á Jesucristo, y extender su fe y su religión por el mundo. ¿Se conmiran contra nosotros nuestros enemigos para perjudicarnos en la salud, en los intereses, en la honra? San Andrés busco por todas partes la ignominia, la pobreza, las penalidades, y no cesó hasta encontrar una muerte semejante á la de su Maestro. Sab á bien, que el único camino que nos ha de conducir á la bienaventuranza es el de los trabajos y affecciones de esta vida: sabia, que para seguir á Jesucristo es necesario abrazarse con su cruz; sabia, que á estos trabajos se sigue, indefectiblemente, la posesion de todos y cada uno de los inmensos tesoros que el Señor nos tiene reservados en la gloria; sabia, por último, que el único medio de agradar á Dios es, seguirle inmediatamente que nos llama para su gloria.

Ahora bien, cristianos; ó S. Andrés fué un necio en responder con

tal prontitud á la voz de Dios, y en padecer tanto por Jesucristo; ó nosotros somos unos insensatos cuando nos negamos á imitar su conducta. Pero es indudable; nosotros somos los imprudentes, que queremos seguir á Jesucristo sin cargar ántes con su cruz. Ya es tiempo, pues, de volver sobre nosotros mismos; ya es tiempo de conocer, que las tribulaciones de esta vida son los medios de que se vale la Providencia para probar nuestra virtud y acompañar nuestros méritos. Démonos prisa á imitar á S. Andrés; y si no tenemos valor para buscar, como él, el martirio, recibamos siquiera con humilde resignación los trabajos que el Señor nos envía; adoremos su providencia, siempre justa; resignémonos con sus adorables decretos, y abracémosnos en esta vida con la cruz de Jesucristo, si queremos asegurar en la otra la felicidad eterna. Amen.

UNIVERSIDAD
 TOMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

PANEGÍRICO

DE SAN ANDRÉS AVELINO,

ABOGADO CONTRA LAS MUERTES REPENTINAS.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



Quotidie moritur in Christo Jesu.
No hay día en que yo no muera para
asegurar mi gloria que está en Jesucristo.
(I Cor. 15, v. 21.)

Nada nos aterrará tanto como una muerte repentina; y ciertamente, es un acontecimiento tremendo que nos avisa de continuo, que la espada de la divina justicia está siempre pendiente sobre nuestras cabezas. Un golpe accidental, una caída casual, un susto repentino, una alegría desmesurada, una apoplejía, y otras tantas y tantas que el mundo llama casualidades, bastan para cortar en un instante el hilo de la vida. Por esta razón, y para que jamás pudiésemos alegar ignorancia, nuestro solícito y amante Maestro nos dijo: Estad alerta, porque cuando menos lo penseis vendrá el Hijo del hombre.

No ignorais, católicos, que un accidente apoplético arrelató de entre los vivos al bienaventurado Andrés Avelino, al tiempo de subir al altar para la celebración del incremento sacrificio de la misa. Mas desee separar también, que la muerte temporal del cuerpo no le cogió de improviso; porque desde su infancia hasta aquel extremo de su vida, su única ocupación y anhelo se habían encaminado a morir cada día á sí mismo, para vivir siempre para Dios y en Dios.

Mientras que vamos recorriendo con atención escrupulosa, los datos que en la historia de Andrés Avelino comprueban la verdad de nuestra proposición; mientras que vamos describiendo la solicitud continua del bienaventurado varón, en conservar en sus manos pura, viva y refulgente la lámpara de la caridad, para el crítico momento en que llamase á la puerta el celestial Espeso, no dudó que soñando al oído de vuestro corazón aquellas palabras: *Bienaventurado aquel que fuere encontrado estando cuando su señor llegare*; el ejemplo de

Andrés os servirá de estímulo, para atender con toda la intensidad de espíritu, al feliz resultado de tan importante asunto. Pidamos esta gracia por intercesión de la divina Madre, saludándola con el ángel. A. M.

Aquella espantosa palabra, *morirás*, con que fué conminado el hombre por su Hacedor si infringía la orden que le habia impuesto, no solo debe entenderse de la muerte corporal, sino también de la del espíritu por la pérdida de la gracia. Esta muerte, es el delirio; aquélla la pena de él. Mas no quiso la bondad de Dios que con ambas muertes, quedando sin remedio, fuese completo el triunfo de Lucifer, su autor. Tanta es la misericordia del Señor, que en el momento mismo en que estaba airada su justicia, recién comedido el delirio, en el momento mismo en que impone castigos á la prevaricación, consuela al delincuente, prometiéndole otro árbol, otro fruto, que, en contraposición á los que habían ocasionado la ruina y muerte del hombre, le levanten, y le vuelvan á la vida. Tales son el madero de la Cruz, y el que víctima de dolores muriendo en ella, con sus llagas y merecimientos, puso en las manos del primer pecador y de todos sus descendientes, una medicina radical, que, restituyendo en el alma la vida de la gracia, hizo germinar en el cuerpo la simiente incorruptible para la eternidad. Pero, hermanos míos, como una y otra vida en su raíz son el fruto inmediato de la muerte de Jesús, su conservación, progreso y complemento son también el fruto de otra muerte llamada mística, que consiste en la crucifixión de la carne con sus vicios y concupiscencias, (nuestro resultado de la pérdida de la gracia original); para que, extirpados los retoños del árbol de muerte, viva el alma de la vida de Dios, y en el último trance se reanime el cuerpo con la sólida esperanza de que, si por un tiempo ha de dormir en el seno de la corrupción, recibirá una existencia nueva y gloriosa en el día de la resurrección universal. ¡Dichoso el que penetrado de estas ideas, trata seriamente de la reforma del corazón inficionado con las pasiones! Más dichoso el que, desde el uso libre de sus facultades, se consagró al ejercicio de la mortificación de todos los deseos del viejo Adán. ¡Soberanamente feliz el que tan luego como conoce su existencia, ya por un impulso superior dá muestras de pertenecer al corto número de los hijos de predilección!

Tal es católicos, Andrés Avelino. Sumergido en las aguas del bautismo, en el cual le dieron el nombre de Lanceloto, quedaron anegados con él los tres capitales enemigos, recibiendo de una manera

singular los frutos de la crucifixión, muerte y sepultura de Jesús. Bastante dió á conocer la santa libertad adquirida por aquella inmersión, cuando aún en fajas y mantillas formaba sobre el pecho la señal de la Cruz, claro indicio de que clavada la carne con sus vicios y concupiscencias, viviria el espíritu de la vida del Crucificado. Todos los pasos de Lanceloto, todas sus acciones, desde que la lengua, tartamudeando, comienza á expresar los sentimientos del corazón, llevan la marca de una alma sepultada con Cristo en Dios. En una edad en la cual el entendimiento no puede darse cuenta de ello, permanece el niño recogido en su interior, ocupado en la meditación de las cosas celestiales. Nada le entretiene sino lo que tiene relación con Dios inmediatamente, ó puede contribuir al bien espiritual de los niños de su edad, á los cuales instruye en los misterios de la religión; destinando todo el tiempo que le sobra del estudio de las primeras letras, ó á la asistencia á los sacerdotes en el santo sacrificio de la misa, ó á las funciones piadosas, ó á la educación cristiana de los niños, ó al retiro en las iglesias ménos frecuentadas; consagrando de esta manera los primeros albores de su razón á la luz eterna, para cuyo goce en la eternidad hace el sacrificio continuo de su existencia temporal. Con estos antecedentes ¿quién dudará, señores, que el Espíritu Santo había tomado á su cuenta la dirección inmediata de este niño privilegiado? Hermanadas en Lanceloto prendas naturales y de gracia, si procuró dar á éstas el mayor fomento posible, no descuidó el fomento de las primeras. No entra en mi plan la descripción de sus adelantos en la literatura y ciencias eclesiásticas; pero sí los triunfos que alcanza con estas armas del enemigo común y de sí mismo; confundiendo así á los que no saben conciliar las luces del entendimiento con los ruidos ardientes del corazón, y sirviendo de modelo á los que en la edad más peligrosa de la vida no sostienen el tenor santo de Dios.

Cubierto Lanceloto con este escudo, guarda de la inocencia, pasa á Sena para dedicarse á los estudios mayores. Esta nueva tarea y su asidua aplicación no servirán de estorbo á sus prácticas de piedad. Mucho más necesaria juzga este reparo de las fuerzas espirituales, á fin de que no se disipe el interior, y pueda sostenerse en el empeño de conservar las pasiones bajo el yugo de la mortificación. Contiene en estrecha custodia todos los sentidos, evita toda relación, no solo peligrosa, sino también inútil; recibe con frecuencia el Pan de los ángeles. Avigorado el espíritu con tan sólido manjar, quita á la carne sus bríos naturales con duras maceraciones. ¿Qué podrá temer provisto de armas tan poderosas?

Creendo que el hábito clerical y su profesión santa, son una salvaguardia para evitar los escollos del siglo, indeciso ántes en la carrera que debía tomar, resuelve ahora abrazar aquel estado, cortándose los cabellos y vistiéndose la solana y manto de tristeza. Con esta nueva consagración, reconocidosos obligado á emplear sus talentos en utilidad de la Iglesia, dá principio á sus tareas apostólicas por un ejercicio de la mayor importancia para la salvación de las almas; aunque el más humilde y molesto entre las funciones del ministerio sacerdotal. Los niños, de cuya instrucción y enseñanza pende en gran parte la frondosidad y hermosura del jardín de la Iglesia, roban la atención primera de Lanceloto. Eparbola el estandarte de la Cruz para arraigar bajo la sombra de este árbol de vida aquellas tiernas plantas, regándolas con los rudimentos de la religión y fomentándolas con los ejercicios de piedad.

La villa de Rocanova se complacia en el plantel que iba formando en su seno el virtuoso catequista, augurando los incalculables frutos que produciría llegado á sazón. Pero el *hombre enemigo*, ya que por entonces no podía sembrar la cizaña, ni adormecer la vigilancia del laborioso apóstol, por medios indirectos logró apartarla de su empeño, y cegar la fuente que regaba aquellas tiernas plantas. Inspira á la madre de Lanceloto pensamientos de vanidad, que le prometan carrera más brillante y ventajosa para su hijo, si dedica el tiempo que consagra á la instrucción de los niños al estudio de la jurisprudencia, que abre el paso á pingües destinos. Miras tan terrenas no podían mover el ánimo humilde y desprendido del santo jóven, ni menos retraerle de un empeño, en el cual muy de cerca se interesaba la mayor gloria de Dios; lo que le hace variar de propósito es, su amor y condescendencia á la que le había dado el ser. La universidad de Nápoles recibe entre sus alumnos un talento extraordinario y un héroe de la religión en la persona de nuestro Lanceloto. Lo reconoció aquella muy en breve, admirando en él la aplicación continua al estudio sin disminuir las prácticas de piedad; su profundo recogimiento y su expedición y soltura en los ejercicios literarios; sus progresos en la ciencia de los santos, y la velocidad con que llega al término de la carrera. Es condecorado con la bota de doctor en ambos derechos; abre escuelas para enseñar ambas facultades, después de haber ascendido al sacerdocio; y emprende el sostenimiento de las causas que se han á sus talentos y probidad, limitándose en el fuero eclesiástico, como está prevenido por los sagrados cánones.

El que no tuviere formada una idea cabal de las distracciones que llevan en sí mismos los negocios que se ventilan en el foro, del lar-

go tiempo que ocupan, y de la atención que exigen, no pueden conjeturar el fondo de virtud que debía sostener el espíritu de Lanceloto, para no desistir del constante empeño en la santificación de su alma, ni de la violencia con que, en todos los momentos tendría que luchar con las pasiones, cuyo veneno, cuando ménos se piensa, se introduce, en las acciones mismas de obligación y de justicia. Progresaba, sin embargo, en la muerte mística del espíritu, mientras que sostenía las causas de sus clientes; vivía en Dios metido en la barandilla del siglo; era santo y abogado á un mismo tiempo. Pero, al paso que su fervor y fidelidad á las inspiraciones de la gracia le sostenían en el difícil camino de la abnegación, no desconoce los graves inconvenientes que lleva consigo la carrera que emprendió, para conservar la paz del corazón y el sosiego de las potencias en la unión íntima con Dios. Para este gozo divino, fruto de la muerte del viejo Adán, le tenía prelegado el Cielo; y el Cielo, que perfecciona sus obras con eficacia suave, permite en el religiosísimo abogado un leve desliz, que será reparado con heroicos hechos de perfección.

Es bien sabida, señores, la falta en que cayó Lanceloto, para asegurar el feliz resultado de una justa demanda que llevaba entre manos. Faltó á la verdad, aunque sin daño del prójimo; pero ¡dichosa mentira, que, ligándole internamente con una culpa venial, rompió los lazos que le tenían atado al siglo! ¡Dichosa mentira, que, interrumpiendo por algunas horas el curso de la perfección, dió motivo para que, extendiendo las alas de su fervor, llegase con mayor rapidez al término de la perfecta abnegación de sí mismo! ¡Dichosa mentira, que dió á la religión italiana tan excelso varón, y al cielo de la Iglesia tan esclarecida lumbrera! «Boca que miente mata al alma.» ¡Qué golpe para el corazón de Lanceloto esta sentencia, que el Espíritu Santo, su autor, le presenta sin que él la buscase! Lanceloto, cuyo empeño, desde la infancia, no había sido otro sino destruir en su alma todos los restos de la culpa original, vería herida con una llaga no involuntaria! ¡qué dolor!... Haye el sueño de sus párpados; le es molesto el descansar; dura la cama, que humedece con sus lágrimas; eterna la noche, y ansia desahogar su corazón á los pies de su confesor, el bienaventurado Juan Marinonio, digno hijo del gran S. Cayetano. Calmada su delicada conciencia, con la gracia de la reconciliación, fruto de sentidas lágrimas, cual pensáis, católicos, había de ser la resolución que tomase? ¡Renunciar por cierto un oficio, que absorbiéndole la mayor parte de las horas y cargando su mente de ideas, le impedía fijarse constantemente en Dios, y que había abierto en su alma tan sensible herida? Así lo verifica en el

mismo día. Estás libre ¡oh Lanceloto! de las distracciones y riesgos que ponían en tortura tu espíritu. Triunfaste de la carne, del mundo y de la codicia; pero mayores sacrificios espera de ti el Cielo para que subas al heroísmo de la modrada consagración.

En otra carrera entra Lanceloto, no tan peligrosa como la que ha abandonado, pero más fecunda en ocasiones para llevar á su término la muerte de sí mismo. Ni la extensión de sus conocimientos en las materias eclesiásticas, ni su celo por la salvación de las almas, ni su prudencia en la expedición de negocios, ni otras prendas sacerdotales de que le había dotado el Cielo, permitían que, con el fin de atender exclusivamente á su santificación, tuviese ociosos los talentos. Para que los ejercite en utilidad propia y ajena, le dá impulso Marinonio, aconsejándole que emprenda la curación de los pecadores, y el sostenimiento de la vida de los justos, en el tribunal de la penitencia. El nombre solo de este ministerio lleva consigo la idea de martirio. Lo es, efectivamente, para los que animados del espíritu del sumo sacerdote Jesús, desean hacerse víctimas por la salvación de sus hermanos. Para los que no tienen conocimiento experimental del peso y trascendencia del uso de las llaves de la Iglesia, serviría de poco que entrásemos ahora en los pormenores que acreditan el continuo holocausto que hacia Lanceloto del tiempo, de la voluntad, de las inclinaciones, del natural, de la salud y de su existencia en una tan penosa tarea. Un rasgo solo de su heroicidad en este punto pondrá en claro el cúmulo de vencimientos, con que en el ejercicio del ministerio de la penitencia, perfeccionaba la muerte misma del corazón.

Relajado por todos estilos un monasterio de religiosos de Nápoles, el mal olor de sus escándalos se había esparcido por toda la ciudad, sin que el celo y vigilancia de los prebostes hubieran podido contener tanto mal. Aparentados ya todos los recursos de suavidad y de rigor, pone el reverendo obispo los ojos en Lanceloto, fiando á su prudencia y virtud tan desesperado negocio. Con placer acepta el religiosísimo varón el encargo, previendo la cosecha de trabajos y sinsabores que se reuniría en su alma. No de frente; así lo exige la prudencia; el nuevo confesor lucha con la relajación. La magnificencia del templo y el aparato del culto exterior despiden del alma pensamientos vanos de la tierra elevándola á los del Cielo; y amplía la Iglesia del convento; aumenta y dá mayor tono á las funciones sagradas y á la celebración de los sagrados oficios; ensancha los recintos del monasterio, para que con este desahogo apetezcan ménos la libertad del siglo. Con crecidas limosnas que recoge de los pu-

dientes, atiende á las necesidades, cortando las causas y pretextos que mantenian relaciones peligrosas. Reparar y dá mayor elevacion á los muros del convento, obstruyendo las brechas, para contener toda infraccion de la clausura. La malevolencia y persecucion de los extraños, que tenian interés en que no se restabliese el orden en el monasterio, causaron un martirio espiritual á nuestro Lanceloto. Irritados los tíenén tazos, le acechan, le dán tres estocadas, una de ellas mortal. ¡Oh víctima de la gloria de Dios y del honor de las que se consagraron á su servicio! Regresa al monasterio, y enseñando las heridas y la sangre, dice á las religiosas: Me he desvirvido para asegurar vuestra subsistencia y vuestra honra: he velado día y noche, no omitiendo coyuntura en la cual os pudiese inspirar el amor hácia el que os escogió por esposas suyas. Mi vida, desde que pasieron á mi cargo vuestra direccion, ha sido una inmolacion continua del cuerpo y del espíritu. Estas heridas y la sangre que fluye de ellas, son el sello más auténtico de mi sacrificio.

Retírase en segrieda en la casa de S. Pablo de Nápoles, no con otro objeto que el de curar las heridas que habia recibido; y obediendo de cecera la franquicia de las virtudes que adornaban aquel jardín de Cayetano, cuyos hijos le asistian y cuidaban, toma la resolucioe de agregar á ellos, tomando la sotana. Ya corrían nueve años desde el fallecimiento de su santo fundador, sin que las lágrimas hubiesen dejado de bañar los ojos de los que habian gozado de la compañía y ejemplo de su esclarecido patriarca; pero se las enjuga el día en que se les asocia Lanceloto, cuya presencia llenaba el gran vacío abierto desde aquella pérdida: tan parecido le era en humildad, en confianza, en caridad para con el prójimo, y muy particularmente en amor á la Cruz, escudo de armas de la congregacion Tostina. Encoronado de aquella señal de la crucifixion y muerte á que aspiraba desde sus primeros años, y tomando por patrono y modelo en el nuevo estado al santo apóstol, que con más cariño saludó al árbol de vida en cuyos brazos iba á inmolarse, trocó su nombre de Lanceloto en el de Andrés. Padecer y morir son desde ahora los incansantes afectos del corazón de Andrés: afectos que alianzi una serie extraordinaria y nunca interrumpida de acciones dirigidas exclusivamente á acallar con este cuerpo de muerte, y con todos los restos que el espíritu heredó del primer prevaricador. Como si anhelara la consumcion de la carne, ántes que llegase el día de ser entregada á la voracidad del sepulcro, se convierte en su atormentador y verdugo.

¿Qué alimento le dá? No el pobre y escaso de la comunidad. Seria para él un regalo. No el de un infeliz pordiosero. Los restos de la

mesa de un pudiente, ó de la casa en donde vive Andrés, conservau resabios de su condimento, primero. Los repugna su severa mortificación, complaciéndose con un plato de legumbres cocidas para ocho días; con los mendrugillos de pan duro que habia servido á sus hermanos; con las yerbas que, por inútiles, desechó la mas rigida pobreza. ¿Cuál es su vestido? En el exterior el más usado y raído; en el interior, zurcidos; y con remiendos de varios colores, que cuentan más de veinte y seis años. ¿Qué tiempo concede al descanso? Cuatro horas escasas, sin quitarse la ropa interior, y muchas veces tendido sobre el duro suelo. ¿Es vida ó muerte, señores, la que lleva Andrés?

Mientras que el peso de la mortificación ahogaba la carne, el celo de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas consumia el espíritu. ¿Qué motivo, que pretexto, qué causa es capaz de contenerle, cuando se trata del bien espiritual de sus hermanos, aunque sea con evidente peligro de su salud propia y aún de su misma vida? Ninguna. Ya le caen las lluvias, ya las nieves le dejan yerto, que le abrasen los ardores del sol, que sufra recias enfermedades, no se detendrá un momento mientras se trate de dar la mano al que vá á caer, ó de levantar al pecador del lodazal de las culpas. Víctima de su caridad, enferma con el que espiritualmente enferma, muere por el que ha perdido la vida de la gracia, hace el sacrificio de su temporal existencia, para que no pierda un hermano la que ha de durar siempre. Grande sacrificio, pero no tan heroico, como el de privarse en su recogimiento de la dulce suavidad en que se hallaba María á los piés del Salvador. Atraía poderosamente á nuestro Santo la dulcedumbre de la mística tranquilidad; pero Andrés, que nada apetee sino morir á sí mismo, ya movido de su celo, ya dirigido por la obediencia, se abandona sobre la tabla de la Cruz, dejándose gobernar por la mano del Señor en el tempestuoso mar de las vicisitudes, corrientes, incomodidades, peligros, contradicciones, que batan continuamente al varon apostólico.

Agitado sin cesar por varias comisiones que se le confian, de Nápoles corre á Milán, de Milán á Plasencia, de Plasencia otra vez á Milán; de esta ciudad á Nápoles, de Nápoles á Roma, con el encargo de dirigir varias casas de la Orden, de fundar otras, ó de vigilar sobre la reforma y sostenimiento de la disciplina regular de varias provincias, nombrado al efecto visitador por tercera vez. Cincuenta años se le pasaron en esta solicitud pastoral, permaneciendo siempre en su ánimo tranquilo, igual, recogido, manso y constante en el método de vida que habia adoptado en su ingreso en la religion. Con-

dad, si es posible, y maravillosos del crecido número de sacrificios con que Andrés menguaba cada hora la vida del amor propio y de la propia voluntad. Los admiraban cuantos tenían la honra y la fortuna de tratarle, faltándoles palabras para elogiar en Andrés tanta crucifixión interior y tanto fervor, en medio de tantos viajes y negocios: solo Andrés, muerto á sí mismo, no conocía su mérito, é ignoraba el valor de sus sacrificios.

Anuncia lo futuro; describe á sus penitentes lo más reservado que tienen en el corazón; otra milagros; canta y reza con los espíritus bienaventurados; recibe de las manos de la divina Madre el niño Jesús. Tanta gloria, qué impresión causa en el corazón de Andrés? Ninguna: nada siente; está muerto á todo movimiento de vanidad. Se reputa á sí propio como su mayor enemigo; como tal se ha mirado siempre, velando de continuo sobre su persona. Cuantos sacrificios ha hecho hasta el presente, han sido otros tantos golpes para dar muerte á la sensualidad.

Entre innumerables disposiciones con que procuró sofocar en su pecho toda propensión al mal, é incitar su corazón á progresar en todo género de perfección, dos son las que admirar los siglos y que forman el carácter especial de la santidad de Andrés Avelino. Con una de esas disposiciones pone tratos sagrados á la voluntad, para que no esté expuesta al mal, y contenerla; con la otra dá alas al corazón, para que vuela incesantemente hácia lo más encumbrado de la perfección, esquivando de esta manera inclinaciones no nacidas de Dios, y fomentando las que se originaren de tan purísima fuente. Tales son los votos con que se ligó de estar siempre en paga con su propia voluntad, y de adelantar por momentos en la carrera de la perfección. Tenemos, pues, justificada nuestra proposición que sirve de tema á este discurso, á saber: desde la infancia hasta el extremo de su vida, el bienaventurado Andrés dirigió su ocupación y anhelos á morir cada día á sí mismo, para vivir siempre en Dios y para solo Dios.

Como acabáis de ver, católicos, la vida de nuestro glorioso Avelino fué una continua é incesante preparación á la muerte. El cielo, que avigoraba con nuevas incrementos de gracia las heroicas resoluciones de su siervo, tenía contados los días en cuyo término habia de quedar consumado el sacrificio que le merecería el colmo de gloria y de honor. A la edad de ochenta y ocho años, habiendo predicho su muerte dos años antes, se vistió un día, que fué el 10 de noviembre, con los ornamentos sacerdotales para ir á celebrar la santa misa. Se llegó hasta el altar, apoyado en un hermano de la Or-

den que le iba á servir de acólito. Lleno de un fervor celestial, las mejillas sonrosadas de amor divino, comenzó el introito, y al decir la segunda vez: *Introito ad altare Dei*, un accidente apoplético le cortó el hilo de la vida, y fué llamado á entrar en el gozo de su Señor.

Añados míos en el Señor, esta muerte del bienaventurado Andrés Avelino no debe llamarse repentina. Designase con tal nombre la del pecador, siempre imprevisita; no la de Andrés, cuya vida fué una continua disposición para aquel último trance; no la de Andrés, quien por cartas la participó anticipadamente á sus amigos; no la de Andrés, quien visitó por despedida á varios deudos dándoles la última bendición; quien dobló el día ántes la finosna á una pobre mujer, á la cual socorria diariamente. Imitando sus virtudes, ambicionemos la paz que precedió y acompañó al feliz trance de Andrés; y muriendo como él, cada día aseguremos la vida que durará por eternidades. *Amen.*

PANEGÍRICO

DEL SANTO ANGEL CUSTODIO Ó DE LA GUARDA.



Contigo hablan estas palabras de amor, de seguridad y de consuelo, hombre flaco, débil, pecador y miserable. Alienta la esperanza, vistete de fortaleza, no te amedrenten los peligros de que está sembrado el mundo, porque Dios ha mandado á sus ángeles que te guarden en todos tus caminos. A su sombra caminarás seguro sobre el áspid y el basilisco, y conculcarás al león y al dragón: tu flaqueza, tu debilidad y tu miseria recibirán un firme apoyo al abrigo de estos valientes brazos encargados de tu amparo y protección. Gracias sean dadas á la piedad y largueza del Todopoderoso, que destinó del solio de su gloria estas sublimes inteligencias, estos escuadrones armados á la defensa del polvo y de la nada: ¡Qué dignación! ¡Qué bondad de parte de nuestro Dios! ¡Qué felicidad! ¡Qué dicha de nuestra parte! El artífice conoció desde luego la inconstancia de la obra que salió de sus manos; conoció la fragilidad del barro que nos compone; se acordó que somos polvo, que nuestros días son como el heno y como la flor del campo; que la propension del hombre está dirigida al mal desde su adolescencia; y que la vida que vivimos es una continua guerra, sin que haya un momento de treguas ni de armisticio, todo combates, todo estragos, todo horrores; conoció que los enemigos eran violentos, sus fuerzas poderosas, su ataques empeñados, sus astucias y sus tramas llenas de dolo y de malicia; por una parte, objetos alicientes, pasiones lisonjeras, ocasiones resbaladizas, mazzanas que convidan con su hermosura, bocados dulces; por otro lado, enemigos invisibles, pero formidables, potestades de las tinie-

blas, furias desatadas del abismo, espíritus astutos, malignos. Pero ¡acaso Dios, que es rico en misericordia, abandonará su propia imagen y el retrato de su belleza al odio y furor de sus contrarios? No hermanos míos, su providencia adorable hallará el medio oportuno á la seguridad de la humana flaqueza.

Si, oyentes, le halló efectivamente el más apto á los designios de su bondad en el santo Angel de la guarda, que destino para defender al hombre. ¡Oh infinita bondad la de mi Señor y mi Dios! ¡hasta qué punto llegó la fineza de su cuidado y de su amor con el hombre! No fué bastante criar los cielos y la tierra para su servicio y regalo; no fué bastante darle la ley escrita con su divino dedo, para que meditase los estrechos lazos que le unian con el mismo legislador; la misma pasión y muerte, la cruz y la sangre del Cordero no fueron bastantes para fijar su atención; se dignó darle un despertador continuo, que avisase la memoria de estos beneficios; un predicador incansante, que clamase al oído de su alma; un censor severo, que no disimulase sus faltas; una voz interior oportuna y eficaz, que arguyese, que rogase, que reprendiese, que incerpase con toda paciencia y dulzura; en fin, dióle un tutor apasionado, que tomase á pecho los intereses de su pupilo. Este despertador, este predicador celoso, este censor incorrupto, esta voz de verdad y desencanto, y este personaje excelentísimo es el Angel de la guarda, dado á cada uno de los hombres por providencia de Dios para nuestro consuelo, seguridad, defensa, amparo y salvación. De este santo Angel vengo á hablar esta mañana; quisiera satisfacer los deseos del devoto auditorio; pero todos saben, que para hablar de un ángel es muy desproporcionada la lengua y la facultad de un hombre. Para decir algo en materia tan sublime reduciré el elogio á dos puntos capitales: el Angel custodio es nuestro protector en la vida, es nuestro protector en la muerte; nos defiende mientras vivimos, nos defende al morir, y Dios nos le ha dado para que nos guarde en todos nuestros caminos. Nada más. A. M.

El hombre vive poco tiempo, y este poco tiempo que vive está lleno de males y de miserias. La ignorancia y el pecado le siguen á todas partes como sombra inseparable. Un entendimiento obtuso, una voluntad viciada, un espíritu sumergido en la carne, unos sentidos embotados, unas potencias y facultades dominadas de una inercia fatal para lo bueno; hé ahí todo el caudal de su herencia. Los peligros en que vive son tantos como los pasos que dá, sus consejos menguados, los revases del mundo continuo é inevitables, inminentes los

precipicios del alma; y de tal suerte enlazados, que apenas puede obrar sin manifiesto peligro de perderse. Por todas estas razones indispensables, destinó Dios los ángeles á la guarda de los hombres, como ayos que los acompañen, como pedagogos que los adviertan, como maestros que los disciplinen, y como mirros que los defiendan. Desde que el hombre abre los ojos á la luz hasta que los cierra para siempre á este mundo visible, no hay hora, ni momento, en que el ángel no le acompañe. Oyendo misa, ó asistiendo al santo templo, tiene el ángel á su lado, que se complace de su devoción y piedad; descansando en el lecho de las fatigas diurnas tiene el ángel á su lado, despierto centinela, para que nada le impida la dulzura y tranquilidad del sueño; si camina, si trabaja, si estudia, si navega, si pelea en la tierra y en el mar, en la calle y en la plaza, en poblado y en desierto, siempre tiene á su lado á este santo ángel, á cuya penetración no se escapa el más mínimo movimiento, como que ha de responder de su conducta.

Y cómo podrá evadirse los oficios del ángel á favor de esta alma recomendada? Oficios de ternura, como de madre; oficios de humanidad, como de amigo; oficios de cariño, como de esposo; oficios de amparo y valimiento, como de sólido protector. En los patrones del mundo muchas veces faltan medios para favorecer á sus dependientes, y todos sus conatos paran en estériles veleidades y en fallidas esperanzas. ¿Sueldera así con el ángel? No hay peligro. A este protector excelentísimo le faltará el conocimiento y el tino para dirigir al hombre? Pero no, que es el un espíritu dotado de altísimo subiduría; su entendimiento no es capaz de error, de falsedad, de ilusión, ni de sombra de ignorancia. ¿Acaso le faltará el poder para proteger al hombre? Pero no, que él es un lugarteniente del supremo Monarca del universo, con amplos poderes y facultades sobre los cielos y la tierra. ¿Acaso le faltará el amor para consolar al hombre? Pero no, que su pecho inflamado en la hoguera de la caridad esencial no respira sino ardores. ¿Qué le faltará al ángel para beneficio del hombre? La voluntad de Dios es la suya; la subiduría de Dios reverbera en su mente como un espejo terso; el poder de Dios está sustituido en el ejecutor de sus órdenes; y él es el plenipotenciario que trae á la tierra las despachos y voluntades del Cielo. Un ministro tan autorizado y distinguido, empuñado en cumplir arduamente el encargo de su Señor, ¿qué no hará en gracia del sugeto sometido á su cuidado? A todas horas le veréis solícito, proveyendo á nuestras necesidades con empeño vigilante.

Las historias sagradas y celestíacas me presentan una nube de

ejemplares, en que el santo Ángel de la guarda ha manifestado su tierno amor con sus favorecidos, y ha hecho las veces de médico, de abogado, de guía, de mensajero, de correo, de hortelano; ¿qué sé yo? A Tobías, el mozo, lo defiende de la bestia marina que estaba para tragarle; al padre le esclarece los ojos y restituye la vista; á Lot le salva del incendio de Sodoma; á la afligida Agar le provee de un caño de agua viva para el moribundo Ismael; á Elias le protege contra las iras de Acab y de Jezabel y le trae el pan del Cielo para que no fallezca; á Daniel le libra de la raba de los leones; á los niños de Babilonia del ardur de las llamas; á... Pero ¿á qué me causo, y á qué acumulo una erudición, que se encuentra en cada página y en todos los escritos y libros de los santos? Confieso que no todos reciben estos favores sensibles de la mano del ángel, porque no todos los merecen; pero habrá alguno, por más ingrato que sea, que no los recibiera en lo interior de su alma? ¡Ah! hermanos míos, y qué campo tan ameno se ofrece á mi fantasía, y qué materia tan vasta al desahogo de la piedad y de la elocuencia! Santas inspiraciones, tiernos afectos, impulsos devotos, toques del corazón, remordimientos de la conciencia, disgusto del mundo, todo lo bueno que el hombre ama, todo lo malo que el hombre odia, ¿qué otro maestro lo enseña, lo persuade, lo patentiza y lo demuestra sino el santo Ángel custodio, que es el consejero incansable y el avisador oportuno? Yo no lo veo con los ojos del cuerpo, pero lo veo con los ojos del alma; la voz enérgica, que me habla y estimula á la santidad y perfeccion de mi estado, no oído que es de mi ángel, que clama, que solicita mi bien y mi santificación.

¡Oh! si los hombres prestasen oídos á las grandes verdades y celestiales doctrina que se enseña en la escuela del Ángel, ¿cómo sería posible que así se cegasen, se alucinasen y se perdiesen? ¿Cómo sería posible que el vicio los arrastrase, que el mundo los entusiasmase, que la carne los enflaqueciese, que el demonio los dominase? ¿Cómo sería posible que oyendo la voz del Ángel que amonesta, que reprende, que amenaza, que representa el pecado como un monstruo, la soberbia como una hidra de cien cabezas, la venganza como una fiera irritada, la lujuria como un sepulcro hinchido, la envidia como una víbora que despedaza las entrañas, el estado de la culpa como un abismo profundo sin resplendor de luz ni de claridad, cómo sería posible, digo, que el hombre corriese desolado á ser pasto de esas bestias infernales, y por sí mismo buscarse el precipicio, la ruina, la perdición, no abrazara la doctrina saludable del director que le rige? Mientras que Alejandro siguió la voz de Aristóteles, su maestro, no

se vió tiranizado de las pasiones; mientras que Nerón siguió las instrucciones de Séneca, conservó una moderación envidiable; mientras que Trajano siguió los reglamentos de Plinio, no traspasó las leyes de la equidad; pero al punto que Alejandro, Nerón y Trajano se gobernaron por sí mismos, escucharon las voces lisonjeras del amor propio, y sacudieron el yugo de la ajena disciplina, dieron en mil escollos, é hicieron patente al mundo, hasta dónde llega la flaqueza del hombre; si no es sostenida de un poderoso brazo. Nosotros sabemos, que el de nuestro Angel custodio es invencible á todas las fuerzas militas; que no prevalecerán los enemigos del cuerpo ni del alma, mientras estamos protegidos á la sombra de sus alas; que el mundo se hunda, que el cielo se desgaje, que brame el dragon, que tiemble todo el infierno; el Angel custodio sale fiador de nuestro amparo y defensa. Si el mundo nos convida con sus promesas, si la carne nos solicita con sus halagos, si las ocasiones inducen, si los objetos atraen, si el mal ejemplo provoca, si el demonio instiga y tienta; acójámonos á los consejos y á la protección del Angel; el ser nuestra defensa en todos los peligros de nuestra vida y tambien lo será en la hora de nuestra muerte.

En la tutela y curaduría del hombre: por lo que respecta al cuerpo, solo dura el oficio de tutor y curador un tiempo determinado, hasta que pueda gobernarse por sí mismo y disponer de sus acciones. Pero no así en el pupilage y minoría del espíritu; siempre es el hombre pálido, débil, enfermo y desvalido, y siempre necesita de ajena mano que le dirija, y de un mayorotomo fiel que le gobierne. Cuanto más se acerca al sepulcro, más se agrava su flaqueza, y más cuerpo toman los enemigos que le combaten. No quisiera traer á la memoria circunstancias tan lúgubres, momentos tan tristes, hora tan aflicta como lo es la de nuestra muerte; pero ello es indispensable, hemos de morir, y no hay al mismo tiempo mayor freno á nuestros desórdenes y extravíos que la imagen viva de un moribundo. ¡Qué angustias no le rodean por todas partes! ¡Qué temores no le asaltan! ¡Qué congojas no le oprimen! En el cuerpo, violentos paratismos, agudos dolores, síntomas mortales, penosos quejidos, suspiros, ayres y penas; en el alma, remordimientos interiores, recuerdo vano de lo pasado, representación funesta de lo venidero, sobresaltos continuos, sugestiones del demonio, temores de la cuenta, acusaciones de la conciencia, idea clara del pecado, multiplicidad de culpas cometidas, el Criador ofendido, su ira provocada, su paciencia apurada, su sangre pisada, sus beneficios desconocidos, su juicio aludido, su gracia desmerecida é indignado todo un Dios. ¡Qué har-

ror! ¡Quién me librará de este cúmulo de opresiones y de angustias! Acudid, santo Angel de mi guarda, que me cercen por todas partes las olas hinchadas del mar de la tribulación, y las ataduras de los pecados me ahogan y me ahogan sin dejarme respirar. Hermanos míos, yo no puedo disimular los motivos de temor que asaltan á los mortales en aquella hora tremenda; pero tampoco puedo omitir los motivos de consuelo que animan su flaqueza. El alma, en aquellos momentos críticos, es una nave combatida de furiosos huracaues, es verdad; pero lleva consigo un diestro piloto, que la sostiene y no la deja estrellarse; es una plaza que padece un obstinado sitio y se ve amenazada de su último exterminio; pero tiene dentro un defensor agerrido, que inutiliza y arruina las obras avanzadas de sus contrarios. Como quiera que se considere el hombre en aquella hora, ó azotado como una nave, ó sitiado como una plaza, el Angel de su guarda queda responsable de la defensa, y sale fiador de la seguridad de aquel. El mismo demonio, cuyo nombre solo hace temblar á los mortales, se estremece á la presencia del Angel y al ver la espada fulminante de su invencible brazo.

Ya está abierta la palestra, hermanos míos; acerquaos al lecho de un moribundo y vereis los lances de la contienda. El demonio y el Angel combaten brazo á brazo y pecho á pecho. ¡Triste situación del alma en aquella hora, en que partidos contrarios intentan como depozarla y llevarla para sí! el uno para ganarla, el otro para perderla; el uno para hacerla feliz, el otro para hacerla miserable; el uno para depositarla en las manos de Dios, de quien la recibió, el otro para sumergirla en el estriague de fuego en que él vace sepultado. El demonio, enemigo declarado del hombre todo el curso de su vida, en aquellos últimos momentos, echa el resto al favor de su sano, estrecha los ataques, y no deja piedra por mover para la ruina de aquel. El Angel, fiador de la pobre alma y ansioso por su bien, revolota sus cuidados, arrovieta sus desvelos, persuade, insta, solicita, y no pierde un punto de tiempo para su desenganjo. El demonio oprime el corazón con la imagen de la justicia divina; el Angel le dilata con el retrato de la infinita misericordia; siempre pronto á perdonar al pecador reconocido. El demonio invita á total desconfianza y á una horrible desesperacion; el Angel ensancha el pecho, y muestra fáciles los caminos de la salvacion y de la vida eterna. El demonio objeta la muchedumbre de los delitos que no merecen perdón; el Angel opone el precio de la sangre de Cristo, que se derramó por todos. El demonio abate y postra el ánimo; el Angel le levanta y fortifica; pero ¡con qué vigor! ¡con qué unción! ¡con qué

energía! A su sonaca reviven las virtudes, se afianza la fé, brota la esperanza, se arraigan la caridad, la humildad y la paciencia; se calma la agitación; se tranquiliza el espíritu; deja los lazos de la carne; y en compañía de este seguro conductor hace el viaje al país de la inmortalidad.

¡Dichosa el alma á quien el Ángel no desampara hasta el trono de Dios, y en presencia de este supremo Juez aboga por su recomendación! No saldrá espeludada es el tribunal de la justicia la que lleva á su lado un patrono de tanto poder, de tanta misericordia. ¡Qué alegría para el Ángel poder llevar de la mano á su cliente, introducirle en el palacio del Rey, sentarlo á su lado, y gozar á una los frutos de su trabajo! ¡Qué bien pagado se dará de su solicitud, viendo logrado el fin de su honrosa comisión! Las acciones de gracias que dará el alma á este fiel consejero no caben en la expresión de la lengua; as le querrá humillar, abrazarle, postrarse á sus pies y besarlo mil veces; pero ya no estará en estado de dependencia, ya no le mirará como patrono y tutor; le mirará como hermano, como amigo y compañero, sentado á la misma mesa, con los mismos honores, con la misma corona, con la misma gloria y felicidad esencial.

¡Oh! hermanos míos, que seamos del número de los felices á quienes el Ángel custodio conduzca á la posesión y fruición del suyo bien! ¡Oh! que siguiendo las inspiraciones de este sábio maestro no declinemos á la izquierda del Cielo! Mas ¡ay de mí que temo y con fundamento, que ha de haber muchos sorridos á las inspiraciones del Ángel, rebeldes á sus consejos, ciegos al resplandor de su luz, y que seguramente, contristarán y llenarán de aflicción el ánimo de este singular bienhechor. Si este espíritu glorificado fuese capaz de sentimiento, ¡cuál sería su dolor y su pena al ver, que por más que trabaje suda en vano, y por más que golpee dá en dura piedra! Dame cuenta, dirá el Señor al Ángel, dame cuenta de tu comisión y de tu encargo; ¡Ah! Señor, Vos sabéis mi solicitud y vigilancia. Yo no pude hacer más de lo que hice: la fealdad del pecado, sus funestas consecuencias, la brevedad de la vida, la eternidad del Infierno, todo se lo pintó con los más vivos colores; pero, un corazón endurecido, un espíritu duro, una voluntad estragada, unas potencias perdidas, un interés que le cegaba, una ambición que le enloquecía, una concupiscencia que le lamentaba, y unas pasiones que le embrutecían, no dieron lugar al desengaño; y si se ha perdido, en su dureza ha estado toda la culpa. ¡Tristes de nosotros, carísimos hermanos míos, si algun día oyéramos estas amargas quejas, estas justificadas reconvenciones de boca del Ángel! No permita el

Cielo que desmerezcamos el valimiento de nuestro amantísimo protector. En todas partes nos habla; oigamos su dulce voz; en todas partes nos mira; temamos su severa presencia; en todas partes nos guarda y nos protege; démosle gracias por su beneficencia; y estemos seguros, que este espíritu poderoso, será nuestro defensor en todos los eventos de nuestra vida, si sabemos obligarle; ó igualmente lo será cuando más lo necesitamos, que es en el lance supremo de nuestra muerte; entonces consolará nuestros trabajos, aliviará nuestras penas, esforzará nuestra flaqueza, aumentará nuestra esperanza, nos alcanzará la gracia; y nos introducirá en el reino de la gloria. Así sea.

UNIVERSIDAD

UNI

JUANIL
 OMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

PANEGÍRICO
DE SAN ANSELMO, OBISPO Y DOCTOR.



Et que dedit quondam... pastores et doctores, ad concommunionem sancionum in quibus insisteret.

Para la santificación de los fieles, Dios ha constituido á algunos... pastores y doctores para obrar en el ministerio divino.

(Ecc. 1, 4.)

Quando me pongo á considerar la historia de la Iglesia, las épocas tan difíciles y escabrosas que ha tenido que ir atravesando; las pruebas por las cuales Dios ha querido que pase, y la asistencia continua del Espíritu Santo, que jamás la ha abandonado, ni abandonará; mi vivo y penetrante sentimiento de agradecimiento y de admiración para con Dios se apodera de mi corazón, y prostornado ante su augusto trono, exclamo con el Rey profeta: «Bendito sea Dios, porque no ha permitido que mis ruegos se aparten de mí, ni que su misericordia me falte.» Y esta exclamación, que mi corazón profiere, es propia de todo hijo de nuestra santa madre la Iglesia, puesto que sus consuelos son nuestro consuelo, sus pozos, nuestros pozos. Así como nosotros sufrimos cuando ella sufre, y pecamos cuando ella peca, propio es de todos nosotros, de todo hijo fiel y amante de nuestra santa madre, el regocijarnos en el Señor, cuando hallándose la Iglesia en sus mayores apuros le envía socorros que la consuelen.

Conocida debe seros, amados oyentes míos, la edad llamada Media; época de transición entre la barbaria, que asoló el imperio romano, y la civilización ó renacimiento de la cultura. Las costumbres en aquel tiempo eran feroces; la instrucción nula en el pueblo; todo se hallaba trastornado; la sociedad humana semejava á un inmenso campo de escombros; la unidad política habia desaparecido; ese imponente y profundo entusiasmo por Roma, la ciudad imperial del

universo, quedó sepultado bajo las ruinas del imperio. No existía, pues, la unidad política, y cada provincia del antiguo imperio romano se esforzaba en reconstituirse y hacerse un reino independiente. Es fácil hacerse cargo del choque continuo de intereses, que se rozaban demasiado para no lastimarse; y los pueblos estaban sobrado indómitos, para no resentirse de las heridas que recibían. De ahí aquellas guerras civiles de pueblo á pueblo, de ciudad á ciudad, de reino á reino, de soberano á soberano; guerras mortíferas, crueles, bárbaras, atroces, desoladoras; guerras que nunca se acababan, que renacían incesantemente, y que vemos prolongadas por espacio de cuatro, seis y más siglos.

Esta época de transición comprende desde el siglo V hasta el XIV inclusive, diez siglos de agonía social, durante los cuales una sola cosa vivía: *la fe católica, apostólica, romana.* Y éste ha sido el germen que la divina Providencia había sembrado, plantado y arraigado hondamente en los senos de la humanidad, para salvar la sociedad entera, y, en especial, la sociedad europea. Bigámoslo con noble orgullo, con ambición gloriosa; sin la santa Iglesia católica, apostólica romana, la Europa sería hoy un país más bárbaro que los más bárbaros del Africa.

Hacia el medio de esta época de transición social floreció nuestro ilustre Anselmo, gloria del Piemonte, honor de la Inglaterra y ornamento de la Iglesia universal; héroe noble por su nacimiento, cultísimo por su educación y profunda erudición, grande en ingenio, magnánimo de corazón, varón fuerte, ministro fiel, vasallo humilde, sacerdote celoso; austero en sus costumbres, tierno y dulce en su trato, ferventísimo en la piedad, devotísimo de María, y exactísimo en el cumplimiento de sus cargos. Tal es el digno objeto de nuestra veneración y culto en este día. El glorioso S. Anselmo consoló á la entonces afligida Iglesia, por sus virtudes heroicas, por su constancia en sostener sus derechos y por su profundo saber. Motivos por los cuales nuestra santa madre la Iglesia, no solo le ha colocado en el número de sus santos, sino en el de sus doctores y padres. Ved ahí el objeto de mi discurso. *A. M.*

La Iglesia de nuestro Señor Jesucristo debía pasar por pruebas terribles, y, por lo tanto, debía recibir proporcionados consuelos; y esto es lo que ha sacudido perennemente, y sin que jamás haya habido lugar á excepción sobre este punto. Herodes, quiere perseguir al divino infante, y para no errar el golpe, hace degollar multitud de niños apenas nacidos á la vida? Una nube de angelitos sube de

Belén hacia el Cielo como primicias de la sangre del Cordero. Los emperadores romanos y los potentados todos, persiguen de muerte á todos los cristianos, sin perdonar edad ni sexo, nobleza ni saber? Millares de mártires riegan el campo fértil de la Iglesia, y dá más que ciento por uno; con la corona del martirio sus almas vuelan al Cielo, con su sangre escriben con caracteres indelebiles la prueba de la divinidad de nuestra religion. Amenazan un Diocleciano, un Maximiano horrar de la tierra el nombre de Cristo, por medio de una persecucion la más bárbara de cuantas han conocido los fastos de la humanidad? Un Constantino el Grande está ya preparado, que consolará sobrecabundantemente á la Iglesia de Jesús. ¿Armó la divina justicia el brazo de un Atila, ó hizo despreciables de las inmensas cordilleras del Himalaya y del Cáucaso, aquel enjambre de bárbaros, cuya miseria parecia ser el castigo la osadía de los herejes, la corrupcion del imperio romano? La divina misericordia tenía ya preparado de antemano un S. Leon el Grande, que debía detener y hacer volver atrás á ese torrente devastador, cuyas ondas avanzaban ruidosamente, más bien para fecundar que para destruir. La ignorancia, la barbarie, la anarquía social debían invadir las hermosas provincias del imperio romano? Una generacion de hombres ilustres por su santidad, por su saber, y por su ascendiente social, estaba ya preparada en los designios de la divina misericordia. Y vednos ya, católicos, colocados en el terreno y en la época que fueron teatro de las virtudes heroicas, de la constancia y de la sabiduría de nuestro glorioso S. Anselmo. Nada nos probará tan eficazmente lo que fue nuestro Santo, lo árduo y difícil de aquella época, como la narracion sencilla de los principales hechos y circunstancias de su vida.

Anselmo nació en Aoste de Piamonte, hacia el año de 1033. Hijo docto de una madre piadosa á quien tíernamente amaba, escuchaba con el mayor interés cuanto ésta le enseñaba tocante á la religion y á la piedad cristiana. Púsose á estudiar desde muy joven, haciendo adelantos prodigiosos. A los quince años de edad pensó seriamente en el estado de vida que debía abrazar, y conociendo los peligros del mundo, se decidió por el estado religioso. Dirigióse para ello á un abad, quien por temor á su padre no se atrevió á admitirlo en su convento, pasandose así algunos años de sucesos diversos, ántes que nuestro jóven Anselmo pudiese realizar su proyecto. La muerte de su padre le hizo pensar de nuevo en el estado de vida que debía emprender; y aconsejado por el santo arzobispo Maurillo, se resolvió á tomar el hábito religioso en el convento de Bec, en la Normandia, dedicándose al cultivo de la virtud y al estudio de la religion. Pasá-

dos tres años del ingreso de Anselmo en la religion, durante los cuales tuvo por maestro al célebre Lanfranco, abad del monasterio, fué nombrado Anselmo prior del convento de Bec. El jóven prior tuvo mucho que sufrir; pero con la prudencia, dulzura y paciencia se adquirió el amor de todos, ó hizo ver que estas virtudes eran muy superiores á su edad, y que Dios le tenía destinado para cosas mayores.

El grande cuidado que Anselmo ponía en el gobierno de su convento no le emborrazaba el estudio á que se dedicaba. Se aplicó mucho á la inteligencia de las sagradas Escrituras, haciendo un estudio formal de ellas y de los santos Padres que las interpretan, para poder defender las verdades de la religion cristiana y contestar á los argumentos de sus impugnadores. Escribió varias obras, que le merecieron grande reputacion de sabio, y que se le consultase como á una autoridad doctrinal sobre puntos teológicos.

En el año de 1078, en que murió Herlino, abad entonces del monasterio de Bec, Anselmo fué electo para este cargo. Esta dignidad, junto con su mucho saber y virtud, hacía que visitaran, aún de partes muy remotas, una muchedumbre, que se glorian de ser discípulos suyos. Como la abadía de Bec poseía algunos terrenos en Inglaterra, solía Anselmo visitarlos con tanto placer, cuanto que se le proporcionaba pasar algunas temporadas en compañía de su antiguo maestro, abad y amigo, el venerable Lanfranco, arzobispo de Cantorbery. En sus excursiones y viajes por Inglaterra, nuestro Santo no solo cuidaba de los negocios de su abadía, y de las necesidades espirituales de los distritos que le estaban anejos, sino que predicaba y exhortaba á la penitencia á los habitantes de Inglaterra. Atrájose de este modo el amor, respeto y veneracion de todos ellos, así como de su rey Guillermo el Conquistador.

En el año 1092 murió Lanfranco, arzobispo de Cantorbery; y después de varias vicisitudes y dificultades, el rey Guillermo II, hijo del Conquistador, nombró á Anselmo para aquel arzobispado. El Santo se resistió á este nombramiento, y estaba muy resuelto á no aceptar lo uno, por su profunda humildad y amor al retiro del claustro; y lo otro, porque previa las buerascas que le esperaban, atendidas las desgraciasimas circunstancias de los tiempos. Pero la nobleza del país, el clero y el pueblo todo, le hicieron tantas y tan vivas instancias, que creyó ser la voluntad de Dios que aceptara la eleccion que se había hecho de él; y tomó, en fin, posesion de esta grande dignidad y prelatura, que no solo le hacia primado de la Inglaterra, Irlanda y Escocia, sino que le investia de uno de los más

principales y ricos señores del reino. No consintió, sin embargo, en recibir esta dignidad, sino después de habérsele dado palabra de reintegrar á su nueva Iglesia primacial en todas sus rentas y bienes de que se la había despojado, después de la muerte del siervo de Dios el venerable Lanfranco, y de permitir la celebración de un concilio nacional, de que necesitaba mucho la disciplina eclesiástica.

Aquí principiaron las persecuciones contra Anselmo, y este fué el campo de batalla de toda su vida. El poder temporal quería absorber, ó al menos avasallar al poder espiritual: ciertos príncipes querían gobernar la Iglesia del mismo modo y con el mismo derecho que sus Estados. Como los prebostados, al mismo tiempo que ejercían su ministerio, ó dignidad eclesiástica, eran también vasallos de los príncipes, éstos se arrogaban una autoridad omnipotente sobre aquéllos, pretendiendo que lo eclesiástico no era sino accesorio de lo civil, y que estando sujeta al príncipe la persona civil del prelado, lo debía también estar la eclesiástica. Como veis, este error no es de ayer, data de muchos siglos. Por otra parte, los obispos y prebostados eclesiásticos, así como las corporaciones eclesiásticas, poseían inmensos fondos, señoríos y propiedades. Los obispos eran, realmente, y al mismo tiempo, prebostados y magnates del Estado. Los magnates ó señores debían prestar juramento de homenaje al rey ó soberano temporal, en cuyo reino estaba situado su señorío, condado ó dominio. De ahí la pretension de los gobiernos temporales en la Edad media, de suponerse los *coladores* ordinarios de la dignidad, obispado, prebostada, prebostada eclesiástica, puesto que confían, en virtud de su autoridad, el señorío, condado, dominio temporal. Ved ahí, amados oyentes míos, un bosquejo de la tan célebre cuanto funesta cuestion de la investidura.

Y digo funesta, por las desastrosas consecuencias que ha tenido esta lucha de la Edad media. Y en efecto; si los príncipes temporales tuvieran el derecho de conferir todas las prebostadas eclesiásticas, todos los obispados, y aún hasta el Pontificado supremo, la independencia de la Iglesia desaparecería; los obispos no serían sino unos meros oficiales asalariados por el soberano, unos empleados dependientes de su voluntad. Se pretendía, pues, atacar una de las principales prerrogativas de la Iglesia, hacerla vasalla; de sociedad celestial, se quería convertirla en sociedad terrena. Aún no era esto todo ni lo peor; aquellos de los príncipes temporales, que se declararon contra la Iglesia, no se contentaron con querer arrogarse el nombramiento y colacion de las prebostadas eclesiásticas, se levantaban además con un dominio absoluto sobre los bienes de la Iglesia; y

de ahí sus conatos en despojarla de ellos, de apropiarse sus rentas y de administrarlos por sí mismos.

Guillermo II rey de Inglaterra quería apoderarse por vías ilegales de todos los bienes de la Iglesia en Inglaterra. Apenas nombro á nuestro Santo arzobispo de Cantorbéry, cuando le infinito su voluntad de, no solo rendirle homenaje como vasallo, sino de reconocer en él el derecho de investidura. Pidióle además sumas considerables, no como *don* gratuito, sino como un derecho de justicia y de dominio sobre los cuantiosos bienes de que disponía el señorío afecto á la dignidad de arzobispo de Cantorbéry. Nuestro Santo prestó de muy buen corazón su juramento de homenaje como vasallo, y dió como por vía de donativo, enteramente voluntario y gratuito, quinientas libras, suma considerable para aquellos tiempos; y este donativo lo hacía en atención á la penuria del real erario. Pero se resistió abiertamente á reconocer en el rey Guillermo los derechos de investidura pontifical, y el dominio que él se arrogaba respecto de los bienes de la Iglesia. Apoyó su resistencia en sábias y sentidas razones sacadas de las sagradas Escrituras, de los Cánones, de los Concilios, de las Decretales de los sumos Pontífices, de los santos Padres, y, sobre todo, de la tradición eclesiástica.

Una vez dado un paso en falso, é interesado el amor propio en él, difícil es volver atrás. Muy al contrario, un abismo conduce á otro abismo; y el hombre, una vez deshojado, vá de precipicio en precipicio. Así sucedió con el rey Guillermo. Muy lejos de rendirse á las justas, humildes y sólidas razones de nuestro Santo, creyó ver en éste un enemigo peligroso, y solo meditaba ya como perseguirle y deshacerse de él á toda costa. El Santo, queriendo proveer de remedio á los males de la Iglesia en Inglaterra, apenas tomó posesion de su alta dignidad, trató de celebrar un concilio nacional, de todos los obispos de Inglaterra, Irlanda y Escocia. Pero el rey Guillermo, faltando á la palabra que tenia empeñada de permitir y aún promover la celebracion de estas santas asambleas, no sólo se resistió á la reunión del sínodo nacional, sino que tomó de aquí pretexto para perseguir á Anselmo y á los demás prebostados, que él calumniaba de conjurados contra el poder real. Grandes fueron los disgustos ocasionados por los ministros del rey Guillermo á nuestro Santo. Y para más afligirle, atormentaban é inquietaban de mil maneras, y con mil estratagemas diabólicas, á todo el vastísimo y florecientísimo arzobispado de Cantorbéry. Nuestro Santo insistió porque se le admitiese la dimision de su dignidad; mas el santísimo papa Urbano II no quiso admitírsela. Pero, viendo el Santo cuánto sufría su vasti-

sima diócesis por causa suya, después de haber agotado todos los medios de suavidad, reconciliación y persuasión para con el rey Guillermo, cada día más extravíaado y tenaz, previa consulta y autorización del Papa, se ausentó de Cantorbéry y se retiró á las Galias.

Allí, en su retiro, escribió muchos y sabios tratados en defensa de la jurisdicción de la Iglesia; concluyó varias obras que solo tiene como en bosquejo; emprendió y terminó otras sobre puntos interesantísimos de la sagrada Escritura, teología y disciplina eclesiástica. Todo lo escribió con fino, con una claridad, con una erudición tan vasta y un lenguaje tan puro, que no se dudó, ni aun desde un principio, que el Espíritu-Santo guiaba su pluma. Su fama y nombradía creció con sus persecuciones; y los escritos que se consideraban justísimamente como partos de un ingenio sublime, de un alma eminente y santa, y de un corazón firme y piadoso, le adquirieron muy en breve el título y la gloria de doctor de la Iglesia. Los santos, los obispos, los prelados, los cardenales, los reyes y príncipes católicos, y aún hasta la Santa Sede, le consultaban sobre toda materia importante; y cuán inexcrutables son los planes de la divina Providencia! El mismo era su dada la prescncia de Anselmo en su diócesis de Cantorbéry; pero, humanamente hablando, no hubiera podido aplicarse tan estímulamente á la literatura sagrada y eclesiástica como le valia el haberlo en su retiro.

El papa Urbano II, como padre universal de todos los fieles, quiso dirimir las controversias entre los doctores de la Iglesia latina y los Padres de la Iglesia griega, tocante al misterio de la santísima Trinidad, y convocó en Bari un concilio numeroso de Padres de ambas Iglesias, llamando á nuestro Anselmo para que ilustrase con su profundo saber los puntos que se iban á tocar. En efecto, en la cuestión que se propuso en aquel concilio, sobre si el Espíritu-Santo procede solo del Padre, ó si también procede del Hijo, pronunció Anselmo un discurso tan lleno de fuego y de ciencia, que dejó convencidos á todos cuantos lo oyeron, de que la procesion del Espíritu-Santo, no solo viene del Padre, sino también del Hijo; quedando decidido este punto de fe en aquel concilio entre griegos y latinos. Se trató también en este concilio, sobre la usurpacion que Guillermo hacia de la jurisdicción espiritual y de los bienes eclesiásticos de Inglaterra; y ya iba el Papa á fulminar el anatema contra aquel monarca, cuando se arrojó St. Anselmo en medio del concilio, y suplicó encarecidamente al Papa suspendiese por algun tiempo aquella censura, esperando poder convertir todavía al rey Guillermo.

Concluido este concilio, fué St. Anselmo á Roma, porque el papa

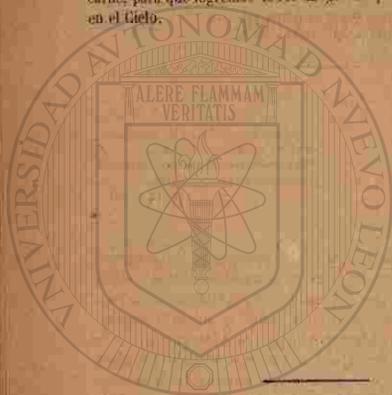
Urbano no pudo decidirse á desponderse de él; y así fué que lo guardó en su compañía durante mucho tiempo, asistiendo á varios concilios que se celebraron; hasta que en el año 1099 pudo conseguir se le permitiese regresar á su retiro; y compuso en esta época el famoso libro sobre la *Concepcion de María y el pecado original*, en donde declara inmune y concluida sin mancha alguna, ni aún la original, á nuestra santísima Madre la Virgen, siendo así uno de los más ilustres, ó sin duda el más ilustre campeón de la defensa de este gran misterio de María. Por fin, después de muchas y varias vicisitudes, en que se dejó ver más y más la constancia y santidad de nuestro Santo, fué restituido á su silla de Cantorbéry en el año de 1107, con gran aplauso y gozo de todos.

Dos años solamente sobrevivió nuestro Santo á tan fausto y satisfactorio acontecimiento. Su salud estaba quebrantada por unas calenturas intermitentes que le debilitaron y consumieron, hasta que lleno de méritos y de servicios prestados á la Iglesia universal, á su rebaño y diócesis en particular, y á su patria, murió sobre un lecho de cilicios y ceniza en Cantorbéry, el 21 de abril del año de 1109, miércoles santo en aquel año, á los setenta y seis años de su vida y diez y seis de su promocion al primado de Cantorbéry.

Bendíganos amados míos en el Señor, una y mil veces, ahora y para siempre, á Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, porque consoló á su Iglesia afligida por la barbarie y la ignorancia de muchos de sus hijos con darle un Anselmo; que con sus luces disipase la ignorancia y defendiera, aún á costo de todo lo que más podía amar en este mundo, sus derechos y divinas prerrogativas. Católicos, cuando la Iglesia nuestra madre propone á nuestra veneracion el culto de un Santo, dos son sus maternales intentos: quiere, primeramente, que implorémos en nuestras necesidades el patrocinio de este Santo; en segundo lugar, quiere que nosotros imitemos sus virtudes y sigamos sus huellas. Pues bien, católicos; en los escritos del grande Anselmo se ve pintada su noble alma, su amante corazón; se ve escrita una doctrina celestial divina; pidámos fervientemente al Señor, que en nosotros un corazón como el de Anselmo, que reforme nuestra alma para perfeccionarla al igual de la de Anselmo, y que haga dócil nuestro entendimiento, para conocer y seguir la doctrina de este grande é ilustre doctor de la Iglesia.

Y vos, angusto Santo, que á un tiempo fuistis espejo de santidad y lumbrera de los fieles, alcanzados del trono de las misericordias el don de practicar las virtudes que tan santo os hicieron, el don de entendimiento para conocer las verdades que nos enseñastis, y la

dorilidad para conformar nuestra conducta á tan sanas lecciones. Muro de bronce fuisteis para defender los sagrados intereses del Dios de Israel, de la santa esposa de Jesús: alcanzadnos del mismo Señor fortaleza para defender la virtud contra los ataques del vicio, y nuestra alma contra los asaltos del mundo, del demonio y de la carne, para que logremos todos la gloria que nos está preparada en el Cielo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

PANEGÍRICO DE SAN ANTOLIN.

*Qui oñi animam suam in hoc mundo,
in vitam æternam custodit: eum.
El que aborrece su alma en este mundo,
la conserva para la vida eterna.
(JOH. 12. v. 25.)*

Yo no sé, ciertamente, porque son tan ponderados los progresos de la razón, y cuáles sean las luces tan decantadas de nuestro siglo. No negaré, antes estoy bien convencido, de que estamos al alcance de fenómenos que ni aún llegaron á sospechar nuestros abuelos; mas no sé que por ello adelantemos un paso en el conocimiento de la verdad, ántes descubro un engaño cada vez más decidido en establecer el imperio del error y de la mentira; veo cambiadas las ideas de las cosas: veo á ciertos hombres de talento, obstinados en persuadir á los demás, que aseguran su felicidad por el camino que ha conducido á la miseria á cuantos le han seguido, y que son infelices los que se declaran por el partido de la virtud, cuando sin ella es imposible la bienaventuranza. Oigo á la verdad guerra, que cuantos tratan de dar una completa satisfacción á sus pasiones, desconociendo el imperio de la ley, experimentan, á lo más por un momento, las falaces delicias de un sueño lisonjero; pero que al punto despiertan, y se hallan vacíos de todo bien; y tienen, para siempre de amargura, de tristeza, de dolor: y veo, que los que tienen la fortaleza necesaria para resistir á los perversos deseos de su corazón, son los únicos que llegan á disfrutar la felicidad verdadera; que por un momento de tristeza aparente consiguen el efectivo título de una eternidad; y que esforzándose en llevar con firmeza las privaciones y trabajos de la vida, y arrostrar, si es necesario, el rigor de una muerte cruel, se aseguran una existencia inmortal y gloriosa.

Por esta razón sería de desear, que imitando la conducta del santo mártir, cuya memoria celebramos, adquiriésemos esta prudente fortaleza con la que, y con el sacrificio de nuestra comodidad, y aun de nuestra vida, resistiéramos vigorosamente al enemigo, para huicemos acreedores á la corona de este santo. Al presentaros en el ilustre mártir S. Antolín el más perfecto modelo de esa virtud cristiana, que nos hace despreciar los mayores peligros, cuando se trata de la gloria de nuestro Dios: espera del Señor: que le infundió el don de aquella heroica y prudente fortaleza con que arrojó la pobreza, la ignominia, la mortificación y la muerte, se dignará concederme á mí el de sabiduría, que me es absolutamente necesario para persuadirlos. Pidámosle humildemente esta gracia por la intercesion de la Reina soberana de los Angeles, A. M.

¡Ay de aquellos, que trastornando únicamente las ideas de las cosas y cambiando sus nombres, llaman malo á lo que es positivamente bueno, y atribuyen la bondad á lo que en realidad es malo! Tal ha sido y será siempre el espíritu del mundo; y solo así ha podido formar tantos prosélitos para el vicio, y tantos apologistas de la mentira, haciéndoles increíble la verdad y odiosa la virtud. Uno de los errores más funestos que al intento la difundido en la sociedad, ha sido el engrandecer con el nombre de fortaleza, y aun de heroísmo, á la vil cobardía, llamando, por el contrario, debilidad á la fortaleza más heroica. No es valor, es sí una indigna flaqueza, el entregarse á la muerte por no soportar las incomodidades de la vida; el verdadero valor se manifiesta en la constante resignacion con que se sufre todo género de males, sin excluir la muerte, por no consentir en una vilceza que necesariamente habia de degradarle. Esta fue siempre la conducta de Antolín, según las escasas noticias que de su vida nos conserva la tradicion; de cuyos hechos no juzgo prudente hacer una relacion individual, así por su oscuridad, como por haberse repetido, y con más acierto que yo pudiera hacerlo. Innumerales voces desde esta cátedra en este mismo día. No podemos asegurar el año, ni aun el siglo, el pueblo ni casi la nacion en que tuvo principio su vida; pero ya no tengo inconveniente en asegurar, que sus virtudes fueron sublimes; que Antolín fué un héroe esclarecido del Evangelio, puesto que la noticia de su heroísmo se atrae la admiracion; el amor universal. No sabemos á punto fijo el lugar de su nacimiento; pero la mayor parte de las naciones cristianas se disputan á porfia la gloria de haberlo dado al ser. La Asiria, la Francia, la España: todas se atribuyen este honor: competencia que demues-

tra con claridad el relevante mérito de Antolín. No acontece así con aquellos hombres, que han oscurecido con sus vicios la gloria que pudieran adquirir por medio de algunos rasgos imperfectos de valor y de virtud. Al oír la infamia que lleva consigo su nombre, nadie quiere alzar su reputacion con tan horrorosa mancha; y el pueblo, que no puede borrar el monstruo del catálogo de sus hijos, se rictoriza oyendo su nombre, y hace los mayores esfuerzos por sepultar en el olvido la desgracia de haberle dado la vida. Bien sé, que un mismo suelo produce la planta más amarga y la fruta más regalada, el alimento más salubre y el veneno más activo; sé, igualmente, que no es motivo para que se avergüence de haber producido los hombres más criminales, el pueblo que manifiesta en sus obras, que detesta sinceramente sus crímenes; y que, por el contrario, debe llenarse de confusion el que, gloriándose de haber producido los héroes, no procura imitar las virtudes con que merecieron aquellos este nombre: nada de esto se me oculta; pero, sin profesarle á censurar esta piadosa incompetencia, con que en una absoluta incertidumbre del origen verdadero de los héroes, aspira cada provincia, fundada en levísimas conjeturas, á la gloria de ser su madre: ¿qué es, pregunto, lo que tanto admiraron en Antolín esas naciones; que así encendieron su corazon el deseo de tenerlo por hijo? ¿El ser descendiente de reyes? pero no disputan con tanto ardor acerca del origen de sus progenitores y verdugos, ¿El haber acrecentado su poder, acrebatando contra todas las leyes de la justicia la vida á millares de hombres por añadir á su imperio algun nuevo pueblo? más, ¿cómo atropellar los derechos fundados en la justicia, el que todo lo mira con indiferencia, el que todo lo desprecia, el que todo lo renuncia por no faltar á su deber?

No me admira que Roma tuviera sus héroes, haciendo palpable á todos los excesivos honores y recompensas con que subia remunerar el heroísmo. Los premios que ofrece á los suyos la religion divina son del todo invisibles en este mundo; y, sin embargo, en una edad en que apenas el hombre se diferencia del bruto; cuando incapaz de una madura reflexion, nada le mueve sino lo presente, nada le deleita sino lo sensible; constituido Antolín, no ya en una triste horfandad, sino bajo el yugo cruel de un tutor desapiadado, enemigo declarado de su religion, no era creíble que resistiese, en tan tierna edad, á la seduccion, á los halagos, á las amenazas; pero la Providencia, que habia depositado en aquella grande alma la fecunda semilla de la virtud, quiso hacer público, que á ella pertenece darle incremento; y en unas circunstancias en que la naturaleza es dé-

bil por sí misma, débil la razón, y natural la flaqueza. Antolín dá pruebas de una rara y extraordinaria fortaleza. Conociendo que debe obedecer á su Criador antes que á las criaturas, resuelve con la mayor firmeza no faltar á una sola de sus obligaciones para con aquél, aunque se conjurasen contra sí el furor de aquellas. El miedo de perder las comodidades, los regalos, los honores, la opulencia, la felicidad temporal, que pudiera prometerse en el real palacio; el peligro de verse abandonado, desistido de todo género de auxilios; perseguido, atormentado; nada le detiene, nada le acobarda: despreciándolo todo, busca el mismo todas estas incomodidades; y como la roca elevada en medio del mar, permanece inalterable, en tanto que pasa la borrasca; así la heroica firmeza de Antolín supera la terrible resistencia que se le opone, y aún se acrecienta cuanto más furiosos son los embates. Abandona con gusto cuanto pudiera honrarle en el palacio de Teodorio, y huye á un áspero desierto, por no manchar su alma con el infame crimen de la irreligion á que le incitaba cuanto veía cerca de sí.

Recordemos, señores, nuestros días pasados: examinemos nuestro corazón al presente. ¿Se necesitan tentaciones tan violentas para rendirnos? ¡Ay! ¿por dónde se ha introducido en España el fuego de la incredulidad, sino por la suma debilidad con que la juventud, la adolescencia, y aún la ancianidad, se rinden al menor impulso, ceden á la más leve tentación, y en lugar de resistir al enemigo, se ofrecen voluntariamente á su servicio? Los que hacen alarde de su piedad, los que lamentan los peligros y derraman tan copioso llanto por la debilidad que está la fe; ¿resistirían á unas pruebas semejantes á aquellas con que experimentó el Señor la constancia de nuestro niño? ¡Ay! que al través de sus lágrimas, oraciones y devoción, se descubren, por desgracia, la vanidad, el desorden, el lujo, la ira y otros vicios. ¿Qué sería, pues, de nosotros, si para conservar esta divina religion que tan justamente profesamos, se nos obligara á mortificar todos nuestros deseos, privarnos de todas las comodidades que ofrece el mundo, y someternos á las mayores molestias y privaciones? Porque no creáis que Antolín se dá por satisfecho con privarse de la compañía de sus tutores, y de la felicidad temporal que debiera disfrutar en su casa: si en la niñez tuvo el valor de renunciar á tantas delicias, ¿qué no hará cuando robustecida la razón, pesa con una prudencia reflexiva sus verdaderos intereses? Si acostumbrado á una vida tan cómoda se desprende de todo con tal generosidad, ¿qué no hará despues de veinte y dos años empleados en las mortificaciones y austeridades del yermo? Si rí-

deado de infieles empeñados en pervertirle, manifiesta un ánimo tan esforzado, ¿qué no hará despues de haber oído por tanto tiempo los documentos de unos sábios acostumbrados á conversar siempre con el Señor en la soledad, y despues de haber ejercitado él con tanto celo el ministerio de la palabra, tan árduo en aquella época?

Animado con el éxito feliz de las tentativas que hizo, exponiendo su vida á cada paso por anunciar el Evangelio á los infieles, en medio del furor de las persecuciones, acomete con intrepidez los mayores peligros; vuelve á su patria, predica en su propia casa la religion de Jesucristo, hasta que logra en parte lo que tanto anhelaba. Su celo le condujo á una oscura prison; le cargó de cadenas; le expuso á los rigores del hambre y de la miseria... Cuando en esta disposicion le veo en presenciá de su abuelo y del sucesor en el reino, se me figura ver un Bautista, desplegando una constancia inimitable en presencia de Herodes; un Pedro, animado de la más heroica fortaleza en medio de Jerusalem; uno de los principales héroes de la religion, revestido de aquel valor que desplegaban cuando eran presentados en los tribunales de la iniquidad. Yo le veo impávido reprender el crimen, sin reparar en que los criminales tienen una autoridad suprema sobre su vida; y defender con teson en su presencia los derechos del Señor contra las escandalosas violencias de los hombres. Yo le veo revestido de la más enviable serenidad en un oscuro calabozo, privado de todo alimento; y oprimido con el peso insupportable de las cadenas. Yo le veo caminar á la muerte lleno de intrepidez, recibir el fiero golpe sin la más leve turbación, y aprovechar los últimos instantes para desengañar á los infieles, y dar en rostro á los tiranos con la desatinada monstruosidad de tributar honores divinos á los troncos, á las piedras y á los metales. ¡Providencia adorable! ¿ya te dignaste realizar los vivos deseos que, desde sus primeros años, habia manifestado este justo, de rubricar con su sangre el testimonio de su fe: de defender, aún á costa de su vida, la causa de su Dios.

¿Qué enseñanza tan instructiva en estos días desgraciados! la persecucion es más terrible, por lo mismo que es más disimulada. Nuestros firmos no se contentan con perseguir á Jesucristo; quieren horrar del corazón del hombre la idea de religion y divinidad. Todos, todos los cimientos del edificio religioso se niñan sorda, pero incessantemente; y aguardaremos á levantar la voz cuando veamos estallar la mina, y convertirse en escombros el edificio? ¿Nos contentaremos con lamentar en nuestro retiro la pérdida de nuestras comodidades, sin arriesgar nada por salir á la defensa de nuestra religion adorable? Porque erode hasta lo sumo el número y encarni-

zamiento de sus enemigos, cesará en nosotros la obligación de vindicar sus derechos? Porque el error y la impiedad extiendan prodigiosamente su diabólico imperio, ¿dejará de ser para los cristianos un deber indispensable desengañar á los seducidos, precaver el engaño en los incautos, fortalecer á los débiles, y exhortar á los creyentes á conservar en toda su pureza la fe y la religión hasta el último suspiro, y á costa de todos los sacrificios?

En ningún tiempo ha tenido el pueblo fiel mayor necesidad de nuestras instrucciones, necesidad de venerable clero. En los días de S. Antolin era manifiesta la persecucion del cristianismo: en los nuestros es astutamente disimulada; entónces eran tan raros los cristianos como son ahora frecuentes las victorias de la impiedad; entónces se procuraba persuadir á los hombres, y tal vez de buena fé, que Jesucristo no era Dios, y que no habia otro verdadero sino el que adoraban los ídolos; ahora, con la más depravada intencion, y contra el testimonio de la conciencia, se pretende persuadir á los cristianos, que el hombre obra como el bruto por necesidad, y que no vive más que para satisfacer sus pasiones; nuestro Santo exponia su honor para con el mundo, su comodidad, su subsistencia, y aún su vida; nosotros nada exponemos, ó por decirlo mejor, lo exponemos todo con nuestro criminal silencio.

Mas, aunque así no fuera, aunque nos halláramos en tan críticas circunstancias como san Antolin, ¿seriamos inieles por eso á nuestro deber? ¿Prefeririamos nuestra conservacion á la honra y gloria de nuestro Dios? ¿Temeriamos á la débil criatura más que al Criador omnipotente? ¿O dudamos ya tambien nosotros del cumplimiento de las divinas promesas? ¡Ea! sacrificémoslo todo, muramos si es necesario; pero muramos sin envilecernos, muramos con valor en defensa de nuestra divina ley, seguros de que el Señor retribuirá superabundantemente los servicios que se le hacen, y vuelve ciento por uno de todos los bienes que se renuncian por su amor. Si Antolin se ve despreciado de un principe de la tierra, es engrandecido al momento por el emperador soberano de los Cielos; si es deshonrado de aquél, y arrojado de su presencia, es elevado por éste á la cumbre del honor, adornado con el don prodigioso de los milagros, favorecido con la presencia de los ángeles que le asisten como á Pedro, y con los más extraordinarios favores de la Providencia. Si se priva del regalo y de la opulencia, es embriagado en un mar de delicias en el ayuno, en la austeridad del desierto, y en los rigores de la mortificación; si muere, por un momento, á vista de los hombres, es trasladado á la vida verdadera en compañía de los ángeles; si su-

fre una muerte ignominiosa á juicio de los impíos, se adquiere un nombre inmortal en el concepto de los fieles en todo el órbe cristiano. Ni la dilatada série de los siglos, ni el odio encarnizado de los enemigos, ni la dura persecucion que por tanto tiempo ha ejercitado la paciencia de los verdaderos creyentes, nada fué capaz de borrar de la memoria de los hombres el glorioso nombre que adquirió Antolin con su heroica fortaleza. El violento fuego de las persecuciones pudo devorar los escritos en que, para ejemplo de la piadosa posteridad, se quiso perpetuar el recuerdo de sus virtudes; mas nunca consigue destruir la impresion que habian hecho en el corazon de los fieles que las presenciaron ú oyeron. Todas las naciones católicas, que suponen haberle dado la vida, procuran honrarse con la posesion de sus reliquias; se esmeran en solemnizar su culto; y al ofrecer á nuestra consideracion la sublime gloria que se mereció con la cruel ignominia de su muerte, nos dicen á todos, que procuremos imitarle para poder ser un día con él eternamente dichosos en el Cielo, que es deseo.

UNIVERSIDAD
 ANTL
 UNI
 OMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

PANEGÍRICO I

DE SAN ANTONIO ARAD.



*Timentis Dominum non occurrent mela,
sed in tentatione Deus illum conservabit et
liberabit à malis.*

Al que teme à Dios no le sucederá mal
alguno; el Señor le librará de todos y lo
conservará firme en la tentación.

(ECCLES. C. XXXII, V. 1.)

No necesitaba de nosotros el Señor, que con la fuerza omnipotente de su brazo, nos sacó de la nada, nos crió á su imagen y semejanza, y sujetó á nuestro dominio á los peces del mar: á los volátiles del aire, y á todos los animales de la tierra. Su providencia vela incessantemente sobre nosotros; nos cuida y conserva con el amor de un padre, nos defiende de los peligros, nos regala y llena de beneficios; y si rebeldes y olvidados de su bondad, correspondemos con ingraticitudes, su infinita misericordia nos perdona, nos compadece, y nos admite de nuevo á su reconciliación. Despues que un Dios por esencia, despues que un Dios infinitamente poderoso, despues que un Dios sabio, justo, independiente, eterno, tomó carne en el seno de una virgen, se hizo hombre, y habló entre nosotros, precisamente para nuestro bien y para nuestra salud; despues que este mismo Dios se ofreció á sí mismo víctima de propiciación, y derramó su sangre en una cruz para lavar con ella los pecados de los hombres; ¿quién podrá dudar que nos ama, y que tiene sus delicias en estar con los hijos de los hombres?

Peró ¿cómo es que estos mismos hombres son al mismo tiempo tan infelices, tan perseguidos, se ven tan rodeados de peligros, tan acometidos de tentaciones, que en todas partes y en todas las edades los asalta el mundo, el demonio, la carne, que como leones rugientes acechan y buscan día y noche su perdición y su ruina? Aún despues de nuestra degradación y haber quedado vencidos por el pecado del

primer hombre, esta es, cabalmente, hermanos míos, una nueva prueba que nos manifiesta el amor de nuestro Dios. Las tentaciones nos hacen ver la necesidad que tenemos de su gracia, nos dan á conocer nuestra extrema pobreza é insuficiencia, nos enseñan á compadecernos de las caídas de nuestros prójimos: ellas son para el alma lo que el crisol para el oro, son el viento que prueba si está el árbol bien arraigado, son las heladas que hacen arraigar el trigo de la virtud en la tierra del corazón, son los martillos con que labra Dios al alma la corona eterna.

Dios es fiel, hermanos míos, os diré con san Pablo, y no permitiré jamás que seáis tentados más de lo que podeis sufrir. No hay iniquidad en Dios; nosotros pertenecemos á El como cosa propia, y como á cosa propia nos conservará; pongamos en El nuestra esperanza, que El será nuestra esperanza, nuestra ayuda, nuestro refugio, nuestra salud, nuestro consuelo y nuestra fortaleza; no temamos por grandes, por amargas, por repetidas que sean nuestras tentaciones. «Al que teme á Dios, nos asegura el Espíritu santo, no le sucederá mal alguno, y en la tentación le conservará su Dios; y le librará de caer.»

No son estas verdades de nuestra religión unas ideas especulativas ó planes puramente imaginarios é irrealizables. Contemplemos en este rato á ese héroe de fortaleza, á ese varón tentado y acometido por todos los medios imaginables y extraños, á san Antonio abad, objeto de nuestros cultos y cuya gloriosa memoria recordamos en este día para nuestra edificación y consuelo, y descubriremos hasta la evidencia la realidad de la verdad que os anuncio. El Infierno entero se conjura y alarma contra él, y él se burla y se mofa de todo el Infierno junto. No hay tentación que no padeciese, no hay peligro ni precipicio que el demonio no le pudiese delante, y de todo le pasó á salvo el Señor. Temió á su Dios, y su Dios le conservó y libró de todo mal.

Así pienso daros á conocer á san Antonio abad en este rato, ayudado de las luces del Señor, que tanto se complace en las honras que tributamos á su siervo, y que nos condenará en el postrero de nuestros días, si contentándonos hoy con admirar el valor y las victorias de san Antonio abad, no nos resolvemos á pelear con las armas que él peló, á andar el camino que él anduvo, y á usar de los mismos medios que él usó. Sea este, Dios mío, el fruto de mis palabras y la gracia que nos concedáis por la intercesión de Maria santísima. A. M.

Habiendo sembrado el padre de familias buena semilla en su heredad, ¿de dónde es que ha nacido tanta cizaña?.... Al ver al mundo tan lleno de iniquidad y depravación, podemos preguntar al hijo del hombre, ¿en qué consiste, que habiendo sembrado buen trigo, nazca tanta hierba mala en toda la heredad? Es, nos dirá, porque habiéndose dormido los hombres, vino el hombre enemigo y la sembró. Ved ahí el origen de los males del mundo, y de que los hombres sueñan con tanta frecuencia á las tentaciones. Se duermen, no velan ni oran; no temen á Dios como san Antonio abad. Temiéndole éste aprendió, á no exponerse voluntariamente á la tentación, á armarse contra ella, y á saberla resistir con prudencia. Tres cosas que practicó, y que son indispensables para salir con victoria.

Es casi inevitable la caída cuando el hombre se pone voluntariamente en el peligro, porque el que ama el peligro, dice el Espíritu santo, perecerá en él. El enemigo común, dice el real Profeta, está como un león metido en su cueva armando lazos y asechanzas, dando bramidos; pero no puede herir, en nada puede ofender por sí solo; y para recibir el daño es preciso acercarse á él, buscarle, ponerse al alcance de sus astucias y elegir por puro antojo la ocasión. Aquel que guiado del espíritu divino se halla en los peligros; el que no se pone en la ocasión por su voluntad, sino porque le conduce á ella la voluntad de Dios, no teme, porque caminará sin miedo sobre los leones y dragones, y pisará con desprecio los áspides y basiliscos.

Los leones no ofendieron á Daniel; el fuego del horno no hirió á los tres niños de Babilonia; la serpiente fue háculo para Moisés; porque ni Daniel, ni los niños, ni Moisés se expusieron voluntariamente á los peligros, sino que los tomaron por cumplir la voluntad de Dios. El pueblo de Israel atravesó el mar Rojo con la mayor seguridad; porque Dios se lo mandó; y los egipcios se ahogaron en sus corrientes, porque ellos mismos por sí se arrojaren y entraron en ellas. David se puso por su voluntad en la ocasión, y tuvo que llorar y arrepentirse de su crimen toda su vida; y José, guiado por Dios á la corte de Faraón, sale con victoria de entre las violencias de su señora. San Antonio abad salió triunfante de entre las tentaciones más crueles é inauditas, porque desde los principios temió á su Dios, no se expuso á los peligros, no hizo su voluntad, sino la de su Padre celestial.

Observando una vida irreprochable desde su niñez en la compañía de sus cristianos padres; si á su fallecimiento renuncia á todos sus bienes, á sus esperanzas, á la compañía de una hermana querida

tuernamente; si como el príncipe de los apóstoles lo renuncia todo y se renuncia también á sí mismo, y huye á la soledad en seguimiento de Jesucristo, no es movido de su amor propio, de su vanidad, de una repentina devoción; no es causado y enfadado ya de los placeres del mundo y de beber de la copa de la prostituta Babilonia, sino después de una larga y madura reflexión, después de repetidos suspiros dirigidos á su Dios, para que se dignase encaminarle á la perfección; después que el Señor le manifiesta su voluntad, haciendo una impresión admirable y eficaz en su alma las palabras que oye decir en la iglesia á un ministro del Evangelio: «si quieres ser perfecto, vé, vende todo lo que tienes, dalo á los pobres, y sígueme; así hallarás un tesoro en el Cielo.»

Oculto ya en un áspero y espantoso desierto, trabaja con sus manos para adquirir lo necesario á su escaso sustento, y más que todo para evitar la ociosidad, que es la fuente de todos los vicios. Inspirado por Dios se introduce en el yermo; y temeroso de que le precipiten los honores y aplausos de los demás solitarios; la pública estimación que le adquiria la fama de su santidad, que resonaba por todas partes, el innumerable concurso que iba á buscarle á todas horas para saber y recibir de su mano el remedio de sus dolencias, se cerró en un castillo antiguo, y desamparado, desde donde consolaba á todos; pero no se dejó ver por espacio de veinte años, ni salió al fin de él sino para ser el maestro, la guía, el director de tantos santos solitarios y eremitáños que del Africa, la Italia, Francia, España y de todas las partes del mundo volaban á ponerse bajo su regla y dirección.

Si hoy hubiera yo de formar la apología de tantas santas corporaciones de monjes y religiosos, conocidas en el cristianismo y aprobadas por la Cabeza visible de la Iglesia, no os diría que en ellas y por ellas se conserva la pureza de la fé y los testimonios auténticos de nuestra religión; no os diría que ellas proporcionan á las almas la perfección evangélica; y el formarse y refundirse en Jesucristo; no os pondría delante la inmensidad de mártires, de doctores, confesores y vírgenes, que plantados en ellas agradaron al Señor con el buen olor de sus virtudes; no os diría que á ellas debe el mundo, no solo los ejemplos más heroicos de santidad y virtud, sino también los descubrimientos más útiles y los progresos de las ciencias y las artes; no diría nada de lo mucho que pudiera decir sobre este asunto, sin temor de ser desmentido por los espíritus inquietos, ambiciosos y perturbadores de nuestro siglo. Os presentaría solamente á S. Antonio abad, y os diría, que de este hombre admirable recibieron

todos su principio: que para llevar á cabo su obra tuvo que resistir y contrarrestar á todo el Infierno, á los mayores y más violentos ultrajes, sugerencias, golpes y dictarios del demonio; á las caricias y promesas; y que en medio de tantas borrascas Antonio triunfó y permaneció firme, contra todo el poder de las cavernas, ayudado del poder de su Dios. Y una obra á que con tanto empeño resiste el demonio, una obra que el Infierno entero no puede derribar, una obra á cuya construcción contribuye el poder de Dios, que anima y fortalece á su siervo, no puede ser sino útil, buena, santa... Sí; S. Antonio abad puso la primera piedra de esta obra escogida, y que tanto había de extenderse en la Iglesia; pero ayudado é inspirado de Dios. Por eso no cayó en los desvaríos y derrumbaderos por que se han precipitado todos los que, antes y después de él, sin ser elegidos, ni llamados por Dios, y solo por su necio capricho, han querido emprender la reforma de las cosas santas y costumbres piadosas. No se desvaneció con la gloria de sus milagros, de sus victorias, de las honras que le prodigaron los mismos emperadores y poderosos del mundo; y siempre humilde, siempre desconfiado de sí mismo, siempre temeroso de su Dios, jamás se expuso voluntariamente á la tentación, ni quiso obrar sino según la ley y las inspiraciones de su Dios.

¿Cómo no hemos de caer nosotros, si á cada momento entramos por nuestros mismos pasos en la cueva del león escudido que desea nuestra ruina! Si nosotros mismos entramos en el juego, en la conversación, en el paseo, en las chanzas y deshonestidades; si en vez de huir de la tentación que nos busca y del peligro que se nos presenta, corremos á los peligros y buscamos las tentaciones que huyen de nosotros, caemos y somos vencidos, porque, voluntariamente, nos exponemos á la tentación. Y caemos también porque no nos armamos contra ella.

Nada dejó por mover el demonio para apartar de sus propósitos á nuestro Santo. Le puso delante los peligros de su hermana, lo triste y penoso de la soledad, lo espantoso del desierto; le pintó con los colores más vivos la pobreza y miseria del estado que determinaba abrazar; le recordaba la estimación de sus parientes, le hacía ver que podía servir á Dios con más utilidad en medio del mundo, le molestaba en las noches con gritos y alaridos espantosos, con amenazas horribles; cuándo despertaba en su corazón la codicia, cuándo los deleites de la carne; ahora le persuadía con halagos, luego con amenazas; unas veces se le presentaba en formas espantosas; otras bajo las apariencias más bellas y provocativas; en unas ocasiones se

venía á sus pies como vencido para mover su amor propio; en otras hacía salir del Infierno innumerables demonios, que con los aspectos y formas más horrosas le acometen para despedazarle, cargan sobre él, uno le hiere, otro lo escupe, éste le mofa, aquel le arrastra y todos le dejan medio muerto... Espíritus inéredulos y libertinos, suspended vuestros juicios y no tengáis estos relatos por fábulas y por ilusiones de una imaginación extraviada y delirante; de una alma infatuada y sumergida en las más absurdas preocupaciones.

La poca ó ninguna experiencia que tenéis de la vida espiritual y cristiana, debe haceros contener en vuestras ideas y tal vez en vuestras burlas, desprecios y risas. Entended, que si vosotros os veis libres de estas tentaciones del demonio es, porque hacéis su voluntad y sus obras. Sabed, que ese infeliz reposo en que veis no procede de la paz, sino de la dureza de vuestras conciencias. El demonio no os tienta, porque ya sois suyos, y hacéis un cuerpo con él, que es vuestra cabeza; porque lejos de tentaros y perseguiros; usa y se vale de vosotros como de ministros suyos para perseguir y tentar á los piadosos y justos. No sois tentados: ¡Ah! Esta es la más cruel y la más desdichada tentación!

A pesar pues de todas esas asechanzas y violencias del enemigo, San Antonio abad vence porque teme á Dios, y ha aprendido en su escuela, que con la oración, el ayuno, las mortificaciones, el menosprecio de sí mismo, se huye y vence de nuestros enemigos; porque pasa las noches enteras en el silencio de la contemplación divina, mortifica sus carnes, castiga su cuerpo, y le reduce á servilumbre; refrena sus apetitos, llama á Dios en su ayuda, desconfía de su valor; y lleno de humildad... ¿A dónde estabas, Dios mío, decía en una ocasión, á dónde estabas, buen Jesús? ¿Por qué no viniste antes y te hallaste en mi pelea para favorecerme y sanar mis llagas?

Venció á todos sus enemigos porque se hizo fuerte con un ayuno admirable; con aquella oración continua en que pasaba absorto, hasta que el sol le hacía volver en sí con harto dolor suyo. ¡Oh soll decia. ¿Por qué con tu luz no quitas la claridad de la verdadera y sempiterna lumbre? Con aquella humildad con que, rebosando en una santa y modesta alegría, venía á ofrecer á los pies de Jesucristo los despojos que había conseguido en sus combates, confesándole el único autor de su salud y sus victorias; con aquella penitencia que tenía á su cuerpo extenuado y consumido; con aquella caridad para con su Dios y para con sus hermanos, con aquella... No concluiré si me empeñase en poner á vuestra vista los infinitos medios de que se valió contra sus enemigos para vencerlos.

No, no me digais ya, que las tentaciones os debilitan y hacen pecar. Decidme, si, que vuestra tibieza, que vuestra flojedad, vuestro regalo y vuestra soberbia os han hecho débiles contra vuestros enemigos. El omitir un día la misa, otro la oracion, hoy el ayuno, mañana la mortificacion, un mes la confesion y communion, en una palabra, el no haber resistido, el haberos desarmado vosotros mismos, ha dado el triunfo á vuestros enemigos. Jamás hubierais caído en la tentacion si hubierais orado, ayunado, mortificado y sujetado vuestra carne, si os hubieseis armado contra ella como San Antonio abad.

No basta solo armarse y resistir á las tentaciones, es preciso saberlas resistir con prudencia. De los afectos del alma, que llamamos pasiones del apetito sensitivo, unas pertenecen á la parte concupiscible y otras á la irascible. Por estas puertas entran todas las tentaciones al alma; pero en ellas debe el alma portarse de un modo muy distinto, porque las que son de la parte irascible se han de vencer resistiéndolas con valor, y las que son de la concupiscible se han de vencer huyéndolas con temor. Aquéllas se han de vencer luchando, éstas huyendo. Así es como lo practicó nuestro Santo. Desafiaba impavido á los demonios cuando le atormentaban, cuando se obstinaban en horrorizarle, cuando llenaban el desierto de espectros, cuando á fuerza de golpes maquinaban su desesperacion, cuando procuraban despertar su ira con dictérios, mofas, burlas, blasfemias, ... ¡Misericordias! les decía: ¿uno de vosotros no puede pelear con un hombrecillo, que os reúne tantos para derribarle? ¿Cómo os habeis transformado en bestias fieras? ¿Dónde está aquella cara angelica que teniais? ¿Qué haceis? Si me podéis tragar, tragadme y destruidme; y si no, ¿por qué emprendis lo que no podéis hacer? Pero, cuando despertaban en su corazon la codicia, el amor propio, los regalos del mundo, la quietud que gozaba en su casa, las lagrimas de su hermana; cuando le ponian delante el oro y la plata, cuando para excitarle á la lascivia se le presentaban en las formas más provocativas y alicientes; enlónce, acordándose del fuego infernal, del gusano roedor, de las tinieblas perpetuas, de la confusion y desesperacion eterna de los que se entregan á los apetitos bestiales, acudia á su Dios, oraba, se affigia, huía de semejantes visiones. Señor, decía: Vos sois mi amparo y mi refugio; no me olvidéis, no me abandonéis en el día de mi tribulacion. Así venció las tentaciones sabiendo huir con prudencia de las que debemos huir, y acometer las que debemos acometer.

¿Cuántas ménos serian nuestras caldas, hermanos míos, si así superioráramos resistir á las tentaciones! ¿Cuántas ménos serian las victo-

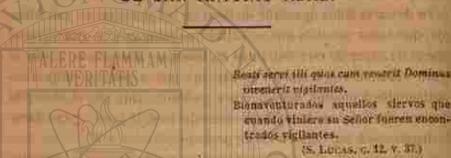
rias de nuestros enemigos! Pero, si se huye de la que se debe acometer, y se acomete la de que se debe huir, ¿cómo ha de ser vencido el demonio? ¿No lo haceis así, cristiano? Todo es huir del que le murmura, del que te es pesado, del que te mortifica con su condicion, y te ponés á luchar con quien te acariola, te arrastra la voluntad y te roba el afecto.

Supuesto, hermanos míos, que el Señor quiere que seamos tentados, aprendamos de san Antonio abad á vencer las tentaciones y hacernos superiores á nuestros enemigos. Hemos visto, que éstos, aunque flacos y desarmados, nos vencen porque nosotros mismos, con una temeridad increíble, nos exponemos y entramos en los peligros, porque nos desarmamos para la pelea, y porque, imprudentes, no sabemos usar de las armas proporcionadas al combate. No tenemos razon para culparlos de nuestras caldas, cuando san Antonio abad, como un guerrero diestro y esforzado, nos enseñó ya á vencerlos. Culpémoslos y tenámoslos á nosotros mismos; aprendamos á pelear contra nuestras pasiones, y no tenemos á ningún enemigo extraño. Vencele á ti mismo y tienes vencido al mundo y al demonio. Si el diablo ó sus ministros te proponen el logro, que no encuentren en ti la avaricia; si te brindan con la lascivia, que hallen dentro de ti la castidad; pelea contigo mismo; si no sientes á tu enemigo, sientas á tu concupiscencia; vence á ésta y vencerás á todos aquéllos. Si, esta es la mayor victoria, vencerse á sí mismo. Así, y sólo así, es como se consigue la palma y corona eterna que está preparada para los que triunfan. Encendámonos en unos deseos vivos de conseguirla, estimulémoslos con los ejemplos de ese varon fuerte, prolongados por el espacio de más de cien años que duró su vida; alentémoslos á la vista de la gloria que ahora disfruta, tomemos sus armas, oremos, velenos. Temamos al Señor como él, y el Señor también cumplirá con nosotros la promesa del oráculo divino: «Al que teme á Dios no le sucederá mal alguno: el Señor le librará de todas y le conservará en la tentacion.» Así sea. (R)

UNIVERSIDAD DE BILBAO

PANEGÍRICO II

DE SAN ANTONIO ABAD.



En la mayor parte de los pueblos se osten tributando obsequios á la memoria de san Antonio abad en este día, considerándole uno de los mas propicios y eficaces intereses para la conservacion de los bienes del labrador, cuyo trabajo produce el alimento de todas las clases de la sociedad.

Este suceso formaria por sí solo el elogio de un varon tan virtuoso y amante de Dios como san Antonio, si en los hechos de su vida no nos diera motivos mayores para hacer resonar sus alabanzas en las bóvedas de este templo, y aun en las de toda la cristiandad.

Al proponerme yo llenar el deber de hablar dignamente de san Antonio, encuentro graves obstáculos, que provienen de vosotros, amados oyentes, y de mí, de vosotros, porque no os veo reunidos ante el ara en que se quema incienso á Dios y á sus santos; movidos de un espíritu de piedad; y de mí, porque no tengo los dotes de sabiduría, elocuencia y virtud que se necesitan para hablar de un santo tan lleno de virtudes y tan amado de Dios.

Vosotros, atraídos la mayor parte por seguir la corriente de los que vienen por devocion, ó estimulados de conseguir la proteccion de san Antonio, en todo pensais, ménos en el honor que debe dársele en el aniversario de su muerte, acudiendo al templo con ánimo de conocer sus virtudes é imitarlas.

En este estado, en la situacion que se encuentran vuestros ánimos, llenos de deseos mundanos y de vanidad, ¿qué puedo yo decir que sea bien escuchado? El lenguaje de la virtud es para el vicioso como

el idioma extranjero para aquel que no ha conocido ni oído más que la lengua pátria; y bien conocéis lo lejos que estaria de mover el ánimo de sus oyentes, aquel que no fuese comprendido por los que le escucharán.

Teniendo vuestro entendimiento ocupado en la contemplacion y vista de objetos mundanos, ¿cómo podrían ser bien recibidas las alabanzas de un san Antonio, que despreció el mundo, sus pompas y vanidades por su Dios?

Yo desearia ántes de entrar de lleno en las alabanzas de san Antonio, que todos aquellos que se hallan reunidos ante su altar, con el objeto de hacer de esta festividad un medio de distraccion, eligieran entre abandonar el templo ó mudar sus malos pensamientos, convirtiéndolos á objetos más dignos y piadosos, para que el obsequio que se tributa á san Antonio en el día de hoy, le fuese agradable y le dispusiese á ser nuestro eficaz protector.

Y no creáis que al aconsejar á los malos cristianos á optar entre la alternativa de abandonar el templo, que profanan con malos pensamientos, ó convertir éstos en otros mejores y más conformes al lugar en que se está, me mueve un impulso contrario á la caridad cristiana, que nos manda hacer bien hasta á los malos por amor de Dios; nó; tal pensamiento sería ajeno de san Antonio y no seria conforme al objeto que yo me propongo. Me mueven otras miras que creo conveniente manifestaros.

Los hombres no podemos concluir otros modos de hacer obsequio aún al mismo Dios, que conociendo lo que puede ser agradable á quien se dirige; y por esta razon yo, que deseo que esta festividad sirva para conseguir la proteccion de san Antonio, quisiera que fuese celebrada por fieles cohechosos de imitarle y amantes de la virtud.

¿Qué es lo que hacemos, generalmente, cuando queremos obsequiar á un amigo ó á una persona considerada? Para ello traemos á su presencia aquellas personas que le son adictas, y que por esta razon su vista les sea lisonjera.

¿Por qué, pues, yo que desco hablar en obsequio de san Antonio, no he de desear que cuantos estén aquí sean sus amigos y siervos de Dios, como lo fué él, y que aquellos que no lo son, traten de serlo ó se separen del templo?

Not, amados oyentes, como explicado mi pensamiento no aparece en él falta de caridad, sino espíritu de caridad, para que en la comunicacion de méritos de las almas virtuosas, Dios encuentre abundante gracia que prodigar á los que las necesitamos, por medio de san Antonio.

Si vosotros ois con ánimo de imitar á san Antonio, ¿no podrá también suplir vuestro deseo á la falta de expresión que yo dé á mi discurso, por carecer de aquellas dotes que Dios concede, y que el hombre no consigue por sola su voluntad?

Yo imploraré su favor, yo, para hablar dignamente de las virtudes de san Antonio, basaré su intercesión, y más que la suya la de la misericordiosa Reina de los Cielos, cuya bondad y lealtad reconocen las generaciones, saludándola con el ángel, diciendo: *A. M.*

Si escucháramos las frecuentes quejas que los hombres hacen de sus desgracias, y los lamentos que con este motivo dirigen al Cielo, acusando al mundo de engañador y perverso, y no vieráramos que éstas se reducen, solo á meras palabras, nos llegaríamos á persuadir, que huir del mundo, renunciar á sus bienes terrenos y á sus pecaminosos estímulos, no tiene ninguna mérito á los ojos de Dios; y que el hombre debería marecharse á los desiertos, para evitar el desagrado que causa la vista de tantas maldades y miserias como presenciamos.

Pocos hay que en el discurso de su vida, por breve que sea, no exclamen: estoy desengañado del mundo; cada placer que disfruto me cuesta inmensos sinsabores; cada beneficio que hago es recompensado por una ingratitude; mis sacrificios son despreciados y desatendidos; cuando tengo hambre, carezco de los medios de satisfacerla; cuando poseo riquezas, no tengo salud ni apetito; á donde quiera que llevo la vista encuentro ó miserables porfioseros, ó enemigos que se lanzan sobre sus hermanos para destruirlos; y alguna vez con el abrazo de amigo vá mezclado el deseo de propinar un veneno. ¿Quién desea vivir en tan detestable situación? ¿Quién no prefiere la muerte á la vida angustiosa de ver siempre miserias?

Por este estilo hablamos siempre que un dolor ó un pesar nos afecta de una manera sensible, y tenemos el corazón herido por las malas acciones de nuestros hermanos; pero ¿qué consecuencia damos á estos impulsos de nuestra conciencia herida? ¿Qué utilidad sacamos de los desengaños?

¿Vamos, convencidos de las vanidades del mundo, á proponernos seguir un nuevo plan de vida que nos vuelva á Dios, quien no compensa con ingratitude nuestros afanes y sacrificios? Esta es la consecuencia natural que debiera sacar un alma verdaderamente ilustrada, de la esperanza que le dan los desengaños del mundo, y por esto principió su vida san Antonio abad, en la edad en que todos los hombres, en lugar de escuchar la voz de la razón, corren ciegos á la satisfacción de sus pasiones, estimulados por los impulsos de su sangre jóvea.

Nació san Antonio abad en Cómó, población de corta consideración en el alto Egipto, de una familia distinguida por sus riquezas y nobleza, y á lo mejor de su vida quedó huérfano con una hermana de cortos años. La conducta, en este caso, de la mayor parte de los jóvenes, ya vemos cual es. Poseyendo riquezas que faciliten la satisfacción de sus deseos, pronto desaparece en sus manos el fruto de los afanes de sus laboriosos antepasados, y poco se cuidan del destino desgraciado, que tal conducta puede traer á aquellas personas de quienes queda encargado por deberes naturales y religiosos.

Puesta una fortuna considerable en la manos de la mayor parte de los jóvenes que hoy viven, á pesar de tener una ó más hermanas á su cuidado, ¿se detendrían en los límites de los deberes naturales y religiosos? ¿Cuidarían de asegurar la posición de su hermana de una manera conveniente en cuanto á la parte material y moral; material, consignando intereses suficientes para su subsistencia; y moral, poniéndola al lado de personas que enriqueciesen su alma con la ilustración religiosa que conviene á su salvación? De temer era que no sucediese así en lo general, aunque alguno lo hiciese por estar, como san Antonio, educado en el santo temor de Dios y en el conocimiento de sus deberes.

Pero no fueron estas solamente las acciones buenas de San Antonio. Dispuesto á llegar á la perfección en cuanto sus fuerzas alcanzaren, al ver escrito en el Evangelio aquellas palabras que Jesucristo dijo á un jóven rico, que le consultó los medios de ser bueno: «Si quieres ser perfecto, vé, vende todo lo que tienes y hallarás un tesoro en el Cielo,» se decidió á cumplir este consejo.

Estas palabras, tomadas por nuestro Santo como una inspiración divina, fueron las que decidieron la ulterior conducta de su vida; y con este fin, depositado lo suficiente para la subsistencia de su hermana, colocada ésta al lado de personas de su sexo, conocidas por sus virtudes, distribuyó su herencia entre los pobres; se retiró á vivir en la vida austera y contemplativa, la más perfecta á que pueden aspirar las criaturas, y la que las hace más semejantes á los seres celestiales, que en éxtasis divinos gozan de la contemplación del maravilloso Ser que todo lo ha criado.

Para apreciar debidamente esta abnegación de sí mismo que hizo san Antonio, tenemos un medio eficaz. Las acciones de los hombres son más relevantes y más estimadas, cuando teniendo un fin bueno, reúnen la circunstancia de ser difíciles y poco comunes; por esta razón son célebres aquellas personas que con un esfuerzo extraordinario se arrojan á acometerlas. Tratando, pues, de daros á conocer la

grandeza de alma de san Antonio, ¿qué necesidad hay de buscar frases retóricas é hiperbólicas, cuando la simple exposición de este hecho basta para acreditar el alma privilegiada de nuestro Santo, como dotada de una virtud singular?

Ha habido algunos, como él, que en otro tiempo, han hecho lo mismo, como vemos en la historia religiosa de los héroes de la Iglesia; y desde este punto de vista, tendría comparaciones; pero, al presente, que tanto ha crecido la codicia, y tan escasa es la fé en las promesas de Jesucristo, crece la belleza de un ejemplo de virtud como el que nos ofrece san Antonio; porque si, como os dije al principio de mi discurso, hay muchos que se quejan de las maldades del mundo; y ponderan las miserias y fealdades de él, ninguno hay que sepa desprenderse de sus seducciones, y siga el consejo de Jesucristo, y vendiendo sus bienes, los dé á los pobres para irse á un desierto á pensar en la vida eterna.

No creáis que yo oxijo de vosotros, amados oyentes, que hagáis lo que san Antonio, porque para aspirar á poseer sus esfuerzos, se necesita un alma no común; pero ¿por qué no habéis de procurar acercaros en lo posible á sus virtudes?

Si no todos pueden aspirar á ser héroes, á todos es dado el ser buenos; y la Iglesia y su fundador se regocijarían en que fuesen buenos los miembros que la componen.

Pero sigamos á nuestro san Antonio, cuya alma sufrió en el retiro los más ruidos ataques, saliendo siempre pura y triunfante. Alguna vez habréis estado en soledad, y entonces bien habréis observado, que acuden con más viveza á vuestra imaginación las ideas de todos los placeres y bienes abandonados. Pues esto es lo que sucedió á san Antonio, cuando retirado en el desierto vestía su cuerpo de un áspero siliro, y sepultaba su juventud en una caverna de las montañas de Egipto.

El demonio, ya presentaba á nuestro santo la circunstancia de su hermana abandonada y expuesta á ser víctima de su resolución; ya le ponía delante los infinitos bienes que podía hacer en el mundo un hombre benéfico con sus riquezas, y con la consideración social que le daba su nobleza; y también bajo los ardores de un clima caluroso, le enseñaba la imagen de las más voluptuosas escenas; provocándole á la satisfacción de las malas pasiones.

Pero todos estos elementos conjurados contra su virtud y santidad, cedían á la fuerza de su voluntad, y á las mortificaciones con que castigaba la rebelión de su carne estimulada por el demonio. Este, siempre vencido, tubo de ceder en su persecución contra un rival

tan vigilante, que nunca pudo sorprender, y entonces lleno de divina gracia, henchido el corazón de alegría, gozó los beneficios de la vida contemplativa, que los tiene grandes para aquel que como san Antonio ha poseído un conocimiento exacto de Dios, y ha recibido la gracia de identificarse con Él en sus meditaciones.

Obtenido con juanillos esfuerzos por nuestro Santo ese estado de amable virtud, que llegan á poseer todos los que dejan de temer en este mundo, y con inaudita caridad hacia bien y muestran risueño semblante á los amigos y enemigos, llegó á ser buscado por sus contemporáneos, persuadidos de que era amado de Dios, y que por su intercesion conseguían tenerle propicio.

Él, lleno de modestia, huía de la presencia y de los respetos que le prodigaban todos los que por casualidad le habían visto y tenían noticia de sus virtudes; pero los amantes de la Religión, los que querían ver triunfante la Iglesia de Jesucristo, conociendo lo útil que era á su triunfo poner en combate contra los herejes y gentiles á un varón como san Antonio, le buscaron con exquisita sollicitud; le expusieron las necesidades de la Iglesia, y la reflexion de que hacia más servicios á Dios combatiendo á sus enemigos, que pasando la vida en el desierto.

La Iglesia de Jesucristo estaba trabajada por los escándalos de la secta arriana, que penetrando en el ánimo de algunos obispos, éstos la habían llevado triunfante al palacio de Constantine; variando de parecer á cada paso, ya en pró, ya en contra de los cristianos ortodoxos, aumentó la amargura de los herejes y dió motivo á graves escándalos, contrarios al verdadero espíritu de la religion de Jesucristo.

San Antonio, en vista de los males que iba á padecer la Iglesia, y que había peligros que correr en defensa de la ley de Jesucristo, se decide á sufrir hasta el martirio para sacar triunfante la religion de su Dios; no de otro modo que el bravo capitán que, al oír los estruendos de la guerra, ansía el momento de vestir la cota, enristrar la lanza y triunfar de sus enemigos.

La presencia de san Antonio entre las gentes, el aspecto venerable y tranquilo que tenía y la fama que le precedía de sus austeridades y penitencias, le trajeron un respeto universal de sus contemporáneos. Todos los hombres, ya de una secta, ya de otra, que las seguían de buena fé, buscan su decisíon y sus consejos, persuadidos de que un varón tan virtuoso, no podía ménos de acertar en lo que dijera; y escuchaban su predicacion con singular reverencia.

Los malvados, que pretendían sembrar la discordia en la Iglesia

para mejor amigularla, quedan confundidos, porque ya nadie oye ni sigue más opinión que la de san Antonio. Entra la emulación de imitarle, y principian las montañas á poblarse de grunitaños, que desquies de purificarse con penitencias, salen á secular los esfuerzos de su maestro, convirtiéndolo gentiles, y reduciendo al gremio de la Iglesia á aquellas ovejías descarriadas por los malos pastores que profesaban el arrrianismo.

A la voz y fama de san Antonio, que llegó á escucharse con respeto hasta en los palacios de los césares, debió la Iglesia sus mas señalados triunfos en aquella época, por que no fueron debidos á la guerra entonces mezclada en los asuntos eclesiásticos, sino á su virtud y al espíritu evangélico que había penetrado en su corazón.

Si, católicos; así como Jesús, durmiendo en la nave con los apóstoles, se levantó á su ruego, y tendiendo su mano aplana las encrepadas olas y las hace venir sumisas á sus pies, arremolando la nave que se iba á sumergir, así san Antonio, saliendo del desierto á ruego de los fieles turbados por las heréjicas, se presenta en medio de los tumultos y atrae á la paz los ánimos agitados, enseñándoles que no se ama á Dios más que amándonos unos á otros.

Concluidas estas penosas tareas, llevando con placer divino estos trabajos en medio de su edad centenaria, vivió este santo varón, teniendo presentes las palabras del Evangelio que he puesto por texto de mi discurso: Bienaventurados aquellos que cuando viniere su Señor fueron encontrados vigilantes, y consiguio morir acompañado de espíritus celestiales, que presentaron en el Cielo como digno de habitarlo su precioso espíritu.

En la corta reseña que os he hecho de las acciones de la vida de san Antonio, no descuidéis el alma gremio y llena de sabiduría de un escogido del Señor: ¿No veis en ellas una gloria más para que la que posean con solícito afán esos hombres turbulentos, que viven de la guerra, y la provocan, causando graves aflicciones á la Iglesia y á los cristianos, que llenos de caridad sienten los males de los hombres porque los aman?

Pero no pararon en su muerte corporal ni en el principio de su vida eterna los beneficios que la prestado á los hombres san Antonio. Muerto en el día diez y siete de enero del año trescientos cincuenta y seis, quinze siglos se han cumplido, y no ha cesado de hacer beneficios á los que le invocan y siguen las huellas de su virtud.

Sin ir lejos de este sillo os demostraré esta verdad: veis esta concurrencia al rededor del altar de san Antonio, en la que vienen muchos á ofrecer á la vista de su imagen los bienes que constituyen su

hacienda, esperanzados de que les serán conservados por su intercesión? Pues esto no es el suceso de este año solo: es la tradición constante de muchos siglos, transmitida de generacion en generacion, para dar un testimonio de los beneficios que han recibido siempre los hombres por la intercesion de san Antonio.

Habréis visto á los hombres perder con el tiempo ciertas costumbres, y reformarlas segun las necesidades y adelantos que se hacen diariamente; alguna vez la mano impia de algunos malos cristianos ha llevado su avaricia á tocar hasta algunas tradiciones religiosas, preválida de ciertas circunstancias; pero no ha hecho fuella en la costumbre de los fieles respecto á la festividad de san Antonio.

¿Cuál es la razon de esta universal aclamacion con que en el día de hoy honra la cristianidad á san Antonio? Son los beneficios recibidos por su intercesion. Esto consiste en que infelices afligidos de un mal pesiflencial han acudido á su altar, le han invocado, y han sacado de sus dolencias; que un labrador, viendo pérrecer sus ganados, fundamento de su riqueza, ha obtenido su conservacion por intercesion de san Antonio; y que estos sucesos se han repetido con frecuencia conservando esa tradicion gloriosa para sus virtudes, que pueden mucho delante del eterno Padre.

Si al presente estos beneficios no llaman vuestra atencion, ni se publican, no es porque no existan; no es porque san Antonio haya cesado de implorar por los que le invocan, ó el Señor no atienda á sus ruegos por nosotros; la razon es bien clara: los que consiguen estos beneficios son buenos cristianos, son hombres que viven vigilantes, esperando el día en que la muerte les traiga á la presencia de su Señor. ¿Y estos abundan mucho? ¿Se encuentran muchos de esos cristianos llenos de recogimiento y desprecadores de la riqueza, como san Antonio, entre los que concurren al pie de sus altares? Y si hay algunos, y estos consiguen algun beneficio; ¿son de esos vocingeros, que revistiendo sus vicios del exterior de la virtud ostentan sus supuestas galas?

En vuestra mano está, hermanos míos, si queréis glorificar y honrar á san Antonio en el aniversario que se hace del día de su tránsito al Cielo. Nada más grato hay para él, que ver acudir al camino de la salvacion las almas extraviadas de los hombres. El reconocimiento de sus beneficios, la fides de su eficaz protección que os trae al rededor del templo donde se le dá culto, y puebla sus alrededores, vale ménos á sus ojos que el arrepentimiento sincero de cualquiera de los concurrentes, alcanzado por medio de la contemplacion y conocimiento de sus virtudes.

El hombre de bien, el labrador sencillo, que pensando en su trabajo y en su salvacion acude á los piés de san Antonio, pidiéndole su proteccion, la encuentra; y del mismo modo y con más agrado le encontrará propio cualquier cristiano, que postrado á sus piés le diga: ¡Bienaventurado san Antonio! tú, que tuviste fortaleza y virtud para cumplir, no solo los preceptos cristianos, sino que ademas practicaste con corazon valiente los consejos de Jesucristo para ser perfecto, distribuyendo tus riquezas, esperando solo de vivir con su asistencia, apiadate de mi miseria. Yo soy un pobre pecador, que no he sabido apreciar los dones celestiales, hasta que he visto la influencia que han tenido para hacerte un ejemplo permanente de las más sublimes virtudes; y deseo y quiero ser bueno; ansio persuádmelo eficazmente, como tú lo fuiste, de que este mundo no encierra más que maldad; y que huir de él, es salvar el mayor escollo que hay para mi salvacion eterna, y para esto necesito tu proteccion.

Si alguno de mis oyentes con estas ó semejantes palabras, se dirige á san Antonio, y al hacerlo, sus expresiones marchan acordes con su corazon, san Antonio le auxiliará; san Antonio se gozará en ayudarle, rogando á Dios que haga descender su gracia sobre el pecador que se arrepiente; porque san Antonio ama á sus semejantes con caridad cristiana, como lo demostró cuando por serles útil abandonó la vida retirada y contemplativa en que disfrutaba sus delicias, despues que con ásperas penitencias había vencido repetidas veces al demonio que le dirigia sus asechanzas.

Persuádidos de esta verdad, conociendo que mudar la voluntad nuestra, y convertirnos de perezosos en vigilantes de la venida del Señor; es como conseguiremos el bien más apetecido del hombre, que es la salvacion eterna; ¿no trataremos de seguir el consejo de nuestra conciencia?

Así lo espero, así lo deseo por honor de san Antonio, por el bien vuestro, por el de la humanidad interesada en que se reformen las costumbres, cesen los crímenes; y se verifique el reinado de paz y fraternidad, que Cristo vino á establecer en el mundo á costa de su propia sangre. De este modo alcanzareis la vida eterna, que á todos deseo. Amen.

PANEGÍRICO I

DE SAN ANTONIO DE PÁDUA.

*Dilectus Deo, et hominibus.
Fuit amato de Deo et de hominibus.
(Eccles., c. 45. v. 1.)*

Moisés fué amado de Dios y de los hombres. Este es el magnífico elogio que hizo el Espíritu santo, en el capítulo xlv del Eclesiástico, de aquel hombre extraordinariamente grande y admirable. No alaba á Moisés por haber sido un hombre criado entre las delicias del palacio de Faraón, y que no se continuó con el fútil ambiente de las adulaciones, que frecuentemente circulan por los palacios de los príncipes. Tampoco dice que Moisés, viviendo, renunció las riquezas y entretenimientos de la corte, por no pensarse en ellos; que dedicado al humilde ejercicio de pastor de ovejas, fué elegido por el mismo Dios para espanto de Faraón, terror de todo el Egipto, y como libertador famoso del pueblo santo, conductor y legislador suyo en el desierto, y en cuya mano, armada de la vara de los prodigios, brillaba todo el poder del Omnipotente. En nada de todo esto demuestra el autor sagrado el carácter de este hombre heroico, sino que, pasando con un conocimiento sublime por encima de todas estas maravillas, le dió á conocer á todas las generaciones como un hombre, que era al mismo tiempo la delicia de Dios y de los hombres.

Y á la verdad, señores: ¿qué cosa más grande podía decirse de Moisés? Porque hacerse un hombre amigo de los hombres, siguiendo las máximas del mundo, tomando parte en sus desarreglos, siendo cómplice en sus vicios, no contradiciendo sus abusos, ni desengañándole de sus errores; prodigando en su obsequio sus caudales, y exponiendo por complacerle su quietud, su reputacion y su conciencia, es una cosa bastante fácil; es una cosa que cada día nos

enseña la experiencia con tristes ejemplares; pero esta, dice el apóstol Santiago, es una cosa que nos hace ser enemigos del mismo Dios: (1). Agradar á los hombres, no es difícil; pero ser al mismo tiempo siervo de Jesucristo, yo, decía el apóstol san Pablo, lo tengo, si no por imposible, por muy dificultoso (2). De la misma suerte, dedicarse un alma con todas veras al servicio de Dios, buscar únicamente su agrado en sus operaciones, observar puntualmente las severas máximas del Evangelio, estar en continua batalla contra sus pasiones, huir cuidadosamente de los peligros del mundo, aborrecer sus máximas, dar en rostro á sus partidarios con toda la fealdad de sus errores; y ser, al mismo tiempo, amado, respetado, alabado y venerado de los hombres, es un prodigio, es una maravilla; es, señores, una gracia extraordinaria y singular de un hombre tan grande como Moisés.

Ya estoy mirando en vuestro espíritu grabada con indelebles caracteres la imagen de san Antonio de Pádua; ya estoy viendo con la mayor claridad en vuestro entendimiento la idea de su elogio: el amado de Dios y de los hombres. Apenas me habeis oído lo que acabo de referiros de Moisés, cuando casi sin libertad (tan natural y propio de san Antonio es este pensamiento) habeis reflexionado así: Verdaderamente es muy difícil agradar á Dios y á los hombres, á un mismo tiempo, porque sus pensamientos son distintos, distintas y casi opuestas sus operaciones, distintas sus máximas, distintos sus caminos, distintos los fines que se pretian, y distintos los medios que aplican para conseguirlos; pero esta distinción, esta especie de contrariedad deja tal vez de serlo en las almas singularmente grandes como la de san Antonio. Él fué admirablemente amado de Dios, al mismo tiempo que los hombres le amaban extraordinariamente. Dios le amaba por sus heroicas virtudes, y los hombres por los beneficios que de él recibían. San Antonio era en la ley de gracia lo que Moisés en la ley antigua, las delicias de Dios y de los hombres. No pretendo, hermanos míos, reformar vuestras ideas en esta parte, perfectamente conformes como las que yo había formado en el siglo de este gran santo; y así, para inspiraros grande horror al vicio, que nos hace aborrecibles á Dios y á los hombres, vengo á deciros, que san Antonio fué amado de Dios por sus virtudes: punto primero; y que san Antonio fué amado de los hombres por sus favores: punto segundo. A. M.

(1) CAP. IV. 4.

(2) AD GAL. C. I. 10.

Es una verdad de fe: que todas las cosas que salieron de las manos de Dios eran exquisitamente buenas. Nada de cuanto produjo su omnipotencia era imperfecto; nada era objeto de su odio ó de su aborrecimiento; todo lo amaba, y en ello tenía sus complacencias. Vió Dios el Cielo; dió la divina Escritura, y era bueno; vió la tierra, y era buena; vió los elementos, y eran buenos; vió las flores, las plantas, los frutos, los peces, las aves y los animales; vió, en fin, todas las cosas, y eran muy buenas. Vió Dios también al hombre como la obra mayor de cuantas salieron de sus manos, y empleó con él todos los esfuerzos de su infinito amor. Le amó desde la eternidad; le amó antes de criarle, y le amó después que le crió. El pecado opuso un formidable obstáculo á este amor, haciendo al hombre hijo de ira por la corrupción de la naturaleza, hijo de pena, hijo de muerte y del infierno; pero el amor divino, tan ingenioso como activo, haciendo hombre al mismo Dios, proporcionó al hombre las virtudes, las gracias y los sacramentos, por medio de los cuales volviese el hombre á la comunicación amorosa de su mismo Criador, de que el pecado le había separado.

Es pues, hermanos míos, una verdad de nuestra católica religión, que Dios ama á todos los hombres; Dios quiere que todos nos salvemos, y á todos provee de medios oportunos para conseguir el Cielo; pero, por más secretos é incomprensibles designios de su eterna salubridad, derrama Dios con más abundancia sobre unos más que otros los tesoros de sus misericordias. Uno mismo es el espíritu que comunica estas gracias á las criaturas, decía el apóstol san Pablo; pero las gracias son regularmente diferentes, según la calidad de los sujetos que Dios elige para distintos ministerios (1). Á uno concede Dios en prendas de su amor la potestad de hacer milagros; á otro el discernimiento de los espíritus; á este el don de lenguas; á aquel el conocimiento de los sucesos futuros. Con tal orden divide Dios sus gracias y favores entre sus escogidos, que ni todos son apóstoles, ni todos doctores, ni todos profetas, ni á todos concede la gracia de hacer curaciones, ni á todos la de entender y hablar idiomas diferentes, ni á todos interpretar las Escrituras. Sin embargo de esta ley común y universal, vemos con asombro ramadas en el alma de nuestro Antonio todas estas gracias y favores del Cielo, en demostración evidente del grande amor que Dios le tuvo.

Porque con efecto, Antonio cura enfermedades, Antonio descubre los secretos del corazón, Antonio penetra las Escrituras, Antonio

(1) I. AD COR. C. 12. V. 4.

previene los sucesos muy anticipadamente, Antonio habla en varias lenguas, Antonio obra maravillas, Antonio se vió lleno de sabiduría celestial. Si se habla de apóstoles, Antonio no solamente hace las funciones de apóstol, sino que de su escuela de fuego salen apóstoles al mundo en las personas de los Bernardinos, los Capistranos, los Simarinas y Leonisas, que anuncian la palabra de Dios á todas las naciones con los más copiosos frutos. Si se trata de doctores, él no solamente lo fué, sino que les abrió camino para serlo á los Buenaventuras, Escolos, Ales y otros innumerables. Si se habla de maestros, Antonio fué maestro, no así como quiera, sino el primero del Orden seráfico, instituido con patente del mismo Patriarca san Francisco: fué romo el maestro de los maestros, y el primer catedrático que empezó á leer en la orden las ciencias escolásticas, dogmáticas y morales. Por su boca han hablado en las universidades y academias literarias tantos sábios teólogos, que han hecho enmudecer á la herejía, que han desterrado la impudicia, y llamado de gloria al Vaticano. Si se trata de mártires, todo el mundo sabe que Antonio partió á Marruecos para alcanzar la palma del martirio; y si no fué víctima de la tiranía, lo fué ciertamente de su celo y caridad. Si se trata de vírgenes, Antonio no solo fué vírgen purísimo, sino que tuvo la gracia de comunicar á otros el amor á esta limpiísima y eximia virtud. Si se trata del conocimiento de los secretos del corazón, Antonio no solo penetra los secretos del corazón, sino el corazón de los secretos, como se vió en Florencia, donde predicando las exequias de un avaro, dijo al auditorio: «id al lugar donde ha dejado su tesoro ese infeliz, y allí hallaréis su corazón». Obedecieron al Santo, fueron á la casa de aquel difunto, y hallaron con efecto el corazón todavía caliente en medio del dinero. Si se trata en fin de profetas, Antonio ve los sucesos futuros, como si ya se hallaran presentes; y hace reverente obsequio á un escribano, por conocer con la luz del Cielo, que había de morir mártir, aunque entonces llevaba una vida bien ajena de un buen cristiano.

Ahora, pues, señores míos, habiendo Dios autorizado á su amado Antonio con tantas misericordias y favores, fácilmente se deja entender, cuán admirables serían los efectos de su predicación; cuán estrepandas y frecuentes las conversaciones de los pecadores, y cuán fuera de todo comun estilo las maravillas. Desde el tiempo de los apóstoles, dudo que haya tenido la Iglesia quien, con mayor fuerza y felicidad, haya mantenido sus derechos contra la impiedad y la herejía. No será fácil señalar otro predicador, que con el estrépido ruidoso de sus prodigios, se haya hecho oír de los pecadores con

más fruto. Los templos más magníficos de España, Italia y Francia, eran estrechos á la multitud inmensa de sus andadores. Las plazas eran pequeñas para dar acogida al gentío compuesto de nobles y plebeyos, ricos y pobres, doctos é ignorantes, y en una palabra, de toda clase de personas, edades y empleos. Era menester, para hacer mémos difícil oír al predicador, sacar el púlpito á los campos; y ni aún allí hubiera sido posible oírle todos, si Dios no diera virtud á su voz para que de todos fuera oída, y renovara según antiguo prodigio que vió Jerusalén en el día santísimo de Pentecostés, do que la predicación que se anunciaba en un solo idioma fuera entendida de todos, y que los portugueses, españoles, franceses, italianos, y otras naciones que asistieron en Roma á sus sermones, le entendieran como si predicara en su propia lengua. ¡Espectáculo ciertamente digno de arrebatarse la admiración del mismo Cielo! Veíanse antes de amanecer cubiertos los campos de pueblos enteros, conducidos en orden y en decenas procesiones por los sacerdotes y obispos. Allí aguardaban con igual deseo al día y al predicador. Saludaban las escasas luces de los primeros alboros como mensajeras de un planeta de virtud más admirable que el mayor del Cielo. Salía en fin Antonio de su convento, vestido de un hábito áspero y penitente, enternamente descalzo, macilento el semblante, los ojos modestos y casi cerrados. Llevaba escrita en su rostro la santidad, y toda su exterior apariencia era de una penitencia amable. Apenas desplegaba sus labios, cuando sus oyentes, como si lloviera fuego sobre sus corazones, comenzaban á sentir los interiores incendios del divino amor; y inundados repentinamente, desterraban los vanos adornos, abandonaban los entretenimientos peligrosos, restituían los bienes mal habidos, perdonaban los agravios, y se arrancaban hasta las raíces más profundas de los vicios. No se veía por todas partes sino la compunción: no se oía otra cosa más frecuente que suspiros; no se miraba en los ojos de los pecadores sino lágrimas. Volvía al tálamo la fidelidad, entraba á reinar la paz en las familias; recobraba sus derechos la religión, triunfaba de la disolución la modestia, y brillaba en toda su hermosura la castidad.

Dichosos aquellos tiempos, direis vosotros: en que las gentes lograron la felicidad de oír á un predicador tan amado de Dios, tan favorecido de Dios, y tan rico con los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios; dichosos aquellos, y desdichados nosotros, que nada de esto vemos. Yo confieso, señores, ingenuamente, que no veis con frecuencia sobre los púlpitos unos hombres adornados de las cualidades excelentes de un san Antonio. Tales hombres los escasean los

siglos, y forman época entre los varones ilustres que Dios ha manifestado en su Iglesia, para bien universal de todo el mundo. Si, amados míos, no tenemos dificultad en confesar, que distamos mucho de su altísima oración, de sus extraordinarias penitencias, de su humildad, su mansolumbre, su modestia, su fe, su caridad y su celo. Es indubitable, que jamás hemos merecido las tiernas delicias, los castísimos abrazos, los purísimos caricias del santo tenía con el dulcísimo niño Jesús, con aquel amable Corredor de Dios que quita los pecados del mundo. Sin embargo, debéis tener entendido, que si no enmendáis la vida, si no reformáis las costumbres, si no arregláis vuestras operaciones á la santa ley de Dios, no servirá de legítima excusa en el tribunal del Omnipotente decir, que no os predicaba san Antonio.

La eficacia de la palabra de Dios no depende de la santidad del predicador: ella por sí misma es viva, es eficaz y penetrante como una espada de dos filos, que llega hasta la división del alma y el espíritu, como decía el apóstol san Pablo. Ella ama la paz, la caridad, la sinceridad, la modestia, la castidad. Ella aborrece todo vicio, y alaba la virtud con la misma fuerza que en los días de san Antonio. Luego, si la palabra de Dios es la misma, si el Evangelio es el mismo, si la ley de Dios no se ha mudado, creedme, vuestra perdición es cierta, si no hacéis lo que os declino, por más pecadores que nosotros seamos. Sea así, que no tengamos aquellas gracias extraordinarias del cielo, que publicaban á san Antonio extraordinariamente amado del Señor; pero si no miráis como ministros de Jesucristo, y dispensadores de su divina palabra, esperamos que recibireis sin ceño estas amargas pero saludables verdades. Mas aún, esto fué tambien gracia particular de san Antonio, que era amado de Dios, como lo habéis oído; y era amado de los hombres, como lo vais á oír ahora.

Así como la naturaleza ofrece algunas veces á nuestra vista algún fenómeno extraordinario, que se lleva los ojos y las atenciones de todos los hombres, la gracia suele presentar tambien algunos santos, á quienes el mundo trata de un modo enteramente diverso de los demás. Como la vida de los hombres justos es una reprobación continua y eficaz de la conducta de los pecadores, rara vez dejan éstos de censurar las acciones de aquellos, de ridiculizar su virtud, y aún de imaginar que la vida de los justos es una manifiesta locura. Esta es la regular conducta de los pecadores para con los justos. No obstante, san Antonio es una excepción de esta regla universal. Aquellos mismos á quienes el santo reprendía sus vicios, aquellas mismas per-

sonas sujetas á la esclavitud del pecado, libres ya por la voz milagrosa (el santo, eran las primeras en amarle y seguirle á todas partes, atraídas como de un poderoso impulso, y una violencia suave. De hecho, amados míos: aquellos pecadores rebeldes, una vez convencidos del peso de sus razones, despertando del profundo letargo del pecado, y entrando en los caminos de la virtud cristiana, no acortaban á separarse de su presencia, temiendo parecer á impulsos del común enemigo de las almas, apenas los hallase solos y apartados de San Antonio. Aquellos jóvenes disolutos, que sumergidos en el lodazal de la lascivia se habían levantado al escañar á Antonio, y lavando las culpas con las aguas puras de los sacramentos, habían entablado una vida penitente, no daban un paso que no fuese en seguimiento de Antonio, temiendo el contagio de las malas compañías, si se apartaban de él un solo punto. Aquellas doncellas, libertinas, aquellas mujeres viciosas, á quienes el amor impuro tenía muchos otras tantas Pelagias, convertidas por un celestial encanto de su lengua en purísimas palomas del Paraíso, no hacían sino llorar á sus pies, como la Magdalena á los de Jesucristo, de donde no se apartaban sin el más íntimo dolor. Pero cómo era posible, señores, que todos estos pecadores convertidos, y otros innumerables, no mostrasen á Antonio un tiernísimo amor, y una cordialísima estimación, si le miraban como á su libertador, y reconocían en él el instrumento de su felicidad, y el medio de que Dios se había valido para su entera conversión?

Mas no eran estos solos los que daban á nuestro santo muestras de su afecto y su ternura; mostraban amarlo todos los que eran testigos de sus maravillas, y de ellas lo eran cuantos presenciaban sus acciones: eran muy públicos y ruidosos sus milagros para estar ocultos. Todos veían, que al imperio de su voz no había demônio que no dijase la posesion tirana de los cuerpos; no había calentura que no mitigase su llama, dolor que no suavizase su amargura, herida que no cerrase sus labios, y enfermedad que no fuese de su presencia. Con una palabra, dicha desde el púlpito, descubre y desluzara las astucias y estratagemas del Infierno, que pretendía impedir el trato de la divina palabra. Con la misma facilidad que hacia los milagros, los destierra para corrección y castigo de la infidelidad y la dureza. A un muerto fingido, hace con su oracion que lo sea verdadero; y despues de castigada así la burla que se pretendía hacer del santo, le restituye la vida para que él y su compañero corrigiesen en adelante sus costumbres, y mejorasen la vida. Lloró un hereje con fingidas lágrimas la pérdida de sus ojos, y para hacer más creíble su do-

lor y degradinga; se los cubre con un paño ensangrentado: acude á nuestro santo por remedio, guiado de una cuadrilla de herejes para celebrar el fujimiento. Prométele san Antonio el remedio que era debido á su piedad y á su fe: dale su bendición, y manda que lo quiten el vendaje; quitánselo, pero al mismo tiempo se le saltaron los ojos. El miserable hereje confuso, dolorido y asombrado, hace de veras cuanto había pensado hacer de burlas. Llora, gime, se lamenta: los demás herejes se confunden. Los cristianos celebran con devotísimas lágrimas el triunfo de la fé, y Antonio, dejándose vencer de su misma caridad, le restituye los ojos, y comunica luz á los demás para que conozcan las tinieblas de la herejía en que viven.

Mas todo esto era poco aún para tener un dominio tan universal sobre los corazones; si además no hubieran visto que al poder de sus mandatos la tierra, el fuego, el aire y el agua le prestaban la obediencia más sumisa. Al imperio de su voz las más entumecidas olas de los embalsados mares se deshacían, convirtiéndose en una deliciosa calma: los peces acudían prontos á escuchar su voz; los aires frenaban sus furioses; el fuego detenía el progreso de sus ardiores voraces; y la tierra producía abundantes y sazonados frutos: aprontando también, cuando Antonio se lo mandaba, los envejecidos difuntos que yacían corrompidos en sus sepulturas.

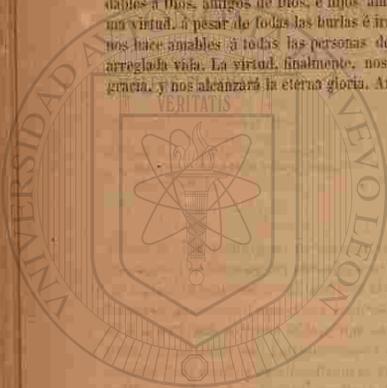
Prodigios son estos, señores, verdaderamente admirables, y que se harían increíbles si no se hablasen de un san Antonio de Pádua, de quien nunca se dicen cosas tan grandes que no espere oír las mayores de la devoción. Sería una presunción vana y temeraria proponerse cualquiera hacer una relación de todos los milagros de san Antonio; admirables por su grandeza, extraordinarios por la novedad y superiores por su número á toda la comprensión de los hombres. Un santo semejante, hermanos míos, tan útil á todos, sería una monstruosa maravilla si no fuese amado de todos; si los caminos, las calles y las plazas no resonaran en su alabanza; si los obispos, el clero, los magistrados y tribunales no saliesen á recibirle á las puertas de sus ciudades; si las campanas y los clamores del pueblo con una devota confusión no hiciesen la entrada de Antonio en las poblaciones, más magnífica que cuantas vió la soberbia Roma, en los pomposos recibimientos y gloriosos triunfos de sus cesares. Así dispuso la sabia providencia del Señor, que Antonio fuese amado y venerado despues de muerto. Los imperios, los reinos, las provincias, las ciudades, las villas, las aldeas, los palacios, las casas y las chozas más despreciables, todas se honran con alguna imagen de san Antonio. Cada día, el Cielo y la tierra, Dios y el hombre manifiestan

el amor singular que profesan á San Antonio. Su pobreza, su castidad, su penitencia, su caridad, su celo y las demas virtudes fueran recompensadas por Dios con las gracias ruidosas de hacer milagros, curar enfermedades, resucitar muertos, convertir pecadores, mandar á los elementos, hablar todas las lenguas, conocer los espíritus, y abuyentar los demonios: en una palabra, sus virtudes le hicieran amado de Dios; y estas mismas gracias de Dios que había recibido Antonio, ejercitadas en beneficio de los hombres, le hicieran amado de éstos.

Ved ahí lo que, desde el principio, me propuse poneros de manifiesto, y esto pienso que habéis entendido todos. Á lo menos todos habéis oído, que la virtud adquirió á Antonio la estimación de Dios y de los hombres; pero no sé si todos habéis quedado persuadidos de esta verdad: porpue cuando vemos á muchos hombres hechos objeto del aborrecimiento de Dios y de los hombres; tratados por las gentes con tedio y horror; tenidos por perjudiciales á las conciencias y al estado; reputados como enemigos de la paz y felicidad de las familias; y ser por sus delitos el blanco de la abominación de todo el mundo; claramente nos persuadimos de que semejantes gentes no creen esta verdad: que la virtud nos hace amables á Dios y á los hombres. Pienso que vosotros, mis hermanos, creeréis que un ocioso, por ejemplo, un hombre, digo, sin destino, que vive sin aplicar los brazos ó el entendimiento á alguna cosa útil al estado ó á la Iglesia; un hombre que traspaça con frecuencia este mandamiento de Dios, intimado á todos los hombres en nuestro padre Adán: «Comerás el pan con el sudor de tu rostro»; un hombre, finalmente, de este carácter, cuya sola ociosidad es un pecado, y cuya vida ociosa le enciende todos los vicios, no estará persuadido de que es aborrecible á Dios y á los hombres; á Dios, porque quebranta sus mandamientos; y á los hombres, porque en vez de servirlos de alguna cosa, solamente vive para perjudicarlos en casi todas.

Un mentiroso, en cuya boca jamás se halla la sinceridad y verdad, un hombre lleno de artificio y fingimientos, no se persuadirá jamás de que es abominable á Dios, verdad por esencia y verdad indecible; ni creerá que es aborrecible á los hombres, cuya pacífica sociedad y buena armonía destruye: éstos pensarán que sus astucias son provechosas, é inocentes sus engaños, porque se dirigen á sostener los pretendidos derechos de la parte que defiende. Pero en breve, señores, llegará tiempo, en que se correrá el velo á todas estas iniquidades, y apareceremos todos en la presencia de Dios tales como seamos. El vicioso aparecerá como vicioso, y el justo aparecerá como

justo, á pesar de todos los engañosos juicios de los hombres. Seguid, pues, amados míos, la virtud si queréis ser como san Antonio amados de Dios y de los hombres. La virtud es solamente lo que Dios estima en nosotros, no las riquezas, no los nacimientos ilustres, no los distinguidos empleos, no la robustez, la hermosura, la ciencia ú otros dones naturales. La virtud sola; vuelvo á decir, nos hace agradables á Dios, amigos de Dios, é hijos amados de Dios; y esta misma virtud, á pesar de todas las burlas é irrisiones de los pecadores, nos hace amables á todas las personas de juicio, de probidad y de arreglada vida. La virtud, finalmente, nos mantendrá en la divina gracia, y nos alcanzará la eterna gloria. Amén.



PANEGRÍFICO II DE SAN ANTONIO DE PÁDUA.

Qui locutus, et desecutus, hinc magnus vocatur in regno caelorum.

Quien habló y ensañóse, así será llamado grande en el reino de los cielos.

(S. MATHEO, 19.)

Si yo me propusiera hoy delinear en vuestra presencia el retrato de un grande de la tierra, más conocido por su nombre que por sus virtudes; ó si para realizar la debilidad de sus acciones necesitara valirme de los vanos adornos de la eloquencia humana, siguiendo el torrente de la adulación, tan universal en nuestros días, buscaría talvez entre sus ascendientes lo que desearia hallar en mi héroe; cubriría sus faltas con las glorias de aquéllos; daría, en fin, á su nacimiento los debidos honores, para suplir en parte las alabanzas que él no mereciera. Mas para formar el verdadero elogio del grande Antonio, cuya memoria hoy celebramos, no es menester dotenose en estos rasgos, más propios para nutrir la vanidad y entretenir el orgullo, que para excitar la piedad y promover la edificación. ¿A qué fin, pues, ponderar la nobleza del vencedor de la herejía, del apoyo de la Iglesia, del reformador de las costumbres, del oráculo de los predicadores, del martillo de los rebeldes, del muro firme de la fé, del héroe del celo de la honra de Dios, del arca viva del divino Testamento, como se explica con admiración Gregorio IX? ¿Por qué no preferiremos sus heroicas virtudes á su ilustre tronco? Olvidemos, pues, por esta vez, el gran nombre de Bullon, de la primera nobleza de Portugal; olvidemos asimismo el esclarecido de los Taveras, cuya ilustre descendencia por parte de su madre, viene de D. Fruela, rey de Asturias; pues el mayor blason de estas familias es haber producido á Antonio. Como Dios no es aceptador de personas, la grandeza

de su reino no se adquiere por vínculos de sangre. El que obrare y enseñare; esto es, el sábio dedicado á la instruccion de los fieles, que obrare con arreglo á las máximas eternas que enseña; éste será denominado grande en el reino de los Cielos, segun el oráculo de Jesucristo, sin que en orden á su calificación pueda influir el ser judío, ó el ser griego, conforme á la sentençia del Apóstol. Todo el mérito personal estriba en la enseñanza y en las obras. A estos dos principios, apoyados con la gracia, debe Antonio su grandeza delante de Dios, y de ellos debemos concluir nosotros su verdadero elogio. Ni yo haré otra cosa que entresacar sumariamente algunos pasajes de su preciosa vida, para haceros ver, que Antonio fué dos veces grande: *gran sábio y gran santo*: dos reflexiones breves que dividen justamente el asunto, y que si no delicadas, como tal vez esperaríais, son dignas de esta cátedra, de mi hórre, de vnestras atenciones, y de mis endebles conatos. Animad, ¡oh Dios! mis palabras, y purifícal mis labios: os lo pido por la intercesión de María. A. M.

Como Dios destinaba á Antonio por muro inexpugnable de su Iglesia, le dotó de aquellos dones que debían hacerle digno de su apostólico ministerio. Apenas sus padres, para hacerle útil á la religion y al estado, le aplicaron á la carrera de los estudios, cuando manifestó la profundidad de su talento, la claridad de sus lucos, la viveza de su ingenio, y lo dócil de su voluntad para una constante aplicacion. Bien presto se aventaja á sus contemporáneos, que la admiraban y consultaban como á oráculo; no siendo en el ménos loable su aplicacion al ejercicio de la oracion que al estudio. Los templos ó tabernáculos de Dios eran las delicias de este jóven, y las aulas que visitaba con mas frecuencia. Aquí ofrecía á Dios las primicias de su talento. Jesucristo crucificado era para Antonio un libro abierto donde aprendía sus inmensos beneficios; su infinita caridad y bondad, y sus entrañas de misericordia. Aquí se instruía en las finestas consecuencias del pecado, en la brevedad de la vida, en la estrechez de la cuenta, y rigor del juicio. Aquí oía las voces y silbos de este buen pastor, que se sacrificó por su rebaño. Estimulado de tan importantes asaltos del común enemigo, y de los peligros inminentes del mundo, de la carne y de la sangre, se refugió al puerto seguro de la religion, profesando entre los caudatigos seglares de San Agustin, extramuros de Lisboa, su patria, donde florecian la virtud y las letras. Aquí empezó la carrera de los estudios mayores, con admiracion de sus condiscípulos y maestros, que miraban sus progresos en las ciencias,

más como fruto de su fervoroso espíritu, que de sus tareas literarias. Bien presto se concilió la benevolencia y el séquito de aquel inmenso pueblo. Mas esto mismo sirvió á Antonio de estímulo para huir de su patria, donde temia maltragar entre el aura popular y el aplauso. Salíó á buscar la soledad y el retiro en Santa Cruz de Coimbra. El estudio de la teología fué, por orden de sus superiores, el objeto de los desvelos de Antonio, y en ella, despues de haber meditado muchas veces las Escrituras, la tradicion, los concilios y los Padres, adquirió conocimientos tan profundos, que mereció un dia por ellos ser honrado por el mismo sumo Pontífice con el glorioso título de Arca viva del Testamento.

A pesar de estos conocimientos y estas luces, que á cualquier sábio de nuestros dias hubieran hecho idolatra de sí mismo, trabajaba Antonio cuidadosamente por ocultarlas, ocupándose en los empleos más bajos de la comunidad, y estudiando en el silencio y el retiro. Mas como Dios no crió la luz para que estuviere sepultada, sino para que iluminase á los de su santa casa, y desterrase las tinieblas, no contento con haberle preparado para vaso de eleccion entre los hijos de Agustin, se dignó perfeccionarlo en la escuela de Francisco. Solicita con ansia su traslacion á los menores, que consiguen venciendo dificultades. Con el hábito mudó tambien el nombre de *Fernando* en el de *Antonio*, acaso en reverencia del grande abad y padre de las regulaciones, en cuya ermita fué la primera fundacion de los franciscanos de Coimbra.

¡Qué gozoso, señores, no pasaba Antonio sus dias, desconocido aún entre sus nuevos hermanos! Pero nuestro padre serático, que no ménos conocia su espíritu que su sabiduria, le destinó á la enseñanza de la juventud: siendo el primero en la órden á quien dió patente de doctor de teología. En el empleo de tan noble facultad se ocupó por algun tiempo en Monte Pesulano, en Pádua y en Bologna, estos grandes teatros de las ciencias. ¡Qué gloria, señores, para Antonio, haber sido precursor y maestro de los Ales, de los Buenaventuras, de los Bernardinos, de los Capistranos, de los Escotos, de los Aureolos, de los Rubiones, y de tantos otros varones ilustros, que han defendido y sostenido la Iglesia con su pluma, con su política, y á veces con su sangre! ¿Cuánto no debes, religion sagrada, á las luces que te comunicó Antonio, ya de viva voz, ya por escrito? ¿Con cuántas lenguas no nos habla aún en la gloriosa posteridad de sus discípulos? Mientras duren los fastos de nuestra religion, durará la dulce memoria de este su célebre y primer maestro.

Ni es leve argumento de su sabiduria el ministerio de la palabra,

en que tantas veces triunfó de los vicios y de los herejes. La defensa de nuestra religión, es la principal obligación de un doctor cristiano. Para desempeñar Antonio este cargo, que trae consigo el sacerdocio, ya en conversaciones privadas, ya en conferencias públicas, ya de viva voz, ya por escrito, disputa continuamente con los herejes: los confunde, los convence, los atrae, los convierte. Guaidos y Bonivillos, monstruos de la herejía y trofeos de la sabiduría de Antonio, presentan aquí por un momento á darme testimonio de esta verdad.

Todo concurría en Antonio á hacer irresistible su elocuencia. Robusto y sonoro metal de voz, gracia y circunspección en el decir, copia de doctrina, gravedad de sentencias, fuego en las expresiones, la austeridad de sus penitencias, que demostraba mudamente en su rostro, y sobre todo, la suavidad y fortaleza que derramaba Dios sobre sus labios, eran dulces cadenas que aprisionaban las almas. De ahí los numerosos concursos que seguían á Antonio arrastrados de su elocuencia; de suerte, que no bastando ya los templos, las calles y las plazas, salían á formar teatro y almoneda de las más espaciosas campañas. Se cierran los tribunales y audiencias, cesa el comercio como en las mayores solemnidades; los obispos, los magistrados, el clero, la milicia, todos los órdenes del pueblo; concurren á porfía á participar de la celestial sabiduría de Antonio. Diez, veinte á treinta mil personas de uno y otro sexo, de todas condiciones y estados, marchan en silencio, como en procesion y en ordenanza, á oír este nuevo Crisostomo, por cuyos labios se difundía la virtud irresistible del Espíritu santo. Las aras del cielo ahazan sus vuelos, y los peces del mar levantan sus cabezas y sacuden sus colas, halagüenos al imperio de Antonio, y en reverencia de la palabra de Dios despreciada por los herejes. Un bruto insolente postrase con sumisión á dar culto y adoracion al Sacramento al impulso de la voz de Antonio. Predica Antonio en lengua toscana, y es de todos entendido como si hablara en la de cada uno. Mas, para qué me canso y os molesto? Los ladrones y foragidos, cuya conversion pareció al Crisostomo tan difícil, como que de dos que se hallaron en el sacrificio del Calvario, se convirtió uno sólo, ¿no cedieron en número de veinte y dos á un solo sermón de Antonio? Por otra parte, ¿quién al leer sus escritos no se halla tocado de aquella elocuencia varonil, de aquella profunda y sublime sabiduría que le hacia triunfar de los herejes, y con la que tantas veces los atrajo al seno de la Iglesia?

Pero esta sabiduría, estas luces, esta vigorosa y suave elocuencia, esta profundidad y vehemencia de sus escritos y raciocinios, ¿de qué hubieran servido á Antonio, si engrasó, á imitación de los sabios

de nuestros días y filósofos del siglo, no hubiera incesantemente trabajado en dar gloria á Dios en sus obras, santificándose á sí mismo y á todos sus hermanos? La ciencia sin virtud, no es mémos muerta que la fe sin obras. Con arreglo pues á este principio, debemos considerar los grandes conocimientos de Antonio, y hallaríamos que no es mémos recomendable por su rara santidad, que por su excelente sabiduría.

Para mostraros la santidad de Antonio no es menester, hermanos míos, que me detenga yo á presentaros en toda su extension el cúmulo de sus grandes virtudes. No hablo, pues, de aquella rendida obediencia, superior á toda víctima delante de Dios, y móvil de las acciones de Antonio. No hablo de aquella humildad profunda, que le condujo á juzgar con desprecio de sí mismo, y á ocuparse siempre que podía en los oficios más bajos de la comunidad. No hablo de su pureza, esta virtud angelica tan singular en Antonio. No hablo de la severidad de una mortificación con que este animado esqueleto afligía á sus cansados miembros, reduciéndolos á servidumbre, hasta el extremo de no poderse mantener en los pies, cayendo á veces de su estado. No hablo de aquel profundo silencio, esta virtud desconocida en el gran mundo, y fruto de la humildad, con que supo ocultar por algun tiempo las luces de su sabiduría, hasta ser obligado á manifestarlas por un precepto de obediencia. No hablo de su altísima contemplacion, en que gastaba gran parte de la noche, hurtando así á sus miembros el preciso descanso, para gozar en éxtasis los frutos de su fervoroso espíritu. No hablo, en fin, de otras virtudes que obtuvo en grado heroico. Limitéme por esta vez á su celo.

¿Qué deseo de la honra y gloria de Dios no se describe en Antonio, cuando, con pecho apostólico, se ofrece y pide licencia á sus superiores, para ir á derramar su sangre por Jesucristo? ¿Desea en sus deseos la corona del martirio. Se lisonja de que los marroquíes, estos pueblos bárbaros, donde hamecha aún lo sangre de san Berardo y sus compañeros mártires gloriosos, que consagraron los principios de la religion franciscana, darían cumplimiento á sus deseos. Dirige á esas regiones su marcha con no menor impulso que solicita un cierto las fuentes de las aguas, y comienza con pasos de gigante su carrera. Las montañas más inaccesibles, las más ásperas, se suavizan y allanan á presencia de su ardiente deseo del martirio. Víctima preparada del celo, lograrás tus designios. Morirás con la gloria de mártir y con el dolor de no serlo. Dios va á detener tus pasos por medio de una prolija enfermedad, porque es Italia y Francia el teatro que te destina para que seas sacrificado en las aras de la caridad.

Aquí debes derramar á manera de río caudaloso las gracias de nuestros sacramentos, y llenar á la capital del reino cristiano de verdaderos israelitas. En estas regiones te debes presentar con la libertad de los Bautistas á reprehender los desórdenes de los grandes, y á conducir, según la perfeccion del Evangelio, á estas almas fieras, engreídas solamente con las ideas de su grandeza, de su ambicion y de su envidia. Aquí debes reformatar estas almas relajadas, tan poco pacientes de correccion, y que colocan el honor en la venganza, su política en la simulacion, su cultura en la inmodestia, su placer en la desenvoltura, pretendiendo se tenga respeto á sus pasiones, ó que se canonicen sus vicios.

Mas, cómo podré yo limitar á un discurso los esfuerzos de su ardiente celo? ¿Qué solicitud igual á la de un hombre, que pasaba el día trabajando, y la noche sin reposo? Aquí predica al pueblo, allí catequiza á los rudos; aquí disputa con los herejes, allí dirige á los perfectos; aquí socorre á los pobres, allí alivia á los enfermos. ¿Qué fatigas no sufrió en la mayor parte de Europa? ¿Cuántas veces no se vió expuesto al naufragio, antes de arribar á Sicilia? ¿Cuántas no toleró el peso del día y del calor en arenas y desiertos, no ménos ardentés que los de Libia? ¿Con qué constancia de ánimo no se expone Antonio á las persecuciones? Peligros en las ciudades, peligros en los caminos, peligros en los rios y mares, peligros de ladrones, peligros entre falsos hermanos; todo amenaza de muerte una vida tan preciosa. Mas su pecho apostólico desprecia todos estos peligros. Ni el hambre, ni la sed, ni la violencia, ni las aguas de la ingratitude pudieron apagar jamás, ni aun disminuir, su ardiente celo y caridad, hecho todo para todos, nada desea con más ansia que ser anatematizado por Cristo y por la salud de sus hermanos. Dígale la firmeza y celo apostólico con que, cumpliendo por medio del agüero, fué á presentarse á Excelmo romano, general de Federico II, adentrado persecuidor de la Iglesia, y hombre igualmente sin religion, que inhumano. ¿Qué sería ver á este celoso Elias á presencia de aquel otro Arah, y á este nuevo Leon á vista de aquel otro Gensérico?

Son dignas de vuestra atencion, señores, las severas palabras con que le reprende. ¿Eres tú, Excelmo, lo dice, aquel romano, que tiene llena de tragedias su patria y de escándalos el mundo? ¿Eres tú aquella renenosa vivora, que con ingrata crueldad rompies las entrañas de la Iglesia, esta piadosa madre que te dió el ser? ¿Cuándo le hartarás de profanar altares, de abrasar iglesias, de desflorar vírgenes, de deshonar matronas, de matar inocentes? ¿Cuándo, sangriento lobo, se apagará la sed que tienes de sangre humana? ¿Hasta

cuándo abusarás de la paciencia de Dios, que tiene en su mano repesadas las iras que merece tu fiereza? ¿Cómo no temes, bárbaro, la eternidad de tormentos que tiene bien merecidos tu crueldad y tu soberbia? Mira que te aviso de parte de Dios omnipotente, que si no pones freno á tus tiranías, ellas te han de precipitar al abismo, y has de acabar tu mala vida con ruidoso escarmiento. Al oír estas palabras Excelmo, sin embargo de su altivez y de su orgullo, tiembla y se estremece cual otro Félix á presencia de Paulo.

El odio que concebía contra el pecado no se extendía á los pecadores. Aborrecía el vicio, no las personas; y verdadero imitador de su maestro Jesucristo, se conducía con dulzura y fortaleza en la conversion de las almas, y en lugar de sacrificar los pecadores á un ardor indiscreto, se sacrificaba á sí mismo por ellos, mortificando en su inocente cuerpo los pecados de sus penitentes. Admirable estratagemá de su celo, caridad odiosa y ardiente, que confundirá por siempre á los herejes, que á manera de cuervos impuros, solo han salido del arca de la Iglesia á devorar los cuerpos de nuestros mayores, y que en lugar de derramar su sangre por el prójimo, han querido grabar las noveladas del error con la de nuestros padres!

Junta, señores, os ruego, todos estos rasgos en vuestra imaginacion, y juzgad si son capaces de justificar por sí mismos la sublime sabiduría de Antonio, y su rara santidad; sus profundos conocimientos en las ciencias y sus virtudes heroicas; sus trabajos apostólicos por la Iglesia en la conversion de las almas, y su incomparable celo por la honra y gloria de Dios; los gloriosos triunfos que su santidad consiguió de los herejes, y el generoso celo con que expuso su vida por sus hermanos; las luces que comunicó á la mayor parte de Europa, y la multitud de almas aplicadas ántes por troleo al carro del demonio, que su celo conquistó para el Cielo. Celo fuerte, celo compasivo, celo prudente y arreglado, que hará siempre honor á nuestra religion. Igual desearía yo fuese el de todos mis oyentes, para no llorar el vicio extendido á manera de torrente sobre todos los estados por falta de luz y de celo cristiano.

Si, señores, falta de celo juzgo, que el crimen aparezca con audacia, que reine la inercia, que domine la desenvoltura, que tengan fuerza de ley mil abusos detestables, que las máximas del mundo réprobo se hallen tan acreditadas, que la libertad en materia de costumbres carezca en el día de límites, que marchen los pecadores levantada la cabeza, que sean oprimidos los justos, y reducidos á gemir en secreto los desórdenes del siglo. ¿Dónde están, os ruego,

los que hacen frente á los vicios, al lujo, á la vanidad, al desenfreno miserable del otro sexo? ¿Dónde, entre vosotros, los que comunican á esos infelices la luz del desengaño, los que se arman de un justo celo viendo á Dios ultrajado, quebrantados sus preceptos, su ley santa violada, sus enemigos victoriosos, y una multitud de almas desgraciadas víctimas preparadas á la ira de Dios? En medio del diluvio de vicios que inunda casi toda la tierra, apenas se halla un Noé que se dedique á proveer asilo; en medio de tantos hombres temerarios, que osan blasfemar de Dios con audacia, apenas se halla un Moisés que castigue á estos sacerdotigos; en medio de tantos inobedientes, que violan la ley santa por gusto y por costumbre, apenas se halla un padre como Job, que por ellos ofrezca sacrificios.

Omnipotente y sempiterno Dios, renovad en nuestros días el ministerio de Antonio: suscitat un sacerdote fiel, sábio, celoso, prudente, caritativo, que trabaje con solicitud por la extension de vuestra religion y pureza de vuestro culto. Conozcan todos por vuestro amor que sois el Dios que hace estremecerse los desiertos, y que solo hay salud en Vos, que sois la vida y la resurreccion.

Vos, Santo mio, desde el sòlo de grandeza á que os elevó el buen empleo de vuestros talentos y vuestro ardiente celo por la causa de Dios, no os desdenguéis de arrojar una mirada favorable sobre vuestros devotos; alcanzadnos una gracia victoriosa, que disipe las nubes de nuestro entendimiento y sujete la rebeldia de nuestro corazón; para que todos conozcamos y amemos á Jesucristo, sacrificado por nuestro amor, cuyo angustio nombre sea ensalzado y alabado desde el Oriente al Occidente, desde el aquilon al mediodia, por todas las generaciones y todos los siglos. Amen.

PANEGÍRICO

DE SANTA APOLONIA, VIRGEN Y MÁRTIR.

Me expectaverunt peccatores ut perirent in: astutiam tuam infelix.

No buscaban los pecadores para perderse; y yo entendi los testimonios de tu ley.

(SALMO 116, v. 85.)

Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva á la perdicion. Así lo dice el oráculo sagrado, así lo vemos y palpamos, así lo publican las gentes todas, y esta es la verdad. Porque no es cierto, que el mundo está lleno de falsas ideas que nos preocupan, de falsas brillantes que nos engañan, de aporisiones falsas que nos alucinan, de falsos principios que nos deslumbran, de falsas máximas que nos pervierten, y de perniciosas costumbres que nos trastornan y conducen por un camino opuesto al de la salvacion? Falsos bienes, falsos honores, falsos deleites, falsos gustos, falsa libertad, falsa paz, y felicidad quimérica... ¿Notais otra cosa en la sociedad de los pecadores, en las gentes del mundo y en toda esa multitud de necios, que ofreciendo incienso á las pasiones, despreciando la ley santa, condenando todo lo que asusta á los sentidos, quitando al Evangelio, y haciendo triunfar al lujo, al deleite, á la ambicion y al orgullo, parecen destinados á demostrar, que todo es en la tierra vanidad de vanidades y aliecion de espiritu, como lo dice el Sábio? Error conocido de todos es el andar desearadamente por los caminos que llevan al precipicio, y grande locura el seguir una moral mil veces reprobada por Jesucristo; y sin embargo, esta es la conducta de los que, esclavos de sus pasiones, no viven sino segun sus deseos. Desengañémonos: señalos juiciosos, escuchemos la voz de la razon ilustrada con las luces de la fé, que nos dice, que en temer á Dios y en observar sus preceptos, consiste toda la grandeza del hombre; y convenzanos, en que una vida ociosa y regalada, mundana y dada al deleite

los que hacen frente á los vicios, al lujo, á la vanidad, al desenfreno miserable del otro sexo? ¿Dónde, entre vosotros, los que comunican á esos infelices la luz del desengaño, los que se arman de un justo celo viendo á Dios ultrajado, quebrantados sus preceptos, su ley santa violada, sus enemigos victoriosos, y una multitud de almas desgraciadas víctimas preparadas á la ira de Dios? En medio del diluvio de vicios que inunda casi toda la tierra, apenas se halla un Noé que se dedique á proveer asilo; en medio de tantos hombres temerarios, que osan blasfemar de Dios con audacia, apenas se halla un Moisés que castigue á estos sacerdotigos; en medio de tantos inobedientes, que violan la ley santa por gusto y por costumbre, apenas se halla un padre como Job, que por ellos ofrezca sacrificios.

Omnipotente y sempiterno Dios, renovad en nuestros días el ministerio de Antonio: suscitad un sacerdote fiel, sábio, celoso, prudente, caritativo, que trabaje con solicitud por la extension de vuestra religion y pureza de vuestro culto. Conozcan todos por vuestro amor que sois el Dios que hace estremecerse los desiertos, y que solo hay salud en Vos, que sois la vida y la resurreccion.

Vos, Santo mio, desde el sòlo de grandeza á que os elevó el buen empleo de vuestros talentos y vuestro ardiente celo por la causa de Dios, no os desdenguéis de arrojar una mirada favorable sobre vuestros devotos; alcanzadnos una gracia victoriosa, que disipe las nubes de nuestro entendimiento y sujete la rebeldia de nuestro corazón; para que todos conozcamos y amemos á Jesucristo, sacrificado por nuestro amor, cuyo angustio nombre sea ensalzado y alabado desde el Oriente al Occidente, desde el aquilon al mediodia, por todas las generaciones y todos los siglos. Amen.

PANEGÍRICO

DE SANTA APOLONIA, VIRGEN Y MÁRTIR.

Me expectaverunt peccatores ut perirent in: astutiam tuam infelix.

No buscaban los pecadores para perdersen; y yo entendi los testimonios de tu ley.

(SALMO 116, v. 85.)

Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva á la perdicion. Así lo dice el oráculo sagrado, así lo vemos y palpamos, así lo publican las gentes todas, y esta es la verdad. Porque no es cierto, que el mundo está lleno de falsas ideas que nos preocupan, de falsas brillantes que nos engañan, de apropiaciones falsas que nos alucinan, de falsos principios que nos deslumbran, de falsas máximas que nos pervierten, y de perniciosas costumbres que nos trastornan y conducen por un camino opuesto al de la salvacion? Falsos bienes, falsos honores, falsos deleites, falsos gustos, falsa libertad, falsa paz, y felicidad quimérica... ¿Notais otra cosa en la sociedad de los pecadores, en las gentes del mundo y en toda esa multitud de necios, que ofreciendo incienso á las pasiones, despreciando la ley santa, condenando todo lo que asusta á los sentidos, quitando al Evangelio, y haciendo triunfar al lujo, al deleite, á la ambicion y al orgullo, parecen destinados á demostrar, que todo es en la tierra vanidad de vanidades y aliecion de espiritu, como lo dice el Sábio? Error conocido de todos es el andar desahucadamente por los caminos que llevan al precipicio, y grande locura el seguir una moral mil veces reprobada por Jesucristo; y sin embargo, esta es la conducta de los que, esclavos de sus pasiones, no viven sino segun sus deseos. Desengañémonos: señalos juiciosos, escuchemos la voz de la razon ilustrada con las luces de la fé, que nos dice, que en temer á Dios y en observar sus preceptos, consiste toda la grandeza del hombre; y convenzanos, en que una vida ociosa y regalada, mundana y dada al deleite

te, divertida y entregada á los placeres de la concupiscencia, es la que ensancha y allana el camino de la perdición, y en que ella conduce infaliblemente á los abismos del Infierno. ¿Puede negarse esto? no; porque estas verdades tienen su asiento en los corazones de los fieles, y nadie puede negarlos. Para condenarse no hay más que seguir á la muchedumbre desenfrenada; dejarse llevar por las doctrinas, consejos y ejemplos de los sábios y prudentes del siglo; y esto es lo que quiere evitar en este día nuestra madre la Iglesia, proponiéndonos las virtudes de una santa que nos llama con su ejemplo, para que siguiendo sus pasos, logremos llegar como ella al monte santo de la perfeccion evangélica, en que está la puerta del Cielo.

Santa Apolonia es la santa que ha escogido Dios para que nos guie por el camino estrecho que conduce á la vida eterna. Ella, superior á los atractivos de las pasiones, y siempre adicta á los preceptos y consejos del divino Maestro, no declinó á la derecha ni á la izquierda, siguió constante por el camino recto de la virtud, venció gloriosamente al mundo, sus pompas y vanidades, vivió unida á Jesucristo, padeció y murió por Él; y al fin de su vida pudo decir con el gran Profeta: Me acometieron, Señor, los pecadores para perderme; pero con vuestra gracia entendí los testimonios de vuestra ley: No seríamos todos felices si pudiéramos decir otro tanto? A proporcionarnos esta dicha se dilgirá todo cuanto salgá de mis labios en este breve rato, si consigo la gracia que necesito. A. H.

Toda la ley y los profetas, dice Jesucristo, se reducen á amar á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á sí mismo. Amemos pues á Dios como le amó santa Apolonia; tengamos la fé, la esperanza y la caridad que tuvo esta santa; cumplamos con los divinos preceptos, siendo humildes, recogidos, dedicados á la oracion, al ayuno y penitencias propias de los hijos de Jesús; vivamos, en suma, piadosa, sóbria y justamente, como nos lo encarga el Apóstol y nos lo enseña con su ejemplo la prodigiosa virgen y mártir, cuya memoria celebra la Iglesia santa en este día; y yo os diré en nombre del Señor, que este es el camino que conduce á la vida eterna, que entremas en él confiados en la gracia; y que peleando, venciendo y triunfando con las armas de la milicia cristiana, veremos caer á nuestro lado mil enemigos y á nuestra diestra otros diez mil, sin que percibamos el menor daño del infernal dragon, que rujé por devararnos. Arda enhorabuena el mundo en partidos, disturbios y revoluciones espantosas; levántense los reinos contra los reinos, las naciones contra las naciones y las gentes contra las gentes; prinda la tea de

la discordia entre los hombres; ármense unos contra otros, lleven la disoncelon por todas partes; y llenelo todo de horrores y desastres. Salgan las furias infernales, infesten la tierra y no se vean en ella más que la iniquidad, la maldición, las abominaciones, vicios y pecados de la bestia, que vió el Angel de Pámos en su Apocalipsis. Véase si se quiere todo el universo, como se vió Alejandria cuando á impulsos de un profeta falso, en el año de 248, se enfureció el pueblo contra los cristianos, teniendo por un deber de conciencia la sedicion, la crueldad, la carnicería, el roto, el incendio, y todo el diluvio de desacatos y excesos que lleva consigo un motin, promovido bajo la influencia de los que con tono enfático aseguraban, que la ciudad iba á perecer, si quedaba en ella un solo adorador de nuestro Redentor; y caigan bajo el furacan de la oligarquía más espantosa respetables ancianos, como Metro; piadosas matronas, como Quitia; y vírgenes llenas de intrepidez y heroísmo, como santa Apolonia; que todo esto será tenido por un rasgo digno de la sabia Providencia, que vela sobre su Iglesia; servirá para demostrar, que en donde no está Dios todo es horror, todo miseria, toda confusion, y todo infierno; y patentizará á los hombres de todos los tiempos y lugares, que si en los tumultos populares padecen los inocentes, son vejados y perseguidos los virtuosos, y tratados con ignominia los que son fieles á su Dios, tambien este divino Señor se encarga de honrarlos, prestándonoslos como tipos, ejemplares y modelos de la conducta que debemos observar en las sediciones, abortos y mortuñes con que suele el Cielo castigar á los pueblos y probar á los justos, como es de verse en la esclarecida santa Apolonia; que habiendo sido un asombro de valor y constancia aun á los mismos paganos que la martirizaron, es la admiracion de todos los siglos, y la maestra encargada de enseñarnos el camino que conduce á la patria de la felicidad eterna.

Con efecto; santa Apolonia, ilustrada por el Espíritu santo que la poseta, se condujo en medio de la populosa ciudad de Alejandria como Daniel en Babilonia; cumpliendo con los deberes de su religion, y demostrando á los fieles, y muy especialmente á las doncellas, que es fácil á los hijos de la gracia el salvarse en el bullicio de la corte y al lado de las abominaciones é impurezas de los pecadores. Fabricó dentro de su corazón una especie de retiro, en que libre de todo comercio humano, y exenta de la hulla é inquietud de las pasiones, lograba aquel estado de tranquilidad y sosiego en que habla Dios al alma, y el alma oye y entiende la voz de su Dios. Sabia que sin este recogimiento interior, que sin la soledad del corazón,

está el alma tan disipada, que apenas puede escuchar la voz que dirige el Cielo á los que vigilan sobre sus almas: Temia la llegada del divino Esposo á la media noche, en que solo las fieles y castas esposas que le esperan en el silencio y sosiego de ella, son admitidas al celestial banquete; y de aquí, el vivir siempre en presencia de su Dios, en oración perpetua, en ayunos y penitencias, en la más exacta práctica de las virtudes propias de su estado. Era la veneración y el ejemplo de los cristianos de Alejandria, contenia con su compostura y respetable continente á los licenciosos y libertinos, animaba á los fieles á la perseverancia, los edificaba y señalándoles el camino de su salvación, los estimulaba á que le siguiesen, sin temer los obstáculos que oponen las pasiones y los enemigos de nuestras almas. ¡Felices mil veces los que siguen los pasos de santa Apolonia! ¡Dichosas las almas que se la proponen por modelo y la imitan en su conducta! porque serán un depósito de virtudes evangélicas, y caminarán imperturbables por las sendas que conducen á la patria de las dichas, venturas y felicidades.

Pero como los actos virtuosos de santa Apolonia eran aceptos á Dios, fue necesario que los probase la tentación, y que en ella apareciese todo su mérito. Ha indicado, que en sus días hubo en Alejandria una sacrilega sedición contra los cristianos; y ahora añado, que enfurecidos los gentiles con la sangre de los mártires, y azeados con el exterminio y con la devastacion, no pensaban más que en la carnicería, en la fiereza, en la crueldad, y medios de quitar la vida con saña infernal á los que confesaban la divinidad del verdadero Dios del universo; que entrando tumultuosamente en las casas de los fieles, los saqueaban, los robaban y abrasaban, despedazando ó degollando á sus dueños; que llegaron, al fin, á la casa en que santa Apolonia se ofrecia perpetuamente á su Dios, con deseos de padecer, sufrir y morir por el que amaba su alma, y que fue hallada digna de dejar señalado con su sangre el camino que conduce al Cielo. Se apoderaron aquellas furias infernales de la santa doncella, determinan usar con ella de todo el rigor de que son capaces los ministros de Satanás; é irritados con la firmeza de su fe, con la viveza de su esperanza y con el fervor de su caridad, la quebrantan todos sus miembros, la sacan con violencia los dientes y lasuelas, la dejan tendida en un lago de sangre, y convocan á consejo para deliberar sobre el género de muerte que la habrían de hacer sufrir. ¡Qué serenidad! qué gozo y alegría no manifestó en este lance nuestra santa, al considerarse digna de padecer por su divino Esposo! Venid, hombres del mundo, venid á ver á santa Apolonia revolcada en su sangre, y á sus

verdugos formando proyectos de crueldad; haced comparaciones y decidme, si los placeres de la gracia no son más sólidos, reales y verdaderos que los de los pecadores. ¿Ofrece el mundo á sus adoradores la ciencia de alegrarse, de tener placer y gozo en los más atroces tormentos, y de percibir un destello de la felicidad eterna en medio de las mayores tribulaciones, como la gracia de Jesús á los que le confiesan y adoran en espíritu y en verdad? Reflexionadlo. La prueba del fuego pareció á los tiranos de santa Apolonia que podría vencer su constancia, y harería renegar de Jesucristo; y unánimes y conformes determinan quemarla viva. La intiman esta irrevocable sentencia; la proponen la alternativa de blasfemar y negar á Jesucristo su divinidad, ó de arrojarse á una hoguera encendida para morir abrasada en ella; y santa Apolonia entra en consejo consigo misma como para reflexionar sobre la elección. Se ofrece de nuevo á su divino Esposo, pide luces al Espíritu Santo, ésta la inspira; la santa corte, se arroja al fuego, y en él queda abrasada. Los ángeles llevan su bendita alma á la corte celestial, en donde es recibida por Jesús, é inundada con aquel torrente de delicias que sale del trono del Cordeiro sin mancha; los paganos quedan asombrados con tanto heroísmo, y los fieles consolados al ver el poder y bondad de un Dios, que siendo admirable en sus santos, convida á todos á entrar y seguir por los caminos de una virgen, que pudo decir al Señor como el real Profeta: «Me esperaron, Señor, los pecadores para perderme; pero yo entendí los testimonios de vuestra ley, y con vuestra gracia la cumplí.»

Ahora bien, amados oyentes, ¿Habrá entre vosotros quien preguntase como el fariseo del Evangelio: *Qué hará para conseguir la vida eterna?* Yo le diré: ahí tienes el Evangelio, que es un libro divino y la regla segura de nuestras operaciones. Lee, practica lo que leyeres; no te contentes con saber lo que Jesucristo enseñó; obra lo que él te manda; y por si esto te parece imposible, eleva tu consideracion hasta el Cielo, y allí verás una multitud de santos de tu mismo estado, condicion, sexo y ocupaciones, que vencieron, triunfaron y reinan con Jesús en la gloria, porque guardáran sus preceptos; imítalos, y tu felicidad será como la suya. Ama á Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu, y al prójimo como á tí mismo, y teuto por dichoso y bienaventurado. ¿Se necesita de mucho estudio para aprender el secreto de ser virtuosos en esta vida y eternamente felices en la gloria? Escrito está: «que es bienaventurado aquel que lee, que oye y que observa lo que está escrito en el Evangelio;» y santa Apolonia nos sirve de ejemplo, de guia y de modelo

para practicarlo así. Ella vivió siempre adicta al cumplimiento de sus deberes evangélicos; peleó, venció y triunfó, porque amó á su Dios; fué llevada entre músicas celestiales á la gloria, porque jamás dejó los caminos de la salvación; y desde el trono de su felicidad intercede con nuestro Dios, para que nos proteja y defienda en este valle de lágrimas, y nos haga dignos de hacerla compañía en el Cielo. Con que imitémosla en sus virtudes, hermanos míos, pídamosla que nos favorezca en nuestras necesidades, que nos socorra en nuestras dolencias, que nos ampare y dirija en nuestros conflictos, que nos alcance la gracia que todo le puede, y confiemos en que nuestro Dios nos llevará por el camino de la salvación á la gloria eterna, que á todas desea. Amen.

PANEGÍRICO

DE SAN ATANASIO, PATRIARCA DE ALEJANDRIA.

*Vas electissimè es electissimè iste, ut possit
annunciare meum nomen in omnibus terris. Illi
quanta oportuit cum pro nominis meo patri.*

Este es un instrumento elegido por mí para llevar mi nombre; yo le haré ver cuantos trabajos tendrá que padecer por mi nombre.

(ACT. APOST. 9, v. 15.)

Cuando el Señor envió á Ananías á buscar á Saulo, transformado en otro hombre por la gracia, le dijo: Este es un instrumento que yo he elegido, para que lleve la gloria de mi nombre y la anuncie á los gentiles y á los príncipes del mundo; yo le manifestaré lo mucho que ha de padecer en esta grande empresa. Casi en los mismos términos habló el Señor al abad Pacomio, cuando Atanasio fué promovido á la silla patriarcal de Alejandria. Yo lo he puesto, dijo, por columna y por lumbrera de la Iglesia; muchas tribulaciones y calamidades tendrá que padecer en defensa de la fé y de la virtud; pero, sostenido por la gracia, vencerá todas las tentaciones y anunciará á las iglesias la verdad del Evangelio.

Con efecto; Atanasio es un vaso de elección como Pablo: el Señor le ha confiado como á aquel las más importantes empresas; ha sido el oráculo de su siglo, la columna de la fé, el modelo de la perfección para todos los estados; en los cuales supo unir con el más precioso enlace el valor, la virtud y la seguridad en medio de los peligros. Si se mira escondido en los desiertos, parece el dechado de la vida eremítica; si en el candelero de la prelación, parece que han resucitado en él los primeros pastores del cristianismo. Si se hace reflexión sobre los sucesos de su vida, parece que resucitó en él el espíritu y la vida de Pablo, porque representó como él á Jesucristo, á su gracia, á su Iglesia y á su Evangelio; siendo mártir ardiente de

la cruz, doctor ilustrado del Evangelio, apóstol universal de la Iglesia, y obra perfecta de la Gracia.

Parece que Dios, admirable en sus santos, ha querido hacerse admirable por un nuevo camino en Atanasio, formándole con el poder de su brazo como un prodigio compuesto de muchos milagros. Los milagros se llaman en la sagrada Escritura virtudes, señales y prodigios; virtudes, porque son sobre las fuerzas de la naturaleza; señales, cuando manifiestan alguna cosa sobrenatural; y prodigios, cuando son en un grado de excelencia extraordinaria. De estas tres maneras son admirables los santos, ó Dios es admirable en ellos; admirables por las virtudes que los elevan sobre la naturaleza; admirables como señales visibles que manifiestan las riquezas invisibles de la gracia que Dios ha derramado abundantemente en ellos; y más admirables como prodigios, cuando su santidad es más brillante, cuando Dios nos propone en ellos aquel todo, formado de porciones que parecen contrarias, cuando hace nacer la vida de la muerte, la luz de las tinieblas.

Entre los muchos justos conducidos por estas extraordinarias sendas, hay en Atanasio motivos especiales para que le miremos como un prodigio que Dios presentó á los ojos del mundo: elegido para sostener los intereses del mismo Dios, defender la pureza de la fe, y hacer en todo la causa común de la Iglesia, entra en una carrera la más dura y escabrosa de persecuciones y trabajos. Fugitivo casi siempre por la fuerza y la violencia de la tempestad, desterrado de su silla, separado de su Iglesia, oculto en los desiertos y en las cavernas de la tierra, su vida forma en los Anales eclesiásticos la época más extraña, y de que se hallan pocos ó ningún ejemplar; pero, si los días de esa preciosa vida no se parecen unos á otros, él es, en tanta vicisitud y contradicción, siempre semejante á sí mismo; y en virtud del que le ha enviado, pelea valerosamente las batallas, anuncia á la casa de Israel sus iniquidades, restablece la observancia de la ley, repara las ruinas del templo de Dios, defiende la divinidad de Jesucristo, se opone á los progresos de una herejía furiosa, á los cultos injustos de los emperadores arrianos, á los envados de la corte de Constancio, á los artificios de los herejes más astutos, á las decisiones de sus conciliabulos; y sin escuchar las promesas ni asustarse por las amenazas, rompe los lazos que se han tendido para sorprender la inocencia, profesa la fe de Nicea en el Oriente y en el Occidente, la predica en Alejandria, y la conserva en Egipto.

Para poner en orden esta multitud de acciones gloriosas, para comprender bajo una idea sencilla la vocacion, los trabajos, las vic-

terias, los sucesos del incomparable Atanasio, tíjmonos en las palabras que oyó el abad Pacomio: *Padecerá, vencerá, anunciará. Padecerá* con valor por la gloria de Dios, cuyo celo le consume; *vencerá* en todas las batallas, porque sus enemigos no podrán resistir la sabiduría y el espíritu que habla en él; *anunciará* la verdad del Evangelio, porque Dios le ha enviado para producir frutos permanentes. Todo lo hará manejando diestramente las armas de la virtud de Dios, que le ha dado un celo intrépido, una sabiduría vencedora, unos sucesos gloriosos. Por aquí propondré las empresas del gran patriarca de Alejandria; pero, para hablar de ellas dignamente y juntar á su elogio nuestro provecho, necesito é imploro los auxilios de la divina gracia. A. M.

Solo el celo de la gloria de Dios tiene las llaves de la inmortalidad; y cuando limitado á las aclamaciones de los hombres produce un esplendor frívolo y pasajero, el Señor le dá una duracion y un mérito, á que jamás arribarán los triunfos del orgullo. Dispensador absoluto de la verdadera gloria, sabe derramarla sobre las cosas más viles á los ojos del mundo, levantando pirámides elevadas y arcos triunfales sobre los desiertos, los suplicios y la muerte que se padecen por su nombre; disponiendo que la misma mano que pretende quitar la vida, immortalice la memoria, y que ponga sobre la cumbre del honor al que proscribó de los fastos del mundo. El nombre de Atanasio nos recuerda estos triunfos. Empeñado la Providencia en engrandecerle á la vista de Dios y de los hombres, no le presenta sobre la tierra sino para dar un admirable espectáculo á todos. Desde luego se reconoce en él un celo firme para emprender grandes cosas por la gloria de Dios; celo que se estreña con el mayor cuidado en su propia santificación; celo que se manifiesta con el mayor valor en la santificación de sus prójimos.

Dios conduce á esto justo y le guía por los caminos rectos, le muestra la grandeza de su reino, le comunica la ciencia de los santos, le hace la admiracion de los ancianos como á Daniel: él hace el objeto de su meditacion los mandamientos santos; y así, en la edad de veinte años, entiendo más que todos los que lo han enseñado. Oye hablar del grande abad Antonio, cuya fama se había extendido por todo el Egipto, y determina visitarle en su soledad, no por ver al hombre extraordinario, sino por aprender del amorceta perfecto. Antonio le recibe con agrado, condesciende con sus piadosos deseos; ¿y quién duda que el Cielo le ilustraría sobre los grandes designios á que destinaba aquel jóven? Atanasio queda por algun

tiempo en su compañía; y bajo la dirección de este hábil maestro, se perfecciona en la piedad, abraza la vida ascética, que continúa después, y sale de allí formado en todo género de virtudes y santos ejercicios, sale instruido como deben serlo todos los que se destinan al gobierno de la Iglesia.

¿Y cuál era entonces el estado de esta esposa amada de Jesucristo? Estado de un vivo dolor, de una profunda amargura. Las impiedades de Arrio, sostenidas por muchos obispos, favorecidas por algunos príncipes, reafirmadas por un sinnúmero de conciliabulos, disfrazadas bajo unas concesiones equívocas, persuadidas por los resortes de la más fina política, adoptadas por hombres ambiciosos, que triunfaban á la vista de sus sucesos; los obispos católicos desterrados de sus sillas, los arrianos en posesion de las más grandes iglesias. Esto es lo que ve Atanasio desde que abre los ojos: la nave de S. Pedro agitada con furiosas tempestades, la viña del Señor, hallada y demolidá por sus enemigos, el pueblo escogido expuesto á la seducción; ve este abismo de males y gima como Ezequiel, se inflama su celo como el de Matatías, y quisiera aplicar el remedio á costa de sus trabajos, de sus fatigas, de su sangre, de su vida. A la tierna edad de veinte años escribe un admirable tratado sobre la Encarnacion del Verbo, que hizo las delicias de los católicos, y causó gran terror á los herejes. Promovió á las sagradas órdenes, y empleado por el obispo Alejandro, asiste con él al concilio de Nicea. Allí brilla su celo en defensa del mismo obispo su maestro; allí brilla su valor resistiendo á Arrio y á los protectores principales de este herejía y de sus errores. La penetracion con que descubre sus artificios, la delicadeza con que desenreda sus sofismas, la sagacidad con que desconcierta sus medidas, llama la atencion; el respeto y aun la admiracion de aquellos padres congregados, que siendo tan sábios, tan celosos, miran al diácono Atanasio como el azote de los arrianos y como una de las más brillantes lumbreras de la Iglesia.

Como el Señor le había escogido para que puesto en el candelero diera luz á todos, nada importa que él se retire á un lugar ignorado de los hombres, cuando sabe que el obispo Alejandro, cercano á su muerte, le ha declarado por sucesor suyo en la silla de Alejandria. La mano de Dios la sacará del retiro, le presentará á los obispos de Egipto y al pueblo católico que le busca, será consagrado entre las aclamaciones y el júbilo de los fieles. ¿Qué no diría yo aquí, si lo permitiera el tiempo, de sus primeros cuidados, del arreglo de su propia casa, de la distribucion de sus horas, de la inversion de sus rentas, de sus ejercicios de oracion y de ayuno, de su cuidado en

hacerse dechado y ejemplar del rebaño, de su solicitud en apacientar sus ovejas, en curar las enfermas, fortalecer las débiles, reducir las extraviadas, guiar á todas, traerlas en su seno, pedir por ellas al Principio de los pastores, en hacerse el mediador, el reconciliador de Dios con el pueblo en el tiempo de la ira, como el caudillo Moisés?

Pero entre todos esos dones con que el Cielo le ha favorecido, sobresale su celo como el sol entre los astros. El presbítero Arrio, á quien se había confiado el cuidado de una parroquia, se transforma de pastor en lobo; embriagado de sus luces, de su elocuencia, de su imaginacion, se hace cabeza de partido, comienza á declamar contra la divinidad de Jesucristo. Atanasio levanta su voz, clama sin cesar, arguye, alienta á los obispos á combatir, á hacer frente al error: él se presenta en donde es menester, asiste á donde es más urgente la necesidad; se deja ver en todas partes, y en todas trabaja, instruye, reprende, declama con un celo infatigable. ¿Se reñirá este celo á los tiros de sus enemigos? Todos se reñen contra él, como que en él solo se refunden la fuerza, la saliduria, la elocuencia de todos los obispos ortodoxos, como que vencido él, piensan establecer impunemente sus errores. Atanasio sufre la tempestad, mas deshecha que levantó la herejía para sumergirle en sus olas; pero él dirige su nave por el impulso de Dios y no perece. No hay calumnia que no se suscite contra él; no hay crimen horroroso que no se le impute; pero la constancia de Atanasio no se dobla; el médico que ordena remedios dolorosos, no desiste por los gritos del paciente, ni un juez abandona la causa por las blasfemias del facineroso. Véase el celo de Atanasio igualmente firme, resuelto, infatigable en una vicisitud de la mas extraña: se mudaban los imperios, los sucesos tomaban aspectos diferentes; pero el valor, la resolución de Atanasio siempre son los mismos. Su celo se extiende á todo lo que es para la gloria de Dios: al propio tiempo que confunde los errores y hace triunfar la religion católica de la herejía y del cisma, es un director que nada omite para apartar al justo del pecado y conducirle á la más alta perfeccion; es un pastor que corre en busca de la oveja perdida, y la saca del precipicio á que la habían arrojado infelizmente sus pasiones; es un sabio que enseña á los grandes y á los ricos la humildad, á los pequeños y á los pobres la paciencia cristiana; es un maestro que conserva á los sábios de las ilusiones que puede causar la ciencia, y que disipa las tinieblas de los ignorantes por sus luces saludables; es un apóstol que se aplica á cultivar las plantas tiernas y á formar á Jesucristo en sus corazones; y por decirlo todo en pocas palabras, el infiel y el ateista, el hereje y el libertino, el justo y el

pecador, el rico y el pobre, el sábio y el ignorante, el príncipe y el vasallo, el hombre perfecto y el niño débil y sin experiencia, todos son objetos de su celo. Padece en estas empresas, como dijo el oráculo; pero vence por la sabiduría que las conduce.

Si la gracia distingue á cada uno por alguna virtud particular que hace su propio carácter, la sabiduría cristiana y sobrenatural hace el carácter de Atanasio. El le pide á Dios: pide aquella sabiduría que Salomón deseaba para distinguir el bien del mal, la luz de las tinieblas, la verdad del error. El Señor se la envía de lo alto, conforme á los designios que tenía sobre este su siervo y ministro; y junta esta sabiduría á su celo. ¿qué acciones tan gloriosas serán las de Atanasio! El celo sin la sabiduría hace temerarios; la sabiduría sin el celo hace indolentes y cobardes; pero la sabiduría y el celo juntos forman el héroe cristiano. Es menester un celo infatigable para entrar en las grandes empresas; es menester una sabiduría despejada para conducirlas; veamos la sabiduría de Atanasio después de haber visto su celo. Ho dicho, que pide á Dios la sabiduría; pero ¿con qué discreción! Sabe que Dios, que hace algunas veces milagros, no los hace siempre; y que el hombre que debe obrar en todo esperando el auxilio del Señor solo, debe trabajar de su parte. Con estas miras tan santas, nada omite por hacerse útil á la gloria de la religión y al bien de las almas; se aplica, desde los primeros años, á tomar todos los conocimientos propios del ministerio para que Dios le ha elegido. Busca la sabiduría de los antiguos inspirados de Dios; se detiene en los profetas, conserva las relaciones de los héroes de la religión, medita las parábolas, repasa los Proverbios, estudia su sentido: no estudia únicamente por ser sábio, eso sería curiosidad; no trabaja por adquirir reputación en el concepto de los hombres, eso sería vanidad; no pretende vender en provecho suyo su ciencia, eso sería un tráfico vergonzoso; estudia para su propia santificación y para la edificación de sus prójimos, para hacerse útil y no considerable, para servir á la Iglesia y no á su ambición, para la gloria de Dios, objeto el más poderoso, el más dulce, á quien consagra todas sus tareas, todas sus luces. Reconozcamos esta verdad por los efectos. En qué emplea su ciencia y sus raras dotes? En hacer conocer á Jesucristo, entender su reino, buscando la conversión y no el gusto de las genies; arrancando suspiros del corazón, y no mendigando aplausos; dejando á sus oyentes en una santa y generosa compunción, y no en una admiración seca y estéril. Emplea su ciencia en defender la divinidad de Jesucristo, negada y combatida por los arrianos, en sostener la verdad, la pureza de los miste-

rios de nuestra santa fé, confundiendo los partidarios del error; en volver al rebaño las ovejas que se habian separado; en inflamar y confirmar á sus hermanos. Sus adversarios no pueden resistir al espíritu divino que habla en él: están persuadidos de su doctrina, convencidos de sus argumentos, penetrados de su suavidad, confundidos de su inteligencia; y no pudiendo volverse contra la doctrina, se vuelven contra su doctor.

Ninguna prueba acredita mejor de vencedora la sabiduría de nuestro Santo, que esta contradicción que sufre de parte de los enemigos de la Iglesia. Pero ¿cómo debilitan su celo estas persecuciones? No por cierto. La promesa del Señor se verifica; yo os daré una sabiduría á que vuestros enemigos no podrán resistir. Sea Atanasio entregado á la altura de un mar proceloso, sepúltelo entre sus ondas la tempestad, lleguen las aguas de la tribulación hasta su alma; multiplíquense sobre los cabellos de su cabeza los que le aborrecen, sea unas veces depuesto de su dignidad, otras veces desterrado de su silla; obligúesele á andar fugitivo por los desiertos, confínesele en Tréveris, esté escondido en una casa particular (ó lo que causa horror) sepultado por cuatro meses en el mismo sepulcro de su padre; ocúltese por espacio de cinco años entre las penalidades de una seca cisterna; emprenda, agitado de la borrasca más furiosa que se habia visto, la peregrinación de una gran parte de la tierra: muchas son las tribulaciones de este justo; pero en todas vence. ¿Quién le conforta? ¿Quién le sostiene? La sabiduría verdadera, la sabiduría triunfadora, que consiste en el temor de Dios, en el horror al mal, en la fé viva, en la esperanza firme, en la caridad ardiente. La fé le sustenta, la esperanza le consuela, la caridad lo anima; y así, está alegre en la adversidad y es dichoso en medio de las más grandes tribulaciones. Atanasio se enoja contra el vicio y el error; pero su mansedumbre arregla la corrección, destierra las expresiones ásperas, aparta de las reprensiones todo lo que puede ofender; y hace que se reconozcan como efectos, no de la pasion, sino de la caridad y del celo sus palabras, porque se dirigen contra la culpa, no contra la persona, porque van á corregir al delincuente, no á desespararle. Fiel imitador de Jesucristo, sale prodigiosamente de las aguas de la contradicción, su sabiduría vence, su mansedumbre corona los triunfos de su sabiduría. *Vencerá*: los sucesos lo acreditan.

Quando el brazo del Omnipotente está empeñado en conducir por una brillante carrera de prodigios á estos hombres de sabiduría y de celo, son vanos todos los esfuerzos del mundo para impedir sus progresos. Dios habia manifestado que Atanasio anunciaría á las igle-

sias la verdad del Evangelio; es decir, produciría frutos de vida eterna, serían gloriosos sus triunfos. Y lo fueron efectivamente. Si lucha con sus enemigos, éstos se cubren de confusión; si disputa con ellos, quedan avergonzados; algunos que se muestran rebeldes en el principio, se rinden luego al calor de su espíritu, como la cera por la actividad del fuego. El Espíritu Santo habla en él á los herejes, y los convence con sus discursos; á los pecadores, y los convierte con sus ejemplos; á los justos, y los alienta; á los sábios, y los instruye; á los enfermos, y los cura; á la Iglesia, y la hace triunfar por su celo. Todos admiran á este caudillo indomable en sus empresas. La gloria le sigue como la sombra al cuerpo. Dios le corona con los sucesos más gloriosos. Pero ¿qué gloria es esta? díreis vosotros: ¿cómo compongo yo esta gloria con la vida que hizo Atanasio? En cuarenta y seis años de pontificado apenas le encontramos en su iglesia conduciendo en paz el rebaño que Dios le encomendó; le destierran, le deponen; él huye, se oculta en los desiertos, se esconde en los sepulcros y en las cavernas de la tierra: esto es lo que hallamos en su historia. Pues ¿en dónde están los sucesos gloriosos que yo digo? Respondo que Dios guía á Atanasio, y conservándole para aliento y defensa de su Iglesia, dirige sus pasos, está con él en la tribulación, le libra de ella y le glorifica cuando es su voluntad. Si en el concilio de Tiro se le reprende como á hombre que ha errado, y se le hace estar en pie como roca; en el de Nicea y en otros se aplaude su doctrina y se le premia de elogios. Si el emperador Constancio le destierra, Joviano aparece su presencia; se consulta con sus cartas, solicita sus instrucciones y le mira como á un hombre verdaderamente apostólico. Si los arrianos no dejan piedra sin mover por desacreditarle con el supremo Pastor, el papa Julio reconoce su distinguido mérito, admira la pureza de su doctrina, y le tiene á su lado por espacio de tres años para tratar con él sobre el remedio de los males que afligen á la Iglesia. Atanasio no tiene más enemigos que los enemigos de la fe y de la virtud: los fieles verdaderos, los que temen á Dios, los que profesan la pureza de la fe, le aman, le buscan y admiran en él al enviado del Señor para reparar las pérdidas de la religión, vengar sus ultrajes, defender sus dogmas, mantener su culto y conservar sus leyes.

Atanasio puede decir como Pablo: He peleado una buena batalla, he consumado la carrera, he conservado el sagrado depósito de la fe; ya no me resta sino la corona de justicia. Fue obispo de Alejandría por espacio de cuarenta y seis años; y murió en paz á los setenta y nueve de su edad. Sus sucesos gloriosos y sus victorias se continúan

después de su muerte. Atanasio tiene un número prodigioso de obras polémicas, históricas, morales, en que trata las materias más importantes; trata de nuestros libros canónicos, de la tradición, de la religión verdadera, de la naturaleza de un Dios en tres personas, de la creación y el estado del hombre antes y después del pecado; de la encarnación del Verbo contra los apolinaristas, de la reparación del mundo, de la fundación de la Iglesia, de la necesidad y eficacia de la gracia; de todos y de cada uno de los sacramentos, de los grados del ministerio eclesiástico, de la santísima Virgen, de los ángeles, de los apóstoles, de los mártires, de las virtudes; y para decirlo en una palabra, no hay materias importantes, no hay verdades dignas de explicarse á los fieles, ó para su instrucción, ó para su precaución, que Atanasio no trate. Además de estas obras tiene una portentosa multitud de cartas dirigidas á los reyes, emperadores, obispos, sacerdotes y diáconos; á los solitarios; al pueblo, en que dá, ó la instrucción, ó la luz, ó el aliento, ó el desengaño en las materias de la fe, así como pedim las turbaciones de la Iglesia por los secuaces del error. En todos sus escritos emplea la Escritura sagrada diestramente, penetra el sentido, descubre las verdades, halla en las expresiones simbólicas las imágenes brillantes de los profetas y las figuras de los misterios; conoce desde luego la dificultad de los puntos que trata, y los trata siempre con modestia, con claridad, con cultura, con erudición, con modestia, con humildad y con una viveza penetrante que llega hasta el corazón; cada palabra suya es una espada de dos filos, es una flecha de salud. El ha sido mirado como el padre de la fe ortodoxa; como una regla inmutable de la verdadera fé. Así han hablado de Atanasio los principales héroes del cristianismo.

Nosotros oímos todo esto de las virtudes, de los trabajos, de los servicios de Atanasio por la Iglesia; y si no nos aprovechamos de estos ejemplos, nos hacemos más culpables. Tres cosas debemos considerar atentamente en los santos: primera, los socorros que nos alcanzan del Señor por su intercesion poderosa; segunda, los ejemplos de virtud que nos han dejado; tercera, la confesion de que nos cubren cuando no seguimos esos ejemplos. Los santos han sido lo que somos nosotros, y nosotros podemos ser lo que ellos son, si hacemos lo que han hecho. La preocupación ó el error que nos domina y nos hace ser precisamente unos admiradores ociosos de los acciones de los santos, consiste en pararnos á considerar aquello que hay de brillante en su vida, los milagros, las profecias, los extasis, las austeridades, la renuncia de sus bienes; aquí nos detenemos cuando leemos su historia ó cuando oímos su elogio; y al ver estas cosas tan

grandes nos admiramos y decimos: estos han sido unos hombres singulares: ¿quién los podrá imitar? Pero quitad de esas historias todo lo que hay de misterioso y de extraordinario, porque esto no es de esencia de la santidad, y encontrareis que las virtudes de los santos siempre han sido las mismas, una fé viva, una esperanza firme, una caridad ardiente: todos han mostrado celo por la Iglesia, paciencia en los trabajos, buena fé en el comercio, integridad en las costumbres, desprendimiento de los bienes temporales, generosidad en perdonar las injurias, moderación en la prosperidad, compasión en las aflicciones de sus hermanos; y cuando se nos exhorta á imitar á los santos, no se nos dice que nos distingamos por acciones milagrosas, sino por costumbres cristianas: no que busquemos la vida extraordinaria de los anacoretas, sino que sigamos la vida comun que nos señala el Evangelio. Así, cuando la santa Iglesia nos propone el grande Atanasio para la imitación, separa de él aquellos penosos viajes que hizo, aquellos combates fuertes que sostuvo, aquellos desfierros prolijos á que fué condenado, aquellas obras prodigiosas que escribió; para todo esto le dió el Señor celo, talento, firmeza, así como exigian las empresas á que le había destinado; pero ello era extraordinario: Dios le confió esas empresas; y las que nos confía, las que nos manda seguir, en las que hemos de imitar á Atanasio, son diferentes. Estas son las virtudes iguales que encontramos en él: el amor á Dios, el celo por su gloria, la caridad con el prójimo, el desprendimiento de las cosas temporales, la humildad cristiana, la paciencia en los trabajos, el perdon de las injurias, la disposición para sufrirlo todo, para comprenderlo todo, para sacrificarlo todo antes que faltar á la pureza de nuestra santa fé; la cautela en nuestros pasos, la modestia en nuestras acciones, la moderación en nuestras palabras. Esto es lo que tenemos y lo que debemos imitar: esto es lo que Dios nos pide, dándonos al mismo tiempo sus auxilios. Para esto mismo nos servirá la protección de Atanasio, que seguro de su felicidad, está solivoto de la nuestra; la devoción verdadera, que consistió en la imitación de estas virtudes, le empeñará cada día más en nuestro favor, para alcanzarnos aquí los auxilios de la divina gracia, y después el descanso eterno de la gloria. Amen.

PANEGÍRICO

DE SAN ATILANO, OBISPO DE ZAMORA.

*Sicut tenentur ojas, fita el mundo ojas.
Oscuridad y claridad sola para el una
misma cosa.*

(PHARM. 136, v. 12.)

Aunque Dios sea admirable siempre en sus santos, es, no obstante, cierto, que nunca se hace admirar más, que cuando por los intereses de su gloria y la salvación de su pueblo, produce aquellos hombres extraordinarios, salidos de las tinieblas del retiro, donde se habían sepultado, para presentarse en la Iglesia, y desempeñar los altos designios de su providencia. En las obras maravillosas que hacen, se reconocen ciertos rasgos de la mano maestra que los ha formado; y por una misteriosa mezcla de virtudes brillantes y oscuras, glorifican al Padre celestial en las diferentes situaciones en que los ha puesto. La soledad donde se han formado, y la Iglesia en medio de la cual resplandecen como soles, llenándola de su pura luz, admiran igualmente los prodigios con que el Altísimo se ha dignado honrarlos.

No diré cosa alguna, hermanos míos, de que la soledad y la Iglesia no den testimonio glorioso al esclarecido Atilano, obispo dignísimo de Zamora, cuando diga, que habiéndole visto siempre con admiración, reconocieron aún más que mostraron los prodigios que la omnipotente gracia del Señor había obrado en su persona. Oculto, primeramente, entre las sombras del retiro, para esconderse á los ojos del mundo, y presentándose despues en medio de él para convertirle y edificarle, se hizo igualmente maravilloso. En la soledad, qué austeridades, qué humildad, qué olvido de las criaturas, y qué afecto al Criador! No amar más que el recogimiento, la penitencia y

la oscuridad ¡qué tinieblas! En la Iglesia y en medio del gran mundo hacer frente al error, sostener los derechos de la esposa del Cordero, dispensar á toda clase de personas la sana doctrina, velar por todas las necesidades, y proporcionar recursos á todas las miserias de su pueblo; ¡qué lleno de luzes!

Dios le llevó á la soledad, para ser en su vida oscura y retirada un prodigio de santidad y de virtud; así lo vereis en mi primer punto. Dios le dió á su Iglesia, para ser en su vida pública un prodigio de celo y fortaleza; así lo vereis en mi segundo punto. Pidamos los auxilios de la divina gracia: *A. M.*

La soledad tiene ciertas delicias; los que viven en ella abismatos en la contemplación de la divinidad, sin mas objeto ni esperanzas que lo eterno é invisible, son los ángeles que saben estimar sus ventajas, comprender y disfrutar sus dulzuras. Hay algunos que se refugian á la soledad como á un asilo; otros, que escuchan á Dios en ella como en su escuela, y otros, que le poseen y se regocian con él como en su santuario. Es un asilo para los tímidos, una escuela para los discípulos, y un santuario para los perfectos; un asilo contra las tentaciones y peligros del mundo, una escuela contra sus errores é ignorancias, y un santuario contra sus extravíos y distracciones. ¿De cuántas tentaciones y peligros se libertó Atilano en este asilo? ¿Cuántas eminentes virtudes aprendió en esta escuela? ¿Qué uniones tuvo con Dios en este santuario?

Nacido en Tarazona de Aragon, hijo como el Precursor de Jesucristo de las oraciones de unos padres sólidamente cristianos, desde sus más tiernos años parece destinado á triunfar de todos los vicios y pasiones. Temeroso de Dios como Tobias, observador de sus leyes como Daniel, tan asistente al templo del Señor como el profeta de Sión, formaba las delicias de los autores de su ser, y era objeto de edificación para todos sus contemporáneos. En su corazón anidaba la inocencia, brillaba en sus palabras la verdad, la prudencia dominaba todas sus acciones, precedía todos sus pasos la justicia, reinaba en sus juicios la rectitud, y nada había en él que no fuese fruto de una consumada madurez. Complació el Cielo de las bellas disposiciones de aquella tierna alma, la llama al retiro del santuario; y Atilano, formando un juicio recto sobre lo temporal y eterno, exclama: Dios mio, Vos me llamais con la voz de vuestra gracia eficáz; yo os escucho, y os sigo. Si es necesario para complaceros apartarme del seno de mi familia, dejar mi patria, sepultarme en horribrosos desiertos, teñir las rocas con la sangre de mis maceraciones, y

que las montañas y cavernas resuenen con mis profundos llantos y gemidos, aquí me tenéis; ni un momento me detengo en decidirme. Dadme, Dios mio, alas de paloma para volar y esconderme en el desierto; haced que no piense mas que en Vos; no dejéis expuesta mi debilidad á las olas borrascosas de un mundo agitado por los vientos furiosos de falsas doctrinas, ni á la calma letárgica de un indiferentismo criminal, propio de los réprobos. Así se explicó Atilano, y á los quince años de su edad huye de la casa paterna, y se refugia al asilo seguro de un monasterio del órden de S. Benito, cerca de Tarazona.

Consagrado con los votos monásticos, acreditó con su fervor, con su observancia regular, con su admirable ejemplo, la verdad de su vocación y la firmeza de sus propósitos. ¡Oh! cuán admirable se ostentó la virtud de Atilano en aquel misterioso retiro! Creyérase ver en él resucitados los Pablos y Antonios, los Macarios é Hilariones, y todos aquellos héroes de la vida monástica, que en tiempos anteriores asombraron al mundo con sus pasmosas acciones. Su silencio no se interrumpía más que con la armonía de los cánticos sagrados; su oracion no conocía otra tregua que la necesaria para leer los santos libros; su humildad confundía á los más perfectos; su obediencia admiraba á los más fervorosos; y los más penitentes hallaban mucho que aprender en su asombrosa austeridad. En él brillaba aquella caridad que nunca se cansa, aquella benignidad que jamás se debilita, aquella paciencia que permanece siempre inalterable. Beneficio sin igual, se le encontraba siempre dispuesto á servir y favorecer á quien necesitase sus auxilios. Sensible en alto grado, no habia dolencia que no procurase aliviar, ni pena que no intentase consolar, ni género alguno de sufrimiento que no tolerase á trueque de evitarlo en sus prójimos. Así atendia nuestro fervoroso Atilano á hacerse digno de su santa vocación, cuando penetró en su monasterio la fama de santidad en que vivia San Froilán.

Quiso nuestro Santo asociarse á aquella antorcha, que á la sazón brillaba en las montañas de Leon. Despues de haber consultado con el Cielo, pidió y obtuvo licencia de su prelado, y corrió el nuevo Eliseo en pos del nuevo Elías, á llenarse de su espíritu y beber su santo celo. Atravesó terrenos quebrados, profundos valles, sin temor del alfanje africano, que por do quiera persigue á los discípulos de Jesucristo; tolera las molestias de la intemperie y se hace insensible á las fatigas y al cansancio por hallar á aquel hombre extraordinario. Pero inútilmente busca día y noche. Froilán parece huir de su presencia; clama al Señor, y éste parece sordo á sus gemidos. Por fin, su constancia vence todos los obstáculos y logra el éxito de

sus ansias. Encuentra á Froilán en el monte *Carcurino*, y se queda en él para aprovecharse de su dirección en la vida del yerino. ¿Habeis observado como se unen el iman y el hierro, y como corren uniformes las aguas-hacia su centro? ¿Veis como los vástagos de la vid se entrelazan, se estrechan, se fortifican, se comunican su energía, y hacen una alianza difícil de romperse? Pues estos símiles os harán conocer lo que pasó en la primera visita que tuvieron Atilano y Froilán. Ambos se propusieron meditar la ley santa del Señor, y excitarse á los rigores de la evangélica mortificación, á las austeridades de la penitencia y á los ejercicios asombrosos de los anacoretas. Su mente estaba siempre ocupada en las cosas del Cielo, y ni siquiera se acordaban de que eran unos seres mortales que necesitaban proveer á su existencia. Solo aquel Dios, que se complacía en contemplar las ilustres victorias que diariamente reportaban en la soledad, y los ángeles que recogían los laureles ganados en su heroica lucha, serían capaces de decirnos, cuánto era el valor de aquellas corazones magnánimos, cuán grande su fortaleza para contrarrestar á los ruidos ataques del enemigo de su feñridad.

No es extraño que los pueblos concurriesen con avidéz á admirarlos en su soledad. Atraídos por su asombrosa virtud, acudían á ellos, imploraban su caridad, reclamaban como hijos del Crucificado sus auxilios, se ofrecían á vivir como ellos. Inspirados del Cielo edificaron el célebre monasterio de Moreuela, donde se reunieron más de doscientos monjes, bajo la regla del gran S. Benito. S. Froilán fué su abad, y S. Atilano su prior. ¡Venturosa soledad! se han cumplido en tí los oráculos proféticos. Todo en las horrendas bosques se trueca en delicias inefables. Donde poco hace no se oía más que el espantoso rugido de las fieras, y el pavoroso bramido del huracán, se escucha ahora el suave acento de los salmos y la armonía de las divinas alabanzas. Entre tanto el etolicismo se llena de gloria, adquieren nuevo prestigio sus adorables máximas, acrecientase la observancia de los consejos evangélicos, y revive el antiguo fervor de los claustros. Se ve, pues, que Atilano fué en su vida privada un prodigio de santidad y de virtud, en unos tiempos los mémos á propósito para practicarla, porque nuestra patria, obligada á vivir en continua lucha con el poder sacraceno, no pensaba más que en defenderse, ó en arrojar el yugo bajo el cual gemía. Hablemos ahora de su vida pública.

No quiso Dios que estuviesen ocultas las principales antorchas de santidad con que se dignó iluminar á nuestra patria, en los tiempos de sus mayores calamidades y desgracias. San Froilán fué colocado en

la silla episcopal de Leon, y San Atilano en la de Zamora. Uno y otro fueron consagrados en la Pascua de Pentecostés del año 900. ¡Obispos los humildes penitentes del desierto! ¡Qué adorables son los designios del Señor! Ya, Dios mio, han dejado de ser vuestros siervos Froilán y Atilano, los llamais vuestros amigos: habeis puesto en ellos todo cuanto una naturaleza mortal puede llevar de vuestra gloria, de vuestra magnificencia, y de vuestro poder sobre el corazon y pensamientos de los hombres; y ellos adoran vuestra providencia, obedecen vuestra voz, dejan su amada soledad, y marchan á cumplir vuestras órdenes celestiales. Atilano entra en Zamora como un enviado del Señor, se presenta á sus ovejas, las trata con la mayor dulzura, les manifiesta su entrañable amor, se ofrece á dirigir las por los caminos de la virtud á la feliz eternidad; y haciéndose dueño de los corazones de sus hijos, logra reformar las costumbres.

Bien pronto cayeron sobre su diócesis todo género de infortunios. Por una parte, la esterilidad de los campos arrastraba en pús de sí el hambre, la miseria y todas las desgracias á ella consiguientes. Por otra, la epidemia sembraba por dó quiera el luto y la muerte. Tras de esto, el bárbaro Almanzor talaba provincias enteras, entraba á sangre y fuego en el reino de Leon, y á manera de un impetuoso torrente, no dejaba tras sus huellas más que sangre y exterminio. ¡Qué grandeza de alma no era necesaria para hacer frente á tantos ravases? Atilano acude al remedio de sus ovejas, que no tienen ni pueden esperar otro consuelo, en tan apurados lanceos, que el que sabe proporcionar la religión. A los unos explica los recónditos arcanos de la Providencia, que se sirve de las adversidades para purificar á sus criaturas, ó hacer prueba de su fidelidad, ó roducirlos por medio del castigo á la senda de la salvacion que abandonaron. A los otros inculca la necesidad de someterse á los incomprensibles decretos del Señor con humilde resignacion, ahogando los gritos de las pasiones, dispuestas siempre á blasfemar de lo que no está en armonía con sus depravados deseos. A estos les exhorta á desarmar con la penitencia y el arrepentimiento la mano invisible que les hiere. A aquellos les demuestra que las tribulaciones son el camino más seguro para llegar á poseer los goces de la inmortalidad. Ahora está á la cabecera del enfermo para atenuar la acorbidad de sus dolores con palabras dulces y paternales. Luego corre al lecho del moribundo para animarle á dejar sin duelo una tierra de amarga esclavitud, en donde todo es llanto y padecer, con la confianza de gozar en breve las inefables delicias del Paraiso. En una palabra, Atilano es el gran génio que vela por todas las necesidades y proporciona recursos á todas las

miserias. El pobre halla en él un protector, el desgraciado un apoyo, la vídua un consolador, el huérfano un padre, el débil su defensa, el perseguido su refugio, el enfermo su salud; y las miserias todas una providencia dispuesta siempre á extender sobre ellas su mano bienhechora, á calmar los pesares, á remediar los infortunios y á llevar donde quiera la paz de Dios y la alegría del corazón.

Nunca empero demostró tanto el heroísmo de su gran corazón, como cuando vio destruida por los moros la misma ciudad de Zamora, sede de su obispado, y reducidos á cenizas sus templos. Léjos de huir de aquel teatro de desolación, ni un momento abandona á sus ovejas; por el contrario, redobla todo su celo pastoral para prodigar á sus hijos cuantos consuelos lo inspira su ternura. ¿Qué hubiera sido de aquel pueblo á no haber tenido por obispo á nuestro celosísimo Atilano? ¿Cómo hubiera podido sobrevivir á tantos desastres y á su completa destrucción, si ese hombre que le fuera dado por la Providencia, no hubiese fortalecido los ánimos de aquellas tristes víctimas del alfaque sarraceno? Diez años de heroica perseverancia costó á Atilano la regeneración de su pueblo; diez años de penas y fatigas, de resignación y paciencia le dieron por fruto el ver restaurado en su diócesis el culto del Señor, renovar las buenas costumbres, rectificados los hábitos, y la sociedad no menos brillante que antes de la invasión de sus bárbaros opresores.

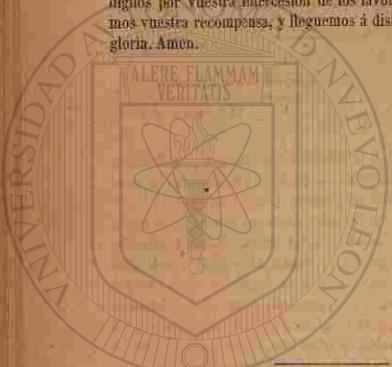
Sosegada esta tormenta y restituida la bonanza á su Iglesia, proyecta hacer un viaje á los santos lugares de Jerusalén para satisfacer su devoción, visitando aquellos sitios consagrados con las huellas del Salvador de los hombres. Antes de partir bendijo á sus diócesanos; y dejando arreglada la administración espiritual y temporal de su Iglesia, salió en traje de peregrino, y llegado al puente que hay sobre el Duero, arrojó á las aguas su anillo pastoral, diciendo: «Cuando le veyda á ver estare seguro de que Dios me ha perdonado.» Por la Palestina andaba con un solo compañero, iba desprevenido aún de lo necesario para su subsistencia, y pedía limosna de puerta en puerta como los demás peregrinos. Dos años ocupó en este penoso trabajo; y habiendo después consultado con el Cielo, como acostumbra, oyó una voz celestial que le llamaba de nuevo al seno de su Iglesia. Atilano no vaciló un momento en someterse á los decretos de la Providencia, venció heroicamente la repugnancia que le causaba el volver á las espinosas tareas del episcopado y sacrificó gustoso su devoción al bienestar y utilidad de sus ovejas. Vueltos pues en alas de su celo hacia España, llega al anochecer á las cercanías de Zamora y pasa la noche en la ermita de San Vicente. Hospedándole

los ermitaños, que eran marido y mujer, y partieron con él su cena. A la mañana siguiente fueron á la casa del obispo por la limosna que cada día les daban; y pidiendo también para el huésped, les dió el mayordomo un pez grande, el cual entregaron á Atilano para que le abriese mientras ellos iban por lumbré y agua. Abrióle el siervo de Dios, y dentro de él halló el anillo que dos años antes arrojara al río. Hincóse de rodillas, y levantando las manos al Cielo, exclamó lleno de amor y de agradecimiento: «Cuánto, Dios mio, merecí yo ver tus divinos auxilios en medio de mi tribulación? Bendito seas eternamente, porque Tú solo obras semejantes maravillas, y consuelas de este modo á los que se sirven con corazón contrito y humillado. Acabada esta oración, se vió el Santo milagrosamente vestido con las ropas pontificales; se tocaron por sí solas todas las campanas de Zamora, infundiendo un gozo celestial en los corazones de las gentes. Se difundió por todas partes la voz de que habia llegado el santo obispo, y todos corrieron á postrarse á los pies de su padre, de quien por tanto tiempo se habian visto privados.

Así demostró el Señor la santidad de Atilano; de este modo manifestó lo agradable que le habian sido sus pasos y sus virtudes. Allí vivió siete años con sus amados zamoranos, derramando sobre ellos las mayores gracias y beneficios. El último periodo de su santo vida en nada desmereció de las épocas anteriores; fué siempre celoso de la gloria de Dios, defensor ardiente de la verdad, amante de la justicia, dispensador fiel é incansable de la doctrina evangélica; fuerte en sostener los derechos de la Iglesia, magnánimo para hacer frente al error, el modelo en fin del episcopado católico. Por último, llegó el gran día del premio y de las recompensas: murió con la paz de los justos y su bendita alma voló á la mansion de la gloria.

Misérminos, hermanos míos, agradecidos al que tan portentosamente supo hermanar las calidades del hombre privado con las del hombre público, y no se ostentó ménos grande cuando en la soledad se consagraba á las pacíficas ocupaciones de monje, que cuando como obispo dirigía una grey numerosa, entre las asperezas de una época sembrada de peligros. Vigilante sobre sí mismo, hizo brillar todas las bellezas de la religion, llevando hasta el heroísmo su austeridad, su obediencia, su humildad, y las demás virtudes que constituyen la perfeccion evangélica. Celoso del bien del prójimo, desarrolló en favor suyo toda la solicitud de que era capaz su corazón, que no ansiaba otra felicidad que la gloria de Dios y la salvacion de las almas. Imitemos estas virtudes, y como él llegaremos á disfrutar de la gloria.

Santo glorioso, alcanzados del Señor que imitemos vuestros ejemplos; haced que como vos busquemos un asilo contra las iniquidades del mundo, una escuela contra sus ilusiones, y un santuario contra su invocación; que todos vivamos cual cumple á buenos católicos, vigilantes sobre nosotros mismos, y no ménos atentos á conservar la gracia del Señor, para que de este modo nos hagamos dignos por vuestra intercesion de los favores celestiales, merezcamos vuestra recompensa, y lleguemos á disfrutar de vuestra misma gloria. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZAMORA
DIRECCIÓN GENERAL DE

PANEGÍRICO

DE SANTA BÁRBARA.

*Exemplum virtutis et fortitudinis.
Decado de virtud y de fortaleza.*

(II MAGNAN. G. V. DL.)

Razon tuvo el gran padre de la Iglesia san Ambrosio, de llamar á esta esposa amada del Salvador campo fértil y abundante, heredad del Señor fecunda en santidad y virtud. Como Jesucristo la fundó sobre las ruinas de la Sinagoga, quiso darle una prueba de su amor, colocando en su seno personas de todas clases, estados y condiciones, dotadas de aquellas gracias y preadas admirables que forman el carácter de sus escogidos. El pueblo de Israel, en otros tiempos era un pueblo de eleccion, donde parece que el nacimiento hacia el mérito de sus individuos; pero la Iglesia ó sociedad cristiana, al paso que goza de otras más nobles prerogativas, como establecida sobre principios más altos, no deja de ser más universal en su vocacion, abrazando en su centro á cuantos la gracia, que es el principal distintivo y el primer móvil de sus operaciones, atrae, conduce y suavemente arrastra á la profesion y observancia de su moral y de su religion. Qué de ejemplos os pudiera referir de toda clase de personas, en quienes esta gracia triunfó admirablemente y que fueron un testimonio de su poder en gloria del Crucificado! Nuestro Dios, en los arcanos soberanos de su eterno consejo, tiene sellados los destinos infalibles de sus criaturas, y todos los medios que parecen desproporcionadas á la prudencia humana, son oportunos y aptos para la ejecucion de sus designios; como que tiene sus mayores delicias en hacer conocer al mundo que ni el estado, ni el sexo, ni el nacimiento, ni la edad, pueden frustrar sus decretos, cuando elige para vasos de honor y de gloria los que parece habian nacido vasos de ignominia y de contumelia. No obstante que su providencia dispone con suavidad el régimen y direccion de sus criaturas, proporcionando los efectos segun la exigencia de las causas; con todo,

muchas veces por una demostración de su poder y de su amor, deja las sendas comunes y regulares, y se complace en formar sus obras de un modo muy particular, extraordinario y desusado.

La Santa que en este día veneramos, es un testimonio prodigioso de la gracia del Señor, y una prueba la más enérgica de su bondad y de su amor. Él la escogió para esposa suya, previniéndola con aquellas bendiciones y carismas que la hicieron digna de su agrado y complacencia. Ni lo delicado de su sexo, ni su edad tierna, ni la profesión de sus padres, ni los errores de sus dentos, en que nació envuelta, pudieron impedir que el Señor pusiese los ojos en su sierva, y la aborase de las más altas y relevantes prendas de sus celestiales dones. Como rosa fragante entre las espinas, y como astro luciente en medio de la niebla, se levanta Bárbara superior á sí misma, siendo á la vista del mundo espectáculo de admiración y de asombro. El esposo dulcísimo de las almas la plantó por su misma mano en los primeros años de su edad, como una flor temprana en el ameno jardín de la Iglesia, coronándola con la duplicada diadema de virginidad y martirio; para que fuese á los siglos vanideros un ejemplar el más raro de virtud y fortaleza. La gracia, que es la joya preciosa con que se enriquecen las almas, la hizo ejemplo de virtud. La gracia, que mueve los corazones y los llena de un celestial ardimiento y de un vigor más que humano, la hizo ejemplo de fortaleza. Y ved ya en breve delineado el plan de mi discurso en este rato. Una virgen prodigiosa en su vida, primera parte; una virgen admirable en su muerte, segunda parte; en su vida, por lo singular de su virtud; en su muerte, por lo extraordinario de sus martirios. Bárbara viviendo, es ejemplo de virtud; Bárbara muriendo, es ejemplo de fortaleza. Pidamos los auxilios de la gracia. *A. M.*

Siempre es el Señor admirable en sus santos; pero lo es mucho más cuando eleva á la santidad aquellas almas, que parecen haber nacido totalmente para el mundo. Hay en la naturaleza ciertos atractivos tan poderosos para el mal, que es menester una particular gracia para sofocarlos. Ser cristiano y hacer profesión del catolicismo quien ha sido educado en el centro de la Iglesia; ser humilde y despreciado aquel á quien el Cielo negó estos bienes que llamamos de fortuna; ser casta y pura una persona á quien se promete galardón y corona inmarcesible por su pureza, ó que abrazó por elección un estado, donde toda la mira es conservar esta virtud para que no se empañe el cristal de su limpieza; son efectos ordinarios de la gracia, que si bien merecen nuestra atención, porque al fin son el

cumplimiento de la ley, causan asombro, me atrevo á decirlo, ni se celebran como prodigio. Pero no avergonzarse de la Cruz, sino seguirla con gusto y con ostentación; abandonar las riquezas y con veniencias del siglo, que fomentan y encienden con tanta fuerza el espíritu mundano y divertido; negarse á los gustos mas halagüeños y seductivos de la carne una alma que nació en las delicias, en el regalo, en las riquezas, en una religión que hace mérito del deleite; esto es lo que me parece asombroso, y esto es puntualmente lo que ejecutó nuestra Santa.

Ella abrazó desde su tierna edad la religion cristiana, sin embargo de tener un padre tan adicto á las leyes del gentilismo, que era uno de los mayores perseguidores de Jesucristo. Dióscoro parecia, por su poder y condicion altanera y feroz, un monstruo del abismo, para atraer á la superstición ó idolatría á cuantos tenia al alcance de sus fuerzas y facultades; Bárbara, por el contrario, dócil á las impresiones del Cielo, nada aborrecia más que aquellas obras de los hombres, y que se quemase incienso á los demonios. Dióscoro no perdia punto en instruir á su hija, segun las máximas execrables de su moral pagana y corrompida; Bárbara se valia de todas las criaturas para descubrir la mano invisible del que las crió, y á quien solamente se deben nuestros homenajes, cultos y adoraciones. Dióscoro, cuidadoso en la disciplina de su hija conforme á los ritos de sus padres y mayores; Bárbara, diligente en despreciar aquellos falsos documentos tan opuestos á la unidad de aquel Dios, que iba rayando con sus luces en su alma. Estos simulacros, se decía á sí misma, estos simulacros de piedras y de mármoles, estos teños secos é inanimados; ¿es posible que sean autores de la belleza de los cielos, de la hermosura de los astros, del curso de los planetas, de la producción de las plantas, de la animación de los vivientes? ¿Cómo es dable? Vos, Señor de los cielos y tierra, Vos solo sois el Dios de mi corazón; Vos solo sois el criador del mundo, y solo Vos habeis podido fabricar esta admirable hechura del universo, y extraer del abismo de la nada esta prodigiosa multitud de criaturas, que son el emblema de los sentidos y el man de mis potencias. Abrid, Señor, los senos tenebrosos de mi entendimiento, para que yo conozca con claridad la luz que empieza á rayar en mi alma. No tardó el Señor en oír los ruegos de su sierva que tan justamente le pedía; y proporcionándole un maestro tan célebre y erudito como el grande Orígenes, que á la sazón se hallaba en Alejandria, recibió de este grande hombre, por comunicación secreta y epístolas familiares, los documentos necesarios para su instrucción y enseñanza.

Yo no puedo en el corto espacio que se permite á un panegirico, detenerme en referiros por menudo todos los lances de su vida, ni ménos en haceros relación circunstanciada de sus virtudes. Baste deciros, que Dióscoro, su padre, dió sin pensarlo ocasion para que desahogase Bárbara el arbor de su espíritu, y, como paloma inocente, hiciese las alas de su corazón, y envaso sus suspiros al Cielo, para que su divino Esposo oyera sus aflicciones. Dióscoro, por extremo celoso de su hija, la encerró en una torre para resguardo de su belleza. Era nuestra Santa de una hermosura tan peregrina, que cantaba á cuantos la miraban. Juntábanse á la perfeccion del cuerpo las prendas amables de su alma, un entendimiento despejado, una imaginación feliz, una condiccion apacible, un genio dulce y suave, una discrecion admirable: motivos todos de complacencia en los extraños, y de embateso y delicia en su padre; que tan tiernamente la amaba. Luego que llegó nuestra Santa á la edad de doce años, determinó su padre darle cuenta de sus intentos en orden al matrimonio, por haber tenido de personas calificadas de la ciudad diferentes demandas, ¿Cómo os parece quedaría el corazón de Bárbara á una prepueta semejante de un padre, por una parte, idólatra de su hija, y por otra, esclavo de su misma condiccion fiera é inhumana? ¿Qué haría esta casta doncella en tal conflicto? ¿A quién acudría su angustiado interior, habiendo de disgustar á su padre, y aún irritarle, si le declaraba el motivo de su repugnancia á un estado tan competente á su persona?

No temais, oyentes: El Espíritu Santo que obraba en el secreto de su alma con superior impulso, le inspira unas palabras dignas de escribirse en láminas de bronce. No cabe negar, padre mio, le dice, lo mucho que os debo; pero en la proposicion que acabais de hacerme, no puedo obederos. Harlo siento daros este disgusto; sirvame de disculpa el no ser conforme á razón que por casarme con un hombre mortal, pierda un celestial y eterno esposo. ¿Qué os parece, hermanos, de la respuesta de nuestra santa niña? ¿Qué juzgais de su intrepidez en una materia, en que son los deseos tan balagüeños y tan fácil el consentimiento? Al punto Dióscoro con semejante razonamiento, salió del aposento; si bien con algun enfado, pero confiado en que el recato y los pocos años de Bárbara, que le inspiraban tales proyectos, no dejarían de mejorarse en adelante y dar satisfaccion á sus deseos. La casta virgen viéndose libre de aquella borrasca que se había levantado en su alma, ofrece á su esposo Jesús su corazón, se entrega enteramente á sus divinas disposiciones, le sacrifica su pureza, y con voto de perpetua virginidad se enlaza dul-

mente con su Dios. ¡Y qué! pensareis acaso, que paró en esto el ardimiento de Bárbara y la libertad de su espíritu conforme á los consejos y preceptos evangélicos? No por cierto: no quisiera molestaros ni abusar de vuestra paciencia; no puedo, empero, dejar de haceros presente aquel pasaje de su vida, que le dió ocasion á su gloriosa muerte. Manda su padre fabricar en medio del jardín donde tiene á su hija, un suntuoso baño para su recreo y regalo, y ordena á los artifices que abran dos ventanas que den luz á aquella estancia. Bárbara, con sus ruegos, puede recabar de los oficiales que añadan tercera ventana á las dos que ordenó Dióscoro, para tomar de aquí ocasion de hablar con su padre del fundamento de nuestra fé en el número misterioso de aquellas tres ventanas. Luego que Dióscoro entra en el baño, pregunta la causa de aquella novedad, que no era segun sus órdenes. No os inquieteis ni allereis, padre mio, le responde Bárbara: en estas tres ventanas que veis, está representado el misterio más augusto y necesario para nuestra salvacion; el ilumina á todo hombre que viene á este mundo, y sin él todos los esfuerzos de nuestro corazón son infructuosos é inútiles; es preciso confesar tres personas distintas en unidad de esencia, Padre, Hijo y Espíritu Santo y un solo Dios verdadero. La segunda que es el Verbo eterno, se vistió de nuestra naturaleza en el seno castísimo de una virgen, y nos rescató con su muerte de la esclavitud del demonio. Los ídolos del gentilismo no son más que simulacros de Satanas, tan despreciables como la materia de que se componen. Esta es la crencion indispensable; esta es la base de la religion católica; y esta es la fé que tengo radicada en mi alma, y por la que daré la vida mil veces, si es necesario rubricarla con mi sangre. No queda un leon tan furioso, herido y atravesado con la flecha del cazador, como quedó Dióscoro, irritado y encendido en cólera al oír las palabras de su hija que le penetraron el alma. Por sí mismo, determina hacerse juez y verdugo de su causa; quiere sacrificar por sus propias manos á la inocente doncella en ódio de la fé que profesa. Bárbara ofrece sus manos puras y su corazón inmaculado en hostia y holocausto á aquel Señor, que se complace en la pureza de sus siervos; y despues de haber dado al mundo un ejemplo de virtud en la carrera de su vida, lo dió de fortaleza en la consumacion de su martirio y en la hora más preciosa de su muerte.

Imaginad desde luego á Dióscoro como una fiera embravecida, más cruel que cuantos tiranos reconoce la antigüedad en las historias. Cuando aún los mismos brutos exponen su vida por sus propios hijos, él maquina todos los medios de acabar con la de su ino-

cento hija: él la coje entre sus manos, y para saciar su barbarie y fiera la arrastra con inhumanidad por el suelo, descarga crueles golpes sobre aquel tierno y delicado cuerpecito, bañando en sangre su angelical rostro con fuertes y repetidas bofetadas; y aún pareciéndole poco lo ejecutado, determina dar aviso al presidente que juzgaba la causa de los cristianos. ¡Fiera inhumanidad de un padre, que tuviese entrañas para ejecutar semejantes atrocidades en una tierna doncella de tales prendas, que solo el mirar su angelical rostro, era bastante para ablandar corazones de piedra! Más que de bronce era el de Dióscoro, pues no contento con los castigos referidos, la entrega en poder de Marciano, que en aquella ciudad y provincia hacía las veces del César: él mismo se ofrece al presidente de ser fiscal severo de aquella causa, hasta que á fuerza de tormentos abandonase Bárbara la ley del Crucificado y adorase las fabulosas deidades.

Preséntase Bárbara delante de Marciano. A vista de su hermosura queda turbado y confuso el presidente; y recibe tal impresion en su ánimo, que se duele y siente tener oracion de condenar una belleza tan amable. Él la habla con ternura y caricias para reducirla á sus intentos; pero Bárbara, más firme que un peñasco, que no recibe la menor alteracion al golpe de las ondas, confiesa libremente al Dios de Israel, y protesta, que ni palabras, ni promesas, ni amenazas, ni halagos, ni carinos podrán hacer vacilar su constancia. Por más que Marciano, mudando de rumbo, le proponga rigurosísimos tormentos; por más que la persuada que confesar la ley de Cristo era echar un borron á su nobleza y denigrar la fama y esplendor de sus antepasados; que era malograr su hermosura y su tierna edad, viéndola á perder ignominiosamente y siendo homicida de sí misma en desgracia de su padre, del emperador y de los dioses; no puede recabar de esta heroína ni una palabra aún indiferente en materia de religion; antes detestando la inicua proposicion del juez, le responde intrepida y esforzada: Yo ofrezco mis sacrificios al verdadero Dios, que crió los cielos y la tierra con todo cuanto en ellos se contiene: á Él solo se le debe el honor y la gloria, no á las falsas deidades, que tú y otros semejantes ciegos á la razon y á tan soberanas luces adoráis. No temo ni á tus dioses, ni al César: ni á mi padre: todos vosotros solo tenéis poder sobre mi cuerpo; mas no podeis hacer el menor daño á mi alma.

No pudo resistir Marciano á la fuerza de las palabras de Bárbara; y cerrando los ojos á la razon, se mudó en fiero y cruel el que antes se habia mostrado tan blando y tan compasivo; y así, entregándola á los ministros de justicia, mandó que la despojasen de sus ves-

taduras, y que con nervios de toro la azotasen cruelmente hasta despedazarla. Era una compasion mirar su delicado cuerpo destilar sangre á fuerza de los golpes que descargaban sobre sus virginales miembros. Solo al inicio junz no causó lástima aquella carnicería, antes se arivó más su furiosa rabia al ver la alegría y serenidad de semblante con que la santa doncella sufría tan rigurosos castigos. Para acrecentar los dolores, mandó que con ásperos cilicios le frotasen fuertemente las heridas y llagas del lastimado cuerpo. Con la violencia de este segundo suplicio, brotó la sangre por todas partes; y temiendo no quedase exánime, arbitró su malicia un nuevo tormento, aplicándole planchas de hierro ardiendo á los heridas para restañar la sangre que copiosamente corría. Cansado el prefecto de atormentarla sin fruto, la manda encerrar en la cárcel pública, reservando para otro día ejecutar mayores crueldades. ¡Que no pueda yo referiros sencillamente lo que pasó con nuestra Santa en aquel calabozo oscuro! El lenguaje puro de los ángeles que la asistieron, era necesario para hablar de aquella luz celestial, que iluminó la habitacion de Bárbara; de aquella visita tan deliciosa, que le hizo su Esposo amante con un sin número de cortesanías de la gloria, recorriendo interiormente su alma y endulzando sus amarguras. ¡Qué palabras tan tiernas nó oyó de boca del mismo Dios! ¡Qué vigor no infundió este Señor en su corazón! ¡Qué ardor no encendió en su pecho, superior á todas las potestades del Infierno! Su rostro quedó lleno de claridad y belleza, sus heridas sanas, sus miembros enteros como si jamás hubiesen sido maltratados, su alma deseosa de padecer por amor de su dulce Jesús que tanto la regaló con su presoncia. Tal era la llama que ardía en sus entrañas, que le parecia larga y pesada la noche, porque la impedía y retardaba el saciar la sed de padecer por su amado. Animo, pues, aliento, casta doncella; prepárate á los más atroces tormentos que se leen en las historias. Marciano no espera más sino que amanezca el día para cobar su rabiosa furia en tu persona, y no omitirá trazas ni ardidés diabólicos con que martirizar tu carne, si no ofreces incienso á los dioses.

Así fué puntualmente: vióndole al juez que évan en vano sus persuasiones, amenazas é invecitivas, con que segunda vez quiso vencer la constancia de Bárbara, y por otra parte, el desahogo y libertad con que ésta rechazaba sus propuestas, encendido en furia contra la Santa, manda al instante á los verdugos que con garfios y peinos de acero le rasguen los costales. Ejecutaron solícitos aquellos sayones el mandato de Marciano, de suerte, que sacaban entre las aceradas puntas á pedazos las blancas carnes de aquel tierno y virginal cuer-

pequito, aplicándole para su refrigerio hacías encendidas, y los dolores sobrepujaban todo sentido; de manera, que para no desmayar, fué menester la fuerza del Espíritu Santo, que interiormente la confortaba. Ejecutada esta crueldad, para que no quedase martirio por padecer, ordenó que la atasen á un poste y con un martillo le golpeasen la cabeza y le quebrasen el casco y los huesos, y luego con agudos cuchillos le fuesen cortando los pechos á pedrazos. ¿A qué me canso, hermanos? Concluyamos de una vez y admiremos la gracia de nuestro Dios, que en naturales tan flacos obra tantas maravillas. Superior se manifestó Bárbara á todos los tormentos que inventaron los tiranos, llenaba de asombro aquella constancia invencible en una niña de doce años; cuando los mismos verdugos quedaban avergonzados y rendidos en sus suplicios. Pero ¿cómo acabará su vida esta ilustre confesora de la fé de Jesucristo? Al filo de la espada. Pero ¿de qué espada? Me horrorizo al pronunciarlo: de una espada, manejada por su mismo padre, por el mismo que le dió el sér y la vida. Dióscoro, este monstruo, esta furia del abismo, fué el verdugo de su hija. ¿Quién imaginaria tal barbarie en un padre? No pudiendo sufrir este feroz idolatra la constancia y la firmeza de Bárbara en la fé del Cristianismo, resolvió, con ánimo cruel y diabólico, ofrecer á sus dioses el cruento sacrificio de la prenda más amada; y cogiendo á la hija de los cabellos, y retorciéndole el cuello, cortó con el alfauje una vida que merecía durar eternidades. La flor hermosa de su cuerpo cayó al golpe del cuchillo, y su alma, como cándida paloma, voló al nido del esposo á descansar en los brazos de Dios. No pudo ver el Cielo sin horror atentalo tan inhumano, y un rayo desprendido de una nube tenebrosa, abrasó con su llama al autor de maldad tan execrable. Dióscoro en el Infierno paga y pagará eternamente la pena de sus gravísimos crímenes; y Bárbara goza y gozará eternamente en el Cielo la corona de sus triunfos y el premio de su martirio.

Y una virgen á quien nuestro Dios amó tanto, ¿cómo puede dejar de ser medianera eficaz para con sus devotos? En los truenos, rayos, tempestades, huracanes y alteraciones del aire. Bárbara es el consuelo universal de quien la invocó, especialmente de los labradores, que tanto menoscabo reciben de los estragos del granizo y de la piedra. ¡Felices devotos de esta virgen, y más dichosos los que se esmeran en sus cultos y en promover la devoción de la Santa! ellos conseguirán todos los bienes de fortuna y de gracia en esta vida, y en la otra la corona de la gloria, que á todos deseo. *Amen.*

PANEGÍRICO

DE SAN BASILIO, ABAD,

OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

In medio Ecclesie aperit Dominus os ejus, et complerit illam spiritu sapientie et intellectus, utque gloria vestiat illum.

En medio de la Iglesia le abrió el Señor sus labios, llenándole del espíritu de sabiduría y de inteligencia, y revistiéndole de un manto de gloria.

(ECCLES. 16, v. 5.)

¿Cuán difícil le es al hombre, el seguir constantemente el camino de la justicia, aún después que Dios le ha puesto en él por su infinita misericordia! La perseverancia en el bien obrar es cosa tan importante en la vida espiritual, como la conservación de la existencia física en la vida corporal; y si acto de un Dios criador es, el dar el sér á una criatura, no es ménos don de Dios su conservación; si acto sobrenatural y portentoso es, dar la vida de la gracia, acto no ménos sobrenatural ni ménos portentoso es la perseverancia en el estado de gracia. Sin embargo, el grande Agustín nos dice: «El que te crió sin tí, no te salvará sin tí.» Grídanos el Señor sin nuestra cooperación; pero no perseveraremos sin nuestra cooperación. Dios nos ha criado en el estado de prueba; preciso es, pues, que seamos probados; la prueba hace ver lo que valemos, la prueba es la piedra de toque de nuestro mérito. Y veid, señores, porqué nuestro Dios supremo remunerador, nos ha colocado en este mundo como en un campo de batalla, para que siendo fieles en la prueba, para que saliendo victoriosos en el combate con su gracia y nuestra libre cooperación, seamos coronados y recompensados. Aún más. No basta vencer una vez sola, ni solas dos veces; deber nuestro es, vencer siempre; y solo el que perseverare fiel hasta la muerte, será salvo, según el oráculo divino. La perseverancia en el bien obrar, la constancia, la firmeza, la fortaleza cristiana, es lo que perfecciona una vida virtuosa, lo

pequito, aplicándole para su refrigerio hacías encendidas, y los dolores sobrepujaban todo sentido; de manera, que para no desmayar, fué menester la fuerza del Espíritu Santo, que interiormente la confortaba. Ejecutada esta crueldad, para que no quedase martirio por padecer, ordenó que la atasen á un poste y con un martillo le golpeasen la cabeza y le quebrasen el casco y los huesos, y luego con agudos cuchillos le fuesen cortando los pechos á pedrazos. ¿A qué me canso, hermanos? Concluyamos de una vez y admiremos la gracia de nuestro Dios, que en naturales tan flacos obra tantas maravillas. Superior se manifestó Bárbara á todos los tormentos que inventaron los tiranos, llenaba de asombro aquella constancia invencible en una niña de doce años; cuando los mismos verdugos quedaban avergonzados y rendidos en sus suplicios. Pero ¿cómo acabará su vida esta ilustre confesora de la fé de Jesucristo? Al filo de la espada. Pero ¿de qué espada? Me horrorizo al pronunciarlo: de una espada, manejada por su mismo padre, por el mismo que le dió el sér y la vida. Dióscoro, este monstruo, esta furia del abismo, fué el verdugo de su hija. ¿Quién imaginaria tal barbarie en un padre? No pudiendo sufrir este feroz idolatra la constancia y la firmeza de Bárbara en la fé del Cristianismo, resolvió, con ánimo cruel y diabólico, ofrecer á sus dioses el cruento sacrificio de la prenda más amada; y cogiendo á la hija de los cabellos, y retorciéndole el cuello, cortó con el alfaque una vida que merecía durar eternidades. La flor hermosa de su cuerpo cayó al golpe del cuchillo, y su alma, como cándida paloma, voló al nido del esposo á descansar en los brazos de Dios. No pudo ver el Cielo sin horror atentalo tan inhumano, y un rayo desprendido de una nube tenebrosa, abrasó con su llama al autor de maldad tan execrable. Dióscoro en el Infierno paga y pagará eternamente la pena de sus gravísimos crímenes; y Bárbara goza y gozará eternamente en el Cielo la corona de sus triunfos y el premio de su martirio.

Y una virgen á quien nuestro Dios amó tanto, ¿cómo puede dejar de ser medianera eficaz para con sus devotos? En los truenos, rayos, tempestades, huracanes y alteraciones del aire. Bárbara es el consuelo universal de quien la invocó, especialmente de los labradores, que tanto menoscabo reciben de los estragos del granizo y de la piedra. ¡Felices devotos de esta virgen, y más dichosos los que se esmeran en sus cultos y en promover la devoción de la Santa! ellos conseguirán todos los bienes de fortuna y de gracia en esta vida, y en la otra la corona de la gloria, que á todos deseo. *Amen.*

PANEGÍRICO

DE SAN BASILIO, ABAD,

OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA.

In medio Ecclesie aperit Dominus os ejus, et complerit illam spiritu sapientie et intellectus, ut gloriá vestiat illum.

En medio de la Iglesia le abrió el Señor sus labios, llenándole del espíritu de sabiduría y de inteligencia, y revistiéndole de un manto de gloria.

(ECCLES. 16, v. 33.)

¿Cuán difícil le es al hombre, el seguir constantemente el camino de la justicia, aún después que Dios le ha puesto en él por su infinita misericordia! La perseverancia en el bien obrar es cosa tan importante en la vida espiritual, como la conservación de la existencia física en la vida corporal; y si acto de un Dios criador es, el dar el sér á una criatura, no es ménos don de Dios su conservación; si acto sobrenatural y portentoso es, dar la vida de la gracia, acto no ménos sobrenatural ni ménos portentoso es la perseverancia en el estado de gracia. Sin embargo, el grande Agustín nos dice: «El que te crió sin tí, no te salvará sin tí.» Grédonos el Señor sin nuestra cooperación; pero no perseveraremos sin nuestra cooperación. Dios nos ha traido en el estado de prueba; preciso es, pues, que seamos probados; la prueba hace ver lo que valemos, la prueba es la piedra de toque de nuestro mérito. Y veid, señores, porqué nuestro Dios supremo remunerador, nos ha colocado en este mundo como en un campo de batalla, para que siendo fieles en la prueba, para que saliendo victoriosos en el combate con su gracia y nuestra libre cooperación, seamos coronados y recompensados. Aún más. No basta vencer una vez sola, ni solas dos veces; deber nuestro es, vencer siempre; y solo el que perseverare fiel hasta la muerte, será salvo, según el oráculo divino. La perseverancia en el bien obrar, la constancia, la firmeza, la fortaleza cristiana, es lo que perfecciona una vida virtuosa, lo

que inmortaliza una larga serie de hechos buenos, brillantes; es lo que corona la cúspide del edificio espiritual.

Teniendo que hablaros hoy, amados míos en el Señor, del gran patriarca, obispo y doctor de la Iglesia San Basilio el Magno, he querido haceros las reflexiones que preceden como para introducir en la escena más importante del gran drama histórico del siglo IV y V, en los que la Iglesia, que había salido victoriosa, brillante, refulgente como el sol, del horroroso ciso de las persecuciones, durante más de tres siglos; tuvo que sostener una lucha, tanto más peligrosa, cuanto más doméstica con el arrianismo, que principió con una chispa encendida allá en Alejandría, y prendió con la velocidad del rayo y la violencia del fuego en todo el Oriente y la mayor parte del Occidente. Muchas, muchísimas é infinitas pruebas tiene dadas Dios, de que asiste visiblemente á su Iglesia, y que su Espíritu Santo no la abandona jamás. Pero, á falta de todas las demás, aún digo poco, á falta de todo otro milagro, de todo otro prodigio, la conservación de la fe católica, la conservación de la Iglesia misma de Jesucristo, durante la larga duración de la herejía de Arrio, bastaría, sobraría para probar, no sólo la divinidad de la santa fe católica, sino hasta la divinidad de nuestra santa religión, la divinidad de nuestro Dios y Señor Jesucristo, Dios de Dios, Dios verdadero de Dios verdadero, luz de luz, consubstancial al Padre.

Porque en verdad, si jamás herejía alguna amenazó tanto arruinar, si posible fuera, nuestra santa religión, nuestra santa fe católica, como la herejía arriana con todas sus ramificaciones y simulaciones hipócritas; también es cierto, que en ninguna otra época han florecido á un mismo tiempo, y como acodiándose unos á otros, tantos grandes hombres, tantos ingenios sublimes, tantos varones ilustres como los que descollaron desde el año 350 al 450, siglo de la mayor pujanza del arrianismo. El héroe cuyos cultos honramos en este sagrado recinto, fué una de las más firmes columnas de la Iglesia universal, uno de los más ilustres atletas de la fe, uno de los mayores santos y doctores. Vastísimo es el campo que nos ofrecen sus virtudes, sus hechos y sus escritos. Solo el nombre de Basilio es un debido elogio; tanto ha descollado este sublime ingenio, que en el siglo de los grandes hombres de la Iglesia, no se le conocía sino con el epíteto de grande: Basilio el Magno, Basilio el Grande. Bien á mi pesar, católicos, me veo forzado á limitarme demasiado para no cansar vuestra piedad edificante y vuestra benévola atención.

Hé, aquí, pues, el plan y objeto de mi discurso. San Basilio el Magno ilustró á la Iglesia con su santidad, con su prudencia, con su

fortaleza y con su sabiduría. Esto es; el gran Basilio fué un esclarecido héroe, santo, prudente, fuerte, sábio. Pidamos al Padre de las luces, illustre mi entendimiento y dé unción á mis palabras para vuestra edificación y provecho. *A. M.*

La santidad de Basilio el Magno fué como hereditaria. Con efecto: nació en Cesárea, ciudad capital y metrópoli de toda la Capadocia, hácia el año 328 de la era cristiana. Sus padres fueron San Basilio y Sta. Emelia ó Eumelia; fué nieto de Sta. Macrina, madre de su padre San Basilio. Tuvo por hermanos San Gregorio, obispo de Niza, San Pedro, obispo de Sebaste, de Sta. Macrina, virgen, que era la primogénita; tuvo además dos otros hermanos, uno de los cuales abad, y cuatro hermanas, que todos han sido santos. Tenemos, pues, una abuela santa, con su hija, yerno y diez nietos santos. Ya veis, católicos, cuán bien puede aplicarse literalmente á esta familia de santo cuanto de una familia bendita dice el profeta rey: Bienaventurados todos aquellos que temen al Señor, que andan por sus caminos. Dichoso tú, ¡oh justo! porque comerás en paz el fruto de tus manos: dichoso serás y todo te sucederá bien. Tu esposa será como una para fecunda en el recinto de tu casa. Tus hijos, como pimpollos de olivo, estarán alrededor de tu mesa. Tales serán las bendiciones del hombre que teme al Señor.

Criado por tan buenos padres y nutrido con saludables y sólidos pastos espirituales, nuestro Basilio crecía y se perfeccionaba en todo género de virtud. La solidez y vivacidad de ingenio, que desde los primeros asomos de la razón notó su padre, le impelió á aplicarlo sin pérdida de tiempo al estudio de las letras, primero en Cesárea, y después en Constantinopla: de donde, ya con sólidos conocimientos, pasó á la culla Atenas, todavía célebre asiento de las ciencias. Allí trabó nuestro S. Basilio estrecha amistad con S. Gregorio Nacianceno, que también había pasado á aquella ciudad no teniendo que adelantar en Alejandría, conservando ambos la más estrecha y cordial amistad que jamás se desmintió. Los conocimientos de Basilio, juntos con su piedad, llamaron justamente la atención de sus contemporáneos, hablaba las principales lenguas, le era familiar la historia, sobresalió en las matemáticas y en la poesía. Su elocuencia majestuosa encantaba con todos los primeros del arte; y á los veinte y siete años de edad, con el mayor aplauso, defendió en estrados la justicia, ejerciendo la abogacía, siendo en ella el honor de profesión tan distinguida.

Después de muchos años de diligente estudio de las humanidades,

y de algunos de enseñarlas en famosas escuelas, llevado del poder atractivo de la santidad, se entregó totalmente al estudio de la sagrada Escritura. Pasó á Egipto, donde estudió y estuvo en grande comunicacion con el grande teólogo Porfirio, abad de un monasterio, de donde con el deseo de visitar el teatro de nuestra Redencion, pasó á Jerusalén, logrando conquistar enteramente para Jesucristo á su maestro Fabulo, á quien infundaba su demasiado saber. Partió del Egipto con su maestro; y en los vastos desiertos de Egipto y la Palestina encontraron ambos los mejores modelos de virtud en los anacoretas que los habitaban.

Llevado de su ardiente deseo de mortificacion, y, sobre todo, por huir de las dignidades, se fué con su amigo S. Gregorio Nacianceno á un sitio retirado y desierto en el Ponto, en donde ya estaban su hermana Sta. Macrina y su madre Sta. Emelia en el más austero retiro y abstraccion del siglo. A pesar de su delicadísima salud, la cual fué siempre tan débil, que solia decir, que cuando él se hallaba mejor estaba más enfermo que muchos desahuciados por los médicos, su género de vida era muy austero, vivía con suma pobreza, y solamente tenía para cubrirse un vestido, que consistía en una túnica y una capa de tela muy gruesa. Poníase todas las noches un áspero cilicio, que se quitaba durante el día por no hacer aparecer su mortificacion. Solo se alimentaba con pan y agua, unas pocas yerbas ó legumbres, y sal. No leña otro fuego para calentarse que el calor del sol, aún en medio de los fríos rigurosos, ni otra cama que el duro suelo. Sus austeridades le enflaquecieron tanto y lo dejaron tan pálido, que parecia no tener casi vida. Trataba á su cuerpo y lo castigaba con sumo rigor, como á un enemigo hipócrita, y á un esclavo siempre preparado á rebelarse contra su señor. Tales rigores, junto con su mala salud nativa, le hicieron contraer muchas y prolongadas enfermedades que no lo dejaron sanó con la muerte. Así es, que estos actapues continuos fueron, como el mismo lo confiesa, los que más contribuyeron á su propia santificacion y á la práctica de las virtudes sólidas. Sus ejercicios interiores de oracion, modificacion y mortificacion del espíritu, correspondían á lo que practicaba respecto de la penitencia.

Si la santidad de Basilio fué grande y heroica cuando jóven y solitario, no lo fué ménos cuando, bien á su pesar, fué elevado á la dignidad de obispo metropolitano de Cesárea. Fué un perfecto modelo de virtudes sacerdotales y pontificales. Sin cambiar en nada su género de vida penitente, se le vió siempre el padre de los pobres, el protector y amparo de los desvalidos, el celador de la moral cris-

tiana, recto administrador, defensor impávido de los derechos de su Iglesia; pastor celoso, juez misericordioso, aunque justo, y celador impertérrito de la honra de Dios. No solamente vendió todos sus cuantiosos bienes, ó los distribuyó, para socorro de los pobres y menesterosos; sino que en dos ocasiones en que la hambre hacia espantosos estragos en su rebaño, con su celo pastoral logró persuadir á todos los acomodados, para que socorrieran abundantemente y en proporcion á sus haberes á los indigentes. Seria muy largo de referir aun solo lo más sobresaliente de su santidad. Pasemos, pues, para no abusar de vuestra benévola atencion, á su celestial prudencia.

Nada es tal vez más difícil que el gobernar á los otros con prudencia, sin faltar, por una parte, á las reglas de la justicia y á una recta administracion pública; y sin faltar, por otra, á las justas exigencias de la posicion respectiva de cada uno. La prudencia es una propiedad ó cualidad directiva de tanto mérito y que tantas dificultades presenta en su ejecucion, que la doctrina católica la eleva al rango de virtud cardinal, virtud sobrenatural, luz del Cielo, don del Espíritu del Señor. Ahora bien: basta leer los *Acordados* de San Basilio, esto es, las reglas y máximas de conducta cristiana que él escribió para uso de sus monjes y discípulos, para convocarse del alto grado en que poseyó la virtud de la prudencia. Millares de discípulos van al Ponto á ponerse bajo su direccion: forma muchos conventos para poderlos recibir; no abundaba en riquezas, pues que habia vendido las suyas; tenia que proveer á la manutencion y existencia de tan numerosa grey que deseaba en él. Por otra parte, sabido es, que por mejores deseos que animar á los más fervorosos novicios al entrar bajo la disciplina monástica, es imposible que, andando el tiempo, no haya algunos espíritus indiscretos ó envidiosos de los adelantamientos de los otros; ó en fin, hombres sujetos á esta ó á la otra debilidad ó flaqueza. Consta además, que en todo el Ponto habia muchos centenares, tal vez miles, de discípulos, que se pusieron bajo la direccion de Basilio. Pues bien; no se cuenta ni aún de uno solo que le ocasionara graves disgustos, ni de la menor relajacion ó desorden en tan numerosos monasterios. Aquí veis, católicos, un milagro palpable de prudencia.

Nuestro Santo es elegido obispo de Cesárea: mil y mil asuntos á cual mas delicados, mil y mil cuestiones á cual mas peligrosas, se suscitan y levantan durante su obispado. De un lado, era menester combatir á los arrianos; pero era necesario ser condescendiente con varios obispos y personas eminentes, de mucha virtud, pero no bastante fuertes, ó ilustrados en la fé católica para atraerlos. Era

menester, además, mucha circunspección y tino para no caer en el escollo de una herejía, queriendo huir de otra contraria. Nuestro Basilio dió las pruebas más exquisitas de su celestial prudencia, en circunstancias muy difíciles, observando una conducta diferente de la que otros eminentes y santos varones observaban. Un rasgo heroico de prudencia, á la par que de fortaleza, brilló en nuestro gran Basilio, en ocasión que el emperador Valente, arriano, quiso detenerse en Cesárea para celebrar la gran fiesta de la Epifanía, y en ella asistir á los divinos oficios. Había causado este emperador males inmensos á la Iglesia católica, y perseguido mucho á los católicos; aunque siempre con pretexto de religión y con máscara hipócrita. Vino con este objeto á Cesárea, de donde á la sazón era obispo el gran Basilio. Modesto, ministro del emperador y muy válido suyo, instaló su tribunal con la mayor pompa y aparato, rodeado de numerosas y brillantes guardias. El prefecto Modesto hizo llamar á S. Basilio á su tribunal, para que deslumbrado con tal pompa y brillo, quedase atónito y cediendo de su valor. Nuestro Basilio se presentó á los estrados con calma y dignidad. Como esta entrevista es uno de los episodios más interesantes de la vida de Basilio, creo oportuno referiros sucintamente aquí el interlucio que medió entre el orgulloso prefecto y nuestro humilde prelado. «Basilio, dice el prefecto, ¿qué pretendéis con oponeros al poderío de nuestro emperador? ¿qué intentáis al ser el solo temerario ó insolente que os resistís?—Suplicaros me digáis», respondió Basilio, en qué consiste esa mi insolencia y temeridad.—Porque no sois de la religión del emperador, dijo Modesto, cuando todos los demás, excepto vos, se han sometido: ¿por qué no cedéis pues?—Porque el emperador mismo me lo prohíbe, replicó Basilio con dignidad; y no puedo en conciencia adorar á una criatura, yo que no solo soy criatura de Dios, sino elevado á participar la dignidad de su sacerdocio divino.» Modesto, irritado, levantándose de su silla: «Es que no teméis, dijo, que me enfade y os haga experimentar los efectos de mi poder?—¿Y cuáles pueden ser? respondió Basilio con entereza.—La confiscación, el destierro, los tormentos, la muerte misma», dijo Modesto, como fuera de sí.—Todo eso no puede hablar conmigo, dijo el santo obispo, ni puede tocarme. Hacedme cualquiera otra amenaza, si queréis que pueda producir algún efecto en mí.—Pues, ¿cómo interpretáis y entendéis mis palabras? interpuso Modesto.—Es porque el que nada tiene ni posee, se halla á cubierto de la confiscación, replicó mansamente nuestro Santo, á menos que no os sirvan de algo estos trapos remendados que cubren mi desnudez, y algunos libros que compo-

nen mi librería, y constituyen el escaso ajuar que poseo. Por lo que hace al destierro, no lo conozco, porque no tengo por mí ningún país en que habite; en todas partes estaré en mi patria, porque en todas partes encontraré á Dios. En cuanto á los tormentos, ¿qué mal podrán hacerme ya, pues que apenas tengo cuerpo en donde se asenten, ni en donde experimentar nuevo dolor? El primer golpe solo podría herir, y él solo acabaría con lo poco que me queda de vida. El prefecto, admirado de tales palabras:—Nadie, dijo á Basilio, me ha hablado jamás con tal atrevimiento y valor.—A lo que nuestro Santo le contestó: porque tal vez no os habiais encontrado hasta ahora con un obispo. Respuesta sublime, que se ha conservado hasta ahora como un monumento de firmeza y prudencia episcopal. «Pues que con efecto, continuó el Santo, un obispo os responderá lo mismo que yo en iguales circunstancias.» A estas sensatas contestaciones añadió el santo obispo otras no menos cuerdas y convincentes. El prefecto despidió muy cortésmente á nuestro prelado, y pasó en seguida á dar parte al emperador Valente del resultado de su entrevista con el obispo Basilio, diciéndole: «Señor, vencidos somos. Es un hombre sublime dotado de un grande ingenio y de un carácter invencible.» La fortaleza del Santo, se dejó ver siempre que lo exigió la defensa de nuestra santa Fe, ó la de los derechos de la Iglesia, ó, en fin, la regresión de los vicios.

A pesar de las muchísimas dificultades que presentaban las circunstancias, no solo corrigió los defectos del clero en su vasta diócesis, sino que mejoró y perfeccionó la disciplina eclesiástica en todo su vasto distrito, dando en ello pruebas de la mayor energía y vigor sacerdotal. Sostuvo y defendió con la mayor fortaleza los derechos de su Iglesia, sin que ningún respeto humano le arredrase, sea que tuviera que disgustar á sus mayores amigos, sea que tuviera que resistirse abiertamente á las órdenes del emperador; á quien, sin embargo, veneraba y apreciaba. Una viuda rica, jóven y noble, con quien quería casarse de grado ó por fuerza Eusebio, vicario del prefecto pretorio de Oriente, se acogió á sagrado en la iglesia de Cesárea, y se asió de la sagrada ara del altar. Eusebio, al frente de numerosas guardias, se la pidió á S. Basilio, para que la hiciera salir de la iglesia y se la entregase. Basilio respondió que no podía hacerlo; en primer lugar, porque el lugar santo á que se había arrojado la desgraciada viuda no lo permitía; y en segundo lugar, porque el obispo, siendo el protector natural de las viudas y vírgenes, no podía entregarle una viuda sin faltar á su ministerio episcopal. Ni las amenazas ni todo género de insultos pudieron hacer mudar reso-

lucion á nuestro Santo, quien salió victorioso; y pudo libertar á la infeliz viuda por la intervencion del pueblo entero á favor de su santo y amado obispo. Podríamos citar otros muchos hechos en que, no solo brillaban la santidad y prudencia de nuestro Santo, sino su heroica constancia, su fortaleza sobrenatural. Pasemos en fin á su santidad.

La santidad de Basilio brilla en el horizonte de la Iglesia, como una de las más resplandecientes entre los santos Padres y escritores eclesiásticos. La Iglesia griega y latina están de acuerdo sobre este punto. A pesar de sus continuas enfermedades y de sus innumerables ocupaciones, escribió mucho y todo muy bien. Pensamientos elevados, expresion animada, diction pura, giros elocuentes, sencillez y majestad; vastísima erudicion de historia, de poesía, de teología, de sagrada Escritura, de matemáticas, de filosofía, de medicina, de ciencias naturales; de todos los conocimientos que en aquel tiempo se podían adquirir. En ninguna materia se le encuentra en falta, en todas es profundo, sólido, universal. Este es el carácter general de su ingenio. Sus obras son concisísimas; están en manos de todos, despues de mil cuatrocientos y más años. Ellas son el arsenal de la santa teología, del dogma, de la moral, de la ascética, de la controversia, etc. Las dos Iglesias de Oriente y Occidente se inclinan ante sus decisiones, y sus decisiones se consideran como verdades ciertas, irrefragables.

Católicos, menester es pararnos en la vastísima enumeracion de los brillantes hechos de nuestro gran Basilio. Meditemos de consuno sobre lo que llevamos dicho. Lo que más os habrá admirado, sin duda, es el que un santo cuya salud fué tan mala y varia, cuya naturaleza fué tan enfermiza, aún desde su niñez, desde luego se dedicase con tanto ardor al cultivo de las ciencias, que no contento con lo que pudo aprender en la populosa ciudad en que moraba su familia, se vá á Constantinopla y á Atenas para continuar sus estudios. Todavía más: viaja por Egipto, y se pone bajo la dura y severa direccion de Tubulo para aprender las Escrituras sagradas; y á pesar de sus enfermedades, viaja por toda la Palestina para mejor entender ciertos pasajes difíciles de la santa Biblia. Os habrá tambien admirado el que un Santo, cuyo cuerpo gastado y consumido ya por las enfermedades y ataques continuos, apenas era un esqueleto de vida, se sintiese con valor para mortificarlo tanto, como os he acabado de referir, pues que dormía en tierra y con un cilicio, solo comia legumbres y llevaba un áspero cilicio casi de continuo. Aún más: cómo una constitucion fisica tan débil podia bastar á tantas y tan déli-

castísimas ocupaciones, á poder escribir tantas y tan excelentes obras! Y en efecto, todo es admirable, todo es sobrehumano en los santos, todo es admirable, sobrehumano y milagroso en nuestro gran Basilio. Si osamos medir sus grandes y heroicas acciones con la flaqueza de su naturaleza fisica, sin duda que no hay la menor paridad ni similitud. Pero el alma de Basilio era grande, era heroica, se hallaba poseida de una fé viva, de una confianza inmensa, de una caridad que la arrebataba á su Dios, y Dios vino en su socorro, y Dios vino á darle fuerzas sobrenaturales, á falta de fuerzas naturales; y Dios vino á obrar en su siervo lo que su siervo no podia obrar por sí. Nuestro gran Basilio se entregó enteramente á su Dios, se abandonó totalmente á su Dios, confió en que su Dios le habia de ayudar, no se dejó acabar por la poquedad de sus fuerzas; con su ingenio sublime alcanzó á penetrar las inmensas fuerzas de Dios, y con humilde y amoroso atrevimiento se las pidió á su Dios amado; y Dios se entregó á su siervo Basilio, sorrorrió á su siervo Basilio, y quiso hacer en Basilio lo que Basilio, inspirado de su Dios, queria hacer por su Dios. ¡Oh dulce caigma divino, que todo lo explicas! ¡Oh bondad de mi Dios, que solo esperais que os pidan para que deis! ¡Oh generosidad de mi Dios, que al solo suspiro de amor de uno de vuestros queridos y fieles siervos, acudís con un inmenso raudal de favores! Solo Vos, Dios mio, sois la clave de este enigma misterioso. Venid á nuestros corazones, descendid á nosotros, y despertad en nosotros esos heroicos sentimientos que tan agradables os hicieron á vuestros santos.

Despertad, católicos, despertad de ese fatal letargo que os tiene sumidos en la apatia, en la más cruel indiferencia. Nuestros modelos sean los santos. Estos cultos que hoy tributamos á nuestro gran Basilio, deban hacernos escogerle por nuestro modelo, por nuestra guia, por nuestro benévolo protector y poderoso abogado. Las misericordias del Señor no se han acabado, son infinitas é inagotables; pidámoste por la intercesion de su siervo el gran Basilio, venga á encender nuestros corazones con el fuego del divino amor, y los inflame en deseos vivos y eficaces de sufrir y padecer por su amor, de vivir para Él y de morir á nosotros mismos.

Y vos, ilustre y gran S. Basilio, que tan generosamente os entregasteis todo y del todo á Dios, alcanzádos un verdadero desprendimiento de todo lo torreado, para que á vuestro ejemplo, solo vivamos de Dios y para Dios: alcanzáenos, Santo mio, el perdón de los pecados con la penitencia de ellos en esta vida, y la bienaventuranza eterna en la gloria. Amen.

PANEGÍRICO I

DE SAN BARTOLOMÉ, APOSTOL.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS*Erat pernoctans in oratione.
Pasaba la noche en oración.
(S. Luc. c. 6)*

En este día en que celebra la Iglesia la festividad del apóstol san Bartolomé, nos recuerda el pasaje del santo Evangelio donde se nos dice, que Jesucristo salió á un monte á orar y pasó toda la noche en oracion, ordenándose esta á la eleccion que habia de hacer al dia siguiente de doce de sus discipulos, á los cuales dió el nombre de apóstoles. Y á la verdad qué leccion más apropósito puede elegirse para honrar al bienaventurado San Bartolomé? ¿Qué puede decirse más á propósito, ni más glorioso para este santo tan amante del oración, tan digno discípulo de su divino Maestro, de quien el mismo espíritu infernal se vió precisado á confesar, que oraba cien veces al dia y cien veces en la noche? ¿Que decir de él? Lo que el Evangelio eligió por la Iglesia para su festividad nos dice de Jesucristo: *Erat pernoctans in oratione*: pasaba la noche en oración?

Verdad es, que en su vida descubrimos el generoso desprendimiento de todo lo terreno, la pobreza, el celo de la salud de las almas, el fervor infatigable por extender la fé de Jesucristo, la paciencia y fortaleza en los trabajos, el gozo y la alegría en los más crueles tormentos, todo lo que hace tan grandes y distinguidos á los apóstoles, elegidos por el mismo Jesucristo para llevar su nombre y su ley por todo el mundo, enriquecidos con la virtud de lo alto que comunicó á sus almas el Espíritu santo; pero en san Bartolomé parece que la primera gracia, y el origen de todos sus merecimientos y virtudes; la fuente de donde emanaron las obras maravillosas y edificantes de que nos dejó tan consoladores ejemplos; el primero de todos sus dones y del que dimanaron todos los demás, fué la oración á que se entregó con toda la intension de su alma; aquella ora-

cion de que formaba su alimento, y podria decir como el ángel á Tobias: *Ego cibo invisibili utor*: yo me alimento con una comida invisible. Aquella oracion fervorosa en que ocupó su vida, porque teniendo siempre fija y elevada su alma á Dios, nada se permitió que no fuese conforme á la ley de Dios, nada apeteció, nada hizo que no fuese del agrado de Dios.

Me ceñiré á decir en su elogio y para nuestra utilidad y aprovechamiento: que en la oracion, en que fué tan frecuente y tan fervoroso san Bartolomé, halló las grandes virtudes que reconocemos y veneramos en él, y nos señaló el medio de conseguirlas nosotros y ser discípulos y seguidores fieles de Jesucristo.

Preciso es, para que reconozcamos el valor y mérito de la oracion, que empecemos á orar y pedir la gracia al Señor, sin la que no podemos, no solo hacer, sino ni aun pensar en una cosa buena; no podremos salir de nuestro abatimiento, nuestra pesadez y nuestro apogo á la tierra, ni comprender ni explicar el objeto que me he propuesto. Oremos elevando nuestras almas á Dios, y pidiéndole su gracia por la intercesion de Maria santísima. *A. M.*

Por la oracion se engendran en el alma la piedad, la justicia, la sobriedad, la pureza, la disciplina... La oracion es el freno de la ira, la defensa más fuerte de la castidad; demasiado vemos que cuanto el hombre se dedica más ó menos á la oracion fervorosa y continua, tanto más ó menos se multiplica y engendran en su alma las virtudes: ¿Y cómo podrá menos de ser virtuoso el que tiene su alma elevada hasta el mismo Dios, el que tiene sus ojos puestos siempre en Dios, y atentos sobre su ley para obrar segun ella? Pues ved el origen de las grandes y extraordinarias virtudes del apóstol que oraba sin intermision; de san Bartolomé, que oraba cien veces al dia y cien veces por la noche; de san Bartolomé, que tenía fija su alma en Dios y sus ojos puestos en su Señor para obrar, no solamente segun los preceptos, sino también segun los consejos de su Evangelio.

Desde el momento que el Señor le llamó, lo dejó todo, y se desprendió hasta de sí mismo por seguir á Jesucristo, en un tiempo en que Jesús era el objeto de las burlas y el desprecio, y cruelmente perseguido por enemigos poderosos: en que solamente le acompañaban unos pocos pescadores pobres y despreciables; y en que nada podía prometerse en el mundo de seguir á un hombre, que no ofrecía á los suyos sino persecuciones y trabajos. Sea que San Bartolomé fuese de una familia distinguida, como afirman algunos santos doctores, ó sea que fuese de la clase pobre y despreciable, como aseguran

otros; lo que no se puede negar es, que se hizo pobre por Jesucristo, que despreció los tesoros del oro y de la plata, que recorrió el mundo anunciando á Jesucristo y su ley santa, contento con un hábito pobre y con los más rigurosos ayunos. Huyó de las riquezas y placeres; y las riquezas, los placeres y las dignidades le buscaron. Bien pudo, dice san Lorenzo Justiniano, hacerse rico de bienes temporales, disfrutar de los placeres y ocupar las más altas dignidades; pero lo despreció todo por no dejar de ser un discípulo verdadero de Jesucristo. Agradeció el rey de Armenia á la salud que restituyó á la princesa, librándola del espíritu inmundo que la atormentaba, le ofreció cuantas riquezas y comodidades pudiera apetecer; y á pesar de su pobreza, de andar mal vestido y sin recurso alguno, nada quiso aceptar. Podiera haber recibido las riquezas para socorrer con ellas las necesidades de los pobres, para promover el culto á Dios, y erigir magníficos templos; pero lo rehusó todo, y presentándose al rey le hizo entender, que no buscaba cosa alguna de la tierra, ni quería otro logro que el que conociesen y adorasen todos al verdadero Dios, y renunciasen al culto de los ídolos, porque esta era el voto y deseo continuo de sus oraciones. De su frecuente oración nacía aquella humildad con que hula y rehusaba los aplausos que le prodigaban las gentes en vista de sus milagros, haciendo entender á todos, que no á él, sino á Dios debía darse toda la gloria; aquella mansedumbre, por la que jamás manifestó la más liviana ira contra sus terribles perseguidores; aquella modestia tan admirable, que jamás se lee en el Evangelio que hablase una sola vez á Jesucristo, contentándose con oírle y meditar su doctrina. Y si siempre amó á Jesucristo y le siguió constantemente: si lloró sin consuelo la muerte de su Maestro; cuando despues recibió con los demás apóstoles al Espíritu santo, y fué su alma ilustrada con las luces del cielo y fortalecida con la virtud divina, se llenó enteramente del amor de Dios y del deseo de ganar almas y aumentar el reino de Jesucristo. Tendió las redes de su oración, y quisiera eger en ellas á todos los que estaban sumergidos en las tinieblas, y sacarlos á la luz de la verdad y conocimiento de la ley de Jesucristo.

Extendidos los apóstoles á predicar por todo el mundo, se dirigió san Bartolomé á la Liconia, la Albania, las Indias Orientales y la Armenia. ¿Quién se extendió más á predicar el Evangelio que san Bartolomé, y de quién puede decirse con más propiedad, que por toda la tierra y hasta sus últimos términos, se oyó el sonido de sus palabras? Alégrate, Iglesia santa, podemos decir con Isaías, alégrate la que eres estéril y sin hijos, canta alabanzas á tu Dios y ensancha

el lugar de tu habitación y las pieles de las tabernáculos, porque el Señor quiere hacerte fecunda y que se aumenten prodigiosamente tus hijos. Dichosos los pies que caminan para anunciar el Evangelio de paz, y se dirigen á ganar almas! ¡Y que miés tan abundante reservó el Señor para san Bartolomé! Dúdase entre los doctores quien recogió más fruto y convirtió más almas, si san Bartolomé ó el mismo San Pedro. Pero ¿cómo no había de ser así, si tenía en su ayuda á los mismos espíritus infernales? Nada hay más eficaz y que más terror imponga á los demonios que la oración del justo, y san Bartolomé oraba sin intermision. Con sus oraciones les movió la guerra más cruel y obligó á confesar su debilidad, sus engaños y el poder del verdadero Dios. Ellos confesaban públicamente, que el siervo y apóstol de Dios, Bartolomé, los tenia apisionados y los hacía enmudecer, que los abrazaba con sus oraciones. Desde que este apóstol entró en el templo del ídolo más celebre del reino de los Persas, llamado Astarot, dejó de conestar á lo que le preguntaban; y acudiendo en su consternacion los habitantes á consultar sobre tan penoso silencio al ídolo llamado Berit, les dijo: vuestro Dios está amarrado á cadenas de fuego sin poder hablar ni respirar, desde que Bartolomé, apóstol del Dios verdadero, ha entrado en vuestra ciudad, y lo mismo ha de sucederme luego que éntre en este templo.

El humo, dijo el ángel Rafael á Tobias, ahuyenta todo género de demonios, entendiendo por este humo los expositores sagrados del suave olor de las ardientes y fervorosas oraciones de Tobias y Sara. Pues este humo admirable, la oración tan viva y tan continua de san Bartolomé, ahuyentaba la tiranía infernal de que estaban poseídos aquellos pueblos, envueltos en las tinieblas de la infidelidad y la idolatría, derracaba el poder de los demonios, se valió de ellos mismos para el triunfo de la ley de Jesucristo y para que diesen testimonio de la verdad. Mauió al demonio que destruyese el ídolo Astarot y á todos los simulacros por sí mismo, y se vió precisado á hacerlo, porque se lo mandaba un hombre que hacía oración á Dios cien veces al día y otras tantas por la noche, acompañado de una prodigiosa multitud de ángeles que le defendían. San Bartolomé era el azote de los demonios, porque con su oración los ahuyentaba y los venecía. De aquí es, que á su voz quedaban libres de los espíritus inmundos los que eran atormentados de ellos. *Qui vexabantur à spiritibus immundis, evrauantur.* Pero su oración fecunda llevaba tambien la salud y el remedio de todos los males á todas partes; era la fuente de que manaba la sanidad. Los que venían á oírle sanaban de sus achaques. Con sus oraciones curaba las enfermedades más remitentes y

desesperadas, dejaba limpios á los leprosos, daba vista á los ciegos, los tullidos dejaban sus lechos y su postracion y corrían perfectamente restablecidos. ¿Qué mucho que dilatase sus conquistas, que ganase almas para Jesucristo, que fuese conocido y buscado por todas partes, como el obrador de grandes milagros y el apóstol del verdadero Dios? Su oracion frecuente le abría los caminos, y parecia que penetraba sin resistencia en todas partes, recibiendo más bien los honores, que experimentando persecuciones y trabajos.

Un enemigo más terrible aún que los demonios, que las persecuciones y las calamidades temía que vencer. La misma prosperidad, los intereses y los honores que tan frecuentemente vician y corrompen el corazón. El rey Polemon le hace llamar, no para hacerle morir en los tormentos, sino para que pedirle rendidamente que libre á su querida hija del demonio que la atormentaba cruelmente. Los tesoros, y todas las riquezas de su reino son poco para ofrecerlo todo á san Bartolomé, en prueba de su agradecimiento; pero es mas grande que la gratitud del rey la generosidad del apóstol de Jesucristo. Sabe bien que las riquezas y dignidades de la tierra son estorbos para seguir á Jesucristo. Ha muerto al mundo, y no tienen entrada en el alma que ha gustado las delicias de la oración, los vanos y perecederos bienes por que tanto suspiran los hombres carnales. Es un varón sin mancha, y no puede ser que corra tras el oro, y que ponga sus esperanzas en el dinero y los tesoros. Y este desinterés, este generoso desprendimiento de todo lo terreno, el testimonio de que no buscaba sus bienes, y que solo queria la salud de sus almas; sus milagros, los gritos de los idolos que confesando que no son dioses, y que no hay otro Dios verdadero que el que anuncia Bartolomé; el hacerse pedazos los idolos con solo ponerse en su presencia este apóstol; todo conspira á mover, á convertir á Dios los corazones, á congregar una más abundante para el Señor, y prepararle un pueblo perfecto.

¿Es posible, Señor, que así bendigais los trabajos de vuestro apóstol, que llenéis su corazón del más puro gozo, y que rebose su alma de placer, viendo que los pueblos enteros os reconocen y os adoran? Pero Bartolomé ora y suspira por morir por Vos, por derramar su sangre por amor vuestro, y por dar su vida en testimonio y defensa de la religion que tan milagrosamente propaga. Ora, y Vos, Señor, no desatenderéis sus ruegos; ora y le proporcionaréis los más crueles tormentos, y en la oracion tambien hallará y Vos le dais la fortaleza necesaria para sufrirlos.

Preciso era que fuesen recompensados los grandes trabajos y mé-

ritos de este varón justo, y que recibiese la corona de mano del justo Remunerador; pero no habia de ser mejor tratado el discípulo que el Maestro; ni convenia á un apóstol una muerte descansada y tranquila; ni habia cosa que más apetiese san Bartolomé, por su grande caridad y amor á su Dios, que dar su vida por él; y deseaba que llegase la ocasion de hacer patente este testimonio público de su amor, y confirmar su doctrina y sus milagros con su muerte.

Irritados los sacerdotes de los idolos, no pudieron pervertir al rey Polemon, y recurrieron á su hermano Astiages, que reinaba en una parte de la Armenia. Convitó éste al apóstol á que pasase á sus estados, encubriendo sus depravados designios; pero san Bartolomé, que conocia que era ya llegado al fin de su carrera; que nada deseaba tanto como derramar la sangre por Jesucristo, corrió como á unas bodas, á recibir la corona del martirio. Apoderóse Astiages de él luego que puso los pies en su corte, y le hizo desollar vivo. Ved, hermanos míos, un fruto grande y apreciable de la oracion; dá una uerza y valor extraordinario para sufrir los tormentos, que tanto acobardan á nuestra frágil y delicada naturaleza. El mismo hijo de Dios, á la vista de los tormentos que habia de sufrir, al representarse el cáliz amargo y la pesada cruz que habia de apurar y llevar sobre sus hombros, comenzó á temblar, á temer y entristecerse; pero recurrió á la oracion, y se levantó lleno de valor y fortaleza desde lo sumo de su agonía. Entended, pues, cuánto vale la oracion, que al que está caído y agonizante le hace intrépido, animoso, y superior á los tormentos. La oracion, así como á Jesucristo, nos dá animo y una fortaleza incomparable para sufrir los tormentos más crueles. La oracion confortaba á Jeremias en la cárcel; á Daniel le llenaba de alegría en el lago de los Leones; por la oracion saltaban alabando á Dios los tres niños en el horno de Babilonia; por la oracion triunfa Job del diablo, reducido á la miseria y arrojado á un muladar; Imaginad si puede darse tormento más cruel que ser desollado vivo; pues san Bartolomé recurrió á la oracion, y no solo lo sufrió con paciencia, sino tambien con una santa alegría. Representaos este espectáculo de honor y de sangre, y no podréis ménos de estremosceiros. Pues san Bartolomé se miraba lleno de gozo; á su cuerpo cubierto de sangre lo consideraba como vestido de púrpura real, y á sus inhumanos verdugos como á los que entretrejan la corona de su triunfo. Oraba al Señor, y ofrecia su cuerpo destrozado como una hostia viva agradable á Dios, y se llenaba su alma de gozo pudiendo hacerle este obsequio y ofrecer su sangre al que murió por él. Miraba á su Maestro que murió en la cruz, y lejos de aco-

barbarse y desfallecer, predicaba á Jesucristo, le anunciaba desde el lugar del suplicio, y era la admiración de los gentiles y el espectáculo que miraban con gozo los Angeles.

Habia dicho el padre de la mentira, que piel por piel, y todo cuanto tiene el hombre daría de buena gana á título de conservar su vida; y que no basta para prueba de su amor y fidelidad á Dios llevar con paciencia la pérdida de todos los bienes, mientras no se llegue á su salud y su vida. Pues san Bartolomé, para dejar hurlado al demonio, para ofrecer un sacrificio acepto á su Dios y no reservarse nada para sí, le ofrece, no solo cuanto posee, cuanto puede esperar y prometerse en el mundo, sino tambien su misma piel, su vida, sus nervios y sus huesos.—Si por conservar la vida del cuerpo, que está tan llena de miserias y calamidades en este valle de lágrimas, todo lo desprecia y abandona el hombre, decía y consideraba este apóstol, ¿qué extraño es que yo, por conseguir aquella vida eterna en que no se conoce la muerte, en que no se sabe lo que son lágrimas, en donde no se han experimentado los males y se gozan todos los bienes, de la misma piel de mi cuerpo, si he de vestirme de la inmortalidad, y me deje desollar vivo con el mayor gusto, ofreciendo mi piel al que me ha de dar su gloria? Se le ve al desollado, no solamente con una fortaleza extraordinaria, sino tambien con alegría, con gozo, con el gozo del que triunfa. ¿En dónde pues está su alma, que parece insensible á los tormentos del cuerpo, que tan cruelmente es destrozado? Está puesta en seguro, dice san Bernardo, en las entrañas de Jesucristo, en la oracion y contemplacion de las llagas de Jesucristo. No basta el tormento para acobardar, ni quitar la vida á san Bartolomé: avergonzado el tirano de tanta paciencia y alegría, mandó que le cortasen la cabeza. Entró acompañado de ángeles á recibir el premio de sus trabajos y la corona de su triunfo; y nosotros, en vista de sus grandes virtudes, de su gran fé, de su celo, de su pobreza, de su desprendimiento de los bienes de la tierra, de su poder contra las potestades del Infierno, de su imperio sobre todo género de enfermedades, de su heroica fortaleza, paciencia y alegría en los tormentos; en vista de tantas y tan grandes virtudes como admiramos y veneramos en él, no podremos menos de confesar que todas tuvieron su origen, y que halló todos estos tesoros en la oracion, en la que fué tan fervoroso y tan frecuente.

Si nosotros no tenemos fé, si somos tan apegados á las cosas de la tierra, si no nos elevamos á Dios, si no tenemos celo de su honra, si no sentimos sus ofensas, si no nos sacrificamos ni sufrimos cosa alguna por nuestro Dios, si no somos apóstoles ni mártires de Jesu-

cristo, es porque no oramos, y sin oracion no podemos tener virtud alguna. Porque no nos acordamos de Dios, ni meditamos su ley, ni tenemos fijos nuestros ojos en Dios para observar cual es su voluntad y cumplirla. Vivimos sin otras ideas, sin otros deseos, sin otras esperanzas que las del mundo, y no nos acordamos del Cielo. Por eso no ponemos los medios para llegar á él. Orad, que así conoceréis y conoceremos lo que Dios quiere de nosotros; conoceremos la voluntad y ley del Señor, y los premios con que recompensa á los que le sirven. En la oracion hallaremos, como san Bartolomé, todas las virtudes y las fuerzas para practicarlas. Conoceremos á Dios, y conociéndole, es imposible que dejemos de amarle. Nos conoceremos á nosotros mismos, y suspiraremos por llegar á nuestro destino inmortal, siguiendo, como discípulos fieles de Jesucristo, las sendas que nos dejó marcadas.

Rogad al Señor, glorioso apóstol, que nos conceda el que os imitemos en la oracion, para que con ella nos vengan todas las virtudes y dones del Cielo, porque ella es el origen y manantial de todos. Alcanzad tambien para este pueblo y para vuestros devotos los bienes temporales, los favores que os piden, el socorro de las necesidades particulares, si conviene así para que consigan la gracia y después la gloria. Amen.

PANEGÍRICO

DE SAN BENITO.



In manibus abscondit lucem, et præcipit ei ut rursus adveniat.

En sus manos esconde la luz, y le manda que vuelva de nuevo.

(JOB. c. 32, v. 33.)

¡Qué admirable es siempre la gracia en su conducta respecto de los hombres! Á unos conduce á la soledad para hablarles al corazón y satisfacerlos lejos del tumulto y desórdenes del mundo. Á otros deja en el siglo para que la fuerza de sus buenos ejemplos sirva de contrapeso á la iniquidad, que de tiempo en tiempo hace los mayores esfuerzos para prevalecer. Los primeros son como el tesoro escondido en el campo, segun el Evangelio, y que no es fácil de hallar. Los segundos son semejantes á aquella ciudad de que habla San Mateo, que, colocada sobre la montaña, domina por su elevacion y su evidencia sobre toda la llanura. Estos se santifican á vista del mundo mismo, y sus virtudes expuestas á una gran luz son grandes ejemplos. Aquellos se santifican en el fondo del desierto, sin tener más testigo de su sabiduría que Dios, que es su principio. Sin embargo, es necesario confesar, que han florecido santos, en quienes el Señor se ha dignado unir las virtudes de la soledad á la santidad de edificacion y de esplendor: santos, que al principio ha ocultado al mundo, y que despues los ha manifestado al público para la ejecución de sus decretos eternos; santos, que mudando de lugar y de clima, no han mudado de costumbres; cuya santidad en el desierto estaba oculta en Jesucristo, y manifiesta en el mundo por el mismo Salvador: *in manibus abscondit lucem, et præcipit ei, ut rursus adveniat.*

Tal fué, hermanos míos, el gran Benito, cuya memoria celebramos. El desierto y el siglo le poseyeron sucesivamente; y Dios, que

en el primer estado le preservó de los peligros que le amenazaban en el mundo, le trajo al siglo para oponerle á su ignorancia y corrupcion: dándonos á conocer por este medio, que los que destina á tan sublimes ministerios, deben ocultarse en el secreto de su corazón, para recoger en este retiro el fondo de luz y de celo que han de manifestar despues al mundo. Benito, pues, desaparece, y se manifiesta pendiente siempre de la voluntad de Dios. Ya vive entre peñascos y rocas, sepultado en una gruta, como pudiera en un sepulcro, recogido enteramente con el Señor, sin tener cuenta de sus años, de sus dias, ni del lugar en que habita como peregrino sobre la tierra. Ya se presenta como un hombre conocido por el esplendor de sus virtudes, por la multitud y grandeza de sus milagros; como un hombre extraordinario, á quien los reyes de la tierra, los prelados, los pueblos le escuchan y admiran al mismo tiempo como restaurador de la disciplina monástica en el Occidente. Insensiblemente he venido á insinuar la materia de su elogio, que para darla órden divido en dos reflexiones. En la primera vereis á Benito muerto al mundo en una estrecha union con Dios. En la segunda le vereis conocido del mundo por las ventajas que procura á la iglesia de Dios. Pidamos las luces del Espiritu santo: *A. M.*

Como los hombres ignoran los designios de Dios, porque el Señor no admite consiliario, se oponen á veces á estos mismos designios, aún cuando juzgan conformarse á ellos. Así sucedió al padre de Benito, destinado por Dios á la soledad. Con el ánimo de procurarle una educacion análoga á la grandeza de su nacimiento y á los fines que se proponia, le envió á Roma en su más tierna juventud. En esta capital del mundo cristiano, no se veian ya sino algunos restos de aquella amable y preciosa inocencia, que formaba en otro tiempo su glorioso carácter. Los desórdenes más groseros reinaban en ella impunemente; la costumbre habia hecho desaparecer el pudor; la sensualidad, la avaricia, la ambición y la violencia eran las acciones favoritas de sus habitantes. Por manera que, siendo entre ellos todo licito, como los satiriza un poeta gentil, únicamente no lo era el ser buenos; porque habiendo ya hecho alianza los delitos con las leyes, pasaba por licito todo lo público, por detestable que fuese.

Benito, ilustrado por la gracia, reconoce el peligro de los malos ejemplos, y no juzgándose bastante fuerte para combatir con un mundo corrompido, toma el generoso designio de abandonarlo; pero sin decir nada á sus padres, parientes ni amigos. Consulta únicamente la voz de la gracia; y considerando al mundo como un vasto y peti-

grosso mar donde se pierden tantas almas, dejó á Roma y se retira al desierto de Sublac. Aquí se une inseparablemente con Dios, renunciando á los placeres y riquezas del mundo. Representaos por un momento al jóven Benito en su soledad: el fondo de una roca, rodeada de montañas y de precipicios, es su habitacion ordinaria. Un poco de pan, que un hombre caritativo le levanta algunas veces, y que solo le servia para no desfallecer, era todo su alimento; el agua era su única bebida, y las pieles de algunas bestias del campo le servian de vestido, á imitacion de los solitarios de Egipto: costumbre que los de Occidente habian adoptado en su siglo. Tan duro como la roca que habitaba es su ayuno y el trato que da á su cuerpo, para reducirlo á servidumbre, como otro Paulo. Por manera, que su vida, no solamente es una exacta privacion de placeres, sino una penitencia rigurosa y continua. El frío, el excesivo calor, la sed y la hambre le prueban sucesivamente; pero todo lo puede en el que le conforta.

¡Hombreros dedicados y sensuales! contemplad á este jóven solitario, practicando, aunque inocente, los rigores de una dura mortificacion, y no olvidéis, que si no os basta su ejemplo para corrigiros, bastará á lo ménos para condenaros. Esta fierna victima de penitencia era tan agradable á los ojos de Dios, que le dió claras muestras de su proteccion. El hambre, en cierta ocasion, le condujo á las puertas de la muerte. Pero la providencia de Dios, que preparó alimento para todo viviente, y que no lo rehusa, segun el salmo, á los cuervos pequeños que á su modo le invocan, suscitó un otro Habacuc, que fuese á socorrer la necesidad de este nuevo Daniel. Un sacerdote, que preparaba comida espléndida para un dia solemne, oyó una voz del Cielo que le dijo: *Tú preparas una comida deliciosa, y mi siervo padece hambre en el desierto.* Al oír el sacerdote estas palabras, igualmente confuso que admirado, fué á buscar á Benito, llevándole lo que para sí mismo habia preparado, y recibió las fuerzas de aquel cuerpo desfallecido.

¡Ah, qué vergonzosa confusion la nuestra! Este sacerdote, conducido por la caridad, atraviesa un desierto sembrado de peñascos y precipicios, sin temer la crueldad de las bestias feroces que le habitan; y nosotros, que vemos diariamente tantos pobres, casi consumidos de miseria, pasamos de largo sin socorrerlos como el sacerdote y el levita del Evangelio; nosotros, que no necesitamos recorrer las campiñas ni los bosques para hallar infelices cargados de hierro, y metidos en calabozos, rehusamos visitarlos y darles algun consuelo! Otra seria nuestra conducta si consultáramos la ley divina, que nos manda depositar en el seno de los pobres parte de

nuestrós bienes. Pero no perdáis de vista, que solo el misericordioso oteñdrá la misericordia del Señor.

En este género de vida austera, mortificada y penitente pasaba Benito gozoso sus dias, avanzando de claridad en claridad por el camino de la perfeccion. Pero Dios, que con arreglo á sus impenetrables designios quería fuese probado de todos modos, permitió que el demonio le atacase vivamente en el desierto por medio de la concupiscencia, este ángel de Satanás, segun la expresion de San Pablo, que nos solicita con frecuencia, nos atrae y nos cautiva en la ley del pecado. El espíritu impuro retrató con la mayor viveza en la imaginacion de Benito la idea de una mujer hermosa, que por casualidad habia visto en Roma, é inflama su corazon con la llama de la impureza. En tan duro conflicto, este penitente solitario se halló tan embarazado, que estuvo próximo á caer prisionero en poder del terrible enemigo de la impureza. Una secreta revolucion se apodera de su alma; se entibia su fervor; la soledad empieza á disgustarle, y duda si volverse al siglo. Presentad: ¡oh mi Dios! á Benito vuestra mano caritativa, y retiradle del abismo donde va á caer. Vuestra gracia, Señor, le ha hecho vencer al mundo y sus peligros; ¡permitiréis sea vencido por la memoria del siglo y sus delicias? No hermanos míos: Benito, asistido de la gracia, y animado de una santa cólera contra su propia carne, la hace sufrir la pena de su rebelion. Se arroja sobre agudas espinas, que hicieron bien presto correr en abundancia su sangre; el dolor destierra el sentimiento del placer; las heridas que voluntariamente procuró á su carne, contribuyeron á la curacion de su alma. La úlcera interior que le devoraba salió por tantos canales, cuantas eran sus heridas; y las espinas, que pueden mirarse como castigo del pecado, fueron el preservativo.

¡Temblad y estremeceos, mortales! al ver á Benito solitario y penitente, casi vencido por el estímulo de la concupiscencia que le representaba una belleza frágil; ¡y vosotros, que ni sois solitarios ni penitentes, creéis poderós conservar puros en medio de una asamblea de uno y otro sexo, donde como carbones os encendeis unos á otros en el fuego de la lascivia! ¡Vosotros, repito, que sois unas cañas frágiles, os prometéis temerariamente la firmeza de una columna en los mas vivos ataques, sin temer, ni considerar, que el que ama el peligro en él perece, segun el oráculo del Espíritu Santo!

Mas por la misericordia de Dios, la virtud de este jóven solitario se perfeccionó por la tentacion; y la victoria, que por la gracia de Jesucristo obtuvo contra su carne rebelde, debilitó de tal suerte su

concupiscencia, que no volvió á sentir en su corazón semejante violencia. Pero esto mismo le sirvió de poderoso estímulo para avanzar en el camino de la perfección; y no contento con haber dejado el mundo, y estar enteramente privado de sus placeres, nada le parece haber hecho, si no renuncia al mismo tiempo sus dignidades y grandezas. Atendida la máxima común entre las gentes, cuando el mérito viene acompañado de un alto nacimiento, opta de ordinario á los mayores y más distinguidos empleos. Benito, pues, cuyas luces y conocimientos habían servido de admiración á sus maestros, y que entre sus antepasados contaba cónsules, senadores, héroes, y aún emperadores, bien podía tener las más fundadas esperanzas de colocarse algún día en altas dignidades. Pero él se oculta á los ojos del mundo, renuncia todas las esperanzas del siglo, sus dignidades y riquezas, para lograr á Jesucristo, pobre, desconocido y humillado sobre la tierra. Encerrado, pues, en la caverna de Sublac, desprecia las grandezas humanas, y compara en su interior la gloria del siglo, ya á la yerba del desierto, que crece, y pronto se seca; ya á un relámpago nocturno, que apenas deslumbra los ojos cuando les deja únicamente la noche y las tinieblas; ya al agua, que rápidamente corre y se precipita en el abismo. Benito hace más caso del hábito humilde que le cubre, que de la púrpura consular que tantas veces habían vestido sus mayores. ¡Ojalá que un tal ejemplo corrigiese la desmesurada ambición de nuestro siglo! ¡Vicio universal que deshonorá al cristianismo! Ídolo abominable, al cual todo se sacrifica de ordinario, el tiempo, el reposo y la conciencia!

Por otra parte, qué fondo de opulencia no hubiera hallado Benito en la sucesión de sus padres? Palacios, vastos dominios, heredades inmensas, infinito oro y plata, á todo era acreedor; pero el todo lo desprecia sin reservar; al dejar á Roma para siempre, se contenta con las riquezas de su inocencia y su virtud.

Persuadido, finalmente, que en materia de piedad es necesario avanzar siempre, para no descacer, Benito trabaja sin cesar por santificarse. El ayuno, las vigiliias, la oración, la disciplina, y una altísima contemplación de los inefables misterios de nuestra fe, era su ocupación en el desierto. Este hombre de Dios, como una tierra cultivada, de la cual se han arrancado las espinas, producía los frutos de virtud más abundantes. Solo el Señor era testigo de tan singulares progresos. Mas como no erió la luz para que estuviese oculta bajo el calemín, sino para que iluminase á todos los de su casa la Iglesia, dispuso con su adorable providencia, que los rayos de este hermoso astro de santidad iluminasen todo el desierto. Por

este medio la fama de la virtud de Benito, oculta en la soledad por tanto tiempo, se difundió, á pesar suyo; su luz se manifestó á los ojos de los hombres, y vino en breve á servir para ilustrarlos y conducirlos: *et precipit ei, ut rursus adveniat.*

El órden religioso no florecía ya con el fervor que en su principio en el Oriente. El gusto del retiro, del silencio, de la oración y del trabajo, decaya diariamente en los monasterios. Escasaban los celadores de la antigua disciplina. Los solitarios, abandonando su vocación, solían frecuentar el siglo. Este comercio les era fatal, pues al volver á la soledad llevaban consigo el espíritu del mundo. De resultas, algunos cayeron en el error, y no pocos en la relajación. ¡Ejemplo terrible, pero instructivo! porque un religioso disgustado de su retiro, es un hombre casi perdido y expuesto á las mayores caídas. Entretanto que la Iglesia lloraba estos desórdenes, Dios elige á san Benito para que reparase sus quiebras, estableciendo en el Occidente lo que en el Oriente había perdido por la caída y tibieza de sus solitarios.

Los religiosos del monasterio de Vicovárre lo eligieron por superior. La humildad de Benito se resiste; pero, al fin, cede á sus deseos; y apenas colocado á su cabeza procura restablecer la disciplina abandonada. Habla como padre con suavidad y fortaleza; mas los religiosos, en lugar de ceder á sus vivas amonestaciones, corresponden con murmuraciones sellosas, y no contentas, forman el mortal desiguio de envenenarle. Preparado el vaso con la ponzoña, se lo ofrecen; pero Dios, protector de su vida, le salva por un milagro. Benito hace sobre el vaso la señal de la cruz, y al punto se hace pedazos, y el veneno solo sirve para manifestar la malignidad de aquellos monjes parricidas. Hermanos míos, les dijo entonces, ¿qué motivo os he dado para que así me tratéis? No os dije desde luego, que mis costumbres no convenían con las vuestras? Y sacudiendo el polvo de sus pies en testimonio contra ellos, dejó al instante el monasterio; y se volvió á su amada soledad.

Mas apenas llegó á ella cuando mudó de semblante. Una innumerable multitud rodeaba su caverna, diciéndole como los israelitas al Macabeo: tú serás nuestro profeta, y nosotros haremos lo que tú nos mandes. Bien presto creció tanto el número de discípulos, que la soledad de Sublac vió con admiración fundados doce monasterios á solicitud de este ilustre patriarca. Bien presto los senadores y los patricios romanos condujeron sus hijos á esta montaña para consagrarlos á Dios. ¡Qué agradable espectáculo ver venir á los Mauros y Plácidos á ser discípulos de Benito! Figúrate á este patriarca, á

quien Dios había enriquecido con excelentes dones, nutriendo la piedad de estos jóvenes con su ejemplo é instrucciones, acostumbrándolos al yugo del Señor, y haciéndoles considerar la gran felicidad que es llevar de buena voluntad este yugo de la religion, bajo la obediencia y sumisión á sus preladós. ¡Qué gozo el de Benito al ver que sus discípulos manifestaban una vida angelica en cuerpo mortal! ¡Qué alegría al ver retratada sobre aquella montaña la imagen del Paraíso por la paz inalterable que entre ellos reinaba! ¡Qué frecuencia de oracion, qué rigor de ayunos, qué rendida obediencia, qué silencio! qué amables, qué deliciosos, oh mi Dios, eran estos tabernáculos del Señor de las virtudes! Hasta los montes se alegrán, según la expresion del salmo, al vése convertidos en casa de Dios y puerta del Cielo.

Empero, la malignidad de un sacerdote turbó sus delicias de esta montaña. Instigado del demonio, se propuso denigrar la fama y reputacion de Benito y su Orden. Nada omitió para realizar su mal propósito, hasta poner aschianza á su preciosa vida. Benito pudo muy bien deshacerse de su adversario dando cuenta al magistrado; pero dejando á Dios la causa, tomó el partido de abandonar á Sullac, y retirarse al monte Casino. A poco tiempo tuvo la noticia que este infeliz sacerdote había perecido bajo las ruinas de un edificio; le llora tiernamente, como David á su rebelde hijo Absalon, y castiga la alegría que manifestó en la ocasion uno de sus discípulos; doble ejemplo de severidad y de dulzura, con que manifestó á sus hijos, que si había sido moderado en sufrir la persecucion, era firme en vengar la caridad violada. Establecido pues en el monte Casino, edificó bien presto un monasterio. Desde allí destinó á muchos de sus discípulos á extender su orden por toda Europa. El Cielo bendijo su desigrio. Francia, España, el Piemonte, la Sicilia y varias otras comarcas recibieron con placer á sus discípulos, y con admirable rapidez se vieron establecidos muchos monasterios. El monte Casino, donde en varios bosques permanecia el culto del dios Apolo, á la venida de Benito quedó bien presto convertido en Paraíso del Señor. Benito, devorado del celo de la casa de Dios, derribó el templo erigido á la falsa deidad, destruyó la estatua, y consiguió que en este monte, asilo hasta allí de la idolatría, solo fuese adorado en lo sucesivo el Dios verdadero, viniendo á ser monte del Señor, monte santo.

Pero la reputacion de santidad de este nuevo apóstol se extendió en breve maravillosamente. Los moradores de la ciudad y de la campiña, admirados de sus triunfos evangélicos, se presentaron á

Benito para recibir las palabras de vida y de verdad que salian con frecuencia de sus lábios. Los pecadores al oírlo sienten en su corazón las impresiones inefabiles de la gracia. Unos dejan la espada para tomar el hábito monástico; otros, sin dejar las armas, toman el cáñico para servir á un mismo tiempo á Dios y al príncipe. Pero lo que daba mas crédito á su apostólgdo, era el don de milagros y de profecía que el Señor le había comunicado. Los fieles, que tenían la dicha de oírle y hablar con él, deferían con facilidad á sus amonestaciones, acordándose de sus prodigios. Los fieles sabian que oyendo á Benito, escuchaban al que había sacado de las entrañas de la piedra una fuente pura y abundante; al que había hecho sobrenadar al fierro; al que había quitado á la muerte su triste presa. Sabian que este mismo era el que había hecho marchar sobre las aguas á uno de sus discípulos, y otros muchos milagros, que omito, de este nuevo taumaturgo. Paso en silencio su espíritu de profecía, don singular, que Dios había comunicado á su siervo para que instruyese á los mortales en las sendas de la salud.

La fama de su santidad y de sus prodigios atraía á todo el mundo al monte Casino, á oír y consultar á este hombre apostólico; y aquí fué donde Benito acabó de componer su regla, este compendio universal de la disciplina religiosa, que contiene los tesoros de la sabiduría y de la ciencia monástica. Regla que parece dictada por el espíritu de Dios; regla que san Bernardo llama produccion más divina que humana, y que muchos concilios la han aprobado por sus decretos; regla adoptada por muchos Ordenes religiosos, y que ha hecho inmensos progresos en el orbe cristiano. En ella trazó Benito á sus discípulos las sendas saludables que debían seguir, y uniéndolo á la autoridad de legislador la ternura de padre, les ordenó la pobreza, el ayuno, el trabajo, la obediencia, la humildad, el oficio divino, la oracion y otras muchas santas prácticas, partes esenciales del estado perfecto.

¡Qué no podria yo decir aquí de los abundantes frutos que los profesores de tan santa regla han procurado á la Iglesia y al Estado! Si quisiera recorrer sus anales hallaría entre los hijos de Benito papas, emperadores, reyes, reinas, cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos, doctores de la Iglesia, escritores sábios, estadistas y un gran número de santos, muchos de los cuales testimoniaron la divinidad de Jesucristo con su sangre. Pero dejó á los lectores de su vida la noble curiosidad de tan agradables noticias. Lo que vemos hoy, nos trae á la memoria lo que sería en lo antiguo la Orden de san Benito. En efecto; vemos con alegría á sus discípulos seguir constante-

mente las sendas de su padre, edificando á la Iglesia por su piedad, enriqueciéndola con sus obras, é ilustrándola con sus virtudes.

¿Y nos contentaremos por ventura con admirar la santidad de Benito? ¿Sus ejemplos no serán dignos de imitadores? Yo bien conozco que no á todos es dado caminar como él por la senda de la perfeccion; pero todos pueden y deben cumplir la ley de Dios y la justicia. ¿Quién nos impide imitar á Benito en la práctica de las virtudes cristianas, en el amor á Dios y al prójimo, en el perdón al enemigo, y en el cumplimiento de sus deberes? Yo no os digo que os retireis como él al desierto, que abandonéis vuestra pátria, vuestros parientes y amigos; una tal separacion no está en el órden de vuestras obligaciones esenciales; pero el Evangelio os manda expresamente, evitar las compañías de los mundanos, que han pervertido vuestra inocencia, y os han traído á un sentido réprobo.

Yo no os mando conformaros á la rigurosa abstiniencia de Benito; mas debo inculcaros de parte de Dios, que no violéis la ley del ayuno y que tengais presente, que la mayor parte de los motivos que alegais para la dispensa, son vanos pretextos para eludir el précepto. Yo no os digo, que os arrojeis desnudos sobre las espinas como Benito; pero sí, que debeis mortificar vuestra carne para reducirla á servidumbre, para no caer en la tentacion. En fin, no olvidéis, que el reino de Dios padece violencia, y que solo por violencia se alcanza. Es necesario pues la oracion, la mortificacion de las pasiones y sentidos, y elevar la mente á Dios para obtener sus auxilios, servirle en vida, y bendecirle en la bienaventuranza, que os deseo.

PANEGRÍCO DE SAN BENITO DE PALERMO.

*In vita sua fecit monstra, et in morte
mirabilia operatus est.*

*Mientras vivió hizo prodigios, y despues
de su muerte obró muchas maravillas.*

(Ecles, c. 45, v. 15.)

Este es el magnífico elogio con que el Espíritu santificador honra la angusta memoria del incomparable Eliseo, digno sucesor del grande Elias, cuyas heladas cenizas animaron entre las lóbregas cavernas del sepulcro los más vertos cadáveres, y cuya extraordinaria santidad llenó de asombro los contornos de Judá; la dulce memoria del más esclarecido israelita, que dotado del doble espíritu de contemplacion y de celo, obró prodigios ignorados de las edades que le precedieron; en su presencia los vientos se enfrenan y emudecen, el mar calma sus hinchadas olas; la muerte abandona sus trofeos; de su boca sale un soplo vivificador, que penetra hasta las entrañas del abismo, y resituye á la vida los cuerpos soterrados entre las tinieblas del olvido; los reyes admirados le respetan, la púrpura y la inajestad se rinden á su imperio, y los pueblos afligidos acuden á sus piés.

Por estos rasgos con que el Eclesiástico pinta al más famoso profeta que admiró el pueblo escogido, ya podeis venir en conocimiento del prodigioso de Palermo, objeto digno de vuestro culto, el Taurinargo de estos últimos tiempos, ornamento glorioso de Sicilia, astro luminoso del cielo franciscano, la copia más original de su llagado patriarca, gloria de la nacion africana, luz prodigiosa del setentrion y meridiod, varon singular, alma grande de aquellas que, en los tiempos decretados por la eterna Sabiduría, extrae el Altísimo del tesoro de sus misericordias para hacer alarde á los ojos del

mente las sendas de su padre, edificando á la Iglesia por su piedad, enriqueciéndola con sus obras, é ilustrándola con sus virtudes.

¿Y nos contentaremos por ventura con admirar la santidad de Benito? ¿Sus ejemplos no serán dignos de imitadores? Yo bien conozco que no á todos es dado caminar como él por la senda de la perfección; pero todos pueden y deben cumplir la ley de Dios y la justicia. ¿Quién nos impide imitar á Benito en la práctica de las virtudes cristianas, en el amor á Dios y al prójimo, en el perdón al enemigo, y en el cumplimiento de sus deberes? Yo no os digo que os retireis como él al desierto, que abandonéis vuestra patria, vuestros parientes y amigos; una tal separación no está en el órden de vuestras obligaciones esenciales; pero el Evangelio os manda expresamente, evitar las compañías de los mundanos, que han pervertido vuestra inocencia, y os han traído á un sentido réprobo.

Yo no os mando conformaros á la rigurosa abstinencia de Benito; mas debo inculcaros de parte de Dios, que no violéis la ley del ayuno y que tengais presente, que la mayor parte de los motivos que alegais para la dispensa, son vanos pretextos para eludir el precepto. Yo no os digo, que os arrojeis desnudos sobre las espinas como Benito; pero sí, que debeis mortificar vuestra carne para reducirla á servidumbre, para no caer en la tentación. En fin, no olvidéis, que el reino de Dios padece violencia, y que solo por violencia se alcanza. Es necesario pues la oración, la mortificación de las pasiones y sentidos, y elevar la mente á Dios para obtener sus auxilios, servirle en vida, y bendecirle en la bienaventuranza, que os deseo.

PANEGRÍCO DE SAN BENITO DE PALERMO.

*In vita sua fecit monstra, et in morte
mirabilia operatus est.*

*Mientras vivió hizo prodigios, y despues
de su muerte obró muchas maravillas.*

(Ecles, c. 45, v. 15.)

Este es el magnífico elogio con que el Espíritu santificador honra la angusta memoria del incomparable Eliseo, digno sucesor del grande Elias, cuyas heladas cenizas animaron entre las lóbregas cavernas del sepulcro los más vertos cadáveres, y cuya extraordinaria santidad llenó de asombro los contornos de Judá; la dulce memoria del más esclarecido israelita, que dotado del doble espíritu de contemplación y de celo, obró prodigios ignorados de las edades que le precedieron; en su presencia los vientos se enfrenan y emudecen, el mar calma sus hinchadas olas; la muerte abandona sus trofeos; de su boca sale un soplo vivificador, que penetra hasta las entrañas del abismo, y resuscita á la vida los cuerpos soterrados entre las tinieblas del olvido; los reyes atemorados le respetan, la púrpura y la inajestad se rinden á su imperio, y los pueblos afligidos acuden á sus pies.

Por estos rasgos con que el Eclesiástico pinta al más famoso profeta que admiró el pueblo escogido, ya podeis venir en conocimiento del prodigioso de Palermo, objeto digno de vuestro culto, el Taurinargo de estos últimos tiempos, ornamento glorioso de Sicilia, astro luminoso del cielo franciscano, la copia más original de su llagado patriarca, gloria de la nación africana, luz prodigiosa del setentrion y meridiana, varon singular, alma grande de aquellas que, en los tiempos decretados por la eterna Sabiduría, extrae el Altísimo del tesoro de sus misericordias para hacer alarde á los ojos del

mundo de su poder, comunicado á un hombre mortal, animándole con los esfuerzos de su mano poderosa, para que tanto en el sepulcro como en la cuna, manifieste la majestad y omnipotencia del Ser supremo con señales y prodigios.

Consideremos á un mismo tiempo la asombrosa multitud de maravillas que obró en vida y muerte el bienaventurado de Palermo, y la prodigiosa santidad con que ilustró la Iglesia de Dios. Si la vida del glorioso Benito fué un agregado, y un cúmulo de hechos extraordinarios, no lo fué menos de acciones heroicas, que daban mayor esplendor á sus maravillas; si sus milagros asombraron desde Filadelfia las regiones del Aquilon y del Austro, por su multitud, por su variedad y por su singularidad, también llenó de admiracion la sublimidad de sus virtudes las soledades más yermas, y todos los lugares donde fósido; si él obró los prodigios que engrandecieron á los mayores héroes de ambos Testamentos, poseyó igualmente la santidad en que florecieron los hombres más grandes que ha tenido la Religión en todas las edades; por esta razon no puedo daros idea más cabal de su carácter, que representándole como un prodigio de la gracia, tanto por el heroísmo de sus virtudes, como por la magnificencia de sus milagros. Yo me explicaré con claridad, y vosotros entenderéis mi pensamiento. Voy á proponeros dos proposiciones que servirán de base y fundamento á mi panegirico, y darán toda la materia para componer su completo elogio. Escuchadme. La prodigiosa santidad de Benito ilustró y dió nuevo realce y autoridad á la multitud de sus milagros: ésta será la primera parte. Las maravillas y portentos que obró Benito en vida y muerte, contribuyeron al mayor aumento y perfeccion de su santidad, segundo punto: *A. M.*

Aquel Dios, cuya virtud poderosa transforma y engrandece á su arbitrio á la criatura más débil, elevándola sobre las potestades de la tierra, y haciéndola superior á los demás mortales, escogió por un efecto de su bondad entre la esclarecida estirpe del nuevo Abrahán, al bienaventurado de Palermo, le comunicó su espíritu, y le revistió de su fortaleza para que fuese el depositario de su poder; y brillase entre todos los héroes de la fe y de la gracia, como un varón prodigioso: éste es su carácter propio y personal, que le distingue de los demás santos que han resplandecido en la Iglesia de Dios y en el antiguo Testamento.

En efecto: si desde nuestros tiempos retrocedemos á los siglos más remotos, apenas encontraremos en tan inmenso espacio quien se le parezca á Benito de Palermo: hallaremos justos en quienes sustituyó

el Omnipotente la virtud de su brazo: pero estos héroes, aunque obraron como depositarios de la Omnipotencia, la virtud milagrosa que se admiraba en ellos, la recibieron con más economía en ciertos días y en ciertos momentos; al paso que esta misma virtud la comunicó el Omnipotente al insigne de Palermo casi sin medida. Fúlpieza, por decirlo así, desde su misma cuna, y le sigue en todos los pasos de su vida: desciende con él al sepulcro, y desde las concavidades de la tumba parece que manda á la naturaleza, pues se muestra dócil y obediente á sus órdenes. ¡Qué espectáculo tan asombroso sería para vosotros, si yo expusiera á vuestra vista en un momento toda la serie de sus portentos y maravillas!

La cuna, teatro funesto de las flaquezas y miserias del hombre, fué para Benito mansion de honor y de gloria: apenas ve la luz, apenas se organiza su tierno cuerpecito, cuando ya ofrece al Criador las primeras aspiraciones de un corazón puro: dueño de sí en medio de las fajas que le aprisionan, levanta al Cielo sus manos trémulas en ademán de unirse con el Sumo bien; las primeras palabras que articula su lengua balbuciente son cánticos de alabanza que consagra al divino Hacedor; á él se encaminan todas sus potencias, y le hace un temprano homenaje de su entendimiento, de su voluntad, y de todos sus sentidos. De la infancia de los demás santos rara vez se hace mérito en sus elogios, porque arrebatados de las primeras impresiones de una naturaleza corrompida, se dejaron llevar del impulso de sus deseos, antes de escuchar la hermosa voz de la virtud, y cuando empezaron á resplandecer como astros, fué después de sus primeros días. Benito no reserva para el Señor una víctima manchada con los profanos respetos que ántes hubiese tributado al mundo y á sus balagos; su corazón nunca probó la ponzoña del vicio; en él la prudencia se adelantó al uso de la razon, y la razon al número de los años, como generosa águila voló desde el nido de su infancia á los brazos de la virtud; y se puede justamente andar, si hubo alguna interrupcion entre su cuna y la virtud, porque ser hombre y ser virtuoso, fué en él una misma cosa. Todavía no sabe fijar sus vacilantes plantas, y ya se dirige al templo en alas de su amor; allí alimenta su tierno espíritu con las verdades eternas; allí abraza su corazón en los incendios de la más ardiente caridad; allí, humillado á los pies del trono, se excita con la idea admirable de ser el héroe de las virtudes, ejemplar de la penitencia, y modelo de la abnegacion evangélica.

¡Qué sacrificios tan generosos y tan anticipados! Pero sacrificios que no eran más que unos viciumbres precursores de la esclarecida

santidad de este gigante de la gracia; su prodigiosa virtud, que ocultaba el velo de su puericia, se dejó ver con claridad luego que el joven atleta empuñó á los nueve años el cayado de pastor. Ocupado en velar sobre su rebaño en los campos de san Fradelo, se sustrae unas veces sigilosamente de la vista de sus compañeros, y á los pies de una elevada cueva derrama su fervoroso corazon en presencia de su Dios. Luego forma de una multitud de pieles y arbustos un pequeño santuario, y pasa las noches insomnes, entonando las canciones de Sion. Ya sale de su retiro á buscar los mendigos de las aldeas, y deposita en su seno el escaso alimento que habia reservado para sí; ya practica ayunos poco ménos que continuos, y allige sus delicados miembros con cordeles milicos; ya se mezcla con los pastores de su edad, y los instruye en los rudimentos de la fé y en las máximas del Evangelio. Unas veces postrado secretamente en tierra, levanta los ojos al Cielo, y se dispone á escuchar con prontitud la voz de su Señor; otras combite el árduo designio de imitar la santidad y perfeccion en que florecieron cuantos héroes ocultaron las espantosas grutas de Nitria y Tebaida.

Si, hermanos míos, el deseo de buscar modelos y ejemplares de perfeccion, le arranca de la casa paterna, y le trasplanta á los bosques de Caronia, coronados de montañas estériles y escarpadas; discurrir ansioso y desahogado por aquellas selvas inaccesibles á los rayos del sol, y cuyo silencio solo interrumpe el fragor de los huracanes, ó el bramido de las floras, registra sus grutas y profundos valles, camina infatigable por entre riesgos y peñas con el fin de hallar á los ancianos pobladores que habitan aquel pais inculto, y satisfacer las ansias que tiene de llegar á la más sublime santidad, ¿qué espectáculo! Benito encuentra el precioso tesoro que solicita; ve aquellos ángeles del desierto, aquellos venerables ermitaños, que bajo el sagrado instituto del gran Francisco de Asis, habian encasado entre las rocas y torrentes, se postra á los pies de aquellos prodigios de perfeccion, los oye y los admira, como un discípulo que va á consultar á sus maestros, como un hijo que desea recibir lecciones de sus padres. Desciende con ellos á la palestra, sigue sus admirables huellas, anda por todos sus caminos; toma parte en todos sus sacrificios, y á los primeros pasos de su carrera asombra el joven novicio á sus mismos maestros, se remonta á la cumbre misma de perfeccion, deja muy atrás á los más proyectos y adelantados en la virtud, y adquiere una santidad tan prodigiosa, que empieza por donde terminaron aquellos famosos solitarios.

Cargado el bienaventurado de Palermo de los despojos y trofeos

que recogió en las selvas de Caronia, vuela en alas de su fervor á la capital de Sicilia, por orden del sumo pontífice Pío IV; el Padre santo habia disuelto y relajado la vida solitaria, que por privilegio apostólico emprendieron aquellos famosos ermitaños, y Benito escoge por inspiracion divina la conventualidad de Palermo, donde asociado á los religiosos de santa Maria de Jesús, suelta de nuevo los dignes á su gigante espíritu. Ah! acompañemos con el pensamiento á este humano serafin en la nueva carrera que emprende resignado á la voz del Vaticano. Luego que este célebre colono del yermo se incorpora en claustros minoritas, trae á su memoria las acciones de los mayores santos, que como luminaires de primer orden brillaron en el firmamento seráfico; recorre en su imaginacion el espíritu apostólico de los Páduas, la austeridad de los Alcántaras, el celo de los Capistranos, las vigillas de los Regalados, el fervor de los Bernardinos, la humildad de los Diegos de Alcalá, la pobreza de los Luisies, y los éxtasis de los Bailones; revuelve en su fervorosa fantasia los gloriosos tripulos que consiguieron de los tiranos en las mazmorras de Africa, y en las plazas de la Belgia los Danielés, Ilugolinos, Bautistas, Otónes, Acursios, Borardos y Leones; y resuelto á copiar tan sublimes originales, se empeña en unir en sola su persona todos los caracteres de santidad que hubo en ellos.

Animado de esta noble ambicion, dá principio por una crucifixion general de todos sus sentidos. Vestido de una túnica andrajosa y grosera, arma contra sí su propio brazo, y despedaza muchas veces cada noche su carne virgen; cuyas heridas aumenta con una malla de hierro que llevaba sobre sus ligados miembros; aprisiona su cintura con una cadena herizada de agudas puntas; se condena á un prolijo ayuno de siete cuasernas; y el corto alimento que llega á sus macilentos labios, más bien sirve para entreteñer la muerte, que para sustentar la vida; sus vigillas son tan prolongadas, que el poco sueño que toma sobre un manajo de sarmientos, no es otra cosa que un tributo indispensable, que por fuerza le arranca su desfallecimiento; camina descalzo por lugares sembrados de aspereza, abriendo á cada paso que daba profundas grietas en las plantas de los pies, y otras tantas heridas en el corazon; expone sus fatigados miembros á la intemperie de las estaciones, para que á un tiempo le persigan el frio, el calor y la hambre; ¿pero, qué es lo que intento? Yo no soy capaz de explicar el santo furor con que me en sí todo el rigor de los mayores penitentes que florecieron en la numerosa familia del patriarca de Asis; basta decir, que redujo su afligida carne á tan asombrosa severidad, que más parecia un cadáver animado, que un hombre vivo.

Adornado el héroe africano con las sangrientas señales de la penitencia, se apresura á copiar las demás virtudes compañeras inseparables de la mortificación y austeridad. En efecto, luego que Benito llegó á ser el más famoso penitente que vivió, la religión seráfica en los siglos de oro, tardó muy poco en plantar radicalmente en el fondo de su corazón el reino de la humildad: insensible á los impulsos del amor propio, y transformado en su misma nada, abraza con gusto los ministerios más viles de la comunidad, se reputa por el oprobio y desprecio de los claustros, y anegado en su propia miseria se tiene en su concepto, por el más inútil y pequeño entre sus hermanos. Los pueblos, convencidos de su extraordinaria virtud y milagros, le aplauden; él suspira, llora y gime oprimido bajo el peso de la universal reputación, y huye á los rincones más escondidos del convento para no ser visto de nadie, y evitar de este modo sus importunos aplausos: si sale de allí, es para conducirse á las chozas más humildes, y mezclarse con la más infima plebe por conciliarse el desprecio de los grandes; si cruza las calles y plazas de Sicilia, es para llevar sobre sus fatigados hombros un costal de mendrugos, que ha juntado para alivio de los porterosos; si entra en los hospitales y calabozos, domillos del hambre y del contagio, es para limpiar las úlceras á los leprosos, besar sus llagas, socorrer su calimiento, y acompañarlos en sus miserias; si se confunde con una chusma de muchachos, es para instruirlos en los primeros rudimentos, y hacerse al mismo tiempo mirar como insensato y extravagante. Pero qué expresiones me bastarían para ponderar los extremos de su abatimiento, ni qué tiempo tendría yo para numerar las demás virtudes que resplandecian en su persona?

El insigno Benito, por medio de un prodigioso enlace, hermanó las cualidades más excelentes que se hallaron esparcidas en los héroes franciscanos que lo precedieron; y para formar su perfecto panegirico, sería necesario hablarlos de la santidad de todos los justos de su Orden. Él tuvo el celo de los operarios más famosos del Evangelio que sudaron en las cuatro partes del orbe, y se hizo participante de sus conquistas apostólicas por sus fervorosas oraciones dirigidas al Padre de las luces; él juntó la pureza más acendrada con los rigores de la austeridad; las suavidades de la contemplación con el empleo continuo de la mendicancia; la abnegación y recogimiento interior con el bullicio del siglo. Él concilió la mansedumbre y sencillez con la entereza y libertad de ánimo; la separacion de las gentes con las ocupaciones públicas de la obediencia; la soledad y retiro con los ejercicios diarios de caridad. Él, al fin, se transformaba con la gracia

en todas las formas y figuras: todas las virtudes residían en él, y él se señoreaba de todas ellas.

Un hombre tan extraordinario, ¿cómo podría dejar de ser la expectación y el asombro de toda la Europa? ¿Ni cómo podrían los pueblos ultramarinos dejar de entender que sus virtudes iban de acuerdo con sus milagros? Y ved ahí como la prodigiosa santidad de Benito ilustró y dió mayor realce y autoridad á las maravillas que obraba. Arivad vuestra fantasia, y tened presente, que ésta fué la primera proposición que elegí en el exordio de mi panegirico, y voy á demostraros á grandes rasgos.

Supuesto que san Benito de Palermo reanó en sí la virtud de todos los justos, ya no es maravilla que obrase los milagros que hicieron famosos á los santos. Dios se empeñó en hacerle un hombre extraordinario, obrador de maravillas, y él trabajó toda su vida para ser hombre de prodigiosa santidad; el resplandor de sus milagros fué correspondiente á su portentosa virtud, y ésta sirvió de realce y confirmación á sus maravillas. Los pueblos, testigos oculares de los milagros continuos que obraba, fueron al mismo tiempo espectadores fieles de sus virtudes, y éstas les causaron mayor asombro que sus mismos milagros. Los grandes de la tierra, en los que parece que tienen su centro las sospechas y las desconfianzas, estos potentados del siglo, tributaban respetuosos honores á sus prodigios, porque se hallaban convencidos del tenor de su portentosa vida. Los vireyes de Sicilia, los magistrados, los duques, los probados y todos los fieles de ambos sexos, absortos á vista de sus portentos, se maravillan aún más al ver sus vigiliat, sus ayunos, su humildad, su oracion, sus raptos, su comunicacion con el Cielo, y los rayos de luz que salían de su rostro; al ver, finalmente, que aquellas manos obradoras de tantas maravillas, que dan salud á los enfermos, lengua á los mudos, vista á los ciegos, pies á los tullidos, y vida á los muertos, que aquellas manos prodigiosas eran las mismas que se empleaban en los ministerios más viles y despreciables del claustro, en limpiar las inmundas llagas de los leprosos, y en trasportar el alimento preciso á los encerrados. ¿Qué prueba más decisiva de la verdad de sus milagros, que la evidencia de sus prodigiosas virtudes? ¿Qué señal más clara de ser Benito el Taumaturgo de su siglo, que el verle practicar en todos los instantes de su vida los actos más heroicos de perfeccion?

Él en su infancia pasa desde la misma cuna á los brazos de la virtud; en sus años juveniles poseyó la heroicidad de los mayores santos; y en su ancianidad conserva el mismo espíritu y las mismas virtudes.

Su inocente cuerpo estuvo siempre agobiado con las santas crueldades á que le sometió desde su tierna edad hasta los últimos suspiros; su corazón vivió siempre abrasado en los incendios de la más ardiente caridad; y todos sus sentidos estuvieron siempre sujetos á las impresiones de la gracia: él al fin fué un hombre que al primer paso llegó al término de la perfección. ¿Podía darse testimonio más auténtico, ni otra prueba más eficaz para convencer á todos, que ver que sus milagros correspondían á sus virtudes, y que éstas daban nuevo realce, y servían de apoyo y confirmación á los portentos que obraba? Concluyamos, pues, que la prodigiosa santidad de Benito dió nuevo lustre y autoridad á sus prodigios; y que esta misma santidad hizo más creíbles sus milagros. Esto fué lo que propuse demostrar en la primera parte. Ahora añado, que sus milagros sirvieron al aumento de su santidad, y le fueron ocasión y raíz de mayor perfección.

Solo Dios puede mudar las leyes del Universo, y á El solamente pertenece escoger una criatura, comunicarle su poder, hacer de ella un Taumaturgo; y elevarla sobre toda la naturaleza. Entonces la sabiduría del siglo, el valor de los conquistadores, la habilidad de los políticos, la autoridad de los magistrados, la majestad del trono, la púrpura romana, toda la grandeza pierde su resplandor, y se eclipsa en presencia del hombre de milagros, á quien Dios ha escogido: Benito aparece superior á los demás mortales, porque es depositario del poder del mismo Dios, y aún las criaturas insensibles, los elementos, el fuego, la tierra, el aire, el mar y el abismo, escuchan con sumisión el sonido de su voz.

De este modo se portó Dios con el incomparable Benito. Desde su nacimiento le propuso como un espectáculo extraordinario á todo el Universo; imprimió en él los caracteres y señales de su poder divino, le revistió con la fuerza de su brazo; puso en sus manos las llaves del Cielo, y le entregó con los tesoros de su omnipotencia. En su presencia se postran las deidades sublunares, el mundo entero le tributa sus respetos, los pueblos, los monarcas, los obispos, los vireyes, los cardenales y los sumos Pontífices le reverencian, y admiran los prodigios que obra en vida y en muerte, y su sepulcro se halla adornado de los trofeos que á su memoria han levantado el sacerdocio y el imperio.

¡Qué asombro, hermanos míos, ver á un pobre lego hecho árbitro, dueño y señor de todo el mundo, á cuya voz nada hay en la naturaleza capaz de resistir! El manda, y al punto los elementos olvidan su natural inclinación; el aire pierde sus malignas influencias, los vientos reprimen sus furiosos embates, la tierra mejora sus estacio-

nes, el mar apacigua sus espumosas olas, el cielo se explica en abundantes lluvias, las criaturas más insensibles se detienen ó se mueven á la voluntad de este Taumaturgo, y toda la naturaleza pasmada, atenta y obediente, reconoce en él el poder del supremo Criador.

Seria poco haber tenido este imperio sobre las criaturas inanimadas, si no lo hubiera ejercido también sobre los mismos hombres. En efecto; vieron éstos á este varón portentoso, caminar por las plazas, aldeas y ciudades populosas, llevando consigo las llaves de la vida y de la muerte. Le vieron atravesar toda la Sicilia, dejando en todas partes vestigios y señales de su mano milagrosa. Allí hace revivir á dos niños despues de muchas horas que habían espirado, y los restituye sanos á sus desconsolados padres. Aquí renueva el prodigio de san Pedro en el pórtico de Jerusalén, y hace caminar á un paralítico con el contacto de sus manos. Allí cierra el sepulcro, y libra de las fauces de la muerte á una matrona desahuciada entre los dolores del parto, y aún á otra mujer hidrópica, que había apurado en vano todos los arbitrios de la medicina. Aquí da vista á dos ciegos de nacimiento, y luego cura las calenturas más pútridas y las llagas más desesperadas con un sorbo de agua común, ó dando á masticar á los pacientes una corteza de pan. Allí hace hablar á los mudos, oír á los sordos, y salir á los demonios de los cuerpos de los energúmenos que habían atormentado mucho tiempo. Ya se deja ver en los hospitales de los agonizantes, y á su vista huyen las fiebres malignas, y los enfermos quedan consolados y restituidos á una perfecta salud. Y para decirlo en compendio, todos los lugares por donde pasa ven desaparecer los males que los afligian, ninguno invoca en vano su maravilloso poder; en una ciudad renueva los mismos prodigios que acabo de oír en otra, y parecería que la naturaleza había recibido orden de su Autor para obedecer en todo á Benito de Palermo.

Taumaturgo y profeta á un mismo tiempo, rompe los velos que ocultan los sucesos de los siglos futuros, y queda todo patente á su vista; ve las revoluciones más extrañas, y las más singulares escenas que han de acontecer en la Iglesia y en el Estado. Reune su imaginación las diferencias de los tiempos, señala con la mayor distinción sus circunstancias; y como si tuviera presentes todos los lugares, declara como Isaias y Jeremías lo que pasa en todas partes; los secretos del corazón se descubren á su penetración, y registra lo más interior de las conciencias. Revela á unos, como Ezequiel, el funesto decreto de su muerte, y á otros anuncia, como Natán, sucesos prósperos y favorables.

Qué más? Un hombre sin letras, educado en medio de las selvas, empleado en los ministerios económicos del cluistro, sin haber cursado jamás las academias de Europa, habla el lenguaje de los sabios, discurre sobre los puntos más delicados de teología, penetra los misterios más alios de la religion, y descubre las verdades más abstrusas, que no alcanzan con el estudio de las letras: los varones más famosos de su siglo, los oráculos que se habian hecho admirar en el concilio general de Trento: estos hombres, que habian encanecido sobre los libros, le consultan en sus dudas.

¿Quién creería, oyentes, que un hombre cercado de tantos honores, lisonjeado de grandes y pequeños, y rodeado de los aplausos de un numeroso pueblo que acude á la voz de sus prodigios, no expondría su virtud al peligro de la distraccion, su austeridad al riesgo de la tibieza, ó su humildad á los lisonjeros vapores de la vanidad? Sin embargo, acompañado con la consideración á las ciudades más populosas, á la presencio de los vireyes, en el palacio de los obispos: á las casas de los grandes, donde el ocio y las delicias se suceden mutuamente: seguillo por las calles y plazas más públicas, centro y depósito de los placeres y de la dissipacion, y le admirareis en todas partes como el solitario más perfecto y el religioso más austero; y convendréis conmigo, en que sus milagros contribuyeron al aumento de su santidad, y le fueron ocasion y raíz de mayor perfeccion.

No lo dudeis. Presentanse á su vista el aparato ostentoso y pompa halagüena del siglo, pero, sin merecerle la menor atención, vive sosegado en el seno de la confusion, y silencio en medio del estrépito: su alma se halla tan unida con Dios, que el mundo no tiene la menor entrada en su corazón: enajenado en las profundidades de una sublime contemplacion, camina por medio del tumulto olvidado de todo, desasido de la tierra, y tan absorto en las cosas del cielo, que no piensa sino en Dios, no suspira sino por Dios, no ve ni oye sino á Dios, como si en este vasto Universo no hubiese más que Dios y Benito. El bullicio tempestuoso del siglo que le embiste, no le impide sus rigurosos ayunos, su austeridad continua, el ejercicio de su oracion, el fervor de su devocion, la vigilancia de su celo, lo encendido de su caridad, ni su profundo recogimiento: él vive unido con Dios, y crucificado al mundo en medio del mismo mundo, y Dios se comunica con él con la mayor abundancia y liberalidad. La dissipacion, el boato, las delicias y el estrépito de un siglo tumultuoso no pudieron turbar su recogimiento interior, su union con Dios, ni su amor á la penitencia; así como los aplausos, las honras y los obsequios de un mundo halagüeno no fueron capaces de alterar su profunda humildad.

En efecto: Benito se vió elevado al más alto grado de reputacion; los pueblos se postran á sus piés para implorar su proteccion, los enfermos convalecidos, los ciegos que recobraban la vista, y los muertos resucitados, publican á gritos sus maravillas: los grandes aplauden su poder, el mundo entero, asombrado con sus milagros, pregona sus elogios, los prelados, los vireyes, los duques y marqueses, lo más alto y sagrado del sacerdocio, le más encambrado y augusto del siglo, todos obsequian y panegirizan públicamente sus portentos; pero estas aclamaciones tan lisonjeras, lejos de deslumbrar y de angustiar su corazón, le sirvieron para humillarle y confundirle más.

Confesemos, pues, que los milagros de san Benito de Palermo debieron su mayor aplauso, su mayor esplendor y su mayor gloria á su prodigiosa santidad; así como, su santidad debió su mayor aumento y su mayor mérito á sus milagros. La santidad de Benito fué la prueba, el apoyo y el argumento de sus milagros, porque ella misma hizo más creíbles sus milagros, y de ella le resultó mayor autoridad y mayor aplauso; y sus mismos milagros acreditaron su santidad, porque contribuyeron al aumento y á la perfeccion de su virtud, y fueron ocasion y origen de mayor santidad. Por eso, para pintar á san Benito de Palermo con un solo rasgo, y caer su elogio á las palabras de mi tema, concluyo: que este grande hombre, tan obrador de maravillas y prodigios, fué igualmente santo que milagroso.

Santo nato, por tu nacimiento perteneces á Sicilia; por inclinación eres hijo del patriarca de Asis; pero la piedad de tus devotos, te reconoce por patron, abogado y protector: mira con propicios ojos desde el Cielo donde habitas á este pueblo devoto, que fija en tu proteccion toda su prosperidad: alcánzale por tu medio los auxilios y gracias que necesita, para conducirse por las sendas rectas, merecer el premio eterno, y abstar á Dios en vuestra compañía por toda una eternidad. Amen.

PANEGÍRICO

DE SAN BERNABÉ, APOSTOL.



Joseph autem qui cognominatus est Bernabae de apostolis, quos est interpretatum filius consolatoris.

José á quien los apóstoles pusieron el sobrenombre de Bernabé, esto es, hijo de consolador.

(ACT. APOST. 4, v. 31.)

Muchas y grandes ideas ofrecen las sagradas Escrituras para trazar el panegirico del apóstol S. Bernabé; mas entre ellas hay una, que por su magnitud y trascendencia, desucella sobre todas las otras, y llama desde luego la atención del orador cristiano. El nombre de nuestro insigne apóstol forma por sí solo su mayor elogio: Es un celestial presagio de los actos de su vida y un compendio de sus heroicas virtudes. Con solo pronunciar ese nombre, queda fielmente expresado el carácter de san Bernabé, y trazado de un solo rasgo su panegirico. Honoríficamente mencionado por el evangelista S. Lucas, en su historia de la naciente Iglesia; distinguido por él entre la piallosa muchedumbre que vendía sus bienes para depositar su producto en manos de los Apóstoles; aun hoy dia brilla Bernabé esplendorosamente en medio del magnifico é inaudito espectáculo que en aquellos tiempos asombró al mundo. El santo Evangelista nos refiere cómo los apóstoles, inspirados por Dios, para dar mayor celebridad á este discípulo de Cristo, cambiaron su primitivo nombre de José en Bernabé, que quiere decir: *hijo de consolacion*; anunciando de esta manera á la Iglesia, los grandes consuelos que debía recibir de aquel hijo predilecto. Con efecto: la Providencia, hermanos míos, suele muchas veces revelar sus designios sobre los escogidos, imponiéndoles ó añadiéndoles insólitos y misteriosos nombres. El de Noé significa *reposo del mundo*, y por él cesó el diluvio. El de Abraham, *padre de la multitud*, y sus hijos fueron tan numerosos como los astros y las

arenas, Jacob fué llamado *Israel*, para denotar la fortaleza con que luchando venció á un ángel; Isaac, *madre que ríe*; José, *hijo que crece*; Moisés, *salvado de las aguas*; Juan, *lleno de divina gracia*; Cephas, *pedra sobre que descansa la Iglesia*. Estos no deben considerarse como nombres terrenos, sino como oráculos santos, que denotan la gracia celestial que, juntamente con ellos, se dió á aquellos á quienes fueron impuestos. Si, pues, por inspiracion de Dios se cambió el nombre á nuestro apóstol, que llamándose José, fué despues llamado Bernabé, que quiere decir, *hijo de consolacion*, preciso es reconocer, que Dios lo eligió para este piadosísimo oficio, y dió en Bernabé á su Esposa la Iglesia una fuente perenne de abundantísimo consuelo, que le sirviera de alivio en sus grandes aflicciones. He ahí, hermanos míos, trazado en pocas palabras el plan de mi discurso. En vano buscaríamos para Bernabé un elogio mayor ni más digno, que el que pronunció la misma boca de Dios. Su santo Espíritu, moviendo la pluma de Lucas á relatar con tanta elocuencia sus hechos y á cambiarle el nombre, nos muestra el sendero que debemos seguir para encomiarlo. Basterá que recorramos mentalmente este sendero, para llegar á conocer los eminentes servicios que Bernabé prestó á la Iglesia, y por qué inspiracion los apóstoles, al verle ofrecer el precio del campo que había vendido, todos de común acuerdo le impusieron aquel misterioso nombre. El elogio es sencillo, pero sublime, como emanado de Dios; y por lo mismo, es de un valor inapreciable para la elocuencia cristiana, y capaz de excitar hasta el más alto grado la tierna piedad de los fieles. Pidamos los auxilios de la gracia. *A. M.*

Bernabé, proclamado consolador de la Iglesia, fué, efectivamente, tal para ella cuando más necesitada ser consolada. Recien nacida aún, y cuando apenas daba sus primeros pasos, amontonáronse sobre su cabeza negras y atenuadoras nubes, precursoras de grandes tempestades. Empezaban á cumplirse para con ella los tristes presagios de su Señor. La Sinagoga, envidiosa y poseída del más rabioso furor, tenía, por decirlo así, cogida de la garganta; y con sus saetiegas manos, tendidas con la sangre del Justo, quería ahogarla desde su mismo nacimiento. Los Apóstoles habían experimentado ya los rigores de la persecucion, y llevaban impresas en sus cuerpos las señales de las cadenas. Escrita estaba la sentencia.—O dejar de predicar á Jesucristo, ó prepararse á morir.

El primero de los mártires había dado ya su vida por tan noble causa, muriendo heroicamente á manos de sus lapidadores. Saulo,

lento de bárbara saña, corría por todas partes, cual lobo rabioso, para despedazar el cristiano rebaño. No hay palabras bastantes para describir el lastimoso espectáculo que ofrecía la ciudad de Sion. Hombres, mujeres, ancianos y niños, huían llorando de temor y espanto, ó eran sacados violentamente de sus hogares, desde los cuales se les trasladaba cargados de cadenas á las cárceles públicas; y como si esto no bastase, la implacable Sinagoga había impetrado unas cartas de exterminio, que la facultaban para limpiar igualmente de sangre cristiana la ciudad de Damasco.

En aquel tremendo trance, presentóse Bernabé á la Iglesia, cual rayo consolador que disipa las tinieblas, ó como luminosa estrella que viene á reanimar las esperanzas del navegante en medio de la oscuridad de una borrasca. Mostróse á ella, y en el acto mismo le ofreció sus bienes, su cuerpo y su alma. Los apóstoles, llenos de ineffable alegría, abrazaron con la mayor efusión á aquel hombre fervoroso, se miraron asombrados unos á otros, y exclamaron unánimes:—He aquí el hombre que se nos envía para nuestro consuelo! José, el Espíritu Santo te cambia el nombre; desde hoy te llamarás Bernabé, y así te denominará la Iglesia.—Y ya sea porque fuese él el primero que hubiese dado aquel insigne ejemplo de fe y desprendimiento, ó porque sus grandes dotes le hiciesen merecedor de esta honra, ó porque la generosidad y nobleza de sus sentimientos acrecentasen el mérito de su resolución, lo cierto es, que desde aquel instante fué la alegría del colegio apostólico.

Parece que Dios le había confiado la ejecución de sus mayores y más interesantes prodigios, uno de los cuales fué sin duda la conversión de Saulo, herido por la divina gracia, aquel duro corazón no resistió á la inspiración de lo alto, y será, finalmente, un vaso de elección. Qué de conquistas hará por su medio la Iglesia! Mas ¿quién asegurará la realización de tan feliz suceso? ¿Quién será el que, calmando los temores de la Iglesia, le descubrirá el tesoro que posee, aunque oculto todavía en el campo evangélico? El mismo Saulo no osa acercarse al temeroso rebaño, porque se lo impiden sus propias manos bañadas en sangre; y sin embargo, la Iglesia, aterrada como está por sus inauditas crueldades, necesita que alguno la persuada de que, bajo la forma aparente de aquel fiero Esau, se ocultan los tiernos afectos de un dulcísimo Jacob. Saulo procura por todos los medios posibles unirse á los discípulos; pero todos sus esfuerzos eran inútiles. Humecía todavía en sus manos la sangre cristiana, y los fieles huían espantados de su presencia. Solo Bernabé, el amado Bernabé, su antiguo amigo, podía otorgarle la aspirada

mediación. Y en efecto; Bernabé le toma de la mano, le presenta á los apóstoles, desvanece el temor del uno, vence la repugnancia del otro; les refiere el prodigio acaecido en el camino de Damasco, merced al cual el antiguo lobo se había convertido en manso cordero; refiérelas como descendió sobre él un rayo y lo circundó con su luz, como la voz del Señor le dirigió palabras consoladoras, y le mandó que fuera á predicar á las gentes; y ostentado en toda su plenitud el gran carácter de consolador de los corazones, exhorta á los discípulos á que no teman ya á Saulo, ni hayan de él, sino que lo abrazen como un nuevo apóstol que les envía el mismo Jesucristo.

Así como al asomar el sol huyen las pavorosas sombras de la noche, y se esparce por doquier la luz y la alegría; así la Iglesia, desechando entonces la duda y el temor que la embargaban, llenóse de júbilo por la gran conquista que acababa de hacer, y comprendió la razón por que Bernabé vino á llamarse *consuelo de los corazones*. Y con razón se le llamó así, porque Dios le había dotado de un corazón hecho á semejanza del suyo, cuyo principal atributo parece ser la bondad. El Espíritu Santo dice de Bernabé, que era bueno: *erat vir bonus*; queriendo significar con estas palabras, que la bondad era su carácter dominante; que su bondadoso corazón inspiraba ideas á su entendimiento, palabras á su boca, y llenaba toda su persona de una suavidad tan grande, que verle, hablarle y quedar vencido y cautivado por su amabilidad, era una misma cosa.

A este motivo de verdadera alegría se añadió otro en breve. De repente espacióse por la ciudad de Jerusalén el rumor de que el Evangelio había obtenido grandes primicias entre los gentiles de Antioquía. Pedro recuerda al momento el éxasis de Joppe y el lienzo lleno de cuatrapedros, aves y reptiles que entonces vio. Refiere la visita que le hizo Cornelio de Cesárea, y el bautismo que confirió al centurión romano en casa de Simón el curtidor. Entonces el yntidos los circunstantes buscaron con los ojos á Bernabé, y viéndole le dicen que vaya á Antioquía en nombre de todos los apóstoles, como si él solo bastase por todos. Y al llegar Bernabé á Antioquía, su corazón se llenó de un gozo espiritual tan grande, que no bastando á contenerlo, lo derramó en los corazones ajenos.

A la manera que cuando prende el fuego en una solar encina, levántase impetuosa la llama, y llevada por la fuerza del viento se propaga de uno á otro árbol, hasta convertir el bosque todo en una vasta hoguera; así Bernabé con sus palabras llena de alegría y santo ardor el ánimo de cuantos le escuchan, porque usa un lenguaje que avasalla los corazones, y difundiendo en todos ellos la virtud de su

nombre, exhorta y edifica y consuela juntamente. Por esto la divina mies crece á su vista de una manera tal, que no bastando á cogerla él solo, determina ir en busca de un nuevo segador. En semejante circunstancia se olvida enteramente de sí mismo para no pensar más que en la Iglesia. Animado del mismo heroico desinterés con que desde un principio se consagró á ella, corre á la ciudad de Tarso en busca de Saulo, para traerlo á Antioquia, y hacerle participante de sus gloriosos triunfos. ¡Qué humildad! ¡qué desprendimiento! ¡qué celo! Conoce Bernabé el gran talento y las eminentes cualidades de Saulo, más no por esto le tiene envidia, ni teme que le haga sombra; antes al contrario, sin vacilar, se pone á él, aunque más antiguo que él en la fe, y profeta antes que él, y padre y abogado suyo para con los apóstoles: Así Saulo entra en el palanque apostólico conducido por Bernabé.

Presagia Agabó con tristes palabras el hambre que afligirá á la tierra. La iglesia de Jerusalén, despues de haber vendido en parte y perdido en parte sus bienes, ve con espanto acercarse la hora en que las viudas gemirán en el más deplorable abandono, y los tiernos infantes pedirán inútilmente al exhausto seno materno el necesario sustento; y en medio de su aflicción implora el auxilio y la intercesión de Bernabé. Habla el discípulo del amor, y á impulsos de su prodigiosa palabra, Antioquia hace un milagro de caridad. Olvidándose de sí misma y de la penuria que quizás también á ella la amenaza, la generosa ciudad vierte abundantemente la plata y el oro en las manos de Bernabé, rogándole que lleve precioso aquellos socorros á la infortunada Jerusalén. Los apóstoles, llenos de santo alborozo, le proclaman abogado de los pobres, y los pobres bendicen en él al ángel protector enviado por la divina Providencia. Pero aún hay más. La fama de este sublime acto de caridad, se extiende rápidamente; y sirve de estímulo á otros corazones generosos. Sabelo Elena, reina de los Asirios, y abre inmediatamente sus tesoros, á favor de los cuales llegan á Joppe numerosas naves cargadas de trigo, que derraman la abundancia en la hambrienta comarca. De esta manera Bernabé, excitado con su ejemplo la generosidad de los reyes y poderosos de la tierra, adquiere un nuevo título á la gratitud de los pobres y desvalidos, que todos á una voz le proclaman: *Hijo de la consolación*.

El mismo divino Espíritu, que le había impuesto aquel nombre y aquel oficio tan tierno, quiso dar con una manifestacion solemne un campo más vasto á su ejército. Recordad, oh hermanos míos, aquel día para siempre memorable, en que estando los fieles reunidos en

Antioquia para la celebracion del santo sacrificio, un impulso de alegría y de espíritu movió repentinamente á los profetas, y Simon el Negro, Lucio de Cirene, Manaem, y todos los otros exclamaron:—Oid, oid; el Espíritu del Señor habla por nuestra boca, y dice: Tomad de entre vosotros á Bernabé y á Saulo, y consagra los para la obra á que los destino.—Entonces se descubrió con toda claridad el misterio del nombre impuesto á Bernabé. Si Saulo, dice S. Juan Crisóstomo, fué el consuelo de la Iglesia, como columna de la fé, órgano de Jesucristo, y admiracion del mundo, no lo fué menos Bernabé, como destinado por Dios para acompañar á Saulo en aquella admirable empresa. En aquel día, en aquel acto, tuvo principio la memorable época y la forma de todas las consagraciones futuras, pues que de allí tomó la Iglesia sus principales ritos. Bernabé y Saulo postrados en tierra, nos ofrecen la imagen de todos aquellos santos pastores, que guiando entre mil penosas vicisitudes á los fieles por el sendero de la patria celestial, debian colmar sucesiva y perpetuamente de consuelo á la Iglesia.

Aquí, oyentes míos, la grandeza de cada uno de estos dos insignes hombres constituye el elogio del otro. En efecto: ¿cuán grande no habia de ser Bernabé para poder seguir á Saulo, manteniéndose siempre á su lado, y emular de esta manera el vuelo de aquella águila generosa, que, desde las mayores alturas, mira con su penetrante mirada la inmensidad de los espacios, y tendiendo el vuelo, los recorría en un instante? ¡Ah! desmaye al seguirle otro cualquier discípulo del Evangelio; Bernabé andará siempre á igual peso que él!

Si Saulo escoge por primer teatro de sus apostólicas empresas la isla de Chipre, le seguirá Bernabé con firme corazón y seguros pasos hasta aquellas playas remotas. Su simpática presencia y sus maneras afectuosas harán todavía más amables las doctrinas evangélicas. Saulo comoverá á las gentes con su robusta elocuencia, y Bernabé ganará los corazones con el atractivo de una consoladora bondad. Saulo increpará con fogosa palabra á Elimas el impostor, y cegará sus ojos en presencia del procónsul Sergio; Bernabé excitará en el procónsul un deseo vehemente de oír la palabra de Saulo. Hablará Saulo, y el procónsul convertido creará en Jesucristo. Salamina y Pafos oírán atentas su predicacion, y en breve la provincia toda se convertirá al Cristianismo. La Iglesia sentirá las primeras impresiones de aquella purísima alegría, que experimenta cuando los grandes del siglo se inclinan ante el Evangelio, y arrastran en pos de sí al pueblo con su ejemplo; y Bernabé, con tan gran parte

tiene en aquel triunfo, consagrará la memoria de él con un hecho digno de eterna recordación.

El proconsul, después de haber recibido el bautismo, movido por la gratitud, ó por el deseo de dejar á Saulo una memoria suya, ruega al apóstol que tome su nombre, uno de los más ilustres de la antigua Roma. Saulo, en su humildad, debió rehusar aquella honrosa demostración; pero hubo uno que logró vencer tan heroica modestia, y éste no pudo ser otro que Bernabé. En efecto: Saulo, por consideración á él, accedió á los ruegos del proconsul. De esta manera se hizo célebre y pasó á la posteridad, uno de los primeros triunfos que la religión cristiana obtuvo contra el gentilismo. Los héroes del Lacio, dice S. Jerónimo, solían tomar el nombre de las provincias que habían conquistado, llamándose africanos, numídicos, egipcios, sarmáticos. El apóstol conquistador, accediendo á las reiteradas súplicas de Sergio Paulo y de Bernabé, consiente en trocar su nombre por el de Pablo; ¿Qué inagotable manantial de alegría abre de este modo á toda la Iglesia cristiana; desde entonces en adelante, cuantas veces nombrará á Pablo, cuantas no pronunciará epilogada en este solo nombre la historia toda de sus más insignes triunfos! Entre estos, uno de los más célebres y que mejor dan á conocer el carácter del ilustre compañero de Pablo, fué el que ambos consiguieron en Listra, ciudad de Licoania. Pablo predicaba á los licoonios, y Bernabé estaba á su lado guardando un grave silencio; pero la majestuosa serenidad de su frente y la dulce expresión de sus ojos hablaban á los corazones tan eficazmente como aquél con sus labios. De repente un hombre que estaba entre la multitud, cojo desde el vientre de su madre y que nunca había andado, obedeciendo á la voz de Pablo y á la mirada de Bernabé, se levanta y anda. El pueblo, que imbuido en las necias ideas mitológicas, cree que sus divinidades descienden de vez en cuando á la tierra en forma humana, exclama, que Pablo es Mercurio, mensajero é intérprete de los dioses. ¿Y qué dice del silencioso Bernabé? Dice que éste no puede ser otro que Júpiter. Efectivamente: su elevada estatura, su noble semblante, su apostura majestuosa y sus ojos llenos de dulce penetración, son indicios de un corazón magnánimo y de un carácter sublime y bondadoso, calidades que los gentiles atribuían á Júpiter; de manera, que la opinión de los hombres confirma el oráculo pronunciado por los apóstoles en honor de Bernabé. Difícilmente puede éste rechazar los toros adornados con guirnaldas que se le ofrecen, y disuadir á los sacerdotes, que empujando las sagradas cuchillas se disponen á sacrificárselos.—Desengañaos, exclama, desengañaos, soy un hombre como voso-

tros;—y rasgando de dolor y espanto sus vestiduras, apenas puede persuadirles que no es un Dios.

Tal era el dominio que Bernabé ejercía sobre los corazones humanos, dominio que ejerció de nuevo en Antioquia, cuando habiéndose suscitado la fatal disputa, sobre si á los preceptos de Cristo debían añadirse los de Moisés, turbóse la paz doméstica y se introdujo la cizaña en el campo evangélico. Para poner término á tan funesta desunión, y devolver á los fieles la alegría y la tranquilidad perdidas, pasó Bernabé á Sion con el objeto de consultar á los apóstoles; y durante el viaje fortaleció el corazón de los fenicios y samaritanos, como dice S. Lucas; y llegado á Jerusalén, acrecentó con sus palabras el gozo espiritual de aquellos mismos que habían tenido la dicha de ver al Señor. Porque allí refirió las maravillas que Dios por su ministerio había obrado entre las gentes, y la gracia que le había concedido de padecer por él. Refirió la lapidación de Listra, las violencias de Antioquia, los motines de Iconio, las traiciones, los peligros, los azotes, las cárceles, el frío, la desnudez, el hambre, la sed, los naufragios, los padecimientos de toda especie, que tal vez hicieron enojosa la misma vida; y por último, las tribulaciones todas que Pablo describe á los Corintios, y en las cuales Bernabé le acompañó constantemente. Luego añadió, que en medio de aquellos grandes peligros, la virtud de Cristo y de su Espíritu había triunfado siempre del mundo y del Infierno, de lo cual eran otros tantos testimonios solemnes los enfermos curados, los demonios ahuyentados, las lenguas habladas, y los muertos resucitados.

La asamblea apostólica, al oír de boca del mismo divino operario el relato de tantos prolegios, poseída de vivísima alegría, se quedó como extática, guardando el más profundo silencio. Santiago fué el primero que habló, diciendo: que las decisiones de Pedro y los sucesos de Bernabé demostraban evidentemente, que Dios había querido librar del yugo mosaico á las naciones convertidas, y que así debía declararse con un decreto apostólico. Pronunciado el decreto, los apóstoles encargaron á aquel hombre tan portentoso y amado, que fuera á comunicar á los afligidos moradores de Antioquia. Contemplad ahora, hermanos míos, aquella grey recién convertida al cristianismo; ved con que demostraciones de alegría recibe á Bernabé á quien considera y ama como padre, y con que ansiedad se reúne en torno de él para oír el suspirado oráculo.—El Espíritu Santo y nosotros hemos tenido por bien, no imponeros otro yugo que el suave y Mando de Jesucristo.—El jubilo inunda todos los corazones, se retrata en todos los semblantes, y brota en todos los

lábios. Los fieles acérquense á Bernabé, pidendo aquella venerable epistola, léanla y vuelven á leerla repetidas veces, y bendicen al Espíritu Santo, que ha dictado á los apóstoles tan sabia decision, y á Bernabé, ángel de paz y de consuelo, por cuyo medio se les ha comunicado tan fausta noticia.

Desde el momento que Dios tuvo por bien separar á nuestro apóstol del lado de Pablo, el cronista apóstolico deja de hablar de él, y fallando así la luz de la divina historia, es necesario buscar otra antorcha para poder ir siguiendo sus gloriosas huellas. Tenemos una tradicion de doce siglos, admitida por santos y doctísimos varones, consignada en antiguas liturgias reconocida por varias iglesias, y apoyada en muchos decretos sinodales, segun la cual Bernabé fué á Italia, predicó el Evangelio en la Liguria y en la Cisalpina, y fundó, entre otras, la iglesia de MILAN.

De esta manera, oyentes míos, los hechos de Bernabé, referidos por Lucas, escritos en la historia ó grabados en la memoria y en el corazón de los hombres, corresponden plenamente al profético nombre que le dieron los apóstoles: *Barnabas interpretatur filius consolationis*. Voy, pues, á terminar mi discurso, diciendo con vosotros: Apóstol de Dios, firme columna y consuelo de la Iglesia, padre y consolador nuestro, humildemente postrados os rogamos, que nos concedáis el auxilio de vuestra poderosa intercesion, para que imitando vuestro ejemplo, y siguiendo las santas huellas que dejasteis impresos en la tierra, podamos algun día llegar á reunirnos con vos en el cielo. *Amen*.

PANEGÍRICO

DE SAN BERNARDO, DOCTOR Y FUNDADOR.

Spiritus intelligentior, sanctior, unicus, multiplex.

Espíritu de inteligencia, santo, único y multiforme.

(SAP. VII, v. 22.)

¿Si me atreviere yo á aplicar al espíritu de un hombre un augusto carácter, que única y esencialmente corresponde al Espíritu de Dios? Espíritu de santidad, que es la fuente y el fruto de todas las gracias. Espíritu único, que no es comparable sino á sí mismo. Espíritu multiplicado, que encierra toda especie de espíritu. Esta es la ingeniosa interpretación que dá el mismo S. Bernardo á las palabras de Salomón (1), interpretación en la cual hace ver sin duda, la imagen de sus virtudes, de su ciencia, de sus trabajos, de su autoridad, de sus victorias y de sus prodigios.

En todo es admirable, singular y único. Si: Bernardo es hombre único. Único, por el conjunto de mil cualidades opuestas al parecer, y que tal vez no se han encontrado jamás reunidas, sino en él solo; y único, por la autoridad que aquellas cualidades brillantes le conceden sobre los monarcas; sobre los pontífices y sobre el mundo entero. En un solo hombre parece que se comprenden muchos: *Spiritus multiplex*. Por cuantas partes se le considere se ve el hombre de Dios y el santo. *Spiritus intelligentior, sanctior*. Bernardo, hombre único por los rasgos singulares que caracterizan su santidad; Bernardo, hombre único por la autoridad universal á que le hace acreedor su santidad. Estos son los dos puntos de apoyo sobre los cuales me he propuesto compendiar su carácter, y ceñir el plan de su elogió. Para entrar en materia pidamos los auxilios de la gracia: *A. M.*

(1) *DEUM, SIMIL. IN FEST. PENTECOST.*

Hay algunos hombres extraordinarios, que se diferencian otro tanto de los demás por su ingenio y carácter, cuanto por su nombre. Tal es como os voy á representar á S. Bernardo. Sábio sin estudio, apóstol solitario, penitente y justo.... Por lo mismo, os lo he anunciado como un hombre único, pues son únicos los rasgos que caracterizan su santidad. El hombre único no debe parecer á los de su tiempo; debe ser todo lo contrario. Al acabarse el undécimo siglo y principiar el duodécimo, habia acrecentado la licencia de las armas (y con especialidad en Francia) los abusos y los escándalos. A la sombra del vicio acreditado, se habian esparcido las tinieblas de la ignorancia. Esta habia producido, por una parte, la superstición, y por otra, la impiedad. Como era el siglo más bárbaro, era también el más irreligioso. En medio de estas tinieblas apareció Bernardo, y lo llenó de luz y resplandor. Como de ingenio vasto, fácil, reflexivo, noble é insinuativo, levantó las ciencias del sepulcro que parecía encubrir las. En sus escritos hallareis expresiones escogidas, reflexiones profundas y retratos animados, que son las cualidades que los distinguen y hacen tan apreciables. Hasta en la simplicidad y sencillez del estilo, reina en ellos la elevación, la nobleza y la majestad. Allí se encuentra la erudición de un sábio y la piedad de un santo. Entre los pasajes tomados de la sagrada Escritura, se hallan sembradas la riqueza y la hermosura de la más sublime elocuencia. Son una encañonación de pruebas, de pensamientos y de pasajes escogidos; pero, ¡qué pruebas tan brillantes! ¡Qué pensamientos tan energéticos! ¡Qué admirables sus pinturas y descripciones! Por todas partes manifiesta Bernardo talentos superiores, únicos y variados.

Aquí es un teólogo sólido, que descubre con exactitud y precisión los dificultosos dogmas de la gracia y de la libertad. Allí es un filósofo juicioso, que descubre con arte los sutiles errores y equivocaciones de la falsa filosofía, desmenuzándolos y destruyéndolos á un mismo tiempo. Parece, al ver sus obras en esta parte, que se leen los doctos escritos de S. Justino. Aquí presenta Bernardo como intérprete fecundo, y en el tiempo más interesante, las verdades más oscuras. Allí, como predicador celoso, pinta con viveza el vicio y sus engañosos encantos: la ilusión que á estos acompaña, y las consecuencias que se los siguen. En una palabra, Bernardo es el último de los padres de la Iglesia, y quien á todos les reproduce. Él tiene el espíritu de todos los santos doctores. Sin embargo, este hombre tan profundo y tan sábio, es un sábio sin estudio, su ciencia es una ciencia infusa y divina. Ved ahí lo que no pertenece sinó á Bernardo; y ved ahí porque os le he propuesto como hombre único. ¿Se

creería esto á no haberlo él mismo asegurado? La soledad era la escuela en que sus talentos se manifestaban, su espíritu se ejercitaba y su ingenio resplandecía. La piedad era la luz que le iluminaba, la oración, la fuente de sus luces, la cruz del libro en que leía, el Espíritu Santo el que le iluminaba; y Dios solamente era su maestro.

Yo confieso, hermanos míos, que se confundían y trastornan mis ideas; al ver las diferentes ocupaciones de Bernardo, que apenas logró vivir sepultado en el mundo. Solitario por elección, y por vocación apóstol, hasta el mismo Bernardo se admira al ver los diferentes géneros de ocupaciones en que se empleaba; y vosotros mismos os admiraríais también, si no supierais que el carácter de Bernardo es el de ser siempre un hombre único. Pensaba hacerlos observar el principio de su fervor en el retiro del Cister; pero me lo impide el ver, que el ángel del Señor conduce á otras regiones á aquel nuevo Tobías. ¿Y dónde le encamina? Á Claraval, lugar horroroso, donde empero, no se tardará mucho en levantar por el celo de Bernardo, los fundamentos de una nueva y preciosísima colonia para la Iglesia. Las lecciones y los ejemplos de Bernardo dispondrán allí Antonios para el desierto, Atanasios para el obispado, Leones para la tierra y santos para el cielo. ¡Oh Claraval! En ti es donde yo pondría la vista para Bernardo, si éste no tuviera que atender más que á un solo ministerio. Mas, ¿á cuantos diversos empleos está destinado?

Uno de sus panegiristas dice, que es un hombre enteramente para el mundo y enteramente para sí. Esta es justamente la pintura de su vida. Bernardo todo enteramente para el mundo. Casi al mismo tiempo, admiraba Claraval la sabiduría de su gobierno, París la fuerza de su elocuencia, Reims la extensión de sus luces, Tolosa el ardor de su celo, Milán el resplandor de sus milagros, Roma la constancia de su heroísmo, y toda la Iglesia su generoso desinterés. Como un relámpago pasó tres veces á Alemania, recorrió la Francia, atravesó los Alpes, y penetró en Italia. Corre de Oriente á Occidente, y está siempre pronto para ir á donde los intereses de la religion le llaman. Pacificador de turbulencias, resguardador de la disciplina, y consejero de los Papas: cada uno de estos títulos indica en Bernardo algun rasgo particular de su apostolado. Éste lo ejerció especialmente con dos hombres dignos de ser por sí mismos los apóstoles del universo: el uno fué Pedro el venerable; el otro el abad Suger. El venerable gobernaba el órden de Cluni con una sabiduría de todo punto admirable. Sin embargo, lo mismo fué echar Bernardo sobre Cluni aquella severa mirada con que describía manchadas hasta

las virtudes, que advertir en el superior una indulgencia perjudicial, que inmediatamente se atrevió á vituperarle. Consagrado Suger á la Iglesia por inclinacion, y dedicado al Estado por sus empleos, servia con igual desinterés al sacerdocio que al imperio. No obstante esto, le parecia á Bernardo que en el ministerio del príncipe, habia un lujo y una magnificencia que no debia permitirse á un ministro del altar. Determinó advertírselo, reprendérselo, y aún condenárselo. ¿Y cuál fué el dichoso fruto de su celo y trabajo? Pedro el venerable os lo dirá por sus sucesos. Suger por su penitencia.

A aquellas primeras victorias se siguieron inmediatamente otras más decisivas y esenciales. Fueron éstas las que consiguió sobre los errores de su siglo, contra los cuales se declaró y triunfó Bernardo. Olvidadas y casi abandonadas las ciencias mucho tiempo hacia, acababan de renacer en Francia de un modo admirable. La escasez de sábios que se advertía, engrandecia la autoridad y el mérito de los que existían. Encaminado todo el mundo á disipar las tinieblas de la ignorancia, consultaba con respeto los ingenios capaces de ilustrarle. Algunos hombres á quienes la preocupacion honra con el título de *espíritus fuertes*, se presentaron como filósofos. Pero ¡ah! que cuando ellos erigen un trono á la razón con mano limada, trastorran el imperio de la fe con mano atrevida. El abuso del talento es el origen de todos los errores. Bernardo les desentraña, aunque se presentan ocultos bajo de mil modos. Tan pronto nobles como sublimes aquellos indigios filósofos, penetraban de un rápido vuelo hasta las mansiones celestiales, y tenían por su jefe y cabeza á Gilberto de la Poiree. Inquietos ya y atrevidos, encendían por todas partes el fuego de la discordia, y tenían por guía á Arnaldo de Brescia; ya crueles y sanguinarios, se deliciaaban con la mortandad y la carnicería, teniendo por defensor á Enrique de Tolosa; y ya, en fin, delicados y sutiles inspiraban preocupaciones y engaños bajo el aparente pretexto de destruir los errores, siendo su protector Abelardo. Aquellos maestros del error y de la mentira, se dirigian todos, aunque por diferente rumbo, al único fin de destruir la religion. Bernardo confunde en el concilio de Reims á Gilberto de la Poiree. Pinta á Arnaldo como rayo exterminador de la paz, enemigo de Jesucristo y autor de los cismas, y Arnaldo se humilla. Hace que cesen en Tolosa las profanaciones y sacrilegios, y que Enrique se vea menospreciado. Solo faltaba disipar un encanto. ¡Ah! ¿qué encanto más seductor que aquel que el atractivo Abelardo empleaba para dominar sobre los espíritus? Abelardo era conocido por sus talentos, por sus ilusiones; pero encontró en Bernardo un vencedor á quien respetar. Intenta

Abelardo justificar sus errados sentimientos, y los multiplica. Apela con este motivo á Roma, y Roma le condena: se promete hallar más favorable el juicio y la decision de un Concilio, convócase este, y Bernardo es el alma y el principal sugeto de los que á él concurren. Desentrañase el sistema de aquel filósofo, que era el oráculo del mundo, y se le demuestra el error. Decide el Concilio; y Abelardo pronuncia contra sí mismo su sentencia. ¿Qué gloria para Bernardo!

Aquí, hermanos míos, deberia yo hacer mil descripciones para que las oyeseis con admiracion. Pero en el elogio de Bernardo se escapan muchas circunstancias, que en otro ménos abundante en maravillas serian muy interesantes. No obstante, es menester que sepais, que él reconcilió á los habitantes de Nápoles con los de Pisa; hizo la paz entre el arzobispo de Reims y su pueblo; entre Conrado, duque de Suabia, y el emperador Lotario; que se presentó en el Concilio de Pisa como uno de los mayores ornamentos de la Iglesia de Francia; que fué en tiempo de calamidad el recurso de los infelices á expensas de sus mismos discipulos, cuyo prodigio número era la obra de su celo; que.... Imaginemos todo lo que puede hacer un celo universal y una caridad invencible; imaginémosnos trabajos multiplicados á cada instante, obstáculos siempre continuos, triunfos milagrosos sin cesar, y habremos formado la idea de un grande apóstol; pero aún no la tendremos suficiente de lo que corresponde á Bernardo. Lo que más sorprende y admira en él, no es el que como apóstol se entregase á todos los trabajos; es, si, la soledad con que, á pesar de su predicacion, siempre estaba metido dentro de sí mismo.

¡Oh Claraval! Tú serás siempre el centro en donde su corazón permanecerá. Y en caso de que su celo le obligue á transitar y ausentarse de tí, porque la Iglesia le confie sus más delicados intereses, cuánto le cuesta á su corazón dejar á su amada soledad! La deja por fuerza, pero tambien vuelve á entrar apresuradamente en ella con gusto. Mas yo me engaño: hasta en el bullicio del mundo es un perfecto contemplativo, un solitario; solitario entre los papas que le admiran, entre los reyes que le buscan, y entre los sábios que le consultan; solitario en medio de los herejes á quienes combate, de los libertinos á quienes reprende, y de los impíos á quienes confunde. Entre los borrascosos negocios de la Iglesia y del mundo está siempre solo consigo mismo; porque él se dice siempre con un humilde recuerdo de su conciencia, que es solitario y que no debe dejar de serlo. Juzguemos, pues, de sus sentimientos por sus palabras. Cuántas veces repetía: ¡oh dulce, oh tranquila soledad que haces amane-

cer para mí días tan afortunados! Tú sola causas mis delicias; fuera de tí me busco y me hallo á la sombra de tus florestas; allí vivo feliz y contento; gozo de lo que inútilmente quisiera disfrutar entre los hijos del siglo, esto es, de un sosiego sin turbacion, de un mundo sin vicios, de un Dios todo mío. En estos éxtasis religiosos parece que la soledad hace desaparecer en Bernardo el apostolado. Tal es su carácter. Cada virtud parece que es en él única y sola. Es un Samuel por la prudencia, un Matatías por el celo, un David por la penitencia. Pero si en ésta imita Bernardo á David, no le ha imitado así en sus extravíos: Bernardo es penitente y justo. Es siempre un hombre único por los singulares rasgos que caracterizan su santidad.

También lo es por la autoridad universal que su santidad le merece.

¿Cuán respetable es la autoridad cuando no se debe más que á la superioridad de los talentos, á la importancia de los servicios y al resplandor de la virtud! A las virtudes de que á todo el mundo dá ejemplo; á los talentos que consagra á la religion, y á los servicios que hace á la Iglesia, es á lo que debe Bernardo la singular autoridad que ejerce sobre los pontífices, sobre los monarcas y sobre el mundo entero. ¿Y que es lo que viene á ser Bernardo? Un religioso, un vasallo, un particular. ¿Qué espectáculo tan admirable, hermanos míos, es el que va á llamar aquí vuestra atencion! Un religioso que manda á los prelados de la Iglesia, un vasallo que reprende á los soberanos, y un particular que, por decirlo así, dá leyes al universo. La vida de Bernardo, pues, os ofrecerá una prueba sensible y tal vez única, del más resplandeciente testimonio que jamás se ha visto dar por el mundo á la santidad. Aún no era Bernardo conocido en el mundo por sus trabajos, cuando ya lo era en la Iglesia por sus victorias: aquellos hermanos suyos, á quienes arranca del mundo por sus dices insinuaciones, aquella nobleza de la Borgoña á la cual, á pesar de las murmuraciones y de los clamores, conduce y encamina al Cister, y hasta su mismo padre, que como un nuevo Jacob, viene á entregarse al gobierno de este otro José; fueron los primeros ensayos del más grande poder que con tanta brillantéz debia ejercer Bernardo muy en breve.

Inmediatamente se extenderá su autoridad desde el centro de la tierra hasta ocupar toda la Iglesia. Sin más título que el de abad de Claraval, únicamente por la reputacion que le dan á Bernardo sus virtudes, llegará á ser como el alma que anime al cuerpo de los prelados y pastores. ¿Cuántas veces pusieron la clerecía sus miras, los pueblos sus súplicas, los príncipes su solicitud, y los soberanos pon-

tífices su reconocimiento, para colocar de acuerdo á Bernardo sobre las más importantes sillas de la Iglesia? Géova le pide, Langres le escoge, Chalons le suplica, Milán le pide, y Reims intenta obligarle. Apresurada la Iglesia, se cree también que llegará siempre demasiado tarde para nombrar entre sus pontífices á un hombre, que ya habia tanto tiempo que era su oráculo. Tentativas inútiles; Bernardo, el inflexible Bernardo, siempre sabe hallar en su humildad poderosos obstáculos para su elevacion: ésta no es necesaria á su gloria. Sin contarse entre los obispos, sobrepaja á todos ellos en autoridad; este es un derecho que le presta tanto su santidad como su erudicion. Pero ¿pensais acaso, que la autoridad que recibe de los príncipes de la Iglesia, le hará desconocer jamás la que éstos tienen sobre él? No por cierto: su celo siempre sabrá unir sabiamente la libertad evangélica con la humildad cristiana: él será, segun lo exijan las circunstancias, ya un juicioso censor, ó ya el firme apoyo del episcopado.

La autoridad que ejerce Bernardo sobre los príncipes de la Iglesia, la ejerce también sobre los de la tierra. ¡Oh admirable y singular circunstancia, la de reprender un vasallo á sus soberanos! Ella es la que justamente le concede el título de hombre único. Yo no sé por qué fatalidad, viene á ser muchas veces el trono de los reyes una muralla inaccesible á la verdad. Los dioses del universo están acostumbrados á que se les aplauda hasta la embriaguez vergonzosa de las más viles pasiones. Casi extranjera en las córtes duda la libertad evangélica producirse en ellas sin el socorro de las atenciones. ¡Suerte fatal de los príncipes, la de encontrar rara vez en el cielo de un apóstol, incapaz de fingimiento, un contrapeso á las tentaciones siempre vivas que giran al rededor del trono! Este apóstol, tan pocas veces visto en la córte, le encontrará en Bernardo. Este santo, pues, se atreverá á anunciar el Evangelio en toda su soberanía á las Majestades de la tierra; el arte detestable de fingir, es un arte que él ignora; aquella terrible palabra que temen los grandes el oír y muchas veces perjudica el predicarla, se la intima Bernardo: instruído, les dice á los príncipes de su tiempo, y tanto á los extranjeros cuanto á aquellos de quienes es vasallo. Admirada la Francia, respeta en él un nuevo Ambrosio.

El mundo entero es el teatro en donde le conceden sus virtudes el derecho de prescribir leyes. No hay mal más funesto que un cisma de cuantos puede temer la Iglesia. Dos pretendientes á la tiara dividen los pueblos, separan á la clerecía, ganan á las potestades, y escarcean por toda la Europa las primeras llamas de un fuego, que no se podria extinguir sinó con arroyos de sangre. El virtuoso y tierno

Inocencio II fué colocado sobre el trono de S. Pedro, sin artificio y sin maquinacion alguna. Al mismo tiempo se removía el ambicioso Anacleto, que se mantenía en el por medio de las intrigas de la política. Ambos promulgaban leyes, aunque con más razón el uno que buen suceso el otro. Los prelatos y los príncipes juntos forman un Concilio, confían á la prudencia de Bernardo los intereses de la religion. Decide éste, y se coloca la tiara en las sienes de Inocencio. Sube, ó pontífice escogido por Dios, sube al trono de la Iglesia: en vano agotarán los dijines de su inmenso cólito aquella influidad de seducciones que se le oponen; en vano se esforzarán para cautivar los corazones por medio de un desmedido interés. Bernardo sabrá consolidar la obra del Señor; someterá á la Francia sin obstáculos; á la Alemania, á pesar de sus pretextos; á la Inglaterra, á pesar de sus relaciones; y á la Sicilia lo obligará por un brillante protigio: atarrará al duque de Guyena, y confundirá á toda la Aquitania con un golpe atrevido, más resplandeciente aún que un verdadero milagro. Persuadirá á Roma y á toda la Italia, con el encanto vencedor de la elocuencia. Se confunde el orgullo, respira la Iglesia, y Anacleto perece. Victor le sucede; pero muy en breve se pone á los pies de Inocencio, y ofrece la autoridad usurpada. Disipase la nube, apaciguase la tempestad, y aparece el sosiego. Ya no hay más que un solo rebaño y un solo pastor. Á Bernardo, á Bernardo solo es á quien Inocencio debe su corona, la Iglesia su cabeza, y el universo su tranquilidad. Un hombre solo es el árbitro á quien se confía la suerte de la religion, y por quien ella triunfa.

Á aquellos mismos príncipes á quienes acaba Bernardo de unir entre si mismos, forma el ánimo de unirles contra los enemigos del cristianismo. Nadie ignora la deplorable situacion en que entonces se hallaba la Iglesia de Oriente. Á vista de las turbaciones que dividían á los príncipes cristianos, se apresuraban los infieles por reparar sus pérdidas. Á su frente maretaba el sultán de Alepo, guerrero atrevido, político, sábio, héroe y conquistador. Cada dia caían debajo de sus armas victoriosas las más importantes plazas. Con sus conquistas habia hecho perder la religion al conde de Anjou, que era su apoyo y su defensor. Un monarca jóven y sin experiencia, cual era Balduino III, acababa de subir al trono de Jerusalén. El mahometismo triunfaba en el tiempo mismo en que debiera prometerse su ruina. Esta pintura, señores, es verdaderamente fiel; Bernardo anima á los príncipes cristianos para excitarles á que vayan sin dilacion á socorrer la religion oprimida.

Permitidme, hermanos míos, despues de haber referido una vida

tan preciosa, detener vuestra consideracion por un momento sobre un objeto lúgubre. El fuego de la Iglesia de Francia, va á extinguirse; pero sobre el lecho de la muerte aún atrae el celo vivo y dichosamente inquieto de Bernardo sus fugitivas fuerzas, para asegurar defensores á la religion; sus ojos, casi cerrados ya por la muerte, se abren aún á vista del deplorable estado de la Iglesia turbada por los cismas, atacada por la herejía, abandonada por los cristianos y acometida por los infieles; aún le falta una moribunda mirada, cual es la de dejar á la fe sin manchas, á los cristianos sin vicios, y á la Iglesia sin enemigos. ¡Oh! exclamaba él, quién me lograra la dicha de ver renacer las heroicas virtudes del antiguo cristianismo! Si, Dios mio, yo las quisiera ver y morir... Así lo dijo y espiró. Espiró aquel hombre único, tanto por los singulares rasgos que caracterizan su santidad, cuanto por la autoridad universal á que por esta misma es acreedor. Espiró aquel hombre sábio sin estudio, apóstol solitario, penitente y justo. ¡An cristianos! ¡cuántas virtudes se ofrecen á vuestra imitacion!

Sábios del mundo, aprended de Bernardo, que la oracion es la fuente de la verdadera ciencia. Es su doctrina. Hombres apóstólicos, aprended de Bernardo, que debéis siempre hacer de vuestro corazón una verdadera soledad. Esta fué su conducta. Cristianos, cualesquiera que seais, aprended de Bernardo, que la penitencia debe ser vuestra herencia y vuestros únicos bienes. Esta era su máxima. Sobre ella constantemente se arregló la santidad de Bernardo: santidad recompensada en la tierra por la autoridad que obtuvo sobre los pastores, sobre los monarcas y sobre el mundo entero. Santidad recompensada en el Cielo, hermanos míos, en donde os espera la misma corona, si, como Bernardo, la sabéis merecer. Amen.

PANEGÍRICO

DE SAN BERNARDO CALVÓ, OBISPO DE VICH.



Gloria et honore coronasti eum
 Coronástele de gloria y honor.
 (PSALM. VIII, v. 6.)

Todo es efímero y transitorio en esta tierra que habitamos; nada hay que resista á la acción consumidora del tiempo; los siglos y las generaciones, sucediéndose alternativamente, todo lo arrumban y sepultan, sin dejar á veces más que un insignificante recuerdo de aquellos grandes acontecimientos que tanto ruido hicieron un día en el mundo. Héroes que atronaron en otro tiempo el universo con el ruido de su nombre; acciones de esforzados varones á quienes sus contemporáneos miraron como dioses ó como géneos privilegiados; sacrificios cruentos hechos en obsequio de los pueblos y coronados con el éxito y con los aplausos comunes; cuanto más notable presenciaó la humanidad en los tiempos pasados, todo ha desaparecido; y para las presentes generaciones, aunque de suyo no fuesen tan ingratas con lo pasado, el libro de la historia no es un libro de recuerdos y afectos inmortales, sino el libro de una curiosidad, tan fácil de disipar como la nieve á la acción de un sol abrasador. Una sola cosa permanece siempre; una sola cosa no pasa, una sola gloria es la que se escapa de los tremendos golpes del tiempo, á saber: la virtud, la santidad. Sus glorias jamás se marchitan, sus triunfos nunca se olvidan, su memoria es inmortal y llena de honor ante Dios y los hombres.

Cuando así hablo no hago más que presentar un hecho que todos vemos, una verdad que todos palpamos, y de la que tenemos una prueba indestructible en el insigne obispo, cuyo nombre resuena hoy bajo las bóvedas de este augusto templo, tan glorioso como en

el siglo XIII en que vivió y murió santamente. ¡Cuántas variaciones no ha sufrido desde entónces nuestra patria! ¡Por cuantas revueltas no ha atravesado nuestra sociedad! ¡Qué de cambios no ha habido en las costumbres, en las leyes, en los hábitos! Sin embargo, la gloria de Bernardo Calvó en nada se ha menguado; al contrario, el entusiasmo que hacía el manifiesto siempre la ciudad que logró tenerle por pastor, es cada vez más puro y entrañable. ¿Y qué es lo que se nos ofrece en la persona de este insigne catalán? ¿Qué títulos hallamos en él á la admiración del mundo? ¿Qué nos representa el grande obispo de Vich? Nada en él vemos que, según las ideas comunes del siglo, justifique el visible entusiasmo con que recordamos su grata memoria. No es un guerrero famoso, ni un génio privilegiado, ni un sábio eminente; pero es un justo, un santo, un héroe cristiano en quien se halló de lleno la ciencia sublime del espíritu cuya base es el temor de Dios; que supo sobreponerse á las miserias de la naturaleza y á los gritos de las pasiones, y triunfar heroicamente del mundo y de sí mismo; que en su vida privada, no ménos que en su vida pública, llenó cumplidamente los deberes de hombre y de ciudadano; y ora como religioso, ora constituido en la dignidad episcopal, enseñó con sus palabras, edificó con sus ejemplos, admiró en todas sus acciones. Por eso, cuando tantos monumentos soberbios de la atrevida mano del hombre han dejado de existir en seis siglos; y leyes, y costumbres, y tronos y generaciones han pasado sobre la tumba de Bernardo, sin dejar en pós de sí más que una leve huella semejante á la que el velero bajel marca instantáneamente sobre la azulada superficie del Océano; el nombre del virtuoso y santo catalán se alza triunfante sobre las ruinas de las cosas terrenales, y su memoria viva como en los más bellos días de su existencia, se mira coronada de gloria y hecha el objeto del más alto honor: *Gloria et honore coronasti eum*. Tal se presenta á mi admiración el santo obispo de Vich Bernardo, glorificado y honrado por Dios, á quien él honrará y glorificará á su vez con su vida privada y pública; y tal os lo demostraré despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

En vano se esfuerza el orgullo del hombre, en dejar despues de su muerte algunos recuerdos que transmitan su memoria á la posteridad. Por más que intente inmortalizar en cierta manera su nombre, logando á sus descendientes algunos hechos que pasan al dominio de la historia, no siempre logran el éxito que ambicionará su vanidad. Con frecuencia pasan aquellos inadvertidos, y no merecen del que los lee sino indiferencia, ó cuando más,

un momentáneo sentimiento de aprobación. Al contrario sucede respecto á la santidad de los héroes cristianos. Cuanto más pretenden éstos ocultar sus acciones bajo el modesto velo de la humildad, tanto más se descubren; y por un efecto contrario á las cosas humanas, por lo mismo que ninguna gloria ambicionan, llegan á adquirir aquella verdadera inmortalidad que solo es propia de las almas virtuosas, haciéndose grandes delante de Dios, y no ménos admirables delante de los hombres. ¿Quién aspiró ménos que Bernardo á la inmortalidad de los héroes del mundo? Nacido en una casa de campo de la parroquia de Vilaseca, en el arzobispado de Tarragona, sin duda hubiera permanecido oscuro é ignorado su nombre, á no haberle dado á conocer su rara virtud. Adherido constantemente á Dios desde sus más tiernos años, solo para Él vivía entregado todo á su servicio, y extraño á las cosas de un mundo, al cual miraba como enemigo capital de su inocencia. Cristiano fervoroso, hallaba todo su consuelo y experimentaba sus más puras delicias en la práctica de las máximas evangélicas. Algunos de los que observan su piedad precoz, sus inclinaciones en un todo diversas de los demás de su edad, su amor anticipado á la virtud, su modestia superior á sus años, el gran fondo, en fin, de heroísmo que en él se descubre, á través de una existencia en que apenas comienza á desarrollarse el uso de la razon, no dudan que Bernardo está destinado á honrar su patria con su vida virtuosa. La religion concibe los más felices pronósticos acerca de los futuros destinos de un niño, que en los primeros años de su vida se deja ver tan temeroso de Dios como los Tobias; tan religioso y fiel en la práctica de los preceptos divinos como los Danielés; tan humilde y obediente como los Samuelés; intachable en sus costumbres, irrepreensible en sus palabras, puro en sus pensamientos; sin inteligencia más que para ocuparse en el conocimiento de su Criador; sin corazón más que para amarse y para amar á sus semejantes; sin voluntad más que para lo bueno y justo; cuyos ojos no saben mirar sino lo honesto y virtuoso; cuya lengua ignora todo lo que no sea ensalzar y bendecir al Cielo; cuyos sentidos y potencias no conocen otro objeto que la divinidad, ni otro fin que el cumplimiento exacto de sus deberes religiosos.

Al tiempo mismo que Bernardo formaba su corazón en las robustas virtudes del cristianismo, embellecía su inteligencia con el estudio de las letras. Lájos de tomar parte en los placeres en que los más de su clase naufragan de continuo, en vez de mezclarse en las diversiones de sus contemporáneos, y buscar soláz en la disipacion ó en los entretenimientos propios de la edad, siquiera sean los más ino-

centes, corre con ansia en pós del retiro para enriquecerse con vastos conocimientos. Nunca se entrega al estudio sin hacer ántes oracion, rogando á Dios que le alumbré con doctrina del Cielo. La universidad de Lórida se honra y edifica con tan digno alumno. Bernardo reparte las horas del dia entre el estudio de la cristiana teologia y la práctica de las máximas evangélicas; el sueño y las demás necesidades de la naturaleza no le arrobaban sino algunos momentos muy precisos. A imitacion de los Gregorios y Basilio, apenas conoce otras calles que las que conducen al aula, donde cultiva sus talentos, y al templo, donde aprende á los pies del Crucificado lecciones más sublimes. ¿Cómo no había de hacer grandes progresos en las sagradas letras un nombre nunca distraído por las vanas ideas del mundo, infatigable en el trabajo, y cuyo descanso era la oracion, en que conversando con su Dios, bebía abundantemente en la fuente misma de la sabiduria? Las vacaciones de la escuela, que suelen ser en el tiempo en que los escolares entregados al ocio pierden la atencion á las tareas literarias y se disipan, servian á nuestro Santo para combinar y dar mayor extension á los conocimientos adquiridos, para meditar en los libros santos y para redoblar los ejercicios de piedad.

Acabada la carrera de los estudios experimenta una misteriosa necesidad de aislarse del mundo y de las criaturas. Llamado á nutrirse de las elevadas ideas de la divinidad, y á abismarse en los sublimes goces del amor, se dirige al monasterio de Santas Cruces para pedir el hábito del Cister. Segúidle á aquella mansion de la paz, en donde vive más bien como una pura inteligencia que como un hombre sujeto á las miserias inherentes á la humanidad. No nos detendremos en observar sus austeridades y penitencias, su oracion y sus vigili-
 Esas ángeles del claustro se hizo admirar por su profundísima humildad, por su exactísima obediencia, y su perfectísima observancia, y demás virtudes con que adornó su alma y arrebató la admiracion de sus observantísimos hermanos. Olvidado de todo lo terreno, tiene de continuo su conversacion en el Cielo, vive del todo transformado en su Dios, anégase en el abismo de su divina inmensidad y perfeccion. Sus pensamientos, sus afectos, sus ansias no respiran otra cosa que amar, ni miran otro objeto que á Dios. De este modo progresaba de dia en dia en el camino de la perfeccion evangélica, cuando se le confió la mision de predicar la divina palabra.

¿Quién será capaz de decir la poderosa influencia que ejerció su predicacion en las ideas y costumbres de aquella época? Cuando su voz fervorosa pronunciaba los terribles juicios de Dios, ante el numeroso auditorio que corría con avidéz á escucharle, apenas había

un corazón que no se conmoviese, ni pecador por obstinado que fuese que no se convirtiera. Parecía que tenía el dón de magnetizar á cuantos una vez habían escuchado su palabra. Los fieles, atraídos por la fuerza de su predicación, se acercaban á él, y le pedían consejo, y le confesaban sus culpas, y le hacían árbitro de su conciencia. Era un triunfo continuado que le seguía á todas partes. El vicio huía, las pasiones calmaban, los odios se veían extinguidos; la laboriosidad sustituía al ocio, la buena fe reinaba en lugar de la intriga, la ambición se trocaba en desinterés, el escándalo en edificación. Ni podía suceder otra cosa, cuando se veían reunidas en aquel hombre singular, todas las prendas que constituyen á un digno ministro del Evangelio, pótrese hasta el exceso de no poseer nada, penitente hasta el punto de ensañarse contra su cuerpo cual si fuese su más implacable enemigo, casto hasta estrearse de la más leve idea que pudiese empañar la pureza de su alma, laborioso sin ejemplo, modelo, en fin, de todas las virtudes apostólicas.

Eligido abad de su monasterio, aplicase á fomentar la rigidez de la vida monástica, y á hacer florecer en él las bellezas evangélicas. Y con qué éxito tan feliz! En breve se encuentra el monasterio de Santas Cruces en el estado más brillante, pudiendo competir en observancia con los primeros de España. El suave olor de santidad que despiden sus virtudes, atrae á él una multitud de personas de todas clases, que piden luz en sus dudas, le consultan en sus negocios, se aprovechan de sus lecciones y se someten á su dirección. Tiempo hacía que los fieles desearan verle colocado en la eminencia del santuario, para que desde allí derramase á manera de antorcha luminosa los esplendentes rayos de su virtud, saber y acreditado celo. Habiendo, pues, vacado la silla episcopal de Vich, el clero puso los ojos en Bernardo para que la ocupase; y á despecho de su humildad, fué obligado á aceptar sobre sus hombros aquel honroso al par que pesado cargo. Todas las prendas que pueden desearse en un hombre destinado á regir y gobernar la Iglesia de Dios, se hallaban en él como identificadas. Irreprensible en sus costumbres, sin tacha en sus antecedentes, modesto en sus hábitos, amante de la sobriedad, incapaz de doblegarse á la injusticia, sin pretensiones respecto de sí mismo, sin orgullo para con sus prójimos; dulce en el trato, afable en la conversacion, celoso en corregir, prudente en amonestar, mesurado en reprender, benéfico hasta con prodigalidad; desprendido hasta el exceso, en sostener la verdad incorruptible, en hacer frente al crimen incansable; sabe granjearse las simpatías de todos cuantos llegan á conocerle. El virtuoso le ama, el discolo le teme, el indife-

rente le respeta, el vicioso no se atreve á consurcarle: el jóven mira en él una reprobacion tácita pero elocuente de sus extravíos; el hombre proveyo ya en él la condenacion más explícita de sus excesos; el anciano encuentra en él el fiscal más terrible de sus malos ejemplos. Su casa es el asilo del pobre, el albergue del peregrino, el refugio del enfermo. Allí acude la triste viuda á enjugar sus lágrimas; allí el padre de familia á calmar sus pesares; allí la virgen abandonada á atrincherarse contra las tentaciones que ponen en compromiso su virtud; allí el huérfano sin apoyo á buscar un corazón paternal que le proteja contra los ataques de la miseria; y Bernardo es el ángel de paz que todo lo remedia, á todo provee, para todo encuentra un recurso en su alma grande y bienhechora.

Semejante á un río que en proporcion que avanza en su rápido curso va adquiriendo mayor incremento, y ensanchando considerablemente su cauce lleva la fertilidad y la abundancia á los campos vecinos, Bernardo, á proporcion que crece en la edad y ve aumentarse el círculo de sus deberes, dá cada vez más prodigioso ensanche á su accion, grandeciéndose de dia en dia nuevos títulos á la admiracion del país. Persuadido intinamente, de que las doctrinas son la base del edificio religioso; que éste adquiere mayor ó menor solidez en proporcion que aquellas están más ó ménos arraigadas en la inteligencia y en el corazón de las masas, y que es de absoluta necesidad el fomentarlas, conservarlas y aumentarlas por todos los medios posibles, como que sin ellas no hay costumbres; ni un momento cesa de sembrar ese gérmen benéfico en todas las clases, ya aleccionando al que ignora, ya corrigiendo al que yerra, ya amonestando al que se extravía. Pronto siempre á acudir donde quiera que le llama la voz de su ministerio pastoral, atento á cualquier hora del dia ó de la noche á prevaverse contra las incursiones del error; se le ve ahora al lado del que está débil en sus creencias, confirmandole en ellas con palabras tiernas y al mismo tiempo fuertes y persuasivas; correr luego tras del seducido para desengañarle; curar con mano delicada las heridas del que por internarse en los desfiladeros de una discusion resbatadiza, sufrió alguna quiebra en sus cristianas convicciones, aplicándole el dulce bálsamo de las máximas evangélicas; llamar con repetidos silbos al que, perdido en los enmarañados laberintos de pasiones halagüeñas, se resiste á tornar al aprisco de la virtud, ó no encuentra la senda para volver á él. Bernardo, en una palabra, es un génio no ménos previsor que vigilante, cuya doctrina se extiende á todas las necesidades, y se acomoda á las diversas condiciones; y como su afecto es idéntico hácia todas sus ovejas, cualesquiera que

sea su carácter ó posición, con el mismo ardor se consagra al cuidado de las almas que de las otras. No cabe en su rectitud excepción de personas; con todas desarrolla igual solicitud; y si rara vez se nota en él un interés especial hacia alguno, es únicamente porque es mayor y más perentoria su necesidad.

Abrumado bajo el peso de tantas fatigas, y deseoso de dar algún reposo á su corazón, abrevado con las amarguras inherentes al ministerio pastoral, después que con sus caballeros feudatarios y otras personas hubo sacado de la tiranía de los infieles muchos lugares y castillos del reino de Valencia, retiróse de su obispado á hacer penitencia al monasterio de S. Cucufat ó Cugat del Vallés. Allí se consagra á una vida de abnegacion y austeridad como el menor de los monjes, siendo el modelo de todos ellos en todo género de virtud. Pero allí, no menos que en el candelero de la Iglesia, brillará esa antorcha luminosa, no solo con sus ejemplos, sino también con su doctrina. Con ella fomentará el espíritu religioso, y dará un extraordinario empuje á la observancia de los consejos evangélicos. Con ella resucitará el fervor de la antigua disciplina monástica, y atraerá á los claustrales no pocos, que menospreciaban sus riquezas por ir á alistarse bajo las banderas del Crucificado en los silenciosos albergues de la virtud.

Con la misma abnegacion que se retiró á la oscuridad del claustro, abandona después esta pacífica mansión para tornar á empuñar el cayado de su Iglesia. Apenas conoce que le quiere Dios en el gobierno de su diócesis, regresa á ella, y allí vuelve otra vez á sus antiguas tareas. Predicar, confesar, reformar abusos, dirimir contiendas, fomentar la piedad, éstas son las ocupaciones jamás interrumpidas del santo pastor; á esto se dirigen todos los esfuerzos de su celo; esto procura por todos los medios posibles, haciéndose todo, para todos, y proporcionando indistintamente el nutrimento de la palabra evangélica lo mismo al pobre que al rico, igualmente al sábio que al ignorante, al grande no ménos que al pequeño; con todos afable y tierno, con todos tolerante y cariñoso, con todos prudente y previsor; siempre incansable para oír los clamores de su pueblo, nunca indiferente á sus plegarias, siquiera á veces sean importunas, aunque en muchas ocasiones se abuse de su demasiada condescendencia. Así vivió lo que le quedaba de vida, con gran santidad.

Habiendo enfermado de muerte, hizo se traer los salmos penitenciales; y después de haberlos rezado con la mayor devocion, y de haber exhortado á todos los que le rodeaban, á que hiciesen penitencia, su alma, desprendiéndose de los lazos de la mortalidad, voló

á recibir el premio de sus virtudes. Dios le coronó con una diadema de eterno esplendor, y los hombres esparcen sobre su tumba flores que jamás se marchitan, y le consagran un culto que, hondamente arraigado en el sentimiento religioso de un pueblo que le ama y reverencia, se propagará hasta la consumacion de los siglos. Triunfo debido á la santidad de un pastor, que honró su ministerio con todas las virtudes propias de su estado, que fué infatigable en la enseñanza de su grey, ferviente en la predicacion de la divina palabra, de una solicitud admirable en corregir los abusos, de una capacidad incontestable para proveer á las diversas necesidades de su diócesis, é introducir saludables mejoras en las costumbres; fácil en discutir, mesurado en obrar, tardo para reprender, pronto para perdonar; tierno con el pobre, benigno con el ignorante, suave con el pecador, tan laborioso como previsor, modesto no ménos que sábio.

Gózate en buen hora, Cataluña, de contar entre tus hijos á ese santo que tanto honra tu suelo; y tú, ciudad ilustre, que lograste tenerle por pastor, alza el grito y proclama las glorias del que fué tu guia, tu maestro, tu proteccion y tu providencia visible sobre la tierra. Procuremos, oyentes, aspirar á la verdadera inmortalidad cuya senda nos dejó marcada Bernardo. Solo la religion puede conducirnos á ella; sola la virtud es la que puede hacer que nuestros nombres escritos en el libro de la vida, se perpetuen delante de Dios y de los hombres. En vano las riquezas, las dignidades, la sabiduría, el valor, y cuanto en este mundo hay de más grande, pretenderán llevar hasta la tumba la vanidad del hombre, y erigirle monumentos soberbios, y esculpir su nombre en mármoles preciosos, y grabar sus hazañas en dorados bronceos. ¡Ah! Todo esto no es más que un poco de humo, que el más ligero viento hace desaparecer; la accion devastadora del tiempo lo arrastra en pos de sí; y en último resultado, lo único que queda de este fastuoso aparato, es la gloria de haber obrado bien ó la ignominia de mal obrar. Ambicionemos, pues, ese porvenir dichoso, vinculado á la santidad; emulemos sus laureles, corramos á arrelatar sus palmas, y día vendrá en que como Bernardo nos regocijemos de haber luchado en este mundo, cuando como él nos hallamos en la plena posesion de la perdurable felicidad.

Santo glorioso, pues que te hallas tan cerca del trono de la majestad divina, emplea tu poderosa intercesion para que el Dios de las misericordias nos mire con ojos propicios. Los que fuéron objeto de tu celo y ardiente caridad en este mundo, parece tenemos el derecho á ser el objeto de tu intercesion y patrocinio. No te pedimos abundancia de bienes temporales, sino solamente la exencion

de las grandes miserias, pues son el origen de grandes vicios; te pedimos, principalmente, que nos hagas participantes de tu mismo espíritu; que todos seamos fieles imitadores de tus virtudes; que el fuego del divino amor abrase nuestros corazones, para que veamos realizadas nuestras esperanzas en esta vida, y no seamos defraudados de las que alimentamos para la eternidad. Amen.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

PANEGÍRICO

DE SAN BLAS, OBISPO Y MÁRTIR.

Dilectus Deo et hominibus, cujus memoria in benedictione est.

Amado de Dios y de los hombres, cuya memoria permanece en bendición.

(ECCLESIAST. C. LV. V. 1.)

El justo, dice la sagrada Escritura, es amado de Dios y de los hombres, y su memoria permanece en bendición; el Señor le hizo semejante á la gloria de los santos, le engrandeció haciéndole terrible á sus enemigos, y amansó á los monstruos con sus palabras; le glorificó á presencia de los reyes, le dió proceptos á la vista de su pueblo y manifestó su gloria. De ahí, el asombro y admiración con que exclamaba el real profeta David cuando decía:—*Admirable es Dios en sus santos*—(1). *Admirable*, porque en ellos brillan sus maravillosas perfecciones, su grandeza y su bondad, su justicia y sus misericordias, su poder y su sabiduría, su fuerza y su santidad, su gracia y su providencia. *Admirable*, porque los santos son los modelos y ejemplares de las virtudes que deben formar nuestro adorno, animan nuestra indolencia, sacuden nuestra pobreza, hacen inexcusables nuestra cobardía y vanos pretextos; interceden por nosotros, y nos enseñan á emplear contra los peligros de esta vida las mismas armas que ellos emplearon para triunfar de los enemigos de nuestras almas. *Admirable*, en fin, es Dios en sus santos, por su prodigiosa multitud, porque hay coronados en el Cielo hombres y mujeres, ancianos y niños; pobres y ricos, reyes y vasallos, sábios é ignorantes, casados y vírgenes, eclesiásticos y seglares de todo reino, de toda familia, de toda lengua; y porque todos se prestan á interceder por nosotros, á socorrernos y auxiliarnos; sin que deje de

(1) PEALM. 67. V. 36.

haber especiales patronos encargados de estimularnos con sus ejemplos, para que nos hagamos amados de Dios y de los hombres con nuestra buena vida, y para que demos honor y gloria á nuestro Dios, como se ve en el héroe de nuestra devoción, en el esclarecido y admirable san Blas, objeto digno de los cultos que ofrecemos á la Divinidad en este día.

Si, amables oyentes: san Blas, obispo santo que dominó á las fieras, á los hombres, al infierno y á la muerte, médico celestial á cuya voz huyen las enfermedades, cesan los peligros y se asegura la salud, es el ángel tutelar que ha puesto el Omnipotente en este pueblo para nuestra felicidad temporal y eterna. El nos ofrece admirables ejemplos de fe, de fortaleza y de constancia: nos protege, ampara y consulta en todos nuestros peligros, nos enseña á hacernos amar de Dios y de los hombres, como así lo demostraré en el discurso que voy á pronunciar en loor de este santo prodigioso. *A. M.*

¿Qué diferencia hay entre la memoria de los santos, y la de los grandes y poderosos con que se envanece el mundo! Aquella se conserva en bendición, en alabanzas y continuas gracias al cielo; la de los héroes del siglo es tan fugaz y transitoria como la de las sombras que pasan sin dejar tras sí vestigio alguno. ¿Qué ha quedado entre nosotros de aquellos grandes hombres, que tanto ruido hicieron en el mundo mientras hicieron en él tan bella figura? ¿En qué han parado sus pompas y vanidades, sus influencias, sus riquezas y ostentosos aparatos? Todo se acabó con la muerte. Mientras vivieron recibieron el incienso de los aduladores, se alimentaron de apariencias, figuraron en este suelo de maldición como los heraldos de un teatro, y todo se resolvió en vapor de humo, según la expresión de un profeta. Murieron; y á la posteridad no dejaron más que horror, pavora y sobresalto; porque ¿no es cierto, que el solo recuerdo de un difunto causa temor y miedo? ¿No se miran las cosas que le sirvieron de uso con repugnante desvío y escrupulosa prevención? Pero se trata de un difunto santo. ¡Ah! en este caso se mira su cuerpo con la mayor veneración; léjos de causar horror, el cuarto en que murió y el ataúd en que se depositó inspiran más bien ideas de consuelo, de alegría, de respeto, de confianza y de devoción; todos se agrupan para besar sus manos y pies; todos se postran sumisos y obsequiosos delante del que fué virtuoso y amado de Dios. Los grandes del mundo, los que dominan la tierra, los soberanos y monarcas, toda la grandeza humana se humilla ante los despojos mortales de un santo, por baja, por vil y despreciable que haya sido

su condiccion; todos imploran su protección y se encomiendan á sus oraciones; la fé descubre en el cadáver del justo un destello de la divinidad; y la gracia que dirigió sus pasos hace tan dulce la muerte preciosa de los santos, que hasta sus cuerpos muertos se reputan dignos de la pública veneracion. Los siglos más remotos celebrarán con entusiasmo religioso su memoria; en todas partes resonarán sus elogios; las gentes todas se agruparán al rededor de su imagen colocada en los altares, en los templos, en donde los fieles exclamarán con emoción santa: *«Admirable es Dios en sus santos.»*

¿No sucede todo esto al pie de la letra con el bienaventurado san Blas? Más de mil y quinientos años hace, que murió en las lejanas provincias de la Armenia, y su memoria permanece tan viva entre los fieles, que puede decirse que es de todos los tiempos y lugares, que es llevada con bendiccion por todos los siglos y pueblos de la tierra, y que ella sola prueba demostrativamente, que fué virtuoso y amado de Dios y de los hombres. Inclinado desde niño á la virtud y temeroso de Dios en todos los dias de su vida, presto ascendió á la dignidad del episcopado: Sebaste tuvo la gloria de tenerle por obispo y de admirar sus grandes virtudes; pero el monte Argeo, adonde se retiró por inspiracion divina, fué en donde, imitando á los antiguos anacoretas de la Nitria y de la Tebaida, pasó su vida escondida en Jesucristo, como fiel discípulo del grande Apóstol, dando lecciones prácticas de fe, de fortaleza y de constancia á los que le contemplaban. Horrorsa cueva en que halló asilo el grande obispo de Sebaste; ¿no nos dirás lo que hizo san Blas en tu seno, cuando retirado de los hombres, negociaba su salvacion y la de todos los pecadores con el Omnipotente que le dirigió? Sabemos que en tu sepulcral silencio halló sus mayores delicias, que encontró obediencia en las fieras, seguridad en los monstruos, abundancia en los desiertos y deleites puros en la soledad. Pero sus penitencias, sus contemplaciones, sus actos de amor divino, y sus obras con que mereció aquella excelencia é imperio, que tuvieron nuestros primeros padres sobre las bestias en el dichoso estado de su inocencia, no podemos comprenderlas ni explicarlas. San Blas vivió en las situosidades y cavernas del Argeo, á que le llamó Dios para hablarle al corazón, y hacerle digno de su confianza. San Blas... pero este prodigio de santidad no cabe ya en los montes de la Armenia. El Omnipotente dispone, que brille como un astro luminoso en medio del firmamento, que sirva de ejemplo á los fieles en la fé, en la fortaleza y en la constancia, y que le admiren, ensalcen, engrandezcan, veneren y respeten como al vencedor del mundo, del infierno, de la muerte y del pecado.

Agricolao, presidente de los emperadores Diocleciano y Maximiano, recibe orden de estos móstruos de prender, atormentar y hacer morir á todos los cristianos de Sebaste y su comarca. Para cumplirla, manda buscar fieras que despedacen á los hijos de la fé y diviertan á los paganos. Rodean al efecto el monte Argeo, llegan á la cueva en que moraba san Blas, le encuentran absorto en la oración, y á su lado gran número de animales feroces, leones, tigres, osos, lobos y otros que le hacian compañía con la mayor concordia y amistad hasta que recibian la bendición del santo. Dan parte al presidente de tan extraña ocurrencia, y cerciorado de que el santo obispo dirigia á los cristianos por los caminos de las verdades evangélicas, manda soldados que le prendan y traigan á su presencia. Llegan á la cueva de san Blas, le hallan orando, le interrumpen y le dicen: «Blas, el presidente te llama; ven con nosotros.» «Si, responde el santo con alegría; si, bien venidos, hijos míos; tengo orden del Señor para seguirlos y ofrecer el sacrificio de mi vida en testimonio de la fé; vamos, vamos en nombre del que murió por los hombres todos en una cruz afrentosa.» Enciende los corazones de muchos con sus palabras y milagros, que se convierten y confiesan á gritos por Dios verdadero al que predicaba san Blas; y los hijos de la fé se multiplican como las aroras del mar por los maravillosos esfuerzos del grande obispo de Sebaste. Es presentado al fin al presidente, se le requiere para que sacrifique á los dioses del imperio, para que ofrezca incienso á los ídolos y reniegue del Crucificado. Pero ¿habría de acceder á tan infernal propuesta el digno sucesor de los apóstoles en el orden, en la jurisdicción, en la fé y en la virtud? Nada ménos que esto. San Blas confiesa con valor y constancia á Jesucristo delante de los tiranos, despreciando sus amenazas; invoca la protección del Cielo, se arma con el escudo de la Fé; y encendido con el fuego de la caridad, desafía á los tormentos y se prepara para sufrir y padecer por el amado de su alma. Le azotan y apalean con crueldad; revolcado en su propia sangre le arrojan en una cárcel asquerosa, y en ella pone cátedra de sabiduría eterna revestido con los poderes del Cielo, para obrar milagros estupendos á favor de la fé que defendia. Multitud de enfermos acudian al santo, pidiendo alivio en sus dolencias, y todos eran curados milagrosamente. Le presentan un muchacho casi ahogado con una espina que tenia atravesada en la garganta, y no solo le sanó san Blas, sino que dijo á los circunstantes, que todos los que padeciesen de aquel mal y se encomendasen á él, sanarian completamente; y así se ha verificado siempre, habiendo sido tantos y tan señalados los milagros que Dios

ha hecho por los méritos de su siervo, en los que han tenido atravesado en la garganta algun hueso, raspa ú otro impedimento, que Accio, famoso médico de la Grecia, decia, que para este mal no habia remedio más eficaz que la invocacion y patrocinio de san Blas. Vosotros mismos; ¿no habeis experimentalmente en algunas ocasiones la virtud de este santo prodigioso? Nuestros padres, aleccionados por una tradicion constante confirmada por la experiencia, ¿no nos han enseñado á invocar á san Blas en los apuros en que suele ponernos cualquiera mal de la garganta? Pues ved aquí una prueba demostrativa de la virtud de este mártir inclito del Señor; apreciémola, aprovechémonos de ella para confesar y decir, que Dios es admirable en sus santos, y que san Blas ha sido, es, y será eternamente amado de Dios y de los hombres.

Pero, hermanos míos, á la vista de tantos prodigios, ¿no se os figura el partido que tomarian las malignas potestades para atormentar, destruir y aniquilar á nuestro santo? Satanás se apodera del presidente Agricolao para mandar que cuelguen de un madero á san Blas, que le azoten de nuevo y despedacen sus carnes con garfios de hierro, que le atormenten con brutal fiera, que le hagan padecer y sufrir los más acerbos dolores, y así lo ejecutan los más desapiadados verdugos; hasta que, cansados de atormentarle sin más resultado que el de hallar cada vez más fuerte y constante al santo mártir, resolvieron llevarle á la cárcel con intencion de volver á la carga, y renovar con mayor fiera los tormentos más crueles y refinados. Pero ¿puede haber consejo contra Dios? ¿Pueden las potestades infernales vencer al Omnipotente? El Dios que peleaba en san Blas, infunde su gracia en siete mujeres piadosas, las que llenas de valor, limpian y recogen la sangre del invicto mártir, se encomiendan á sus oraciones, confiesan á gritos á Jesucristo, sufren el más glorioso martirio, y vuelan al Cielo con los ángeles santos, que vinieron á fortalecerlas y acompañarlas en la tortura. Una de ellas deja dos hijos pequeñitos encomendados á san Blas; gritan, y dicen los inocentes, que quieren morir por Jesucristo para ir al Cielo con su madre, y Agricolao se desespera. Manda que azotan y rasguen las carnes virginales de aquellos niños; pero en lugar de sangre salen torrentes de leche blanca como la nieve, y el Cielo demuestra, que de los infantes salen alabanzas al Señor. ¿Queréis más prodigios? Pues escuchad un poco más.

Viéndose vencido Agricolao, trata de tantear el camino de los halagos y caricias, y ver si por estos medios podia vencer al que no habia podido, con tormentos, apartar de la caridad que anima á los

discipulos de Jesús, según san Pablo. Usa con el santo de un lenguaje dulce, le hace reflexiones, le ofrece dones, gracias, dignidades, riquezas, placeres, y cuanto ilusiona á los sábios y prudentes del siglo: pero todo en vano. San Blas, siempre constante en la fé, predicaba la virtud omnipotente de Jesús crucificado, exhortaba al presidente á que se hiciese cristiano, á dejar las obras del pecado, á detestar la idolatría, á renunciar al mundo, sus pompas y vanidades, y á seguir los caminos de los hijos de la fé. Era con Agrícola lo que san Pablo con Agripa Feliz y Festo, lo que después fué san Ambrosio con san Agustín, y san Bernardo con Guillermo de Aquitania: pero sin otro resultado que el determinado en los consejos inexcusables del Eterno.

Agrícola se enfureció, bramó como un toro, quiere evocar las sombras de las furias infernales, manda que arrojen á san Blas en lo profundo de una laguna, para que queda sumergido en ella olvidado de los hombres, y al momento se ejecutan sus órdenes execrables: pero todo para honor y gloria de nuestro santo, porque san Blas andaba á pié enjuto sobre las aguas como Jesús y san Pedro sobre las del lago de Genesaret, y en medio de ellas predicaba á Jesucristo. Entran sesenta y ocho paganos en el lago, confiados en el poder de sus falsos dioses, y todos quedan ahogados bajo los piés del discípulo de Jesús. Le dicen por último, que salga á recibir las órdenes del tirano, y obedeciendo ántes á Dios que á los hombres, salió confiado en la gracia del que le llamaba para el Cielo, y dice resuelto á sus verdugos: «Aquí me teneis: soy sirvo de mi Señor Jesucristo, y á Él solo sirvo con todas las veras de mi alma.» Le dicen que se arroje y ofrezca su cuello á la cuchilla: un verdugo le corta la cabeza, los ángeles santos le llevan en triunfo á la Corte celestial, quedan confundidos los gentiles, y asegurados de peligros los cristianos que, encomendados á las oraciones de este santo, creen, aman, y esperan como él.

¿Qué os parece, amados oyentes? ¿Pudiera yo proporcionaros modo más edificante que el que os ofrece la bondad de nuestro Dios en el glorioso san Blas? Su vida y su preciosa muerte, ¿no están llenas de ejemplos admirables de fé, de fortaleza y de constancia? Vengan á san Blas los prelados de la Iglesia, y en él aprenderán las virtudes propias de su alto ministerio. Acudan á san Blas los enfermos, y alcanzarán salud; los pecadores, y conseguirán perdón; los hombres y las mujeres, y todos serán consolados; los niños, y serán dirigidos á la gloria. Prosterámonos todos ante el grande obispo de Sebaste, y dejémosle confiados en el Dios que le hizo tan santo y admirable.

Glorioso san Blas: vos que fuisteis tan amado de Dios y de los hombres; vos cuya memoria permanece en bendición, porque fiel á las inspiraciones de la gracia caminasteis de virtud en virtud, hasta llegar al monte de la perfeccion cristiana orlada con el martirio; miradnos desde el Cielo con piedad, y no apartéis vuestro rostro de los devotos que os invocan con confianza. Ayudadnos, protegédnos, alcanzadnos la gracia que necesitamos para vivir y morir cristianamente, pues que así tendremos la dicha de ir á haceros compañía por toda la eternidad en la gloria, que á todos deseo. Amen.

PANEGÍRICO

DE SAN BRAULIO, ARZOBISPO DE ZARAGOZA.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Faciem est illi fungi sacerdotii, et habere laudem, et glorificare populum suum in nomine eius.

A él fué concedido el ejercer las funciones del sacerdocio, y se hizo digno de alabanza y engrandeció á su pueblo en nombre del Señor.

(ECC. LV, v. 19)

Apénas la religión cristiana apareció sobre la tierra, resolvió el gran problema de regeneración social, que tan inútilmente había ocupado la inteligencia de los sabios de la antigüedad. El poderoso principio de la fe, apoderándose, por decirlo así, de todos los espíritus, hizo esfuerzos gigantescos, obró prodigios inimitables; y á través de dificultades sin cuento, logró rehacer la sociedad, envilecida por la corrupción de las costumbres, y bastardeada por la infamia del culto pagano. Subió hasta el Calvario, y siguiendo desde allí las huellas del Evangelio hasta nuestros días, quedareis dulcemente sorprendidos al verte dirigir la marcha de los pueblos hácia su perfección, ya con el ascendiente de su doctrina, ya por medio de bendiciones. Contemplad esa Iglesia, que, desde la oscuridad de las catacumbas, despide ya torrentes de luz deslumbradora; y ora la encontrareis protegiendo los débiles contra las demasías de los monarcas convertidos en tiranos; ora sosteniendo el poder de los reyes contra las ambiciones de sus vasallos mudados en usurpadores; aquí, repeliendo la invasión de las hordas salvajes, ó humanizándolas con su influencia; allí, haciendo frente á las observaciones y delirios del entendimiento humano, y oponiendo diques poderosos á la ignorancia ó á la mala fe; unas veces recogiendo los escombros de las naciones que mueren, para formar de ellos nuevas sociedades; otras, alentando con su soplo vivificador á las que empiezan á nacer, y cimentán-

dolas sobre la base sólida de la unidad; y siempre y en todas partes figurando á la cabeza del movimiento intelectual, en lucha contra la fuerza bruta, ensanchando las vías del verdadero progreso, creando instintos de generosidad, produciendo gérmenes de civilización, y siendo por todas partes un elemento de vida y bienestar para el hombre y para la sociedad.

El sacerdocio es siempre el primer motor en esta grande esfera; porque la Iglesia ejerce su acción por medio de la jerarquía establecida por Jesucristo, bien así como por la Iglesia ejerció la suya el Evangelio. Al sacerdocio está confiado el depósito de las creencias y la enseñanza de las grandes verdades en que estriba la existencia moral y aún física de los pueblos; pues no es fácil concebir ésta sin aquélla, siendo así que las sociedades tienen una tendencia irresistible á constituirse según el principio religioso que en ellas predomina, al modo que en proporción que éste pierde en intensidad, aquéllas caminan inevitablemente á su disolución. Esta es una ley del mundo moral, contra la que nada valen ni los raciocinios de las mejores inteligencias, ni los refinamientos de la política. El sacerdocio, siendo el órgano de la verdadera religión, ha sido donde quiera el elemento regenerador de las sociedades, el promovedor de las reformas saludables, el que se ha colocado siempre al frente de todo lo bueno, y ha llevado á cabo las empresas más gloriosas.

De todo lo dicho hasta aquí nos ofrece una prueba concluyente el santo arzobispo de Zaragoza á quien hoy solemnizamos. Sus glorias están sumamente identificadas con las del sacerdocio católico en general; porque es su personificación más exacta, la realización de todos sus caracteres, el tipo de toda su grandeza, la expresión viva de su sublime miston sobre la tierra. ¿Quién no admira en Braulio la acción suave y benéfica, fuerte y vigorosa, uniforme y constante del principio católico, en sus íntimas relaciones con el hombre y con la sociedad, con el individuo y con los pueblos; y su influencia siempre civilizadora, siempre progresiva hácia la felicidad y bienestar de la humanidad? ¿Quién no ve en Braulio el hombre del porvenir, la providencia visible colocada entre los confines de ambos mundos, para guiar una nación que marcha hácia sus destinos, ilustrándola con la doctrina evangélica, moralizándola con sus ejemplos, vigorizándola con el espíritu de unidad, sosteniéndola contra el flujo desolador del vicio que la envueta y de la ignorancia que la envilece, y desarrollando en medio de ella el germen fecundo de todas las virtudes que constituyen la razón de su existencia moral y social?

Bajo este aspecto se presenta á nuestra consideración el grande

arzobispo de Zaragoza, el hombre que supo hacerse acreedor á las alabanzas del cristianismo, porque con su vida no ménos que con su doctrina llenó admirablemente su mision angusta, siendo á la vez la honra del sacerdocio y la gloria de su nacion. Hé ahí, pues, bosquejado el elogio de nuestro Santo en esta idea sencilla al par que sublime. Braulio es el retrato y la expresion viva del sacerdocio católico con relacion á la humanidad. Pidamos los auxilios de la gracia; A. M.

Toda vez que nos proponemos examinar lo que es el sacerdocio católico, cuando intentamos retratar el bello cuadro de esa creacion sublime del cristianismo, remontámonos sobre las cosas de este mundo, abandonemos todo pensamiento terrestre, y penetremos á través de las misteriosas profundidades de la fé hasta el santuario mismo de Dios. El sacerdocio es una amanacion para de la divinidad; es la personificacion exacta del Verbo en sus sublimes relaciones con la humanidad; participa de su poder; le está vinculada su autoridad; ejerce sus mismas funciones. Jesucristo dice á los sacerdotes: Como mi Padre me envió, así yo os envío á vosotros. Es, pues, idéntica la mision del sacerdote con la del divino Reparador; y de aquí, á la manera que éste era la vida esencial que venia á vivificar al mundo con sus ejemplos, y la verdadera luz destinada á ilustrarle con la doctrina, del mismo modo aquel es tambien vida y luz de los pueblos con la accion y con la enseñanza. Veamos si esta bella pintura conviene á nuestro esclarecido Braulio.

Desde la aurora misma de su existencia, su indole encanta, su genial admira, su piedad precóz llama la atencion de sus padres, que desde luego le contemplan destinado á ser con el tiempo un jardin ameno, fecundo en todo género de dones celestiales. Cultivado por ellos con esmero, dió los más copiosos frutos de virtud. En medio de las continuas tareas del estudio, entre el ruidoso estrépito de las aulas, se hace observar por la severidad de sus costumbres, por su incorruptible moralidad, por su vida en un todo intachable y virtuosa. Fué discípulo del esclarecido y admirable S. Isidoro, arzobispo de Sevilla. Emulo de su humildad, de su abnegación, de su modestia y de todas sus asombrosas cualidades, más aún que de su extraordinario saber, añadábase por formarse segun aquel acabado modelo de perfeccion, y apareció en público como un vivo retrato suyo. Pudiera muy bien decirse, que en Sevilla habia dos Isidoros. Así vino despues á manifestarlo el maestro en las cartas llenas de amor y santidad, de decoro y confianza, que escribió al discípulo,

á quien consultaba, y presentaba sus escritos para que los aprobara, corrigiera ó enmendára. Ahí está el libro de los Sinonimos, y el de las Etimologías de S. Isidoro, distribuido y puesto en distinta forma por Braulio. ¡Qué gloria esta para nuestro Santo! ¡Alternar y confundirse con un maestro como S. Isidoro! Nada más puede decirse en su elogio.

Deseoso de servir en la casa del Señor como doméstico de Dios, se acercó al gran Padre de familias para que le destinase al trabajo de su vida; le suplicó le indicase la vocacion en que habia de permanecer, y cerciorado de que era llamado al santuario, se ordenó de presbítero. Nufica como entonces se dejó ver tan clara y luminosa la virtud de nuestro Santo. El sacerdocio tuvo en él mucho que aprender y que admirar. ¡Qué fervor en la celebracion de los santos misterios! ¡Qué recogimiento y atencion en los divinos oficios! ¡Qué sollicitud en la predicacion de la divina palabra! ¡Qué constancia en la instruccion de los fieles! Cuantos le conocian se admiraban y edificaban al ver en este nuevo Samuel un modelo de perfeccion, un maestro en accion de la ley santa del Señor. No, no era posible que tan relevantes prendas permaneciesen ocultas en la oscuridad de la vida privada. Dios, autor de ellas, dispuso que á Braulio se le confiriese la dignidad de arcidiacono de la iglesia de Zaragoza; y llevó este delicado cargo con tanta rectitud, que satisfechos el clero y el pueblo de su caridad para con los pobres, viudas y pupilos, de quienes era tocado y respetado por padre, tutor y defensor; de su grande prudencia, economia y acierto; y de las extraordinarias virtudes que forman el carácter de un gran sacerdote, todos decian; que Braulio era digno y acreedor á mayores dignidades.

Bien pronto la Providencia le llamará á las sublimes funciones del episcopado. La silla arzobispal de Zaragoza quedó vacante, y todos designaban á Braulio para ocuparla; pero él há resuelto oponer una resistencia tenaz. El Cielo se reserva dirigir la eleccion, y hacerle conocer su voluntad. Estando los obispos comprovinciales reunidos para la eleccion, se vió descender repentinamente del Cielo un globo de fuego sobre la cabeza de Braulio, y se oyó una voz, que repeta estas palabras de Isaías: «Este es mi siervo, en quien descanso mi espíritu.» Braulio, conocida la manifiesta voluntad de Dios, inclinó sus hombros, dobló su cuello, recibió la uncion sagrada, y queda hecho pastor de aquella numerosa grey. Desde este momento le encontrárase ocupado siempre en labrar por todos los medios que están á su alcance la felicidad de su caro rebaño. Lo apacienta diariamente con los saludables pastos de las máximas eternas, lo abreva con las

puras aguas de los sacramentos, y ni un solo momento cesa de proporcionarle cuanto pueda contribuir á su salvación. Todas las clases son para él objetos de idéntico interés; con igual solicitud atiende al grande que al pequeño, lo mismo al pobre que al rico; no hay en él acepción de personas. Bendor á unos y á otros de su vigilancia pastoral, enseña al rústico, ilustra al instruido; si aquel ignora sus deberes para con Dios y para con sus prójimos, le inculca el gran precepto del amor, en el que está epilogada toda la moral social del cristianismo; si éste abusa de sus luces en perjuicio de los intereses de su conciencia, le reprende con mesura y le hace ver que en el temor de Dios consiste la verdadera ciencia; y en huir del mal el más positivo saber del hombre. Científico sin arrogancia, sabio sin presunción, Braulio se acomoda á las diversas capacidades, y á cada cual habla su propio lenguaje. Dulce y cariñoso, afable y tolerante para con todos, solo es inflexible con el error, jamás contemporiza con él, y está siempre dispuesto á combatirle donde quiera y bajo cualquier aspecto que se presente. No fueron inútiles estos trabajos. Braulio tuvo el consuelo de ver que florecían la justicia y la verdad. La moral ganó un inmenso terreno; los vicios disminuyeron considerablemente; reinó la castidad en el seno de la sensualidad y de la molición; brilló la beneficencia en el lugar del egoísmo; brotó el desinterés en medio de la ambición y de la codicia; á los crímenes que manchaban el bálsamo nupcial, sucedió la fidelidad mutua entre los esposos; á las malas pasiones que sembraban la discordia en las familias, substituyó el orden y la tranquilidad doméstica. En todas las clases se admiró la más completa reforma; la nobleza y el pueblo adoptaron costumbres muy diversas de las que hasta entonces habían seguido, y en consecuencia de esta reacción dichosa, no se lamentaron en aquella época los escándalos, que en tiempos anteriores habían hecho derramar lágrimas á la Iglesia y avergonzado á la sociedad. Ni podía suceder otra cosa si se atiende á las bellas cualidades que adornaban al santo arzobispo de Zaragoza. Los mismos enemigos de la fe se veían obligados á confesar, que sus discursos eran irresistibles; que su ciencia era triunfante y victoriosa; y que sus memorias instituciones eran leyes que cantaban el entendimiento y obligaban á la voluntad á obrar el bien. Pero qué mucho, si más de una vez se vió en sus hombres una paloma, símbolo del Espíritu Santo, que le dictaba lo que debía decir y predicar?

Ya no extrañáreis después de esto, que Braulio fuese llamado á los Concilios IV, V y VI de Toledo, y que fuese el destinado para dirigir sus sesiones, arreglar sus cánones y decretos, y remitirlos para

su aprobación al papa Honorio, con una carta tan elegante, enérgica y llena de juicio, que causa asombro á la capital del mundo cristiano, que no pudo menos de admitir el correctísimo estilo, la doctrina y la elocuencia de este nuevo Crisóstomo, que despues de haber fecundizado á la Iglesia con los puros manantiales de la doctrina, fomentando en su seno la verdad y promoviendo las buenas costumbres, lleno de celo por el bien de la sociedad, trabajó por consolidarla sobre cimientos robustos, y nada omitió para preparar á las generaciones por venir una marcha hacia sus sublimes destinos. Nadie ignora que en la época á que aludimos, el sacerdocio ejercía un extraordinario ascendiente en los negocios públicos. En los Concilios se redactaban las leyes más sábias para el mejoramiento de las costumbres públicas, se consultaban los medios de arraigar el orden y la tranquilidad, afianzando las bases del trono, dando una sancion solemne á los decretos que emanaban de la autoridad, poniendo trabos á la desmedida ambición de los poderosos, fulminando anatemas contra la usurpacion, y adoptando cuantas medidas eran conducentes al bienestar de nuestra patria. En el Concilio cuarto Toledano se proclamó por vez primera, la ley más humanitaria y benéfica á favor de los delinquentes, á saber, que nunca pronunciaria el rey una sentencia capital sin haber oido antes el parecer de los obispos y de los oficiales palatinos. En el mismo Concilio se condenó la conducta de Sisibuto con respecto á los judios, y sancionóse la tolerancia que debía usarse con ellos, no forzándolos á abrazar la religion católica. Tambien se puso un dique á la usurpacion de la corona, decretando que ninguno ascendiese al trono sino por la via legal, y con el consentimiento y aprobacion de los electores; se condenó la opresion, la tiranía, la rebelion; y se tomaron medidas oportunas para evitar las sediciones, que á cada momento ponian en conflicto el bienestar de la nacion. Con estas medidas, el sacerdocio procuraba afianzar los fundamentos de la sociedad, robustecer el prestigio de la dignidad real, y consolidar el orden público en unos tiempos, en que todo estaba en un completo desquiciamiento. Pues bien; Braulio fué uno de los que más gloriosa parte tuvieron en este Concilio, que tan grata memoria ha dejado á la posteridad; y en atencion á las indisposiciones y trabajos de su santo maestro Isidoro, que presidía aquella asamblea, á él se cometió el difícil y espinoso cargo de ordenar y formar los cánones, cargo que llenó con tal acierto, que mereció un voto unánime de aprobacion.

En los Toledanos quinto y sexto, celebrados en el reinado de Clintila, tambien le confiaron los Padres la direccion de sus sesio-

nes, como el más aventajado en doctrina y santidad; y á él fué debida la grande importancia que desde entonces tomó en España la sucesión á la corona, y el respeto debido á la inmunidad de las personas reales; él fué quien estableció, como condición indispensable para poder subir al trono, el prévio juramento de conservar ilesa en su reino la religion católica. ¡Cuán digno es, pues, S. Braulio de la admiración, cuán acreedor á la consideración de todos los buenos españoles, él, que tomó una parte tan activa en estos acontecimientos; y que fué el móvil principal de aquellas asambleas, una de las cuales cambió enteramente la constitución del país!

Pero ya es tiempo de completar la preciosa aureola del hombre insigne que hoy nos ocupa. Una vida tan fecunda debía ser coronada con una muerte gloriosa. Fijad vuestra consideración en la hora suprema en que se decide la suerte eterna que ha de caber al hombre, según sus buenas ó malas obras. Acudid al lecho de la muerte en que yace el varón santo, el sacerdote perfecto, el pastor dignísimo, el honor de Zaragoza, la gloria de España; él os vá á dejar en testamento bienes inefables, riquezas inmensas, tesoros que no roe la polilla, ni los ladrones pueden robaros. Veinte años se ha ocupado Braulio en dirigir la grey sometida por Dios á su cuidado; ha embellecido el ameno jardín de la Iglesia, desenvolviendo en sus acciones lo más peregrino, lo más precioso y singular de las virtudes evangélicas; ha fecundizado nuestro suelo con la doctrina de la verdad y de las buenas costumbres, derramando los efluvios de la más variada erudición; ha contribuido á afianzar los fundamentos de la sociedad y á preparar el camino de la positiva felicidad á las generaciones por venir; por eso su muerte es tan agradable á los ojos del Señor, que al fallecer, se obran los más estupendos milagros en demostración de su santidad. Su sepulcro fué glorioso. Su bendito cuerpo fué depositado con veneración en la iglesia de nuestra Señora del Pilar; pero luego hubo necesidad de ocultarlo por no exponerlo á las sacrilegas profanaciones de los árabes, que inundaron nuestro reino. Permaneció oculto durante algunos años, hasta que en mil doscientos treinta y dos se sirvió Dios revelar el sitio en que se hallaba el cuerpo de su siervo, íntegro é incorrupto, como si acabara de espirar. También se encontraron, sin alteración, ni podredumbre, sus sagradas vestiduras, que despedían un olor suavísimo, teniendo los fieles estas particularidades maravillosas por señales ciertas con que el Cielo quería manifestar á su pueblo, que Braulio recibió la corona de gloria prometida á los que sirven á Dios y le agradan en esta vida.

Nada más. Os he propuesto á S. Braulio como el retrato y la expresión viva del sacerdocio católico con relación á la humanidad. Habéis visto que con su ciencia y virtudes mereció ser el gran sacerdote que puso Dios al frente de su pueblo, para edificarlo con su santidad y dirigirle al Cielo con su doctrina. Vuestras almas se han llenado de gozo al considerar, que este santo prodigioso es la norma del sacerdocio, el modelo del obispado, el sostén de la religion, el consuelo de la humanidad, el fomentador de las verdaderas luces, el núcleo de la cristiana civilización. Sin duda en estos momentos quisierais todos participar de su suerte; pero, ¿puede haber premio sin triunfo, victoria sin pelea, y gloria sin cruz? ¿El camino del Cielo puede ser el de los vicios, pompas y vanidades, tan frecuentado por los insensatos que tienen por locura la vida virtuosa de los santos? Reflexionadlo, y reparad en que, si el mundo está tan lleno de falsedades, también tenemos un Evangelio eterno que las descubre y manifiesta; un S. Braulio, que nos conduce al Cielo; una religion divina, que nos enseña las más sublimes verdades, que nos ilustran, nos perfeccionan y hacen virtuosos y santos. Dejemos el error, repudiamos al vicio; sea Braulio la norma de nuestras costumbres; copíemos en nosotros la imagen fiel de tan brillante original, y de esta suerte nuestro porvenir no será incierto, y si, por el contrario, segura é inefable nuestra eterna felicidad, que os desee.

PANEGÍRICO

DE SANTA BRÍGIDA, VIUDA Y FUNDADORA.

*Interfecerunt filii ejus, et beatissimum
pudicauerunt, ut epus ei laudaret eam.
Multa filia congregauerunt diuitias, et
expressea ex amplexibus.*

Leuantárame sus hijos, y aclamáronla
dichosísima; su marido también, y la
alaba diciendo: Muchas son las alpasas
que han allegado riquezas; mas tú has
sido aventajada á todas.

(PROV. XXXI, 29 y sig.)

«¿Quién hallará una mujer fuerte, una completa matrona? Así exclama el Sabio en los Proverbios: Os confieso, católicos, que esta exclamación del Sabio, inspirado por el Espíritu Santo, conturba mi espíritu, entristece mi corazón. ¡Cómo! ¡Esta noble compañera del hombre, esta mitad del género humano, esta criatura en que se simbolizan el amor y el sacrificio, ha de estar condenada á una esterilidad espiritual, á una maldición mucho más sensible que la muerte misma? Es posible que el Criador, formando del cuerpo del primer hombre á esa bella criatura, é inspirándole una alma, destello de la divinidad, es posible, repito, que esta hermosa porción del género humano, de la creación, haya desmerecido á tal punto las gracias de su divino Criador, que éste le haya cerrado los tesoros de su poder y bondad?»

Mi corazón se resiste abiertamente á una semejante suposición. Cuando niño, recién nacido, la madre que me dió el sér, me cuidó cariñoso: y aunque en mí no había sino miserias, lágrimas, debilidad é ingratitud, esta madre tierna me abrazaba amorosamente, me besaba con delicia, me acogía en su regazo con la mayor delicadeza, me sufría con paciencia, enjugaba mis lágrimas, limpiaba mis asquerosidades; y cuando yo no era sino un objeto de fastidio para todos y aún para mí mismo; cuando no solo era inútil sino pesado á todos

los demás; una tierna y cariñosa madre, descuidando su salud, y aún hasta su vida, me mecia noches enteras para conciliarme un poco de sueño, se desviaba afanosamente para que nada me faltase. Y esta mujer, mi madre, ¿ha de estar sujeta á una especie de anatema divino?... imposible: no puede ser.

Los tesoros del poder y bondad del Criador, muy lejos de habérsela cerrado para la mujer, se han prodigado con igual largueza y generosidad que al hombre. No yace, pues, la mujer bajo el peso del anatema. Más aún: la religión cristiana ha elevado la mujer á una altura y dignidad tales, que nos la hacen mirar con el mayor respeto y deferencia. La religión cristiana ha colocado á la mujer en el puesto que le pertenece en el órden de la creación, y ha placido muy frecuentemente al soberano Dispensador de los celestiales bienes, cotmarla abundantísimamente de sus más gloriosas bendiciones. Solo el privilegio de haber elevado el Verbo encarnado á María á la dignidad de Madre de Dios, honra al sexo piadoso y lo ensalza sobremanera. Sean, pues, tributados honor y respeto á la noble y alta misión de la mujer cristiana.

Y en que ocasión más oportuna podemos encomiar esta noble y augusta función de la mujer cristiana, que en la celebridad de la bienaventurada Brígida? Pocos fenómenos se presentan, es verdad, á nuestra edificación espiritual en la larga y consoladora historia de los santos, que tanto interesen á la generalidad de las fides devotas cristianas, como la vida de nuestra Santa. Y en efecto: los anales de la Iglesia nos ofrecen, unas veces, la vida heroica de una virgen sin tacha en medio de un mundo corrompido; otras, la de una matrona ilustre, que con el auxilio de la gracia, sabe conciliar los intereses más distintos, reunido en sí misma las raras cualidades de esposa prudente, celosa madre, perfecta cristiana; otras, en fin, una venerable viuda, llena de mérito y virtudes, se presenta á la culta sociedad cristiana como una mujer fuerte, seguidora de la justicia, amante de la paz, devota por convicción, maestra por su experiencia, modelo por sus ejemplos.

Pero en nuestra gloriosa Brígida, por un singular prodigio, vemos un modelo, en su primera edad, de una doncella perfecta; en su juventud, el de una perfecta casada; y en su viudez el de una viuda perfecta. Tal será el plan y objeto de este discurso. *A. M.*

En la corte del rey de Suercia, y descendientes de noble familia, vivían dos esposos virtuosísimos, llamados Brigero y Sigrida. Entre sus prácticas, la que más sobresalta en ambos consortes era la de

avunar todos los viernes del año, confesarse y comulgar en semejante día, y ofrecer al Señor sus almas y cuerpos hasta el inmediato siguiente viernes. ¡Esposos dichosísimos, que en medio del bullicio de la corte supieron conservar sus corazones puros! Carecían, sin embargo, de sucesión. Se resignaban á la voluntad del Señor, y mientras tanto empleaban sus cuaniosas rentas en edificar nuevas iglesias, restaurar las deterioradas, hacer crecidas limosnas á los monesterios. Cuando plugo á la divina Providencia, la esposa Sigrída se sintió en cinta; y habiendo sido sorprendida en alta mar por una borrasca, cuando casi todos los que iban en el mismo buque fueron sumergidos entre las olas, Sigrída se salvó, no solo prodigiosa, sino milagrosamente. En la noche siguiente, un venerable anciano se le apareció, diciendo: «Dios os ha salvado la vida á causa de la hija que lleváis en vuestro seno: criádlas por amor de este mismo Dios, que os la ha dado, y estimadla como un gran dón, como un presente singular que el Cielo os hace.» Nació Brigida, y al punto, un santo varón, un sacerdote ejemplar, cura entónces en las cercanías de la corte, y obispo despues, estando en oración, vió una nube luminosa en medio de la cual apareció sentada una virgen con un libro en la mano, y al propio tiempo oyó las siguientes palabras: «Acaba de nacerle á Brigerio una hija, cuya voz será oída con admiración en todo el mundo.» Ya veis, católicos, este angelito comienza á ser conocido ya dos veces: en el seno de su madre, y cuando apenas nace al mundo.

Muy poco tiempo sobrevivió la madre al nacimiento de la hija: es que Dios la había escogido para ser madre de una mujer grande en el cristianismo, y una vez su misión cumplida, Dios se la llevó al Cielo, para recompensar su fidelidad. Tres años tenía Brigida y aún no hablaba: los hombres de poca fé la creyeron muda; pero el Dios de los prodigios, el siempre fiel en sus promesas, no tardó en desmentir tan fútiles zozobras. La niña Brigida desplegó por vez primera sus labios pasados tres años de su edad, y estrenó su bendita lengüecita con pronunciar el angusto y santo nombre de Dios. ¡Buena y sublime principio! Siguió hablando, pero con tanta claridad, precisión y limpieza, que todos lo atribuyeron á prodigio. Su educación fué confiada á una tia suya, muy piadosa, quien la prodigió todos los cuidados y atenciones de una verdadera madre. Las ideas se fueron desarrollando tanto en nuestra tiernecita Brigida, que muy en breve su razon pareció como iluminada. Cuando nuestra Brigida contaba apenas siete años, vió sobre un altarcito que tenia en su pequeño aposento á la santísima Virgen, ricamente vestida y adornada,

que tenia en la mano una corona de gran precio, y que convidaba á nuestra niña á venir á recibirla; Brigida, presurosa, se acercó á la santísima Imágen, y recibió de su mano la corona, llamándola con su candidez y pureza infantil: «Su querida Madre.» Tal impresion hizo esta vision en nuestra tierna niña, que, desde entónces, no llevaba otro cuidado que el de vivir con una pureza angelica, y excitara más y más su tiernecito corazón al amor de Dios y de su soberana Madre. Podemos exclamar en esta ocasion, como en otra el real profeta David: «La habéis anticipado y preparado con bendiciones de amor, pusisteis sobre su cabeza una corona de margaritas preciosas (1).» ¡Oh amor divino! ¡cuán impaciente te muestras con esta niña de predilección! pues que tú aún esperas el que siguiera lleque á su adolescencia para comenzar á favorecerla, sino que apenas los albores de su razon asoman, principias por dar el préz aún antes de combatir.

Muy gozosa nuestra santita con tal vision, principia á observar una vida enteramente angelical. No hay virtud en que no sobresalga, ni devocion que no trate de practicar. Notóse, sin embargo en ella una muy particular atencion á oír los sermones, y una entrañable devocion á la Pasion de nuestro divino Redentor. Certo día que oyó un sermón sobre los tormentos de esta sagrada Pasion, se le apareció en la noche siguiente nuestro amante Salvador, clavado en la Cruz, y la dijo: «Mira, hija mia, de qué manera me han tratado.—¿Quién, ¡oh Dios mio! exclamó sorprendida la tierna niña, que apenas contaba diez años, quién os ha hecho esas heridas?»—Los que menosprecian mis mandamientos, respondió el Salvador, y los que no se cuidan de corresponder á la ternura de mi amor.—Desde esta divina vision, no podia pensar en el misterio de la Pasion sin derramar un torrente de lágrimas, la idea de la sagrada Pasion, se apoderó de Brigida de tal manera, que apenas se la dejaba en libertad, ó sus ocupaciones no se lo impedían, iba á postrarse delante de un crucifijo. Su tia lo advirtió; sin embargo, no llevaba á bien que la santa niña se levantase tan frecuentemente de la cama durante las noches; temiendo alguna ilusion del demonio ó desarreglo de su fantasia. Y habiéndola hecho un cargo de ello, le respondió nuestra santita: «Me levanto de la cama para glorificar al que tan bondadoso se muestra en asistirme con su presencia á todo momento; y para que no quede la menor duda, sabed tia mia, que es nuestro Señor Jesucristo mismo á quien veo y con quien hablo.»

(1) PSALM XX, 4.

¡Venturosa niña, que tan presto fué visitada por el Cielo! ¡Venturosa niña, á quien tan pronto se le confiaban los arcanos de la divina contemplación! ¡Venturosa niña, con quien tan temprano venia á entretenerse el santísimo Esposo de las almas! Por lo poco que os he dicho de nuestra dichosa doncellita, de la niña Brígida, evidenciada queda la altísima perfección de esta alma infantil y virginal. Ni la corta edad, ni la debilidad de la infancia, fueron un obstáculo para que esta angelical criatura correspondiese tan fina á las caricias de su amado Padre y Redentor. Ocupada siempre en el trabajo de manos, ó en tareas propias de la primera edad en su delicado sexo, incesantemente enardecida en amor á Jesucristo crucificado, vivamente preocupada de sus sagrados padecimientos en la Pasión, dócil, obediente, enteramente sumisa á su padre y á su venerable directora; un cuidado extremo, una solicitud exquisita en no admitir en su corazón la más leve sombra de culpa; tales son, católicos, los títulos preciosos con que se nos presenta á nuestra admiración esta ilustra virgen real de trece años de edad; y estos títulos justifican muy bien, que Brígida, en su primera edad, fué un modelo de una perfecta doncella. Sigámosla en los pasos que vá á dar en el nuevo estado de casada.

Trece años contaba apenas nuestra santa doncellita, cuando su padre, consultando razones de alta conveniencia, mas sobre todo impedido, sin saberlo él, por la divina Providencia, decidió casarla con un jóven de diez y ocho años, de ilustre prosapia y sangre real, llamado Ulfo, príncipe de Noricia, varon virtuoso y de relevantes prendas. Nuestra tierna Brígida, que ignoraba lo que era el mundo, pero que tenia una predilección marcada por el retiro espiritual, mostrò alguna repugnancia en entrar en un estado, que la privaria de gozar de las santas delicias de la contemplación. Pero llena de sumisión y deferencia para con su padre, consintió en el enlace proyectado, que se verificò en el mismo año. Nuestra Santa, al contraer matrimonio, muy lejos de ver en éste un obstáculo á su piedad, ni un motivo de disminuir en lo más mínimo á Dios su amor intenso y su fervorosa devoción á nuestro Señor Jesucristo crucificado, logró persuadir á su marido de que debían adoptar una absoluta continencia, rogando ámbos consortes á Dios les hiciese conocer su santísima voluntad; y que si su divina Providencia disponia destinarlos para ser padres, que les diese tales hijos que fuesen para su mayor gloria. Un año entero guardaron esta absoluta continencia; al cabo del cual sabiendo Brígida que Dios la destinaba para ser madre de una numerosa familia, se resignò á la santa voluntad del Señor, y tuvo sucesiva-

mente cuatro hijos y cuatro hijas, dos de éstas santas, Ingeburge, religiosa, y la celebre Sta. Catalina de Suecia. Las otras dos, Margarita y Cecilia, aunque casadas, fueron un modelo de santidad en su respectivo estado: dos de sus hijos murieron en la edad tierna, y dos otros, Carlos y Brígero, murieron en las Cruzadas. Para prueba del divino beneficio en su fecundidad, la santísima virgen Maria la asistió visiblemente en uno de sus felices alumbramientos.

El cuidado que Brígida puso en la educación y crianza de sus hijos ó hijas fué el que correspondía á una perfecta casada y á una madre santa; la santidad de todas sus hijas, y la muerte feliz de sus dos hijos mayores en defensa de la religion, prueba eloquentemente, cuán bien supo inspirar á toda su familia una sólida piedad y las más heroicas virtudes. Séame permitido el hacer una pequeña digresión, muy al caso y muy oportuna para las madres de familia que me escuchan. Os quejáis, vosotras, de que nada perfecto ni aún bueno podéis obrar en el santo estado del matrimonio; aflojáis la mano en el ejercicio austero de las virtudes; os persuadís, que la perfección cristiana y la pureza de corazón son para las vírgenes consagradas á Dios; son para el claustro, no para el mundo. ¡Qué ilusión, señoras! ¡qué ceguedad! La virtud es de todos los estados: solo difiere en los medios.

En el capítulo treinta y uno de los Proverbios, el Espíritu Santo se digna descender hasta los últimos detalles de la vida privada; y solo esta dignación de todo un Dios os dá á conocer el alto aprecio que se merece delante de Él una perfecta casada. Oídle. ¡Quién hablará una mujer fuerte, una completa matrona! De mayor estima es que todas las preciosidades traídas de lejos y de los últimos confines del mundo. En ella pone su confianza el corazón de su marido. Viene á ser como la nave de un comerciante, que con la industria trae de lejos el sustento. Se levanta antes que amanezca, distribuye sus raciones á sus domésticos y el alimento á sus criadas. Puso las miras en unas tierras y las compró; de lo que ganó con su mano plantó una viña; vistióse de varonil fortaleza y esforzó su brazo... Aplica sus manos á los quehaceres domésticos, aunque trabajosos. Abre su mano para socorrer al mendigo, y extiende sus brazos para amparar al necesitado... Su esposo hará un papel brillante en las asambleas públicas, sentado entre los senadores del país. Ella teje finísimas telas y las vende, y entrega también ricos ceñidores á los negociantes. La fortaleza y el decoro son sus atavíos; está alegre y risueña todos los días de su vida, y espera tranquilamente la hora de su muerte. Abre su boca con sábios discursos, y la ley de la bondad,

el amor, gobierna su lengua. Vela sobre los procederes de su familia, y no come ociosa el pan. Levantáronse sus hijos, y aclamaron dichosísima... Engañoso es el donaire, y vana la hermosura; la mujer que teme al Señor, esa será la celebrada.

Imposible sería al hombre enseñar tanto en tan pocas palabras. Que las mujeres se atengan á lo que les manda, aconseja y enseña el Espíritu Santo, y verán como el santo estado del matrimonio no les impide el santificarse á sí mismas y á sus familias. La misión de la mujer casada, la misión de la matrona cristiana, es sublime, es grande, es santa, es providencial. Esta santa misión tiene por objeto lo más esencial para la Iglesia y para la sociedad: la educación de la familia. ¡Ah católicos y amados míos en el Señor! Si las madres cristianas se penetrasen bien de sus altos deberes, si las esposas cristianas se parasen seriamente á profundizar el hermoso y vasto campo de sus deberes y de sus derechos en nuestro Señor Jesucristo, ¿cuán diferente sería la sociedad de lo que en el día es! La mujer cristiana, la mujer sola, podría hacer cambiar la faz de la sociedad entera. Se me dirá que el sexo es débil; yo les responderé, que el que ha dado tal misión á la mujer es el fuerte por esencia, el Todopoderoso; y el Dios fuerte, y el Dios Todopoderoso puede hacer de la mujer, y hace de la mujer un instrumento de fuerza, un prodigio de poder.

Ved, sino la historia de nuestra Brígida. Delicada por constitucion y por educacion, veda en su casa madre de una numerosa familia, ¿qué cuidado! qué solicitud! qué piedad! qué blandura en unas ocasiones! qué energia despliega en otras! Ninguna consideracion la pueden desviar de la senda de sus deberes. Que el mundo la ponga en ridiculo, que la corte real la juzgue como fanática, que el demonio la interroga mil y mil estratagemas, mil y mil obstáculos; nuestra Brígida, sus ojos clavados en el Cielo, y su corazón puesto en Dios, nada teme, por todo arrostra; y así logra ser una esposa perfecta, una madre cumplida, una completa y cabal matrona.

Así que Brígida se xió madre de una numerosa familia, inclino sin dificultad á su piadoso marido á vivir en continencia absoluta el resto de sus dias. Entretanto, y para santificarse más á sí misma y á su marido, emprendió con el varias célebres peregrinaciones, entre ellas la de Compostela al cuerpo de Santiago Apóstol. A los pocos años despues de esta peregrinacion, su esposo, el príncipe Ulfon, tomó el hábito de religioso en el monasterio de Alvastra, en donde murió santamente. Nuestra Santa quedó muy consolada con el dichoso término y tránsito feliz de su esposo, ofreciéndose más de ve-

ras al Señor en el tiempo que le restare de vivir. Tenemos pues, amados míos en el Señor, en nuestra ilustre Brígida una casada para, que ante todo y en todo, procura seguir la voluntad del Señor, servirle, amarle y ejercitarse en el amor suave, en la tierna contemplacion de los misterios de la Redencion, Tenemos, católicos, una ilustre madre, cuyo exclusivo cuidado es: el de criar sus hijos para hacerlos siervos de Dios. Tenemos una esposa interesada sobremanera en aumentar más y más la piedad de su marido para con Dios, y que no cesa hasta que lo gana enteramente al Cielo, logrando verlo hecho religioso, y morir santamente en un monasterio de santos. Tenemos en Sta. Brígida un modelo de la perfecta casada.

Lleguemos, en fin, á la época mas célebre de la vida de nuestra prodigiosa Santa. Ya viuda, se lanzó en la carrera de la perfeccion evangélica con el mayor ardor, y comenzó á levantarse con rápido vuelo hácia las alturas de la divina contemplacion. El amor del Señor jamás puede estar ocioso; es fuego, y su naturaleza es subir siempre; es fuego, y su propiedad es consumir las escorias; es fuego, y purifica las imperfecciones; es fuego, y necesario es que tenga un respiradero, un desahogo. Tal era la fuerza del amor divino en nuestra Santa, que los éxtasis, los arrobos, las más sublimes aspiraciones no la dejaban succediase en su corazón y en su alma, como las ondas de la mar; unas cesaban, se levantaban otras; y en medio de esta dulce tormenta de olas de amor, en ocasion que le numerosa se angustiaba considerando tantos favores de una parte y tanta pequenez de otra, y recelosa de alguna ilusion del demonio: «Yo soy tu Dios y tu Señor, le dijo nuestro amable Redentor, que contigo hablar quiero. Serás mi esposa, y canal de mis gracias. No temas; no te hable por tí sola, sino para la salvacion de muchos, y para que les comuniques secretos que ellos ignoran. Escucha mi voz, y da parte de todos los misterios que yo te comunicaré por medio de tu confesor.

Desde esa memorable aparicion datan esas ilustres Revelaciones aprobadas por la Iglesia, y que tanto han contribuido á excitar en los fieles la devocion á los sagrados misterios de la Pasion. Trece siglos se habian pasado desde el solemne, el sagrado drama, desde el grande acontecimiento de la Pasion de nuestro Señor Jesucristo. Solo se habia publicado y consignado en los sagrados libros lo más esencial del tan angusto sacrificio del Gólgota. Sin duda alguna, la santísima Virgen Madre, todos los santos apóstoles, en especial el apóstol S. Juan, y tantos otros testimounos de vista, conservaron en la memoria y transmitieron á los demás fieles discípulos del Salva-

dor, detallas circunstanciados de un suceso, en que estribaba la salvación del género humano. Pero, con el transcurso de los siglos, estas piadosas tradiciones ó se fueron olvidando algún tanto, ó estaban muy alteradas. Nuestro bondadoso Redentor, atraído por los suspiros de su amante esposa Brígida, y queriéndola privilegiar para darle pruebas de su amor, se dignó revelarle muchas y preciosas circunstancias de su sagrada Pasión, para que el mundo se dispertase de su letargo, y para que la fe y amor á Jesucristo crucificado se avivasen más y más. Insigne favor con que nuestro divino Salvador honró á su amante esposa, y enriqueció á la santa Iglesia. Estas divinas Revelaciones aumentaron tanto el amor de Brígida á nuestro Señor Jesucristo, que bien fué menester un milagro continuado hasta el fin de su vida, para que no la perdesen á impulsos del divino amor que abrasaba su amante corazón.

Y este ardor divino era tan intenso, que jamás sentía el frío aún en lo más riguroso del invierno, á pesar de no tener abrigo alguno, en aquellos países del norte en donde los frios son tan excesivos. «Siento tanto calor, decía nuestra Santa á los que la suplicaban se abrigasen, siquiera algún tanto en medio de los rigores del invierno, siento tanto arder dentro de mi pecho, que no siento el frío de afuera.» Ni cómo era posible sintiese el frío en el cuerpo la que tenía el alma abrasada? Su corazón era un hoguera, un horno de amor; ¿y queréis que los hielos se hicieran sentir en él? ¿Es que un témpano de hielo pudo jamás apagar un grande incendio?

Fruto de este divino amor fué esa continua mortificación de su cuerpo, que practicó en todo el resto de su vida. Trataba su cuerpo con el mayor rigor; ayunaba varios días en la semana, y los viernes á pan y agua. Dormía muy poco, y pasaba una gran parte de la noche en oración; y durante el día sus delicias eran estar postrada ante el augusto sacramento del Altar, para gustar de las gracias que tan copiosamente derrama el divino Señor sobre las almas que de veras le aman. Confesábase diariamente; todos los días se postraba esta tan humilde como santa mujer á los pies del confesor en el santo sacramento de la Penitencia. ¡Qué cuidado tan exquisito en no manchar su conciencia con la más leve culpa venial! ¡Qué digo culpa, qué digo manchar! Ni aún la sombra de pecado podía sufrir una alma tan pura. Y sin embargo, el santo temor de Dios la tenía de continuo en vela sobre sí misma. ¡Ah católicas! nuestra Santa, que no cometió jamás pecado mortal, juzga como una necesidad de su alma, como un desahogo de su corazón, el descubrir todos los días los senos de su conciencia á su confesor, y consultar con él hasta

los menores movimientos de su corazón; y nosotros, cargados tal vez de enormes culpas, pesada se nos hace la dulce obligación de ir á descargarnos de ellas á los pies de un padre, de un médico espiritual, de un amigo! La Bienaventurada Brígida encontraba en la confesión sacramental el medio más seguro para conducirse; en su confesor y director espiritual la guía más cierta; y nosotros, ciegos voluntarios, fascinados de orgullo y llenos de miserias, creemos hacer mucho con ir á confesar nuestros pecados, excusándonos en lo posible! No lo hacen así los santos; no lo hizo así nuestra ilustre Santa y es, que en la región de la santidad las cosas se miran diferentemente que en las regiones del mundo; es, que en la región de la santidad se ven las cosas al través de las luces del Cielo, y en las regiones del mundo las cosas se miran al través de las luces del siglo, al través de la humana razón.

Quando la Santa hubo acabado sus Revelaciones memorables, Jesucristo se le apareció, mandándole fuese á Roma en peregrinación y se presentase al Santo Padre, entregándole sus Revelaciones. «Vete á Roma,» le dijo con la mayor afabilidad nuestro divino Redentor; «vete á Roma, porque allí las plazas son de oro, y las calles de plata, y pues que han sido rociadas con sangre de mártires, llegase más brevemente al Cielo con las indulgencias y perdones que los santos merecieron. Allí irás, y estarás hasta que veas al sumo Pontífice y al emperador.» Nuestra Santa, después de haber consultado á su director espiritual, partió inmediatamente á pie, fiada en el auxilio del Señor. Llega á Roma, é inspirada del Señor, pone en manos del Santo Padre y del emperador sus Revelaciones concernientes al estado y reforma de la Iglesia.

No se contenta el celo de nuestra Santa con santificarse á sí misma; instituye un orden religioso de monjas, bajo la Regla de S. Agustín, dándole constituciones que le fueron reveladas. Las hijas de Sta. Brígida pueden vanagloriarse de haber recibido sus constituciones de la boca de nuestro Señor Jesucristo; qué motivo tan dulce y poderoso para observarlas con amor y con tierna solitud! El parabién os doy, venturosas hijas de la excelsa Brígida; después de tantos siglos transcurridos, en vuestras constituciones consorvais puro el espíritu de vuestra santa madre, de esta alma grande, que supo tan bien combinar los deberes de una perfecta esposa de Jesús crucificado, con los derechos que de ella reclamaban su clase, su condición y su estado.

Por fin, se acercaba el momento en que el amantísimo Redentor Jesús, tocado en extremo de la fidelidad y amorosos suspiros de su

esposa Brígida, que como viuda tortolilla le hacia conocer su soledad, quiso poner término al destierro temporal de nuestra Santa. Cuando ésta volvía de su peregrinación á Jerusalén, cayó enferma en Roma; y Jesucristo, que tantas veces se había dignado revelarse á su esposa Brígida, no tardó en hacerle saber que la hora de su muerte había llegado. Efectivamente, cinco dias ántes de su muerte se le apareció en el altar de su aposento; y con su divina faz, alegre y resplandeciente de gracia, le dijo: He hecho contigo como lo acostumbra un esposo, que se oculta y sustrae á su esposa por un tiempo para hacerse más de desear por ella. No te he visitado con celestiales consuelos cuando era tiempo y ocasion de ellos, á fin de que fueses probada; pero ya que te estás bien, prepárate, y ven... Plácese á mi Padre el excusarte más trabajos... Conoce tu buena voluntad, y la acepta como si estuviera cumplida (1). A los cinco dias, despues de oída la misa y recibidos los sacramentos, entregó su espíritu al Señor, en los brazos de su hija Sta. Catalina de Suecia, con una paz y alegría que hacían de su muerte el más feliz tránsito. Así murió esta mujer verdaderamente grande, verdaderamente santa. Pocas almas habían recibido con tanta frecuencia el alto privilegio de oír las divinas revelaciones de la boca del mismo Dios.

Católicos, por el contexto de todo este discurso, y por lo mucho que vosotros conocéis de la vida de nuestra Santa, resulta con evidencia la verdad de la proposición, objeto de este panegirico, á saber: que Brígida fué un prodigio de santidad cuando niña y tierna doncellita, siendo así el modelo de una perfecta doncella; fué un prodigio de santidad cuando casada, siendo así un modelo de la perfecta casada; y fué, por fin, un prodigio de santidad cuando viuda, siendo así un modelo de la perfecta y santa viuda. Ya lo veis, ningún estado excluye la santidad, pues que vemos á Brígida santa en todos ellos; ninguna edad, pues que desde la niñez, desde los tres años hasta su muerte, Brígida fué santa y perfecta. Sigamos, pues, todas las huellas de esta Santa extraordinaria; entreguémonos del todo á Dios, y Dios se entregará del todo á nosotros. Jamás se hace Dios de esperar. Él nos ama, y nos ama como Dios: no le desairémos, no le contristemos; corramos hácia Él, como hijos á su más tierno y amoroso padre; amémosle sin fin; consagrémosle toda nuestra alma, todo nuestro corazón, todas nuestras facultades.

Gloriosa y bienaventurada Brígida, que por un raro y singular privilegio, no solo fuisteis santa desde vuestra niñez, sino que reci-

histeis las más frecuentes é íntimas comunicaciones con vuestro divino amante Jesús; alcanzados del mismo nuestro amante Redentor la mayor y más constante pureza de alma y cuerpo, y el altísimo don de la contemplacion de los sagrados misterios de la Pasión divina, para que habiéndoles meditado con fruto y continuo aumento de santidad en esta vida, merezcamos acompañaros en la gloria. *Amen.*

(1) *AVCH. SOR. 23 JULII, IN VITA SANCÆ BRIGITTE.*

PANEGÍRICO
DE SAN BRUNO.

*Vidit, et fugit... Montes exultaverunt.
Vidit et cecit à huir, los montes se llenaron de gozo.*

(PSALM. CXXIII, 3.)

¿A qué otro héroe cristiano se puede aplicar con mas propiedad que á S. Bruno el tema del presente panegirico? Bruno considera el mundo, é inmediatamente forma el proyecto de retirarse de él, *vidit*; pone en ejecucion su proyecto huyendo á la soledad, *fugit*; y los montes de la Cartuja, á donde le conducia la Providencia, convertidos en teatros de su gloria, manifiestan su alegría: *Montes exultaverunt*. El profeta rey aplica estas palabras al pueblo de Dios, aunque en distinto sentido: representa al mar admirado de la majestad con que el Señor conduce á su pueblo que sale de Egipto; al verle suspende el curso de sus olas irritadas, sus aguas se retiran para franquear el paso á la nacion santa; los montes, admirados á vista de este espectáculo, se conmueven y abaten sus cimas, para adorar los designios del Todopoderoso.

En esta imagen del mar de que usa el profeta, me parece estar viendo la inquieta consideracion de S. Bruno: fja esta nuestro Santo, no en un pueblo religioso protegido del Altisimo, sino en un mundo corrompido que abandona los caminos del Señor; huye, no para dar fácil entrada en su corazón á este mundo profano, sino para buscar en la soledad una inaccesible defensa contra las tentaciones; huye á los montes, y aquellos horribles desiertos se mudan en lugares de delicias; y parece que sensibles éstos á esa tan prodigiosa mudanza, imitan la voz del universo, y celebran con él la gloria del Santo á quien poseen.

Esta variedad de sucesos forma un plan que me servirá de idea en el presente discurso: mira Bruno con reflexion al mundo, y de

esta reflexion nace en él el proyecto de abandonarlo; este proyecto llega á tener su debido efecto en el retiro, en donde Bruno se constituye fundador de un Orden religioso: en este estado ve ya volar su gloria desde lo más alto de su retiro hasta el mundo de donde habia huido.

¡Oh Reina de los ángeles! dignaos de interesaros en el panegirico de un Santo, que tantas veces se empleó en formar panegiricos en honra vuestra. A. M.

Obligacion es de todo cristiano estudiar al mundo para conocerle; pero estudiarlo, conocerle y despreciarlo, es fruto de la reflexion y triunfo de la virtud en un santo. El ejemplo de S. Bruno es prueba convincente de esta verdad. Bruno vivia en el mundo ántes de retirarse á la soledad; vivia en un mundo que le respetaba como oráculo; en un mundo en que los honores se adelantaban á sus deseos; en un mundo que respetaba la virtud y la practicaba, mirándole como á modelo; no obstante, una útil experiencia le enseña á conocer este mundo; y esta misma señal le enseña á despreciarlo. Repara en la vanidad de las ciencias á que está dedicado en el mundo, y resuelve sepultar sus talentos en el retiro; repara en la iniquidad que suele ser el camino para conseguir los honores en el mundo, y determina sacrificar en el retiro su clase y sus esperanzas; advierte la incertidumbre de las virtudes que el mundo premia, y desconfiando de su propia virtud, vá á asegurarla en el retiro. Colonia vió nacer á mediados del siglo XI á este hombre extraordinario, que habia de ser gloria de su patria, restaurador de la soledad, y consuelo de la Iglesia.

La nobleza de su origen era un título ilustre en el mundo para nuestro Santo; lo singular de sus talentos es un título que le dá á conocer en la Iglesia. Dotado de un ingenio vasto, sublime y penetrante, empieza la carrera de las letras; sus primeros ensayos son la admiracion de sus condiscipulos y maestros en Colonia; trasladado á otro teatro más célebre, se descubren y perfeccionan más sus talentos; cuando Paris conoce el nombre de Bruno, es por el resplandor de su ciencia. Paris era en aquel tiempo el centro de la emulacion, porque lo era de los ingenios; la fama de los maestros atraía á aquella universidad una multitud de discipulos, los que convertidos en oráculos de Italia, Alemania é Inglaterra. Heraban á todos los países de Europa la fama de una universidad, que debe su nacimiento á Carlo Magno, y sus progresos á todos los príncipes sucesores de aquel monarca en el trono de Francia. Inmediatamente que Bruno se presenta en esta universidad, se adquiere una inmortal

tal fama, no tanto por su aplicación y sus tareas, cuanto por la extraordinaria facilidad con que explica los más profundos misterios de las ciencias abstractas. Apenas empieza á aprender, cuando publicando la fama sus singulares talentos, es destinado á enseñar; luego que empieza á estudiar los arcanos de la religión, la más famosa universidad del mundo aplaude su clara y sana doctrina; los teólogos más consumados de su tiempo le respetan como á uno de aquellos felices fenómenos, que con sus sábias lecciones hace que renazca universalmente el gusto de las ciencias sagradas, promoviendo del seno de la indolencia un fuego rápido, cuya llama vuela por todas las partes del mundo cristiano.

A su erudición debió los importantes encargos que le confió la universidad de Reims: esta universidad se hallaba entonces en su mayor esplendor. Bruno, acompañado de la celebridad que justamente se había adquirido en las florecientes escuelas de Colonia, se presenta en la iglesia metropolitana de Champaña, é inmediatamente los más consumados teólogos bajan de sus cátedras para que él suba á ocuparlas; aquella Iglesia le nombra para que presida á los estudios del clero, cuyos ejercicios dirige, gobierna y perfecciona; la fama del maestro y la de los discípulos vuela por toda la Francia; toda la Francia se persuade de que el Señor destina á Bruno para instrumento de su gloria.

Mientras que la voz pública aplaude su ciencia, cuando juzgan que se vá á abrir para Bruno la carrera de la fortuna y de la gloria, nuestro Santo, poco cuidadoso de su fama, se entrega á las más lígubres reflexiones. En un voluntario retiro conta á sus amigos sus desconfianzas acerca de la vanidad de las ciencias humanas, y de la utilidad de los aplausos que le tributa el mundo; se dice en su interior lo mismo que enseña en sus obras, es á saber: que el mundo es un mar tempestuoso, en el que hay más peligros de qué huir que bienes que apotecer. Ya forma en su corazón, con el dictámen de aquellos mismos amigos, el proyecto de dejar el mundo por la soledad, y las ciencias por cuidar únicamente de su eterna salud. Al pie de la Cruz pronuncia su boca un voto irrevocable; pero, aunque la piedad dicta este voto, ella misma se opone á que lo ejecute por razones: su proyecto tendrá el debido efecto, cuando despues de haber reflexionado acerca de la vanidad de las ciencias que el mundo admira, reflexione tambien acerca de la iniquidad de los medios por donde se llegan á conseguir los honores que el mundo dispensa.

Si los honores del mundo y de la Iglesia solamente se concediesen al mérito y á la virtud, pudieran servir de tentacion al amor propio,

y de atractivo á la vanidad; pero cómo ha de mirar la virtud, estos mismos honores, cuando los ve hechos fruto de los artificios, premio del delito, é infamia de aquellos que no han tenido temor en usurparlos? La afligida Iglesia de Reims presentaba á la vista de Bruno este triste y escandaloso espectáculo, al mismo tiempo que estaba meditando poner entre él y el mundo un muro de eterna separacion. Una de las más ilustres iglesias de Alemania miraba ya en Bruno todo su adorno y sus más bien fundadas esperanzas; su ciencia y su virtud le habían colocado en aquella antigua metrópoli, en que fué consagrado por S. Remigio el primer rey cristiano que tuvo la Francia: metrópoli feliz, si no hubiera contado entre sus pontífices un Manasés, sucesor indigno de los Remigios, de los Nicasios y de los Gervasios. Ya me parece, señores, que el nombre de Manasés excita vuestra indignacion: nadie puede disputarle su ilustre nacimiento; pero el nacimiento solo no es mérito para el obispado; no obstante, se atrevió á pretenderlo, y logró conseguirlo; mas, ¿por qué medios? por medio de artificios, de astucias y de dones. El gobierno de Manasés fué tan defectuoso como había sido ilegítima su fortuna: libre en sus conversaciones, depravado en sus costumbres, y sin respeto á la dignidad que ocupaba, miraba la fé como una pesada carga, el sacrilegio como un arbitrio, el perjurio como justificacion, el lujo como decencia, y la conciencia como vana preocupacion. Los altares se veían despojados, los templos profanados, los empleos del santuario concedidos á una indigna negociacion; el libertinaje se hallaba amparado, y el mérito perseguido: estos y otros muchos excesos justificaba con su aprobacion y ejemplo un prelado revestido de la licencia militar, del fasto de un monarca, y del despotismo de un tirano. Contra una conducta tan irregular en un pastor, levantó muy pronto el grito la discordia: la virtud asustada tiembla, el celo clama y el clero lleva sus quejas hasta el Concilio de Antun. Entre los delatores de Manasés ocupa Bruno el primer lugar, porque ocupa uno de los más principales puestos en su iglesia y en su universidad; su delacion es atendida, y el reo es llamado al tribunal de sus jueces. Procura éste evadirse del juicio, negándose á comparecer; pero es castigado: su castigo es ocasion de la desgracia de Bruno; Bruno es la primera víctima que sacrifica á su venganza un pontífice, que no debiera pensar tanto en vengarse, cuanto en arrepentirse.

Pero cómo es posible que tenga lugar el arrepentimiento en el corazón de un hombre, que solo piensa en oprimir á sus acusadores con el peso de su autoridad? Apela de las decisiones del Concilio á la Suprema Cabeza de la Iglesia: forma una apologia falta de razones,

llena de sofismas y artificios; y esta es toda la defensa que opone á sus jueces, que dirige contra sus delatores, y por medio de la cual se lisonjea de poder engañar la religion y piedad del soberano Pontífice. Gobernaba entonces la nave de S. Pedro Gregorio VII, pontífice justificado y recto. En el principio de esta causa dió más oídos á su clemencia, que á las quejas tan fundadas de Bruno, y á las maduras reflexiones del Concilio: Manasés triunfa con el favor de su fingida sumisión; pero su triunfo dura muy poco tiempo: júntase el Concilio de Leon; en él se trata y examina la causa de Manasés; el delito se prueba; el Concilio pronuncia sentencia de deposicion contra el culpado. Roma, en fin, la ratifica; Reims la ejecuta; y el pastor mercenario, confuso, abatido y despreciado, vá á una córte extranjera á ocultar su infamia, coronar sus desórdenes y morir impenitente, despues de haber vivido desgraciado.

En este tiempo de inquietudes y escándalo, Bruno, entregado á sus propias consideraciones, reflexiona acerca de las desgracias de la Iglesia, de los atentados de la ambicion y del peligro de las dignidades; en el glorioso destierro á que le habia condenado la injusticia, piensa en cumplir las promesas que habia hecho al Altísimo, y se acusa á sí mismo de haber sido tan perezoso en obedecer á las reiteradas inspiraciones de la gracia. Desde su soledad, ¡qué reflexiones no comunica á Baoultó y á Fulsio, acerca de la vanidad é inconstancia de las cosas humanas! Entonces decia lo mismo que despues nos dejó escrito, en sus obras: no debemos dejarnos engañar de los encantos de un mundo adulator; no debemos dejarnos abatir del miedo de un mundo que nos persigue y amenaza; los ímpios viven en la prosperidad y en la gloria; huyamos su compañía por no imitar sus desórdenes; porque el ser más tiempo testigos de sus excesos, seria hacernos cómplices de sus culpas. Voz del pueblo, voz de los sábios, inútilmente destinados á Bruno para ocupar la silla de Reims; ministros del Señor, inútilmente le disponen vuestros votos; la tempestad que le amenaza es para él un motivo muy poderoso para adelantar la ejecucion de su proyecto; este proyecto, tanto tiempo antes delineado y conservado en su corazon con tanta constancia, vá á tener su debido efecto; huye del mundo, se retira al desierto y se hace fundador de una Orden religiosa.

La region desierta é intransitable se alegrará: la soledad saltará de gozo, y florecerá como lirio... Allí se abrirá un camino que será llamado el camino santo (1); ¿no parece, hermanos míos, que en esta

(1) ISAÍ. XXXV. 1. Y 8.

imágen quiso el profeta Isaías delinearnos á S. Bruno, su retiro, su instituto, sus ideas y su ejecucion? Bruno huye al retiro y realiza sus proyectos: huye, pero no solo; junta algunos discípulos que son feliz presagio de su Orden. El miedo, de comun acuerdo con la reflexion, le pintan el mundo con más oscuros colores, y le manifiestan la soledad como único asilo, inaccesible al engaño. ¡Feliz miedo! vá volando á buscar á sus queridos amigos, les comunica sus temores, y les dice: amigos míos, un saludable miedo se ha apoderado de mi corazon, y creo que no dejará de comunicarse al vuestro; la idea de la muerte llena mi alma de espanto; las iniquidades que debemos reparar, el Infierno que debemos temer, y el Cielo que tenemos que conquistar, son para nosotros unas grandes lecciones de penitencia; por medio de la penitencia hemos de procevar los juicios del Altísimo. Bruno habla, é inmediatamente persuade á los que le escuchan: sus mismas ideas se comunican al alma de Landuino, de Estéban, de Hugo, de Andrés y de Guerino; solamente dudan acerca del método de vida que ha de arreglar su penitencia, y del lugar que ha de servir de teatro á esta virtud: *Tomemos las alas de la paloma*, dice san Bruno; huyamos, volemós á la soledad, y el último de nuestros dias sea el que consume los últimos sacrificios de nuestro fervor.

Maestro y discípulos se hallan á un mismo tiempo inflamados con iguales deseos de huir al retiro. Parten, vuelan: el amor divino es su guía; ¡qué presagios tan felices! pero veamos hacia donde dirigen sus pasos. Al tiempo que Bruno se hallaba incierto y dudoso en la eleccion del retiro en que habia de fijar su mirada, llega á sus oídos la fama del Hugo, obispo de Grenoble; y él le enseña la carrera de penitencia que ha de emprender; él le manifiesta aquel asilo, á por mejor decir, aquel sepulcro que con tantas ansias desea.

El lugar que el Cielo os destina á ti y tus compañeros, le dice, es un lugar horrible, situado en las más altas montañas; allí hallareis un terreno vasto, pero inculto: hasta ahora nadie ha tenido el temerario deseo de habitarle; allí hallareis dos rocas inaccesibles, cuyas cimas parece que tocan al cielo, y están rodeadas de horribles precipicios: los fríos excesivos no permiten que los árboles produzcan flores ni frutos; las nieves de un año esperan sin deshacerse á las del año siguiente: desde las cimas de estas montañas se precipitan unos arroyos, que parece van á inundar toda la tierra; para vivir allí se necesita de una virtud más que humana; para poder subsistir es necesario que Dios haga un milagro: estos son los inconvenientes. Consultad ahora vuestro valor, preguntad á vuestros corazones. ¿Qué impresion os parece, católicos, que haría en Bruno y sus discípulos

una pintura tan repugnante, avivada con tan juiciosas reflexiones? Todavía estaba hablando el santo y prudente obispo, cuando Bruno tiene valor para interrumpirle, diciendo: El retrato, señor, que poneis á nuestra vista, con unos colores tan poco favorables, no es capaz de cambiar nuestro fervor, ántes bien ofrece á nuestros deseos todos los rigores á que aspiramos: el Dios que inspiró en nuestros corazones la vocación que os asombra, perfeccionará su obra; contribuid por vuestra parte, oh santo pontífice, á los designios del Cielo, que de este modo satisfareis á nuestras ansias. Un valor tan intrépido no puede ménos de triunfar de la desconfianza. Hugo cede; Hugo dice á nuestro Santo: Ya están cumplidos tus deseos; desde luego te concedo ese asilo que me pides. El santo prelado llena á Bruno de beneficios y le cede todos sus privilegios y derechos; le acompaña él mismo á aquel lugar de su descanso, ó por mejor decir, á aquel teatro de sus combates, que muy pronto lo será de sus victorias; á vista de la Iglesia, llena de edificación, se levanta la cuna de un Orden, que será para la misma Iglesia motivo de eterno consuelo.

Si paramos la consideración en la cuna de este Orden que Bruno acaba de fundar, veremos que es un fiel diseño de lo que ha de ser en la sucesion de los siglos. Miro con espanto, aunque al mismo tiempo con gusto, á estos nuevos habitantes del desierto: al considerar la palidez de sus rostros, parecen victimas de la muerte; al oírles darse el parabien de su suerte, parece que su vida es una vida llena de regalos y delicias; si reparamos en su santo recogimiento, nos parecerá que se hallan poseídos de la más oscura tristeza; si nos acercamos á preguntarles, nos responderán, que la serenidad que se advierte en su rostro es indicio de la paz que gozan sus almas; si se considera la sencillez de sus habitaciones, parece que están faltos de todo; pero, si atendemos á su desinterés y á sus deseos, veremos que son felices, porque poseen todo cuanto desean. ¡Mundo profano! tú viste á esos hombres y no pudiste ménos de admirarlos; admiraste el silencio de los discípulos de Bruno, el que jamás interrumpían, sino para cantar las divinas alabanzas; pero con una devoción y una pausa que infundía respeto, é inspiraba fervor; admiraste aquel perpetuo cilicio, y aquella abstinencia de ciertas viandas, que se proponen como obligacion indispensable los hijos de Bruno: abstinencia tan exacta, que no admite relajacion, ni por causa de enfermedad, ni por amenazar la muerte. Admiraste aquel desinterés incorruptible que tenían por una de sus principales obligaciones, desinterés tan noble, que señalaron por limite fijo de todas sus pretensiones el ámbito de sus muros; por más que los insten á

recibir ricos dones, no se rendirán al deseo de sus bienhechores. Si os parece, hermanos míos, que habeis perdido de vista á Bruno en la pintura que acabo de presentaros, os engañáis, porque en ella no he hecho más que proponeros el retrato de S. Bruno; en su ejemplo hallan sus discípulos los más poderosos motivos para su emulacion; aunque se halla constituido jefe y cabeza de su Orden, solamente se distingue de sus hijos por sus más continuas vigiliass y ásperas penitencias, pues sabia que como maestro de todos, debia servir á todos de modelo. El obispo de Grenoble, el piadoso Hugo, procura estudiar atentamente este ejemplar, y aún se atreve á entregarse á la santa ambicion de imitarle: el pontífice recile del nuevo legislador lecciones y consejos: santificado en el retiro de la Cartuja, parece más respetable á la vista de Grenoble, y su fama añade nuevo lustre á la fama de Bruno: esta fama pasará muy pronto á las montañas del Bellinado; y después de haber visto ejecutados sus proyectos de retiro y fundada su Orden, verá volar su gloria desde el seno del retiro por todo el mundo, de que huye.

Montes de la Cartuja, que desde el nacimiento de los siglos fuisteis inaccesibles á todos los hombres, sin duda os disteis el parabien, cuando Bruno fué á sepultar sus virtudes y su fama entre vuestras rocas y torrentes, y á mudar, por decirlo así, la naturaleza de vuestro sér: siendo vosotros los únicos testigos de las maravillas á que serviais de teatro, nunca creísteis que el mundo entero iria á buscaros para acompañaros en la admiracion. No envidiéis, pues, la inesperada suerte que le dispone el Cielo, porque su gloria será propia vuestra, pues servís de cuna á su nuevo Orden. La gloria de Bruno vuela desde el seno de su retiro hasta el trono de la Iglesia, á la que ha de servir de apoyo; penetra hasta las córtes de los príncipes, de quienes ha de merecer la confianza; y es la admiracion de todos los siglos, cuyos aplausos se granjea.

Bruno, tranquilo y feliz, juzga pasar los dias en la oscuridad, en medio de un pueblo santo, al que dirige con acierto por las sendas que guian á la eternidad. Mas, ¡oh! ¡por qué la gloria humana, que con tanta magnanimidad habia renunciado, vendrá á sacarle de su retiro, donde el principal de sus deseos era ser ignorado de los hombres, y conocido de solo Dios? Urbano II le convida á que le ayude á llevar el peso de la tiara: al principio le ruega, pero luego le manda. Este inopinado suceso llena de dolor á todo el desierto de la Cartuja: montañas, rocas y profundos valles, ¿cuántas veces resonasteis con las tristes quejas de unos amantes hijos, á quienes un precepto respetable privaba de su querido padre? ¿qué suspi-

ros no dirigen estos hijos al Cielo, pidiendo suspenda el golpe que les amenaza? Obedece, legislador santo, obedece el irrevocable precepto que te reitera la suprema Cabeza de la Iglesia. Bruno, obediente aunque tímido, parte de su desierto: ¡oh! y cuántas veces en aquella marcha tan violenta vuelve sus tristes ojos hacia su amada soledad! Finalmente, llega á Roma, y es recibido del soberano Pontífice con las mayores demostraciones de amor y de respeto; el Padre Santo, cuyo corazón se halla lleno de amargura, se queja á Bruno del peso que le oprime en el gobierno de la Iglesia universal: quisiera poder vencer la humildad de nuestro Santo para que admitiese el obispado, la púrpura y todas las dignidades del santuario: Bruno rehúsa todos los honores; no puede, empero, resistir á los vivos deseos de un Pontífice que se fia de sus talentos, que solicita sus consejos, y que mira como obligación de su ministerio el emplear su celo en los más arduos negocios de la Iglesia.

¿Qué importantes servicios no hizo al Pontífice nuestro Santo, en los diversos peligros de que se vieron amenazadas la fé y las costumbres? Su celo y su prudencia anuncian al mundo cristiano que es capaz de gobernarle; toda la Iglesia publica que el hombre escogido por el soberano Pontífice para ser su oráculo, es el más á propósito para sucederle.

Pero nuestro Santo no puede ya sufrir el ruido de Roma, y pide con repetidas instancias al Soberano Pontífice, que le restituya á su vocación. Son inútiles sus ruegos, porque todavía le espera una tentación más fuerte: determina el Pontífice colocarle en la silla metropolitana de Reggio; mas Bruno resiste á sus deseos. Oprimido con el peso de los honores que le presentan el mundo y la Iglesia, procura persuadir á todos, que es igualmente inútil para la Iglesia y para el mundo; repite sus instancias para que se le permita abandonar la corte; y por último, logra que sean oídos sus ruegos. Ya le parece estar libre de todos los peligros; mas se engaña, porque aunque vaya huyendo á los desiertos de Calabria, su gloria le acompañará á todas partes: la fama de su virtud volará desde el centro de su retiro hasta las cortes de los príncipes, y éstos manifestarán á Bruno la misma confianza que la Cabeza de la Iglesia. Hacia los desiertos de Calabria, en la diócesis de Squillacé, está situado el desierto de la Torre. En este nuevo retiro se puebla una segunda Cartuja por medio del cuidado y ejemplo de S. Bruno.

En este retiro de Calabria vivía Bruno, desconocido y muy contento con que el mundo no supiese de él; su única ocupación era cuidar de su alma y de la conducta de sus discípulos; admirando en

cada uno de ellos un milagro de penitencia. Pero Vos, oh Dios mío, no permitisteis que estos milagros de penitencia estuviesen mucho tiempo ocultos á un príncipe digno de vuestro amor; llevasteis á aquel retiro á Rogerio, conde de Calabria y Sicilia, príncipe igualmente valeroso que cristiano. Rogerio, guiado por la mano propicia del Señor, atraviesa los espesos bosques de sus estados, llega á la soledad de Bruno, y halla al padre y á los hijos entregados al ejercicio de una fervorosa oración. Admirado á vista de este espectáculo, les pregunta el estado que profesan, y el motivo de su retiro; quanto admira su curiosidad, respeta su reflexión: el respeto pasa muy pronto á confianza, y la confianza se convierte en amor. Leed, señores, la historia, y vereis con qué fé funda Rogerio todas sus esperanzas en las oraciones de Bruno, y con qué seguridad le encarga la paz de sus Estados: deposita en el seno de Bruno los secretos de su conciencia; le llama á su corte, es el Jonathás á quien ama, el Nathan que consulta, el Esdras á quien respeta, y el Eliseo cuya protección implora: el mismo príncipe se confiesa deudor á Bruno de sus victorias y de su vida.

Gobierna nuestro Santo á sus discípulos de Calabria con la prudencia de legislador y con el amor de padre; pero aun qué estado se hallarían sus discípulos de la Cartuja, que no podían aprovecharse igualmente de sus ejemplos? Para consolarse en algun modo de la pena que les ocasionaba su ausencia, piden al que entre ellos ocupaba su lugar, que vaya á consultarle; Landino no se acobarda con la distancia; el celo le dá fuerzas; llega alonde está Bruno, le admira, le estudia, y se aprovecha de la visita; vuelve á la Cartuja, y refiere los milagros que ha visto en Calabria. Mas ¡ah! este varón venerable se halla bajo el poder del cismático Guiberto; intenta reducirle á la obediencia y unidad de la Iglesia, pero en vano; y solamente alcanza en recompensa de su celo, el perder la libertad, la que no recobra, sino para entregar inmediatamente á su Dios aquella grande alma que se había sacrificado por su gloria: ¡oh Bruno! qué consuelo sería para vos, cuando supisteis que el segundo general de vuestro Orden había sido el primer mártir de ella! Pero si hubierais leído en el libro de los futuros destinos, hubierais visto tambien que todos vuestros hijos, aunque no sean mártires en la realidad, á lo ménos lo son en el afecto. Todavía vive Bruno en aquella solemne profesión de la fé, eterno monumento que publica sus últimas expresiones. Yo creo, dice, todo quanto enseña el Evangelio, y cree nuestra madre la Iglesia. Bruno muere; mas no, todavía vive Bruno en los públicos testimonios que al tiempo de su muerte dán á sus virtudes

y á su ciencia todas las iglesias de Italia, Francia y Alemania: vive en sus milagros, en su culto y en las preciosas reliquias de su mortalidad.

Me parece, hermanos míos, que tuve razon para decir en el principio de mi discurso, que la gloria de Bruno le sobreviviría, y duraría tanto como los siglos: Bruno estudió al mundo para despreciarle; y el mundo reflexiona en el mérito de Bruno para respetarle: Bruno huye del mundo para santificarse en el retiro; y el mundo busca á Bruno en su retiro para consultarle: Bruno juzga haberse ocultado para el mundo: entre las montañas de la Cartuja, y desde estas mismas montañas se aparece su gloria con la de su Orden de ciudad en ciudad, de reino en reino, y de siglo en siglo.

Santo glorioso, defendad vuestro Orden tan amado de la Iglesia. Alcanzadle la gracia de continuar siendo penitente, solitario, contemplativo, y obra digna de vuestro espíritu; haced que permanezca siempre fiel á la fé con su sumision, que sea útil á la sociedad con sus oraciones, y que con sus individuos pueble de ciudadanos el Cielo.

PANEGÍRICO
DE SAN BUENAVENTURA.

Escrita, et lauda habitatio Sion, quia magnus in medio tui Sacerdos.

Salta de gozo y entona himnos de alabanza, casa de Sion, pues que se muestra grande en medio de ti el Santo de Israel.

(ISAÍAS, xli, 6.)

Si ántes de tomar la pluma para trazar el elogio del seráfico Doctor San Buenaventura, que tengo la no merecida honra de pronunciar en vuestra presencia, hubiera consultado á la orgullosa raza de los osados y atrevidos sofistas, que con tanto calor han tomado á su cargo dar la ley á los hombres, y erigirse en árbitros de sus opiniones, me habrían reputado como un miserable iluso, como un entusiasta preocupado y trastornado con las ideas y nociones rancias del siglo xiii, que emplea inútilmente el tiempo en renovar la memoria de un hombre más digno de la indignacion de los sabios que de sus elogios, por haberse declarado mientras vivió contra los grandes géneos de su tiempo, y dirigido su pluma á sofocar las ideas luminosas que procurrán difundir entre los hombres para hacer la felicidad del género humano. Decision digna por cierto de unos seres obstinados en el error y en la mentira, que jamás podrán sufrir ni mirar con fría indiferencia vemos ocupados en formar el cuadro luminoso y brillante de la santidad y doctrina de un héroe, que, sobre haber humillado y confundido, seiscientos años hace, á sus mayores, nos dejó en sus apreciables escritos un arsenal bien provisto de armas, tantas cuantas pudiéramos necesitar en lo sucesivo para pelear contra ellos victoriosamente, para defender la causa de Dios y de su Cristo, para descubrir en su asquerosa filosofia los delirios

que inventáran con el perverso designio de derrocar al hombre del alto grado de honor y de gloria á que quiso elevarle su soberano Hacedor, y áun para destruir, si pudieran, la sabiduría y el poder de Dios con la misma facilidad con que niegan su existencia. Pero en vano; Dios, á quien osadamente persiguen y sacrilegamente insultan, será, mal que les pese, su Dios, como lo es de nosotros; y el hombre grande de su diestra, Buenaventura, cuya memoria ellos detestaban, y nosotros solemnizamos en este día, será hasta el fin de los tiempos digna de los elogios de la Iglesia.

¿Qué importa, pues, que aquellos furibundos séres, tan enemigos de Dios y de sus siervos como sus padres infernales, repitan contra san Buenaventura la fastidiosa cantinela con que acostumbran zaherir á los grandes sostenes de la Iglesia, y á mí me reputen como un miserable iluso, sin criterio y sin noción alguna de aquella orgullosa y vana filosofía que tanto aprecian ellos, y que no detestaba ménos el Apóstol de las gentes. Siempre será cierto, que el hombre extraordinario cuya memoria les es tan amarga, los confundió y humilló con sus luminosos escritos, ántes que, por desgracia de la humanidad, vieran la luz del mundo; y que yo me encuentro autorizado con los competentes títulos para hablar del seráfico Doctor San Buenaventura, como uno de aquellos hombres grandes á todas luces, que el Autor y Consumador de nuestra fé suscita en su Iglesia para ilustrarla con sus méritos y doctrinas, para consolarla en sus aflicciones y trabajos, para que en las tormentas y borrascas que el Infierno mueve contra ella sean su apoyo y su defensa, y para que con sus virtudes y escritos formen un muro de bronce donde vengan á estrellarse y hacerse pedazos los proyectos y planes que la inmunda bestia del abismo inventa inútilmente para destruir su majestuoso edificio.

No es ménos brillante la grande idea que en este día debemos formar de nuestro seráfico Doctor San Buenaventura. Idea tanto más justa y arreglada á los elementos de la sana crítica, cuanto demostrada y sostenida por muchos sábios antiguos y modernos, que, después de haber estudiado la vida de Buenaventura, y reflexionado detenidamente sobre sus méritos, sus virtudes, sus escritos, sus obras, y sobre los muchos y distinguidos servicios que hizo á la religión Seráfica y á la Santa Iglesia, le admiraron como el gran prodigio de su siglo, como el principal ornamento de la familia de los Menores, como el Salmista de la ley de gracia, como el apoyo de la Silla Apostólica, y el oráculo de los Concilios; y transmitieron su memoria á las generaciones futuras, como la de un hombre extraor-

dinario, formado por el dedo de Dios, para que, cual astró brillante y resplandeciente, disipase las oscuras sombras del error, que cubrían la Iglesia del Oriente, y la impedian ver algunos artículos fundamentales de nuestra fé y de nuestra creencia; ó como la de un ministro de la voluntad del Eterno, encargado de destruir el cisma de la rebelde Samaria, reducir al gremio de la santa Sion las tribus errantes y extraviadas, reunir las todas al seno de la Iglesia Madre, y formar de todas una sola grey, un solo rebaño, bajo la obediencia de un solo pastor, según la expresa voluntad de su Fundador divino como la de...

Basta, católicos. No nos cansemos en desenvolver los santos libros con el fin de buscar en ellos máximas y sentencias con que formar el elogio de Buenaventura. Sixto IV nos dispensará ya de este trabajo, y solo nos tomáremos el muy preciso para ampliar el que nos dejó trazado en la Bula de su canonización con estas palabras: *Salta de gozo, entona himnos de alabanza, casa de Sion, pues que se muestra grande en medio de ti el Santo de Israel.*

En efecto, Buenaventura fué grande en medio de la religión Seráfica, porque, sobre ser su honor y su gloria por su santidad y doctrina, renovó la hermosura y belleza de sus primeros días, y la reposo en aquel estado brillante que en vida de su Santo fundador la habia conllado el respeto y la veneracion de las tiaras y de los tronos. Primera parte. Buenaventura fue grande en medio de la Iglesia, porque, sobre ser uno de sus principales ornamentos por sus escritos y por sus virtudes, debió á su ciencia, prudencia y celo el fin de la larga torfandad que la afigia, y la reunion á su seno de los hijos extraviados por el cisma y el error. Segunda parte. En una y otra haremos por reunir los rasgos más preciosos y los sucesos más importantes de la vida de nuestro héroe, que nos recordarán los fundamentos sólidos que tuvo Sixto IV para aplicar á San Buenaventura las citadas palabras de Isaías. *A. M.*

Un justo formado por el dedo de Dios, y destinado por su admirable providencia para ser grande en medio de la religion de San Francisco y de la Iglesia, exigió que el Dios grande le dispusiese y preparase con las gracias y dones que dispensa á sus escogidos, para asegurar el éxito feliz de las empresas que les confia. Hizolo así, en efecto, con nuestro héroe, con tanta profusion, tanto en el órden de la naturaleza como en el de la gracia, que áun en los primeros años de Juan Fianza (que este fué el primer nombre de San Buenaventura) se trasladieron más que las suficientes para conocer le ha-

ha cabido en suerte una de aquellas almas que tanto elogia el libro de la Sabiduría (1), ó que el Dios de Jacob había concedido á la Orden Minorítica un nuevo Onías, que fuese su libertador.

Solo la sanada muerte parecia mal hallada con tantas gracias y dones como embellecian y hermosecaban al hijo de Bitela, y parecia ocupada en disponer su mortal guadaña para segar con ella el tierno cuello de un niño tan favorecido, y cortar esta flor naciente, que con la fragancia de su santidad y el buen olor de su doctrina habia de ser un dia el honor de la familia de Francisco de Asís, y la gloria de la Iglesia. ¿Y cómo no la hubiera conseguido si el Patriarca de los pobres no la hubiera salido al encuentro, y contenido su golpe fatal con las oraciones y súplicas que dirigiera al Cielo? Pero, ora el taumaturgo del siglo XIII; levanta sus manos al Cielo; suplica al Dios de la vida y de la muerte; deja la presa este formidable enemigo del género humano; recobra repentinamente la salud el niño moribundo y agonizante; é ilustrado su santo bienhechor con el doble espíritu de los profetas que en el resaca, exclamó con un entusiasmo verdaderamente divino: «¡Oh Buenaventura! Tú serás grande en mi religión y en la Iglesia!»

Buenaventura fué inocente en la cuna, santo en la infancia, justo en la juventud, virtuoso siempre, y siempre admirable en su piedad y doctrina, interin permaneció en medio de la Babilonia del gran mundo; pero todavia mucho más admirable despues que vistió el hábito de los Menores.

Al mismo tiempo que descollaba extraordinariamente sobre sus compañeros, reunia, á un genial dulce y afable, á una imaginacion viva, á un espíritu penetrante, á una memoria prodigiosa, á un entendimiento despejado, á una produccion feliz, á una presencia noble y á una fisonomía angelical, la humildad, la pobreza, la penitencia, la oracion, las virtudes todas que habia admirado el mundo en su santo Patriarca, de quien parecia una copia perfecta.

De ahí provenian las distinguidas consideraciones que le dispensaban, tanto los propios como los extraños; de ahí el que unos y otros le venerasen y respetasen como al hombre dulce, pacífico, comedido, prudente, sobrio y humilde; de ahí el que le admirasen como un justo querido de Dios, amado de los hombres, á todos grato, á ninguno molesto ni enfadoso; de ahí el que le conceptuasen como un hombre, que más bien parecia un ángel en carne humana que un

(1) PUEB AUTEM ERAM INGENUOS, ET SORTITUS SUM ANIMAM BENAM (SAP. CAPIT. VIII, VERS 19.)

mortal sujeto á las dolencias y enfermedades de los miserables humanos, ó como un amigo predilecto de Dios, que parecia no haber zozobrado ni perecido en las aguas mortíferas del comun naufragio de la culpa. Así solia explicarse su maestro Alejandro de Alés, cuando contemplaba su inocencia angelical y demás circunstancias que le adornaban, y que insensiblemente le conducian á ser su sucesor en la cátedra y en el magisterio.

En efecto: virtudes tantas y tan sublimes, erudicion tan completa, le allanaron el camino para preferirle á tantos otros virtuosos sábios como en aquella época hacian honor á la religión Seráfica, para que llenase el gran vacio que habia dejado en ella y en la Universidad de París el mismo Alejandro de Alés. Quizá no fallaria en aquel entónces quien mirase con admiracion y sorpresa el alto y distinguido honor que se dispensaba á Buenaventura, que solo contaba veinte y nueve años de edad. Pero estos escrupulos, ó sean observaciones, que no deben despreciarse en casos y tiempos regulares, se disipan y desaparecen de nuestra vista al acordarnos de que el dedo de Dios, ni está ligado á los años, ni á los planes de la prudencia humana; que sus designios sobre sus escogidos, ni su cumplimiento, depende del cálculo de los hombres; que el soberano Autor y Dispensador de las verdaderas luces, pudo y quiso infundir á Buenaventura la virtud, la ciencia y el saber que no habria podido adquirir en un centenar de años, para que pudiese desempeñar, con general aplauso de los suyos y de los extraños, la cátedra y el magisterio que unos y otros le confiaron.

Verdad es, que ni en los comentarios de Buenaventura, ni en las doctrinas con que decoraba sus sentencias, se trasluce aquella vana elocuencia sembrada de inútiles florillas, de palabras insignificantes y de expresiones estudiadas, que solo pueden servir para formar una erudicion pueril, y que, no obstante, es tan estimada en nuestros dias de los maestros de perspectiva, y de aquellos pretendidos sábios, que sin haber leído ni manejado otros libros que los anatematizados por la Iglesia, hablan, arguyen, disputan cual si fuesen hombres consumados en todas las ciencias. Pero no es ménos cierto, que en los escritos del nuevo catedrático se descubria aquella elocuencia sólida y majestuosa, que consiste en la gravedad de las sentencias, en el lenguaje noble de la virtud, en la posesion de la verdadera filosofía, en la expresion sublime que sostenia Buenaventura con la profundidad de los Jerónimos, con la solidez de los Agustinos, con la claridad de los Crisóstomos, con la hermosa diction de los Crisólogos, con las dulzuras de los Bernardos, con la mocion

eficaz de los demás Padres y Doctores de la Iglesia, cuyo espíritu, devoción y piedad había bebido en abundancia.

La religión Seráfica, que con tanta gloria suya observaba los rayos de santidad y doctrina que difundía por todas partes laantorcha ardiente que había encendido en su claustro, y los resplandores que en todas direcciones esparcía el astro luminoso que había salido de él para hacer la felicidad de tantos mortales, deseaba disfrutar más de cerca de todo el lleno de las luces de un hijo tan eminente y distinguido.

Circunstancias acaso imprevisas en el cálculo de los hombres, pero previstas muy de antemano en los consejos de Dios, condujeron á Buenaventura á dar las pruebas más sensibles de que, en efecto, estaba destinado por Dios para ser grande en medio de su religión. Hallábase ésta reunida en Roma en Capitulo general, bajo la presidencia de Alejandro IV, y buscaba entre sus hijos el que fuese capaz de restablecer su gloria y esplendor, empañados algun tanto por algunos de sus profesores, y conciliar los ánimos de otros que con buena intención, y quizá sin pretenderlo, fomentaban la división y discordia. El beato Juan de Parma, Ministro general en aquel tiempo, se consideraba sin fuerzas para tamaña empresa. No es extraño, pues, que se resistiese, Ejon que con humildad, á las repetidas instancias que le hacían el Papa y los Cardenales para que continuase en el gobierno de la Orden. Y cuando los vocales dejaron á su arbitrio la designación del candidato que debía ser su sucesor, no se detuvo ni un solo momento en presentar á Buenaventura como el más digno y el más á propósito para gobernar la Orden. Los vocales todos aplaudieron el pensamiento; y unánimes y conformes, le eligieron en presidente supremo de toda la familia Seráfica.

No se engañaron los electores. Desde los primeros pasos que dió el nuevo General en el gobierno de la Orden, pudieron conocer que Dios les había dado en él un pastor formado á medida de su corazón, para que los dirigiese y gobernase en virtud, ciencia y doctrina.

Fornó sábias constituciones y prudentes estatutos para atender á las necesidades de la Orden, y con celo y firmeza las hizo observar. A sus esfuerzos debió la Orden volver á ocupar el distinguido lugar á que le había elevado su santo Fundador, y el que viese renovada en toda su belleza y hermosura la disciplina regular, la observancia de la santa regla, la aplicación al estudio, el recogimiento, las virtudes todas que había visto el mundo poco tiempo ántes en cada uno de los hijos de Francisco de Asís. Hasta la liturgia excitó el celo

del siempre grande Buenaventura, que si con una mano sostenía la casa del Patriarca de los pobres, con la otra reformaba y metodizaba los medios decorosos de dar culto á Dios, á su digna Madre, y á los Santos, formando oficios, instituyendo festividades, disponiendo rúbricas, que despues admitió y sancionó la Iglesia para la mejor dirección y gobierno de sus sacerdotes y levitas, con el mismo objeto. Me haria interminable, si hubiese de reproducir cuanto hizo Buenaventura en todo el tiempo de su dilatado gobierno, para hacer que sus súbditos marchasen religiosamente por las sendas de su santo Padre, sin descansar hasta conseguir que, penetrados todos de unas mismas ideas y sentimientos, y uniformados hasta en el pobre y humilde hábito que vestían, exhalasen en los pueblos y naciones que ocupaban la fragancia y el buen olor de las virtudes que habían admirado en sus profesores primeros.

No lo extrañemos; porque ¿qué otros podían ser los resultados felices del celo activo de un General, que, sobre predicar más con el ejemplo que escribía con la pluma, razonaba con dulzura admirable, con afabilidad encantadora, con caridad celestial y divina, la energía y fuerza que brillaba en sus exhortos? Diríase, al contemplar la marcha de Buenaventura con sus súbditos, que se conducía con ellos con el delicado temple de que se vale la gracia para conquistar el corazón del hombre, *suaviter et fortiter*, y conseguir sobre él sus amorosos designios; y pudiera decirse además, que se presentaba á la vista de sus hermanos como un libro vivo, donde podían ver estampado y leer cuanto les ordenaba y preceptuaba, sin dejarles recurso alguno para eludir sus sábias providencias. ¡Tan poderoso es el ejemplo de los superiores, para animar á los súbditos al cumplimiento de las instrucciones que se les comunican! Él es un lenguaje mudo, vivo, fuerte y eficaz, más elocuente que todos los discursos humanos, cuya impresión á las veces es aérea, y sin más duración que la que suele sentirse á las veces es aérea, y sin más exhortos de los que gobiernan. Verdad importante, que nos predica altamente, que el medio eficaz de obligar á los súbditos de todas clases, y bajo cualquiera concepto que lo sean, al desempeño de sus deberes, es el que observaba Buenaventura con los suyos, ofreciéndoles en su conducta el hermoso cuadro de la santidad y virtud.

Ésta era la ocasión crítica de hablar de las virtudes eminentemente heroicas de Buenaventura. Pero ¿seré yo tan atrevido, que intente introducirme en el santuario de su alma, para observar los medios que le inspiró el Cielo para adquirirlas, para perfeccionarlas, para elevarlas al heroismo que os es notorio? ¿No sería esto exponerme á

profanar los dones de Dios, y manchar con sombras y borrones el limpiísimo lienzo que ofrecen á nuestra vista? Porque ¿cómo hablar dignamente de aquella humildad profunda que le mereció ser comulgado por un ángel, que no empañó jamás con el lunar más pequeño, ni entre las infusas de la suprema presidencia de la Orden, ni entre el brillo de la púrpura, ni en medio de la dignidad sublime del obispado? ¿Cómo discurrir con acierto de aquella caridad inflamada con el fuego del Espíritu Santo; con la que, haciéndose, como otro apóstol, un todo para todos, sostenía á los débiles, consolaba á los afligidos, servía á los enfermos, acariciaba á los ancianos; de aquella oración continua, de aquella no interrumpida meditación de la Pasión y muerte del Hombre-Dios; de aquella devoción fervorosa con su digna y santísima Madre, nada inferior á la de los Ildefonsos, Anselmos y Bernardos; de aquel celo que lo consumía y devoraba por la mayor honra y gloria de Dios y salvación de las almas, en cuyo obsequio escribió multitud de opúsculos, para inspirar á los fieles los medios de santificarse y adorar á Dios en espíritu y en verdad? ¿Cómo poder explicarme con elocuencia sobre su amor al Señor, sobre aquel amor tan fino, tan vehemente, tan impetuoso, de que eran pruebas sensibles sus lágrimas, sus suspiros, sus éxtasis y arrobamientos; sobre aquel amor tan sin tasa y sin medida, que parecía haber conseguido consumir en la sagrada hoguera que le alimentaba los malos resabios que son consiguientes á nuestro miserable ser; para prepararse y disponer á aquel grande y estupendo favor que le dispensó el Dios de las misericordias en su última enfermedad, para consolar á su fiel siervo, para...? Mas ¿qué hago yo? Me detengo demasiado: el tiempo corre con velocidad, y aún soy deudor de la mitad de lo que prometí; preciso es, pues, aprovechar los momentos que me permita, para cumplirlo. Y ya que nos hemos insinuado lo suficiente par probar que el seráfico Doctor San Buenaventura fué grande en medio de la religión Seráfica, pasemos á presentarle bajo un aspecto todavía más brillante, que nos patentice que fué también grande en medio de la Iglesia.

La prudencia, el celo y el acierto con que San Buenaventura gobernaba la Orden diez y ocho años hacia, la fama de su santidad y el ruido de sus virtudes eran ya notorias, y se habían generalizado demasiado en Francia y en Italia para no llamar la atención de los Santos Pontífices, y reclamar los grandes servicios, que en obsequio de la Iglesia podían prometerse de un hombre, en quien parecían descansar los principales dones del Espíritu Santo. Por otra parte, sus obras, sus escritos, sus opúsculos, se leían con suma uti-

lidad y aprovechamiento, y le conciliaron entre los verdaderos sabios la opinión que se merecía una doctrina, que, al mismo tiempo que ilustraba el entendimiento, encendía el corazón é inflamaba la voluntad.

Porque este era puntualmente, y es el carácter peculiar de las obras de Buenaventura. Ni podía ser otro ménos noble ni de ménos virtud y eficacia para mover, bien considerada la principal academia donde estudiaba la doctrina que en ellos estampara. No negaremos que cultivó sus grandes talentos en la Universidad de París; pero diremos al mismo tiempo, sin herir los sagrados derechos de la verdad, que hacia su principal estudio en la escuela de los Santos, que habia aprendido á la sombra del árbol de la Cruz aquella ciencia sublime, que jamás hará la herencia ni el patrimonio de los sabios según la carne; que las llagas sacratísimas del Hombre-Dios eran las fuentes divinas, vivas y perennes donde bebía aquella celestial doctrina que tanto llamó la atención de Santo Tomás de Aquino. Admirado el Ángel de las Escuelas de la piedad, solidez, unción y fuego divino que advertía en las obras de su condiscípulo Buenaventura, le dijo un día: «En qué libros estudias, mi querido amigo, la doctrina que enseñas á tus alumnos y viertes en tus escritos?» Bien cierto del honor y la gloria que resultaría al mismo Dios de manifestar á su virtuoso compañero el divino libro donde bebía la solidez, la piedad y la unción extraordinaria que tanto le sorprendía, le descubrió la imagen de Jesucristo crucificado, y le dijo: «He aquí el gran libro donde hago mi principal estudio, y donde aprendo lo que enseño y lo que escribo.» Respuesta digna de un serafín en carne.

Cerrónado Clemente IV de la prudencia y del don de gobierno que en los negocios áridos de su Orden habia desplegado Buenaventura, y persuadido además de que reunia todas las notas y caracteres que deseaba el Doctor de las naciones en un Obispo, le preconizó para la Iglesia Eboracense, que en aquel siglo era una de las primeras sillas del Orbe católico en honor, en dignidad, y en renta. (Y qué impresión os parece que haría en Buenaventura el nombramiento de esta dignidad tan sublime, como propia para llamar la atención y llenar los deseos del hombre, que no mirase con frialdad é indiferencia figurar en el teatro del gran mundo, y hacer un papel brillante entre los príncipes de la Iglesia? Sus lágrimas y suspiros son la prueba más sensible del destrozo que hizo en su corazón; las humildes y repetidas súplicas con que instó al supremo Pastor de la Iglesia para que le exonerase de una dignidad cuyas sagradas funciones le consagraban, nos descubren lo que pasaba en su interior; y la satisfac-

ción y contento que manifestó cuando, movido el Papa de sus súplicas y suspiros dirigió á sus deseos, nada nos dejan que desear en la materia.

Pero ¿disfrutará Buenaventura por mucho tiempo del fruto de esta gran victoria que acaba de conseguir sobre sí mismo? Ilustrado con el doble espíritu de los profetas el llagado Serafín, al anunciar á aquél que sería grande en su Orden, añadió lo sería también en la Iglesia. ¿Y en qué ocasión más oportuna podía principiar á dar pruebas sensibles, de que su santo Padre había leído en el libro eterno de los destinos de los hijos de los hombres, los distinguidos é importantes servicios que debía prestar á la Esposa del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, que cuando ésta se encontraba afligida con la horfandad de cerca de tres años, y con pocas esperanzas de desnudarse de los vestidos de su viudedad, de adornarse con los de su nuevo desposorio, de su alegría y de su gloria? En efecto: parece estaba reservado á Buenaventura el enjuagar las lágrimas á la Iglesia afligida. Los Cardenales, que no habían acertado á proporcionarla este consuelo, se convinieron ahora, movidos acaso de superior impulso, en que eligieran por Pastor supremo de la Iglesia al que les propusiese Buenaventura como más digno de ocupar la Silla de San Pedro, aún cuando se eligiese á sí mismo. Bien quisiera el santo General de los menores desentenderse de honor tan distinguido como propio para comprometer su humildad y fomentar el amor de sí mismo. Pero los intereses de la Iglesia tuvieron por esta vez sobre su corazón más ascendente que los triunfos de aquella virtud que tanto apreciaba; y cual si fuese otro Samuel, les manifestó, que el escogido por Dios para ser ungido por Príncipe de su pueblo era el arcediano Teobaldo, vizconde Placentino, que en seguida quedó electo y reconocido por Sumo Pontífice con general aplauso y consentimiento de todos, aunque no era del cuerpo de los Cardenales, ni se hallaba en el lugar de la elección.

A este suceso tan ruidoso, y que, en mi concepto, es uno de los que hacen más honor á Buenaventura, se siguieron otros no menos gloriosos, que insensiblemente iban demostrando que, en efecto, Dios le había escogido para que fuese grande en su Iglesia. Porque el nuevo Pontífice Gregorio X, ineludible á las súplicas, lágrimas y suspiros del hombre extraordinario, que tanta parte había tenido en su elevación al trono pontificio, le creó Cardenal y Obispo de Albano, para que, adornado con la púrpura y la mitra, pudiese desempeñar con autoridad y decoro las comisiones importantísimas que tenía premeditado confiarle en el Concilio general que había congregado

en Leon de Francia. Hizo, en efecto, su apertura el nuevo Cardenal Obispo; pero ¿con qué admiración y sorpresa de cuantos componían aquel majestuoso Senado? Ni coge en el tiempo, ni en la lengua, ni yo me encuentro con las tintas que serían necesarias para hacer la descripción de un cuadro tan interesante. Solo puedo decirlos, que al desplegar sus libros Buenaventura callaron en su presencia las dos Iglesias; que le escucharon con la mayor atención los Padres del Oriente y del Occidente; que desde aquel momento se adquirió sobre ellos una superioridad extraordinaria; que si unos le admiraron como el órgano del Dios de la paz, destinado á restablecerla entre griegos y latinos, otros le miraron como el ángel del Eterno, comisionado para reunir bajo una misma fé y una misma creencia al Oriente con el Occidente.

¿Qué campo tan vasto se me presenta ahora á la vista para extenderme en los elogios y alabanzas de Buenaventura! ¿Qué momentos tan oportunos para reproducir la nube de argumentos luminosos con que confirmó, que estaba destinado desde los años eternos para ser grande en medio de la Iglesia! ¡Ah! Si me fuera permitido desenvolver este suceso, verías al Sammel de la ley de gracia puesto á la frente de las dos Iglesias, anunciándoles las verdades y voluntades del Dios de Israel, desplegando al efecto su inteligencia profunda en las Sagradas Escrituras, su vasta erudición en los Santos Padres, sus grandes conocimientos en la historia, su lectura inmensa en los escritos antiguos; ó más bien observarías, que, rompiendo con dulce violencia el dique que contenía el océano de aguas vivas que había bebido sin tasa ni medida en las fuentes inagotables del Hombre-Dios crucificado, las dejó correr á manera de un torrente impetuoso; porque, en efecto, halló en esta ocasión, y en los discursos que precedieron á las primeras sesiones, con el celo, claridad y energía que pudieran haberlo hecho los Pablos, los Ciprianos, los Jerónimos y los Agustinos.

Así era, que no se desharían las nieves y escarchas con el calor de los rayos del sol, ni se disiparían las sombras de la oscura noche con las luces de la bella aurora, con tanta facilidad como desaparecían los argumentos de los griegos á vista de la solidez y el acierto con que Buenaventura desenvolvía, ilustraba y patentizaba el verdadero sentido de la Escritura, de la tradición, de los Padres y autores antiguos, y de cuantos documentos eran del caso, para convencer á los disidentes de la mala causa que habían sostenido, y de la nulidad de los títulos con que habían procurado justificar su separación de la Iglesia madre y maestra de todas las iglesias, que es la de Roma.

Su doctrina celestial y divina, aquella misma doctrina, que con tanto honor y gloria de Buena Ventura fué adoptada en el Concilio general de Florencia para los mismos fines y efectos que consiguiera ahora en el de Leon de Francia, disipó las sombras y tinieblas que impedían á los griegos ver la verdad católica, y los ilustró sobre la voluntad expresa del Salvador en el establecimiento y gobierno de su Iglesia, hasta el punto de obligarles á dejar las armas de la mano y entonar, mezclados y confundidos con los latinos, el artículo fundamental de la suspirada unión, *qui a Patre Filioque procedit*, viniéndose así á cumplir la predicción que el Cardenal Obispo albanense había hecho en su primera allocucion á los Padres del Concilio, de que los hijos de las Iglesias del Oriente y del Occidente se reunirían para formar una sola familia, un solo rebaño, bajo la autoridad y obediencia de un solo Pastor y Padre.

No fué ménos feliz Buena Ventura en muchas otras comisiones de la mayor importancia. En todas ellas se dejó ver como un sol brillante y resplandeciente entre las estrellas más luminosas; como un... Pero ¿qué huracán tan violento viene á arrancar este encumbrado centro, que con su sombra y frondosidad ponía á la Iglesia á cubierto de los golpes de sus enemigos? ¿Qué viento tan fuerte viene á apagar esta antorcha luminosa, que con tanta utilidad como acierto difundía sus luces sobre los Padres de las dos Iglesias reunidas en Leon? ¿Qué géneo tan nocivo y perjudicial es el que se complace en convertir en aflicción y amargura el júbilo y la alegría de los príncipes unidos que componían aquel majestuoso Senado? El enemigo del género humano, que, por el atentado criminal del primer hombre, fijó su trono en el mundo, le conserva y perpetuará hasta el fin de los tiempos, la sanada muerte, que, acometiendo con igual ímpetu á los Césares y á los Reyes que á los humildes y desvalidos, se sienta orgullosa sobre los escombros y ruinas de las tiras y de los tronos; la muerte, digo, detenida en otro tiempo en su rápida marcha por Francisco de Asís, y desarmada de su fatal ganadña para que no cortase el tierno cuello de Buena Ventura, atenta ahora con más fuerza y mejor éxito contra su preciosa vida, y sin consideración alguna á sus distinguidos méritos é importantes servicios, descarga sobre él su golpe fatal, le sacrifica á su furor, y con la inmolacion de una víctima tan ilustre viene á privar á la púrpura, al obispado, á la Iglesia y á la familia de los Menores del hombre grande que Dios la había concedido y colocado en ella, para que, con la fragancia de su santidad, con el olor de sus virtudes, y con el resplandor de su doctrina, fuese el asombro de su siglo, la gloria de la religion Seráfica,

el consolador de la Iglesia, el pacificador de sus hijos del Oriente con el Occidente, la admiracion del mundo católico y el hombre extraordinario á todas luces, clasificado por lo más sagrado y respetable del Altar y del Trono como uno de los hombres más grandes, más sábios y más santos que había conocido la Iglesia, y contribuido más á su esplendor y á su gloria.

Si en medio de una pérdida tan irreparable nos pudieran servir de algun consuelo las públicas demostraciones de sentimiento y dolor que dieron personas de todas clases y estados en la muerte del Cardenal Obispo albanense, le tendríamos muy cumplido. Todos los Padres del Concilio ofrecieron á la expectacion pública las pruebas más sensibles de su afliccion, y sobre todos el Sumo Pontífice, que á presencia de todos exclamó y dijo, que griegos y latinos, obispos y cardenales, sacerdotes y levitas, legos del más alto rango y clase distinguida que se encontraban en Leon, se conternaron con la muerte de Buena Ventura, intimamente persuadidos, de que su pérdida era tanto más sensible, cuanto difícil encontrar quien llenase el gran vacío que dejaba en su Orden, en el Concilio, en la Iglesia y en todo el Orbe católico.

Consiguiente á estas públicas demostraciones de sentimiento, que las personas de todas clases y jerarquías manifestaron en la muerte de Buena Ventura, fue la grandeza de su funeral, tan respetable y majestuoso, que aún cuando se desensuelvan los anales de la antigüedad, y se registre la historia de los pueblos y naciones del mundo, acaso no se encontrará otro igual ni semejante, por haber sido autorizado por la presencia del Soberano Pontífice, de los Cardenales, de los Obispos de las dos Iglesias, y de muchos otros ilustres personajes que asistían al Concilio, y se reunieron en la Iglesia de San Francisco de Leon, para ofrecer el justo tributo de gratitud y reconocimiento al mérito, á la virtud, á la santidad, á la doctrina y al saber de San Buena Ventura, y á los muchos y distinguidos servicios que había hecho á su religion y á la Iglesia, que acreditarán siempre los títulos justificados que nos autorizaron para decir al principio del discurso, fundados en la autoridad de Sixto IV, que el Dios de los dioses tenia destinado desde los años eternos á Buena Ventura para que fuese un gran Santo en medio de su religion y de la Iglesia: *Magnus in medio tui Sanctus.*

Justo es ahora que tomemos nosotros alguna parte en tantos honores y distinciones como dispensaron al seráfico doctor San Buena Ventura gentes de toda dignidad, de toda clase, de todo estado y condicion; y que haciendo la debida justicia á su virtud sublime, á

su santidad heroica y á su saber, adquirido á los piés del Hombre-Dios crucificado, publiquemos, para mayor honra y gloria de Dios y honor de nuestro Santo, que tantos suspiros y tantas lágrimas vertidas en su muerte, predicarán á la posteridad más remota y recordarán á las generaciones futuras, que perdió en él la religion Seráfica un sucesor digno de su santo fundador, un heredero de su espíritu, un vivo ejemplar de sus virtudes, un apologista de su apostólica regla, un padre, un pastor formado á medida del corazón de Dios, para dirigir á sus hermanos por la sendas rectas de la disciplina regular y observancia religiosa: la Iglesia perdió en la muerte de San Buenaventura al hombre grande que suscitara en ella su divino Fundador, para que con sus discípulos, sus obras, sus escritos, su santidad y sus virtudes formase un muro de bronce, donde viniesen á estrellarse y hacerse pedazos los planes y máquinas de sus enemigos, para que la consolase y enjugase las lágrimas que la hacia verter su prolongada horfandad, para que brillase en ella y resplandeciese, cual astro luminoso, y disipase con sus luces las oscuras sombras del error y del cisma, que tenia separados á sus hijos de su seno maternal, y los sometiese á su comunión y obediencia: *Magnus in medio tui Saeculus*. Digamos de una vez y concluyamos confesando francamente, que la muerte de Buenaventura privó á la religion Seráfica, á la Iglesia y al mundo todo del hombre singular, grande y extraordinario que Dios les habia concedido para que fuese su honor y su gloria, y la admiración de los siglos.

¡Gran Dios! Que la virtud, la doctrina y el celo que manifestó vuestro fiel siervo Buenaventura por el honor de la religion Seráfica y la gloria de vuestra Iglesia, sea siempre la hermosa marca de los hijos del Serafin llagado.

Y vos, Doctor iluminado, honor, gloria y ornamento precioso de nuestra sagrada Religion, encargaos de presentar ante el trono de Dios vivo estos votos, que el más pequenuelo y humilde hijo de la familia Seráfica os dirige á nombre de vuestros devotos. Limpiados de la escoria con que pueden estar mezclados, y suplidos con vuestros méritos los que á ellos faltan, para que sean agradables en la presencia del Dios tres veces Santo, y despatchados según nuestros deseos y necesidad. Alcanzadnos por vuestros distinguidos méritos que el Dios de toda consolación nos conceda lo que le suplicamos, y la gracia que nos es necesaria para que, haciendo su santa voluntad en la tierra, seamos para siempre felices con vos y en su compañía en el Cielo. Amen.

PANEGÍRICO DE SAN CAMILO DE LELIS, FUNDADOR.

*Majorem hac dilectionem nemo habet ut
autem suam ponat quis pro amicis suis.
Nadie tiene amor más grande, que el
que da su vida por sus amigos.*

(JOAN. XV. 13.)

Al poner mis ojos en un sagrado Crucifijo, veo un Dios-Hombre pendiente de tres clavos en un santo madero. Le contemplo muerto, no á fuerza de tormentos, sino á fuerza de amor!!! En lo alto del santo madero leo un letrero que dice: Un diluvio de tribulaciones no fué bastante para apagar tanta caridad. Más abajo leo: ¡Alma, considera cuánto cuestras! Y en todos los trofeos de la divina catástrofe voy leyendo: «Sagrada víctima de amor.» Esto en el Calvario.

Pero, católicos, ¿esta sagrada víctima de amor habrá sido la sola víctima de la caridad? Este Dios-Hombre que vino á la tierra, no solo para sufrir y padecer él mismo hasta la muerte más afrentosa, sino para suscitar con su divino poderío sobre las almas, fieles discípulos imitadores suyos, generosos soldados, que, como él y bajo sus banderas, expongan, den, pierdan sus vidas; este Dios-Hombre, decimos; habrá quedado sin discípulos, sin imitadores, sin soldados, que por toda la extensión del universo y al través de todos los siglos continúen su divina misión, ejecuten las soberanas disposiciones de su testamento eterno?

¡Ah! no temáis; ese incendio que abrasaba el corazón de Jesús en la cruz, á tal punto, que le hacia olvidar los más horribles tormentos, se propagará con la rapidez del viento á impulsos del divino soplo, espíritu vivificador. A los pocos meses esas lenguas de toscos pescadores convertidas en lenguas de fuego, irán incendiando ya toda la tierra; y la Europa, y el Asia, y el Africa sentirán en su seno un volcán.

La caridad por sus prójimos los enardecerá, y ni el mundo, ni la carne, ni la muerte, ni la vida, ni los atractivos, ni los tormentos, nada, nada será capaz de contener el sublime entusiasmo de los héroes cristianos. A fuerza de sangre vertida, á fuerza de paciencia invencible é incontrastable, durante más de tres siglos, á fuerza de divino celo, la Iglesia habrá obtenido la paz. Pero ¿creéis que á la caridad le falte móvil y objeto para manifestarse siempre con igual heroísmo? Sabido tenéis, amados míos en el Señor, que un diluvio de males aqueja á nuestra humanidad, y que aún faltando las persecuciones de los tiranos hay otras pruebas á que nuestra naturaleza está sujeta: FLAMMAM

El hombre parece nacer para vivir; mas si se considera atentamente su travesía por este mundo, el hombre nace para morir. El demonio introdujo en el mundo el pecado, y el pecado, la muerte; y la triste vida del hombre va girando entre la cuna y el sepulcro. Las enfermedades, la debilidad, los achaques, las alternativas tristes de salud ó malestar respecto del cuerpo; y respecto del alma, disgustos, solicitudes, pasiones, afrentas, aflicciones. ¿Qué sería de nosotros, si no viniera á dulcificar nuestra existencia un bálsamo celestial? El omnipotente y misericordioso Señor Dios, si bien ha dejado correr por todo el espacio y por todos los siglos la justicia de su soberana providencia, hasta la consumacion del mundo, nos ha proveído, empero, en todo tiempo, de saludables remedios, de firmes sostenes con que se aligere el peso de esta vida. Y ved el secreto de la misión de esos santos ilustres que Dios suscita en el seno de la humanidad. Cada uno la tiene de curar á ésta de una de sus tantas dolencias. La del héroe, objeto hoy de nuestros cultos, la del gran Camilo de Lelis, ha sido la de ejercitarse en los vastos campos de la caridad, aunque muy en particular, en la de asistir á los moribundos en los últimos y más terribles momentos de su vida. Como la vida de Camilo ha sido una providencial y milagrosa reunión de todas las virtudes que vienen de la caridad, para no excluir ninguna de aquéllas, os haré ver en nuestro gran Camilo un héroe de la caridad. Esto será todo el asunto de mi discurso. A. M.

¡La caridad! católicos, hé ahí el distintivo que caracteriza á los verdaderos hijos y siervos de Dios. Todavía más: ¿sabéis el gran título de honor con que Dios se ha dignado ser llamado? Caridad. Ved su insignia: «Dios es caridad.» Cuando el Verbo eterno se dignó descender de las celestes alturas para venir á constituirse peregrino como uno de nosotros en las honduras del mundo, y hacerse nuestro

maestro y soberano preceptor, ¿sabéis cuál es el primer mandamiento que impuso?.. La caridad. ¿Sabéis cuál es su principal precepto, el precepto que sea como la divisa de los suyos? ¿El mandato cuyo exacto cumplimiento los dé desde luego á conocer como á sus discípulos? La caridad, Grandes, excelsas, supereminentes son la fé y la esperanza; pero mayor que éstas es la caridad.

Cuando, pues, me propongo hacer ver en Camilo un héroe de la caridad, es proponerme hacerlo ver como un hombre grande, magnánimo, celestial. Todo lo fué; y su vida toda, desde que principió á mostrarse, se ajustó tanto, se acomodó de tal suerte á esa pauta divina, que hasta sus menores acciones fueron rasgos sublimes de caridad. Y es, que nada de mediano puede venir de la caridad: es el reino de lo sublime, y todo lo que de él viene, lleva impreso el sello de lo grandioso. Las medianías se quedan para este mundo; allá arriba desaparecen como esos átomos imperceptibles que pueblan la atmósfera, sin ocupar espacios sensibles. Pero ocupámonos directamente en nuestro Camilo. Nació en Boquianico, en el reino de Nápoles. Su santidad le fué revelada á su piadosa madre, que lo concibió en una edad muy avanzada, como otra Isabel al Bautista. El nacer de una madre, muy avanzada ya en edad, era señal de alguna mira particular de la Providencia en la criatura que se daba á luz; pero la vision misteriosa que la madre tuvo, cuando estaba en cinta, descubría ya mucho más el prodigio que tanto había de asombrar un día al mundo. Representóse á la piadosa madre el hijo que debía dar á luz al mundo como un niño, que llevaba una cruz en el pecho y guiaba un coro de otros niños sus iguales.

Sin embargo, á pesar de haber sido educado con esmero por sus piadosos padres, Camilo no correspondió ni á la vocacion del Altísimo, ni á la solicitud paternal. El joven Camilo se extravió algun tanto en su primera juventud: fué muy dado al juego; de tal suerte, que su patrimonio, su salud corporal y, más que todo, su salud espiritual, padecieron terribles menoscabos. Pero, ¡oh amorosa providencia de nuestro amante Salvador! Cual solícito pastor, cual otro amoroso padre del hijo pródigo, espera á Camilo un día en medio de sus insensatas diversiones. He aquí cómo. La pasión del juego había de tal manera arruinado á nuestro joven Camilo, y le había desconsiderado á tal punto, que se ofrecía por todas partes á servir en los oficios más bajos, y aun así nadie quería aceptar los suyos. Imágen viva de la suerte que espera al pecador aún acá abajo. Hagamos un corto paralelo entre el Hijo pródigo del Evangelio y nuestro Camilo. El Hijo pródigo se levantó un día, y dijo á su padre: Quiero que me

dés inmediatamente la legítima que me corresponde. El padre, después de vanas é infructuosas amonestaciones, otorgó á su petición; le entrega su legítima. Apenas el Hijo pródigo se ve en posesion de su legítima, se vá á lo lejos. Nuestro jóven Camilo pidió tambien un día á sus padres la insensata legítima de su libertad, y para gozar de ella más á sus anchuras, huye del hogar paterno. El Hijo pródigo malvende y gasta y disipa sus bienes viviendo mal; nuestro jóven se ve reducido á la miseria por la pasion del juego. El Hijo pródigo se puso á servir, y solo pudo lograr el que se le hiciese guardian de una mamada de cerdos: nuestro jóven Camilo obtuvo con dificultad el ser mozo de hospital. Del Hijo pródigo se dice, que ansiaba por hartarse de bellotas, ó al ménos poder comer de las que se apantaban los cerdos. ¡Y nadie se las daba! Nuestro Camilo llegó tambien á padecer hambres terribles, y nadie le daba de comer sino como á la fuerza.

Para aliviar su desgraciado estado, sentó plaza de soldado. Siempre inconstante é irresoluto, no sabía cómo hacer para acallar el grito de la conciencia, y la voz de Dios que le llamaba siempre. Turó que dejar sus banderas, y se puso de fámulo en un convento de capuchinos, que le acogió por pura conmiseración. Llegó, en fin, un día, en que el Hijo pródigo se decía á sí mismo: ¡Cuán desgraciado soy! numerosos criados de la casa de mi padre echan por los rincones el pan que les sobra, y yo... ¡Yo muero de hambre! Y el Hijo pródigo bajaba su cabeza. ¡La reflexion comenzó!.. Un rayo de esperanza le alientó... Una centelilla de amor filial, que todavía quedaba escondida entre las frías cenizas de su corazón, encendida por un divino soplo, prendo, y en un momento abrasa todo su seno. Iré á mi padre, dice el Pródigo, arrepentido ya, iré á mi padre y le diré: padre, pequé contra el Cielo y contra tí; no soy digno de llamarme padre, tratadme como el último de vuestros criados... Véante mis ojos, escuchame mis oídos, abrázame tus brazos, acójame tu seno... Y basta. Si, iré á mi padre. Ved ahí escrita la historia de Camilo quince siglos ántes de su nacimiento. Camilo, á pesar del frío glacial de su corazón para todo lo que era Dios, no dejaba de vez en cuando de acordarse de los principios de su niñez; de las dulzuras que un tiempo embalsamaban á su entónces tierno corazón. Oía sus sermones, escuchaba los cánticos sagrados, no dejaba de admirar las heroicas virtudes de los religiosos del convento en que servía de fámulo; testigo era de las virtudes de muchos santos varones que florecieron en su tiempo. Echaba, por otra parte, una mirada hácia su corazón: se horrorizaba al verse tan pecador é ingrato para con sus

padres. Recordaba sus primeros años... Vacilaba, no podia resolverse, queria sin embargo decidirse.

La gracia divina, entretanto, obraba en su corazón, sembraba en él un lédio profundo, un horror insoportable al estado en que se encontraba. Nuestro Camilo, cual el otro Hijo pródigo, decía: ¡A cuántos jornaleros y criados les sobra el pan en casa de mi padre, y yo aquí... muriendo de hambre! ¡Cuántos consuelos no vienen á inundar de delicias inefables el corazón de esos santos religiosos, y yo cuán seco, cuán árido! ¡Cuán dichosos ellos, y yo cuán desgraciado! Llegó, por fin, un día, en que la misericordia del Señor no tuvo más espera, y vino á tomar por asalto la plaza del corazón de nuestro Camilo. Hallábase un día Camilo de viaje, como por incidente á su parecer, pero muy de cierto por disposicion divina. Se le vinieron á la memoria los desórdenes de su vida y las crudas amonestaciones que se le habian hecho, cuando de repente, le aquí un rayo de luz celestial que descendié á su corazón y hace ver á su alma todo el horroroso espectáculo de sus desórdenes. De otro lado se le representan al vivo los sermones que habia oido; las prácticas de piedad á que tan frecuentemente habia asistido; tantos llamamientos, tantos recuerdos, tantos gritos de una conciencia gimiendo entre cadenas de vicios. Tanto endurecimiento, tanta sordera, tanta ingratitude de parte suya. Tanta bondad, tanta longanimidad, tanta misericordia de parte de un Dios tan infinitamente bueno y misericordioso. El corazón de Camilo, fluctuando entre la esperanza y el temor, agitado por mil y mil encontrados pensamientos, vivamente atormentado por la duda, queriéndose librar de este infierno de contradicciones, se resuelve, en fin, á seguir las inspiraciones de la gracia. Un rayo de seguridad viene á apoderarse de su alma, un celestial éfiro serena su corazón, la calma sucede á tanta borrasca, y Camilo se convierte. ¡Triunfo divino de la gracia, momento feliz para Camilo, época venturosa para la Iglesia, data memorable en los fastos de la caridad, que va á contar un héroe más en sus dominios!

Vivamente compungido de todos sus pecados, y hecha una confesion general de todos ellos, Camilo suplica al guardian de los capuchinos de Siponti le admita entre sus religiosos. Camilo es admitido. Principia y continúa el noviciado con el mayor fervor, es un modelo de penitentes y de novicios. La gracia de Dios hizo de Camilo otro hombre muy diferente de lo que era; la misericordia del Señor, no solo lo sacó del cieno del pecado, sino que lo elevó á un grado heroico de santidad. A pesar del fervor de nuestro Camilo, y la gran-

de opinión de santidad que se había granjeado durante el noviciado, una fístula que tenía en una pierna le imposibilitó de hacer profesión. Tuvo que suspender su noviciado, y apenas se sintió con algun alivio, volvió á emprenderlo; pero Dios, que lo llamaba á cosas mayores, dispuso que la llaga de la pierna se empeorase de tal suerte, que á juicio de todos quedó imposibilitado de hacer profesión religiosa en el Orden de capuchinos.

Desconsolado nuestro Santo, y dejándose conducir en todo por el espíritu del Señor, se salió del convento y se retiró al hospital de incurables, en donde había estado de criado ántes de su conversión. Ya no se le recibió en esta casa como criado, sino que se le encargó de su administración general. Ved el medio de que se valió el Señor para hacerlo más tarde uno de los grandes héroes de la caridad. Lleno de compasión por los enfermos, nuestro Santo vió con dolor que el servicio de éstos, tan recomendado por nuestro divino Maestro, se hacía por criados movidos solo por el interés ó por otros motivos mundanos. Como no era la santa caridad quien los animaba, los pobres enfermos sufrían muchas privaciones, estaban muy descuidados, á pesar de la vigilancia de los directores. Carecían, sobre todo, de consuelo espiritual que dulcesen sus penas, y este abandono hacía que los enfermos, muy lejos de santificarse en sus dolencias y achaques, con la pérdida de la paciencia y de la resignación, no solo agravaban sus males del cuerpo, sino que ponían en evidente peligro sus almas.

Tocado muy al vivo del peligro que corrían estas almas, al paso que movido de compasión por los enfermos, meditó Camilo en sí mismo el establecer una congregación de clérigos, cuyo principal objeto fuese el asistir á los enfermos en sus necesidades corporales y espirituales durante sus enfermedades, y el de auxiliar á los moribundos, permaneciendo á sus cabezas hasta su muerte. Consultó este grande negocio con S. Felipe Neri, y en breve obtuvo del romano Pontífice la aprobación de esta congregación de clérigos regulares agonizantes, ó más bien, asistentes á los enfermos. Desde este momento nuestro Santo, como si hasta entonces hubiera llevado grillos en los pies, ó hubiera tenido las manos atadas, y que con la aprobación pontificia se encontrase enteramente suelto y libre, principió á dar ensanche á su corazón, abrasado todo en llamas de caridad. Midió con el ojo perspicaz de su caridad ardiente la vastísima extensión del campo de las miserias humanas; no supo cual preferir, y se propuso dedicarse al alivio de todas. ¡Oh corazón sublime! ¡Oh inmensidad prodigiosa de tan santos deseos! ¡Oh Camilo heroico,

cuánto camino has andado en poco tiempo en el reino de la caridad! No há mucho era menester que te la hicieran y muy grande; ¡y ya no pueden caber en tu seno sus ardorosas llamas! Marchad, Santo heroico, por esas divinas sendas: id, hermoso evangelizador de la paz, de la salud, del consuelo, id á consolar al triste, á proteger al huérfano, amparar la viuda, socorrer al pobre, dar consejos á los desesperados, entrar á los enfermos, asistir á los moribundos, convertir á los pecadores... Id, id en paz en el nombre del Señor. Tus pasos serán benditos; á tu llegada las puertas se te abrirán de par en par; los corazones se ensancharán para acogerte; la viuda derramará sobre tus piés lágrimas de agradecimiento; el huérfano te llamará padre; el enfermo médico providencial; el pobre su esperanza; el moribundo su consuelo y su fortaleza. Todos, todos dirán á tu llegada: ¡Cuán hermosos pasos dá el que evangeliza la paz, el que evangeliza el bien!

El Señor quería manifestar al mundo entero los tesoros de gracia, de fortaleza, de caridad, que había depositado en el alma de nuestro ilustre Camilo. Visitaba cuantos enfermos podía; tan pronto se le veía en su casa entregado á todos los ministerios y oficios los más humildes de una enfermería; tan pronto se presentaba en los hospitales públicos, en donde ejercía los mismos oficios que en su casa; ya, en fin, subía á las casas de los particulares, en donde pasaba largas horas curando las llagas del cuerpo, y echando un bálsamo celestial sobre las del alma. Tomaba á su cargo y con especial cuidado los enfermos que más enojosos eran para los enfermeros; á los que padecían enfermedades asperosas, nauseabundas, en una palabra, á los enfermos de quienes todos huían, ó á los que no podían los enfermeros acercarse, sin experimentar todo genero de repugnancia. Para Camilo el enfermo más asqueroso, el de genio más áspero, más fastidioso, el enfermo más desahuciado, en fin, era el objeto privilegiado de sus ternuras, de sus cuidados, de sus fatigas. Ya curaba sus heridas, ya limpiaba sus llagas, ya lesaba con un esfuerzo de caridad sublime las úlceras hediondas. Miraba con tanto respeto á un enfermo que se humillaba delante de él, y le pedía perdón. Y ¿cómo era posible que así no fuera cuando nuestro divino Jesús ha querido representarse en el pobre? Estuve enfermo y me visitasteis, nos dijo en su Evangelio. Y Camilo, que tanto amaba á nuestro misericordioso Salvador, de quien tantas gracias había recibido, por cuyo menor beneplácito diéramil vidas si las tuviera, Camilo, pues, podía contener el exceso de su amor á vista de una viva imagen de su amado Jesús? Y si tanto celo mostraba Camilo con los enfermos respecto de sus enfermedades corporales y espirituales cuando todavía gozaban de esperan-

zas de vida, ¿qué sería cuando la muerte, estando cercana, el moribundo se halla en los mayores peligros y aprietos?

No solo valaba por la administración del santo Viático y la Extremaunción á los enfermos de gravedad, sino que por voto especial se obligó á sí mismo, y quedó obligada perpetuamente toda su congregación, á ayudar á bien morir á los moribundos, y á no apartarse de su cabecera hasta que hayan rendido al Criador el último suspiro. ¡Y en qué ocasión, en verdad, necesita el alma de más socorros espirituales que en aquel terrible lance de la agonía! ¡Momento formidable, católicos, en el que se decide de nuestro eterno porvenir! ¡Momento justamente temido de todos los santos, en que vá á señalarse al alma que se vá del cuerpo su puesto en la Gloria, en el Purgatorio ó en el Infierno!.. ¿Podía, pues, nuestro Santo olvidar la asistencia á los enfermos próximos á espirar? ¿Podía permitir que ni uno solo de los pacientes de que tuviese noticia, ó de los que pudiesen ser visitados por sus hijos, muriera sin el consuelo de estar acompañado hasta el último momento de su vida, de un ministro del Señor, de un religioso auxiliador en aquel terrible trance? Por lo tanto, el gran Camilo hizo de la asistencia á los moribundos una obligación especial y esencial de todos sus hijos, después de haberla practicado él tan fiel, tan santamente. Llamó seas y bendito glorioso Camilo; tú has personificado en tí y en tus venerables hijos las obras de sublime misericordia que nuestro divino Maestro quiso se practicasen en su Iglesia; tú la has adornado con un nuevo y bello ornamento de ángeles de caridad, que vuelan al auxilio de los moribundos. Esto solo basta, católicos, para poder formaros una idea de la caridad de Camilo, del cuidado con que, menospreciando su propia vida, buscaba ocasiones y oportunidades para salvar las almas de los próximos, después de haber procurado la salud de sus cuerpos. Pero hay todavía más.

Uno de tantos azotes del Señor, la peste, viene á descargar duros golpes sobre Roma. La esposa fiel y querida muere en pocos instantes entre los brazos de su amante esposo; éste, muere á pocas horas después entre los de sus criados; tiernecitos infantes mueren en poco tiempo en el regazo de sus madres; las madres, á su vez, son víctimas del azote terrible. Mientras tanto la alarma se difunde por toda la ciudad; todos huyen despavoridos; las casas quedan desiertas, los habitantes abandonan la ciudad, solo quedan en los aposentos los cadáveres apestados, ó pestíferos moribundos. Triste y lamentable estado para la desgraciada ciudad; pero ocasión la más bella y oportuna para dar Dios á conocer la eminente santidad de su

siervo. En efecto; apenas se hacen oír los primeros gritos de alarma en la ciudad, Camilo, como si se creyera el solo obligado á socorrer á todos, á ninguno excluye de su heroica caridad. Veíase acudir á los hospitales para ayudar á los enfermeros, ir á las casas particulares prodigando socorros de toda especie, que su ingeniosa caridad sabía encontrar oportunamente. Ya auxiliaba á un moribundo, ya consolaba á la triste huérfana que acababa de perder á sus padres, ya administraba los últimos sacramentos á los que estaban en disposición. En fin, de tal manera multiplicaba, centuplicaba sus servicios, que se diría que Camilo estaba á un mismo tiempo en todas partes. Como si todavía no hubiera sobrados hospitales en Roma, abrió varias espaciosas enfermerías, una en su misma casa, otra en la region Celimontana, otra en el Capitolio. Hacía transportar allí los pestíferos, muchas veces los llevaba él mismo en sus hombros ó entre sus brazos. En una palabra, toda la ciudad reconoció en Camilo un ángel de caridad enviado de Dios para su alivio en tan terrible castigo. Dos años se habían pasado apenas desde el predicho azote de la peste, cuando sobrevino otra calamidad, sino tan universal y mortífera, funesta, empero, y muy crítica para ciertos barrios de la ciudad. El caudaloso Tiber aumentó tanto sus raudales durante una primavera, que amenazó inundar todas las calles y plazas más bajas de la ciudad. Nuestro Camilo, recorre las casas de las calles inundadas, y en todas partes su celo se muestra infatigable; pónese en peligro de su vida por salvar la del prójimo; y durante los tres días del mayor peligro, no toma un momento de reposo hasta que todo lo ve seguro.

Hé ahí la historia de Camilo, hé ahí la historia de la caridad. Por el fruto se conoce el árbol, por las obras el corazón del hombre; y así como el oro se prueba con el fuego, y el acero con el yunque, la fé de los héroes cristianos, la caridad de los santos se dá á conocer en los tiempos de prueba. Cuando el Señor fué servido de llamar á sí á su siervo Camilo, éste se preparó á la muerte con un gozo inefable; porque quien en toda su vida no tenía á la vista otro objeto que el de la muerte, en aquella hora no podía dejar de mirarla con placer. Cuando en un principio se convirtió al Señor, le prometió serle fiel; y su fidelidad jamás se desmintió. ¿Qué os resta, pues, dichoso Santo? Nada os resta, sino aguardar la corona de justicia que os está reservada y que os dará el Señor como justo juez.

En el Cielo os preparó el divino Remunerador un excelso sitio, una inmortal aureola, una guirnalda de siempreveras celestiales. Gozadla, Camilo, por siempre; y desde esas celestes mansiones en

donde gozais de vuestra recompensa, acordaos de vuestros hijos; acordaos de todos nosotros, enfermos y desvalidos; y pedid ardentemente al autor de la gracia, que despues de habernos sanado en esta vida y curado de nuestras dolencias, gocemos de las eternas felicidades de la gloria. *Amen.*



PANEGÍRICO DE SAN CARLOS BORROMEIO.

*Qui autem unum accipere, alioq. totis
in terram,*

El siervo que había recibido un talento
le fué á enterrar.

(S. MAT., xxv, 13.)

¡Qué admirables son los caminos de la providencia de Dios, y qué profundos los consejos de su sabiduría! Envía el Señor de tiempo en tiempo á su Iglesia nuevos modelos de virtud, que al mismo tiempo excitan nuestra admiracion, y nos conviden á seguir su ejemplo. Uno de éstos es el grande arzobispo de Milán, san Carlos Borromeo, cuya festiva memoria llena toda la Iglesia de extraordinario contento, al mismo tiempo que nos ocupa con no menor admiracion.

Que el camino del Cielo sea el abatimiento y la humildad, el silencio y el retiro, la obediencia y la pobreza, es lo que claman las divinas Escrituras, lo que persuade la razon, y lo que ensena la experiencia. Pero que tambien se tome camino por la grandeza, por la exaltacion, y por entre la gloria del mundo, esto es una cosa muy rara. Todos esos hombres que se encerraron en los claustros condenándose á un perpetuo retiro; los que se entraron por los desiertos huyendo del comercio humano; los que profesaron odio irreconciliable y perpetuo á las riquezas, violentando de raíz el humano corazón, siempre inclinado á apetecerlas; los que sujetaron todas sus acciones á voluntad ajena, negándose para siempre á la propia libertad tan estimada; los que mezclados con el polvo de la tierra, se sometieron á los pies de todos; se enterraron en las cuevas esquivando las honras, las estimaciones y el aura popular; los que huyeron cautelosamente del aire venenoso de la vanidad como de un contagio, porque enloquece la imaginacion, turba el cerebro, hace

donde gozais de vuestra recompensa, acordaos de vuestros hijos; acordaos de todos nosotros, enfermos y desvalidos; y pedid ardentemente al autor de la gracia, que despues de habernos sanado en esta vida y curado de nuestras dolencias, gocemos de las eternas felicidades de la gloria. *Amen.*



PANEGÍRICO DE SAN CARLOS BORROMEIO.

*Qui autem unum accipere, aliosq; totis
in terram,*

El siervo que había recibido un talento
le fué á enterrar.

(S. MAT., xxv, 19.)

¡Qué admirables son los caminos de la providencia de Dios, y qué profundos los consejos de su sabiduría! Envía el Señor de tiempo en tiempo á su Iglesia nuevos modelos de virtud, que al mismo tiempo excitan nuestra admiracion, y nos conviden á seguir su ejemplo. Uno de éstos es el grande arzobispo de Milán, san Carlos Borromeo, cuya festiva memoria llena toda la Iglesia de extraordinario contento, al mismo tiempo que nos ocupa con no menor admiracion.

Que el camino del Cielo sea el abatimiento y la humildad, el silencio y el retiro, la obediencia y la pobreza, es lo que claman las divinas Escrituras, lo que persuade la razon, y lo que ensena la experiencia. Pero que tambien se tome camino por la grandeza, por la exaltacion, y por entre la gloria del mundo, esto es una cosa muy rara. Todos esos hombres que se encerraron en los claustros condenándose á un perpetuo retiro; los que se entraron por los desiertos huyendo del comercio humano; los que profesaron odio irreconciliable y perpetuo á las riquezas, violentando de raíz el humano corazón, siempre inclinado á apetecerlas; los que sujetaron todas sus acciones á voluntad ajena, negándose para siempre á la propia libertad tan estimada; los que mezclados con el polvo de la tierra, se sometieron á los pies de todos; se enterraron en las cuevas esquivando las honras, las estimaciones y el aura popular; los que huyeron cautelosamente del aire venenoso de la vanidad como de un contagio, porque enloquece la imaginacion, turba el cerebro, hace

trocara los pasos y errar el seguro camino: todos estos, digo, no hubieran tomado una vereda tan árdua, si no la tuviesen por precisa para lograr la bienaventuranza. Pero ahora vemos que las glorias y estimaciones del mundo, la pompa y magnificencia, la exaltación y el gobierno, los negocios y tumulto de la corte, las riquezas y abundancia; últimamente, que aquella altivez de espíritu, que suele inspirar en las almas la ilustre sangre, también nos puede llevar á Dios, abriéndonos el camino del Cielo.

Que la cruz de Cristo no sea incompatible con las honras y estimaciones del mundo! Que sin salir de la estrechez de la ley del Señor se pueda caminar por ella con toda la pompa y grandeza mundana! Maravilla es esta del poder de Dios, consejo de su altísima sabiduría, y elogio grande de la virtud de san Carlos. Aquella misma grandeza del mundo, con que los más de los siervos del Señor solo consiguen desagradarle, y merecer el título de malos siervos fué el don con que san Carlos supo merecer el título de siervo diligente y fiel. Dios le hizo grande en la tierra, y san Carlos, con el santo uso de esa misma grandeza, supo ser grande en el Cielo. Dios, con su providencia, le hizo un gran señor, y san Carlos con su virtud llegó á ser un gran santo. Esto es lo que justamente nos admira, y lo que oireis en este discurso. Aprendan los que viven en la abundancia, y los que están colocados en altos empleos, á cambiar en caminos del Cielo los mismos caminos de la perdición; avergüénzense los que viven en la indigencia y la adversidad, que son el mejor camino del Cielo, de estarse tan tibios con esos dones, cuando san Carlos supo trabajar tanto con un don, el de la grandeza, que para muchos es inútil, y á veces, hasta perjudicial. Pidamos esta gracia: A. M.

¡Infeliz talento el de la grandeza del mundo! ¡Infeliz, digo, por el abuso de los siervos, no por las intenciones de Dios. Cuando el Señor dá el nacimiento ilustre, los grandes estados, las riquezas copiosas, las altas dignidades, la general independencia á un de los mismos grandes, la estimación y valimiento de los príncipes; por último, una fortuna risueña, en la que el rostro del mundo es risueño; qué de ideas vanas por lo regular no ocupan el entendimiento de los mortales! Pero, ¡qué nobles pensamientos despertó esa misma grandeza en san Carlos!

Los ríos, que salían de aquel inmenso mar de bondad, veía san Carlos que corrían hácia él continuamente, y de todas partes experimentaba los efectos de la beneficencia del Señor: nada, por mejor

decir, nada en riquezas de la bondad de Dios, y su alma estaba íntimamente penetrada en las aguas que manan de aquella fuente de misericordias; pero el Santo formó la resolución de que era justo que los ríos volbiesen al lugar de donde salieron; y los beneficios que habían venido de la mano de Dios á la suya, volbiesen con grandes intereses desde su mano á la de Dios.

Le hizo el Señor príncipe por sangre; y por falta de primogénito, heredero de los grandes estados de la nobilísima casa Borromea. Las copiosas rentas que tenía eran proporcionadas al esplendor de su casa, y al cúmulo de las dignidades eclesiásticas. Baste decir, que cuando el santo se despojó de una parte de sus riquezas, dejó ocho mil ducados de renta. Le había Dios echado la bendición de Jacob, dándole la abundancia del rocío del cielo, y de la fertilidad de la tierra; le había hecho rico de bienes de la Iglesia, y de bienes seculares. Pero, qué peso éste para un corazón humano, que no fuese el de san Carlos! Yo no sé qué tiene el oro, que no hay cosa más pesada de cuantas Dios crió, ni que tanto oprima y haga inclinar á la tierra. Veréis frecuentemente levantar las manos vacías al Cielo; pero si Dios las llena de bienes del mundo, al instante las veréis caer é inclinarse á la tierra. Solo el desseo del oro y su esperanza bastan para oprimir el ánimo. Pero ¡cosa rara! Con todas esas riquezas volaba á Dios el corazón de Carlos; y tan lejos estaban de llevarse consigo hácia la tierra, que ántes bien Carlos volaba y llevaba las riquezas al Cielo. De la mano de Dios le habían venido, y volvían á parar en las manos de Dios. Siervo fiel, que empleaba en la vida del Señor todo el caudal que le había dado.

Poco más contaba de veinte y dos años, y ya entonces se hallaba arzobispo de Milán, y cardenal de la santa Iglesia. Como era sobrino del papa Pio IV, que tenía bien conocida su rara prudencia, descargaba sobre sus hombros el inmenso peso del gobierno de todo el mundo cristiano. Con los buenos servicios crecía la estimación, y con ésta se iban acumulando las dignidades. Llovian, si es lícito decirlo así, llovian las dignidades sobre sus méritos. Parece que Dios de industria le honraba cada vez más, y que se esforzaba san Carlos por volver á Dios todas esas honras con inmensas ganancias. Recordó con lieros pasos, á lo ménos, las acciones de la vida de san Carlos, y os pasmareis de ver como se valía de su misma grandeza para servir al Señor.

Muy pocos años contaba san Carlos, cuando su tío resignó en él una muy pingüe abadía; como era niño, servían sus rentas con las de su casa para ostentar la figura correspondiente á su carácter, á su

sangre y sus empleos. No obstante, ya advirtió el Santo, que no era lícito emplear los bienes de la Iglesia en servir al mundo, ni el patrimonio de Jesucristo en lujo y vanidad. Conoció que, como está escrito, no era bueno tomar el pan de los pobres, pan de los hijos de Dios, para darlo á los perros de caza, ó sustentar briosos caballos con la sangre de los pobres; y así, guardando el respeto y atención que se debe al carácter de padre, le amonestó que administrase santamente los santos bienes.

Pero ¡qué nuevo y extraño espectáculo es, ó mundo, el que se le dispone! ¡Qué soraja tan justa, y qué confusión os vá á cubrir el semblante, ó eclesiásticos! Con sangre ilustre, educación regalada, pocos años, mucha riqueza, y entera libertad, ¡qué es lo que hizo san Carlos! Saca una corta porción para su sustento, y todo lo demás lo entrega á Dios; el culto de los templos y las limosnas de los pobres consumen todas sus rentas. En solo un día hizo repartir entre ellos cuatro mil escudos; ¡qué noble y ántes nunca oído golpe de grandeza! Mas no lo habéis visto todo; reparad y miradle en el tiempo de aquella peste que cortó toda su diócesis; ¡qué bien empleada generosidad!

En ocasión de aquel azote cruelísimo con que en tiempo de san Carlos hirió el Señor, no sé si diga á su pueblo, ó al corazón de su santo prelado, ¿qué no hizo? Era un espectáculo terrible ver al ángel del Señor con la espada fulminante de la ira de Dios desenvainada, discurriendo por toda la ciudad, mirando y matando sin dolor, piedad ni compasión, morían los ancianos, los jóvenes y los niños; todo era luto, todo aflicción, todo tristeza. Frente de sí veía la esposa enferma espirar al desamparado esposo; los hijos tiernos é inocentes iban al cadáver del difunto padre, pidiendo ignorantes pan, y no había quien los oxese y saciase su hambre; huían los ricos de los pobres, los amigos más de otros; y hasta los propios padres de sus paraban á sus hijos, abandonándolos para evitar la muerte. Faltaba el sustento, y venía el hambre á matar á los que el mal perdonaba. En medio de esta aflicción, entre tanto horror, solo daba consuelo el ver al santo Cardeal acudir como un padre afligido á sus hijos dispersos y maribundos, con las lágrimas en los ojos; con el corazón penetrado y lleno de amargura; con la bolsa de las limosnas en una mano, y los sacramentos en la otra, se entraba por las casas de todos, por las humildes chozas de los pobres, ó por las cabañas de los rústicos pastores.

En las procesiones de penitencia, la devota y mortificada figura del santo prelado movía á compunción; y aún de los corazones más

tibios y de los ojos más enjutos sacaba abundantes lágrimas. Triste, pálido, alligido y deshecho con ásperas penitencias, salía con capa roja, cubierta la cabeza, y con un grueso cordón al cuello; llevaba una grande cruz enarbolada en sus brazos, fijando en ella los ojos, el corazón en Dios, y sus esperanzas en sola su misericordia; caminaba descalzo, y heridos lastimosamente sus delicados pies, derramaban copiosa sangre, dejando sangrientos vestigios por donde pasaba. En volviendo á su casa redoblaba las penitencias para aplacar la ira de Dios, y multiplicaba las limosnas para aliviar la miseria de los pueblos.

Mas ¡quién podrá explicar su generosidad y grandeza en semejante aflicción? Si sus limosnas jamás tuvieron límites, ¿cómo los tendrían ahora? Mas de sesenta mil personas hallaban limosna cotidiana dentro de la ciudad en la caridad de Carlos, y aún mayor en el ejemplo que éste daba á los ricos. ¡Oh bien consumidas riquezas de la tierra! ¡Oh bien empleada grandeza del mundo! Mas de trescientos desamparados fueron á buscar cierto día al Santo, pidiéndole socorro, y á todos admitió, á todos recogió el que era amparo de todos. Consumió las rentas, vendió la vajilla, se deshizo de los muebles preciosos, y llegó á dar la propia cama, por no tener ya que dar á los enfermos; mandó repartir de limosna toda la provision de su casa, y se quitaba el pan de la boca para dárselo á sus pobres. Llegó á padecer muy repetidas veces hambre, y hambre grande, el que mataba la de tantos; él era más pobre que los mismos mendigos, y solo de sí mismo no tenía compasión, cruel consigo, y compasivo con los otros.

Apretaba el frío en el invierno, gemían desabrigoados los pobres, y el santo Prelado se convalida de verlos; caía la nieve, se entraba la sangre, friritaban los miembros, los inocentes niños lloraban arrojados de frío por falta de vestido; enfermaban los jóvenes, caían los ancianos, y en todos enfermaba san Carlos Borrromeo; pero como ardía en su pecho el fuego activo de la caridad, éste solo fué suficiente calor para abrigar á todos. Hé aquí lo que hace. Anda por las anticámaras de su palacio, despoja las paredes, quita los doseles, desdoblaba las puertas de sus ricas cubiertas, y preciosas cortinas saca los reposteros y soberbios pabellones, y manda que toda aquella tapicería se corte en vestidos para que se abriguen los pobres. Sude aquel numeroso ejército de la presencia de Carlos con esta tan nueva librea de la caridad; se esparce por la ciudad toda, y el pueblo se admira y se confunde; lloran todos de ternura, y no cesan de alabar á Dios en su santo Prelado. ¡Quién jamás hizo que triunfase de este modo la caridad evangélica de la vanidad mundana! ¡Quién hizo ser-

vir así la grandeza del mundo á los pobres de Jesucristo! ¡Bendito sea el Señor, que dió á este santo tanta grandeza; y bendito sea san Carlos, que supo usar de la grandeza para gloria del Señor! Mas no fué este el único fin con que Dios hizo tan poderoso al Santo: para otra empresa más noble le había destinado su providencia: para la más santa reforma de su Iglesia. Hallábase ésta en aquellos tiempos todavía más enferma que los apóstolos: la que era hermosa y sin mancha, se hallaba pálida, macilenta y desfigurada; ninguno que atento la considerase, diría que era la esposa de Jesucristo. Ochenta años había faltado pastor á estas ovejas. ¡Qué estrago no sería el que habían hecho los lobos: lobos que nunca duermen, y lobos que no se cansan!

Pero grande es el poder de Dios y el mérito de san Carlos. Esta tierra áspera, esta vna silvestre, cultivada por este grande obrero del Señor, qué suaves, qué hermosos, qué sizonados frutos produjo en poco tiempo! El culto de los templos, la decencia de sus ministros, las sagradas ceremonias, el servicio de los altares, el asero, la pompa, la magnificancia y decoro, todo respiraba la grandeza del Dios que habitaba en ellos corporalmente: Venían de países distantes los obispos á vivir muchos días con san Carlos: decían lo que la reina Sabá al ver el decoro y magnificancia del rey Salomon. Baste decir, que la iglesia de Milan vino á ser el modelo, la norma y el ejemplar de todas las demás iglesias.

Para esto estimó san Carlos toda su grandeza: era para el culto de Dios rico, magnánimo, caballero, y príncipe de la Iglesia; para la reforma de las costumbres se consideraba arzobispo, legado del Papa, cardenal. Fundó seis seminarios en diversos lugares del arzobispado, en los que, según su espíritu, se críasen eclesiásticos dignos de servir al Santo de los santos. Fundó la congregacion de los Oblatos, hombres que se ofrecían al Prelado voluntariamente para ayudarle en las largas misiones, en las visitas de la diócesis, ó en la falta de los párrocos. Él solo se opuso como muro de la casa de Israel contra casi todo el mundo que el Infierno había conjurado; y su celo, su autoridad y su trabajo fueron suficientes á vencer y arrancar de raíz las costumbres antiguas y pésimas.

No temía los peligros ni la misma muerte; porque la ilustre sangre que le circulaba por las venas, y que sus mayores habían ofrecido gloriosamente por la patria y por los reyes, la ofrecía él con el mayor gusto por la casa de Dios. En su oratorio, mientras estaba el Santo en oracion, se oye un tiro repentino, que dispararon contra él: se atemoriza la familia, cae el Santo en tierra con el impulso de las

balas; mas volviendo luego á su anterior compostura, manda que ninguno se mueva á seguir ó examinar el delincente, y que se sosieguen los criados, continuando como ántes su oracion.

Mas no cabía tanto celo en un hombre solo: dispuso Dios que como de otro Moises se repartiese y derramase su espíritu por otros muchos. Introdujo de nuevo algunas Órdenes religiosas, y reformó otras, que por la miseria de los tiempos estaban relajadas; y todos sus individuos, animados con su espíritu y ejemplo, hacian dura guerra al Infierno. Predicaba no sólo por sus ministros, sino por sí mismo; y sus palabras llenas de celo, de espíritu, y de aquel respeto que infundia la autoridad de su persona, compungian, movian y arrastraban los corazones: todo predicaba en san Carlos, predicaba su lengua, predicaba su persona, y predicaba su ejemplo. ¡Oh mil veces dichosa iglesia de Milan! ¡Feliz mil veces con un arzobispo tan celoso; venturosos siglos, los que merecieron honrarse con tan gran prelado! Alabemos la altísima providencia del Señor, que en aquellos calamitosos tiempos dió al mundo un hombre semejante, que sirviese de remedio á la corrupcion casi general que se habia por todas partes difundido.

Quando esto digo, católicos, tengo puestos los ojos en el sagrado concilio de Trento, en aquel concilio que restituyó á la Iglesia la paz y serenidad. Bien sabéis que la nave de san Pedro se hallaba en aquellos tiempos fluctuando entre las olas, como en una oscura y tempestuosa noche: los luteranos, los calvinistas, los socinianos, los zuinglistas, y toda la multitud de vñoras que lo abismos habian vomitado sobre la faz de la tierra, habian envenenado va á Alemania, á Hungría, á Inglaterra, á Suecia, á Dinamarca, á gran parte de Francia, é iban entrando por la Italia: todo era confusion, todo atrevimiento en los herejes, todo recelo y peligros en los concilios. El concilio habia empezado muchos años ántes, y como no se concluía, estaba sin vigor y sin efecto: el mal se difundia, y no se remedia; pero acudió san Carlos, persuadió, instó, hizo resolver al Pontífice, para que leaciese concluir. Los herejes se oponian, los príncipes se interesaban, y á cada paso se ofrecían insuperables dificultades. Temían el daño, recelaban el golpe; y hacían por evitarlo. Por último, cometi6 el Papa á san Carlos todo el negociado del concilio, y el Santo le hizo concluir, publicar y ejecutar.

Se mordian con esto llenos de rabia los torpes y furiosos monstruos de la herejía: andaban fugitivos y avergonzados, porque la ley de Dios manifestada en éste santo concilio descubrió claramente su torpe y enorme falsedad. Ponían en tierra la atrevida boca que habian

PANEGÍRICO

DE SAN CASIANO, MÁRTIR,

PATRON DE LAS ESCUELAS DE NIÑOS.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Attende, filii, disciplinam patris, et attendite ut scitis prudentiam.

Oíd, hijos míos, las instrucciones de un padre, y estad atentos para aprender la prudencia.

(Prov. IV, 1.)

No deja por cierto de sorprender al hombre reflexivo y cuerdo esta dura ley á que todos nos hallamos sujetos, mejor diría *condenados*: á esta ley de no poder obrar el bien sin dificultad, de no aprender nada sin trabajo, de no apartarnos del mal, sino por el castigo, y de no reprimir nuestras dañinas inclinaciones sino por la corrección. Cuando levanto mi cabeza y elevo mi vista hácia esa bóveda tachonada de estrellas, sembrada de millares de astros; cuando considero ese vasto y grandioso firmamento todo lo veo en concierto y armonía. Si del cielo visible, si desde el firmamento descendiendo con la consideración á esta tierra que hollamos con nuestras plantas, que nos sirve de sostén y de morada, el mismo fenómeno se me presenta. Si de ahí paso á considerar los vegetales, el mismo orden, la misma espontaneidad en cada simiente, en cada mata, en cada flor, en cada árbol. Todo tiene su fin adecuado, y tiende á él y propende á él por un movimiento espontáneo natural. Y el hombre, esta criatura favorecida, ¿corresponde cual debe á las miras de su Criador, de su Bienhechor? Y cuanto todo tiende espontáneamente al fin para que ha sido criado, ¿el hombre sigue exactamente las leyes de su creación? ¿Es que no se desvía de la universal armonía?

¡Ah católicos! así debiera ser; mas por desgracia, el hombre forma excepción en esta armonía; y cuando todo la sigue espontáneamente en virtud de su creación, el hombre no parece haber sido dotado del

soberano don de su libertad, sino para salirse violentamente de la universal armonía y rebelarse contra su Criador. El hombre ha nacido para el bien, y no puede obrar el bien sino haciéndose violencia; el hombre nace para la virtud, y no puede practicar la virtud sino venciendo dificultades. Todo le ha sido dado al hombre; y sin embargo, todo lo ha de ganar con trabajo, con el sudor de su rostro. Necesario le será al hombre vivir; y no vivirá sin trabajo. Necesario le será al hombre alimentarse; y no se alimentará sino con el trabajo. Necesario le será al alma el saber y entender; y nada sabrá ni entenderá sino á fuerza de trabajo. Necesario le será al alma el obrar valiéndose de los sentidos del cuerpo, pero con una autoridad soberana sobre éste, con un dominio y una superioridad á la concupiscencia de la carne; y no podrá obrar de este modo sino haciéndose violencia, y con trabajo. Ya lo veis; muy trocadas anlan las cosas en la economía del hombre.

Pero, en fin, concretémosnos al objeto que nos tiene reunidos en este santo lugar: á la enseñanza y educación cristiana de la niñez. Sin duda alguna que sin el pecado original, para el hombre no debería haber existido, respecto de la inteligencia, ni niñez, ni decrepitud; ni ningún defecto ó desarreglo, respecto de ella, así como respecto de las demás facultades del alma. El hombre, al recibir la vida en el estado primitivo, debía recibirla en pleno y cabal ejercicio, sin trabas ni obstáculos alguno: al modo de los ángeles, al modo de Adán y de Eva nuestros primeros padres. Pero, habiendo sobrevenido el pecado, el ejercicio de la vida ha sido subordinado á la ley general del trabajo y de la prueba, como acabamos de decir. El niño, pues, no sabrá las cosas sino enseñándose las; y no las aprenderá sin trabajo. El niño no sabrá distinguir de una manera precisa y exacta cuando debe seguir los impulsos de su tierra naturaleza, y cuando debe reprimirlos, sino por medio de la educación; y el niño no se educará sin trabajo. Tenemos, pues, amados míos en el Señor, de un lado, la necesidad de la enseñanza y de la educación de los niños, sucada aquella del fin del hombre. Y tenemos por otro lado, que ni la enseñanza ni la educación pueden cumplirse debidamente sin esfuerzo; respecto de los maestros, sin trabajo respecto de los niños.

La santa Iglesia católica, queriéndonos manifestar cuanto interés toma en estas dos preciosas y utilísimas funciones sociales, las ha promovido en todos tiempos con el mayor cuidado. Y presentando á nuestro culto y veneración un santo mártir, que se empleó en la dignísima y nobilísima profesión de MAESTRO DE NIÑOS, de nuestro glorioso S. Casiano, cuyos cultos celebramos hoy, sanciona de un modo

más solemne sus santas y saludables intenciones. Y en efecto: S. Casiano, movido de la caridad cristiana, se dedicó á la enseñanza de los niños; y en su honrada profesión de maestro de escuela, ejerció una de las más nobles misiones del cristiano celoso: la de disipar las tinieblas de la ignorancia, contraída por el pecado original, y corregir sus propios defectos. Para entrar en materia, bé aquí la proposición, objeto de este discurso, que dividiré en dos partes: «El ejemplo de S. Casiano nos muestra la noble misión de la enseñanza, y la sanidad de la justa corrección de los niños.» Para el acierto imploremos el auxilio de la divina gracia, por intercesion de la Virgen:

A. M. ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Es una verdad incontestable, que el hombre debe combatir constantemente su propia concupiscencia; que el hombre está obligado á disipar las tinieblas de la ignorancia que ofuscan su inteligencia. En este discurso la inteligencia será el objeto principal de nuestras reflexiones, y, por consiguiente, de lo que la oscurece y de lo que la debe restablecer. La ignorancia no es conatural al hombre primitivo; es una pena, es un resto de la primera prevaricación. Al salir de las manos del Criador el hombre era feliz; estaba dotado de inteligencia; y en continua é íntima comunicación con Dios, nada ignoraba de lo que correlacionaba con su fin supremo, con el objeto de su creación. La sola cosa desconocida para él era el mal, y esto, lejos de ser una ignorancia, era una perfección de su ciencia bienaventurada. ¡Sublime, elevadísima, vastísima era, á la verdad, la inteligencia en el hombre primitivo! Semejante á ese fénix colocado en el centro del universo, la inteligencia, desde el fondo del alma iluminada, dirige y vivifica al humano ser privilegiado espontáneamente, sin trabajo, sin esfuerzo y en virtud de su nativa fuerza. Tales eran los privilegios, mejor diría, las primicias cuantiosas de que dotara el Criador á la para inteligencia de nuestra alma.

El enemigo encarnizado de Dios y de todas sus obras, Luzbel, no podía sufrir el que hubiese en la tierra una criatura tan privilegiada, y meditó perderla. Como sabía que era libre y que había sido criada al estado de prueba, creyó poder tener acceso á ella. Todos vosotros conocéis la historia de la caída de nuestros primeros padres, si, no es necesario repetirosa. Separados de Dios por el pecado, nuestros primeros padres perdieron los primitivos privilegios; y su inteligencia bajó tanto de punto, que no era ya rastro de su primitivo estado; y aún fué misericordia del Señor el que todavía quedase en el hombre un destello indeleble de esta hermosa facultad, suficiente

á la vez para conocer su propia flaqueza, y para guiarle con el auxilio de la gracia por entre las tinieblas y vapores que eleva la concupiscencia. Cuando digo en el hombre, pretendo decirnos en el seno de la humanidad; porque el Señor, Criador antes, y Reparador después, del hombre, para perpetuar en la raza humana el sello del castigo primitivo, y de la decadencia de la inteligencia en el hombre, hace nacer á éste en una ignorancia completa, pero dotándole de la facultad de *perfectibilidad*. El hombre nace, pues, ignorante; y no solo esto, en muchos de nuestros hermanos, en toda la vasta extensión del humano linaje, la inteligencia no está desarrollada de modo alguno, sea desde el nacimiento, como los que nacen en perpetua imbecilidad, sea perdiéndola por cualquier accidente en los órganos del cerebro, como sucede en la demencia, y otras enfermedades de los órganos que sirven para las percepciones intelectivas. Aún más, y es una prueba evidente del castigo original, aunque ningún nuevo accidente de enfermedad venga á atacar en su raíz el desarrollo de la inteligencia, hay muchas castas de hombres en quienes la inteligencia está muy poco desarrollada, como consta de la historia natural del género humano. Tenemos, pues, católicos, constantemente á la vista el fenómeno de la decadencia de la humana inteligencia primitiva. Es, pues, un reato respecto del alma, como lo son la concupiscencia, las enfermedades, las pasiones, las necesidades físicas, y demás respecto del cuerpo. Pero con la diferencia, que la decadencia de la inteligencia es incomparablemente más trascendental en el hombre, que la decadencia de las otras facultades del alma, é infinitamente más grave que la de las facultades corporales. Porque siendo la inteligencia el medio de comunicación ordinario entre el alma y Dios, entre el alma y las criaturas, en el órden espiritual, cualquier menoscabo ó lesión de ella es de mucha mayor consecuencia que el de las otras facultades, tomadas aisladamente.

No es, pues, extraño, que nuestro Señor Jesucristo haya tratado, ante todo, de instruir por sí mismo á sus discípulos (y en ellos á nosotros) en todo lo concerniente á su doctrina. Y nada prueba tanto la sublimidad de la enseñanza como el precepto que nuestro divino Maestro impone á sus apóstoles, y en ellos á todos sus sagrados ministros: *Id, á las naciones, y ENSEÑADLAS, INSTRUIDLAS*. La enseñanza cristiana, pues, es de derecho divino, como lo es también de derecho natural. De derecho divino, porque Jesucristo mismo la ha ordenado de una manera solemne, explícita, haciendo de esta santa ocupación una de las primeras augustas funciones del apostolado. Es además de derecho natural, porque Dios ha esculpido en el cora-

zon humano el deber de enseñar á la inocente niñez y á la ignorante adolescencia. Como la prueba de esto resulta del comun consentimiento y práctica universal de la humana sociedad, desde su origen hasta nuestros días, desde el Oriente al Poniente, desde el Norte al Mediodía, no debemos ni podemos entrar en detalles de polémica en un discurso sagrado. En efecto: la doctrina es el enemigo natural del error, así como el error es parte del demonio y del pecado. La predicación evangélica no tiene otro objeto que disipar el error y sembrar en nuestro corazón las semillas de la verdad; la enseñanza cristiana, aunque en grado ménos elevado, tiene también por misión la extirpación del error y el cultivo de la verdad. Y como en ninguna época venga más á propósito el precaver del error y el sembrar la verdad que en los primeros albores de la vida racional, de ahí es, que la Iglesia ha considerado la enseñanza ó instrucción de los niños como una de las más dignas ocupaciones de un cristiano, como uno de los ejercicios más recomendados de nuestro Señor Jesucristo, como uno de los actos más agradables al Señor.

Y en verdad, amados míos en el Señor, si abrimos el Nuevo Testamento, veremos en sus sagradas páginas que cuando hablan del niño, lo hacen con tanto amor, con tanta deferencia, con tanto respeto por la inocencia de la infancia, que nos es imposible desconocer el especial privilegio de predilección con que la niñez es mirada y patrocinada por nuestro Dios y Señor: «Acercáronse, dice el sagrado evangelista «S. Mateo: los discípulos de Jesús, diciéndole: ¿Quién será el mayor en el reino de los Cielos? Y Jesús, llamando á sí á un niño, le colocó en medio de ellos, y dijo: En verdad os digo, que si no os volvéis y hacéis semejantes á los niños en la sencillez é inocencia, no entrareis en el reino de los Cielos.» Ya lo veis, católicos; preguntan los apóstoles á nuestro Señor Jesucristo, quién es el mayor á sus ojos, quién es el mayor en el reino de Dios, su Iglesia; y la respuesta de nuestro divino Maestro es, tomar un niño de la mano, colocarlo en medio de los apóstoles, mostrándoles el objeto de la predilección divina. Todavía más. Prosigue nuestro benignísimo Salvador diciendo: «Qualquiera, pues, que se humillare como este niño, ese será el mayor en el reino de los Cielos. Y el que acogiere á un niño tal, cual acabo de decir en nombre mío, á mí me acoge; más, quien escandalizare á uno de estos parvullitos que creen en mí (notad bien, católicos, la expresión: que creen en mí), mejor sería que le colgasen del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno, y así fuese sumergido en lo más profundo del mar.» Ya lo veis, no puede darse mayor recomendación en favor de los niños que la que el mismo

divino Salvador nos hace, diciéndonos: Que el que acogiere á un niño, al mismo Salvador acoge. Ni tampoco puede pintarnos su divina Majestad el horror que le inspira el escandalizar á los niños con más vivos colores que los que nos manifiesta el divino Señor, cuando nos dice: Mejor sería que fuese sumergido en alta mar con una piedra de molino atada al cuello el que tal hiciera.

Por último, nuestro divino Maestro acaba su recomendación dirigiéndonos estas memorables palabras: «Mirad, que no despreciéis á ninguno de estos pequeñitos, porque os hago saber, que sus ángeles en los Cielos están siempre viendo la cara de mi Padre celestial.» Esto es: sabed que estos niños, que vosotros creéis sin defensa, que vosotros miráis con desdén ó menosprecio, sabed, digo, que no están solos, que tienen protectores, que tienen poderosos amigos que velan por ellos, y validos muy allegados al trono del Todopoderoso, ante quien dan cuenta diaria de sus inocentes cometidos. Ángeles los defienden, un Dios los mira con especial predilección, hermanitos vuestros son, inocentes son, sencillos son; son un campo virgen que se os encarga cultivar; son tiernas plantas que debéis cuidar con el mayor esmero para que á su tiempo den sazonado fruto; son un nueva generación fresca, tierna, que lleva consigo la señal de la vitalidad; nueva generación, que debe suceder á vosotros, que os debe reemplazar. «Mirad, pues, que no despreciéis á ninguno de estos parvullitos.» Á la vista de tantas y tan expresivas recomendaciones de un Dios, ¿cuán noble, cuán sublime no será la misión de la enseñanza y de la educación de los niños? ¿Hay por cierto nada más tierno, nada más interesante, nada más útil que formar en la virtud á esos tiernecitos corazones, todavía inocentes, pero no todavía maduros, en los combates que les esperan á la puerta de la edad de la razón? ¿Hay nada más consolador, que el dulce placer de desterrar de esos inocentes corazones las limbrillas del error, y encender en ellos el esplendoroso fanal de la fe? ¿Hay misión más alta, que la de impedir el que Satánís y sus perversos confidentes tomen posesion de un corazón todavía puro y virgen de toda corrupción? Y si por desgracia, el enemigo comun del género humano hubiera tomado posesion en virtud del pecado original, y las aguas regeneradoras del santo bautismo todavía no lo hubiesen purificado, ¿hay más noble empeño que el de formar de ese corazón un templo vivo del Espíritu Santo? Convergamos, pues, católicos, en que la misión de la enseñanza y de la educación cristiana es noble, es santa, es muy acepta á los ojos de Dios. Concluyamos estas pruebas con una, sacada del santo mártir Casiano, cuyos cultos nos tienen reunidos en este lugar.

Pocas noticias nos dan de la vida de nuestro Santo las crónicas de nuestra santa madre la Iglesia. Sábese, sin embargo, sinó lo bastante para satisfacer nuestra impaciente y avara curiosidad, al menos lo suficiente para nuestra edificación y modelo. Ejercitábase el Santo en enseñar á los niños de Imola, ciudad de Italia, los primeros rudimentos de las letras y educacion. Hacíalo el Santo con toda la integridad de un varon virtuosísimo y con el celo de un cristiano fervoroso. Juzgó nuestro bienaventurado Casiano, que la escuela era un taller de virtud y una entrada para las ciencias: no se desdendió, antes bien tuvo á mucho honor el poder emplearse en la educacion de la niñez, objeto de las ternuras y de la predileccion de nuestro divino Maestro. En cada niño veia representada la imagen del Salvador; y como la mayor parte de los que el Santo tenia á su cargo eran hijos de padres idolátras, se complacia en insinuar con prudencia en sus tiernos corazones sentimientos cristianos y morales. Rogaba nuestro bienaventurado Casiano porque todas aquellas criaturas que estaban á su cargo recibiesen las saludables aguas del bautismo, y con ellas la perfeccion de la doctrina y virtudes cristianas. Tales eran las plegarias que nuestro Santo dirigia al Señor; y todas sus acciones y palabras, y el ejercicio entero de su profesion no llevaban otro objeto que el indicado. Santificábase, pues, nuestro Santo á sí mismo, y santificaba con su ejemplo el ministerio que ejercia.

Al mandarnos nuestra santa madre la Iglesia tributar cultos al glorioso S. Casiano, ha querido y quiere mostrarnos con su ejemplo la santidad de la enseñanza y educacion cristiana, pues que estas dos ocupaciones, aun teniendo lugar en medio de la idolatria, y presentando forzosamente mil dificultades, peligros y necesidades de prudentes precauciones, fué, decimos, á pesar de esto, un medio de santificación para el glorioso mártir Casiano. En nuestros países cristianos, en el seno de la civilizacion y del catolicismo, ¿cuántas más ocasiones de santificarse y santificar á los niños no presentará en nuestra época la enseñanza y pública educacion de los niños? Cesen, pues, esas funestas prevenciones contra un cargo honroso, contra una mision noble, contra un ministerio útil. La enseñanza y educacion de los niños es un cargo honroso para un verdadero cristiano: porque, ¿qué mayor honor que el de tomar á su cargo la formacion del tierno corazon de esos angelitos, que tanto ama Dios, que con tanta distincion y honor acogió nuestro divino Salvador? La enseñanza y educacion de los niños es una mision noble; porque, ¿qué funcion más augusta, que la que ejerce un celoso maestro que vela por la inocencia é ilustracion de sus discipulos, que emplea lo más

florido de su edad y su tiempo más precioso, en disipar los errores, y en sembrar las semillas de la virtud en los jóvenes y vírgenes corazones de sus alumnos? La enseñanza y educacion de los niños es un ministerio útil; porque, ¿qué ministerio puede ser más útil al niño, que el que abre su corazon á Dios y á la virtud? ¿Qué ministerio más útil á la sociedad, que el que le forma y prepara útiles retoños, que un día verán como pimpollos de oliva al rededor de su madre patria, micntas que, más tarde, sean tal vez hermosos plátanos que descuellan entre los más elevados ingenios, entre los más virtuosos ciudadanos? Creo haberos probado suficientemente que el ejemplo del bienaventurado Casiano nos muestra la noble mision de la enseñanza: réstanos haceros ver la santidad de la justa correccion de los niños.

Escrúchad, católicos, lo que respecto de la correccion nos dice el Espíritu Santo: «Cuando necesario fuere, no dejes al niño sin castigo (1).» Esta admirable sentencia del Espíritu Santo merece ser comentada. Es tan importante y tan necesaria aún para la sociedad, que el Espíritu Santo no se hubiera dignado entrar en tan menudos detalles, si no hubiera en ello un gran bien encerrado. Estadme atentos. El hombre, como ya os he dicho, católicos, ha sido criado para el bien, y, sin embargo, de su propio peso tiende al mal. Preciso le es un freno que lo contenga; de lo contrario se desboca; y no hay animal más fiero que un hombre desenfrenado. Reflexionad un poco sobre los países salvajes, en donde no hay otra educacion que la bárbaria hereditaria. ¡Qué horror, santo Dios! El embrutecimiento, el asesinato, el desenfreno de pasiones, la más grosera ignorancia; ninguna civilizacion, conocimientos erróneos ó nulos; una degradacion tan espantosa, que la compañía de las fieras es una sociedad ménos bárbara que las tribus salvajes. Tal es el hombre abandonado á los instintos de la naturaleza decaída. En toda sociedad regularmente constituida, el castigo y la correccion se han considerado como un freno necesario para contener en sus deberes al hombre racional. Aun más. Existen en el corazon del hombre, y cuando hablo del hombre en esta ocasion, quiero entendais tambien al niño; existen, decia, en el corazon del hombre dos principios, que luchan, que se combaten continuamente: el gérmen del bien, nativo en el hombre y puesto por el Criador en lo más hondo del humano corazon, y la tentacion del mal, que continuamente se levanta para sofocar aquél. De ahí, esa terrible lucha, que principia con la infancia

(1) PROV. XIII, 24.

y acaba con la última respiración del anciano decrepito. El hecho es cierto, es evidente, es universal. Lo experimentais vosotros, lo experimento yo, lo experimentamos todos los seres humanos. Ahora bien, católicos: para que el gérmen del bien, que existe en el fondo de nuestro ser; para que ese destello de la divinidad, que subsiste siempre en nosotros; á pesar de todas las voluntarias degradaciones de la naturaleza individual, no quede sofocado á impulso del mal, necesario es que éste sea reprimido, sea castigado: la naturaleza humana, sintiéndose inclinada al mal, necesario es refrenarla con el castigo, para no impedir el desarrollo del gérmen del bien. Ved, pues, en pocas palabras toda la razón, toda la teoría del castigo correccional.

Si en alguna época necesita el hombre de este remedio, en ninguna más á propósito, en ninguna más ventajosamente que en la de la niñez. Porque la naturaleza no ha tomado aún resabios que hagan difícil ó imposible, en lo humano, la cura, como sucede en las edades más avanzadas. Cuando no fueran tan obvias las razones sacadas de la misma razón natural, bastarían el consejo, y aun precepto formal del Espíritu Santo sobre esta materia, para rendirnos á su mandato divino. Muchos, muchas son los testimonios de las santas Escrituras en que se recomienda altamente la corrección de los niños. Ya veis, amados míos en el Señor, de cuánto precio es delante del Señor la justa y santa corrección.

El Santo cuyos cultos celebramos hoy, empleó también á su vez el rigor moderado con los niños de su escuela, cuando así lo creyó conveniente. No miró á la carne ni á la sangre, sino á su deber para con Dios, y éste fué su guía. Ni cómo podría obrar de otra suerte cuando la ley de su Señor Dios está esculpida en su corazón? Destinado un día á ser un mártir ilustre de la religión cristiana, cumplió los deberes de su ministerio, siguiendo en un todo los consejos y las inspiraciones del espíritu del Señor. No ignoraba que, viviendo en medio de una sociedad pagana, y bajo la dominación de los emperadores romanos, enemigos declarados del cristianismo, y sus más crueles perseguidores, estaba expuesto continuamente á los resentimientos indiscretos de sus convecinos, que interpretarían sus justos rigores en sentidos diversos, y siempre segun las afecciones de la carne. Pero nada pudo doblegar la firmeza de nuestro Santo; cumplió sus deberes sin atender á la carne, ni á la sangre, ni á respetos humanos; y el Señor Dios, remunerador supremo, quiso recompensar los desvelos de su siervo Casiano llamándolo á participar de la palma inmortal del martirio.

Sufría la Iglesia una de las más sangrientas persecuciones; y llegando á noticia del juez de Imola, que Casiano era cristiano, después de haberle arrestado, soltólo, por cuantos medios le fueron posibles, reducirle á que sacrificase á los ídolos. Esos simulacros, contestó el ilustre confesor de Jesucristo, esos ídolos á quienes el pueblo ofrece incienso, son verdaderos demonios y maestros de iniquidad: yo adoro al Dios verdadero. El juez, viendo ineficaces todos sus esfuerzos, discurrió el diabólico arbitrio de recurrir á los niños de la escuela de Casiano; y persuadiéndoles que su maestro era un hombre perverso y sacrilego, les incitó y dió libertad para que le quitasen la vida. Provocados los niños, del juez y de sus padres gentiles, por una parte, y resentidos, por otra, de los justos castigos que sufrían en la escuela, se arrojaron sobre su maestro, que desnudo se hallaba fuertemente atado á una columna. Los discípulos pequeños, que él habia instruido con tanto cuidado y trabajo, y cultivado con tan amorosa solicitud, esperando formar de ellos fervorosos cristianos, descargaron sobre él terribles golpes con sus cartillas de boj; y con los punzones de hierro de que se servían entónces para escribir, le abrieron innumerables heridas, hasta que rodeado de espíritus celestiales voló su alma al Cielo.

Maestros y maestras, que teneis á vuestro cargo la enseñanza y educación cristiana de la infancia, sabed que vuestra misión es noble, que vuestra misión es santa, que vuestra misión es importante, que vuestra misión, sobre todo, es aceptísima á los ojos del Señor. Esas almas puras que teneis á vuestro cargo, son las amadas con predilección del Dios que las ha criado y que os las ha confiado. Llamadas están á vocaciones que os son desconocidas, pero que todas entran en el plan de la divina Providencia. Es un depósito sagrado y preciosísimo que se os ha confiado, y del que teneis que responder ante Dios y ante los hombres. Infundid en esas almas la sana doctrina, la moral santa y cristiana; instruillas, sobre todo, en las verdades y misterios de nuestra santa fé católica. Después de estos primeros y sagrados deberes, instruillas también en los rudimentos de las letras. Porque si lo primero combate la concupiscencia, lo segundo principia á disipar las tinieblas de la ignorancia. Lo uno y lo otro son cosas necesarias; lo uno y lo otro entran en vuestra noble misión; ambas cosas entran en los planes de la Providencia, porque ambas cosas ejercen una influencia poderosísima en el curso de la vida. Una vez que la nave que conduce estas almas tiene un sólido cargamento de virtudes y doctrina cristiana, bien puede atravesar anchurosos mares. Pero si la nave está vacía,

muy pronto es juguete de las olas, y perece en su derrotero. No basta; amados míos en el Señor, no basta enriquecer como es debido la inteligencia; hay otra función no menos augusta: la de formar esos tiernos corazones que se os han confiado. Un buen corazón es un tesoro inapreciable; formados, pues, á la medida del de nuestro Señor Jesucristo, esto es, hacellos dóciles, mansos, castos, obedientes, sufridos y aplicados. Vemos demasiado frecuentemente, dejarse llevar de su propio orgullo, y extraviarse por su indiscreto saber muchos ingenios jóvenes, cuyo corazón no ha sido bastantemente bien formado: un buen corazón es una garantía que asegura contra el mal. Creedme, vuestra misión en la enseñanza y educación cristiana de los niños es mucho más agradable al Señor de lo que os podeis figurar. Tribudad gracias sin fin á ese divino Señor, que tan dulce y tan poderosamente os obliga á santificaros á vosotros mismos, santificando á los niños. Aunque ya en la tierra recibís como recompensa de vuestras tareas el agradecimiento de los mismos niños, mucho más reconocidos de lo que vulgarmente se cree, y el de los padres, y el de la sociedad entera, que consideran en vosotros unos beneméritos ciudadanos, la recibiréis también en el Cielo, en donde millares de angelitos, á quienes tal vez habreis formado para la gloria con vuestros cuidados y solicitudes, os esperan para agradecer eternamente esos vuestros continuos desvelos con que los cuidasteis en la tierra.

Iniciad, pues, amados míos en el Señor, los espíritus de los niños en los rudimentos de las ciencias; formad sus corazones en las prácticas de la virtud. Y de este modo, después de haber debidamente cumplido en la tierra, á imitación del glorioso S. Casiano, con una misión noble, santa, útil, importante y acepta á Dios, lograreis en premio de vuestras dulces tareas la recompensa eterna de la gloria. Amen.

PANEGÍRICO

DE SANTA CATALINA, VIRGEN Y MÁRTIR.

Certamen forte dedit illi ut vinceret, et sciret quantum omnium potenter esset opulenta.

Hic se salit vencedor en la gran lucha, á fin de que conociese, que de todas las cosas la más poderosa es la sabiduría.

(SAP. X. 12.)

¿Qué tendrá la Religión cristiana, amados oyentes míos, que desde su nacimiento hasta el día en que vivimos, no han cesado de impugnarla, insultarla y combatirla todas las fuerzas humanas, todas las baterías del Infierno? Una Religión bajada del Cielo, enseñada por el mismo Hijo de Dios, conforme á las ideas del Altísimo, ajustada á la rectitud de su divino entendimiento y á su voluntad soberana, ¿podrá intimar artículos, dogmas, misterios ó sacramentos; prescribir doctrinas, ritos ó ceremonias ó algun código de moral, que repugnen á la razón, destruyan los principios del hombre, ó se opongan á la ley natural y eterna, que todos los mortales llevan grabada en su mente? ¿Qué al contrario, Religión adorable de mi Señor Jesucristo! Porque eres santa, te aborrecen los malvados; porque eres tan pura, te odian los deshonestos; porque eres tan humilde, te persiguen los soberbios; porque eres toda espíritu, te hace guerra la carne; y porque eres toda luz, no te pueden sufrir los ojos débiles de los hijos de las tinieblas. Es cosa digna de lástima no querer el enfermo la salud, ni el ciego la claridad de la vista, ni el demente la restitución del juicio, ni el frenético la tranquilidad del ánimo, ni el esclavo de sus tiránicas pasiones la libertad y señorío de sí mismo. Pero ¿qué digo no querer? se enojan, se irritan y se enfurecen contra toda mano caritativa y benéfica que intente su curación, su remedio y su salud. El mismo Jesucristo, que es la sabiduría del Padre, arguyó y convenció al mundo de sus errores, ceguera y locura; pero no le

convirtió ni redujo á su deber. A excepción de un puñado de gente que se agregó á su escuela, los demás se quedaron como se estaban, y aún repugnaron su doctrina, mordieron su fama, desacreditaron sus milagros, comovieron la plebe, atropellaron las leyes; y no pararon hasta sacrificarle al odio, al furor y la venganza. Lo mismo pasó con sus apóstoles y discípulos: el pago de sus tareas, el premio de su predicación y el fin de su apostolado fueron las contumelias, los destierros, las cárceles, las cadenas, los azotes, los suplicios y la muerte. Los magistrados, los reyes y emperadores envejecidos en su falsa creencia, eran los más empeñados en el exterminio del Cristianismo, publicando leyes, fijando edictos, intimidando con mil suplicios y géneros de muerte á cuantos se alistasen en las banderas del Crucificado.

Tal era, hermanos míos, á fines del siglo tercero, Maximino, el impio y detestable Maximino, enemigo jurado de la Religión cristiana por principios, por razón de estado y por política; monarca cruel, jefe aborrecible, juez venal capaz de todos los horrores, pues se gobernaba por sus vicios. Con este monstruo de la humanidad había de lidiar y medir la fuerza una doncella tierna, un vaso frágil, una caña débil, una virgen cristiana de diez y ocho años. Ya entendeis, hermanos míos, que os hablo de Catalina, de la grande, de la celebre, de la inclita Catalina, de esta rosa de Alejandría, de esta flor del campo y lirio de los valles, azucena de pureza, amapola de sencillez, clavel de rubor y honestidad, retama de amargura y de dolor. Esta invencible heroína sale al campo en este día á luchar con Maximino; la debilidad con el poder, la humildad con la soberbia, la castidad con la lascivia, la mansedumbre con la ira, la razón recta con el deslumbramiento, la religión y la fe con la superstición y el error. Pero no hay miedo; el ángel del Señor la acompaña y la sostiene. El emperador romano se estrellará en este grano de arena; y Catalina entrará triunfante con laureles inmarcesibles, con mil palmas, coronas y trofeos en la celestial Jerusalén, patria de los escogidos. Pero veamos el certámen de esta ilustre combatiente para mejor celebrar sus triunfos; Catalina pelea con las razones y argumentos de Maximino; Catalina pelea con los halagos y caricias de Maximino; Catalina pelea con la tiranía y crueldades de Maximino; y Catalina vence, postra y confunde toda la armería de Maximino, y por todos los flancos por donde le embiste. La diestra poderosa la acompañó en todos sus pasos y le presentó batallas bien reñidas, para que saliera vencedora y supiera, que la sabiduría de Dios es superior á todas las fuerzas del Cielo y de la tierra. Argumentos de la razón,

atractivos del amor, tormentos de la fiereza; ved ahí el triplicado combate de nuestra esclarecida Santa, que forma el timbre de sus glorias, la materia de mis alabanzas y el objeto de vuestra benévola atención. Pidamos los auxilios de la gracia. *A. M.*

El más temáz y porfiado enemigo de la religión cristiana ha sido siempre la vana sabiduría del mundo. Desde que se dejó ver entre los hombres les corrompió el corazón, les trastornó el cerebro y los infatuó con sus hechizos. Vino Jesucristo al mundo á disipar estas tinieblas, propagó su religión por todo lo descubierto del globo, introdujo la verdad, no solo en las sinagogas judaicas, sino en las escuelas gentílicas; penetró hasta en las academias de los gimnosofistas, de los bracmanes, de los druidas, de los persas y de los árabes; de los bárbaros y de los escitas, de los griegos y de los romanos; y al oír la novedad los sábios, oradores y filósofos, aunque discordantes en varios artículos de sus respectivas sectas, se reunieron y estrecharon entre sí, para formar un cuerpo de oposición y resistencia á una doctrina reciente y nunca oída, que destruía de raíz los fundamentos de toda su hinchada sabiduría. Un Dios, una fe, un bautismo; una pena y una gloria sempiterna; la transfusión del pecado, la postulación de la naturaleza, la necesidad de un reparador; la virtud de su gracia, la encarnación y la muerte de un Dios; la justicia, la templanza, la humildad, la castidad, la modestia; ved ahí parte de los dogmas y de la moral que predicaba esta religión divina. Pero al eco de esta voz, al sonido de este clarín, al estampido de este trueno, se taparon los oídos los sábios y eruditos de la tierra, se escandalizaron, se irritaron y enfurecieron, no pudiendo sufrir el resplandor de la luz que les daba en los ojos; y además de vomitar el negro veneno de sus entrañas en mil escritos virulentos, apelaron á la violencia y á la fuerza; y comprometieron la autoridad á interés de los príncipes para exterminar el Evangelio.

Ya tenemos á Catalina y Maximino en la palestra: el certámen será fuerte; el triunfo ha de ser glorioso. El emperador romano echó un bando general, bajo la pena de muerte, para que todos los vasallos y súbditos del imperio en los términos del Egipto, concurriesen á la plaza mayor de Alejandría ó á los templos de los ídolos, á ofrecer incienso á los dioses inmortales; estrecho apuro para los pobres cristianos, los más obedientes y sumisos á la voluntad del príncipe; pero más sumisos y obedientes á la voluntad de Dios, cuando ésta es contraria á la del hombre. Una noche de tristeza cayó sobre aquella santa grey de Jesucristo al oír el edicto imperial; y ya veían ve-

blasfemais, y á quien su misma nacion reprobó é hizo morir, no es simplemente un hombre: es Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero; es la segunda persona de la inefable Trinidad, el mismo Verbo del Padre, que compadecido de las miserias humanas, no hallando medio más apto á curar las llagas de la naturaleza herida y dar satisfaccion á la divina justicia, bajó del Cielo á la tierra, se encarnó, nació, padeció y murió por todos los hombres, aún por los mismos que le quitaron la vida. Sus milagros llenaron el mundo de asombro; su resurreccion gloriosa, sin que la muerte pudiese detenerle en el sepulcro, fué el testimonio más auténtico de su poder y de su inocencia. Sus palabras infalibles, sus predicciones cumplidas á la letra, su doctrina purísima sin mezcla de lunar ni de mancha, ya veis la rapidez con que se extiende, y el gusto con que la abrazan las gentes hasta dar la sangre por ella. ¿Podrá ser esto invento humano, ilusión, barbarie y fanatismo? ¿No está patente el dedo de Dios en esta obra? ¡Oh querida Catalina, bendita sea tu lengua, y loados y benditos los acentos de tu boca! A la manera que un rayo desprendido de una preñada nube quema, abrasa, rompe, hiende, raja y desmetaza cuanto encuentra, sin que piedra, hierro, ni bronce resistan á su poderosa fuerza ni al ardor de su llama; del mismo modo el discurso de Catalina es un meteoro inflamado que todo lo abrasa y lo reduce á cenizas; su voz es un trueno que aturde, su demostracion es un relámpago que deslumbra, sus ratiocinios son centellas que penetran, sus argumentos son lazos que atan, fuerzan, convencen y rinden; aquellos grandes filósofos se encogen, camudocen; se quedan como estatuas sin articular palabra; porque la verdad los ha sobreecogido de pasmo, les ha ilustrado el entendimiento, les ha doblado el corazón, y han pasado en un momento de maestros de las tinieblas á discípulos de la luz. Mil enhorabuena, ilustro Catalina, veneiste á los sábios del mundo; mil enhorabuena, sábios del mundo, quedasteis vencidos con honor y triunfasteis del error con generosidad y con gloria. Dad gracias á la elocuencia de Catalina que os ha arrastrado á su partido, y más gracias á la bondad del Señor, que os ha llamado á la fé para que la selleis con vuestra sangre. Maximino, dado al despecho y á las furias infernales, ha de combatir nuevamente con Catalina; y si ha quedado vencido en el primer ataque, se persuade de que vencerá en el segundo.

No hay combate más temible que el combate del amor; y en ningún género de lucha se han visto mayores heridas ni mayores estragos que en luchas amorosas. Nuestro corazón de carne se derrite á los afectos, halagos y caricias como la cera al calor de la llama, y es

locura manifiesta esperar victoria de este enemigo sinó huyendo y dándole la espalda. ¡Ojalá que no nos metiésemos en abismos, cuya salida es imposible sin quemarse ó tiznarse la mejor gala del alma! No se metió Catalina en este laberinto pero la metió Maximino: aquella era casta y honesta, éste voluptuoso y lascivo; aquella tenia frecuente trato con el ángel de su guarda, éste lo tenia con el demonio Asmodeo; aquella habia consagrado su virginidad al Altísimo, éste habia entregado su cuerpo al desenfreno de su apetito. Desde que la vió en el circo disputar con los filósofos, tan agraciada, tan bella, tan airosa, tan noble, tan cortesana, tan política, tan juiciosa, tan prudente y tan cumplida, sintió herido su pecho de aquella poderosa flecha, que sin derramar sangre penetra las entrañas y se clava en lo hondo del corazón. Comió sagaz, astuto y artificioso, ó más bien como cautivo y esclavo de la pasión más tiránica, toma nuevas armas para la nueva conquista: deja á un lado la gravedad, el decoro, la magestad y la grandeza, y se viste de humanidad, de cortesania, de sumision y rendimiento; la dureza se convierte en blandura, la sequedad en placenteria; el ceño en tisonja. ¡Oh pasión, y cuántos semblantes mudas para lograr tus intentos! Antes Catalina era para Maximino objeto de desprecio, ahora lo es de estimacion; antes era el blanco de sus iras, ahora lo es de sus cariños; antes no podía véela sin aborrecerla, ahora no puede mirarla sin amarla. ¡Mala enfermedad ha contraído este hombre; y lo peor es, que ha dado en pena viva! Pero ¿qué no es capaz de hacer un amante, especialmente si es poderoso, si es opulento, si es principe, si es monarca? La espada del poder todo lo corta; el ceño de la magestad todo lo rompe; la llave de oro todo lo abre; y un alto personaje apasionado tiene andada la mitad del camino para arribar al término. ¡Cuánto habia que temer en una mujer jóven, querida, requebrada, solicitada y combatida por un principe resuelto y empeñado, y que ponía en movimiento todos los artificios del amor! Os lo confieso, hermanos míos, de cualquiera mujer, por firme y varonil que fuese, hubiera yo temido la darrota; pero es Catalina la contrastada, y esto me saca de zozobra y de susto.

Yo quisiera saber de nuestras damas cristianas y tan preciadas de honestas, qué hubieran hecho en las críticas circunstancias en que se hallaba Catalina. Pero no; dejo á la sabiduría de Dios excoufrinar los corazones. Ello es cierto, que de una debilidad y pasiva connivencia al gusto de Maximino, resultaban bienes incalculables; el lobo se convertía en cordero, la persecucion casaba, los fieles respiraban, la Iglesia lograba la paz, el paganismo

caja, la cristiandad progresaba, millares de inocentes destinados á muerte redimían la vejección y la vida; los aúlicos, palaciegos y ministros del estado seguramente mudaban de religion al ejemplo del príncipe, y Catalina entronizada hubiera sido la Esther poderosa con este nuevo Asuero, y la gran favorecedora de su nación y de su pueblo. ¡Cuánto peso no tenían estas razones políticas y religiosas miradas á la luz de la prudencia humana, y según los impulsos de la sensualidad y de la carne! Pero Catalina, la sábia Catalina no se deja deslumbrar de falsos resplandores. Tan fiel como discreta pone en manos de Dios el cuidado de su Iglesia, y renueva en las aras del Esposo de las vírgenes la pureza que le consagró desde niña. Desposada con el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, llevando impreso en su corazón el sello del divino amor, y en su dedo el anillo de la fe y de la más leal correspondencia, y viendo al mismo tiempo que Maximino no se daba por entendido de sus desvíos, desaires y repulsas, se resuelve á hablarle claro y quitar el más leve pretexto que pueda alimentar su esperanza. ¡Oh emperador, le dice, no esperes de esta virgen cristiana sino un saludable desengaño y la resolución de la virtud! Haría traición al Esposo del Cielo si entregase mi corazón á ningún hombre de la tierra; y sería la mayor locura por la gloria frívola de este mundo perder la corona inmortal que me tiene prometida. Si conocerás á este mi Señor y mi amante, ¡cuánto te admirarías de su hermosura, de su majestad, de su grandeza! Abre los ojos al rayo de la luz, que no te arrepentirás de mis consejos. Magnánima Catalina, ¡qué caro te ha de costar el desengaño! No es Maximino hombre que se rinda á la fuerza de la razón; es una fiera para quien son inútiles toda persuasión y todo convencimiento. Hasta aquí ha llevado el negocio por caricia y por halago; ahora lo llevará por rigor y por firmeza; temible en su amor, es igualmente temible en su aborrecimiento. El cielo te asista y te favorezca, para que así como triunfaste de la pasión más empuñada, así triunfes también de la barbarie más enredada.

La altanería de Maximino ajada por los relatos de Catalina, sus pretensiones burladas, sus esperanzas fallidas, sus flechas embotadas, todos sus tiros repetidos, ¡qué enojo! Su amor despreciado, ultrajado, envilecido, ¡qué furor! ¡qué despecho! No hay expresiones que expliquen el encono, la rabia, el frenesí de este príncipe. Un toro herido con el hierro de la lanza es una débil figura de su ánimo exasperado. Todo el amor se ha vuelto aborrecimiento, y la humildad y blandura se han convertido en crueldad y en barbarie. Si no ha vencido á fuerza de caricias, pretende vencer á fuerza de tor-

mentos. Manda al punto desnudar á mi pobre Santa (confusion para ella más sensible y dolorosa que mil muertes), y que con varas, correas y látigos empalmados, despedacen los verdugos aquellos miembros virginales, delicias de los ángeles. Unos ministros de Satanás, enemigos jurados de Jesucristo, ansiosos por ganar la gracia del tirano á fuerza de violencias, ¡cuál pararán á nuestra gloriosísima Catalina! Miradla toda herida, lacerada, destrozada, hecha una cruel carnicería, dando testimonio con la sangre de sus venas á la verdad de nuestra religion santísima. ¡No habeis visto, hermanos míos, en tiempo de verano una nube oscura y temerosa, que se deshace en un espeso granizo ó en un torbellino de dura piedra, y al caer sobre los campos, aquí corta los tiernos pámpanos de las vides, allí troncha las doradas espigas de los sembrados, en esta parte despeja las plantas de sus verdes hojas, en la otra maltrata las flores y los frutos, y no hay cosa tierna y delicada en las yerbas, en las flores, en los árboles y en las plantas que no arruine y destruya? Así, puntualmente, aquellos sayones bárbaros, descarjando sobre la tierna virgen una densa lluvia de furiosos golpes, no dejaron parte sana en su delicado cuerpo: le rasgaron el cutis, le abrieron las venas, le rompieron los nervios, le quebrantaron los huesos, y la dejaron hecha un cuadro triste, digno de la mayor lástima; y como si no fuera bastante tanta brutalidad, le arañaron y le arrancaron las carnes con puntas y garfios acerados, añadiendo llagas á llagas, heridas sobre heridas y tormentos á tormentos. Pero le faltaba todavía al furor tocar la última línea de la sana diabólica, y encendiendo unas hachas de pez, resina y alcrebite, aplicaron el fuego á los costados de la Santa, para derretirle los pechos al ardor de la llama. ¡Oh crueldad! ¡Oh inhumanidad! ¡Oh feroz! Pero ¡qué se afligió su corazón? No; ni una queja salió de su boca, ni una lágrima de sus ojos, ni un suspiro de su pecho.

No fué movido el perdido Maximino del menor sentimiento de piedad, cuando muchos de los gentiles lloraban de compasion y de lástima; ánes más embutecido y furioso cuanto Catalina más invencible y más fuerte, la manda encerrar en una cárcel estrecha y tenebrosa y privarla de toda comunicacion y de todo alimento, para que, abandonada á la tristeza, el dolor, el hambre y el despecho, ó la necesidad, la rindan, ó la muerte la acabe. Soberbia humana, ¡qué vanos son tus conatos! ¡Qué débiles tus recursos! El Omnipotente tiene obediente á su voz toda la naturaleza; de las tinieblas saca la luz, y las piedras las convierte en pan para regalo de sus hijos. ¿Qué es lo que veo en el oscuro calabozo en que yace Catalina? Yo

veo un resplandor brillante que afrenta al sol de mediodía: oigo unos acentos tan dulces que embargan las potencias; advierto el ángel de Habacuc ó de Elias, que trae á la noble prisionera el manjar de la gloria, regalado sustento del Cielo; veo soberanos médicos, que le cierran las heridas, le vendan las llagas, y la dejan más sana y vigorosa que antes de maltratarla. No quiere el esposo que la esposa se queje de su amor y fina correspondencia. Pero otra cosa estoy viendo que me sorprende, y más y más me asombra. La emperatriz Faustina, Porfirio, capitán de la guardia, un escuadrón de doscientos soldados visitan á Catalina, ó por piedad, ó por curiosidad, ó por malicia; y al ver aquel milagro de modestia, de paciencia, de alegría y de hermosura todo junto, se paran, se suspenden, lloran, se enternecen, cruzan las manos, se dán á partido; y protestan, en presencia del Cielo y de la tierra, que no servirán, ni militarán sino bajo el estandarte de la cruz, por más que el emperador rabie y lo haga pedazos. Gracia victoriosa de mi Señor Jesucristo, quién alabaré dignamente tu poderío y tu virtud? ¿Qué atractivo tendrá esta Catalina que todo lo atrae para sí? Toca á los filósofos y los arrastra; toca á los soldados y los rinde; toca al prefecto del pretorio y lo avasalla; toca á la emperatriz y la dobla, la gana, la cristianiza. Solo Maximino es un réprobo, que arde ya en la hoguera del abismo, y solo vive para vergüenza de todo lo bueno. Rabioso, colérico, enfurecido por la desercion de toda esta gente tan querida y favorita, los condena á todos al degüello, para que horraen con la sangre la mancha de su apostasía. Los soldados siempre habian sido valientes; pero nunca lo fueron tanto como ahora, que entregaron como corderos sus cuellos al cuchillo. Faustina, dama delicada, pero acostumbrada á los reveses de la fortuna, si que temía de su flaqueza; y abrazada con Catalina, le dice: Hija mía, alcánzame de tu Esposo, pues que tanto puedes con él, ánimo y fortaleza para morir por su amor. Anad, señora, le responde Catalina; valor tendreis para todo: morid segura de la proteccion del Dios del Cielo, y preparadme asiento en la morada eterna, que yo presto os seguiré y os daré un abrazo en la region de los santos.

Ya no vivia Maximino, deshechado, avergonzado, corrido, si no acababa con Catalina, causa de todos sus azares. Pero queria acabar con ella con un género de tormento desusado, que causase horror y espanto. Ni las hogueras, ni las cruces, ni los eucleos, ni las castas, ni los cordales, ni las sierras, ni las parrillas, le parecian bastante crueles y dolorosas. Su barbaridad buscaba en qué cebarse y desfogar la fiereza, cuando hé aqui que uno de sus confidentes, tan

malvado como él, se ofrece á hacer una máquina formidable, una máquina espantosa, parto de un ingenio cruel y sanguinario, compuesta de cuatro ruedas armadas de agudos cuchillos, y de aceradas navajas encajadas entre sí y de tal suerte trabadas, que recibiendo el cuerpo entre sus dientes y dándole impulso al muelle, todos los nervios, arterias, tendones, carnes y huesos se cortasen, se machucasen, se moliesen, se desmenuzasen y se redujesen á una sangrienta masa con dolor intensísimo é intolerable. Ufano Maximino con este invento infernal tan de su gusto, manda luego meter á Catalina entre las puntas de las navajas. ¡Oh Dios mío! ¿qué suplicio para una doncella tierna! Yo temblo al recuerdo del horroroso espectáculo; el pecho palpita, el corazon desmaya, el ánimo cae, el espíritu se horroriza, el natural flaquea y desfallece; solo Catalina no teme, ni se contrista; su corazon está más tranquilo que el mar en calma. Su cuerpo podrá ser destruido; mas su ánimo no podrá rendirse. Pero ¿qué! ¿permitirá el Señor, que el tirano se lisonjee del triunfo, que insulte á su querida esposa, ó se burle de la religion cristiana? No por cierto; no es honor del esposo abandonar á la esposa. A una breve oracion de Catalina, aquella máquina infernal dá un crujido, se desharata, se rompe, se desarma por no ofender á la Santa; pero las ruedas corren, giran y dán vueltas con ímpetu y con violencia por medio de aquella turba de idólatras y paganos, haciendo en ellos el estrago que no se atrevieron á causar en una alma inocente. Catalina se duele de que los aceros no hayan cortado sus miembros, no sea que se le pierda la corona del martirio. Pero nó; no quiso el amado privarla de esta aureola, teniendo ya la de doctora y de virgen; y para que entrase triunfante en la gloria, le fué cortada la cabeza, corriendo leche en vez de sangre de aquel hermoso cuello, que merecia ser adornado de las más ricas perlas y preciosos diamantes. Dos gracias pidió esta ilustre Santa á su divino Esposo antes de su pasion y de su muerte: que su cuerpo no fuese tocado ni profanado de manos impuras; y que sus devotos fuesen favorecidos del Cielo cuando la invocasen y reclamasen su patrocinio. Entrambas se las concedió el Altísimo á medida de su gusto. Los ángeles al momento arrebataron su cuerpo, le elevaron por los aires y le sepultaron en la cumbre del monte Sinal. A sus devotos les ha dispensado el Señor tantas gracias y favores, cuantas le han pedido en nombre de Catalina. Libros enteros se han dado á luz, llenos de prodigios y maravillas obrados por la Santa á favor de sus parciales, devotos y apasionados. Pero ¿de qué servirán en nosotros estos elogios con que celebramos su grandeza y

su poder, si no imprimimos en nuestras almas una copia de tan primoroso original?

Pidamos, pues, al Señor, que grave en nuestro corazón, como grabó en el de Catalina, una viva imagen suya, imagen de mortificación y penitencia; imagen de celo y de fervor, imagen de abstinencia y humanidad, imagen de firmeza y de constancia, imagen de desprendimiento y desapego de este mundo, imagen de fe, de esperanza y de divino amor, para que siguiendo los pasos agigantados de esta heroína de la gracia, merezcamos gozar las recompensas mismas que ella goza en la eternidad de la gloria. *Amén.*

PANEGÍRICO DE SANTA CATALINA DE BOLONIA.

*Videtur gloriosa ejus.
Nosotros hemos visto su gloria.
(Joan. 3, 14.)*

Me propongo, hermanos míos, con las citadas palabras, echar el contrapunto á la voz armoniosa de aquel angelico citarista, que fué el primero que en arpa de oro cantó las alabanzas ó hizo el panegirico de aquella Santa, cuya anual fiesta celebramos hoy con la mayor solemnidad; quiero decir, de la gloriosísima Catalina. Debeis traer á la memoria aquel famoso éxtasis ó vision, por la que, reducida á una enfermedad mortal, privada improvisamente de sus sentidos y arrebatada en espíritu, fué conducida á un espacio y hermosísimo prado, adornado y brillante por todas partes de bellezas inmortales é imperceptibles para la mente humana. En medio de una hermosa y deliciosa campiña, en un trono mucho más brillante que el sol, y con un aspecto verdaderamente de príncipe afable y al mismo tiempo excelso, estaba sentado el mismo Dios, rodeándole y acompañándole en pie una multitud infinita de santos y ángeles distribuidos en innumerables escuadrones; cuando hé aquí que, apartándose de su escuadron uno de los ángeles, se salió á cierto espacio que habia desocupado en medio, se paró delante del solio mismo del soberano, y tomando la sonora arpa, comenzó, pulsándola con la mayor dulzura, á cantar y á repetir muchas veces aquel divino versículo: Su gloria se verá en tí: *Gloria ejus in te videtur* (1). Oyendo la Santa tan suavísimo canto, no cabia en sí de contento, y le parecia que ya era bienaventurada en el Cielo, cuando el Señor mismo, extendiendo el brazo derecho desde su brillantísimo trono, la tomó de la mano, y sosteniéndola, dijo: Escucha atentamente, hija, lo que dice este can-

(1) Isaí, LX, 2.

su poder, si no imprimimos en nuestras almas una copia de tan primoroso original?

Pidamos, pues, al Señor, que grave en nuestro corazón, como grabó en el de Catalina, una viva imagen suya, imagen de mortificación y penitencia; imagen de celo y de fervor, imagen de abstinencia y humanidad, imagen de firmeza y de constancia, imagen de desprendimiento y desapego de este mundo, imagen de fe, de esperanza y de divino amor, para que siguiendo los pasos agigantados de esta heroína de la gracia, merezcamos gozar las recompensas mismas que ella goza en la eternidad de la gloria. *Amén.*

PANEGÍRICO DE SANTA CATALINA DE BOLONIA.

*Videtur gloriosa ejus.
Nosotros hemos visto su gloria.
(Joan. 3, 14.)*

Me propongo, hermanos míos, con las citadas palabras, echar el contrapunto á la voz armoniosa de aquel angelico citarista, que fué el primero que en arpa de oro cantó las alabanzas ó hizo el panegirico de aquella Santa, cuya anual fiesta celebramos hoy con la mayor solemnidad; quiero decir, de la gloriosísima Catalina. Debeis traer á la memoria aquel famoso éxtasis ó vision, por la que, reducida á una enfermedad mortal, privada improvisamente de sus sentidos y arrebatada en espíritu, fué conducida á un espacio y hermosísimo prado, adornado y brillante por todas partes de bellezas inmortales é imperceptibles para la mente humana. En medio de una hermosa y deliciosa campiña, en un trono mucho más brillante que el sol, y con un aspecto verdaderamente de príncipe afable y al mismo tiempo excelso, estaba sentado el mismo Dios, rodeándole y acompañándole en pie una multitud infinita de santos y ángeles distribuidos en innumerables escuadrones; cuando hé aquí que, apartándose de su escuadrón uno de los ángeles, se salió á cierto espacio que había desocupado en medio, se paró delante del solio mismo del soberano, y tomando la sonora arpa, comenzó, pulsándola con la mayor dulzura, á cantar y á repetir muchas veces aquel divino versículo: Su gloria se verá en tí: *Gloria ejus in te videtur* (1). Oyendo la Santa tan suavísimo canto, no cabía en sí de contento, y le parecia que ya era bienaventurada en el Cielo, cuando el Señor mismo, extendiendo el brazo derecho desde su brillantísimo trono, la tomó de la mano, y sosteniéndola, dijo: Escucha atentamente, hija, lo que dice este can-

(1) Isaí, LX, 2.

to, y hazte cargo de ello, pues se habla de tí. Dichas estas palabras desapareció la vision. No me detendré á hablaros del consuelo y ánimo que dió ella á la Santa, la cual sanó inmediatamente, y estuvo extática muchos días, contemplando el canto y las voces que habia oído, y solamente me pongo á considerar el molote cantado por el ángel: su gloria se verá en tí, al cual contrapongo este otro: *Hemos visto su gloria.* El espíritu celestial habló de una gloria que se veria en Catalina; y yo hablo de una gloria que en Catalina se ha visto ya. Hemos visto su gloria, porque ya se entienda de la gloria del alma, ya se entienda de la del cuerpo, una y otra se manifestaron en ella, habiendo tenido Catalina un ensayo anticipado de ambas. Así es, oyentes míos. Si se entienda de la primera, y digo, que el alma de Catalina, aún estando viva, participó de un ensayo de aquella gloria, que no se debía á Catalina hasta despues de muerta, lo cual será el primer punto; ó se entienda de la segunda, y digo, que al cuerpo de Catalina ya difunta, se anticipó un ensayo de aquella gloria, que no se debía á Catalina sino resucitada, lo cual será el segundo. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: *A. M.*

No quisiera, hermanos míos, que os engañois ahora, y que por asegurar yo, que fué anticipado á Catalina, aún estando viva, un ensayo de aquella gloria, que no se la debía hasta despues de muerta, creyeseis que estaría exenta de los pesares, afanes y contiendas de esta nuestra felicísima vida; de suerte, que sin pasar por aquel camino de las tribulaciones que aquí en la tierra conduce las almas á la santidad, se la hubiese hecho de una vez participe de aquel gozo, que constituye bienaventuradas las almas en el Cielo. Por el contrario; así como lo que formó el carácter de Jesucristo, fué la admirable union de comprehender que gozaba de su gloria en su patria, y de viduar que padecía nuestras penas en este destierro, así, á proporcion, la misma admirable union es la que forma el carácter de los demás santos, y que formó tambien el carácter de Catalina, sin lo cual hubiera podido ser muy favorecida, pero no muy santa; hubiera podido ser muy rica de dones, pero no de virtudes. Así, no permita Dios que vosotros penseis jamás tal cosa. Mas paréuonos ántes de pasar de aquí, porque me parece, que fijando el Señor la vista en ella y registrando hasta lo más íntimo de su alma, la dice con las palabras del Esposo de los sagrados Cantares: ¡Oh cuán bella eres á mis ojos! Eres una y mil veces bella: bella por lo que muestra el semblante, y bella por lo que oculta el corazón.

Con efecto: un jardín alegre y ameno de innumerables y hermosi-

simas flores, de heroicas y singulares virtudes hubiera podido llamarse aquella alma venturosa; pero era inaccesible por todas partes á causa de tenerlo ella muy bien cerrado con una profunda humildad, que no dejaba transpirarse nada, y con una firme confianza en Dios, que á Dios solamente queria manifestar, prometiéndosele todo de Él solo. ¡Oh, cuán grande era su confianza! Lo era tanto, que aunque le faltaban todos los subsidios humanos, que aunque no tenia solar para construir su monasterio, ni auxilios para edificarlo, ni para mantenerlo, que aunque se veía en peligro de cegar ó de enfermar por obedecer, no perdía sus esperanzas; y por el contrario, así como el viento sirve al fuego para encenderlo mucho más, así la servian á ella todas las contrariedades para cobrar muchos mayores ánimos. Pues ¿y su humildad? Yo no tendria seguramente expresiones para explicarla, si ella misma no me las hubiese dado. Escuchad como hablaba la Santa de sí misma. ¡Oh desdichada de mí, que soy un abominable receptáculo de todos los vicios! Yo soy soberbia, arrogante, murmuradora y envidiosa: yo sirvo de impedimento y de obstáculo para que el mundo goce todo el bien de que está privado, y al mismo tiempo soy la causa de todo el mal que lo inunda. ¿Qué lugar se encontrará para mí ó en el Cielo, ó en la tierra, ó en los abismos? No en el Cielo, que yo no debo contaminar ni aún con mis miradas; no en la tierra, que es un teatro de la divina gloria; ni tampoco en el Infierno, porque aquí, en cualquiera parte por oscura y tenebrosa que sea, se exalta la justicia de Dios. En mí, pues, es necesario que yo me quede confundíndome en mí misma, puesto que no hay lugar más hediondo y digno de mí que yo misma. Considerad ahora, si podria tener nadie entrada en aquel huertecito tan celosamente custodiado y cerrado. Pues bien, exclama el Esposo, una vez que nadie puede tener noticia de las riquezas de este huerto, ni ver, ni observar con sus propios ojos la hermosura ni abundancia de sus flores y frutos, difundáse á lo ménos por todo alrededor del impenetrable recinto y fuera de la cerca la fragancia y el olor. Parta del lado septentrion un furioso viento, que, agitando y meneando todas las plantas de tan rico y bello jardín, haga correr ya rarefacto con mi templado austru una aura divina, que lleve hasta muy lejos en sus veloces alas el suave hábito de sus olorosísimas aromas. Levántate, cierzo, y vén austru, se dice en los Cantares; sopla en mi huerto y corran sus aromas (1); esto es, levántese la tribulacion, levántese la tentacion, levántese por dentro la tristeza del corazón; y por

(1) CANT. IV, 16.

fuera, la persecucion del mundo y del demonio, haciendo resaltar la santidad. Levántate, pues, cierto, y prueba ella los esfuerzos de Satanás, dirigidos á separar la compañía que ha de servir de base para la nueva erencion del convento en Ferrara; óigale muchas veces por la noche dar vueltas y grandes alaridos como un mastin rabioso ó un leon hambriento; y vea, finalmente, con extremado dolor, disolverse y separarse por los fraudes de él la devota compañía. Levántate, cierto, y véngan á oprimirla y atormentarla terribles tentaciones de horrosas culpas, como de arrogancia, de murmuracion, de maldicion y de infidelidad. No la dejen éstas ni de dia ni de noche en el espacio de cinco años enteros; y tanto más se aumenten su vigor y fortaleza, quanto más procure rechazarlas con asistir á la santa misa y con frecuentar los divinos sacramentos. Trásfórtese en ángel de luz, el mismo astuto y diabólico tentador, y apareciéndose á ella, ya en figura de la Virgen, ya en figura de Jesús crucificado, procure con el pretexto de conducirla á la mayor perfeccion precipitarla en la última desesperacion. Levántate, cierto, y por muchísimos años en la separacion de Dios su sumo bien, en la ceguedad de su entendimiento, en la estupidez del corazon, y en la aficcion y desconsuelo de toda el alma, experimenta los tormentos y agonias de un alma dejada y abandonada. Levántate, cierto; pero al mismo tiempo corra las aromas, y en la grande tolerancia de tantos males y en el ejercicio de una resignacion la más sumisa, de una humildad la más profunda y de una caridad la más ferrososa, aparezcan el valor heroico, la firme constancia, la fuerza y la virtud prodigiosa de un alma aunque muy desconsolada. Y entre tanto ¿cuántas veces exclamará Catalina en su corazon con el apóstol Pablo: Quién me libertará algun dia de este cuerpo mortal, para que desenredado mi espíritu de los lazos terrenos vuele al seno de su Dios? Y á la verdad, lo cierto que la Santa pensaria haber llegado la hora, cuando habiendo descondido del Paraíso algunos escuadrones de ángeles, la cantaron al oído aquel divino trisagio: Santo, Santo, Santo, con tal dulce melodía, que su alma estaba ya casi dispuesta para volar al Cielo. Pero no, Catalina, no han venido para conducirte al Cielo sino más bien para traerle el Cielo á tí misma. Y ¡oh qué recíproco comercio empezó á existir entonces entre ella y el Paraíso! Ya se han abierto las puertas de esta santa ciudad, y desde arriba hasta la pobre celda de Catalina, veo ir y volver, bajar y subir los moradores del Cielo. Quien viene á ser su maestro como un Tomás Canturiense; quien se la presenta en traje de peregrino como José el esposo de Maria, y quien se ofrece á su vista rodeado de gloria como un Juan

Fosignano. Aunque esté ocupada como las compañeras en los negocios y haciendas domésticas del monasterio, y aunque hable, discurre y trabaje con ellas, vendrá en semejantes circunstancias á saludarla con mucha familiaridad Maria Santísima y á honrarla con sus visitas, por las cuales podrá decir siempre con verdad, que aún habitando aquí en la tierra, ha gozado de su conversacion allá arriba en el Cielo.

Así, pues, cuántas ilustraciones celestiales, cuántos elevadísimos conocimientos, cuántas portentosas apariciones y cuántas divinas revelaciones no flovieran desde el Cielo en aquella alma venturosa? No hablo de aquellas, por las que, estando en Ferrara, fué arrebatada maravillosamente en espíritu, para ver, ya las solemnísimas fiestas que se hacian en Roma por la canonización de S. Bernardino de Siena; ya las lastimosas derrotas que parecian los ejércitos de los griegos por las armas de los bárbaros en el Oriente; sino de aquellas por las que fué ensalzada con un sublime conocimiento de la inefable y divina esencia y de los misterios de nuestra religion. ¿Qué misterio enteramente impenetrable para el entendimiento humano, y solamente digno de adoracion para nuestra fé, no es el misterio de la Eucaristia? Pues, sin embargo, Catalina llegó á comprenderlo con tal claridad, que no solo penetró cómo estaba en aquel pan ácimo y sacramental su Dios, á quien oyó hablar verdaderamente desde la sagrada hostia, sino que tambien comulgando y recibiendo, gustó sensiblemente del inexplicable y celestial sabor de la purísima é inmaculada sangre del divino Cordero. Misterio imperceptible es el de la union hipostática de las dos naturalezas divina y humana, hecha en la encarnacion del Verbo; y no obstante, Catalina comprendió bien y distintamente cómo se efectuó esto por obra del Espíritu Santo en el seno de una Virgen. Y ¿qué misterio hay más incomprensible y más oscuro para los mortales viadores que el de la augustísima Trinidad? Solamente la eterna é infinita luz de gloria, que debe romper en los ojos del alma todos los velos que ha puesto sobre ella la fé, y explicar asimismo todos los enigmas, puede bastantemente aclararlo é ilustrarlo; pero con todo, Catalina sin tener que valerse de ningunos medios, como protestó ella misma, iba en derechura, por decirlo así, á embestirle, y lo veía. No me preguntéis cómo ni cuánto, pues yo no lo sé. Aunque sean verdaderas estas palabras: No me verá el hombre y vivirá; Catalina pudo dejar escrito de sí, yo lo vi; y si otros santos, no encontrando en ninguno de los objetos que les presentan el Cielo y la tierra, por hermosos y brillantes que sean, cosa que pueda detener su vista, exclaman con el Profeta:

Contigo habló mi corazón, mi rostro le buscó y tu rostro buscaré, Señor: *Tibi dixit cor meum, exquisivit te facies mea: faciem tuam Domine requiram* (1); esto es: es bello el sol, pero no es Dios; son bellas las estrellas, pero no son Dios; es bella también la flor del campo; es bello el verde de los collados y es bello el azul del cielo; pero no son Dios: vuestro semblante, Señor, vuestro rostro descubierto es lo que únicamente quiero ver; Catalina pudo añadir: yo lo ví por la gracia de Dios. Considerad ahora cuántas serían las revelaciones, y cuántos los éxtasis y raptos con que fué ensalzada aquella alma. Fueron tantos, que pudo escribir un volúmen entero de ellos; y al mismo tiempo fueron tales y tan singulares, que si hubiese querido, por decirlo así, condescender á sus conyites, hubiera sido más el tiempo que hubiera estado enajenada y fuera de sí, que el que hubiera estado, como ella decía, con otras y consigo.

Así, pues, inferid vosotros de esto cual sería en una alma que conocía y entendía tanto de Dios el amor á Dios. Pero ahora quisiera yo para explicarlo, ó la lengua de Catalina, ó el corazón de algun serafín, que pudiendo comprender en la visión intuitiva de Dios los esmerzos, diría, casi intuitivos de Catalina, puede comprender en el amor el amor. Lo que ella pudo decir con toda verdad fué, que no tuvo nunca otra mira más que la de hacer la voluntad de Dios y la de amarle con un perfectísimo amor; que todo su cuidado y todos sus esfuerzos se dirigían á esto; y que nada le importaba ser despreciada y aborrecida de todo el mundo con tal que hubiese amado á Dios. De aquí dimanaba el hallarse tan trasformada felizmente en Dios, que Dios había llegado á ser todas las cosas de ella. Dios era su delicia; Dios su cuidado; Dios su pensamiento, y así no sabía hablar más que de Dios. Dios respiraba en todas sus acciones, á Dios buscaban todas sus miradas, y á Dios se dirigían todos sus suspiros. En una palabra, todo lo que se trasladó en Catalina era Dios, porque Catalina no vivía ó no se alimentaba más que de Dios. Mi vida es mi Jesucristo, no cesaba de decir, mi vida es Jesucristo. Y no es esta aquella amorosa trasformación que hace bienaventurados á los bienaventurados en el Cielo? No es esto lo mismo que dijo el Apóstol de las gentes después de haber sido arrebatado al tercer Cielo? Unid, oyentes míos, en un mismo concierto estas dos almas, que harán muy bella armonía: de una parte Pablo, y de la otra Catalina. Oíd cuán acordes van. Vivo, canta Pablo: mas no vivo, pues vive Cristo en mí. Mi vida es mi Jesucristo, responde Catalina; y ambos

(1) PSALM. XCVI, 8.

vienen á recaer en una misma nota; y es, que la vida con que subsisten, no es aquella vida con que subsisten los demás, porque á aquella alma, por la cual viven los demás, se ha sustituido, en cierto modo, Cristo, del cual solamente saben vivir ó alimentarse. En esta suposición, no será de admirar lo que por otra parte causó á todos tanto asombro, es á saber: que Catalina, estando todavía en mantillas, pudiese pasar dos y tres días enteros privada de la leche, sin derramar por esta causa ni una lágrima, sin dar un grito, ni aun un gemido. Esto era, á mi entender, porque desde entónces comenzaba ella á vivir de aquella vida, que no de un alimento terreno y material, sino tan solo de Dios se nutre y se sustenta.

Mas para hacerlos ver; amados fieles, que fué anticipado al alma de Catalina, aún siendo viadora, un ensayo de aquella gloria, que no debía gozar hasta que hubiese muerto y fuera bienaventurada en el Cielo, no le apuntado todavía lo más, ni recordado lo mejor. Sombras sagradas y venerables de aquella venturosísima noche, en que despartió y apareció al mundo cubierto con la nube de su humanidad el divino Sol de justicia, en vano procuráis ocultarnos con vuestra silenciosa oscuridad, lo que ya nos manifiesta y pone á la vista la brillantísima y copiosa lluvia de luz que inunda el aire y trae aquí un nuevo día! Por aquel camino de luz veo bajar del Paraíso una infinita multitud de ángeles, y á la misma Reina de los ángeles, llevando en sus brazos á su amabilísimo y divino Niño cual parió en tal noche. ¡Ah Catalina! ¿dónde estás? ¡Id pronto á llamarla á su celda, adonde tal vez se habrá retirado á esta hora con las demás religiosas para descansar. Mas no está. Habiendo obtenido permiso de la superiora, pasa aquella noche en el coro en oración; cómo está allí dorríendiéndose en la contemplación de los dulcísimos misterios: que la recuerdan tan grande solemnidad! Cuán ardientes suspiros exhala de su apasionado corazón! Y ¿quién sabe si no suspiraba ella entónces por lo que suspiraba la Esposa de los sagrados Cantares, cuando decía: Quién te me dará á mí mamando los pechos de mi madre para que te bese? *Quis mihi det le... sugentem ubera matris mee... et deosculer te* (1)? Amado Jesús y bien mío; ¿qué cosa tan dulce y agradable hubiera sido veros pequeño niño en la cueva de Belén, cuando tan tierno y lindo mamaba en los pechos de María su pura leche? ¡Oh, si me hubiera yo hallado allí entónces! ¿Quién me hubiera estorbado que os tomase siquiera una vez en mis brazos y que os diese un beso en el rostro? Mas sosíegate, Catalina, tranquilízate, que justamente

(1) CANT. VIII, 1.

por ti se ha puesto en movimiento, y á ti te busca y á ti se dirige la brillante y celestial comitiva. Héla aquí ya cerca. La oscuridad y el horror de la noche han desaparecido. Haced lugar, ángeles. Mira, Catalina, el Niño por quien suspiras en los brazos de María, la cual se encamina y se acerca á ti. Alarga los brazos. ¿Estás ya contenta? Ya lo tienes en tu poder: con él te dejo. Tu templo santo, y vosotras, dichosas muros, que os convertisteis aquella noche en un Cielo y fuisteis testigos de tan gran prodigio, nos direis lo demás; nos direis cómo se detenta aquella alma con su amada prenda, cómo la estrechaba y arriacaba, qué palabras le decía, cuántos besos la dió; cuántas veces acercó su cara á aquel delicado rostro, y en fin, cómo la tenía puesta sobre el y gozaba de ésta dicha. Si la sagrada Esposa, después de haber pedido con muchas instancias á su amado, que la mostrase su semblante, habiéndole llegado por fin á lograrlo, casi fuera de sí misma decía: Ni querido para mí y yo para él: le así y no le dejaré: *Dilectus meus mihi, et ego illi* (1). *Tenui eum: nec dimittam* (2); ¿qué deberemos pensar nosotros que diría entonces Catalina? A mí me basta poder todavía correr tras de aquel delicadísimo y celestial olor, y tras de aquella fragancia del Paraíso, que, habiendo desaparecido la estupenda visión, exhalaba Catalina, perfumando todo el ambiente del sagrado recinto, me basta poder observar todavía en su semblante moreno, cándido y como fociada con nieve, aquella parte que tocaron y sobre la cual estuvieron las carnes purísimas de Jesús. Esto me basta para convencerme cada vez más, de que Catalina, aun siéndole viadora, disfrutó anticipadamente un ensayo de la Gloria, que tan solo después de su muerte había de gozar en el Cielo.

Mas si todas estas distinciones y todas estas mercedes se concedieron á aquella alma, que ya ha partido de este mundo y volado á los brazos de su divino y amabilísimo Esposo; ¿qué distinciones y mercedes no se han concedido á sus sagradas reliquias y á su dichoso cuerpo, que es lo único que permanece en la tierra? Si pudiésetis venerar su cuerpo, le veríais, después de trescientos años, todavía tan entero, tan fresco y tan perfecto como en el tiempo que lo animala la bendita alma de Catalina. Creía la muerte, como yo me figuro, tenerlo ya en su poder, después de haberle dado el golpe fatal con que le quitó la vida; y mucho más lo creía habiéndole visto expuesto á los rayos del sol y á las lluvias en el cementerio comun, donde hacía tan grande estrago en los demás cadáveres; y así, ya se disponía

para hacer también contra él las acostumbradas tentativas. Por una parte, no estaba aquel venerable cuerpo defendido de su furor, ni en un arca bien custodiada y cerrada, ó de mármol ó de metal, ni con preciosos y preservativos bálsamos; y por otra parte, sabemos cuán grande derecho y jurisdicción se lisonjea de tener igualmente sobre todos, no estando exentos de la ley ordinaria ni aun los santos. Apenas los tiene lejos su dominio en un sepulcro, cuando como un implacable tirano, los pisotea y los desmenaza; por manera, que no hiciéramos poco muchas veces, si lográramos sustraer de debajo de sus soberbios pies alguna pequeña reliquia de hueso apolillado, para colocarla en piezas de oro ó de cristal y fomentar nuestra devoción. Únicamente tendrá el cuerpo el privilegio de no estar sujeto á su imperio después de la resurrección. Mas, sin embargo, al glorioso cuerpo de Catalina se le ha concedido siempre semejante distinción. Venga la muerte, y observe si puede notar en el algun vestigio de su poder y de su crueldad; si ha podido causar ni aun la menor lesión en aquellos miembros intactos; ni aun robarle un solo cabello; venga y mirelo, no como los demás cadáveres incorruptos de otros santos, sino levantado, sosteniéndose por sí mismo y sentado en un trono, de donde parece que la dice siempre insultándola: ¿Cuál es, muerte, tu victoria? Pero lo que no pudo hacer la muerte, lo hizo, en una pequeña parte, el indiscreto aunque amoroso apresuramiento, ó la falta de reflexión de aquellas religiosas y hermanas suyas, á las cuales se encomendó el cuidado de enterrarlo, quienes no supieron hacerle tan bien este servicio que no hiriesen parte del rostro; pero además del desagrado que mostró la Santa misma con arrojar de improviso sangre viva y caliente de sus llagas, fué una maravilla ver como las heridas se cicatrizaron por sí inmediatamente; y cómo ella misma, con sus propias manos, se compuso el semblante y lo restituyó á su primer estado, imponiéndola mucho, al parecer, que en ningún modo quedase imperfecta obra tan bella y admirable del poder divino.

Mas no es este el único ensayo que participa su venerable cuerpo de aquella gloria que ha de tener después de la resurrección, porque si entonces ha de estar dotado de una velocísima agilidad, ¿está por ventura ahora privado de movimiento? ¿Por qué se conserva todavía tan blando, tan carnoso y tan flexible; Y quién ha puesto á Catalina en aquella magnífica silla en que se halla al presente? ¿No fué ella misma la que, con asombro de todas sus hermanas, bajándose poco á poco, se acomodó allí con tanta majestad? ¿No fué igualmente ella misma la que, llevada á presencia del adorable sacramento de la Eu-

(1) CANT. VIII, 16.

(2) CANT. III, 4.

carista, se levantó por sí, inclinó tres veces la cabeza, y lo adoró con la mayor reverencia? Si entonces fué rodeada de una infinita claridad y adornada con una incomparable belleza, también ahora se la ha visto algunas veces con brillantes resplandores y coronada de resplandecientes estrellas, mostrándose de repente tan singular hermosura en su rostro, que la hubierais creído viva, si estando viva hubiese sido tan bella. Es verdad que ahora parece que ha perdido algún tanto de su antigua belleza, y que más bien tira á morena; pero si lo moreno se opone á lo bello, mayormente si lo bello se une á lo sagrado, preguntádselo á la que se vanagloriaba diciendo: Soy negra, pero hermosa: *Nigra sum, sed formosa* (1). Ello es, que mirándola nosotros cual se nos manifiesta al presente con un color moreno, si hemos de confesar la verdad, aunque por una parte nos llenamos de un sagrado horror y de una profunda veneracion, por otra nos sentimos arrobados de amor.

Dejo aparte otras innumerables maravillas, que así como prueban con bastante claridad lo que hemos dicho hasta aquí, así lucieron tan glorioso el venerable cuerpo de Catalina; como, por ejemplo, aquel prodigioso licor que trasudó, aquel delicado olor que despidió de sí, aquellas miradas amorosas que dispensó, y aquellas palabras que claramente profirió algunas veces. Todo esto y mucho más dejo de traerlos á la memoria, por hacer que consideréis, que si del cuerpo de Eliseo, á causa de los milagros que obró, dijo el Eclesiástico, que aún muerto profetizó; también profetizó y sigue todavía profetizando el cuerpo de Catalina. Profetizó en orden á los enfermos, y les restituyó la sanidad; profetizó en orden á los ciegos, y les restituyó la vista; profetizó en orden á los mudos, y les restituyó el habla; profetizó en orden á los sordos, y les restituyó el oído; profetizó en orden á los impedidos, y les restituyó el movimiento; profetizó en orden á los enervados, y les restituyó la libertad; profetizó hasta en orden á los muertos, y les restituyó la vida; y aún más que en orden á otros profetizó en orden á los pecadores, é impetrando para ellos una verdadera y sincera conversion, les restituyó la gracia. ¡Oh amada Santa! profetizad ásimismo en orden á nosotros, y no os pese emplear en favor nuestro el grande influjo que tenéis con Dios.

Delante del adorado é incorrupto cadáver de Sta. Catalina quisiera yo ponerle ahora, hombre libre y entregado á los inmundos placeres. Es á la verdad una gran maravilla, que un cuerpo frágil y corruptible por sí pueda resistir tanto y por tanto tiempo á las grandes fuer-

(1) CANT. 4.

zas del tiempo mismo, devorador de todas las cosas, y también á las grandes fuerzas de la muerte; pero considerad, que para la guarda y defensa de aquella sagrada reliquia vela la virginal pureza con que la Santísima Virgen, como tabernáculo del Espíritu Santo, lo conservó siempre casto é inmaculado; y, seguramente, es premio de tan fiel custodia el estar libre de la corrupcion natural á que están sujetos los demás cadáveres. ¿Qué diceis ahora de ti mismo, licencioso? ¿Te parece que tendrás siquiera un levisimo fundamento para aspirar á tan apreciable privilegio y á tan rara exención? Mira tu cuerpo tan deshonorado y contaminado por ti. Aún cuando no hubiese de corromperse y pudrirse por causa de su condicion, ¿no se corromperia y pudriria por causa de tus pecados? Averguénzate, pues, en gran manera de tus culpas y disoluciones, y detestándolas de todo corazón, implora la intercesion de nuestra Santa para libertar, sinó el cuerpo de la corrupcion del sepulcro, al ménos el alma de la corrupcion del pecado, por manera, que concibas fundadas esperanzas de cojer en algun tiempo el fruto de la vida eterna, que os deseo á todos. *Amén.*

ANL
 MA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

mana industria se comiesa rendida, veia más inclinado Dios á su favor, y poseído su corazón de la ternura y gratitud más afectuosa. Mi amado, dice, es para mí todo lo que yo puedo apetecer; esposo, padre, amigo, maestro, protector, y todo mi bien; y yo soy para Él el objeto del más tierno y decidido amor. Y hé ahí, cristianos, la idea de mi discurso en obsequio de la presente solemnidad. Jesús, enamorado esposo de Catalina; Catalina, agradecida esposa de Jesús; más bien, Jesús todo de Catalina, Catalina toda de Jesús. A. M.

Cuando la carne propusiese la idea de los placeres como un objeto que pudiese especificar la felicidad verdadera, entonces sería envidiable el hombre del siglo, según su disipación y sus crímenes. Pero el fastidio que causa la posesión de un objeto buscado con ansia, es una prueba de que dejó vacío en el corazón; y que éste no pudo ser feliz cuando poseyó lo que amaba. Volvamos nuestra vista á aquel amor que desciende de arriba, cuyo objeto es un bien perfecto, un bien que no habido fastidia y poseído se desea. Es una espiritualidad deicia, que, cuando más sacia, tanto más aumenta su deseo; porque cuanto más se percibe su sabor, tanto más se conoce su mérito y se ama. Esta es la botega de vicios generosos, donde la Esposa se glorifica de que la hubiese introducido su Esposo y ordenado en ella la caridad. Con esta celestial embriaguez se adormecen los sentidos; un sueño de paz se difunde por ellos; sobre sí misma se eleva el alma, y como si no viviera ella sino en ella Cristo, se goza en el Señor y ama lo divino. Entonces sí, que percibe las delicias en que se entretienen los amantes sobre el lecho florido de Salomon, labrado de madera del Líbano con sus columnas de plata y reclinatorio de oro. Penetrada allí de los más vivos afectos, dice Catalina: Sostenedme, sostenedme con flores, cercadme de manzanas, que destallezco de amor. De ahí nace aquella indiferencia con que miraba la vanidad del mundo; de ahí aquella superioridad sobre los placeres y entretenimientos de la infancia; de ahí, en fin, aquel amor con que, desde la edad de cinco años, aspiraba al desposorio con su amado. Era fuerte, y no quiso el Señor que probara el cáliz de la amargura ántes de obviárgala con la fertilidad de su casa y el torrente de sus placeres; bien así como cuando el Señor sacó á los hijos de Israel de la multitud de los egipcios, no quiso que peregrinasen por la tierra de los filisteos, por donde era más corta la jornada, porque no se arrepintiesen á medio camino, y viendo las guerras que por aquellas partes se levantaban contra ellos, se volvisen á Egipto. Cuando Dios trata de elevar alguno de los suyos á la participación de su amor, le

PANEGÍRICO

DE SANTA CATALINA DE SENA.

*Dilectus meus mihi et ego illi.
Mi amado es todo para mí, y yo soy
toda de mi amado.*

(CANT. II. 14.)

¡Qué interés inspira la Esposa de los Cantares, ocupada en buscar por las noches al que amaba su corazón! Su delirio amoroso, sus voces, sus ansias, sus suspiros nos presentan el cuadro de una mujer entregada al amor. La aspereza del camino, la soledad, la noche, los mismos renemelas que guardan la ciudad y que la maltratan llevándola de heridas, son un obstáculo débil para retraerla de buscar al objeto de su dulce afán, porque sus lágrimas no pueden enjugarse sino en los brazos de quien es todo suyo, y á quien se entregó toda como al dueño de su voluntad. ¡Oh sensible Esposa! vémos nos recuerdos en tu amorosa inquietud el dulce objeto de la presente solemnidad! Catalina, la incomparable Catalina de Sena, parece fué la verdad cuya figura modeló Salomon en el libro de los Cantares. A la puerta de su corazón llamó el divino Esposo, y saludándola con los nombres de hermana, de amiga y de paloma: Abreme, le dice, porque cae el rocío y se destilan sus gotas de mi cabeza y mis cabellos. Levántase Catalina, y retirándose un tanto su querido, no le ve; cree estar sola, y entregada á la congoja y á la pena dice: Yo le buscaré, henchiré el aire del sonido de su nombre; hasta que me responda y venga á mí. Pero si á la Esposa la encontraron los guardas de la ciudad, y la llenaron de llagas y heridas, que sufrió con placer por encontrar á su amado; Catalina, buscando á Jesús, tropieza siempre con contradicciones y lazos; más todo lo vence, todo lo sufre, porque espera que sabrá su Esposo el amor de que tan perdida anda por hallarle. Y si la Esposa le halló así que se apartó de los guardas de la ciudad, Catalina, en las cosas más desesperadas y cuando toda la lin-

da á beber la leche como niño; y comunicándole despues el don de fortaleza, le expone á la batalla, para que, armado y robusto, luche y venza á todos sus enemigos.

De este modo se porta el Señor con su enamorada esposa. Dale como niño á beber la leche de sus finezas; fortalecela con su gracia; preséntala en el campo; y cierto de la corona que habia de merecer, se en el triunfo, se retira para ver cómo pelea. Mirase el laberinto comprometido con una mujer débil; y preparadas sus hueltas, se dirige con hambrientos lobos en busca de la fierrocita oveja, que acogida al regazo de su esposo temia cuidadosa el poder de sus contrarios. Vése acometida, quiere huir, acude á Dios, y no le halla, dale voces y no le responde. ¿Dónde está, dice, bañada en lágrimas, dónde está mi amado? ¡Oh! ¡si yo viera á mi querido! ¿Quién me diese, diria con la Esposa, quién te me diese, hermano mío, que te mantuviese de los pechos de mi madre, que te hallara luego y te diera osculo de paz. Entónces, si, que hurlaria el furor de mi enemigo; pero sola contra un poder tan grande sin tu vista... ¡Oh mi dulce Jesús! á ti me consagro toda; tuvas son mis potencias, mi alma, mi castidad, pues no admito otra ayuda, otro amante, otro esposo que á ti, á quien amando seré casta, tocando seré limpia, y abrazando seré virgen. Habló Catalina, y al trueno del voto con que se une á Dios, caen desbaratados y vencidos sus enemigos. Retiranse confusos de la presencia de la invencible niña, y corridos y exasperados intentan venganza, urden artides y preparan lazos para triunfar de la que acaba de vencerlos. Pero Catalina permanece constante en el amor de su Dios; y conociendo que en su ayuda estaba el omnipotente brazo de éste, se dispone á lidiar de nuevo y á vencer en la lucha. Por medio de sus padres le presentan los malignos espiritus una nueva accion. Trajan Diego y Lapa de quirla en matrimonio con un sugeto proporcionado á su clase, propónenle conveniencias, convidanla con riegos, brindanla con balagos, si admite la propuesta; de lo contrario, la amenazan con rigores, castigos y toda género de penas. ¡Oh funesta proposicion, que de tanta amargura llenaste el espíritu de la Virgen Catalina! Pero su invencible alaa, aunque cercada de tan poderosos onemigos, se fija en las promesas del Señor, le llama en su ayuda; y si bien parecia que el divino Esposo se deleitaba en sus suspiros, le reviste de valor; y armando su diestra, no con la fuga como José, no con la honda como David, no con el fizon como Tomás, sino con la misma madeja de sus cabellos, triunfa de sus enemigos, y corta, cual la valerosa Judith la cabeza de Holofernes, los lazos que desde la suya quizá atraian al torreno esposo. Triun-

faste, Catalina, veniciste á tu enemigo; tu Esposo celestial te avudará siempre; y aunque los padres te persigan, aunque ansiosos por la venganza te pongan en oscuros desvanes, aunque despojados del natural amor te empleen en los más viles sercicios, aunque te juzguen indigna de su raza dándote solamente pan y agua, ellos cederán al fin, y libre de borrascas, descansarás tranquila en los brazos de tu Dios.

Pero, cristianos, Catalina se halla libre del temor, porque sobre constarle de la existencia de su Esposo, se habia declarado la guerra á sí misma para adiestrarse á vencer á los enemigos de afuera. Un aposento pequeño y apartado de la comunicacion de todos los de su casa, era el teatro en que aparecía la inocente Catalina, representando sin interrupcion la escena del rigor y de la austeridad. Una cadena de hierro que la ceñia, unas tablas que formaban su lecho, tres disciplinas diarias, un ayuno continuo, una imitacion perfecta de su patriarca Sto. Domingo, cuyo hábito tomó para profesar, más perfectamente la austeridad que prescribía en su regla; esta era, cristianos, la vida de la amable Catalina en los dias preciosos de su juventud, y en medio de las delicias en que la inundaba el Señor en premio de sus triunfos. Los golpes de los azotes alternaban con los cánticos y suspiros afectuosos que dirigía á su amado; y cuando su inocente cuerpo era bañado con la sangre de sus lagus; su dichosa alma, llena de placer, cantaba el amor, á la fortaleza del amor, que es como tu muerte. Las tribulaciones, las angustias, los trabajos, eran el objeto de sus deseos por agradar á su Esposo; y complacido el Señor en sus ansias, queriendo que tomase Catalina el descauso y adquiriese la tranquilidad, dispónela para el último de sus combates, para el más fuerte, el más difícil; pero el más glorioso, el que acabase de labrar su inmortal corona; y desbaratando las borrascas y las nubes fuese el arco iris de su serenidad y su dicha. Permite el Señor, que los malignos espiritus salgan fea tropel y acometan á Catalina. Ajena esta virgen de semejante acontecimiento, siente introducirse en sus virginales miembros lascivos volcanes; vése combatida con torpes tentaciones; á su vista se presentan objetos lujuriosos, y su corazón se llena de inquietudes amorosas. La fuerza del enemigo la sorprende, siéntese agitada; y recordando al divino Esposo su amor, arria su inocente cuerpo de cilicios, trabajo en su jemida, lava, por la noche su lecho, riega su habitacion con sus lágrimas, acógrese al inexpugnable muro de la oracion, y consigue una completa victoria. ¿Qué veis, les decia á sus onemigos, con la Sulamitis, sinó companias de reales? ¿Qué veis en mi defensa sinó la guarda de los ángeles? Pues

¿por qué huir de la vista de una mujer flaca, sin fuerzas, sin valor? Huid, si, confusos, que á Catalina no la vencereis, porque la librea de Salomón la guardan veinte fuertes de los más esforzados de Israel, y cada uno tiene su espada sobre el muslo por los temores de la noche. Huid á vuestras cavernas llenos de confusión y lobreguez; que Catalina con su amor os vencerá siempre, porque el amor que ella hizo grata á los ojos de su Esposo la fortalecerá contra todos sus enemigos.

Tal fué el terror con que quedaron los malignos espíritus con el triunfo glorioso de Catalina, tal lo que agradó al divino amante la destreza y valor con que peleeó su enamorada esposa, que queriendo recompensar su particular mérito, alejó todos los enemigos que tratasen de perturbar el amor y tranquilidad de su querida. Cifóle las sienes con triunfal diadema; y así como José dió á sus hermanos, no solo el trigo que compraran en Egipto, sino el dinero que hizo medir en los costales, así Dios, no solo promete á Catalina su amistad eterna, sino que derramando sobre su alma la divina unción, únela á sí con indisolubles lazos, para que sin peligro alguno fuese toda ella quien era para ella cuanto podía apetecer. Y en vista de tales finezas, viendo el amor tan excesivo con que recompensa el Señor los cortos servicios que se le hacen, qué dirán los que ni aman á Dios, ni le tributan el honor debido? Comparémoslos á los animales imundos, que cuando les está su dueño xarando la bellota desde la copa de la encina, ocupados ellos en comer y gruñir unos con otros sobre la comida, no miran ni se acuerdan de levantar los ojos para ver por cuya mano se les hace este beneficio. Comparezámonos nosotros, de su infelicidad, y fijando nuestra consideracion en Catalina, mirémosla enajenada en el amor de su Dios, y entregada toda á la complacencia de su Esposo. Ella no desea más que complacerle; ella no pide que le dilate el corazón ó que le dé otro nuevo, como lo consiguiera, para poder sufrir el fuego abrasador de la caridad y poderse llamar toda suya y su amor todo de su amor. Solicito el divino Salomón en consolarla, la introduce en su aposento, conlúcela á la cámara de sus delicias; y como no teniendo otro con que regalar á su querida, intenta elevarla á la gracia mayor, al favor más sublime, á la participación de sus dolores. Ahora si, stormada Catalina, abarata si que vá á convencerle el divino Esposo del amor con que te distingues; pues así como á Cain le puso el Señor una señal para que en su vista nadie se atreviese á su persona, tú serás señalada con la mejor insignia que pudo caber en el amor de un Dios, con indelebiles caracteres, para que á su vista temible el abismo, se horrorice el mundo

y se confunda la carne. Entre mil globos de claridad y de gloria se dejar ver el Señor á Catalina en el acto de arabar de recibir la comunión en la ciudad de Pisa. Háblala; no despidiendo relámpagos y truenos, no desde la espesura de la zarza como á Moisés, sino cara á cara, con semblante alegre y fijando en ella sus amantes ojos; Hija mía, le dico; querida esposa, heriste mi corazón, hermana mía, con uno de tus ojos y con uno de tus cabellos. ¡Oh fineza de un Dios enamorado de sus criaturas! Confusa Catalina por la extraordinaria merced á que la preparaba su Esposo, confiébase indigna de su amor; y no hallando voces con que corresponder á su querido, ríndese á su voluntad; y arrobada y suspensa extiende sus brazos en forma de cruz; ve salir de las llagas de su Dios encendidos rayos, que terminan en sus manos, piés y costado, y la hacen sentir junto con los dolores un suave nectár, un placer indecible, que la fortalece y le inspira amor y deseos de permanecer así crucificada por su amado. Tal fué, cristianos, el torrente de delicias que llevó el Cielo sobre Catalina; tanto fué lo que agradó á los ojos del divino Asnero esta mistica Esther, que inclinando el cetro de sus misericordias, no solo la elevó hasta el más alto grado de su amistad, si que la colocó en triunfal carroza como Faraón á José, é hizo publicar su íntima privanza, para que á su voz obedeciesen todos y le fuesen sujetas las rebeldías de la carne, las sugestiones de los malignos y las tentaciones del mundo.

Favorecida así de su divino amante, presentase al mundo como remedio universal de todo menesteroso; y solicita por consolar al pobre, al enfermo, al afligido, se introduce en los hospitales para derramar su beneficencia sobre los que, envueltos en la hediondez y asperosidad, suspiran inconsolables por una bienhechora. Talita, Catalina los destitula de sus ropas viejas trocándolas con las suyas; busca infatigable limosnas para su alivio; cual médico celestial cura sus llagas, las limpia, las lame con su misma lengua, y parece entre las camas de los enfermos una madre amorosa rodeada de desgraciados hijos. Y como si tantos objetos no llenasen la grandeza de su corazón, acude á las necesidades del espíritu, y predica la virtud á todo género de gentes. Díganlo los pecadores á quienes apartó de los vicios; los soberbios, los tracundos; que catmadas sus pasiones debieron á Catalina el hallazgo feliz de la humildad y paciencia; díganlo los que, presos en torpes lazos, se revolvan en el detestable ciclo de los crímenes; ¿á quién debieron su conversion sino á Catalina, que alargando su brazo benéfico los sacaba casi naufragos del mar de la prostitucion? Dígalo el Infierno, que poseído del furor de un leon que ruga, veia á su pesar á una mujer débil, redimiendo con

sus voces las infelices almas que, alistadas en su esclavitud, iban á ser pasto de sus llamas voraces. Dígalo el Cielo, que alegrándose en el Señor vió ocupadas sus sillas de perseguidores Santos, hechos vasos de elección por el celo de Catalina. Hable el mundo, en fin, hablen aquellos á quienes no tocó en suerte presenciar el fraternal amor de Catalina; las ciento cincuenta y cinco epístolas que escribió á los pontífices, cardenales, obispos y preladis de la Iglesia; las ciento treinta y nueve á los reyes, príncipes y repúblicas; las respuestas con que satisfizo á las consultas de los sabios; los negocios gravísimos en que como embajadora la empeñaron Gregorio XI y Urbano VI; los capítulos de la paz en el lastimoso cisma; su exhortación para abolirle, dicha en presencia del colegio de los cardenales; los dones de profecía, de inteligencia, de discreción, de espíritus... Pero me fatigo en vano, todas las obras y palabras de Catalina evidenciaron la mano del Señor, al mismo Dios, que habitaba en ella como en el centro de su amor, como en su amada hija, como en su dulce hermana, como en una esposa á quien amaba su corazón y de quien era todo el suyo.

Y si como mandó Dios en el Antiguo Testamento, en la celebración de las fiestas, el primer día de la semana y el postrero deñian ser de igual veneración y solemnidad, fijemos por la última vez los ojos en Catalina, y la veremos que, aunque atribulada en el medio de su vida, si al principio de ella la regaló con inefables caricias su esposo celestial, dándole como ternencia á beber la leche de sus pechos, debió ahora, como criada ya en su casa, satisfacerla con la comida más sabrosa, pasearla por sus amenos jardines, y recrearla con la dulzura y suavidad de su casa. La feliz Catalina se nos representa conducida por la mano de quien era su corazón; mirémosla, cristianos, vedla subir al palacio de la felicidad, vedla sentada con su esposo en el trono de Salomón; vedla cual se reclina sobre su enamorado pecho; sus ojos desfallecidos, su lengua embarazada, su corazón que desfallece, todo nos anuncia, que el alma de Catalina, siéndole gravosa la esclavitud del cuerpo, le deja y se traslada á los brazos de su Dios. Ahora sí, afortunada virgen; ahora sí, que unida á tu esposo con lazo indisoluble, gozarás tranquila de su felicidad y de su amor. Regocijaos en buen hora, espíritus soberanos, coronaos de flores, pues veis aumentado vuestro virgíneo coro con una esposa de vuestro Dios, con Catalina de Sena. Perfumada con aromas, ceñida de azucenas, gozaos en el Señor, pues se aumentó vuestro feliz número con la flor más candida, con el más oloroso lirio que produjo la religión sagrada de Domingo de Guzmán.

¡Vosotros, cristianos devotos, que con afecto sincero y llenos de gratitud ofrecéis tan plausibles cultos á esta dominicana flor, inundados en las lágrimas del placer santo, cantad el himno de loor al Dios de las misericordias, pues os dió por objeto de vuestras cultos la esposa del Cordero, la crucificada con Jesús. Imitemos todos sus virtudes, que si Catalina, viviendo en este mundo, fué para todos el consuelo y la salud, unida ahora á su amado intercederá por nosotros, para que su divina Majestad nos haga sentir una parte de aquel amor que la hizo feliz en esta vida, y fué su corona en la patria eterna. Así os lo deseo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

verdaderos oradores del Eterno, que, separados del tumultuoso mar de Babilonia, levantan sus manos puras al Cielo, dirigen sus votos por la salud del universo, y rinden al Cordero, que está sentado sobre todos los tronos, los más sinceros homenajes de su corazón! Entonces las expresiones más lisongeras de gratitud y amor suceden á los apodos y dieterios que cargamos á los verdugos de la humanidad. Nuestra memoria, recreada continuamente con las miras benéficas que los animaban, y con los puros sentimientos de paz y tranquilidad que manifestaban, recorre sin cesar las personas y los lugares que fueron el majestuoso y sublime teatro de sus heroicas acciones. Venid, oh impíos, y avergonzaos! No vereis ni aprenderéis de ellos vuestra desenfundada incontinencia, pues ellos son castos; vuestra desenvoltura y libertinaje, pues ellos son religiosos; vuestros robos y vejaciones, pues ellos son justos; vuestros proyectos de elevación y grandeza, pues ellos son humildes; vuestros disturbios y discordias, pues ellos son pacíficos; vuestros odios y venganzas, pues ellos son caritativos; finalmente, vereis en ellos confundida para siempre esa vida estragada y viciosa que llevais, con las costumbres las más inocentes, con los modales los más sencillos y con la moral la más pura.

Felices nosotros, oyentes míos, que por un efecto de la singular predilección con que siempre nos ha mirado y favorecido como á su escogida pueblo el gran Padre de las misericordias, tenemos la gran felicidad de registrar en los anales de nuestra historia un sin número de hijos, vástagos preciosos de nuestros mayores, que con sus heroicos ejemplos han fertilizado y alegrado nuestro suelo, y que han formado después la corona que ceñimos de gloria y honor! No hemos sido un pueblo oscuro y sepultado en el olvido de los otros pueblos; no, puesto que los campeones que han brillado en nuestro hemisferio, nos han colocado en la clase de los pueblos ilustres, y nos han merecido la estimación y respeto de los extranjeros; mirando á nuestra patria como el suelo de la fertilidad y la abundancia, como la region de la paz y la tranquilidad, y como al país nativo de la honestidad y de la virtud.

Pero tú, oh grande y extraordinaria Catalina! desueltas entre los demás, como el Olimpo entre los montes más elevados, por los singulares dones que con mano larga derramó sobre tu espíritu la derecha del Excelso; y tú sola has dejado en pòs de ti un olor tan suave de tus virtudes, que has sido siempre las delicias de los paisanos, y que en la realidad puedes llamarte, como la valerosa Judith, la gloria de Jerusalén, y la honorificencia de tu pueblo. Bendigamos su

PANEGÍRICO

DE LA BEATA CATALINA TOMÁS.

Exigit memoria in benedictione etc. y
 su memoria se conserva en bendición.
 (ECCLES. XLV. 4.)

Si el simple recuerdo de los héroes profanos de la antigüedad excita en algunos hombres sentimientos de placer y admiración, dejándose arrebatado de las imágenes brillantes que á cada paso en su historia se ofrecen, ¿cuáles deberá causar en el corazón del cristiano la maravillosa y continuada série de sucesos, que unos en pòs de otros se suceden en los héroes del cristianismo? El corazón del hombre, naturalmente sensible á los rasgos de beneficencia que á favor de la humanidad se dispensan, no puede dejar de conservar una grata memoria de los que, ocupados únicamente en el servicio del Altísimo, derramaron ante su divina Majestad ardientes y fervorosos votos por su prosperidad, y le dejaron memorables ejemplos de virtud que imitar. Y si registramos el grande libro, en donde se conservan escritos con mano indeleble los caracteres que distinguian á unos héroes de los otros, luego distinguiremos cuales son los acreedores de nuestras alabanzas, y cuyos nombres deban ser bendecidos de generación en generación hasta la más remota posteridad. Olvidemos enteramente á los Alejandro y á los Césares, quienes más propiamente pueden llamarse azoles de la humanidad aligida, que no héroes tutelares de la inocencia y de la paz. Monstruos fueron, que el Cielo en su cólera vomitó contra la tierra. Esos grandes montones hacinados de cuerpos muertos, víctimas sacrificadas á su ambición, son unos monumentos nada equivocados de su furor y venganza; ó por decirlo mejor, son un padron eterno de su infamia y de su barbárie.

Pero ¡qué lenguaje tan diferente debe usar el orador cristiano, cuando recorriendo los anales de la Iglesia, se le ofrecen aquellos

memoria; recordemos las brillantes de su inocencia, el candor de su infancia, y los memorables ejemplos de virtud en los demás períodos de su carrera; las terribles luchas con el enemigo del género humano, y los extraordinarios favores del Excelso; y en fin, recordemos los ardientes y fervorosos votos que Catalina dirigió al Todopoderoso por la felicidad y prosperidad de su patria y por la gloria de la Iglesia, que fu hicieron por cierto en gran manera benemérita de la patria y de la religión. Todo es grande y asombroso en Catalina; sus más pequeñas acciones interesan, sus modales encantan, su virtud admira; y su glorioso fin nos llena de regocijo y confianza.

Vos, ¡oh gran Dios! que tan sensiblemente os empeñasteis en formar de Catalina una de aquellas obras maravillosas capaces de hacer época en los anales de los tiempos, haced que mi elogio correspondá á la dignidad de vuestra sierva. Para esto, Señor, os pongo por interesadora á vuestra querida Madre, á quien saludaremos con las palabras del ángel: *A. M.*

Épocas memorables lee la Iglesia en los anales de su historia. Escenas terribles que la presenciado, combates fieros que ha sostenido, persecuciones sangrientas que ha padecido; y en fin, ha visto al mundo entero asestar sus tiros contra ella para ahogarla, ya en su nacimiento, ya para ofuscar la gloria y los resplandores que por todas partes la rodeaban. Esfuerzos débiles é inútiles del enemigo, que atizando el fuego de la discordia y de la malicia, ha hecho ver los soberanos quilates de esta hermosa reina del Austro, y que ha puesto en claro el oráculo del Salvador, cuando juró solemnemente á S. Pedro, que todo el poder del abismo nunca arruinaría este soberano edificio.

La Iglesia, aun á través de innumerables abatimientos y oprobios, es comparada á aquella extraordinaria mujer que describe el Evangelista, vestida del sol y de la luna, y coronada de brillantes estrellas, adorno y traje el más rico y angusto que la naturaleza puede ofrecer. Amargos sin duda han sido sus pesares, pero la gloria que la rodea por todas partes es igual. Jesús la enriqueció con los despojos de sus enemigos, y la hace gustar los dulces y sabrosos frutos de la cruz. Yo no hablo aquí de los triunfos y varones ilustres, que en los primeros siglos del fervor del cristianismo, hicieron su más rica herencia, y que la colocaron sobre el monte santo, de donde difundía sus resplandores sobre la haz de la tierra. Catalina, ese prodigio de la gracia, ese serafín humanado, ese objeto de las complacencias de la Trinidad, es la que vá á juntarse ahora al numeroso y

resplandeciente coro de santos para dar gloria al Salvador y gozo y honor á la Iglesia militante. Esta es la heroína del siglo xvi, en nada inferior ni á las Catalinas de Sena, ni á las Magdalenas de Páris, ni á las Terezas de Jesús por sus virtudes excelentes, por sus combates fieros con el enemigo, y por los grandes y extraordinarios favores que logró de su Esposo. Mi imaginación se confunde en las memorables épocas que ofrece á la consideración del orador la dichosa carrera de Catalina, y que la colocaron sobre el candelero del Templo santo, para ostension y alarde del poder de Jesucristo, y para mengua é infamia eterna de sus enemigos.

Avivad vuestra imaginación, hermanos míos, y seguid sus gloriosos pasos desde la cuna hasta el sepulcro. ¿Se les acaso en los anales de los Santos infancia más devota, retiro más interior, constancia más heroica, oración más fervorosa, caridad más encendida, obediencia más pronta, castidad más pura, humildad más profunda, y contemplación más elevada? ¡Tiempos felices, que vieron renacer en Catalina los prodigios infantiles que en Juan Bautista admiraron los habitadores de la Judea, y que fueron el dichoso prelujo de sus grandes y extraordinarias virtudes! Despreciadora de las vanidades y encantos de este mundo falaz y engañador; mortificadora de su tierno y delicado cuerpo, sin haber experimentado aún la rebelión de las pasiones; anádera del retiro y la soledad; seguidora de los consejos evangélicos; ved á Catalina en su infancia una fiel y exacta copia del héroe de la Judea. El espíritu del Señor descansaba sobre su cabeza, y le hablaba á su corazón las dulces y amorosas palabras de bondad y amor con que en los Cantares se explicaba con su amante y querida esposa. Yo te he separado, ¡oh tierna niña! le diría, del resto de los mortales; te he escogido para alarde y ostension de mis riquezas, y te he destinado para víctima la más pura que debe sacrificarse en las aras de la virtud. Oye mi voz, querida mía, y dó quiera que te llame, corre apresurada á dar cumplimiento á los soberanos designios que desde la eternidad sobre ti tengo formados. Lágrimas de ternura arrancan del corazón sensible los primeros pasos que dá esta gloriosa niña en la honrosa senda de la virtud. Vosotras las vertais rehusat en la cuna, en los viernes de la semana, la preciosa leche que mamaba de los pechos de su madre; la contemplaríais arrebatada en el templo, absorta en los grandes misterios de nuestra redención que sobre el altar se obraban; la admiraríais atenta á las importantes verdades que desde la cátedra del Espíritu Santo se anunciaban; la divisaríais en su casa entregada á los placeres y encantos de la contemplación; la seguiríais modesta y recatada en las plazas y en los caminos, como

la antigua Ana en los de Jerusalén; en fin, veriais en ella el prospecto de la virtud, los modales de la inocencia, y el sello de la gracia; ¡Infancia gloriosa, que nos recordais, la de los Luises, Teresas de Jesús y Felipes Neris!

Sea dada á tí gloria inmortal, ¡oh pueblo de Valdemuzá! gloriosa cuna de nuestra Santa, y hermoso teatro de sus brillantes acciones! escribe en los fastos de tu gloria, con letras de oro el augusto nombre de esta pobre aldeana; y levanta á cada paso un monumento, que eternice las piadosas huellas que en tu suelo, fecundo de varones ilustres, dejó estampadas Catalina Tomás. Estos son, hermanos míos, los primeros y sublimes rasgos de virtud que de Catalina Tomás se leen en su historia. Pero estos solo fueron felices presagios de los rápidos progresos que pronto habia de hacer en el camino de la perfeccion. ¡Qué sublimidad de ideas! ¡qué reconocimientos tan elevados del espíritu! ¡qué desprendimiento tan singular del mundo! ¡qué ejemplar de modestia en sus vestidos! ¡qué amor de Jesús tan intenso! Observada de cerca, y Catalina se os presentará vestida de groseros paños, de agudos y penetrantes filicetos; nunca se deja ver en los bailes y diversiones públicas, en donde la virtud tierna se sofoca y las pasiones levantan cabeza; el trato con su Esposo la arrebató; y así es, que después de las faenas del campo, pasa continuas y largas noches en la oración, haciendo á su Majestad un sacrificio de sí misma y de sus haberes; á la sombra de un árbol ve arrebatada, los augustos misterios que en la catedral se obraban; con su virtud sola aplaca á dos jóvenes que, encendidos en furor, estaban en ademán de despedazarse; y en fin, ¡qué linaje de virtud es éste, que se burla de los atractivos encantadores del mundo, se resiste á los furiosos movimientos de las pasiones, desprecia los ardides del enemigo, amansa los soberbios, contiene á los disolutos, y que en las familias enemistadas lleva en sus manos el olivo de la paz?

Pero Dios, que desde el Cielo dirige los pasos de esta tierna doncella, quiere consumir la grande obra que en ella ha empezado su diestra poderosa. Mas ¡cuán diferentes son los pensamientos de los hombres de los de Dios! Los tutores de Catalina, no respirando más que intereses del mundo y de familia, la destinan para un honroso enlace, que, en su concepto, le hará su dicha y febridad. Y para esto, ¡oh santos Cielos! ¡qué de ardides no usal! ¡de qué estratagemas no se sirven! ¡qué de violencias no practican! ¡qué de injurias nobles vomitan! Corramos un velo sobre esta triste época de la vida de Catalina, y solamente atendamos á los impulsos del Espíritu divino, que la llama á que abandone la casa de sus padres, que olvide entera-

mente á su pueblo, y que vaya á consumir el grande sacrificio que desde sus primeros años ofreció al Eterno. Detened un momento, hermanos míos, el vuelo de vuestra imaginación, y considerad ahora el período más brillante de la vida de Catalina. Castañeda, aquel venerable varon, que en las montañas de Valdemuzá dejó eternizada la fama de sus virtudes, presenta á esta pobre aldeana á los conventos de Sta. Magdalena, San Jerónimo y Sta. Margarita, para que, desentendiéndose del dote, la recibian gustosas en el número de las vírgenes dedicadas á Jesucristo. El Espíritu del Señor le asegura que se cumplirán en ella los amaras planes de su providencia; y que á pesar de los esfuerzos del siglo, gustará de los dulces y sabrosos frutos de la tierra prometida. Las repulsas, empero, que experimentan en todas partes hacen vacilar á Castañeda, y á Catalina la dejan anegada en auaricia y llanto. ¡Quién me diera poderos trazar un corto bosquejo de la sublime y eficaz elocuencia, con que aquel hombre de Dios persuadiría á las esposas del Cordero á la admision de su candidatura, por su santidad extraordinaria, por sus virtudes heroicas, por los favores que el Cielo la dispensaba! Yo os juro, les diria, por el Dios del Cielo, que esta doncella entre vosotros os acarreará gloria inmortal, y hará pasar vuestros nombres de generacion en generacion. En fin, llegó el tiempo destinado para dar cumplimiento á los soberanos designios del Eterno. Las mismas que antes despreciaban á esta pobre y rústica aldeana, corrian presurosas para admitirla en su compañía. Pero tú, ¡oh dichoso monasterio de Magdalena! fuiste el frondoso jardín en donde trasplantada Catalina, dió los más óptimos frutos de virtud. Congratúbaos, esposas santas, por el hallazgo de esta piedra preciosa, que añadida á la diadema que ceñís, formará vuestra gloria y vuestro honor. Astes, Dios mío, como burlais los designios de los hombres, y les haceis ver, que de nada sirven la plata y el oro, cuando queréis elevar el pobre al colmo de la grandeza.

Colocada ahora Catalina en el honroso empeño de ser exactamente fiel á las nuevas obligaciones que con su esposo ha contraído, como desempeñar los altos deberes unidos á la sublime dignidad de esposa del Cordero? Olvidad, hermanos míos, os ruego, todo lo que habeis oído hasta aquí, y representaos nuevos ejemplos de virtud heroica, nuevos rasgos de amor el más intenso, nuevos enlaces con su esposo, y un nuevo campo abierto con flores las más odoríferas de santidad. Perfecta copia del divino original Jesús, estamada en sí misma las gloriosas huellas de este soberano Redentor. En su humildacion y abatimiento aprende la humildad más profun-

da, que la enseña á despreciarse á sí misma, á anonadarse á los pies de todos, á ocuparse en los oficios más bajos de la comunidad, á encubrir secretamente los flones del espíritu, á refusar con constancia los empleos honoríficos de la Religión, á fugirse tofía entre sus hermanas, y á considerarse por la más necia esposa de cuantas moran en los tabernáculos del Señor. Humildad profunda, que la anonada como á Pablo, que le oprime como á Francisco, y que la confunde como á Teresa. En la desazudez del Salvador aprende Catalina la pobreza más extrema, que le inspira un total despreñamiento de sí misma; extremo horror al lio y vanidad, y que le hace mirar á la soma indigencia como á su único patrimonio. Pobreza extrema, que la alegra como á Alcántara, que le place como á Clara, y que hace sus delicias como á Paula. En el cumplimiento del Salvador á los soberanos decretos de su Padre, aprende Catalina la obediencia más ciega, que la enseña á cortar la conversacion con un respetable religioso para obedecer al primer toque de la campana; á tolerar penosísimas molestias á la menor insinuacion de su superiora; á probar una bebida inmundísima, porque así le decían estaba mandado; á subir y bajar escaleras con los ojos cerrados; y á presentarse al torno, al locutorio, y á otros parajes, como instrumento inanimado y víctima ciega de la obediencia. Obediencia sin ejemplo, que la hace sufrir como á Pablo, callar como á Ignacio, y despreciar trabajos como á Javier. En las amorosas lagas de Jesús bebe Catalina el amor más intenso á su Dios. Le contempla en el silencio de la noche; le llama en el secreto de su corazón; suspira por él en todas partes; le abraza, le acaricia, le estrecha; y protesta solemnemente, que nada hay capaz de apartarla de su amor. Amor grande y extraordinario, que la hace deshallear como la esposa de los Cantares; que la derrite en suavidades como á Felipe Neri, y que la hace morir como á la Magdalena.

En las espinas y azotes de Jesús aprende Catalina la mortificación más severa. Émula de los Pablos y Antonios, renueva en el claustro las austeridades y rigores que hicieron estremecer las espantosas grutas de la Nitria y de la Tebaida. Contempló á Catalina transformada en un cadáver viviente, extenuada con los ayunos, consumida con las vigiliás, inundada en lágrimas, vestida de un tosco saco, esfuída de ásperos cilicios, y alimentada ocasamente con manjares que su industria vuelve insípidos. La misma penitencia se estremece al escuchar los pavorosos estruendos de disciplinas y cadenas con que desgarrá inhumano aquella carne, santificada tantas veces con la un-

cion del Espíritu Santo. Su imaginacion le abulta las infidelidades á su esposo, y despues de haberse calumniada y apropiado á sí misma los humillantes epítetos de mujer ruin, de abismo de iniquidad, de monstruo de ingratitude, vuelve á empuñar otra vez la espada de la penitencia con que añade rigores á rigores, vigiliás á vigiliás, cilicios á cilicios, disciplinas á disciplinas, y ejercicios laboriosos, que no dejan respirar al amor propio, y que furman el círculo de su vida. Penitencia asombrosa, que juntó en la sola persona de Catalina los innumeros suplicios que inventaron los Dominicanos, Majencios, y Pálaris; esto es, los toros de bronce, las parrillas encendidas, los garfos bien afilados y las catastas más crueles. ¿Y qué diremos de las otras virtudes que resplandecieron en Catalina, capáz cada una de por sí de hacerla una gran santa? No abusaré más de vuestra paciencia: esta es la obra del Señor, y mi toso pincel la designación si me empuñase en hacer resaltar sus colores. Os lo diré en compendio: Catalina en el claustro observa un silencio invariable, oracion continua, soledad impenetrable, contemplacion extática, fervor indecible, austeridad asombrosa, divorcio eterno con la tierra, perfecta abnegacion de sí misma; humildad profunda, pureza acendrada, obediencia ciega, pobreza extrema; caridad ardiente, celo activo, fidelidad inalterable, candor, sinceridad y amor inmenso á su Dios.

Así os, que se han cumplido los desgritos amorosos del Señor sobre esta pobre aldeana, elevándola al más alto grado de perfeccion evangélica, y llegando hasta la cima encumbrada de la santidad. ¿Y quién será capaz de derribarla? Edificio tan majestuoso erigido sobre sólidos cimientos ¿quién le arruinará? El Señor es su amparo, su número, su guarda; y así no temerá las saetas envenenadas tiradas del arco de los fuertes. Hermanos míos; es preciso que consideremos á Catalina hecha el blanco del enemigo del género humano. No hablamos ahora de delicias celestiales, de suavidad interior, de dulzuras del espíritu. Hablamos, si de tentaciones horradas, de combates fieros, de luchas sangrientas. Todo el abismo se pone en movimiento para eclipsar para siempre la gloria de Jerusalén. Se declara contra ella el demonio, que alió á Saúl; el espíritu malo, que acabó con la vida de los esposos de Sara; el Levitán, atrevido, que alió á Job; el espíritu amudo, que se acogió á los cerdos; y el espíritu Piton, que poseía la muchacha que curó S. Pablo. Pero ¿y quién resistirá á tan furiosos enemigos? Enemigos de la castidad; ya la provocan á las acciones más torpes con ademanes indecentes, con palabras escandalosas, con gestos impudicos; ya le presentan jóvenes desnudos, revolcándose en la lascivia y hedondez, y le hacen sentir las ardoras

de la concupiscencia, de que no estuvo libre S. Pablo; y ya la lisonjean con los ejemplos de David, de Salomon y la Magdalena. Enemigos de la humildad: transformados en ángel de luz, la alabian con los honorosos epítetos de virtuosos, de mortificada, de santa. Enemigos de la perseverancia: ermitaños fingidos, que la exhortan á descansar en sus tareas, que ponderan el árduo empeño de la virtud, que le ofrecen alcanzar de Su Santidad la solución de sus votos. Enemigos de la oración: figuras horrendas que la perturban; gritos lastimeros que la distraen; monstruos inmundos que la espantan; imágenes horribles que la asustan; y vocería interminable que la inquieta. Enemigos de la vida: la azotan cruelmente; la abofetean sin piedad; la tiran contra las paredes; la despojan de los montes; la sofocan en las aguas; le rompen los huesos; la llenan de heridas; y le clavan un clavo en la garganta. Enemigos de la caridad.... Pero ya será posible, Dios mío, que dejes por más tiempo á vuestra nación santa expuesta á los maliciosos tiros de los Amorreos y Gabaos, pueblos que no os conocia; y que blasfeman vuestro nombre! Conozcáse, Señor, que hay Dios en Jerusalén, y endulza las amarguras que oprimen el corazón de Catalina. Espíritus bienaventurados, anunciadores de paz, ángeles tutelares de Catalina, santos patronos de nuestra heroína, sostened á esta valerosa Judith, que vuestra protección la ampare; que vuestra ayuda la fortalezca; y que vuestros favores le hagan olvidar el cautiverio de Babilonia, y cantar ufana los triunfos del Señor.

Mas job, que hermosos y bellos son tus pasos, hija de Sion! Tú eres semejante á la cebra montés, á los collados de nieve, á las torres de David. Enamorado el esposo de tu hermosura, corre en pos de ti por los valles, por los montes, por las plazas, por las ciudades; te halla, te abraza, te introduce en las bodas celestiales, en donde embriaga á tu espíritu con los dulces licores del amor. Oh vosotros, guardadores de las viñas! no despertéis á mi querida, que duerme en paz el sueño profundo de éxtasis suaves, de arrobos amorosos y deliciosos deliquios, que la ensajenan, que la trasportan, que la arrebatan como á Pablo hasta el Cielo, ó, por espacio de veinte y un días, contempla al sumo Bien con toda la claridad, que se presenta á los bienaventurados; le goza, le ama, le adora; y oye aquellas palabras misteriosas, que no se concedió profetizar á ningún hombre mortal. Estos fueron, hermanos míos, efectos de la particular providencia con que el Eterno velaba sobre la conservación de Catalina. Providencia, que la animaba en los combates, rodeándola de luces celestiales in-

primiendo en su espíritu los más altos conocimientos de la Divinidad, y haciéndole correr los espacios de lo futuro. Providencia, que contraponía á las figuras horrosas del abismo dulces imágenes de Jesús, ya rodeado de resplandores; ya con los oprobios de la cruz, ya con la gloria del pescero, comunicándose á su espíritu, y familiarizándose con ella imágenes de Maria, que la aorriciaba, la bendecía y conjugaba sus lágrimas. Providencia, que la alimentaba en sus ayunos con el cuerpo de Jesucristo; administrado por manos de ángeles y del mismo Salvador. Providencia, que la socorre en sus necesidades, destinando á los santos médicos para que le caren una costilla rota; á Sta. Catalina, á que haga lo mismo con las heridas de su cuerpo; á las santas Clara y Práxedes, para que le ayuden en sus bordados; á S. Antonio, á que le conduzca por la mano en una noche tempestuosa; á la misma santa Catalina, á que le lleve un pan de azúcar delicioso, á que le corte los cabellos, y á que le limpie la cabeza. Providencia, en fin, premiadora de sus virtudes, de sus trabajos, de su constancia con el goce de la bienaventuranza, y con la union eterna con su amado.

Bendigamos, pues, católicos, su memoria, porque en ella se han cumplido las promesas que al justo hace el Señor por boca del Eclesiástico. Que su nombre sea escrito en nuestros anales con caracteres de oro; y sus virtudes entendiase en bronce para nuestra perpetua gloria en las generaciones futuras. Tribúntele los más sinceros homenajes de gratitud, y dirijámos á ella nuestros votos, para que á sus ruegos el Todopoderoso nos llene de bendiciones, y nos asista con las luces de su gracia; para que con este auxilio celestial caminemos por las sendas de la virtud, y lleguemos á gozarle en la gloria, que para todos deseo.

PANEGÍRICO I
DE SAN CAYETANO, FUNDADOR.

En vano procura el incrédulo alucinarsse con los extravíos de su espíritu; en vano en la depravacion de su corazon finge ruinosos sistemas, que protegen y lisonjean sus locas pasiones; al paso que con obstinada ceguedad se empeña, imprudentemente, en rehusarse los auxilios, siempre permanentes de la divina Providencia, se manifiesta ésta, ya en los poderosos socorros que sin cesar proporciona á la afligida Iglesia, ya en las útiles virtudes con que la consuela en sus males, la indemniza de sus pérdidas, y perpetúa su primer espíritu al mismo tiempo que su fervor. *Ne dicas, non est Providentia.*

*No digas... non est Providentia.
No digas que no hay Providencia.
(Eccles. V. 5.)*

San Cayetano de Tiena, fundador de la congregacion de los Clérigos regulares, se dejó ver en los tiempos más horrascosos de la Iglesia. Conducida por la divina Providencia, proporcionó socorros á la Religion, reformadores al mundo, modelos á la clerecía, y á todos los estados enseñanzas y virtudes. Yo, pues, consagro este elogio en honor y gloria de la Providencia, y contra los atemorados de un mundo incrédulo; contra la indiferencia de un mundo ingrato. En la vocacion de Cayetano respetará el mundo incrédulo la obra de la Providencia divina. En su conducta admirará el mundo ingrato la total confianza en la Providencia. Cayetano es una prueba bastante reciente de la Providencia en las necesidades de la Iglesia: *Punto primero.* Cayetano es un eterno ejemplo de fidelidad á la Providencia para edificacion de la Iglesia: *Punto segundo.* Antes de probarlo, pidamos los auxilios de la gracia: *A. M.*

La Providencia, que condujo á José á Egipto para sostener el trono de Faraon; esta Providencia, que sacó á Moisés de la impetuosa cor-

riente de las aguas para hacerle legislador de su pueblo; esta Providencia, que distinguió á David entre sus hermanos para colocar sobre sus sienes la corona de Israel, fué quien nos deparó á Cayetano en las necesidades de la Iglesia. Ella fué la que le dispuso para el cumplimiento de sus designios; ella la que le dirigió en ellos con acierto; ella la que le coronó por lo bien que los desempeñó. Parece que Cayetano habia recibido con el nacimiento el espíritu de su ministerio. El Cielo, que le formó para ser el mayor lustre de la clerecía, quiso, que desde luego fuese el modelo de ella.

A Ezequiel le era muy sensible ver menospreciada la ley, abierto el santuario á la iniquidad, los sacerdotes sin celo al pueblo sin instruccion, sin vigor la disciplina, desavenidos los príncipes, dominante la guerra, triunfante el vicio, y universal la licencia y el libertinaje. Esto es, justamente, lo que pasaba en tiempo de Cayetano; mil tempestades se levantaron. El interés reinaba en lugar de la probidad. Las costumbres estaban bastante estragadas, y casi no podian llegar á mayor exceso. Con el estímulo de todas las pasiones se encendia el fuego de la guerra. Carlos V. y Francisco I. eran dos príncipes rivales, que tenian dividida la Europa en partidos, manteniéndola inquieta y aniquilándola con sus continuas disensiones. En medio de estas divisiones se presentó al mundo el imperio Otomano, que, como el más poderoso y formidable, espantó á todos con sus movimientos. Todo parecia que presagiaba la ruina de la Iglesia. Los príncipes y sus defensores, no tenían ya para su defensa sino una tímida emulacion. Muchos ministros del santuario no conocian ya más que un vergonzoso rapaso, un vil interés y una insaciable ambicion. Al paso que debian edificar, escandalizaban. Ninguna ciencia tenían, ningun celo, ninguna virtud. Una horrosa oscuridad cubria la posesion de Jesucristo. Y para colmo de horror estalló un incendio, que causó la desolacion de las ciudades, de las provincias y aun de los reinos. Las carinas del santuario se rasgaban, los altares se profanaban, las virgenes se arrancaban de su trono, y los sacerdotes parecian á manos de los nuevos tiranos. Protegida la atrevida y fogosa herejía, rompió todos los diques, hacia arinar á los poderosos, excitaba la rebelion, predicaba la independencia, corrompia las costumbres, trastornaba la Religion, y formó de la Europa un vasto y dilatado campo de batalla, produciendo en la Iglesia un sin número de mártires. La Religion, para reparar sus pérdidas, vengar sus ultrajes, defender sus dogmas, mantener su culto y conservar sus leyes, necesitaba de un hombre como Cayetano. Le hacía falta para excitar el fervor en los pueblos, la edificacion en los pastores, las

obligaciones de su estado á la clerecía, los príncipes á la paz, los herejes á la sumisión, y á todo el universo á los principios de la primitiva fe.

Ya habia intentado el concilio de Letrán cerrar las profundas llagas, que habian abierto á la Iglesia la infinidad de mónstruos que se habian reunido contra ella; ya se habian congregado los Padres, para tomar las medidas más acertadas á fin de reprimir el escándalo y el libertinaje. Con efecto, se habia comenzado la obra; pero aún no estaba terminada. Adriano VI habia vivido muy poco para consolidar el plan de reforma que proyectara. La irresolución y los males de Clemente VII, solo le habian hecho concebir laudables designios, sin proporcionarle la deseada ocasion de realizarlos. A Cayetano solamente era á quien estaba reservado juntar al mérito del proyecto la gloria de la ejecución. Lo primero que hizo, fué establecer una congregación de Clérigos regulares, destinados á la santificación del mundo, y santos tambien ellos mismos. En esta congregación, pues, juntó algunos hombres, que se consagraron al Señor por medio de un voto irrevocable, como aún lo hacen en el día sus sucesores, en el augustó ministerio del sacerdocio. Celebraban como tales los divinos oficios, y permanecian como religiosos muy distantes del mundo. Seguian aquel espíritu de desinterés que se admira en los apóstoles. Por medio de un desprendimiento noble y generoso combatian contra los ministros interesados. Los que lo eran de la ambición, admiraban en ellos unos hombres dignos de todos los honores; al mismo tiempo que se resistian á admitirlos. En ellos respetaban los ministros hipócritas una virtud sólida, sociable, útil, sin embrollos y sin rodeos. Se presentaban, y á su vista dejaba de vivir la clerecía en el infeliz abandono de sus obligaciones. Se reconocian y mudaban de idea. Los discípulos de Cayetano estimulaban por su piedad á la virtud, y confundian al error por su doctrina. En el mismo año en que Lutero deja el hábito y abjura la regla de San Agustín, abrazan ellos la nueva regla, y ochan los fundamentos de su congregación. El luteranismo trata de abolir por un escandaloso atentado el culto exterior; los Clérigos regulares emplean su celo para darle su debida decencia y majestad. Por una parte, se suprime el sacrificio de la misa; por otra, es defendido. El heresiarca se arma contra la confesion; el fundador de la congregación aumenta su práctica. Los partidarios del error son los enemigos de la caridad; los nuevos apóstoles son victimas de ella misma.

¡Oh Iglesia santa de mi Dios! ¿Crees tú que no tenias otras armas en tus desgracias que las de las lágrimas estériles, las de los

sentimientos inútiles y las de las excomunionen sin fuerza? Pues nó, no es así, consúlate. Los abusos y las desgracias ván á cesar ya. Una repentina revolucion mudará el semblante de la clerecía. ¿A quién serás deudora de esta dichosa revolucion? A Cayetano, Pero ¿cómo ha de ser él solo bastante para esta importante empresa? Es preciso que le ayuden unos hombres escogidos por la Providencia. El los encontrará, pues. Una parte de los más distinguidos ministros de Italia por su nombre, ciencias y santidad, se sujetan á sus leyes. Bonifacio del Colle, tan noble de corazón como de origen, sábio y virtuoso cortesano sin política, rico, caritativo, apóstol edificativo, y, en una palabra, hombre en quien concurrían todas las cualidades apreciables y casi ningun defecto, es uno de ellos. Pablo, consejero aún más conocido por su mérito que por su nacimiento, espíritu sólido y delicado y corazón sensible y generoso, que parecia no tener ya más progresos que hacer en el camino de la piedad, es otro. Juan Pedro Carafa, hombre para todos los estados y de los mayores talentos y virtudes, que habia hecho brillar su prudencia en la corte y amar su vigilancia, su caridad y su desinterés en el episcopado; ingenio vasto, profundo y delicado, delante del cual desaparecian todas las dificultades y se convertian los obstáculos en medios útiles; espíritu brillante y muy diestro para manejar las persuasivas armas de la elocuencia; espíritu sólido, para quien las tinieblas de la Religión eran rasgos de luz y de claridad; espíritu pacífico, que daba envidia con sus sucesos y la desarmaba con su moderación; tan respetado en España como en Inglaterra é Italia; tan celosa en su propia santificación como ardiente en procurar la de los demás; es tambien otro de los que siguen sus leyes. Aprovechémonos, dice Cayetano, de estos hombres á quienes somete la Providencia, y del precioso instante que la gracia nos proporciona. Únanse, pues, á mi todos aquellos que se interesan por la Religión. Vamos, vamos á santificar el santuario y á renovarle. Háblaba y persuadía. El espíritu que le animaba se comunicaba á sus discípulos. Empezais ya, hermanos míos, á distinguir la mano de Dios en la empresa de Cayetano?

Pero ¡ah! cuántos inesperados obstáculos vienen á retardar su realización! Los cardenales y prelates estaban encargados de examinar el plan de la proyectada congregación. Al leerlo se recreaban; pero, si la idea les parecia admirable, juzgaban la ejecución por imposible. La novedad que causaba en sus preocupados ánimos un Orden de Clérigos regulares como éste, les hacia creer, que aunque podia merecer elogios, necesitaba precisamente un exámen de mucha reflexion. Muchas veces contradice la política las empresas que

debia proteger. ¿De qué modo vencerá nuestro fundador esta multitud de dificultades? Permaneciendo firme, y siguiendo el orden de la Providencia. De esta suerte hará ver á los preocupados entendimientos, que aquel desinterés, que parecía tan raro y singular, tiene por sus garantes á los mismos apóstoles. Les manifestará, que la alianza ó union del estado regular con la disciplina clerical, debe su origen á S. Agustín, que lo dió en ello el primer ejemplo en Hipona. En vano les hablaba de este modo, porque las opiniones y tropiezos que habian encontrado S. Francisco de Asís, y el de Paula en el establecimiento de su respectiva Orden, se le acrecentaban á Cayetano contra la fundación de la suya. Por la misma Providencia que sostenia al apóstol de Umbria y al taumaturgo de la Calabria, protegía tambien al fundador de los Clérigos regulares. Todo parecia que se conjuraba contra él; pero varió bien presto este modo de pensar. El santo obispo de Verona, Gilberto, expuso en una ocasion favorable aquel mismo plan que ántes se habia recibido con tanto desagrado. Reflexionaron los cardenales sobre él y se admiraron. Examinado el Papa, y lo aplaude. Edificada Roma, vió perfeccionarse el proyecto. Aprobó el Orden, y se estableció. Este fué el triunfo de la Providencia. No puede atribuirse á otra cosa; pero aún se reconocerá más bien en los admirables sucesos que coronarán al héroe al mismo tiempo que á la obra. Consideradlo, incrédulos, consideradlo y confundios.

¡Dichoso el hombre que, penetrado del amor de Dios, confia sus empresas al cuidado de la Providencia! Su posteridad se enriquecerá y llenará de gloria. Parecerá que los siglos no se suceden unos á otros sino para eternizar su reputacion. Las potestades de la tierra protegerán las obras de su celo. Su ministerio será milagroso. El primer asilo que juntó al padre y á los hijos, fué un beneficio de la divina Providencia. Allí reproducian como unos héroes cristianos llenos de dulzura, la tierna imagen de los primeros apóstoles. Desde el principio de sus trabajos, florecia el culto, se reformaban las costumbres, se proscríbía el vicio, se extirpaba la herejía, y salía la luz del centro de las tinieblas. Cayetano ve aumentarse milagrosamente tanto su establecimientos como sus discípulos.

¡Qué discípulos! Vosotros sin duda conocéis sus virtudes; vosotros habeis oido hablar de un Marinon, celoso defensor de la disciplina, admirable religioso é inimitable superior; de un Olimpa, célebre por su reputacion y aún mucho más por sus virtudes; de un Iscaín, modelo de piedad; de un Caraciolo, ejemplo de penitencia; de un Osóira, victima de la caridad; de un Scupoli, cuyas obras deleitaban á sus

Francisco de Sales; de un Bernardino Escoto, hábil juriconsulto, teólogo profundo, versado en todas las lenguas, sábio en las negociaciones políticas, guía, amigo y confidente de los soberanos pontífices, y menospreciador de los honores por su humildad; de un Pablo de Tereso, imitador de Bernardo en el retiro; de san Agustín, en el episcopado; y muy ingenioso para mortificarse con una camisa de crin, que le servía de cilicio, y para ocultarla debajo de la púrpura romana; y en fin, de un S. Andrés Avelino, propagador de la congregacion, oráculo de los directores, pacificador de las turbulencias, mártir de la caridad, héroe de la perfeccion cristiana, santo único en la Iglesia por la dificultosa mira que se habia propuesto de hacer cada dia nuevos progresos en la virtud; y santo, en fin, cuya conducta ha hecho ver, con la puntual observancia de la regla, una viva y animada expresion del Evangelio. No dirigió Cayetano á todos aquellos hombres ilustres; no todos han estudiado su espíritu desde el principio de su congregacion á vista de sus ejemplos; pero todos se han santificado bajo sus leyes, y todos han concurrido á transmitir á la Iglesia sus virtudes y sus triunfos. Obsérvese al santo fundador en medio de los primeros cooperadores de su celo. No es ménos padre que maestro suyo. Su espíritu es quien dá movimiento á aquellos obreros evangélicos. A todas las partes del universo hubiera querido suministrar apóstoles el santo ardor de su caridad. A todo el mundo llevaba en su corazón. Ya se cumplirán sus deseos. Al cabo de algunos años, se establecerá sucesivamente su Congregacion en Italia, España, Portugal, Alemania, Polonia, y hasta en las Indias, con la ayuda de una Providencia protectora. La reforma de la clerecía volverá á la Iglesia su antiguo esplendor. ¡Oh incrédulos! no digais que no hay Providencia; la vocacion, los trabajos y los triunfos de Cayetano demuestran, palpablemente, una Providencia que todo lo preside; y Cayetano es un eterno ejemplo de fidelidad á esta Providencia para edificacion de la Iglesia.

Cayetano estuvo siempre sumiso á las órdenes, y reconocido á los beneficios de la Providencia. Hasta aqui solo os he representado al legislador, ahora voy á manifestaros el santo. Por aquel tiempo ocupaba Julio II la cátedra apostólica. La Providencia llevó á la corte de este pontífice á nuestro Santo. Anunciábase su reputacion, y su conducta fijaba en él todas las miradas y atenciones. Las mejores y más lisonjeras dignidades se ofrecieron á sus superiores talentos. Si desde luego condescendió con las órdenes soberanas, fué porque creia, que en ello acertaba á cumplir con los designios del mismo Dios. Mas, cuando este Señor se lo manifestó de diferente manera, lo tomó tam-

hien muy distinta en su modo de pensar. Él aceptaba y desechaba los honores cuando el Cielo se lo ordenaba. Subió Leon X al trono de la Iglesia, y desde luego manifestó á Cayetano la estimacion y el cariño que le profesaba. Ninguna satisfaccion podia desear la ambicion que él no lograrse. Pero ¿qué es lo que vino á conseguir? Una ventaja más gloriosa que los honores con que se le queria colmar. Logró la reputacion de un santo, que, dueño de su fortuna y elevacion en Roma, trasladó por sí mismo el edificio en que se fundaba.

Digo en Roma, porque ya en Vicenza habia vencido la humildad de nuestro Santo los obstáculos que le oponia la erguida vanidad de su familia; La Congregacion de S. Jerónimo reunia en Vicenza unos hombres, cuyo nombre era tan poco conocido como resplandeciente su piedad. Id, Cayetano, id y ciudad de esa asociacion popular. La Providencia le impone otros cuidados, é inmediatamente deja aquel género de vida á que solamente le condujo la obediencia. Dirigido este nuevo Pablo por otro Ananias, se encamina á Venecia para permanecer en la casa que allí habia más fértil y brillante en ejercicios de virtud. Experimentaba aquella poderosa república las más horribles desgracias; Cayetano, por medio de sus eficaces oraciones, apacigua aquella tempestad. El hombre de la Providencia es el ciudadano del universo. Cuando nuestro héroe era útil en Venecia se detenia y encerraba en ella; cuando hacía falta en Verona se trasladaba también á esa ciudad. ¿Y qué es lo que observa en ella? ¿Qué? El que un celoso obispo es la victima de su mismo celo. Gilberto se habia declarado contra la desenfrenada licencia de la clerecía y del pueblo. Rebelde aquélla, habia menospreciado sacrilegamente sus anatemas; y agitado, preocupado y seducido el pueblo, habia enarbolado el estandarte de la rebellion y de la discordia. Presentase Cayetano en esta ocasion, y toma el remedio á su cargo. Su palabra era, como la de Elias, un rayo de fuego que estremecía, hacia reflexionar, instruía á los entendimientos y cautivaba los corazones. Ni la ciudad de Nínive fué más dichosamente mudada y convertida al oír á Jonás, que lo fué Verona al escuchar á nuestro Santo.

Venecia reclama de nuevo los sacrificios de Cayetano. Esta desgraciada ciudad, en donde reinaba la paz, la opulencia y el lujo, ya no es otra cosa que una triste mansion, en donde hace respirar el contagio un aire corrompido. Con facilidad se comunica y hace sentir por todas partes este sutil veneno, y con él el pavor, la destruccion y la muerte. Esta ciudad, pues, tan rica y floreciente, parece á manos de su propia grandeza. El Angel exterminador vierte por todas partes

el vaso de la divina cólera. Solo se ven pálidos semblantes, cadáveres corrompidos, sepulcros que infestan, y soledad horrible y espantosa. El amigo no encuentra ya amigos con quien tratar; el padre abandona á los hijos. En donde empieza el peligro parece que las leyes se destruyen y aniquilan. Cayetano confia los dias de su vida al cuidado de la Providencia. De este modo la hará un noble sacrificio. El no cuida de su vida; nada es bastante para impedirle la actividad de su celo; creyérase él sumamente dichoso, si pudiese morir por salvar la vida de sus hermanos.

Pruebas más rigurosas tiene que sufrir en Roma. ¡Oh Santo Dios! Y ¡qué es lo que va á suceder! Adelantose hácia esta capital del mundo cristiano una formidable armada. Parecia resonaba en el aire el espantoso estrépito de una ininidad de rayos y exhalaciones. Ya no era Roma señora de sí misma. Victorioso el enemigo, venció todos los obstáculos. En su precipitada é impetuosa acometida, rompió los diques, y salvó las murallas. Me parece que á vista del Vaticano se le muda en furor su ánimo valiente, formando de este modo arroyos de sangre. ¡Oh, qué aceros se esgrimieron en esta sangrienta empresa! ¿qué incendios y qué atentados se vieron! Destruídos y hechos ceniza los prodigios del arte; abiertos los templos á todos los delitos; entregados á las llamas los sagrados huesos y reliquias de los santos; hechos nuevamente hogueras y leñeros los sepulcros de los mártires; y las cenizas de los papas dispersadas y ultrajadas con la mayor ignominia. Nada, en fin, respetaba la impiedad. Jamás presentaron escena más sangrienta los siglos de persecucion. Mas ¿por qué bárbara predileccion vinieron á caer sobre Cayetano todos los males que afligian á Roma? ¿Será porque no temió presentarse á los herejes entre el estruendo de las armas, y porque reprendió con un vigor apostólico sus excesos del mismo modo que sus sacrilegios á los católicos? Puestos todos de acuerdo, le insultaban y le perseguian, por decirlo así, aún en su mismo retiro. Para él se inventaron suplicios, cuyo rigor se habia escondido á la ingeniosa crueldad de Nerón y Diocleciano. La paciencia y el sufrimiento del justo puede probarse de muchos modos, mas no se la puede aboir ni confundir. Un hombre, por mejor decir, un monstruo de ingratitude, á quien en muchas ocasiones habia colmado nuestro Santo de beneficios, penetró hasta el santuario, y puso sus sacrílegas manos sobre el santo apóstol. ¡Oh monstruo de la naturaleza! ¿Adónde te lleva tu temeridad! Detente: respeta el santo templo; teme á un Dios vengador y justiciero. En efecto, hermanos míos, Cayetano fué arrebatado del altar. Lleno de heridas, bañado en su propia sangre y maniatado, fué encerrado en

un triste y oscuro calabozo. Pero os podeis consolar, hermanos míos, porque áun que su cuerpo esté cautivo, su corazón es libre. Safré y se contenta con padecer. Desde las tinieblas del lugar en que estaba encerrado, salieron aquellas maravillosas palabras, que dieron á conocer á un mismo tiempo su seguridad, su alegría y su confianza: «En Dios tengo toda mi esperanza; Él será mi libertador.» ¿Se frustrará su confianza? No por cierto, porque sus obstáculos se venecían, y una mano invisible encañinará sus pasos. Inaccesible á los interesados esfuerzos de sus perseguidores, engañará su esperanza. Las olas de la mar parecerán que se humillan y sosiegan á su vista, respetando dóciles los vientos su virtud. A vista de esto, no puedo menos de desentenderme de su firmeza, y poner mi única mira en su reconocimiento; que es lo que más bien se percibe.

Este, pues, es elocucio; con el luego de sus expresiones pinta la vivacidad de sus sentimientos. También es activo, porque justifica por el ardor de su celo la sinceridad de sus discursos. Y es perseverante, pues con una muerte heroica corona sus sentimientos, sus obras y sus sacrificios. La Providencia, decía, me ha socorrido en Roma, protegido en Venecia y fijado en Nápoles. ¿Veis esta mar tan propensa á alborotarse? Pues la Providencia es quien me ha hecho evitar los escollos. ¿Observais á mis discípulos sin asilo? Pues ella es la que los ha recogido. ¿Se hallaban sin recurso? Pues ella les ha mantenido y alimentado. ¿He necesitado protectores? Pues ella me los ha proporcionado. ¿Apologistas? Ella me los ha dado. ¿Socorros? Ella me los ha concedido con prodigalidad. ¿Y habia de ser ingrato mi corazón? ¡Ah! permita Dios que perezca en el instante mismo en que quiera olvidarme de su generosa Providencia, que es á quien todo se lo debo. Cual madre generosa, me ha sostenido y favorecido como á hijo querido; y así, como hijo reconocido, la debo un favor sin límites y una confianza sin medida. Jamás recibirá tantos homenajes y sacrificios de mi fidelidad, que igualen á los infinitos beneficios que me ha prodigado su protección.

De este modo habla el reconocimiento; pero ¿cómo obra? Cayetano os lo va á enseñar. Ya que la Providencia le habia arrancado y libertado de los atentados de la herejía en Roma, debia, como por reconocimiento, declararse contra las empresas de esta depravada secta en Nápoles. Tres apóstoles de la mentira y del error imperaban en aquella desgraciada ciudad, que con sus discursos sorprendían y pervertían á las gentes bajo una falsa piedad. Cayetano les observó cuidadosamente, y por fortuna, los descubrió. ¡Con cuánto ardor hacia que se declarasen contra ellos la vigilancia, la autoridad, la cien-

cia y las excomuniones! Informó á Roma de todos esos peligros, é hizo que Nápoles se pusiese alerta, exhortando, combatiendo y escribiendo contra aquella depravada secta. Los emisarios de la profana novedad, solo experimentaban menosprecios, anatemas y suplicios. Huyen llenos de vergüenza; pero dejan bastante semilla de discordia. En vano intenta la autoridad exterminarla con las amenazas de que, para asegurar la fe y mantener la sumision, estableceria é introduciria en aquella ciudad el tribunal de la Inquisición. Encendiéndose la guerra, diéronse los combates, y Nápoles vino á ser el sepulcro de muchísimos de sus habitantes, que fueron tristes víctimas de aquellos desórdenes. Cayetano, semejante al gran sacerdote Heli, que no pudo vivir después que robaron el Arca, se sintió entrañablemente herido con la triste vista del espectáculo que le presentaba un pueblo á quien amaba. Agobiado de fatigas, consumido por la penitencia, acabó sus trabajos y su vida. Si, hermanos míos; ya murió aquel hombre, que era la prueba más reciente y verdadera de la Providencia en las necesidades de la Iglesia. ¿Podrá acaso el incrédulo, si reflexiona sobre ella, permanecer todavía en su incredulidad? Yo lo dificulto. No hay ninguno que más bien que Cayetano sea eterno ejemplo de fidelidad á la Providencia, para edificación de la Iglesia. Aquellos cristianos que se fían mejor en los hombres que en Dios; pueden aplicarse este instructivo ejemplo para aprovecharse de él.

En este mismo día en que celebramos nosotros el triunfo de nuestro santo héroe, le honra la insigne Roma como á su modelo, Venecia como á su libertador, Niceza como á su padre, y Nápoles como á su protector. ¡Quiera Dios que la Iglesia universal vea revivir sus virtudes en todos los estados! Renazca su caridad entre los grandes, y su sumision entre los pueblos. Imiten los sagrados ministros su desinterés, los pastores su vigilancia, los superiores su salubridad; y todas las criaturas, de cualquier condicion ó clase que sean, su fe y su fervor. Triunfe la Providencia, de quien fué ministro, en nuestros corazones; así como triunfó en el suyo. Sujetémosla, como él, todas nuestras acciones y empresas, para que también nos corone en la eternidad, que á todos desea. *Amén.*

PANEGÍRICO II
DE SAN CAYETANO, FUNDADOR.



*Propter hoc habitans in eis meum, et
cavalentis lingua mea: insuper et caro mea
regredietur in spe.*

Por más se regredija mi corazón, y pro-
grumple en vientos algaras mi lengua; y
además también mi carne descansará con
la esperanza.

(PSALM. XL, 9.)

En vano se atrevió Epicuro á establecer, que el universo no es más que un conearso fortuito de átomos; en vano Espinosa no reconoció otra divinidad que una sárta ó Juco esparcido por todos los cuerpos: á los ojos de la razón aparece la falsedad de esas opiniones. Cualquiera que extienda su vista sobre la variedad y hermoso orden de las cosas criadas, ha de confesar por precisión, que una inteligencia suprema las produjo, y que no á la casualidad debieron su ser y su perfeccion específica. Un Dios verdaderamente insensible, y que no tomase parte en nuestros bienes y en nuestros males, no hubiera criado esta tierra para nuestro uso; no hubiera dividido el día de la noche para señalarlos el tiempo del trabajo y el del reposo; no hubiera distribuido las aguas para que cada provincia y reino tuviesen sus fuentes y sus rios; no se tomara el cuidado de perpetuar el mundo con una atención maravillosa, ni nos diera tan clara idea de sí mismo que no pudiéramos olvidarla sin sofocar la voz de nuestra razon propia. Es cierto, que si consideramos al hombre por la parte exterior, y le acompañamos desde su cuna hasta el sepulcro, no veremos sino necesidades, flaquezas, pasiones, que parece le reducen á la misma condicion de las bestias; pero reflexionemos un momento, y hallaremos una vida espiritual que se eleva sobre los fragmentos de la vida animal, y que hace al hombre una criatura casi celestial. La filosofía moderna combatirá en vano estas eternas verdades; el sentimiento íntimo reclama incesantemente en su favor, y reside hasta en los salvajes al parecer más feroces. Si las

pasiones, por un lamentable desorden, no se apoderarán de nosotros, nuestro espíritu se abalanzará á la eternidad, y no veremos más que á Dios en medio del mundo, disponiendo las causas y ordenándolo todo en beneficio del hombre, á quien crió para dominarlo todo. El corazón del real profeta se alegraba y se gozaba su lengua al considerar esta providencia de un Dios infinito; y su carne afligida descansaba en la esperanza, porque á su derecha estaba Dios, ordenando sus presentes males á una felicidad eterna.

Pero, fijad más bien vuestra consideracion en el digno objeto de los presentes cultos; ved al ilustre hijo de la casa de Tiena, al gran Cayetano, y él os convencerá de la solicitud amante del Señor, y de los beneficios que recibe el hombre que se confía al orden inefable de su providencia. Desde la cuna hasta su tránsito feliz, fué Cayetano el objeto de los cuidados de Dios: en su vida resplandeció el orden de su providencia, porque, como el santo David, se alegró su corazón, se gozó su lengua, y en la esperanza descansó su carne. A su derecha estuvo siempre la mano de Dios; y en sus angustias y en sus tribulaciones encontró á un Señor benéfico, que inclinados sus ojos sobre la tierra, lo disponia todo con suavidad y lo ordenaba todo para que los males produjesen bienes, y de unos y otros resultase su felicidad. Esta será la idea de mi discurso, que concebiréis fácilmente, atendiendo á esta proposicion: La Providencia de Dios se manifestó de un modo particular en la vida de Cayetano. A. M.

Noticiamente obran la ignorancia y la impiedad, en no reconocer otro principio y acción en el universo, que una naturaleza ciega y caprichosa. Una simple ojeada sobre lo criado basta para convencerlos de que existe una providencia soberana, que extendió los cielos, consolidó la tierra y abrió la profundidad de los abismos. La razon conoce por sí misma, que existe un Ser soberano, omnipotente y bondadoso; y el mismo Cicerón, que no conoció la revelacion, negó la pluralidad de los dioses para admitir uno solo, que nos ha criado y nos conserva. El rústico que mira el firmamento, y el niño que considera su flaqueza, no necesitan estudios ni argumentos para refutar á los espinosistas y ateístas, porque reconocen por sí mismos el poder del Criador. Si el hombre, para obrar, oyera siempre los dictados de su razon; si no juzgara de las cosas solo por su corteza, todos verian con claridad, que no sucede nada más que lo que la Providencia determina. Pero el hombre no obró siempre como debía obrar; y deramándose por objetos superiores á su penetracion, tropezó con las sombras, que incautamente abrazó bajo opuestas ideas. Desgraciado

siglo xv; ¡con qué dolor te recordará la posteridad, si envuelto en las tinieblas con que pretendió oscurecerte el blasfemador Lutero, no hubieras visto á la ciudad de Vicenza en los dias preciosos en que dió á luz al inmortal Cayetano! Pero, si la divina Providencia hizo florecer en los tiempos del apóstata Juliano y Eononio á Basilio y á Gregorio Nazianzeno; si en los dias de Nestorio quiso que naciera Cirilo; si contra Arrio opuso á Atanasio é Hilario; contra Elvidio y Joviniano á Jerónimo; contra Pelagio á Agustín y Ambrosio; contra los albigenses, en fin, á los grandes patriarcas Francisco y Domingo; tres años antes de nacer Lutero quiso que los condes de Tiana diesen al mundo el inmortal Cayetano, para que arrollando con la doctrina evangélica al monstruoso herejarca, triunfase de sus errores, é hiciese aparecer con la claridad del sol el dogma inefable de la divina Providencia. Ochocientos veinte y dos errores fuera las armas con que se adiestró Lutero para lidiar con cualquier profeta del cristianismo; en los pueblos más católicos se fijaron las banderas de la luterana milicia; la representación angusta de los misterios era el blanco de la sátira y la burla; los ministros del altar fueron ridiculizados y burlados por embautadores charlatanos; y la providencia de Dios y orden inefable de sus decretos se vieron insultados por los mismos que dependían de ellos. ¡Tiempos infelices, en que al justo no le quedaba otra cosa que sus ojos para llorar, y en que la esposa de Jesucristo era atropellada sacrilegamente por sus rebeldes hijos! ¡Y quién hubiera podido enjugar las lágrimas de esta desconsolada Raquel, si como decía el pérrido herejarca, la providencia de Dios no gobernará el universo? Pero el suceso evidenció la falsedad de sus doctrinas, pues la guerra que Cayetano le declaró desde la ciudad de Roma, le dió á entender, que para confusión de sus armas existía en el mundo el orden de la Providencia, y que un brazo débil era el instrumento de que se valía Dios para confundirle. Grande guerra se nos prepara en Roma, dijo Lutero á sus discípulos lleno de terror estando en Alemania, así que supo que se armaba contra él el intrépido Cayetano, porque preveía su infatigable celo por la fé, y porque le veía armado con la cruz, cuya sola figura en los brazos de Moisés bastó para que vanciese á los amalecitas.

En efecto; es una verdad, que el poder de la cruz es irresistible, pues desde que al nombre del Crucificado doblaron su rodilla los Cielos, la tierra y los abismos, el discípulo de Jesucristo se hizo temible á todos sus enemigos. El atleta de la Religión aparecerá ennegrecido con el sudor y el polvo en el acto de luchar con la impiedad y los crímenes; pero, al fin, quien triunfa es la virtud; y llega un día,

en que el católico levanta su hermosa faz cubierta de gloria y ciñe sus sienes con una corona imarcescible. Las historias nos serian absolutamente estériles, si en cada acontecimiento no víramos una sabiduría invisible, que abate y ensalza, destruye y edifica. En todas sus páginas se nos presenta Dios, que derrama beneficios y fulmina rayos; que enjuga lágrimas y produce otras; un amigo de su indignacion derrita tronos, arruina ciudades, y hace desaparecer hasta el nombre de los conquistadores; mientras que sus ojos, inclinados sobre un pastor humilde, truncan en cetro su cayado, y le agrega al número de los ungidos. El hombre de juicio lo presencia todo, y espera y teme, hasta que manifestándose el Señor se descubren los secretos resortes de su providencia. Entónces se conoce, que la conducta y gobierno de Dios, era un secreto absolutamente suyo; y así lo concieron los que, juzgando al mundo abandonado á sus propios caprichos por los errores de Lutero, vieron aparecer á Cayetano, que renovaba enteramente la faz del mundo, y empleaba la libertad y la malicia en la manifestación de la gloria de Dios, para cuyo fin le había comisionado la Providencia.

Y como las obras sean como los frutos, que acreditan la especie y la virtud del árbol, las acciones de Cayetano demostraban su desprendimiento terrenal; pues eran sus ejemplos más edificantes que las palabras con que se oponía á las impías proposiciones de Lutero. Las riquezas de que se desprendió para poder llamarse pobre de Jesucristo, eran un testimonio de que buscaba otro tesoro que estuviese libre de la contingencia del acaso y de la inconstancia del tiempo; los remedados y viles vestidos con que se cubria acreditaban la verdad de las Escrituras, que predicán el cuidado de Dios que vistió á las aves y á los brutos. Pero miráronse más bien echando los cimientos á la fundación de la Congregación de Clérigos regulares, que, estrechados con solenns votos y profesando la perfeccion evangélica, se preparan á dar ejemplo al mundo, como lo hicieron un tiempo Agustino, Atanasio y Basilio, cuando formando escuadrones de evangélicos atletas, reprimieron la vida licenciosa y dispararon la caterva de los herejes. Sus fervorosos hijos, alistados bajo la bandera de la cruz, se presentan decididos en el campo para confundir al infame Lutero con la eficacia de sus palabras; y mucho más con la evidencia con que proveía el Señor á los que, destituidos de todos los recursos humanos, se habían privado voluntariamente hasta de la facultad de mendigar el sustento. ¡Ah, cristianos! Cayetano sabía muy bien, que los ojos del Señor están siempre inclinados sobre el pobre de corazón; por eso deseaba ser el más menesteroso del man-

do, para adquirir nuevos derechos á los inefabables consuelos de la Providencia. Aquí, les decía á sus hijos, aquí somos peregrinos; nuestra pátria es el Cielo; el que se embriaga con el ponzoñoso vino de los afectos de la carne, se desvia del camino de la felicidad, y dá en el de la muerte eterna. Esta consideracion le obligaba á esperar los bienes temporales que pudiesen conducir al goce de los eternos; y como al mismo tiempo toda su esperanza la colocaba en Dios, no dejó á sus hijos otras rentas ni otro patrimonio que la confianza en el Señor, cuya providencia nunca le falló, como dice la Iglesia.

¡Ah! ¡y con qué certeza suscribiríamos nosotros mismos á esta verdad, si fijásemos nuestros ojos en la claridad con que la providencia del Señor se manifiesta hasta en las cosas más menudas de nuestra vida! El mayor número de los hombres, sin otro auxilio que el de sus brazos é industria, mantienen familias numerosas, y no se sabe, despues de muchos años, como han podido subsistir á tantos gastos. No hay artesano alguno que no diga con admiracion, que no sabe como ha podido mantener y educar á sus hijos. El mismo Dios, que alimenta los polluelos del cuervo que le invocan multiplica todos los dias la harina de la viuda Sareptana, y los cinco panes para mantener cinco mil hombres. ¡Cuántas veces, en nuestras mayores angustias, hemos experimentado el tacto de una mano invisible, que enjagaba nuestras lágrimas y aliviaba nuestros males! Sentimos á veces, como San Pedro, que la barquilla en que navegamos se sumerge en medio de las olas, y nos inclinamos á creer que nos vamos á fondo; pero al instante en que volvemos sobre nosotros oímos una voz que nos dice, que estamos en manos de un Dios, que no duerme jamás; de un Dios, que abriendo la mano llena de bendiciones á todo animal; de un Dios, que dá á los vientos, al rocío y á la lluvia poder para refrescar la tierra, humedecerla, searla y llenarla de flores y perfumes; de un Dios, que bendice el universo y halla sus delicias en habitar con los hijos de los hombres. Este gran Dios es aquella sabiduría cuyo poder llama á lo que no es, como si fuese, cuyos inexcusables designios desconciertan los proyectos humanos; y que no conociendo pasado ni venidero, solo ve lo presente, teniendo á la vista todas las generaciones como si actualmente existieran. Nuestra injusticia y nuestra ingratitude contra la Providencia provienen, de que sofocada la razon por las pasiones, consideramos este mundo como nuestro último fin. Si pensáramos que esta vida tumultuosa no es más que un átomo ó un minuto en comparacion de la eternidad, y que en esta misma eternidad hemos de pensar para juzgar sanamente; conoceríamos el designio y conjunto de tantas cosas como nos circundan

é inquietan. Reconoceríamos, que el hombre de bien muere en la flor de su edad porque estaba coronado para el Cielo, y que el malhechor envejece para ejercitar la paciencia de los justos. El hombre que mira con atencion esta perspectiva, ni se sorprende ni se lamenta de las contradicciones y acontecimientos extraños que forman la historia de este mundo, porque sabe que todo no tiene otro principio que la divina Providencia.

Pero Cayetano nos confirmará esta verdad en el asalto, que en sus dias, dieron las tropas de Babilon á la ciudad de Roma, cuando despues de batidas sus murallas y forzadas sus puertas, entraron á saco en aquella desgraciada capital, profanaron sus templos y sacerdotes, violaron sus vírgenes, y derramaron á manera de inundacion el desorden y la licencia por aquellas plazas y calles, en las que no reinaban sino la muerte y el ostrago. Cayetano, acompañado de sus clérigos reglars, se mezcló intrépido entre la ensangrentada tropa, le amenazó con el rigor del supremo Juez, abriga la inocencia de los párvulos, ampara la timidez y llanto de las doncellas, conduce á los hospitales sobre sus hombros los heridos; es, en fin, el padre universal de todos, y Roma se libra de su última ruina por su confianza heroica en la providencia del Señor. Y cuando excitada la cólera de los soldados iban Cayetano y sus hijos á ser victimas de su furor, la Providencia, que jamás permitió que fluctuase el justo para siempre, hizo aparecer una prodigiosa nube, que sirviéndoles de luz y de guia, como la aparecida en otro tiempo al pueblo de Israel, deslumbrase á los enemigos y á su sombra y amparo pudieron sin ser vistos salir de la ciudad. Y si los hijos de Israel, huyendo de Faraon pasaron enjutos el mar Rojo, que les abrió un camino, Cayetano y sus hijos pasaron el Tiber, porque la divina Providencia les dejó un hombre que los salvase en un barco. Si nosotros no juzgásemos de las cosas por su sola apariencia, veríamos, que el Señor nunca desampará al justo, y que nada sucede sino lo que su providencia determina. Las enfermedades que nos afligen, los insectos que nos mortifican, las pesadumbres que nos abaten, todo se nos presentaría como determinado y prescrito por una inteligencia infinita, cuyos designios son impenetrables, pero siempre sabios y siempre justos. El padre de familias, que muere rodeado de hijos, que al parecer necesitan de su socorro; el ministro, que acabó la carrera de sus dias al tiempo que iba á concluir una guerra cruel y ruinosa; el monarca, que desaparece y deja su reino en las garras de la discordia y de la ambicion, no son sino ejemplos que nos enseñan, que no hay hombre alguno que haga falta á otro, y que solo el que posee á Dios lo

posee todo. Si lo viedero se manifestara á nuestros ojos, formariamos diferente concepto de cuantos sucesos tenemos á la vista. Veriamos los nietos de aquellos á quienes acaso llamamos el destino, hacerse santos, porque sus abuelos fueron humillados y afligidos. Veriamos los Estados sólidos y florecientes, porque la sangre que en cierto tiempo se derramó fué necesaria para su fundamento; veriamos que nuestras dolencias, habiéndonos restituido el conocimiento de nosotros mismos, nos merecian la dicha inmensa de la eternidad; veriamos, en fin, que el lance más insignificante arrastra una cadena, que se extiende hasta los siglos venideros y es principio de innumerables bienes. Esta consideracion nos obligaria á confiarnos en un todo á la divina Providencia, y en todo veriamos sobre nosotros la mano de aquel Dios, que nunca desamparó al justo, y que le sustenta como se confió á Él. La Iglesia nos dice en este dia en honor de Cayetano, que permaneció constantemente confiado en la divina Providencia, y que los milagros acreditaron que nunca le falló.

Contemplemos, pues, nosotros, y ya que los presentes cultos nos recuerdan la providencia del Señor cuando en nuestros mayores males nos miró compasivo; en este dia, en que para memoria de su felicidad ofrecen sus devotos á los piés de Cayetano el incienso y los aromas, y repiten el himno de loor que cantaron los israelitas á la destruccion de Sonaquerib; tratemos de aprovecharnos de la proteccion de este héroe, que por su confianza en la Providencia mereció un poder sin limites para favorecer á sus apasionados. Sea así, glorioso Cayetano; y pues D. Juan de Austria, en el año 1655, triunfó de los moros porque confió en vos expuso á la pública veneracion una imagen vuestra que llevaba en su pecho; y si en el año siguiente de 56, se os debió la señalada victoria que alcanzaron de los turcos los caballeros de Malta, como lo escribió el mismo general de la armada á su hermano, preposito entonces de San Pablo de Nápoles; si el esclarecido Morosini, generalissimo de Venecia, colgó delante de vuestro altar el estandarte del baja visir como señal de vuestra proteccion en las batallas de 1684 y 85; si lo mismo confesaron los católicos en sus progresos sobre la Unghria, singularmente en el tránsito del río Lavó por el serenisimo príncipe Maximiliano Manuel, si estos cultos, en fin, nos recuerdan vuestra proteccion en las necesidades; interceded ahora por nosotros, comunicadnos vuestro espíritu, para que participando de vuestra confianza en la providencia del Señor, seamos llenos de consolacion y permanezcamos unidos á aquel Dios, á quien se ha de tributar eternamente el honor y la gloria que goza con el Padre y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. *Amen.*

PANEGÍRICO DE SANTA CECILIA, VIRGEN Y MÁRTIR.

*Laudant eam in portis opera ejus.
Celebranse sus obras en la pública asamblea.*

(PROV. XXXI, 31.)

¡Cuán vasto, cuán ameno, cuán hermoso es el campo de la Iglesia! Verjel divino plantado por la mano del amado Jesús, sembrado está de varias y preciosas flores, todas á cual más bellas, á cual más fragantes. Paraíso místico fecundado por el amor divino, y en perpetua lozania conservado por las aguas de celestial vida, dá continuamente frutos sabrosos de gloria, como producidos por la gracia. Regocijate pues, Iglesia santa, y cual árbol de vida, puesto en medio de un mundo de muerte, extiende gloriosamente ufana tus ramas frondosas del Oriente al Occidente, del Aquilon al Austro, y muestra con satisfaccion santa esas tus ricas producciones á este mundo, que se seca de aridez, que padece de esterilidad, y se carcome de vejez. Tú, siempre bella, siempre lozana y siempre jóven, continúa hasta la consumacion de los siglos esa tu mision de ventura, de gracia y de vida.

Quando me ponga á considerar la existencia maravillosa de la Iglesia, y comparo los fenómenos que me presenta, con los mezquinos resultados de la historia del Siglo, ¡cuán pequeño se me aparece éste, cuán colosal aquélla! En el Siglo, no veo sino vanidad, mentira, corrupcion, inconstancia, egoismo. En la Iglesia, por el contrario, veo asentadas la verdad, la firmeza, la duracion, la grandeza, la pureza.—En el Siglo, orgullo, avaricia, lujuria, ira, gula, envidia, pereza, vicio. En la Iglesia, humildad, desprendimiento, mansedumbre, mortificacion, castidad, caridad activa.—En el Siglo, fábulas, viento, frusterías, nada. En la Iglesia, el heroismo real, los bienes efectivos, la verdad grave, augusta, noble. Presénteme el Siglo un

héroe sin tacha: en vano esperaré siglos enteros. No me lo presentará jamás. La IGLESIA... á millares. Presénteme el SIGLO una Cecilia... Imposible. No lo puede. Me pasará en revista una Lucrecia, una Cimona, una Semíramis, y alguna que otra mujer ilustre, pero jamás comparable á una Cecilia.

¡Cecilia dije! Nombre augusto, emblema de una heroica virgen, de una colosa cristiana, de una inclita mártir. ¡Cecilia! Nombre majestuosísimo, cuya faz gloriosa descuella y domina entre las ilustres heroínas de la Iglesia como el Líbano entre las montañas santas. ¡Cecilia! Nombre encantador, nombre dulce como el virginal amor, símbolo de celestial armonía, de admirable conjunto de virtudes, todas sublimes, ninguna mediana. ¡Ah católicos! no me creais llevado de un celo extremado ó de una devoción exagerada. La Iglesia nuestra madre, en el oficio divino de esta santa virgen, despliega un arte tan sencillo á la vez que sublime y patético, que, para un verdadero hijo suyo, es imposible el no comoverse profundamente al meditarlo con seriedad, con detención. No haremos, pues, en este panegírico sino exponer el contexto del oficio, aunque ordenándolo convenientemente á nuestro propósito. Para mejor seguir el órden histórico de su vida hé aquí el plan de mi discurso y de vuestra atención. El amor divino ha hecho de Santa Cecilia, una heroína de la castidad, una heroína de la caridad, una heroína de la fortaleza.

Y en el conjunto de todas las virtudes de esta ilustre Santa hallaréis una mística armonía, una música divina, que tan célebre ha hecho á nuestra Santa. Haga el Señor, que este nuestro discurso cause en vosotros una espiritual melodía que os encante, y excite á la imitación de tan grande Santa. Para que así sea, imploremos el auxilio divino por intercesion de la santísima Virgen: A. M.

La santa virginidad, no ha podido nacer de la tierra, solo ha podido venir del Cielo. Dios solo, criando al hombre, ha podido esculpir en su corazón este santo respeto, esta veneracion, esta especie de canonizacion, permitidme esta palabra, de que ha gozado entré todas las generaciones, en todos los siglos, y al través de la más degradante corrupcion de las gentes. Ninguna virtud, católicos, ha arrobado tan espontáneamente los aplausos y la admiracion entera de todos los hombres, en todas edades, en todas las naciones, como la celestial virtud de la virginidad. Registrad con atencion los archivos más reconditos de la antigüedad, consultad los anales de la humanidad entera, desde su origen hasta nuestros dias, y vereis siempre acatada, venerada, *divinizada* esta heroica virtud. Penetrad adentro en

el seno del corazón humano, y vereis entre sus sentimientos más intimos, más puros, más naturales, el respeto y casi la adoracion de esta virtud. Llámase siempre la virtud por excelencia, porque, con efecto, si este nombre, en su origen latino, significa la fuerza reducida á estado, virtud por excelencia ha de ser la que supone una fuerza continua, un vigor siempre en accion, un poder que se aumenta con la resistencia. Y tal es la virtud de la virginidad. La Iglesia la ha venerado siempre con la mayor efusion de ternura y de santo respeto, porque, además del mérito sublime que la realza, sabe, que el Señor se ha complacido siempre en comunicar sus secretos á las almas vírgenes, con una preferencia tan marcada, que no ha podido ocultarse á la piadosa sagacidad de la Iglesia. Todavía más. No solo la angélica virtud de la virginidad ha sido la virtud de predileccion para el divino Esposo de las vírgenes, sino que por un singular privilegio de esta eminente virtud del cristianismo, las sagradas vírgenes cristianas han sido unos de los más brillantes y preciosos ornamentos de la Esposa del Cordero, han sido sus más gloriosos atavíos. A la virtud de la virginidad han acompañado constantemente las demás virtudes excelsas, como para formar de una virgen cristiana un dechado místico de variadas y eminentes perfecciones. Y esto es lo que vemos en la gran mártir y virgen Cecilia.

Sobresalió esta heroína cristiana en todo género de virtud: leal su vida; cada página os causará una nueva admiracion. Es imposible el presentaros en un solo discurso todas las flores de este precioso ramillete: hemos escogido tres, la VIRGINIDAD, la CARIDAD, y la FORTALEZA. Os las irá mostrando en toda su sencillez sublime, y con la posible brevedad. Cecilia, movida del Espíritu Santo, é inflamada en el amor divino, á la par que iluminada por las luces superiores, conoció todo el precio de la eminente virtud de la virginidad; y desde que, por la divina gracia, conoció el valor de esta celestial joya, sacrificó todo su ser para conservarla á toda costa. Sabe que es un tesoro muy precioso, lo pone al abrigo de todo riesgo, del mundo, del demonio, y de su propia carne, el más peligroso, el más tenaz, el peor de todos sus enemigos, por ser CASERO Y TEMER QUE VIVIR CON ÉL. Aprendamos, católicos, aprendamos á ser cautos en extremo, y, sobre todo, reservados y rigurosos para con nosotros mismos. Nuestra ilustre Santa tomaba la bozania de su cuerpo con un áspero cilicio. Ahuyentemos al demonio con la oracion, como lo hacia nuestra Santa.

Adestrada por el Espíritu Santo, que de continuo la iluminaba, y enseñada por el ejemplo de su maestro el santo pontífice Urbano,

sus comunicaciones con Dios eran continuas. Meditaba sin cesar en la ley del Señor, llevaba siempre el sagrado Evangelio en el pecho. Su oracion jamás se interrumpía. Su vida, pues, era una vida angelical; vivía en una region distinta de la nuestra; en otros aires aspiraba, y de otros alimentos se nutria nuestra ilustre Santa. El amor divino, el fuego celestial era su elemento; su pan y su manjar era el amor divino, nos dice la Iglesia. No era, pues, ya Cecilia una simple cristiana, cultivaba un ángel en forma humana, cuya conversacion y cuyo trato cultivaba en el Cielo. Nada terreno la impedía conservar su corazón inmaculado, y hacer de su cuerpo un templo vivo, una morada continua de la Beatísima Trinidad.

Cecilia, jóven, rica, hermosa, educada con el mayor esmero, instruida en las artes y habilidades propias de su edad, sexo y rango, reunía á todas estas cualidades, dotes todavía más preciosas, y que la hacían en extremo amable. El recato y suma circunspeccion de su trato, por lo demás muy afable, el retiro absoluto en que vivía, su modestia y su candor le habían atraído, justamente, el amor y la admiracion de la ilustre juventud romana. Un noble romano, gentil y honrado caballero, vástago de una ilustre familia, jóven, rico y muy bien quisto, aspiró á la mano de Cecilia. Este afortunado doncel se llamaba Valeriano. Manifiesta su honesta pasion á los padres de Cecilia; diceles sus intentos, comunicales sus deseos de unir su suerte á la de Cecilia, su corazón al corazón de Cecilia, por medio de un casamiento, de un enlace ilustre y conveniente. Los padres de Cecilia no vacilaron un momento en consentir á este enlace, y notificaron á Cecilia su resolución de casarla con Valeriano, noble, virtuoso, y dotado de las más raras prendas. Todo esto era así, en efecto, y Cecilia no podía negarlo; pero como su corazón estaba ya desposado muchos años hacia con Jesús, como su amor lo tenia ofrecido ya en primeras á Jesús, como en manos del santo pontífice Urbano había consagrado su virginidad al celestial Esposo, ya podéis considerar, católicos, que ella podrían hacer en su puro y celestial corazón todas esas prendas de que sus padres, á lo que parece gentiles, hacían tanto caso.

Sin embargo, nuestra Santa, que una á una fervorosisima piedad una extremada prudencia, iluminada por el Espíritu Santo, y no queriendo disgustar á sus padres, consiente en la demanda, encomendando á Dios el sacarla á salvo de tan terrible conflicto. Preparábase la inclita mártir con ayunos y abstinencias absolutas de dos y tres dias; oraba al Señor, y le pedía la ayudase poderosamente en aquel árduo lance, que le causaba un santo temor. ¡Ah ca-

lólicos! los santos, por más garantías que tengan de la asistencia de Dios en sus pasados apuros tiemblan siempre por los venideros. Muy lejos de esa loca confianza, á cuyo abrigo los cristianos se adormecen en medio de los mayores peligros, ó no temen lanzarse en ellos, los santos, siguiendo el consejo del Apóstol, obran su salud con temor de Dios; y tiemblan por su propia flaqueza. Nuestra Santa había experimentado sin duda en más de una ocasion crítica el auxilio del Cielo; pero, á la vista del peligro en que sus padres la ponían de faltar á lo que tenia prometido al Señor, tiembla, y se encomienda á Dios con ayunos, cilicios, oraciones. Sintióse la heroica Cecilia asistida del Señor, y movida interiormente se presenta impávida á la lid. Tiene á Dios por sostén, tiene á un ángel por guardador, nada tenia que temer.

Llega el día de la boda, se muestra nuestra Cecilia durante las ceremonias nupciales y en los festejos modesta, prudente, reservada, esperando confiadamente el crítico momento. Cuando todos los regocijos de familia se hubieron terminado á satisfaccion de todos los circunstantes, Cecilia llama á su esposo á parte, y con una resolución de que no se halla en la historia igual ejemplo, le dice con blandura: «Valeriano, un secreto grande tengo que comunicarte: necesario es que me prometas guardarlo. Es la primera gracia que tu esposa te pide, no se la rehusarás. Eres caballero y honrado; apelo, pues, confiada á tus nobles sentimientos.» Valeriano le prometió á fé de caballero el guardarlo el secreto que se le quería confiar, y el condescender con los deseos de Cecilia. «El secreto es, repuso la Santa, que tengo consagrada mi virginidad á Dios, y que un ángel cuyo guarda mi cuerpo con el mayor celo; de tal modo, que si osares el profanarlo, experimentarás sus rigores; mas si eres fiel á lo que me acabas de prometer y me respetas, serás amado, como yo, de este ángel.» Causó este razonamiento no poca sorpresa en el ánimo de Valeriano; y viendo en el lenguaje de Cecilia cierta cosa de divino y superior á todo lo que hasta entónces había oído, le contestó: «Mucho deseo tendria yo de ver tambien á este ángel, que maravillas tantas obra en tí. Te respetaré cual deseas, y si yo puedo tener como tú, la dicha de ver á ese ángel, creeré, como tú, en Jesucristo; á quien has consagrado tu virginidad.» «No puedes ver á mi ángel si ántes no fueres bautizado,» le dijo Cecilia. «Pues bien, recibiré el bautismo, pues que tanto bien puede procurarme,» le respondió Valeriano. Escribió Cecilia una carta de recomendacion al papa S. Urbano á favor de su esposo. El santo pontífice tomó al nuevo é ilustre desposado por su cuenta; en

pocos días le instruye en todo lo necesario para el bautismo, y lo recibe dentro de breve; experimentando en su alma, en su corazón y en todo su ser una renovación tal, que él mismo no se conocía ya. Acabadas las ceremonias siguientes al bautismo, que entónces duraban sobre ocho días, el nuevo neófito, Valeriano, regresa á casa de Cecilia, y la encuentra en su aposento orando, resplandeciente, y teniendo á su lado un ángel que despedía rayos de luz virisima. Admirado Valeriano, lleno de respeto santo por su esposa, perseveró en su oferta, y se hizo un cristiano tan fervoroso, que muy poco tiempo después fué preso por su celo por Jesucristo, con su hermano Tiburcio, y obtuvo la palma del martirio muy poco tiempo despues. Ved, amados míos en el Señor, lo que puede una mujer santa; ved lo que vale una doncella casta. No solo Cecilia logra conservarse pura é intacta, no solo su virginidad adquiere un nuevo, un immortal lustre, en una ocasión que la exponía, sino que logra hacer de su esposo pagano, un esposo cristiano, un mártir ilustre. Los desposorios la habian emparentado con Tiburcio, hermano de Valeriano; Cecilia hace de su hermano Tiburcio un compañero de martirio de Valeriano. ¡Celestial poderio de la virginidad sagrada, pues que no solo convierte á Cecilia en heroína de la castidad, sino que la prepara á ser además una heroína de la caridad, que es nuestra segunda reflexión!

Una virtud heroica en el cristianismo vá acompañada de todas las demás virtudes, sin exclusion de ninguna. Esta es la doctrina constante de la Iglesia, y nada lo prueba más evidentemente que sus procedimientos en la comunicacion de los santos. En nuestra Cecilia ha querido la divina misericordia presentarnos una prueba de lo que acabamos de decir. No se le presentaba otro medio más oportuno para conservar en sí misma intacto el depósito de la santa virginidad, que el de lograr de Dios la conversion al cristianismo del esposo que recibía contra su voluntad. Obrar esta conversion era una obra la más perfecta de la cristiana caridad. Cecilia la comprendió por los medios más conducentes á una tierna doncella virgen; ayunó, maceró su cuerpo, oró, se encomendó de todo corazón á Dios, y le encomendó tambien la conversion de Valeriano; Cecilia puso su cuerpo bajo la custodia de un ángel, y ya sabéis cuán bien le salió este plan, divinamente inspirado, y llevado á cabo por Dios mismo, aunque valiéndose de su sierva.

Pero la caridad es de la naturaleza del fuego; su tendencia es abrasarlo todo, y jamás dice: BASTA. Cecilia habia logrado la conversion de su esposo; pero su esposo tenia un hermano, Tiburcio, y la Santa logró tambien su conversion. Oid el sencillo y hermoso len-

guaje que la Iglesia pone en boca de Cecilia en el oficio de esta Santa. «Hoy te reconozco gustosa por mi pariente, porque el amor de Dios te ha hecho despreciar los ídolos.» Es como si dijera: Grande lustre ha recibido mi familia en emparentarse con la tuya. El mundo aplaude los nobles parentescos, y Roma entera se ha regocijado en ver calzadas dos de sus principales familias. Todo eso es verdad; mas, por lo que á mí toca, Tiburcio, lo que me hace reconocerte como mi verdadero pariente es; el haber recibido el santo bautismo, y haberte sido inspirado de lo alto el despreciar á los ídolos y adorar á solo Dios. Al poco tiempo despues, y en ocasion en que Valeriano y su hermano Tiburcio estaban ya presos por órden del prefecto Almaquio, Cecilia, en union de su esposo y de su hermano, logra la conversion de Máximo y de su familia, y de muchos licitores, á quienes envia sacerdotes que los bautizan é instruyan. No tardó mucho en levantarse una terrible persecucion contra estos recién convertidos. Y Cecilia, llena de un ánimo varonil y esforzado, presentándose á ellos al amanecer de la aurora, les dice: Estad firmes y animosos, soldados de Dios; desnudaos del ropaje de las tinieblas, y revestios de luz. Hermoso combate se os presenta; aceptadlo con valor, y conservad hasta el fin el depósito de la fé. Corred, pues, impávidos, á recibir las coronas que os tiene preparadas el justo Juez, Jesucristo nuestro Señor, por quien entregais vuestras vidas. Animados con este corto y expresivo discurso, Máximo, su familia y los licitores se presentaron gustosos á los tormentos, teniendo Cecilia la dichosa satisfaccion de ver coronados con la palma del martirio á todos ellos. ¡Grande conquista de la caridad obrada por medio de la santa virgen! Pero todavía le estaba reservada otra no ménos importante.

Así que Almaquio, prefecto de Roma, pudo darse cuenta de las muchas conversiones obradas por Cecilia, movió contra ella una persecucion á muerte. Intentó ántes enviarle personas instruidas que la disuadiesen de su empresa y profesion de cristianismo. Cecilia, en un discurso lleno de fuego y de sólida instruccion, les hizo ver cuán desencaminados andaban ellos en seguir errores tan groseros como los que se profesan en el paganismo. Y para hacerse entender mejor de todos, salió al campo, y subiéndose sobre una piedra, exhortó desde ella á los agentes del prefecto y á sus soldados á hacerse cristianos, con tanta felicidad, que todos á una se sintieron movidos interiormente á abjurar sus errores. La Santa, levantando su voz y esforzándose; ¡Ea, ciudadanos y hermanos míos! les dijo, ¿creéis todo cuanto os he dicho? Todos á una respondieron: Ciertamente, y con

toda verdad creemos en Jesucristo, hijo de Dios; creemos que es verdadero Dios ese soberano Señor que tiene tal sierva como tú. Enviólos la Santa al papa S. Urbano, quien los bautizó: eran mas de cuatrocientos, entre ellos un ciudadano romano muy ilustre, llamado Gordiano. La Santa, desde la cárcel, los consolaba, instruía y preparaba al martirio, que era el fin ordinario de los celosos cristianos en aquellos tiempos. Poco tiempo despues, casi todos ellos fueron martirizados por la fe. Aunque podríamos citar varios hechos semejantes del celo y caridad de Cecilia, los omitimos en gracia á la brevedad. Mientras tanto la persecucion contra la Santa se encendia más y más; hablemos brevemente de su fortaleza, que fué la que la sostuvo en los tormentos.

El nombre mismo de virtud encierra en sí mismo la idea de la fuerza, representa por sí mismo la resistencia al vicio opuesto; lleva, por consiguiente, la imagen viva y práctica de la fortaleza. De suerte, que la virtud es en-un sentido general la fortaleza puesta en accion, la fortaleza que se constituye en estado, la fortaleza aplicada á tal ó tal objeto. Si, pues, nuestra ilustre Cecilia fué una heroína de la castidad, practicó la virtud de la fortaleza en grado heroico respecto de la castidad. Si nuestra Santa ha sido una heroína de la caridad, practicó tambien la virtud de la fortaleza en grado heroico respecto de la caridad. Y en efecto, ¿cuánta fortaleza no le fué necesaria á nuestra Santa para conservar pura é ilusa su virginidad en medio de circunstancias tan difíciles! Sabido es lo que cuesta de sacrificios y de esfuerzos continuos á nuestra corrompida naturaleza el contenerse en los límites del deber respecto á la castidad. ¿Cuánto y cuán divino esfuerzo no debió hacer la Santa para salir victoriosa en la primera entrevista con su esposo Valeriano en el día de sus bodas? Solo la gracia de Dios, y una gracia muy extraordinaria, pudo obrar aquel milagro de castidad. Dejo pasar en silencio otras muchas circunstancias de la vida de Cecilia; en que dió pruebas de una fortaleza superior respecto de la santa virtud de la virginidad. Por lo que hace á la caridad, ¿cácase no fué menester un ánimo más que varonil para procurar la conversion de su esposo Valeriano, precisamente en unas circunstancias que parecian, humanamente hablando, las ménos á propósito para su caritativo intento? Y ¿qué decir de la conversion de Tiburecio, de la de Máximo y su compañía, de las de los cuatrocientos que convirtió á la víspera de su martirio? ¿Con qué fuego, con qué alma, con cuánta vehemencia no debió hablar nuestra Cecilia, para hacer que una muchedumbre de gente, que solo había corrido á aquel lugar, ó para ser instrumentos del martirio de la

Santa, ó para ser sus crueles espectadores; para hacer, digo, que esta muchedumbre se convirtiese tan de veras, de ídólatras supersticiosos, degradados y corrompidos, á cristianos valientes y generosos, hasta llegar á dar su vida, á verter la última gota de su sangre por defender la fé que acababan de recibir con el bautismo! Este hecho es una de las proezas más brillantes de la historia de Cecilia. Una Santa, pues, que dá pruebas de tanta fortaleza en la conservacion de su sagrada virginidad; una Santa, que tan superior se mostró en la conversion de sus encarnizados enemigos, no le quedaba, para coronar la santa virtud de la fortaleza, sino el sacrificio de su propia vida. Y esto es lo último que nos resta por decir.

Como he tenido que extenderme tanto en este discurso, solo quiero fijéis la atencion en una circunstancia del martirio de Santa Cecilia. Cuando Almaquio decretó martirizar á Cecilia, mandó, que encerrada en su propio baño fuese quemada viva. Pero cual otro de los niños de Babilonia, nuestra Santa no recibia la menor lesion del fuego, y dando gracias á Dios bendecia, diciendo: «Bendigote, oh Padre de mi Señor Jesucristo! pues que por vuestro Hijo el fuego se ha apagado á mis labios.» Como las llamas, pues, la respetaban, y que durante una noche y un día ni un solo cabello de su cabeza fuese quemado, el empedernido Almaquio mandó que se la decapitase. El vertuge, disponiéndolo Dios así, no pudo acabar de cortarle la cabeza, y á pesar de tres furiosos golpes de hacha, la dejó medio muerta. Creyendo que esta horrible posicion era mil veces más cruel que la misma muerte, la dejó en tal estado; y la Santa vivió así medio descabecada durante tres días! Dejo á vuestra meditacion los acerbísimos dolores de esta sierva de Dios durante su prolongada agonía. Veamos lo que los anales eclesiásticos nos dejan consignados en los últimos momentos de Cecilia. Apenas Cecilia quedó sola por la huida de los lictores, los cristianos y muchos gentiles acudieron á ella. La heroica virgen, como si muriese en un lecho de flores, y como si nada sufriera, exhortaba á los unos, consolaba á los otros, animaba á estos, instruía á aquellos; para todos tenia palabras celestiales que iban al corazón. Hizo su público testamento, mandando que todo cuanto tenia se distribuyese entre los pobres; y habiendo llamado al santo papa Urbano le dijo estas memorables palabras: «Pedi al Señor tres días de término, para poder disponer de todas mis cosas, y ofrecerle mi agonía. Suplícote que le consagres mi casa en iglesia suya.» Al cabo de los tres días, nuestra heroica Cecilia, cantando de continuo sus alabanzas á Dios, en medio de sus dulces y sentimentales cánticos, entregó su alma al Señor con la

mayor fortaleza, sin que esta virtud se hubiese desmentido ni un solo instante durante toda la vida de esta heroica virgen.

Así acabó su preciosa vida la ilustre Cecilia, gloria de Roma, ornamento de la Iglesia, honra del nombre cristiano. Fué una heroína en la virtud de la castidad, pues que supo conservarla ileso y santa en medio de las pruebas más difíciles. Fué una heroína en la caridad, pues que hallándose perseguida á muerte, movida de un celo ardiente del prójimo, ejerció con ánimo esforzado el santo apostolado cristiano, logrando la conversión de muchos paganos. Fué, en fin, una heroína en la fortaleza, porque toda su vida fué grande, despreciando su vida, sacrificándose continuamente por Dios y por el prójimo; dando el último sello á esta virtud, con sufrir las cruentísimas penas de su martirio con magnánima paciencia y con una paz divina. La sencilla narración de los hechos debe haceros, amados míos en el Señor, mucha más impresion que todas las flores de una retórica humana.

Alegrémonos, pues, todos en el Señor que nos ha dado una tan grande Santa; y al mirarnos en tan claro, tan terso, y tan puro espejo, arreglemos nuestro corazón al suyo; compongamos nuestras acciones al modo é imitación de la Santa; nutramos nuestro entendimiento con santos y sublimes pensamientos. Seamos, pues, á su imitación, castos, caritativos, prudentes y fuertes.

Imítela, principalmente, los que cultivan el arte musical. La Santa, cantaba las divinas alabanzas al son de algún músico instrumento, uniéndose con los espíritus celestiales en sus nunca interrumpidos cánticos de adoración y de amor, por cuyo motivo se la venera como patrona de la música sagrada. Cuando el alma cristiana gime, ora, ama con entusiasmo, pide á la música sus melodías; y la música, accediendo á sus demandas, traduce sus alegrías, sus plegarias, sus gemidos, en motetes, himnos y letanías, que avivan la fé, despiertan la esperanza y nutren el amor. La música es un arte naturalmente cristiano y espiritual por excelencia, canta las grandezas divinas y sirve de lenguaje á la oración; pero, si el hombre abusa de él, como abusa de todo; si va á pedir sus inspiraciones al vicio y al libertinaje, sirve este arte como de incentivo á las bajas pasiones. Vosotros, que tributais estos cultos á santa Cecilia, no lo olvidéis nunca: sirviéndoos de la música para levantar la conciencia, sublimar los sentimientos y transfigurar las almas, obráis como apóstoles de la virtud y de la religión; pero los que cantan los placeres y miserias de la vida, los que hacen que la música sirva de lenguaje á las pasiones, son los apóstoles del ángel caído que arrastra sus alas por el lodo.

Pedid siempre vuestras inspiraciones á la fé, sed los intérpretes del alma que lleva á los piés del Criador los homenajes de la adoración, de la gratitud y del amor, y no dudeis de la protección de vuestra Santa patrona.

Y vos, ilustre Cecilia, que desde ese luminoso sitial de gloria nos estáis convidando á las bodas del Cordero y de la Esposa, alcanzados del trono de las misericordias la gracia de conservarnos puros y fuertes en medio de los combates y seducciones de este mundo, para que despues de haberos imitado en esta vida, logremos gozar en vuestra compañía de la bienaventuranza eterna. *Amén.*

PANEGÍRICO

DE SAN CECILIO, OBISPO Y MÁRTIR.



Ego elegi vos... ut ostio et fructum afferatis.

Yo os he elegido para que hagais fruto.
(JOHN. XV, 16.)

Estas notables palabras intimadas por Jesucristo á sus apóstoles, en ocasion de encargárles el ministerio del reino de Dios, y de darles reglas fijas para recoger el fruto de su predicacion, á pesar del ódio y persecucion de los mundanos; estas palabras, repito, al paso que nos manifiestan con claridad, las previas disposiciones que el Señor exige en los que han de anunciar su Evangelio á los pueblos, para que la divina palabra produzca su fruto, nos presentan el fundamento del verdadero elogio del héroe cuya memoria hoy celebramos. Hablo de S. Cecilio, obispo y mártir, apóstol, patron tutelar de Granada.

A pesar de la escasez de noticias que en el dia conservamos de su preciosa vida y trabajos apostólicos, le vemos revestido del verdadero carácter de ministro fiel de la palabra que describe Jesucristo en las expresiones de mi tema. Una verdadera vocacion y una exacta correspondencia á ella son las dos indispensables calidades que Dios exige en sus ministros; y estas mismas son las que caracterizan á Cecilio. Esta será la materia de su elogio, dividido en dos breves reflexiones. En la primera os haré ver su legítima vocacion; y en la segunda su fidelidad al ministerio apostólico. Pidamos las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa. Saludémosla con el ángel. *Ave Maria.*

La sabiduría de Dios, cuyos designios y divina economía son impenetrables á la razon humana, para confundir las luces de los sabios y la prudencia de los políticos, segun el mundo, hace á veces

eleccion de personas, al parecer inútiles, para los altos fines á que las destina. Con efecto; cuando se propuso la reforma del universo, sumergido á la sazón en las más espesas tinieblas de error y de ignorancia en materia de religion y de costumbres, no hizo eleccion de personas ilustres, recomendables á la sociedad por sus talentos, su esfuerzo y sus riquezas, sino de unos pobres pescadores, ignorantes, sin política, bárbaros, como los llama el Crisóstomo, é ineptos, segun las miras humanas, para avanzar una conquista tan difícil. Mas como las obras y designios del Señor distan infinitamente de las del hombre, su misma eleccion sirvió de basé al acierto en el desempeño del ministerio á que Dios destina al sujeto.

Por falta de esta eleccion de parte del Señor se ven de ordinario frustrados los planes de la humana política, confundida la sabiduría de los sabios, segun la carne, y trastornado el orden de la sociedad. Esta consiste en un cuerpo organizado, cuya economía no puede subsistir sin que sus diferentes miembros ocupen el lugar que les corresponde, segun las miras de la Providencia, que prescribe á cada uno su grado y sus funciones. En esta hipótesis, será un cuerpo sano y robusto, cuyas partes colocadas con analogía á sus usos, conservarán una entera armonia, se auxiliarán mutuamente, y mirarán de acuerdo á la conservacion del todo. Desde el centro hasta el hisopo, es decir, desde el más alto monarca hasta el infimo plebeyo, todos contribuirán al bien de la sociedad. El principe será obedecido de sus súbditos, y el mismo obedecerá las leyes establecidas. El ministerio, apoyando las intenciones del soberano, trabajará por su gloria y por la felicidad de los pueblos. Las escuelas públicas, bajo la direccion de maestros elegidos por el Cielo, difundirán por todas partes el gusto de las ciencias y el amor á la virtud. El afecto al principe y á la patria hará mirar la milicia como una escuela de honor. El comercio, semejante á estos rios caudalosos que fertilizan las campiñas, llevará por todas partes una feliz abundancia. Las artes útiles proveerán á las necesidades del ciudadano. Se darán los empleos con respecto al mérito. En una palabra, los talentos y la virtud serán la única escala para la exaltacion.

Por el contrario; si los hombres resisten el orden de la Providencia; si para elegir estado, dice un sabio, toman solo consejo del capricho, del interés ó de las pasiones; si las manos formadas para las armas se apoderan del incensario; si manda los ejércitos el que debia ser pastor de los pueblos; si los oráculos de justicia se confían á lenguas destinadas al silencio; si las escuelas son dirigidas por maestros solo á propósito para engrosar el vulgo; si los que nacen para obe-

decer se apoderan de la autoridad; ¿qué podrá resultar sinó caos, una confusion, un trastorno general? Basta, en efecto, que el hombre se ingiera á ministerio á que Dios no lo llama para que yerre en su desempeño, y que en lugar de edificar destruya. Por este principio universal de vocacion al estado debemos, pues, formar idea de la eleccion para fiel dispensador de los misterios de Dios; porque, aunque todo sacerdote deba, segun el Apóstol, ser tomado de entre los hombres, es necesario que sea llamado por el Señor, como Aaron. La vocacion de Jesucristo al sacerdocio es el modelo de las vocaciones legítimas. El Salvador, dice S. Pablo, no entró por su propio movimiento en el honor del sacerdocio; pues, así como el pontífice del Antiguo Testamento no entró sinó llamado por Dios, así tampoco el pontífice de la Ley Nueva quiso recibir esta gloriosa cualidad sin haber antes oído: Tú eres mi hijo muy amado... Tú eres el eterno sacerdote, segun el órden de Melquisedech. Corresponde, pues, exclusivamente á Dios, que escruta los corazones, que es solo el que conoce los que son suyos, y el único que penetra los pensamientos de los hombres, la eleccion y vocacion de los dispensadores de sus misterios y palabra. Y hé ahí, hermanos míos, el fundamento y primer título del heroísmo de S. Cecilio.

Santiago el mayor, este hijo del trueno (como le llamó Jesucristo), en su rápida expedicion á España, despues de la venida del Espíritu Santo sobre el Colegio apostólico, entre otros varios discípulos que convirtió á la fé del Salvador, fué uno S. Cecilio. Despues del gran suceso del Pilar de Zaragoza partió á Jerusalem con su maestro, á quien llamaba Dios á la corona del martirio. Aquí fué testigo de la gloriosa y temprana muerte de aquel apóstol en defensa de la religion del Crucificado; y aquí parece que, como otro Elias á Eliseo, dejó su doble espíritu Santiago á Cecilio. Pasado algún tiempo se transfirió á Roma con algunos de sus condiscípulos, estando ya en aquella capital del mundo los apóstolos S. Pedro y S. Pablo. Ordenáronle y consagráronle obispo con otros seis apostólicos, y todas fueron destinados á España á evangelizar el reino de Dios. Cecilio oye la voz del Señor como otro Samuel, y obedece como otro Saulo.

Dióse bien presto á la vela para Andalucía. Arribó al puerto de Almería ó al de Aguilas, y marchando con pasos de gigante, procuró internarse á buscar el centro de su mision apostólica. Llegó á la famosa colonia Arci, hoy Guadix. Aquí empezó su carrera y su persecucion. Celebraban los gentiles á la sazón su fiesta á Marte ó al Sol, bajo el nombre de *Neton*; y conociendo que los apostólicos eran extranjeros y de extraña religion, los persiguieron para quitarles la

vida. Pero, habiendo llegado al famoso puente que estaba sobre el río *Fardes*, dispuso la divina Providencia que se hundiese, sumergiendo en sus aguas á los perseguidores, apenas pasaron los apostólicos, como las del mar Rojo á los egipcios, que perseguian al pueblo de Dios. De resultas obró el Señor la conversion de Luparia, matrona principal, á cuyo ejemplo se convirtieron otros muchos, y empezó á brillar en Guadix la fé del Salvador por medio de sus operarios. Aquí se dividieron estos varones apostólicos, cada uno fué al distrito que el espíritu de Dios les sugirió; y todos, á excepcion de S. Segundo, que pasó á Avila, se derramaron por la Bética ó Andalucía. Dios, que los había llamado al ministerio de su palabra, inspiró á cada uno su diócesis ó territorio en esas vastas provincias, no ménos feraces en errores y vicios que en frutos y riquezas. A Cecilio tocó Liberi y su distrito; y como ciervo que busca presuroso las fuentes de las aguas marcha para ella. Las montañas más ásperas y escarpadas le parecen espaciosas llanuras sembradas de olorosas flores.

Entra, pues, en Liberi, ciudad populosa, literata en materia de mitología, y que con el motivo de haber arribado á sus costas tantas naciones extranjeras, atraídas de la riqueza de sus minas y fertilidad de su suelo, había adoptado sucesivamente el culto, ritos y falsas divinidades de los fenicios, de los griegos, egipcios, cartagineses y romanos. Osiris, Isis, Priapo, Pluton, Marte, Venus, Rhea, Diana y otros insulsos personajes eran objeto de su culto. ¿Qué más? los ajos, las cebollas, los más vilísimos insectos eran divinizados, y aún al demonio mismo se ofrecían las humanas. Las costumbres seguian el paso de la religion. La rapiña, el dolo, la ambicion, la avaricia y demás vicios capitales, se graduaban de materia indiferente ó de la moda, como en nuestros dias. Todo era hecho ménos el ser justos. Al cultivo de esta selva llena de malezas, de esta vija inculta, que solo producía espumas y abrojos de los más horribulos crimenes, envió el gran Padre de familias á este obrero á evangelizar su reino y recoger su fruto; y aquí fué donde Cecilio manifestó su fidelidad á la vocacion de Dios. Seguíme atentos.

Cecilio entra en Liberi como un cardero entre lobos; pero fiel á su vocacion, fido únicamente en Aquél que prometió palabras y energia á los que evangelizan su doctrina, sin temer á los que solo tienen potestad sobre el cuerpo, salió desde luego á manera de un río caudaloso, que inunda y fertiliza las campiñas, á sembrar el grano del Evangelio en los incultos campos de esta capital y su distrito. ¡Qué hermosos fueron, Dios mío, los pasos de este evangelista de la paz y de los bienes eternos! Los oráculos enmudecen, los ídolos caen por

tierra como á la entrada de Jesucristo en Egipto; la usura, la mala fé, los vicios capitales, ó se ocultan ó desaparecen: el estandarte del Crucifijo se arrolla sobre las ruinas de la idolatría; y la mansión de los demonios se convierte en casa de Israel; el pueblo que yacía en tinieblas empieza á gozar de la verdadera luz, que es Dios.

Mas ¿quién será capaz de anunciar dignamente la fidelidad de Cecilio á su vocación, los esfuerzos de su celo y su constancia en hacer cierta y fructuosa su elección al ministerio? ¿Qué solicitud ignala la de un hombre, que pasaba el día en el trabajo y la noche sin reposo? ¿que bastaba por sí solo á predicar al pueblo, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos, al socorro de los pobres, al alivio de los enfermos? Hecho todo para todos, como otro Pablo, trabajaba sin cesar en el cultivo de esta viña silvestre que el Señor le había confiado, para rendirle el fruto á su debido tiempo, como siervo fiel y prudente; y nada deseaba tanto como ser anatematizado por sus hermanos.

¡Victima preparada del cielo! lograrás tus designios; morirás con la gloria de mártir de Jesucristo; pero tendrás ántes la gloriosa satisfacción de haber establecido entre las malezas del gentilismo una viña frutífera, una metrópoli cristiana, que ha permanecido visible y constante en la fé del Salvador desde su fundación, á pesar de la entrada de los bárbaros del Norte y de la fundación de los mahometanos, que poseyeron esa capital cerca de ocho siglos. Sobre tan sólidas bases la dejó Cecilio fundada. Efecto consiguiente de su vocación, para decirlo así; pues, el Señor no que lo eligió para recoger el fruto de su palabra, le concedió la gracia de que fuese permanente. A la solidez y estabilidad de este edificio espiritual contribuyó no poco el fústre testimonio que dió de Jesucristo con su sangre. Los sacerdotes de los ídolos conspiraron contra Cecilio y su Cristo, le persiguieron, le acusaron al magistrado, y le hicieron morir en una hoguera; mártir análogo al fuego del amor de Dios y de su verdadera fé que interiormente la abrasaba.

Hé ahí, hermanos míos, un breve rasgo del precioso apostolado y frutos de vida eterna que recogió Cecilio en Granada. Llamado por Dios al ministerio, correspondió con fidelidad á su vocación: medios únicos de adquirir y conservar el honor del santuario. Si generalmente se adoptasen, habría menos Balaams que procurasen maldecir al pueblo de Dios; menos Jonadaes, que indujesen á horribles crímenes á los nuevos Amoneos; menos Aquitofeles, que adulasen á los Absalones; menos Arísterjes, que se opusieron al culto y reparación de los templos. Ni veríamos con dolor tantos Batanes y Abifro-

nes, tantos hijos de Heli, tantos Helióforos, que sacrilegamente los raban y profanan. Atendámos, pues, os ruego, á la piedra de donde fuimos cortados: si nos gloriamos de hijos de Abrahán, que sean de Abrahán nuestras obras; hagamos cierta nuestra elección y vocación al sacerdocio con un celo digno de Dios, principalmente en estos días lúgubres, en que nuestra madre la Iglesia es batida en brecha por sus más furiosos enemigos; hagamos frente con pecho apostólico al torrente de iniquidad que nos rodea, y conservemos fieles, á imitación de Cecilio, el sagrado depósito de la fé y sanas doctrinas de nuestros padres, hasta agonizar por la justicia. Obrando así alcanzaremos la corona de la gloria.

PANEGÍRICO

DE SAN CIPRIANO, OBISPO Y MÁRTIR

Y DOCTOR DE LA IGLESIA.



Por más que ensalzemos las misericordias de Dios para con su Iglesia, jamás alcanzaremos á elogiarlas debidamente. Por más que contemos sus divinas bondades, imposible nos será conocer su número. Más fácil nos sería medir la altura del firmamento, calcular todas esas inmensas distancias del universo, llamar por su nombre á cada una de las innumerables estrellas, que el referir y conocer todos los beneficios que el Señor ha hecho y hace continuamente á su Iglesia. No solo su Fundador divino la asiste continuamente por el Espíritu Santo, consumidor de la grande obra de la regeneracion, y vivificador de todo lo que tiene ser sobrenatural; no solo la lleva entre sus paternales brazos, la cubre con su majestad, y la protege con su poder, sino que llenó del amor más vehemente, y de la más fiel solicitud, la cuida y la guarda como á las niñas de sus ojos, segun expresion de la Escritura. En ninguna época se ha mostrado más al vivo esta tierna solicitud, que en los primeros siglos del cristianismo.

Es imposible desconocer en todos los sucesos de la Iglesia la mano visible del Todopoderoso. Una doctrina nueva para el imperio romano, una moral pura, severa, repugnante en extremo á las inclinaciones de la naturaleza corrompida; una filosofía sublime, sobrenatural, divina. Esto respecto del fondo de la religion cristiana. En el paganismó, una doctrina grosera, inveterada é inoculada en todas las instituciones del imperio desde su fundacion; una moral sensual,

Mona comedet pradam, vespera dividet spoila.
 Prevencará la presa por la mañana, y por la tarde repartirá las despojos.
 (GEN. XLIX. 27.)

una creencia que divinizaba el vicio, haciendo de criminales célebres otros tantos dioses; una filosofía sonora, retumbante, vana, brillante, nada sólida. En los cristianos se veian hombres virtuosísimos, de costumbres austeras, que no admitian en el seno de la divina religion sino á los muy probados por medio de expiaciones duras y penitencísimas. Por lo demás, ninguna influencia social en las masas, sino por sus virtudes altamente civilizadoras; muy pocos potentados, y aún éstos se reducian á una voluntaria pobreza cuando profesaban la santa religion cristiana. En los paganos, al contrario, el poder, las riquezas, el mando, la influencia social y el absoluto dominio.

De parte de los gentiles, persecuciones atroces y continuas contra los cristianos; desde el emperador hasta el último soldado, todos eran enemigos y verdugos de éstos: su nombre solo bastaba para que todo súbdito del imperio romano se creyese autorizado á ejercer contra aquéllos toda suerte de violencias, y aún hasta la muerte misma. Los cristianos correspondian á tanta tiranía y crueldad con la paciencia, la oracion, el perdón y el martirio.

El siglo tercero de la Iglesia fué uno de los más críticos para ella. Persecuciones á muerte en lo exterior; cismas, herejías, falsas doctrinas y celo indiscreto en lo interior: hé ahí lo que presentaba el estado público del cristianismo. Si Dios no lo hubiese asistido visiblemente, hubiera pericidó sin remedio. Pero el Señor, que cuida de la Iglesia santa, no duerme, siempre está de vela. En aquellos críticos momentos, Dios suscitó muchos y santos varones que defendieron la ciudad y el santuario eterno. Entre esos varones, uno de los más ilustres fué el glorioso S. Cipriano, cuyos cultos celebramos en esta solemnidad. De Cipriano, sabio gentil y filósofo idólatra, hizo Dios para su Iglesia un gran prelado, un doctor esclarecido, un mártir ilustre. Hé ahí el objeto de mi discurso y de vuestra atencion. Para el acierto: A. M.

Quando la divina Providencia determina dar al mundo un hombre ilustre, un héroe destinado á servir los planes eternos en la proporcion á él departida, le dota de todas las calidades conducentes al fin de su mision providencial, y lo pone en circunstancias que lo dan á conocer al mundo, á la sociedad. El filósofo carnal no ve en esto sino las consecuencias necesarias de los sucesos históricos; pero el filósofo cristiano ve, detrás del juego exterior que aparece en la máquina que mueve la humana sociedad, una mano oculta, diestra, previsora, infalible, cetera. Aun más: ve á Dios. Dios es el que pone en movimiento el gran juego; Dios es el que ha criado, formado y

combinado todas las partes integrantes; Dios es el que con su sabiduría infinita lo ha dispuesto todo de antemano. Nada es casual, todo tiene su razón de ser, todo es providencial. Nació Tascio Cipriano en Cartago, capital del Africa, ciudad más célebre todavía por los grandes santos y mártires que ha dado á la Iglesia, que por los muchos héroes que ha dado al mundo. La Iglesia de Africa cuenta más de seis mil mártires, la mayor parte de Cartago.

Salido de una ilustre familia, aunque pagana, nuestro Cipriano fué criado entre la opulencia y el lujo; y como inclinado naturalmente á los estudios, se dedicó á ellos, y cada día adelantaba más, principalmente en la filosofía, la oratoria y la elocuencia. Fué nombrado maestro de retórica; y como este destino era uno de los más honoríficos en aquella época, tenía que presentarse con toda la pompa, el brillo y las prerogativas de la casa paterna. Su talento, su nobleza, sus riquezas y relaciones, le proporcionaban disfrutar de todas las comodidades que le permitían las leyes paganas. Su conducta era la de un hombre de bien en el paganismo: era bien querido y respetado de todos sus conciudadanos.

Sin embargo, experimentaba una suma repugnancia por el cristianismo, y consideraba con el mayor desprecio nuestra santa religión. Acostumbrado á las ideas de la filosofía pagana, miraba como imposible al hombre la virtud de la castidad; reputaba ultrajante á la dignidad humana la santa humildad del verdadero cristiano; el perdón de los enemigos lo juzgaba impracticable; y, sobre todo, no podía soportar su orgullo filosófico la santa ignominia de la cruz. Todas estas preveniciones, secundadas por un grande ingenio, y por la falsa seguridad de una conciencia que se creía al abrigo del mal, hacían que nuestro Santo se alejase más y más de las proposiciones que en diferentes ocasiones se le habían hecho de hacerse cristiano. Tan cierto es, católicos, que el mayor obstáculo que encuentra nuestra santa religión en una alma gentil para convertirla á la verdadera fe, no son precisamente los vicios, sino el orgullo filosófico. El orgullo de la razón ha sido siempre el enemigo jurado de la simplicidad de la fe; y jamás se muestra más terco y tenaz que cuando lo lisonjea un barniz de virtudes naturales.

Pero, en fin, llegó el momento en que Cipriano debía dar á la santa Iglesia católica uno de esos consuelos que le dilatan su corazón oprimido. Un santo sacerdote, llamado Cecilio, fué el escogido por Dios para obrar una conversión que tanto bien y gozo había de causar á la Iglesia. Dejemos referir al mismo Cipriano su conversión en su epístola á su amigo Donato. «Cuando yo, lánguido, yacía sumido en

» las tinieblas de una profunda noche, y que flotando sobre el tempestuoso mar del siglo, estaba incierto de lo que debía de hacer, » privado de la luz de la verdad para conducirme, se me hacía en extremo duro y dificultoso el creer lo que se me prometía, para salvarme, de parte de la bondad de Dios. No podía yo comprender, » que se pudiese renacer para llevar una nueva vida en la que fuese despojado el nuevo renacido, de todo lo que era anteriormente; y » que guardando siempre el mismo cuerpo, conservando siempre la misma naturaleza humana, fuese otro hombre, un hombre nuevo. » Parecíame imposible un tal cambio en el espíritu del hombre y en sus inclinaciones. ¿Cómo desprenderse repentinamente, me decía á » mi mismo, de hábitos inveterados, de añejas costumbres, que han » llegado á formar una segunda naturaleza, que han echado tan » hondas raíces, y que se han encallecido y como incrustado en lo » más íntimo del hombre? Un hombre acostumbrado á comidas regaladas, á sumptuosos banquetes, á la magnificencia y pompa de su trín, » al lujo y comodidades; ¿puede aprender, en un momento, á conocer » el precio de la sobriedad, de la modestia, de la simplicidad, y decidirse á practicarlas? ¿Es que pueda un hombre sujetarse á llevar » una vida oscura y retirada, cuando siempre se ha vivido en los » cargos más honoríficos? ¿No es acaso un cruel suplicio el de conducirse á vivir solo, cuando toda la vida se ha estado rodeado de » inmensa compañía de amigos, de clientes, de cortesanos? Así me » hablaba yo mismo, cuando me hallaba todavía arrastrado por una » serie de hábitos contrarios á la santa humildad y severidad del cristianismo; hábitos que no podía resolverme á abandonar. Mejor quería ceder á los vicios que amaba, que no hacer esfuerzos para combatirlos; y desesperando de mi mejoría, me resignaba cobardemente á sufrir y tolerar en mí el mal que era como mi segunda » naturaleza. Mas, cuando el agua vivificante del santo bautismo lavó » todas las manchas de mi alma, cuando mi corazón purificado ya » recibió la Luz del Altísimo y el Espíritu celestial, que me transformó en un hombre nuevo, quedéme en extremo admirado de ver » que sin sentirlo, y sin saber cómo, todas mis dudas desaparecieron, » y mi entendimiento quedó ilustrado. Disipáronse mis tinieblas, » abríjoseme todo, encontré fácil lo que me parecía imposible, sin que » pudiese concebir cómo se habían desvanecido tantas y tantas dificultades. Conoci entonces sin esfuerzo, y comprendí, con la mayor » claridad, que mi anterior vida, carnal y sujeta á los vicios, venía » de la tierra, y que principiaba á ser de Dios lo que animaba en mí » el Espíritu Santo. » Después de convertido á nuestra santa fe cató-

lica, instruido en toda su doctrina, preparado convenientemente con un largo catecumenado, fué bautizado por el santo presbítero Cecilio. En veneración de tan celoso varón, á quien, después de Dios, debía el ser cristiano, tomó el pronombre de Cecilio. Hasta aquí hemos visto á Cipriano «lobo rapaz que devora la presa»; vamos á verle en adelante como distribuye los despojos y trofeos de sus no interrumpidas victorias.

Así que nuestro Santo se decidió á recibir el bautismo, tomó la resolución de guardar una absoluta continencia, que fuese como una continua protesta contra los deseos de la carne, y contra la doctrina sensual de la filosofía pagana, á la que declaró guerra á muerte. Conoció muy bien el Santo, que no se puede llegar al pleno conocimiento de la verdad sin que el corazón esté enteramente puro de toda afección carnal; y esta heroica resolución fué el punto de salida de su elevadísima santidad; fué el primer paso dado en la nueva vida que debía emprender; y toda ella se empleará, como lo veréis, en «distribuir los despojos, en dar trofeos.» Vendió todos sus bienes, y distribuyó su importe entre los pobres; vivió en el más absoluto retiro; trataba á su cuerpo con el mayor rigor. Celoso en la defensa de la santa fé, que había recibido en el bautismo, escribía docuésimas cartas, que restán como un monumento de su vasto ingenio, profundo saber, y sólida virtud. Ocupábase activamente en la conversión de los infieles, en sostener á los flacos, animándolos de todas maneras, en atraer al gremio de la Iglesia á los cismáticos y herejes; y reconciliar á los pecadores. Como si quisiera compensar con no interrumpidos trabajos, lo que antes de su conversión había podido hacer de perjudicial á la Iglesia por su alta influencia y saber, le parecía el tiempo muy breve para sus vastos empeños.

Tanto ingenio, tanta virtud, tanto celo, tanta santidad, no podían ocultarse á la ciudad de Cartago. Los cristianos lo miraban, justamente, como una de las columnas de la Iglesia; y cuando Donato, obispo de Cartago, murió, todo el clero y pueblo, á excepción de un sólo sacerdote, lo aclamó por obispo de esta metrópoli del Africa. Su elevación á la alta dignidad de metropolitano de Cartago y primado del Africa, fué un nuevo estímulo para ejercitarse más y más en las tareas apostólicas y procurar de todas maneras el mayor bien de la Iglesia católica, y de las diócesis que le estaban subordinadas como metropolitano y primado. ¡Ah, católicos, cuán diferentemente juzgan los santos de las dignidades y empleos elevados, de lo que desgraciadamente se piensa en el mundo! Cipriano, apenas tuvo noticia de su nombramiento, trata de ocultarse y sustraerse á

toda costa á tal dignidad. Es necesario que amigos influentes y personas las más caracterizadas le manifesten, que la mano de Dios era la que había conducido el negocio de su elección, y que se veía en ello la voluntad divina. Cipriano tiembla á la sola consideración de la grave y enorme responsabilidad que pesa sobre él; se reputa el más indigno de todos; no puede resolverse á aceptar; y solo á esfuerzo de las súplicas y de los ruegos de todo el pueblo cristiano, consiente, al fin, en admitir el elevado cargo para que había sido elegido.

Desde su elevación al obispado, la conducta de Cipriano comenzó á ser más útil á la Iglesia. Con sus prudentes consejos y con su ejemplo se corrigió la relajación de costumbres y algunos abusos introducidos en el clero de Cartago. Supo Cipriano, que seis clérigos no lo habían votado para el obispado, y á éstos fué á los que más distinguió con su aprecio, haciéndolos sus amigos, y dándolos, de esta suerte, una lección práctica del modo de conducirse en la vida. Sus rentas todas las tenía destinadas para socorro de los necesitados; y su ardiente caridad la ejercitaba, no solamente en Cartago, sino en casi toda la Iglesia, por donde propagaba, además, sus escritos, llenos de doctrina, de unión y de máximas evangélicas.

Grandes virtudes obró mientras la Iglesia gozó de paz; pero Dios hizo brillar la santidad de nuestro S. Cipriano aún mucho más en tiempo de la persecución. El cruel y fanático emperador Decio, renovó con inaudita furia los sanguinarios edictos de sus antecesores contra los cristianos. Cebóse la persecución en Roma con el sacrificio de millares de víctimas; muy pronto se extendió por todas partes, y no tardó en llegar á Cartago, la segunda ciudad, en orden, del imperio romano. Cipriano, aunque desconsolado del martirio, se ocultó en esta ocasión, no porque le faltase el valor para derramar su sangre en la defensa de la religión santa de Jesucristo, sino porque el mismo Dios se lo había revelado, para que, quitado el motivo principal de la persecución, que era el obispo primado, fuera ménos sangrienta en los demás cristianos. Así se lo rogó toda su grey para librar al pastor de las garras de tigres encarnizados que acechaban sus tirós contra él. Amados míos en el Señor; si alguna cosa hay que dé á conocer al verdadero santo, es la prudencia que acompaña, y modera, y dirige, y regla todas sus acciones. Sin duda ninguna, nuestro ilustre Santo estaba dispuesto á dar su vida por Jesucristo; miraba el martirio como la mayor diadema del cristianismo, como el más alto honor á que el Señor podía elevar á un siervo suyo. Ve sin embargo Cipriano el pueblo á sus piés, pidién-

dole se retire y se salve; porque su vida es, además de necesaria para la Iglesia, preciosísima para su grey. El ilustre prelado, herido en lo más vivo de su corazón por la filial simpatía de su rebaño, se resigna á vivir para su grey, mientras que Cristo le depara otra ocasión de morir por Él. En este acontecimiento, el pueblo y su prelado fueron igualmente grandes, condescendientes, generosos y prudentes. ¡Hermoso acuerdo del cuerpo con la cabeza!

Durante esta persecución se retiró el bienaventurado S. Cipriano á un lugar inmediato á Cartago; pero aunque se apartó de la presencia de su grey, desde su retiro cuidaba incesantemente de ella y la auxiliaba en todo lo espiritual. En este tiempo escribió el santo doctor muchas epístolas para animar á los cristianos, para fortalecerlos contra las tentaciones, y para inspirarles constancia en el padecimiento de los tormentos. Escribió al clero de Cartago y al de Roma, para que no vacilaran en la fé y dieran el triunfo á sus enemigos. Pero como si esta calamidad no bastase para afligir el sensible corazón del ilustre prelado, otra de género muy distinto sobrevino, en que la caridad de éste tuvo un vasto campo en que espaciarse, y una ocasión continua de actividad celosa. Una peste asoladora diezaba á los habitantes de Cartago: el ardor de nuestro Santo para socorrer á unos y otros, á cristianos ó infieles, era igual para unos y para otros; y hacia todo cuanto las críticas circunstancias le permitían. Prestaba todos los auxilios que podía, interesaba á los ricos poderosos, y á los ciudadanos más pudientes, para que socorriesen tanta miseria como andaba en el pueblo por efecto de la peste; su caridad no excluía á nadie; y esta conducta le valió la conversión de muchos infieles y malos cristianos.

Gozaba nuestro Santo en la soledad de una paz y alegría celestiales, que nada podía turbar, teniendo su fundamento en una conciencia pura y en una virtud á toda prueba. Pero, ¿es que el enemigo declarado de Jesucristo no había inventado algún medio para derribar, si posible fuera, á esta fuerte columna de la Iglesia? ¿No habrá encontrado, por ventura, algún instrumento suyo, con que poder hacer una guerra más mortífera al ilustre prelado; algún corazón protervo, por cuyo medio pueda asestarle sus tiros envenenados más certeros y seguros? ¡Ah! católicos, verdad desgraciadamente harto conocida por la experiencia es, que ni aun el respetable y venerado santuario ha sido un lugar entredicho á las tentaciones y sugerencias. Un mal sacerdote de Cartago, llamado Felicesimo, meditaba muchos años hacia el hacer la guerra á nuestro Santo, y veía cómo.—Algunos cristianos de Cartago, ménos preven-

dos para la persecución, tuvieron la desgracia de negar su fé á vista de los tormentos, ó de conseguir á fuerza de dinero unos certificados, en que constaba «legalmente», esto es, «simuladamente», que habian prevaricado, aunque sin haberlo hecho en la realidad. Otros, más descarriados, se presentaban públicamente en los templos de los falsos dioses, tributaban allí adoraciones, y ofrecían incienso en los altares del gentilismo. Mas estos apóstatas, arrepentidos muchas veces de su delito, pedían al ser admitidos de nuevo en la Iglesia; pero temerosos de las graves penitencias que los cánones imponían á este pecado, suplicaban á los santos confesores se interesasen para que las penitencias fueran menores; y así lo practicaban los ilustres confesores y defensores de la fé de Jesucristo. Mas como en todo hay abusos, se advirtió en esto, que los apóstatas muchas veces sollicitaban cédulas de los santos confesores de la fé, y las daban por dinero á otros que no las podían conseguir á causa de su relajación. Este desórden habia cundido demasiado en el Africa, aunque era bastante general en otras partes, especialmente en aquella época de persecuciones. Llegó la noticia de este desórden á Roma, y el clero escribió á S. Cipriano para que lo corrigiese. Este celoso pastor, desde su retiro, escribió contra los apóstatas, llamados «libeláticos», varias epístolas, que hizo circular por toda la Iglesia universal, y encargaba á los confesores de la fé, que tuviesen mucho cuidado en la distribución de dichas cédulas. El asunto no solo parecia terminado respecto á S. Cipriano, sino que esta circunstancia lo dió á conocer como uno de los más ilustres y celosos doctores de la fé católica. ¿Quién pensara, pues, ni quién imaginar pudiera, á ménos de no tener un corazón negro de crímenes y sebo de envidia, que este incidente debia causar al gran Cipriano una de las mayores penas que le amargasen en su retiro? Sin embargo, el infeliz Felicesimo, movió una atroz persecución contra el Santo; y la cosa llegó á tal estado, que algunos de los que habian prevaricado en la persecución anterior, aunque reconciliados despues con la Iglesia, eligieron cismáticamente al presbítero Fortunato para la silla episcopal de Cartago. Hubo de intervenir la autoridad del papa S. Cornelio para anular lo hecho, y castigar severamente á los cismáticos.

Restituida la paz á la Iglesia por algun tiempo, nuestro Santo lo aprovechó en corregir todos los abusos que se habian introducido durante la persecución, en reunir concilios para hacer decretar cánones para el arreglo de la disciplina eclesiástica; y en fin, en escribir durante este tiempo los admirables tratados dogmáticos y morales, que son lo más selecto, puro, sano y santo de la doctrina ca-

tólica. Sus trabajos como primado del África, como metropolitano de la provincia proconsular, como obispo de Cartago, y como doctor y padre de la Iglesia son muchos, y prueban la asistencia visible del Espíritu Santo en el ejercicio de su ministerio apostólico. Tuvo, sin embargo, ciertas controversias que sostener, en que llevado de un celo excesivo por la pureza, santidad y efectos del bautismo, defendió con calor é ingenio una doctrina, que después condenó el papa S. Esteban. Este incidente en nada empañó el lustre de su santidad, pues, no habiéndose decidido nada hasta entónces, pudo exponer su doctrina, aunque jamás se desmintieron en el Santo una profunda veneración á la santa silla de Roma, y una humildad sincera y franca.

Acercábase, por fin, el tiempo en que Dios quería recompensar á su siervo llamándole á sí, y proporcionándole la gloria del martirio, por la que tanto suspiraba nuestro Santo. Una nueva persecucion movió el emperador Valeriano contra la Iglesia, por el año 296, y nuestro ilustre prelado tuvo revelacion de su martirio. Su gozo fué en extremo, y anhelaba ardentemente la dicha de recibirlo. Su celo por la religion se aumentó con la revelacion de su último sacrificio y con el fuego de la persecucion. Como sabia que su término era llegado, y que era voluntad de Dios el que fuese mártir, muy lejos de ocultarse ni de esquivar la persecucion, se presentaba por todas partes, en las cárceles y en los lugares donde se suplicaban los santos mártires, animando á unos y otros á dar gustosos sus vidas por Jesucristo. Tan esclarecidos hechos indignaron al emperador Valeriano, quien mandó al próconsul del Africa apoderarse de la persona de Cipriano; y hacerle experimentar los rigores más atroces, á pesar de la edad del Santo, y del aprecio en que era mirado por todos en la provincia africana, por hombres de todas clases de la sociedad, aun jofeles. El próconsul Paterno mandó llamar á nuestro S. Cipriano, y principió su interrogatorio, intimándole por parte de los emperadores Valeriano y Galieno, que reconociese la religion romana. Pidióse su nombre y el de todos los sacerdotes que estaban á su cargo; á lo cual el Santo respondió: «Soy cristiano y obispo. No conozco otros dioses, ni otro Ser supremo que un solo Dios verdadero, autor y creador de todas las cosas. Respecto de mis sacerdotes, debo decirlos, que si no se han presentado ya ante vuestro tribunal es, porque nuestra disciplina nos prohíbe el ir á ofrecerse voluntariamente, y de sí mismo. Pero si los mandais á buscar los encontrareis muy de seguro, ó en sus casas, ó en el ejercicio de sus ministerios respectivos... Haced, pues, lo que os ha sido ordenado. A todos nos encontraréis en nuestros puestos.»

Nuestro Santo no fué martirizado en seguida: en su oracion pidió al Señor, le diérsese el martirio para acabar de arreglar ciertos negocios eclesiásticos interesantísimos, y, sobre todo, para preparar su clero y evitar un cisma inminente en la época de su muerte. Fué desterrado á una isla pequeña llamada Curube, no lejos de Cartago; en ella estuvo desterrado un año, durante el cual no cesó de escribir, exhortar y disponer todo lo más conveniente á la santa fé católica en general, y á su metrópoli en particular. El día de su martirio llegó: fué martirizado al cabo de un año, en las afueras de Cartago á la vista de una inmensa muchedumbre. El Santo marchaba al martirio con un gozo inexplicable; acabó de distribuir entre los pobres el resto de lo que podia disponer; y al verdugo, que debia cortarle la cabeza, hizo dar una suma de dinero muy considerable para aquellos tiempos. Rindió gustosísimo su cerviz, y recibió la palma del martirio, coronándose así una vida ilustre, y un obispado tan bien conducido en medio de las circunstancias más críticas.

Amados míos en el Señor, por el corto bosquejo que os he presentado de algunas acciones del ilustre S. Cipriano, habeis podido ver cuan bien reparó este grande hombre, después de su conversion, el mal que antes de ella pudo causar á la Iglesia cuando estaba entregado á la filosofia pagana. En el principio de su vida negó á Jesucristo, no conocia á Dios, oponia á la doctrina del Evangelio, una doctrina sensual, yugana. Cuando el Señor lo llamó á sí, ya sabeis con cuanta profusion esparció la buena semilla de una vida heroicamente cristiana, mereciéndose, justamente, el título de santo obispo, de ilustre doctor, y de inclito mártir.

Pidamos al Señor, por la intercesion de su glorioso mártir el bien-aventurado Cipriano, el que por medio de una vida penitente, santa y arreglada á la santa ley de Dios, le desagraviemos de las ofensas anteriores y pecados de nuestra pasada juventud; de esta manera gozaremos al fin de nuestra vida las eternas recompensas de la gloria, que á todos os deseo. *Amén.*

PANEGRÍCO
DE SANTA CLARA.

*Sicut meridiem lux clara est.
Es clara como la luz del mediodía.
(MAT. XVII, 4.)*

Nada hay tan manifiesto en los sagrados libros como el amor entrañable que Dios tiene á sus criaturas. Ya desde la eternidad las amó con una caridad perpétua, con un afecto lleno de compasion y de ternura; las amó con tanto exceso, que, según su lenguaje divino, encomorado de ellas, se propuso atraerlas á sí, aprisionándolas con los lazos de aquel amor que es más fuerte que la misma muerte. Hay empero ciertas almas, con quienes se ha unido más particularmente por medio de un desposorio espiritual, de un comercio de amor tan inefable, que la lengua del hombre apenas puede explicar. Las vírgenes cristianas han sido siempre el objeto de las castas delicias de Aquel, que, en virtud de un exceso de amor á la humanidad desgraciada, quiso nacer de una Virgen, para mejor llevar á cabo sus pensamientos de paz concebidos antes de los siglos: muchas han sido las que despreciando los placeres mundanales, la gloria, la felicidad, y los encantos del tiempo, han aspirado á la dicha de tener por esposo á Jesucristo. La Santa cuya festividad hoy celebramos, figura en este coro admirable, y es una de las que Dios ha mirado con más predileccion. ¡Oh gloria de Italia, orgullo santo de Asis, honor del cristianismo, antorcha luminosa de la stirpe Seráfica! ¡Clara! Al pronunciar tu nombre mi pecho se enardece, mi corazón late, y mi alma se regocija justamente con la idea de tus glorias. Tú, superior á la debilidad de tu sexo, supiste triunfar de un mundo fermentido, que te brindaba en dorado cáliz á embriagarte de aquellas delicias, que transformando el espíritu é hiriendo de vértigo la inteligencia, más de una vez hicieron caer de su elevacion á los que parecian robustos é imperturbables como los cedros del Líbano. Tú, en el seno de un siglo,

cuyo carácter era el de la corrupcion y la inmoralidad más desenfronadas, supiste conservarte pura é intactable, inculpable delante de Dios, y sin nota en presencia de los hombres. Tú, en fin, con tu alma grande y generosa, con un corazón dócil, con una fuerza de ánimo extraordinaria, conseguiste de tí misma una victoria, tanto más gloriosa cuanto más difícil; hollando por Jesucristo todo enanto no era su cruz y sus padecimientos, renunciando á la gloria, á los honores, al oro, ídolos á quienes incensan los mundanos, falsos fantasmas en pús de los cuales corren con avidoz, y á quienes más de una vez sacrifican su misma existencia.

Esta victoria de la incomparable virgen de Asis es más digna de los elogios del hombre sensato, que cuantos reportaron sobre sus enemigos los conquistadores de los pueblos. Voy pues á celebrarla, y á demostraros, que nuestra excelsa Santa se ostentó en el seno de un siglo, oscurecido con las tinieblas de la más horrorosa corrupcion, tan brillante y luminosa como la luz del mediodía, é hizo resplandecer las más bellas virtudes en medio de los más vergonzosos vicios; y que triunfando de todos los engaños del mundo, destimbró con su santidad á los ciegos apologistas de este enemigo de nuestra salvacion. Hé aquí mi pensamiento.

Haced, Señor, que yo pueda hablar dignamente de vuestra querida esposa Sta. Clara: os lo pido por la intercesion de la Virgen de las vírgenes, á la cual saludamos con el ángel: *A. M.*

Bien así como la luz tanto más brillante se ostenta, cuanto más ennegrecida se halla la atmósfera en que derrama sus resplandores, no de otro modo la virtud déjase ver más hermosa y radiante, en proporcion que la atmósfera intelectual más cargada se encuentra de densos nubarrones. El siglo en que la ilustre virgen de Asis debia esparrir sus luminosos resplandores, era un siglo hereje, un siglo cismático, un siglo de corrupcion y de tinieblas. El Africa estaba entregada á los delirios del Corán; la América, sentada aún en las sombras de la muerte; el Asia, separada del centro de la unidad católica; la Europa, cuxpelta en los horrores de una inmoralidad espantosa. Hé ahí el hislímoso cuadro que se ofrecia á los ojos de la Religión. En medio de tan deplorables desórdenes, una ciudad desollaba por sus errores, sus delirios y una corrupcion general, en que, como en un cenagoso lago, revoldebábase indistintamente todas las clases de la sociedad. ¿Sabéis que ciudad era ésta? Asis. ¿Y es este, Dios mío, el terreno que preparais, para que sea el teatro de los triunfos de una doncella tímida como la paloma? ¿Quién podrá triunfar de tantos

errores y abominaciones? ¿Quién? La incomparable Clara. A Favirino y Hortolana les prometió el Señor, que de ellos nacería una luz que desterraría la oscuridad del vicio, y como el sol en la mitad del día alumbraría á todo el universo. Así lo prometió, y así lo cumplió efectivamente. Nace Clara; y enamorada de Jesucristo, cuando su entendimiento todavía no es capaz de comprender sus perfecciones, todos sus pensamientos se dirigen á unirse á Él con lazos indisolubles. Para merecer su benevolencia, se dedica desde luego á servirle y agradarle por todos los medios imaginables. ¡Qué espectáculo tan edificante, ver á una niña conaturalizada ya con el ayuno, el silencio y la soledad! ¡Qué prodigio, verla despreciar el fausto, distribuir con mano liberal á los pobres cuanto le era permitido, formar altares, y al pie de ellos ofrecer al Señor su corazón, un corazón puro, un corazón que se inflama y se deshace ya de dolor, contemplando las penas de su amado Jesús! ¡Qué espectáculo tan raro ver á una niña, que apenas cuenta cinco años, recoger con graciosa sencillez piedrecillas, mudándolas de una parte á otra, conforme repeta la salutación angelica, hasta que, acabada la tarea de su montoncillo, las recogía otra vez con mucha alegría para que su madre supiese el fruto de su ocupación! Pero todo esto no es más que un ensayo de su virtud; bien pronto aprenderá cosas más sorprendentes.

El mundo no puede ver las disposiciones de la casta doncella sin concebir los más serios temores; y celoso de que otro que el posea su corazón, combina astutamente todos sus esfuerzos para impedir que sea de Jesucristo; ¡Mundo insensato! piensas, por ventura, que es cosa de poco momento lo que pretendes, arrancar del corazón de Clara el objeto de su amor? ¡Y con qué medios cuentas para conseguirlo! ¡Harto sabemos que puedes disponer de mil poderosos auxiliares, y que tienes en tu mano elementos de todo género. Tal vez apelarás á las mismas dotes naturales de esa tierra virgen; te valdrás de su belleza para inspirarla el amor de sí misma y el deseo de agradar á los hombres; te servirás de la nobleza de su sangre para infundir en su alma sentimientos de orgullo y de presunción; pondrás en movimiento su opulencia para convencerla á disfrutar de las comodidades y regalos de una vida deliciosa. ¡Nocia ilusión! Clara sabe apreciar en su justo valor todas esas cosas; mira la belleza como una flor, que se deshoja con los años, y que, al fin, viene á perecer entre el polvo de una tumba; la nobleza, como un ligero humo de vanidad, que ningún derecho dá al que la tiene sobre sus semejantes, porque es un efecto casual de la fortuna; las riquezas, como un puñado de polvo, que el menor viento de adversidad puede arre-

batar en un instante; y consiguiente á estos principios, todo eso no la merece sino la indiferencia y el desprecio, porque solo desea poseer á Jesucristo, en quien halla el tipo de una hermosa infancia, el centro de una grandeza eterna, y el tesoro inagotable en donde el Señor ha depositado todas las riquezas de su gracia.

Duros combates había de sufrir Clara para triunfar del mundo; pero ¡cuán completa será su victoria! Clara ha llegado ya á la edad de diez y ocho años: joven, rica, hermosa, discreta, suave en su trato, dulce en sus palabras, es el objeto de admiración en Asís. Este conjunto de virtudes obliga más y más á sus padres á hacer se perpetúe, por medio de una honrosa alianza, así la gloria de su hija como de la distinguida estirpe de que procede. Para conseguirlo, emplea todo cuanto el amor sincero tiene de más vivo y penetrante. ¿Qué hará en tan crítica y comprometida situación la ilustre doncella? ¿Oír con gusto un lenguaje, que tan grato suele ser á las de su sexo, en una edad propia de las ilusiones? No lo creais; Clara se muestra tola afectada, las lágrimas corren por sus mejillas, su corazón se oprime, se entorpece su lengua. ¡Padres felices, ya podéis entender lo que esto significa! vuestra primogenia debe ser toda de Aquel que dijo: *Todas las cosas son mías*; ella es la víctima que habeis cuidado de alimentar y adornar para el día del sacrificio; y si hasta aquí ha sido una luz clarísima, sus resplandores van ahora á ilustrar al mundo entero. Dejémosla respirar; démosla tiempo para que consulte su resolución. ¿A donde irá?

Si en nuestros días hubiese un alma con iguales disposiciones, tal vez no faltaría quien al oírlo decir, que el Señor no quiere que permanezca en el siglo, la contestaría: ¿Qué! ¡aunque vivas en el mundo, no puedes llegar á ser santa? En la inundación de las aguas corrompidas, no pueden nadar arcas santificadas? Y citando los ejemplos de las Judiths y Esthers, y callando los de los Sansones, presa de las Dalilas, y de los Davides que no hubieron de las Betsabés, procuraría inducirla á quedarse entre las garras del león del mundo. Pero Clara tiene la dicha de consultar á un hombre, que no posee más patrimonio que el no tener nada en la tierra, ni otro padre que el Padre nuestro que está en los Cielos. Hablo del gran Francisco de Asís. Dios, que en otro tiempo envió sus ángeles para fortalecer á un Daniel afligido, á un Elias tiranizado, á una Agar angustiada, proporcionó á nuestra ilustre doncella un serafín en carne, que calme sus temores, esclarezca sus dudas, y fortalezca su debilidad. Clara le abre los senos de su corazón; el hombre de Dios ve en aquella, á quien el nombre de madre llena de estremecimiento, una nueva Sara,

que con su espiritual fecundidad ha de llenar el órbe de un prodigioso número de hijas, que brillarán en el hemisferio católico como astros luminosos del firmamento; y le aconseja, que en el domingo de Ramos se presente en el templo del Señor con los vestidos más preciosos, con todas sus joyas de más valor, que lo consagre todo á Dios, y en la noche siguiente luya del mundo. Los destinos de la Providencia ván á cumplirse. Clara, superior á los impulsos del amor que le inspiran un padre y una madre, sin temer los dicteros que el mundo le prepara, abandona su casa; y aprovechándose de las sombras de la noche, camina, corre y llega á la iglesia de la Porciúncula, en donde la espera con sus hijos mi glorioso padre S. Francisco. Vealla postrada ante el altar de la Virgen, consagrándose al Señor en precioso holocausto, y haciéndole el sacrificio de sus dorados cabellos. ¡Ah! venciste, virgen insigne, venciste! Ya has logrado el objeto de tus ansias. El mundo pretendió oponerse á tu union con el Esposo de las vírgenes; pero tú, peleando diestramente, has quedado victoriosa. De hoy más puedes decir con el real profeta: «El Señor es la parte que me ha tocado en herencia, y la porcion destinada para mí: él es mi único y más precioso patrimonio (1).» No presumas, empero, generosa virgen, que ha concluido tu lucha con el mundo, nó; prepárate á sostener aún más rudos combates. Tus domésticos van á ser tus más crueles enemigos.

Con efecto: la madre de nuestra Santa, cual leona á quien han atrobatalado sus tiernos cachorritos, lanza los más inconsolables alaridos por la pérdida de su hija. El padre, considerando la fuga de Clara como un horror eterno para su familia, convoca á sus parientes, los invita á tomar parte en su determinacion; y lleno de rabiosa inquietud, parte al momento en donde se halla encerrada su hija, se presenta á ella; y ya con halagos, ya con amenazas, ora acusando su resolución de impremeditada y pueril, ora disculpando su impremeditación, se esfuerza en disuadirla de su propósito. ¡Vanos esfuerzos! ni las lágrimas de una madre inconsolable, ni los gritos de un padre febricitante de cólera, ni los dictados con que la apostrofan sus parientes, nada puede hacerla vacilar un momento. Apelan á un lenguaje seductor, vuelvan después á los improperios; los unos califican sus desiguios de extravagancia; los otros juzgan que su vocacion es sospechosa; pero Clara consigue de todos la más completa victoria. Con efecto: cuando ve que las razones con que procura calmar los ánimos irritados contra ella son inútiles, se postra en tierra, y asida

(1) PSALM. LV, 5.

fuertemente del frontal de un altar á que está arrimada, descubre su cabeza despojada de la hermosa madeja de sus cabellos, y lanzando una mirada de expresion hácia un santo Crucifijo que tenia delante, dice á sus padres: «¡Oh! ahí á quien elegi por esposo y á quien he entregado mi corazón. Él será mi refugio y mi fortaleza para librarme de vuestras injustas exigencias.» Lenguaje elocuente, que desarma á sus padres y parientes, y la deja en pacífica posesion de su amado.

¿Quién podrá ahora referir las admirables virtudes que practica en el ameno jardín de la Religión? Allí la vereis cerrar de golpe todos sus sentidos, á fin de interceptar á su alma toda comunicacion con las criaturas, y conversar únicamente con el Criador. Jamás levanta sus ojos del suelo; jamás sus lábios se despegan, ni no es forzada á ello por una extrema necesidad; su alimento es un poco de pan y agua, y esto solo en ciertos dias señalados; su lecho es la tierra desnuda. Anadid á estas austeridades los rigores de un cordoso cilicio que ciñe sus virginales miembros, cuyas puntas penetran hasta los huesos; los cuerdas nudosas que convierten su cintura en una sola y cancerada llaga; las sangrientas disciplinas, la sed, el hambre, las aflicciones interiores. Tan sorprendente fué su penitencia, que mi glorioso padre san Francisco, cuya austeridad ha sido el asombro del mundo, se creyó obligado á moderar los rigores de esta tierna virgen, temiendo sucumbiese víctima de su fervor. Se ve, pues, que queriendo el Señor resucitar en aquellos dias de corrupcion universal, la antigua severidad de la virtud, ha suscitado ese portento de fervor, ese pasmo de penitencia, que confundiese la relajacion de un siglo marcado con todos los caracteres de reprobacion. A la inmoralidad, que hervia en Europa, opuso la inocencia de Clara; á la molice y afeminacion, su penitencia; á la licencia, su virginidad; en el seno del error, de la maldad y del desenfreno, aparece la gloriosa virgen de Asis como la luz del mediodia, para desterrar con sus resplandores las sombrías tinieblas que enlután el mundo entero.

No es extraño, pues, que el Cielo hiciese como empeño de enriquecer continuamente con dones celestiales á una criatura, que en lucha la más comprometida, triunfa de un siglo inmoral, impio y seductor, y dá á toda una generacion ejemplos admirables de virtud. ¿Quién hubiera creído, oyentes, que una doncella, que se habia apartado del mundo y del esplendor de los palacios, con el fin de llevar una vida retirada en la oscuridad del claustro, viniese luego á cobrar tanta celebridad, que así propios como extraños hablasen de ella como de una persona de una vida celestial? La fama de sus virtudes llena bien pronto, no solo las comarcas vecinas, sino tambien

las mas apartadas; en Clara se ve renovado el ejemplo de los primeros anacoretas, que á pesar de vivir escondidos y como sepultados en los desiertos, con solo su admirable santidad arrastraron innumerables gentes deseadas de imitarlos. La primera que imitó el ejemplo de Clara fué su jóven hermana Inés, que tambien huyó de su casa para consagrarse victima del amor á Jesucristo en el mismo monasterio en que aquella habitaba. Despechados igualmente sus deudos por la resolución de Inés, se arrojan de nuevo sobre el monasterio, lo maltratan con furor diabólico, le insultan, emplean la fuerza de doce hombres armados para sacarla de aquel religioso albergue; pero la tierna doncella dirige sus ojos suplicantes hácia Clara; á ella clama, y casi exánime en fuerza de los brutales tratamientos de sus tiranos, la dice con lángido acento: «¡Ayúdame, hermana mia; mira que me arrebatan de la casa del Señor!» Clara, para arrancarla de las manos de aquellos hombres furiosos, eleva su corazón hácia el Cielo, y al punto Inés, inmóvil como una roca, se hace superior á todo esfuerzo humano: por manera, que no pudiendo sus deudos moverla del sitio en que yace, se ven precisados á ceder el campo con ignominia. En vano un fio-suyo, mal contento de ver frustrado su designio, se arma del acero, y se dispone á descargar sobre su cabeza un golpe homicida; Clara levanta otra vez sus ojos al Cielo, y al momento aquel hombre queda sin movimiento, y permanece así por algun tiempo en expiación de su impiedad.

Más tarde siguieron el ejemplo de Inés su tia, su madre y la primera nobleza de Asís; por manera, que rodeada Clara de gran número de compañeras, hubo, á pesar suyo, de convertirse de discípula en maestra, de hija solitaria en madre espiritual de gran número de doncellas. ¡Y qué gozo el de éstas cuando se miran bajo el cuidado de una madre, que ni de día ni de noche piensa en otra cosa que en las necesidades de sus hijas! Nada le impide servir á todas y en todos los ministerios: ¡Véralas asistir á las enfermas, curar sus llagas, limpiarlas á veces con su propia lengua; ser la sierva de todas en la mesa, en la enfermería, en los oficios más repugnantes, en las ocupaciones más humildes del monasterio! Hecha el modelo de sus hijas, á ninguna cede en desprecio de sí misma, en caridad ardiente, en humilde abnegacion. Con la clemencia en sus lábios, con la dulzura en sus palabras, interesa á unas, anima á otras y enervoriza á todas: ¡Qué prudencia en sus resoluciones! ¡Qué confianza en la divina Providencia! Jamás duda que pueda faltar lo necesario para vivir á las que lo han dejado todo por amor de Jesucristo. Por eso, cuando Gregorio IX la insta, para que admita algu-

nas rentas que aseguren la subsistencia de sus hijas, Clara le contesta con aquella expresion, que no ha podido ménos de llenar de admiracion al universo: Beatísimo Padre, la única cosa que deseo y necesito es, que me absolvas de mis pecados!

¡Feliz paraíso! ¿se atreverá á asaltarle el enemigo que no respetó el Edén primitivo? ¡Ah! su demasiado hermosas sus flores para que no intente ajarlas. Si; envidioso el comun enemigo, dirige todas sus diabólicas maquinaciones hácia aquel jardín; y valiéndose de sus ministros, combate á aquella pobre familia. La Iglesia no olvidará nunca á aquel Federico II, que turbó la paz y empleó todo su poder contra la cátedra de san Pedro. Para sostener sus atrevidas empresas, formó ejércitos, é hizo venir en su auxilio hasta á los bárbaros sarracenos. En breve ocupan sus satélites las principales ciudades de Italia; las casas y los templos son tristes objetos de su furor. Los sentimientos de humanidad se exaltan al recordar lo sucedido en Espoleto, ciudad vecina á Asís: sus templos fueron saqueados, sus sacerdotes tratados ignominiosamente; y el monasterio de Clara, en las tinieblas de la noche, es asaltado por todas partes. No se oyen más que llantos de aquella pobre familia; acude ésta á su madre Clara; pero, ¿qué puede hacer una mujer flaca, enferma y postrada en una cama? ¿Qué? ¡Aales vencedoras, Judiths triunfantes, mujeres denodadas de la antigua ley, dad la preferencia á la ilustre virgen de Asís. Si, hermanos míos: no pudiendo Clara mantenerse en pié, se hace conducir en brazos á las puertas del monasterio, y postrada en presencia del augustísimo Sacramento de la Eucaristia, que mandara traer en una urna, exclama con fervor y confianza: «¡Oh, Señor! no entregues en poder de esas fieras las almas que te confesan y adoran, y no olvides las almas de tus pobres (1).» En el mismo instante se oye una voz consoladora que las alienta; los indios, aterrados, se precipitan del muro que habian escalado, huyen vergonzosamente de la ciudad, y queda la Santa gozosa, dando con sus hijas loor y alabanza al Dios de los ejércitos por tan singular beneficio.

¿Qué más? Clara ha llegado ya á los últimos años; ha brillado cual astro luminoso del mediolía en un siglo, cubierto por donde quiera de las más espesas tinieblas del viejo; justo es que pase á derramar sus resplandores á la Sion celestial, para brillar con una sol en perpetuas eternidades. Llegado es el momento: vedla postrada en su lecho de muerte, hecha una viva imágen de los dolores de Jesucristo, dando á sus hijas las más sublimes máximas de virtud, y

(1) PRALM, LXXIII, 19.

exhortándolas á llevar á cabo la obra de perfeccion que habian comenzado. El Supremo Pastor de la Iglesia se apresura por venir á dar el último adiós á esta bella Sunamitis, y acompañado de toda su curia, ve el mundo toda la mayor grandeza en la estrechez de la celda de una pobre monja. El Papa conversa con ella acerca de las cosas del alma y asuntos de la Iglesia, y es testigo de sus últimas voluntades. Por fin, el grande astro de la Religión se acerca á su eclipse; el celestial Esposo, acompañado de una corte brillante de purísimas vírgenes, se le aparece, y la convida á las bodas del Cordero divino; ya sus párpados se cierran; lánguida de amor como la esposa de los Cantares, desaparece de la tierra; y cual varita de oloroso incienso, penetra las nubes y se pierde en el seno de la inmensidad.

La muerte no es capaz de apagar esta luz brillantísima; sus resplandecientes rayos se derraman por todas partes; y personas de todos estados y condiciones acuden en tropel á honrar la memoria de nuestra Santa. El Pontífice asiste á su entierro, un cardenal derrama sobre su tumba las flores de su elocuencia, y pronuncia el elogio de sus virtudes; y entre los circunstantes, que subían á millares, no hay uno siquiera que no publique sus alabanzas. Los sagrados restos, trasladados en triunfo á la iglesia de S. Gregorio, multiplican los prodigios en toda clase de dolencias. Dos años despues, el Vaticano pronuncia su juicio infalible acerca de la santidad de Clara, y expide la bula de canonización, que la eleva á los honores del culto; y el orbe católico venera á esta virgen singularísima, porque luchando con el mundo, y triunfando del mundo, resplandeció cual astro luminoso en medio de la corrupción más espantosa.

¡Oh luz brillantísima de la Iglesia! ¡Cuán hermosos son tus resplandores! Ellos iluminaron micétras vivias á la Italia, á Francia, España y Flandes, por donde extendiste tu sagrado instituto; y hoy día, no hay rincón de la tierra á donde tus hijas no hayan penetrado, admirándose donde quiera su fervor, y honrando al cristianismo con sus virtudes y vida prodigiosa. Continúa, virgen ilustre, continúa desde el Cielo la misión sublime que en la tierra comenzaste. Conserva en todo su brillo la orden que fundaste para edificación de la humanidad y consuelo de la Iglesia. Manifiesta á favor de tus devotos el poderoso valimiento que tus plegarias tienen en el acatamiento del Señor: para que mereciendo por tu intercesion la gracia de vivir santamente, alcancemos un día la corona de la inmortalidad en la mansion de la Gloria. *Amén.*

PANEGÍRICO DE SAN CLEMENTE, PAPA Y MÁRTIR.

*Magnificabitur Christus in corpore suo,
sive per vitam sive per mortem.*

*Engrandecido sea Cristo en mi cuerpo,
tanto en la vida como en la muerte.*
(AN PHILIPP. I, 20.)

Al reflexionar en el récio combate que la fé tuvo que sostener contra el error en los primeros tiempos de la era cristiana, nos vemos precisados á admirar las glorias de aquella religión, donde quiera perseguida y en todas partes victoriosa de sus encarnizados enemigos. La idolatría, ó manera de hidra insaciable de sangre cristiana, multiplicaba en mil maneras los medios de seducción; y para sostener el imperio de sus absurdas creencias por todo el orbe, inventaba cada día nuevos géneros de crueldad. Pero la Iglesia, disputando á fuerza de sangre y de abnegacion el imperio del mundo á la ambiciosa é idólatra Roma, alzabase cada vez más fuerte entre las ruinas de la supersticion. En proporcion de los desesperados esfuerzos que hacia el paganismo para sostenerse, venanse surgir nuevos héroes, que, llenos de mayor ardor, se presentaban en la arena para luchar y morir; porque la muerte era entónces un triunfo, el triunfo moral de la inteligencia contra la ignorancia, el triunfo de la verdad contra la mentira, el triunfo del Evangelio contra las pasiones divinizadas. Todos los reinos, todas las provincias, todos los pueblos, venanse inundados de agentes de la tiranía, que como aves de rapiña se arrojaban sobre los adoradores del Cordero; y éstos, peleando con inaudito valor, padeciendo una muerte gloriosa, glorificaban tanto en la vida como en la muerte el nombre de Jesús, y la Iglesia contaba sus victorias á millares.

Entre la prodigiosa muchedumbre de victimas que se ofrecieron al Dios de la verdad en los primeros tiempos de la Iglesia, llama poderosamente nuestra atención el Papa san Clemente, portento de he-

oismo, pasmo de sufrimiento, fenómeno extraordinario de firmeza cristiana. En ninguno se vió personificada con más expresion la grandeza del cristianismo: ningún otro proporcionó mayores triunfos á la fé: su vida fué un constante testimonio de la santidad del Evangelio, y su muerte una prueba evidéntisima de su divinidad.

¡Oh! digno es Clemente de recibir las oraciones de la religion, y los cultos que hoy consagra á su nombre la Iglesia. Digno es el gran Pontífice romano de figurar entre los más esclarecidos mártires de Jesucristo, á quien engrandeció de un modo portentoso en su vida y en su muerte, consagrando una y otra á extender las glorias de la cruz y á afianzar el imperio de la fé. Desde este punto de vista voy á presentarlos á San Clemente. Vereis, que, victima ilustre del naciente cristianismo, ofreció un cuerpo puro, morada de una alma inocente y santa, en holocausto oloroso ante los altares del paganismo; y sufriendo en él cuanto hay de más doloroso, triunfó valerosamente de la superstición. Su vida fué un ejemplar perfecto de virtudes cristianas: su muerte fué un modelo acabado de celo y de constancia: en ambos conceptos tiene derecho á darín con el Apóstol: «Engrandecido será Cristo en mi cuerpo, tanto en la vida como en la muerte».

¡Quiera el cielo, que este pensamiento, que en su misma sencillez encierra una sublimidad digna de llamar vuestra atencion, os mueva poderosamente á la imitacion de ese héroe cristiano! Pidámoslo por la mediacion de la Reina de los mártires, saludándola con el ánge: A. II.

El Dios que adoramos lleva por lema el nombre de Santo de los santos, y por lo mismo, no hay cosa tan agradable á sus divinos ojos como la ofrenda de un corazón puro, intachable y exento de la corrupcion de un siglo, que no brota sino abrojos de malas pasiones. Y el mérito de este sacrificio es tanto mayor, cuanto mayores son los obstáculos con que hay que tropezar, y más continuos los enemigos que es necesario vencer, y más ciertos los peligros que se oponen á nuestra marcha por el camino de la virtud. La gloria del triunto es siempre proporcionada al combate; y nunca se ostentan más hermosos los laureles ganados en la lucha, que cuando adornan unas sienes surcadas de cicatrices, signos ciertos del valor y del heroísmo.

Bajo este concepto, se presenta verdaderamente admirable á nuestros ojos la vida del insigne mártir San Clemente. Hijo de un senador, emparentado con los emperadores romanos, vivía en Roma, empório de las letras y de las artes; pero ciudad corrompida, que había levantado edificios á la impureza, al orgullo, á la venganza, á

todos los vicios; y que autorizaba todos los desórdenes con sus leyes. Los sancionaba con la pompa de los sacrificios, y los arraigaba en las costumbres. Qué valor tan extraordinario era menester, para no contaminarse con los impuros miasmas que exhalaba una ciudad infestada de crímenes! Hacíase preciso ser lo que un Noé en las primeras edades del mundo, cuando toda carne había corrompido sus caminos; lo que un Lot en el seno de la maldicida Sodoma; lo que Azarias, Misael y Abdagao en la sensual corte de Nabucodonosor. Pues tal fué, en efecto, Clemente, aunque pagano, en medio de los mil y mil vicios que el politeísmo divinizara, conservando en un cuerpo puro una alma exenta de todo vicio. Si como el joven Samuel se hubiera criado nuestro héroe á la sombra del Santuario, seguramente no sería tan admittible su conducta; mas nó: Clemente, donde quiera que fijaba el pié no encontraba sino precipicios sin fondo; aquí, la sensualidad convertida en un dios, á quien millares de victimas rendían un culto vergonzoso; allí, la venganza erigida en ley y sancionada por los ministros del impio Júpiter; ora el egoísmo más glacial fomentado por las preocupaciones absurdas de los filósofos; ora la ambicion más excesiva enmascarada con el barniz de un cínico desinterés; y en todas partes abominacion, escándalos y desórdenes. Honor y gloria sin fin os sea dada, ¡oh Jesús adorable! que obrasteis esta maravilla á favor de Clemente, porque le teniais destinado á triunfar de la iniquidad del mundo pagano con la fé, oponiendo á las corrompidas costumbres de la idolatría una vida pura é intachable, que evidenciase ostensiblemente la santidad del Evangelio.

En efecto: llegaron á Roma los grandes maestros de todo el universo, los santos apóstoles Pedro y Pablo, y Clemente aprendió de ellos las verdades de la religion, y recibió el santo bautismo. Si siendo aún gentil supo pasar á pié enjuto el impetuoso torrente de vicios, en pós del cual veía precipitarse todas las edades y todos los sexos; ¿á qué eminente grado de virtud se elevaría después de haber abrazado la fé de Jesucristo? La fé le enseñó á amar la castidad, como la virtud más hermosa, que hace á los hombres semejantes á los ángeles; la fé le hizo ver en sus semejantes otros tantos hermanos, á quienes debía amar como á sí mismo; la fé le mostró en la humildad el camino seguro de la gloria; en la beneficencia, la delicia más positiva de un corazón sensible; la fé, en fin, desarrolló á su vista todas las bellezas de la religion, y Clemente dejóse ver lleno de pudor: brillan en él una humildad profunda, un desinterés heroico, una paciencia invencible, y todas las virtudes más hermosas. Á tal altura se elevó su perfeccion, que san Pablo le eligió por coadjutor de su pre-

dicación, y aseguró que su nombre estaba escrito en el libro de la Vida.

Nada tiene de extraño, que habiendo quedado vacante la silla apostólica, el clero y el pueblo pusieran los ojos en Clemente como el más á propósito para llenar aquel vacío, sobre todo, en circunstancias tan críticas y azarosas como venía atravesando la Iglesia. Decididos los emperadores romanos á exterminar, si posible fuese, hasta el último resto de la religión del Crucificado, perseguían con furor á los que por la vía de la seducción no podían atraer á sus errores; desterraban á los unos, confiscaban á los otros, maltrataban á estos, daban muerte á aquellos, y ensañabanse en todos. Clemente no conocía el descanso: confirmaba en sus creencias á los que felizmente no se habían dejado aturdir por la seducción, ni amedrentar por las persecuciones de la tiranía; redimía la debilidad de los que, por efecto del mal ejemplo ó de un servil temor, titubeaban en sus principios, y vela próximos á renunciar á ellos. A unos, que arrastrados por las promesas ó por la violencia habían desertado cobardemente de la verdadera fé, los llamaba como buen pastor, procurando atraerlos con dulzura y desengañarlos con persuasiva elocuencia: á otros, que nacidos en la idolatría, mostrábanse entusiastas por los falsos dioses, los conquistaba, insinuándose primero en sus almas con la suavidad del trato, y luego iluminando sus inteligencias hasta reducirlos al conocimiento de la verdad. ¿Qué triunfos tan brillantes consiguió su celo! ¿Qué conquistas tan admirables hizo su sabiduría!

Durante un rícto combate que la fé sostenía en Roma, una excitación religiosa alarmó á los fieles de Corinto. Aquella Iglesia había florecido grandemente por la práctica de las virtudes cristianas y por su ejemplar edificación desde que san Pablo la fundara. La emulación de algunos particulares turbó su paz, y vióse despedazada por un funesto cisma formado en su mismo seno. Desearon algunos fieles de cortar los progresos que iba haciendo aquel incendio fatal, imploraron el auxilio de la Iglesia de Roma, que hallábase á la sazón en lo más vívido de sus tribulaciones. Dedicado el santo Pontífice á la salvación de su rebaño, hubiera querido multiplicarse para estar simultáneamente en todas partes, y acudir á todas las necesidades; mas no siéndolo esto posible, extendió sus manos hácia el Cielo para pedir á Dios el remedio de tantos males. El Señor se dignó consolar á su siervo; restituyó la paz á los fieles de Roma con la muerte del perseguidor que los agitaba. Entónces San Clemente convirtió su atención á los Corintios, y los dirigió una carta, que es uno de los más

preciosos monumentos de la antigüedad. Está escrita con tal delicada mezcla de fortaleza y de suavidad, que corrigiendo el mal, hace amable el remedio. Los santos Padres la ponderaron, y san Irineo nos asegura, que con ella el santo Pontífice restableció la fé y la caridad entre los fieles de Corinto.

¿A quién no admirará una vida tan edificante en medio de tan peligrosas ocasiones, de ejemplos tan depravados, y que tan poderosamente conspiraban contra su inocencia! Al contemplar la del joven Clemente, que en medio del incendio de unas pasiones lisuajeras, embellecidas con todos los encantos de la seducción, se conserva intacta sin experimentar la menor impresión malfélica, no puedo ménos de reconocer en él un milagro de virtud sostenido por un portento de la gracia, y me veo movido á exclamar entusiasmado: Verdaderamente, ¡oh Dios! os manifestas sobrenaturalmente grande en vuestras obras; pero, sobre todo, en vuestras enceneras es donde haceis resaltar los incomprensibles tesoros de vuestro poderío. Obra vuestra fué la fidelidad con que Clemente supo corresponder á vuestras inspiraciones. No fué en el infecunda la fé, sino que dirigió hácia Vos todos sus pensamientos, sus deseos y acciones. Conducido por la fé, no se separó nunca de la senda del bien que ella le había trazado. Obrando segun sus principios os ensalzó, Dios mio, en su vida, ofreciéndose á un mundo henchido de crímenes como un ejemplar perfecto de virtudes. ¿Qué, pues, le restaba sino glorificaros en su muerte, haciéndose un modelo de celo y de constancia en padecer por sostener vuestros dogmas contra el error y la tiranía pagana?

De hecho: los ministros de la impiedad, á quienes no podía ocultarse la religión de nuestro héroe, le acusaron ante el prefecto Mamertino como reo de superstición, porque, no solo adoraba á Jesucristo, sino porque era, además, cabeza de todos los cristianos. Vedle en presencia del prefecto, sosteniendo sus creencias con una firmeza propia del que está sentado sobre la sólida piedra de la Silla apostólica, y ocupa la primera dignidad de la Iglesia. Mamertino pone en juego los resortes de la seducción, representando á la imaginación de Clemente la marca de jehová que haría caer sobre su nombre ilustre, obstinándose en seguir una seta infamada, objeto del odio y de la animadversión pública. El santo Papa le contesta resueltamente, que no se cansó en vano, porque su dicha está cifrada en padecer por Jesucristo. No basta: nuestro Santo hace algunas tentativas para ganar al prefecto; y si no lo consiguió, inspirelo al ménos una tierna y compasiva inclinación á los cristianos. Mamertino dió parte á Trajano de la resolución del Pontífice, y el emperador destier-

role al Quersoneso. Al despedirse Clemente del prefecto, dijole éste derramando lágrimas: «No dudo que el Dios que adoras te asistirá en tu destierro, consolándote y dándote fuerzas para sufrir los efectos de la proscripción que padeces por su gloria».

Vé, pues, esclarecido pontífice, marcha á la isla del Quersoneso Sáurico: son muchos los que allí necesitan tus auxilios; tú serás el escudo de los que han pechado por la verdad, tú el consuelo de los que gimen bajo el yugo de la tiranía, tú el sostén de los que pelean, tú alcanzarás también allí gloriosas conquistas. Vedle ya á ese glorioso Papa, augusto por su nacimiento, ilustre por sus méritos, venerable por sus canas, y aún más por su santidad, precisado á trabajar en las minas. Vedle bajar á profundas y espantosas cavernas, catar la tierra como un miserable delincuente, y regarla con el sudor de su frente. ¿Creeis que se debilita por eso su constancia? ¿Que se disimuye su valor? ¡Ah! La piedra adquiere más solidez y belleza más incomparable golpeada con el martillo del que la pulimenta: el arbusto, herido con la podadora del labrador, brota nuevos tallos y arroja vistagos nuevos que se elevan á una altura gigantesca. Así la fe de nuestro Santo acreciase tanto más, cuanto más tormentos sufría por ella; porque era piedra de precio inestimable destinada á embellecer la Jerusalén celestial, y arbusto de raro mérito, cuyo ramaje debía adornar el Edén delicioso del Dios de los mártires. ¿Con qué celo trabaja Clemente en su destierro! ¿Con qué constancia se consagra á las penosas tareas del ministerio pastoral! Todo para todos, no reconoce distincion alguna entre el señor y el esclavo, entre el cristiano y el idólatra. Bien así como un sol, que derrama su luz indistintamente sobre el que bendice sus benéficos rayos, no menos que sobre el que le lanza maldiciones porque no puede soportar su claridad, el amante pastor espasce donde quiera las luces de la doctrina evangélica, y derrama sobre toda clase de personas los benéficos de la religion. Todos admiran en él una dulzura sin ficción en el trato de sus semejantes; una benignidad sin flaqueza en tolerar los defectos de los débiles; con la virtud se le encuentra siempre complaciente, con el vicio austero pero prudente; como el ángel de la paz desarma á la discordia y contiene la venganza; como el génio de la fortaleza confunde el error. Los cristianos le aman como padre que los protege, como maestro que los aconseja, como una providencia que vela sobre ellos para procurar su bien espiritual, y, en cuanto puede, suavizar sus penas.

Hallábase desterrados en aquella isla dos mil cristianos, á quienes ninguna cosa atormentaba tanto como el insoportable ardor de

la sed que los abrasaba. Era aquel lugar tan árido y seco, que, entre los peñascos enriquecidos con venas de oro y plata, no se encontraba una sola vena de agua, siendo preciso traerla con gran fatiga de un sitio muy distante. Movido Clemente del trabajo y de las lágrimas de aquellos ilustres desterrados, se volvió al Señor, y suplicóle se compadeciese de aquellos sus fieles en tan extrema necesidad. Su oracion fué oída: apareciósele Jesucristo en figura de un cordero, y con el pié le señaló una fuente de agua viva que brotó de repente de una peña. Los cristianos bendijeron á Dios por haberles enviado un nuevo Moisés; los adoradores de los ídolos quedaron estupefactos, y luego se convirtieron á la fe. ¿Qué consuelo tan indefinible era para el santo Pontífice ver multiplicarse de dia en dia los cristianos, que le aclamaban, unánimemente, su padre en Jesucristo! Al contemplar un cambio tan feliz, cual se habia realizado en centenares de hombres, que poco há miraban con encono el símbolo de la redención, y ahora le abrazaban con ternura; que ántes blasfemaban del Evangelio, y ahora le miraban como el tesoro más inestimable, su corazón no podía contener las avaridas de júbilo que le inundaban, y bendecía con toda la efusión de su alma al autor de tamaños prodigios.

El emperador Trajano, por el contrario; así que tuvo noticia de tantas conversiones llenóse de ira, y ordenó al prefecto Anfidio, que nada omitiese para que los convertidos, en vista de aquel portento, volvieran al culto de los ídolos. Llamólos el prefecto, hablóles un lenguaje dulce y seductor; pero hallóles á todos incontrastables: sus lisonjas les inspiraban el más marcado desprecio. Dióles una corta tregua para deliberar acerca de su eleccion: ó sufrir los más atroces tormentos, ó tributar otra vez culto á los ídolos. Todos mostráronse tan indiferentes á sus amenazas como se habian mostrado insensibles á sus lisonjas. La sangre de aquellas sagradas víctimas corrió en abundancia, hasta que el prefecto, viendo que todos se presentaban decididos á morir antes que desorzar de sus nuevas creencias, juzgó más acertado perdonar á la muchedumbre, y castigar únicamente á la cabeza.

Hizo comparecer en su presencia al Santo; y cuanto no trabajó el prefecto para obligarle á renunciar á Jesucristo! Qué de recursos no agotó para ablandar aquel pecho de bronce! Ora intenta insinuarse en él con lisonjeras promesas; ora pretende aterrorizarle con feroces amenazas; pero viendo que todo era inútil, sentencióle á muerte; y para que no quedase entre los fieles reliquia suya que pudiese consolarlos, mandó que le arrojasen al mar con una grande áncora al pescuezo. Fué, pues, precipitado en el mar á vista de sus queridos hijos, que con los ojos y el corazón seguían á su amado padre. De

repete dos discípulos del santo pontífice exclaman: «Hermanos, pidamos á Dios que se digne descubrirnos las reliquias del santo mártir.» Arrodillanse todos, empiezan á orar, y al punto el mar se retira hácia adentro, dejando el suelo enjuto para que todos pudiesen visitar el milagroso sepulcro que el Señor había preparado al santo mártir en medio de las ondas, y en el profundo de su abismo. Asombrados del prodigio comienzan los fieles á caminar á pié enjuto por el lecho que ocupaban antes las aguas, y se hallaron con un templo de mármol, fabricado por mano de ángeles; un sepulcro, en que estaba el cuerpo de san Clemente, y al lado de él la áncora con que había sido arrojado al mar. Todo el país quedó sobrecogido de asombro; al asombro sucedió el convencimiento de la divinidad de nuestra santa fé; al convencimiento la simpatía; de la simpatía se engendró el amor; el amor produjo el entusiasmo, que hizo abrazar á todos los circunstantes la verdadera religion; de suerte, que no quedó allí ningun pagano, ni judío, ni hereje.

Confesemos, pues, que Clemente, con su muerte, engrandeció tambien al Señor. Su vida fué un ejemplar de virtudes en la que se vio retratada la perfeccion del Evangelio; su muerte fué un modelo de celo y de constancia, en que se ostentó de un modo admirable su divinidad. Viviendo, hubo de luchar con el vicio, hacer frente al error, y triunfar de la seducción; y en esta guerra tan peligrosa salió vencedor, sin que su alma se contaminase con los impuros miasmas de la corrupcion, que infestaban un suelo víctima entónces de la iniquidad poderosa. Muriendo, hubo de combatir la lisonja unida á la crueldad, y ni la crueldad pudo acobardarle, ni la lisonja moverle á desertar de los estandartes de Jesucristo; por manera, que vivió como santo y murió como héroe; y en todos conceptos tuvo derecho á decir con el Apóstol: «Engrandecido será Cristo en mi cuerpo, tanto en la vida como en la muerte.»

Animémonos, hermanos míos, á marchar por las huellas que nos dejó marcadas San Clemente. Herederos de su fé, seámoslo tambien de sus virtudes; depositarios de sus creencias, no desdigamos de su constancia en sostenerlas. Triunfemos como él de los vicios del mundo, afrecciendo en nuestra vida una prueba ostensible de la sanidad del Evangelio; triunfemos de sus lisonjas y de sus errores, dando, si es necesario, con una muerte gloriosa, un testimonio inequívoco de su divinidad. ¿Quién nos lo impide? El Dios de Clemente es nuestro Dios; seámosle fieles, y todo lo podremos con su gracia. Dichosos entónces en esta vida, lo seremos incomparablemente más en la mansion de la inmortalidad, que á todos os deseo.

PANEGÍRICO

DE SANTA COLETA, VIRGEN

Y REFORMADORA DE LA ORDEN DE SANTA CLARA.

Optimam partem elegit que non auferretur ab ea.

Ha escogido la mejor parte, de que jamás será privada.

(Luc. x, 42.)

La perfeccion evangélica es una montaña de una altura inconmensurable. Sus bases arrancan desde los hondos fundamentos de la fé y de la humildad; su cima, descolgando sobre todo lo terreno, vá á esconderse allá entre las nubes de gloria. La perfeccion evangélica es una escala, que desde nuestro corazon se levanta hasta Dios. Compartida está en escalones diversos; ángeles suben y bajan; es una via de comunicacion que Dios nos abre, y por la que nosotros debemos ir continuamente; sea ascendiendo con afectos y aspiraciones, sea descendiendo para ejercitarnos en las obras de caridad.

Bien sabéis, católicos, que año en el universo visible, en el globo que habitamos, hay diferentes mansiones; y que sirven de mansion respectiva á tal ó tal clase de seres. El pez habita en las aguas, el cuadrúpedo paca en las praderas, la casera paloma apenas levanta su vuelo sobre los tejados, el pajarillo se cierne en los aires, el águila se eleva hasta los confines del éter. Mas allá, otra clase de seres más sutiles y ménos complicados que los terrestres animales. Todo en la creacion forma y constituye una graduacion admirable, que aunque distinta en sus partes integrantes, forma un conjunto armonioso, ordenado, multiforme.

Igual paridad se manifiesta en el místico universo de las relaciones del alma con la divinidad. Hay almas que no osan levantarse, y se están quedas en las regiones inferiores de la gracia. Hay otras,

repete dos discípulos del santo pontífice exclaman: «Hermanos, pidamos á Dios que se digne descubrirnos las reliquias del santo mártir.» Arrodillanse todos, empiezan á orar, y al punto el mar se retira hácia adentro, dejando el suelo enjuto para que todos pudiesen visitar el milagroso sepulcro que el Señor había preparado al santo mártir en medio de las ondas, y en el profundo de su abismo. Asombrados del prodigio comienzan los fieles á caminar á pié enjuto por el lecho que ocupaban antes las aguas, y se hallaron con un templo de mármol, fabricado por mano de ángeles; un sepulcro, en que estaba el cuerpo de san Clemente, y al lado de él la áncora con que había sido arrojado al mar. Todo el país quedó sobrecogido de asombro; al asombro sucedió el convencimiento de la divinidad de nuestra santa fé; al convencimiento la simpatía; de la simpatía se engendró el amor; el amor produjo el entusiasmo, que hizo abrazar á todos los circunstantes la verdadera religion; de suerte, que no quedó allí ningun pagano, ni judío, ni hereje.

Confesemos, pues, que Clemente, con su muerte, engrandeció tambien al Señor. Su vida fué un ejemplar de virtudes en la que se vio retratada la perfeccion del Evangelio; su muerte fué un modelo de celo y de constancia, en que se ostentó de un modo admirable su divinidad. Viviendo, hubo de luchar con el vicio, hacer frente al error, y triunfar de la seducción; y en esta guerra tan peligrosa salió vencedor, sin que su alma se contaminase con los impuros miasmas de la corrupción, que infestaban un suelo víctima entónces de la iniquidad poderosa. Muriendo, hubo de combatir la lisonja unida á la crueldad, y ni la crueldad pudo acobardarle, ni la lisonja moverle á desertar de los estandartes de Jesucristo; por manera, que vivió como santo y murió como héroe; y en todos conceptos tuvo derecho á decir con el Apóstol: «Engrandecido será Cristo en mi cuerpo, tanto en la vida como en la muerte.»

Animémonos, hermanos míos, á marchar por las huellas que nos dejó marcadas San Clemente. Herederos de su fé, seámoslo tambien de sus virtudes; depositarios de sus creencias, no desdijamos de su constancia en sostenerlas. Triunfemos como él de los vicios del mundo, afrecciendo en nuestra vida una prueba ostensible de la sanidad del Evangelio; triunfemos de sus lisonjas y de sus errores, dando, si es necesario, con una muerte gloriosa, un testimonio inequívoco de su divinidad. ¿Quién nos lo impide? El Dios de Clemente es nuestro Dios; seámosle fieles, y todo lo podremos con su gracia. Dichosos entónces en esta vida, lo seremos incomparablemente más en la mansion de la inmortalidad, que á todos os deseo.

PANEGÍRICO

DE SANTA COLETA, VIRGEN

Y REFORMADORA DE LA ORDEN DE SANTA CLARA.

Optimam partem elegit que non auferretur ab ea.

Ha escogido la mejor parte, de que jamás será privada.

(Luc. x, 42.)

La perfeccion evangélica es una montaña de una altura inconmensurable. Sus bases arrancan desde los hondos fundamentos de la fé y de la humildad; su cima, descolgando sobre todo lo terreno, vá á esconderse allá entre las nubes de gloria. La perfeccion evangélica es una escala, que desde nuestro corazon se levanta hasta Dios. Compartida está en escalones diversos; ángeles suben y bajan; es una via de comunicacion que Dios nos abre, y por la que nosotros debemos ir continuamente; sea ascendiendo con afectos y aspiraciones, sea descendiendo para ejercitarnos en las obras de caridad.

Bien sabéis, católicos, que aúo en el universo visible, en el globo que habitamos, hay diferentes mansiones; y que sirven de mansion respectiva á tal ó tal clase de seres. El pez habita en las aguas, el cuadrúpedo paca en las praderas, la casera paloma apenas levanta su vuelo sobre los tejados, el pajarillo se cierne en los aires, el águila se eleva hasta los confines del éter. Mas allá, otra clase de seres más sutiles y ménos complicados que los terrestres animales. Todo en la creacion forma y constituye una graduacion admirable, que aunque distinta en sus partes integrantes, forma un conjunto armonioso, ordenado, multiforme.

Igual paridad se manifiesta en el místico universo de las relaciones del alma con la divinidad. Hay almas que no osan levantarse, y se están quedas en las regiones inferiores de la gracia. Hay otras,

un poco más osadas, que dejando de vez en cuando las terrenales honduras, se deciden, aunque costándoles mucho, á subir hácia lo alto de la montaña espiritual, sin sostenerse empero en este noble empeño. Más animosas y desprendidas, otras almas se anidan en las alturas mismas, aunque sin perder tierra. Algunas almas privilegiadas se levantan en alas de amor divino por los aires; su elemento es lo elevado, y solo las necesidades de la vida les hacen tomar tierra para volver otra vez á encumbrarse. En esta nueva region hay espiritus seraficos, cuyo vuelo se pierde de vista; hay otros, que por disposición del Eterno, se esconden al humano conocimiento; y solo Dios conoce la region en donde se elean estas almas bienaventuradas.

Hermosa y consoladora perspectiva es para nosotros la que presenta esta hermosa gradnacion. Mientras que nosotros, tímidos y poco resueltos, no osamos salir del estrecho recinto de nuestro amor propio y de nuestras conveniencias temporales, almas generosas y grandes se remontan de region en region, para que no falten al divino Criador esos admirables órdenes jerárquicos, que ha establecido en su reino espiritual de la Iglesia. Si, por una parte, la vista de estas grandes almas acusa nuestra pereza, por otra nos anima á sacudirla, y nos produce un gozo ineffable el ver, que nuestros hermanos se comunican tan intimamente con Dios, y que Dios honra tanto á nuestra humana naturaleza. El objeto de estos cultos nos presenta uno de esos espiritus elevados, que no contentos con lo más elevado que podia presentársela una vida ordinaria y virtuosa, aspiran á cosas mayores. La bienaventurada Coleta observaba la Regla de santa Clara, tal como se practicaba en su tiempo; pero, para una alma como la suya, para un corazon como el suyo, no podia bastar una observancia mansa é imperfecta de una de las más ilustres Reglas, y emprendió su reforma, que llevó á cabo y subsiste hoy mismo auténticamente autorizada. Practicaba lo bueno, pero escogió lo mejor. *Optimam partem elegit*. En este breve discurso voy á haceros ver, que santa Coleta, movida de un santo celo, escogió para sí y para sus hijas la mejor parte en el servicio de Dios. Haga el Señor que mis palabras abracen vuestros corazones en el amor de Dios y en el de servirle; pidaosle esta gracia por la modificacion de nuestra amantísima Reina, saludándola con el ángel: *A. M.*

Una de las propiedades del amor es, la de parecerle, que nunca hace bastante por el objeto amado. De ahí esa continua solicitud de una madre que se desvive por sus hijos, y todavía le parece quedarle algo por hacer. De ahí esa tierna solicitud de una amante esposa para

con su esposo, por quien le parece poco todo lo que hace por complacerle, y merecer su cariño. De ahí, en el corazon que ama con pureza, desinterés y desprendimiento de sí mismo, ese deseo, nunca satisfecho, de esmerarse más y más en el cumplimiento de la voluntad del objeto amado, en ajustar sus acciones y hasta sus menores movimientos conforme al modelo del corazon de su amado. Y si esto sucede en el amor puro, natural, tal como lo hemos descrito, ¿qué será en la religion del amor divino, en donde el Amado es un Dios infinitamente bueno é infinitamente amante de sus criaturas? ¿Qué será en la religion del amor divino, en donde el soberano amante Jesús eleva á las almas que finas le aman á la dignidad de esposas suyas, en donde el soberano amante Jesús lo hace todo en sus esposas, y las recompensa despues con largueza infinita, como si todo lo hicieran ellas? No os admiréis, pues, amados míos en el Señor, que el amor divino presente á la faz del mundo esos fenómenos verdaderamente sobrehumanos, que nos sorprenderian si no conociéramos el agente que los dá vida y movimiento, y la calidad del sugeto recipiente. El amor divino, aunque uno en su objeto y móvil, es múltiple, es variado hasta lo infinito, en las formas prácticas que presenta su aplicacion en el curso de la vida humana. En la bienaventurada Coleta estas prácticas han sido muchas, y todas á cual más interesante. Escogeré las más á propósito para moveros á su imitacion, y las que más cautiven vuestra atencion piadosa.

El punto de vista general, bajo el cual debemos considerar el conjunto de la vida de la bienaventurada virgen Coleta, es el de la perfeccion evangélica. No se contentaba Coleta con la simple práctica de los mandamientos generales de la ley del Señor: para un corazon fino amante de Jesús crucificado, y crucificado por amor de nosotros ingratos y pecadores; para un corazon enamorado del divino Esposo de nuestras almas, esto era poco, era muy mezquino; llevaba el carácter del propio provecho, del espiritual egoísmo; y el corazon de Coleta no era egoísta, no tenía por mira principal su propio provecho, sino el provecho de Dios; el agrado de Dios. Y hé ahí esa tendencia prodigiosa y no interrumpida hácia lo más perfecto. Manifestóse en Sta. Coleta este deseo de perfeccion en todos los actos de su vida, y respecto de todas las virtudes: nos concretaremos á hablar de su no interrumpida perfeccion respecto de la virtud de la castidad; respecto de su caridad y celo por la conversion de los pecadores; respecto de la penitencia; respecto de un inmenso deseo de sufrir por el amado Jesús; respecto de su devocion al santísimo Sacramento. Dios hizo ver al mundo la perfeccion de su sierva, obrando

por su medio muchos milagros. Recorreremos estos puntos con mucha brevedad.

Y desde luego fué perfectísima en la virtud de la castidad. Desde su más tierna niñez admira su modestia, su retiro, su gran cuidado en evitar, no solo la menor mirada á los niños, jóvenes y todo hombre, sino hasta la compañía de amiguitas suyas; más ó ménos desenvueltas, aunque siempre inocentes. Cuando más grandecita y entrada en la primera adolescencia, no se contentaba con evitar todo lo que pudiera dar ocasión, aún algo remota, de empañar en lo más mínimo el terso cristal de la santa virtud, sino que llena de celo por la gloria de Dios, reprendía severamente cualquier acción ménos decente. El Señor la había dotado de cierta belleza, que atraía hacia sí la atención de unos y otros. Supose por una casualidad, pues, que la santa doncellita, ocupada siempre en Dios, jamás se cuidaba de sí misma; y esto bastó para pedir fervorosamente al Señor, se dignara quitarle esa belleza, y le volviera su rostro desagradable á la vista de los otros. El Señor la oyó; y de la noche á la mañana, sus padres y todas sus amigas se pararon en la mudanza de su rostro, que sin quedar feo, no presentaba ya aquella hermosura lozana, porque tanto temía Coleta, no por sí, sino por los demás.

Séame permitido, amados míos en el Señor, el detenerme algun tanto sobre este incidente de la primera adolescencia de Coleta. Comparad, os suplico, comparad la discreta y santa conducta de nuestra Santa, con la de las jóvenes de nuestras familias. ¿Encontraréis alguna de las muchas que conocéis que imite á Sta. Coleta en este particular? ¿No estais viendo, al contrario, este afán de nuestras doncellas cristianas en agradar á los que no pueden sino perderlas? ¿No estais viendo esta furiosa pasión, de querer parecer más hermosas que sus compañeras, que las demás de su igual? Venid conmigo, y asistid con fastidio y dolor á una escena, que pasa en un aposento de la casa. Haco ya dos horas que la señorita entró en el tocador, y todavía no puede recibir, todavía no puede presentarse á la sala de recibimiento. ¿Qué hace esta infeliz criatura? ¿Qué hace esta jóven insensata? Perdersé y perder á los demás. A fuerza de atavíos quiera parecer hermosa. Si su rostro carece de belleza, ¿cuántos coloridos, cuántas esencias, cuántas drogas miserables no se ponen á contribucion para ocultar sus defectos? El tiempo que emplea una mujer en su tocador más de lo necesario para presentarse decente, y convenientemente á su estado, es un tiempo empleado en el TALLER DE SATANÁS. No pudiendo detenerme mucho en cada virtud de nuestra admirable Santa, me limito á deciros respecto de su acendrado amor á la castidad,

que no dejó piedra por mover hasta que tuvo la dicha de consagrar su virginidad en el Orden de Religiosas de Sta. Clara. Que una vez entrada en él, y hecho sus votos, todas sus hermanas de Religión quedaron asombradas de la severidad con que se reñaba sus sentidos, especialmente el de la vista; de la constante solicitud en huir absolutamente la compañía de hombres: por muy santos que fuesen; de la extrema dificultad con que se presentaba al locutorio para tratar aún de negocios licitos, justos, santos. Sabía la Santa, que la castidad se empaña con el menor vaho, y que no basta ser casta de cuerpo, sino que es menester serlo de espíritu. Solo os diré, en fin, que no omitió cautela para poner sus Religiosas al abrigo de toda maligna sugestion exterior contraria á esta santa virtud.

Otra de las particularidades que nos presenta la vida de Sta. Coleta es, un celo ardiente por la conversion de los pecadores. Este celo empezó desde su niñez, y creció á medida de su edad. ¡Ah católicos, cuánto consuelo nos dá el deber hablaros con esta ocasion de uno de los principales motivos de la Redencion! «No he venido á buscar á los justos, sino á los pecadores para que hagan penitencia.» ¡Palabras consoladoras! ¡Palabras llenas de caridad! ¡Palabras llenas de confianza! No desconfieis, pues, desdichados pecadores: no desconfieis. Nuestro divino Redentor os asegura, que descendió por vosotros desde el Cielo á la tierra; que vino á buscaros. ¡Oh amor incomprendible de un Dios, aún para sus hijos desleales! ¡Ah, católicos! cuando leo la parábola del Hijo pródigo, y veo que nuestro buen Jesús se la aplica, diciendo en términos expresos, que más gozo hay en el Cielo por la conversion de un pecador, que por la perseverancia de noventa y nueve justos; ¿quién no sentirá su corazón llenarse de esperanza? Cuando leo la conversion de la Samaritana, y veo las fatigas que toma voluntariamente nuestro infatigable Salvador por obrar esta conversion; ¿qué corazón humano no se siente animado de confianza en un Dios tan bueno, de amor á un Dios tan generoso? La conversion de los pecadores, la caridad, la compasion, el deseo de arrancar de las garras del infernal león á los infelices pecadores, tocaban tan al vivo al corazón de Jesús, que todos los pasos de su vida sagrada están sellados con esta divina marca! Ahora bien, amados en el Señor: una alma que tan tiernamente amaba á Jesús; una esposa, que tanto ajustaba su corazón al Corazon de Jesús; una Santa, que tanta solicitud habia mostrado desde su primera niñez en no tener otros deseos que los deseos de Jesús; otro amor que el amor de Jesús, otra voluntad que la voluntad de Jesús, ¿podia no dejarse abrasar de celo por la conversion de los pecadores?

En efecto, católicos; uno de los más constantes objetos de la caridad de Sta. Coleta fué la conversión de los pecadores. Oraba de continuo y con el mayor fervor, pidiendo al Señor la conversión de todos los pecadores; afligía su cuerpo, ayunaba, practicaba todo género de austeridades para aplacar la ira del Señor, y atraer sobre ellos sus eternas misericordias. Pedía para sí el ser afligida y castigada, con tal que, dándose Dios por satisfecho de sus penitencias, les abriese los ojos para que conociesen el triste estado de sus almas. Encomendó á sus hijas hiciesen oración muy particularmente por la conversión de los pecadores; y no omitió medio, que estuyese á su alcance, para exhortar por sí misma, ó por otras terceras personas, á la confesion de sus pecados, y á su debida expiación.

La penitencia de Sta. Coleta fué también ejemplarísima. Y esta penitencia era efecto de su acendrado celo de perfeccion. Consideraba Coleta á su cuerpo como una víctima, que, continuamente, debía ofrecer en holocausto en los altares de la penitencia cristiana; y de ahí esa continua privacion de sus gustos; aún licitos, ó indiferentes; esa severidad en el uso de sus vestidos, de que jamás se servía sinó para el cumplimiento de sus más estrictos deberes; sus ojos, sus oídos, su lengua, sus miembros todas estaban continuamente refrenados. Sus ayunos no se interrumpían; pasaba cuaresmas enteras á pan y agua; no usaba del vino sinó cuando sus continuos achaques se lo hacían necesario. Si la OBEDIENCIA le prescribía, por razon de salud, el uso de algunas viandas, lo hacía con tanta parsimonia, que para la Santa era mayor penitencia esto que se pretendía desahogo; que no lo sería su habitual y ordinaria mortificacion. A estas mortificaciones añadía diarias disciplinas, cilicio continuo, tener por cama unas tablas, por colcha una jerga, por vestido el paño ó tela más grosera que se encontraba.

Empero, la penitencia de Coleta no se limitó á sola su persona; supo inspirarla á sus hijas; y este deseo de continuar la penitencia la movió á reformar la Orden fundada por Sta. Clara. Había recibido su Regla muchas modificaciones, y estaba en muchas provincias tan mitigada, que había perdido, no solo su primitiva austeridad, sino hasta el espíritu mismo de la Santa en muchos puntos harto esenciales. Vivía, sin embargo, Sta. Coleta, en uno de los conventos de esta Orden, en la Picardia, país de Francia, dirigida, en cuanto á su conciencia, por el padre Enrique de la Balme, ó de la Baume, hombre muy santo, y muy conocedor de los espíritus. Ejercitaba nuestra bienaventurada Coleta su Regla con la mayor puntualidad, ayunando, como llevamos dicho, las cuaresmas á pan y agua, con otros ejerci-

cios convenientes. Meditando cierto dia como agradaria más á su divino Esposo, fué arrobada en éxtasis; y en este arrobamiento éxtático Dios le dió á conocer el lamentable estado de las personas religiosas que se han relajado, y que se descuidan en cumplir con puntualidad y fervor los deberes de su instituto. El dolor que le causaba esta representacion, le hacia derramar un torrente de lágrimas; é inundada en él, parecióle ver al patriarca S. Francisco, y á la santísima Virgen, que la presentaban á Jesucristo, como un instrumento propio á hacer revivir el espíritu del instituto entre las Religiosas del Orden de S. Francisco, que se habian relajado de su Regla primitiva.

Por más que nuestra Coleta deseara ver revivir el fervor entre sus hermanas, y aunque por otra parte viese, que todos los monasterios de la Orden de Sta. Clara habian decaido de su brillo antiguo, y que las hijas apenas retenían, ó conservaban el nombre de su madre; la alarmaba, empero, y la retraía mucho, la cualidad de REFORMADORA y de SUPERIORA que debía pesar sobre ella. Su humildad le hacia temer algun engaño de parte del demonio, porque no podia figurarse ella que Dios quisiese servirse de una criatura tan vil y tan imperfecta para reformar á las demás. No cesaba, pues, de alegar pretextos á su confesor para excusarse de una empresa tan delicada, y para ella tan terrible. Su confesor le mandó, pues, se sometiese á la voluntad de Dios; y Coleta, habiendo querido todavía persistir en su humilde retiro, quedó, por de pronto, muda; poco despues, ciega; ambas cosas, súbitamente, y sin que nada las hubiese prever. Temió la Santa no fuese un aviso del Cielo, y se sometió sin condicion á lo que Dios quisiese hacer de ella. Recobró la vista y el habla en el instante mismo de su submission; y asistida del referido venerable religioso franciscano P. Enrique de la Balme, ó Balme, y de una señora rica, que les proporcionó recursos, emprendió la Reforma, dando los pasos convenientes, y trabajando activamente á la fundacion de nuevas casas en Francia, Italia, España y Alemania. La Santa, á fuerza de ruegos y de muchos trabajos, y venciendo un sin fin de obstáculos que se le presentaban, tuvo la dicha de ver plantada y arreglada la Reforma de la Orden de Sta. Clara. Y así perpetuó Coleta en su Reforma el espíritu y la práctica de la penitencia que tanto amaba.

Si lo que acabamos de decir prueba el deseo que tenía Coleta de sufrir tanto, pues que amaba la penitencia, lo que vamos á referir vá mucho más adentro en la perfeccion del amor de Dios. El Señor, que queria hacer de su sierva una gran Santa, la envió toda suelta de trabajos y de tentaciones. Permitted Dios, que su sierva fuese perseguida por unos y calmada por otros. Permitted Dios, que acha-

ques continuos, y enfermedades agudas la ejercitasen en la paciencia y en la resignación. Permitted Dios, en fin, que su sierva pasase por pruebas terribles. Todo esto era prepararla convenientemente para ser reformadora de un Orden, que aunque ya santo, habla sin embargo decaído algun tanto. La conducta del Señor, respecto de su Iglesia, es: la de dotar de prendas convenientes al personaje providencial que Dios debe levantar del seno de la humanidad. La bienaventurada y humilde virgen Coleta, destinada á ser reformadora de una familia fundada por una santa, como Clara de Asis, justo y conveniente era, que tuviese prerrogativas que pudiesen hacerla una segunda Clara, y, por consiguiente, una gran santa. Dios la hizo UNA y OTRA, como habeis podido verlo, y como vereis todavia por lo que me resta que decir.

Y efectivamente, católicos: además de las pruebas á que Dios quiso someter á Sta. Coleta, le reservó una, de que se hallan muy raros ejemplos, si es que lo hay uno segundo. Como nuestra Santa era amante de la Pasión de nuestro divino Salvador, y que la meditaba continuamente y continuamente la tenía en su presencia, le pidió fervorosamente al Señor, la hiciese sentir por el amor de Él todos los martirios de todos los mártires; harería padecer en espíritu un martirio universal. ¡Oh heroica mujer! ¿qué pides? ¿qué pretendes? ¿Ignoras, acaso, que el martirio es una prueba la más dura, la más temible á nuestra naturaleza? Pero, ¿es que el amor discurre? ¿Queréis encontrar esa calma filosófica que todo lo pesa, esa que se llama sangre fría en un corazón que se abrasa, en un corazón que rebosa de amor? No; nuestra Santa hace patentes á Dios sus deseos; Dios los conoce, conoce la pureza de ese corazón que los concibe, conoce la santidad de ese corazón que los forma, conoce la humildad, conoce el celo, conoce todas las virtudes de que es templo y morada ese corazón; y Dios, atraído por tantas prendas, quiere obrar en ese corazón las maravillas de su poder divino; y ese corazón será el teatro en donde la Divinidad hará reproducirse un martirio universal. Así fué, católicos; la bienaventurada Coleta sintió al vivo el martirio de S. Esteban, apedreado; de S. Lorenzo y Sta. Inés, quemados vivos; el de Vicente, mártir, cruelmente destrozado. Sintió Sta. Coleta en su corazón al vivo toda clase de martirios, que ni el tiempo ni la historia nos permitirían referir. Oyóla, pues, el Señor, y participó, en espíritu, de la auróla de todos los mártires. Y Coleta se presentó victima universal para apacar al Señor por los universales ultrajes.

Por fin, como prueba de su celo y perfección; nuestra bienaventurada Coleta fué en extremo fervorosa en su devoción al santísimo Sa-

cramento del Altar. Seria muy prolijo referir los favores celestiales que nuestra Santa recibió en el augusto Sacramento. Su devoción comenzó desde la niñez, y fué siempre en aumento, como nos lo atestiguan las crónicas de su Vida. Comulgaba muy frecuentemente, y la santa comunión producía en Sta. Coleta efectos maravillosos. Unas veces se la veía arrobada despues de la comunión; otras quedaba curada repentinamente, despues de comulgar, de achaques inveterados. Las tentaciones y aflicciones con que era constantemente probada, cesaban con la santa comunión, y no volvian á aparecer hasta que no cesase el éxtasis ó altísima contemplación con que Dios la favorecía. En estas divinisimas comunicaciones sacaba nuestra Santa sus fuerzas para nuevos combates; y así es, que jamás se la vió desfallecer en medio de las más críticas circunstancias. Y para que se vea con cuanta solícitud conducía Dios á esta alma, en una ocasión en que debía comulgar, el sacerdote que decía la misa en altar, en donde no habia reserva ó tabernáculo, olvidó, disponiéndolo el Señor así, el consagrar una segunda forma para dar con ella la comunión á nuestra Santa, á la sazón de viaje. El sacerdote, confesor suyo, olvidó el darle la comunión; pero al acabar la misa se advirtió, que la Santa experimentaba los mismos favores que recibía cuando comulgaba. Preguntando, pues, á la Santa sobre aquella novedad, respondió humildemente: «Que nuestro Señor mismo se habia dignado favorecerle con sus propias manos su preciosísimo cuerpo. Dejo á vuestra reflexion la sorpresa del venerable confesor de la Santa. En cuanto á mí toca, os confieso ingenuamente, que este hecho no me sorprende, y que solo prueba la infinita bondad de Dios, que trastornára mil veces la naturaleza, si menester fuera, por no privar al alma que fina le adora y se le sacrifica, del menor de sus dones, si es que entre éstos haya ninguno menor.

¿En vista de una vida tan prodigiosa hay que extrañar, el que Dios haya obrado muchos milagros por su intercesión? En todas partes donde, ó por donde pasa nuestra Santa, deja, más ó ménos, señales de los prodigios que Dios obra por su intercesión. Seria no acabar el referir tanto como la historia de Coleta nos presenta de prodigios; y solo me contento con decirlos, que ha sido una de las Santas por cuyo medio ha obrado el Señor más milagros en su siglo.

De todo cuanto os he dicho en este breve rato resulta, que nuestra Santa fué perfectísima en la castidad, perfectísima en la caridad para con los pobres, y para con los pecadores; perfectísima en su penitencia; perfectísima en sus pruebas, dolores y trabajos; perfecta en su devoción al augusto sacramento de la Eucaristía, haciéndola así

el Señor una digna sucesora de Sta. Clara, su madre en religion. Esforcémonos en imitarla; de esta modo lograremos por su intercesion acompañarla en el Cielo, con el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo. Amen.



PANEGÍRICO

DE SAN COSME Y SAN DAMIÁN.

Illi viri misericordia sunt, quorum pietate non defuerunt.

Aquellos fueron varones misericordiosos, cuyas obras de piedad no han caído en olvido.

(ECCLES. XLIV, 10.)

La inconstancia del hombre, que como innata acompaña á nuestra naturaleza debilitada por la culpa, de tal manera corta el hilo de los buenos propósitos é interrumpe las acciones más gloriosas, que, á pesar de nuestros desvelos, cuando nos lisonjamos de caminar más velozmente, experimentamos en ella una rémora que nos detiene, ó tal vez un escollo que nos destroza. La virtud, y aún la fama y gloria, suelen tener pocos seguidores, aunque son muchos los que comprenden el camino que á ella los dirige. Busca un hombre el honor en el ejercicio y cumplimiento de las obligaciones más gloriosas; y si á los primeros pasos no le halla, en breve ceden sus impulsos. Pretende otro llegar á la cumbre de la virtud; y cuando victorioso triunfa de formidables riesgos al principio de sus fervores, al poco tiempo llega cobarde á asustarse de las sombras. De donde proviene el intolerable desórden que se advierte en el mundo: las artes lloran su falta de perfeccion; las dignidades suspiran, viéndose sujetas á venir á las manos de los que las buscan por faltar quien las merezca; las repúblicas no encuentran miembros que puedan sostenerlas; y la Iglesia de Dios apenas halla quien le dé su esplendor y brillantez. Si el hombre, abatiendo los vuelos de su soberanía, dejase de gobernarse por sí mismo, y poco satisfecho de su conducta pudiese á otros por norma de sus acciones, yo creo bien que serian ménos los yerros, saldrían más arregladas sus obras, y tendría más constancia en sus determinaciones; porque el temor y respeto le contendrían en su

oficio, y el buen ejemplo excitaria su aplicacion y vigilancia. Yo os pudiera demostrar esta verdad con solo ponerlos delante á Roma, aquella gloriosa Roma, que si supo jactarse de las victorias de los Augustos, los Brutos, los Vespasianos, los Trajanos, solo debió estos laureles á la imitacion fiel de la conducta de los Escipiones Africanos, los Lucios Lúculos, los Cneios Pompeyos y los Cayos Julios. Si logró ver la justicia reanando en los decretos de su senado, se confiesa demora de ello á los Catones, Metelos y Tulios. La Iglesia misma, no miraría gozosa en su seno los copiosos y sazónados frutos de tantos hijos celebres en santidad y ciencia, si en la explicacion de sus dogmas y práctica de sus verdades no hubieran tomado el saludable consejo, de seguir las huellas de los que, dados por Dios como esclarecidas lumbreras, debían ser los guías de los rebaños del Señor. Finalmente; en todas las artes y oficios han juzgado necesarios sus profesores, degen alguno cuya vida los contenga, cuyas obras los animen, cuyo celo los enseñada, y á cuyo modelo puedan nivelar todas sus acciones. Un ejemplo tan justificado por la ley, como acreditado de útil por la experiencia, no pudo ménos de tomarle la noble facultad de Medicina, viéndose tanto más necesitada de un guía que la gobernase, cuanto son más oscuras sus conocimientos, y más fallibles en la práctica, más arriesgadas sus operaciones y más fatales las consecuencias de sus yerros; pues, no se trata en ella de bellezas naturales, no de bienes de fortuna, sino de la vida de los hombres, en que consiste por la mayor parte la felicidad de las repúblicas.

Era forzoso emplease todas sus fuerzas en buscar entre sus mismos profesores algun héroe, que con la perfeccion de su ciencia y santidad de vida estimulase á sus discípulos, despertase á los dormidos, excitase á los flojos, y á todos contiuviese en el exacto cumplimiento de su ministerio. Pero, cuando en otras artes faltaba la escasez de tales profesores, aquí la abundancia hacia vacilar. Un san Lucas, médico de profesion: un Zenobio, que padeció en Antioquia; un Giro, médico de Alejandría, degollado en Capadocia, ciudad de Arabia; un Ursicino, mártir en Ravenna; un Pantalcoen, en Nicomedia; los santos Giro y Juan en Alejandría; san Codrato, que no contento con padecer el solo el martirio, exaltó con sus palabras y logró tener por compañeros en su muerte á todos los médicos de Corinto; un S. Alejandro en Leon de Francia; S. Antioeo en Sebaste; los santos Ravenna y Basilo en la Bretaña; S. Diomedes en Nicomedia; S. Avestes en Teane de Capadocia; y los santos Liberato y Emiliano en Africa bajo de Hunnerico; y otros y

otros pudieron pretender el honor del patronato. Pero, si bien cada uno de esos modelos pudiera ser objeto digno de los cultos y veneracion del real tribunal del Protomedicato, que como cabeza contiene en sí las veces y facultad de todos los profesores de medicina; con particular consejo, y no sin inspiracion del Cielo, eligió por norma de sus acciones y singulares patronos á los esclarecidos mártires de Arabia, S. Cosme y S. Damián. Su ejemplar vida, sus gloriosas acciones, presentan á la vista del mundo como en un lienzo, unidas en tantas perfecciones características de esta facultad se miraron en todos los demás distribuidas. Y he aquí ya descubierto el asunto de mi oracion: Cosme y Damián merecieron el honor de médicos perfectos por su ciencia, desinterés y caridad. Mas, ante todas cosas, imploremos los auxilios de la gracia por la intercesion de la Virgen: *A. M.*

Manifiestar á los gloriosos mártires S. Cosme y S. Damián como valerosos alletas de Jesucristo, luchando en defensa de su fé contra todas las potestades del abismo, hasta alcanzar la más cumplida victoria, muriendo por el Señor, aunque sería muy útil para avivar nuestra fidelidad, excitar nuestra torpeza, y confundir nuestra pusilanimidad; tal vez pudiera dar ocasion, á que mirasen algunos sus vidas más como objeto de admiracion que como ilca ó ejemplar de la direccion de las obras, ó á que tuviesen esta oracion por un panegirico de aquella grandeza con que Dios se muestra admirable en sus santos, y no como en realidad es, una descripcion laudatoria de aquellos hechos de los santos, que deben servir de norte á los profesores de medicina. Los estupendos prodigios que se admiraron en la dilatada serie de sus penas, aunque por la parte que sirvieron á prolongar su martirio, hicieron brillar su relevante mérito, principalmente ofrecen á nuestra consideracion aquella singular providencia con que el Señor envía á los suyos, y haciendo uso del brazo de su poder, ensalza á los que el mundo intenta abatir, y confunde á los fuertes por medio de los flacos. No dudo que vuestro corazon se llenaria de regocijo alabando la bondad divina, si oyeséis, que despues de padecer las incomodidades de la opresion y bestiondez de una cárcel, siendo sentenciados al fuego, apenas son arrojados en sus llamas, cuando irritados todos los elementos se arman para el castigo de los impios, y se preparan á la defensa de los justos. La tierra, estremeciéndose con violencia, abre bocas para quejarse de la injusticia: el agua del cielo se desprende para refrigerar á los mártires; y saliendo de sus cavernas los vientos, esparcen impetuosamente las llamas que, llevadas en sus alas, abrasan y consumen á los idolatras.

Esta serie prodigiosa de hechos no podrían ménos de infundir en vosotros un obsequioso respecto á los Stos. Cosme y Damián viéndolos tan favorecidos del Cielo. Pero, sin duda, serán mayores los sentimientos de piedad y más justos los elogios que se les tributen, cuando reflexionéis, que este esmero de la Providencia fué un premio justamente debido á la santidad y perfeccion de sus vidas. Si el arreglo de sus costumbres, el desempeño de las obligaciones anejas al ministerio en que el Señor los habia colocado, los hacian más acreedores á nuestras alabanzas que el cúmulo de favores que recibieron de Dios, pues mejor es merecer los castigos divinos que experimentarlos. Estas gloriosas acciones debieran servir de materia á mi oración, si no llegara á conocer, que poniéndoos á la vista todas las que constituyeron su elevado mérito, su panegríco habia de prolongarse por muchas horas; y aún cuando vuestra devocion lo sufriese, la prudencia no podría ménos de resistirlo. Por lo tanto, para evitar este escollo, he creído debia ceñirme á mostrar la perfeccion con que ejercitaron su facultad de la medicina, la cual, por sí sola, es suficiente para dar una idea de su santidad, y la más propia para que conozcan por ella mis oyentes, que en el ministerio ó empleo en que se halla el hombre colocado, se ha de labrar el mérito para su felicidad.

Nada diré yo, á este efecto, del cuidado y esmero con que correspondieron fielmente á los vivos deseos que les manifestó su padre, cercano ya á la muerte, de que se hiciesen útiles á la religion y al estado; y queriendo satisfacer á los insatiables desvelos de su madre Teodota, se aplicaron los dos hermanos al estudio de las letras. La inclinacion que á los primeros umbrales de su vida mostraron á la medicina, y el interior impulso que sentian de socorrer por este medio á los necesitados, les hacia comprender la necesidad de un continuo trabajo para ejercitarla. Conocian bien cuán indispensable es, para adquirir esta ciencia, la penetracion de los secretos de la naturaleza, el conocimiento exacto de la filosofia, leyes y reglas de los movimientos sensibles, esencia y propiedades de las alteraciones y fermentaciones; una individual noticia de la composicion y estructura del cuerpo humano, y los oficios de cada una de sus partes; una penetracion de los temperamentos de cada uno de los enfermos, para discernir el humor que domina; una nocion distinta de las virtudes de las plantas, minerales y piedras, que pueden servir de simple para sus composiciones artificiales; un conocimiento no pequeño de la geografia, para distinguir los climas y advertir la situacion de los lugares; debiendo, además de esto, retener en su memoria el con-

junto de enfermedades que pueden más regularmente acometer al hombre, sus complicaciones y sintomas, en todo lo cual debe hallarse enterado el facultativo de medicina; si no quiere gloriarse vanamente del nombre de médico careciendo de su realidad.

Estas verdades, que habian comprendido bien nuestros Santos, los hicieron, no solo velar noche y dia, sin perdonar fatiga para proporcionarse á una facultad tan dificultosa como necesaria á la sociedad, sino que conociendo, que es corto el espacio de esta vida para adquirir la debida ciencia, derramasen sin cesar sus oraciones en presencia del Altísimo para conseguirla. A esto dirigian sus lágrimas; esto sollicitaban con sus ayunos; para esto hacian frecuentes limosnas; y este era el único fin de sus votos y deseos. Sumamente acepta á los divinos ojos fué la peticion de Salomon, cuando ofreciendo el Señor concederle cuanto pidiese, solo deseó la ciencia para gobernar su pueblo; y no ménos agradable fué al Altísimo la oracion de los santos Hermanos, cuando pedian aquellos conocimientos indispensables para ejercitarse debidamente en la curacion de los hombres, á que un superior destino los habia dedicado; y como estas oraciones nunca sufren repulsa, comunicándoles un rayo de su divina sabiduria, esclareció sus entendimientos; haciéndolos tan fecundos en los conocimientos naturales, que aún hallándose en los años de su juventud, pudieron sin miedo del error entregarse al ejercicio de su facultad.

Mas ¿de qué manera os parece, fieles, darian principio á su carrera? ¿Serán, acaso, publicando á boca llena su inteligencia, mirando con desprecio á los antiguos profesores? ¿Será buscando con ansia algun doliente, para hallar en su curacion los medios de engrandecerse y elevarse hasta el trono de la fama? ¡Ah! que esas siniestras intenciones solo pueden tenerlas los que se han establecido por fin y objeto de sus obras el negro y detestable interés. Lejos se hallaba el corazon de los santos Cosme y Damián de tan horrible peste. Como fieles hijos ó imitadores de su padre, que era uno de los que llamaban *anargyros*, esto es, *sin dinero*, porque abandonando los bienes y riquezas vivia en la más estrecha observancia de una pobreza evangélica, establecieron por primera regla de su conducta, no dar jamás entrada en su corazon al pernicioso vicio de la avaricia. No ignoraban que esta fiara, en apoderándose del pecho del hombre, le hace olvidar en breve todos los sentimientos de humanidad. ¡Oh, y qué daños tan considerables puede temer la república de un solo profesor de quien se haya apoderado la avaricia! Para apartar de sus pechos esta feroz bestia, resolvieron nuestros Santos ejercitar su arte aún sin aquel interés, que pudieran con razon exigir como paga

justa de su trabajo; priváronse de lo lícito para no incurrir en lo ilícito; carcelieron de lo necesario por no apegarse á la superfluo; despreciaron los regalos; y mirando el oro y plata como polvo de la tierra, se constituyeron en el feliz estado de aquel á quien alaba el Eclesiástico diciendo: Bienaventurado el varon que no anduvo en seguimíento del oro, ni esperó en el dinero y tesoros (1). Un tan generoso desprecio de los intereses del mundo, qué frutos no produciría en sus almas? Un vacío tan anchuroso como dejaba en sus corazones el abandono de las riquezas, ¿quién entraría á ocuparlo sin la caridad cristiana? Así nos lo asegura el celebrado Jorge, metropolitano de Nicomedia, cuando elogiando á estos Santos, dice: Del desprecio del dinero nacieron los nobles ramos de la pobreza, un tenor angelico de vida, una pureza brillante de intencion, una castidad olorosa con los ungüentos de santidad; una humildad á quien hacia más sobresaliente la modestia, una inagotable fuente de misericordia; finalmente, la caridad, que, como rio caudaloso, se extendia por todos los estados y condiciones de las personas de su pueblo (2). Este desprecio hizo, que se abriesen las compuertas del Cielo para que lloviesen sobre ellos celestiales gracias; de ahí les dimanaron las riquezas de excelentes dones, aquellas riquezas que su voluntaria pobreza engendró. El deseo de Dios aumentó y congregó en montones la caridad para con sus hermanos. Ésta los hacia contemplar en los enfermos á aquel Señor, que en el fin del mundo promete recompensar á los misericordiosos diciendo: Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está prevenido, porque estando enfermo me visitasteis (3). Si el desinterés los hacia mirar igualmente al príncipe que al vasallo, al noble que al plebeyo, al rico que al pobre, porque á todos graciosamente asistian sin recibir de nadie recompensa; la caridad, como virtud más heroica, elevaba su espíritu para que, atendiendo con preferencia á los más necesitados, cuidasen de su curacion, no como médicos, sino como amigos. Notable es la diferencia que hace Séneca del facultativo que cura como médico y el que cura como amigo. «Solo, dice, debo estar agradecido al médico cuando, no con el arte que vende, sino con su benigna y familiar voluntad, cautivó mi afecto. Si el médico solamente me toma el pulso, me pone en el catálogo de los muchos que tiene que visitar, mandando sin afecto alguno lo que se ha de hacer ó se debe evitar; nada le debo sino su

(1) ECOLL. II.

(2) IN BIBLIOTH. PP. AD DIEM 25 SEPT. TOM. VIII.

(3) MATTH. XXV.

«paga, porque no me visitó como amigo, sino como á emperador, á quien sólo por necesidad se le saluda. Pero debo mostrarme agradecido, si, solicitado más por mi salud que por su fama, se paró á considerar mi enfermedad; si no se contentó con designar los remedios, sino que él mismo los aplicó; si se santó entre los más cuidadosos y vino á verme en los tiempos más críticos; si no tomó fastidio de visitarme ni ovó con indiferencia mis gemidos; y tanto se entregó á otros negocios, cuanto le permitió mi curacion. A este estoy obligado, no como á médico, sino como amigo (1).» Yo no sabré, fieles míos, daros con mayor perfeccion una idea de la conducta de nuestros gloriosos Santos que la que nos ofrecen esas palabras. Yo registro en ellas pintada al vivo su solicitud. ¿Quién jamás entre sus enfermos pudo quejarse, de no haber sido por ellos consolado? ¿Quién no recibió no solo de sus lábios, sino de sus manos la medicina? ¿Quién en sus mayores apuros, en las horas más críticas, no los tuvo prontos para su socorro? ¿Carece alguno del alimento necesario para sustentarse? Cosme y Damián se lo proporcionan. ¿Hállase otro sin facultades para proveerse de medicinas? Cosme y Damián se las franquean. ¿Mirase algun enfermo destituido del socorro de asistentes? Cosme y Damián se constituyen enfermeros. A todos atienden, á todos consuelan; y con la dulzura de sus palabras hacen flovederos sus trabajos y aún gustosos sus males, teniéndose por felices de carecer por algun tiempo de la salud por gozar de su amable compañía.

Y si tan solícitos se mostraban de la sanidad del cuerpo, ¿qué os parece hacian por la del alma? Miraban á todos los hombres como criaturas de Dios, hijos de un mismo padre y destinados para el goce de una comun felicidad. No hacian distincion del judío, del gentil, ni del cristiano, sino para mirar á éstos como hermanos nacidos del sagrado costado de Jesucristo en el gremio de la Iglesia, y contemplar á aquellos como ovejas extraviadas del redil de su pastor. Aquí los movia la misericordia, para hacerlos entrar en la senda de la justicia; allí los excitaba la piedad, para mantenerlos firmes en la observancia de la ley; y en todos obraba su caridad los más benignos efectos de una humanidad cristiana. ¿Quién está enfermo que yo no enferme con él? ¿Quién se escandaliza que yo no me abraze? decía el apóstol S. Pablo (2); y estos mismos eran los sentimientos de los santos Cosme y Damián: gozabanse en los sanos, enristecianse con los en-

(1) SENECA, DE BENEFIC. LIB. 4, C. 16.

(2) II COR. II.

fermos, y hacianse todos para poder lograr á todos para el Señor, porque la caridad de Cristo los estimulaba, siendo más activa su llama cuanto más cercanos miraban á la muerte sus enfermos. Pues á la manera que un vigilante pastor, viendo una oveja extrañada próxima á ser infeliz presa de un lobo, que voraz se dirige á despedazarla, dá voces, no sosiega, y precipitadamente corre á ponerla en cobro y seguridad; así nuestros Santos no descansan, no sosiegan hasta ver libres del infernal lobo las almas que, ó por su infidelidad, ó por su relajacion, estaban expuestas á ser desgraciadas presas y cebo de su furia. Por esta causa, apenas presentian el peligro cuando les pronosticaban su fin, y con palabras ardientes, con expresiones vivas dictadas por la caridad, inducian á unos á que recibiesen el bautismo; á otros exhortaban á la confesion de sus pecados, haciéndoles presente, que, por la mayor parte, las enfermedades del cuerpo provienen de las enfermedades del alma; y convenciéndonlos de la necesidad indispensable, de prepararse para recibir el suavisimo pan de la Eucaristia, que es el único viático que nos dejó Jesucristo para la eternidad.

Aquí, católicos, no puedo ménos de alligirme; mi corazón se siente traspasado de dolor cuando se le representa la decadencia de este cuidado, que llegó á experimentarse en algunos siglos del cristianismo (y ojalá no tengamos que llorarla en el día de hoy con lágrimas de sangre), el descuido, digo, de algunos facultativos, que, olvidando uno de los principales deberes de su ministerio por la detestable adulacion, no queriendo angustiar al enfermo, ni dar que sentir á los de su familia, ni les anuncian la gravedad de su dolencia, ni les intiman la debida recepcion de los santos sacramentos, sino tal vez en el tiempo más impropio, en que perturbadas sus potencias nada pueden hacer en el negocio de su salud eterna, que es el más árduo de todos; sin que ni los consejos generales, ni los sumos Pontífices con sus exhortaciones, mandatos y penas basten á contenerlos. San Pio V, después de haber renovado todas las penas de sus predecesores, impone otras más severas contra el médico, que visitare tercera vez al enfermo en una dolencia grave sin mandarle disponer: ¿Pudieramos persuadirnos, que no se haga caso de estas disposiciones entre médicos cristianos? ¡Oh gloriosos Santos! cuán otra era vuestra solicitud! No os interesaba tanto la salud de los cuerpos como la del alma; y solo por ésta atendiais á aquellos, teniendo presente la doctrina de Jesucristo; que nada le aprovecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma. Pero ¡ah! que una caridad nada interesada sabe bien, despreciando los respetos mun-

danos, observar el orden que prescribe el Evangelio en la práctica de la caridad. Y como ésta animaba el pecho de nuestros Santos, los hacia aprovechar aquellos preciosos instantes, rogando, reprendiendo, instando oportuna é impertinamente, para que los enfermos se proporcionasen su salvacion; de suerte, que más parecia ejercitaban el oficio de apóstoles que de médicos. Cuando yo les veo andar apresurados por las calles de la gran ciudad de Egea, buscando á quien socorrer en sus necesidades y ayudar en sus mayores apuros, admiro una caridad superior á la de Abrahán; que si la hospitalidad de éste es recomendada en la sagrada Escritura, porque compasivo recibia los huéspedes que se le presentaban, sirviéndoles y alimentando sus cuerpos, la caridad de los Stos. Cosme y Damián busca por todas partes á los desvalidos para proveerlos de sustento, curar las dolencias de sus cuerpos, y proporcionarles la salud de sus almas. Y así me parece, que registro en estos Santos aquellas dos olivas de que habla S. Juan en su Apocalipsis (1), que por todas partes van derramando el aceite de su misericordia, y anunciando la verdadera paz de Jesucristo; y aquellos dos candeleros, que luciendo en la presencia del Señor por una caridad ardiente, esparcen rayos para encender en el fuego en que aquellos arden los corazones de todos. Por tanto, no puedo ménos de exclamar con el Eclesiástico, diciendo: Estos son los varones de misericordia, cuyas piedades no han faltado (2). No faltaron para sí, por el cuidado incesante que tuvieron de adornar sus almas con las virtudes; ni faltaron para con sus prójimos, por el desvelo con que ejercitaron con ellos las obras de misericordia; no faltaron ni para el cuerpo ni para el alma, pues, igualmente, socorrian á éstas que á aquellos; no faltaron, porque si viviendo en la tierra, con su presencia, socorrian los necesitados, reinando con Dios en el Cielo, con su intercesion, nos ayudan y nos animan con su ejemplo á la imitacion.

Estos son, señores facultativos, los patronos que escogieron nuestros antepasados; y aunque lo inculco de mi oracion habrá algun tanto desfigurado la gloria de sus hechos, todavia (como al leon por la huella) se ocha de ver, la exactitud con que cumplieron su ministerio; y como por su infatigable estudio, por su singular desinterés y por su ardiente caridad, merecieron la corona de perfectos médicos y patronos de la Medicina. A vista de este ejemplar yo nada tengo que hacer sino exhortaros á que, vistiéndoos del mismo celo,

(1) CAP. XI.

(2) CAP. XLIV.

del honor de Dios y bien de los hombres que tuvieron vuestros gloriosos protectores, cuidéis de que todos los individuos de esta facultad sigan sus pisadas. El Cielo y la tierra esperan el gozo de vuestra religiosidad; el Cielo, cuando por el recto cumplimiento de vuestros deberes lográis la salvación de las almas; la tierra, cuando conseguís el mayor acierto en la curación de los cuerpos. Górrase, pues, la entrada para ser individuo de un cuerpo tan ilustre, á quien, por la perfecta posesión de la ciencia, por el conocido desinterés y por una notoria caridad no acredite ser verdadero imitador de los Santos Cosme y Damián. De esta manera, los pueblos agradecidos os tributarán acción de gracias; los Santos su protección, y Dios el inmortal premio de la gloria. *Amén.*

PANEGÍRICO DE SAN CORNELIO, PAPA Y MÁRTIR.

*Consummatas in brevi explevit tempora
multa.
Con lo poco que vivió, llenó la carrera
de una larga vida.*

(SAP. IV, 48.)

Condición es de todo lo que es acepto á Dios, el ser probado, y probado en todos sentidos. La prueba es lo que dá á conocer lo que se vale, lo que se puede, lo que el objeto probado puede prometer de duración, de solidez, de utilidad. Crió Dios al ángel; y como el ángel estaba destinado á ser jerarquía celestial, necesario fué ser probado. Vinó la prueba, y se dió á conocer el ángel Miguel, el cual, con los demás ángeles que le siguieron, salieron acrisolados. ¿Quién como Dios? dijeron: y merecieron ser jerarquía del Cielo. Luzbel y sus secuaces salieron vanos; y el Omnipotente los desechó de su presencia; Luzbel y sus secuaces fueron eternamente condenados.

Crió Dios al hombre; necesario fué probarlo: no salió fiel en la prueba, y fué desterrado del Paraíso. Por un singular privilegio, su pérdida, lejos de ser irreparable, mereció, gracias á la infinita misericordia del Señor, los honores inefables de una divina Redención. Como cada hombre debía hacerse digno de tan gran beneficio, necesario fué que cada hombre fuese probado; y así, la prueba es el estado normal de la humanidad en general y del hombre en particular.

Vino, en fin, el Mesías prometido, el Verbo Encarnado habitó entre nosotros y fundó su Iglesia. Como la Iglesia debía componerse de hombres, la Iglesia debía ser probada como cuerpo visible en la tierra. Y no solo la Iglesia ha sido probada, sino que sus pruebas han sido mucho más exquisitas en razon de su elevadísima dignidad, de sus destinos eternos. Los tres primeros siglos de la Iglesia

fueron, por decirlo así, los de su formación en el seno que debía darla á luz brillante, á vida pública. Y como ningun sér animado se dá á luz sin dolores, los trabajos, las persecuciones, los dolores de tres siglos precedieron á la paz, á la vida pública de nuestra santa Madre. Y por esto, todo lo que pasó la Iglesia en esa época de dolores, es considerado justamente por ella como lo que le ha procurado el bien y dicha pública de que goza.

El papa S. Cornelio, cuya festividad celebramos hoy, floreció, precisamente, en lo más recio de las persecuciones, en el tiempo más crítico de sus acerbos dolores. Poco tiempo apareció nuestro Santo en la cima del pontificado; pero fué muy fecundo en frutos para la Iglesia, que lo mira como uno de sus más santos Papas. Para tajar vuestra atención sobre lo que resulta de más propio á vuestra edificación espiritual, en lo que tenga que decirnos acerca del Santo, objeto de estos cultos, lé aquí la proposición que formará el asunto de mi discurso: «San Cornelio, en el breve tiempo que ocupó la Silla de S. Pedro, se distinguió por su santidad, su celo y prudencia, haciéndose más ilustre todavía por el martirio.» Para el acierto, etc. A. M.

Otro de los más gloriosos títulos que presenta la Iglesia católica, para mostrar y probar al mundo su divina fundación, es: la no interrumpida serie de Pontífices romanos. Háse visto la navicella de Pedro muy combatida de furiosas olas; los vientos amenazaban dar con ella á pique en el inmenso piélago de interminables persecuciones. En muchos periodos de su existencia todo parecía perdido, humanamente hablando, para ella; y la sucesion pontificia ha estado seriamente amenazada muchas veces. Leed la historia de la Iglesia, y no podreis ménos de asombraros, al ver los escollos en que la ha querido hundir el demonio; los precipicios, á cuyo borde la han precipitado las pasiones de los hombres. Meditad despues los medios de que ha echado mano la divina Providencia para sacarla á salvo, y le vantarla más brillante y lozana que ántes; y no podreis ménos de pos-traros al pié del trono del Altísimo, cuyas misericordias para nosotros son tan infinitas.

El glorioso papa S. Fabian fué martirizado el 20 de enero del año doscientos y cincuenta. La persecucion de Décio continuó tan cruel, que la Iglesia carecia de toda libertad de reunion: la eleccion de un sucesor á este santo papa se juzgó negocio imposible por entónces, y se difirió la eleccion pontificia á un momento ménos crítico, que no dejaría de presentar la misericordia divina. Mientras tanto se

nombió como encargado de los negocios del clero romano, y del gobierno de la Iglesia universal á nombre del mismo clero, á un sacerdote respetabilísimo del mismo clero, llamado Cornelio, que es nuestro Santo. Cornelio desplegó tantos talentos en la sábia, solícita y prudente administracion de la Iglesia universal, que cuando, un año más tarde, la ausencia del cruel enemigo del cristianismo, el emperador Décio, dejó respirar un poco al clero romano, eligió éste á Cornelio por papa en el año doscientos cincuenta y uno. Toda la Iglesia acogió este nombramiento con la mayor alegría, por la alta idea que en la administracion de la Iglesia, durante los diez y seis meses de interregno, había dado de su santidad, prudencia y fortaleza. Todas estas esperanzas no salieron fallidas. Cornelio fué un papa ejemplar, y llenó cumplidamente los sublimes cargos del pontificado romano; tanto más difíciles en aquellas circunstancias, cuanto que el azote del cisma vino á complicar la crítica situacion de la Iglesia, hecha blanco de una de las más crueles persecuciones.

Como el papa S. Cornelio fué muy pronto objeto de las calumnias de los mal avenidos con la paz, no será inútil, católicos, os haga una breve reseña de sus circunstancias personales, y de las circunstancias de la época suya. Cornelio había pasado por todos los grados del sacerdocio, ántes de ser elevado al supremo Pontificado. Le habían conculcado el cariño y aprecio de todos los fieles la exactitud, pureza y fidelidad con que había cumplido todos sus cargos; muy lejos de ambicionar nada en la Iglesia, se le vió siempre retirado, humilde, piadoso, huyendo del bullicio de las gentes, y siempre entregado al ejercicio de los cargos que ejerció. Todo el tiempo que le dejaban libre sus oficios eclesiásticos, lo empleaba en asistir á los enfermos, consolar á los encarcelados y prisioneros por la causa de Dios y de su Iglesia. Animaba á los confesores de la fé, exhortaba á los débiles, era el padre de los pobres, el báculo de los ancianos, el amparador de la viuda y del huérfano. Todo esto, cuando era simplemente diácono, ó sacerdote de la Iglesia. Pero lo que más se hizo notar en él fué, una profundísima humildad, y una pureza virginal, que, juntamente con una gran modestia y una tranquilidad constante de espíritu, le habían dado á conocer como un santo y discreto sacerdote. Ya veis, amados míos en el Señor, que la eleccion del sumo Pontificado no pudo caer en persona más digna.

Una alma tan pura y tan grande tenía que ser probada, para que el Señor manifestase á su Iglesia todos sus quilates, todo su valor. La prueba no tardó en venir; y en esta ocasion salió del seno mismo de la Iglesia, para que fuese mucho más sensible al corazon de Cor-

nello. Misterio es, que en esta vida ningún BIEN pueda manifestarse sin que al lado mismo se levante el MAL, que le suscite obstáculos ó impida sus progresos. Aún en las cosas materiales, el trigo no crece sino con la cizaña; los más fértiles terrenos, ó son enfermizos para la salud, ó presentan cualquier otro inconveniente que neutralice su excesiva bondad. Recorred, en fin, todo ese vasto campo en que aparece el bien, y siempre y en todas partes hallareis á su lado el mal, que ataca á aquél en su raíz, y que siempre brazo á brazo con él, le disputa su dominio. Este hecho es evidente, y no necesito de otras pruebas que la experiencia. El MAL, pues, debía venir á disputar al BIEN su posesión en el terreno de la Iglesia. En medio de los males que habían aquejado á la Esposa del Salvador, y de tantas tribulaciones que habían llovido sobre ella, el demonio había respetado al ménos á la cabeza de la Iglesia, y ningún cisma la había afligido hasta entonces. Pero hé aquí que, cuando ménos motivos pudieran aparentemente justificar, si es que jamás se pueda justificar, ni aún en apariencia, uno de los mayores males de la Iglesia, el demonio entra en el corazón de un cristiano tibio, y de un mal sacerdote, llamado Novaciano, que, por desgracia suya y de la Iglesia, tenía apariencias de rigidez y de piedad hipócrita; cualidades que, unidas á su alta reputación de filósofo y de orador, le daban mucho renombre entre el pueblo, demasiado sencillo siempre para distinguir lo verdadero de lo falso, lo aparente de lo real.

La Iglesia, intérprete fiel de las voluntades de nuestro Señor Jesucristo, su divino Esposo, no ha cerrado jamás á ningún pecador, por obstinado y endurecido que sea, el que entre en su gremio por la puerta de una sincera y verdadera penitencia, y que, reconciliado de este modo, partiese de nuevo á todos sus derechos perdidos. Esta práctica ha sido inconcusa y sin excepción. Pero estaba reservado á un mal sacerdote y peor cristiano, el querer enmendar la plana á Dios y á su Iglesia; y Novaciano comenzó á enseñar, que los que á vista de los tormentos habían tenido la debilidad de negar la fé de Jesucristo, no podían ser admitidos de nuevo en la Iglesia. Criticó con mucha dureza al papa S. Cornelio, porque, siguiendo la doctrina de Jesucristo y la práctica constante de la Iglesia, volvía á admitir al gremio de ésta á los lapsos. (Tal era el nombre dado á los débiles que negaban por miedo la fé). Hízose Novaciano un pequeño partido para combatir al Pontífice; y se animó más con la presencia de Novato, presbítero corrompido y pernicioso por todos estilos, natural de Cartago, ó al ménos antiguo miembro del clero de Cartago, de donde había sido arrojado y excomulgado por S. Cipriano. Como de

un error caminamos á otro quizás mayor, estos dos corifeos del primer cisma que ha existido en Roma, no solamente se declararon contrarios al papa S. Cornelio, sino que comenzaron á propagar doctrinas heréticas, sobre que la Iglesia no había recibido de Dios potestad para absolver el pecado de apostasía; la cual máxima se hizo extensiva por los discípulos de Novato á los delitos de homicidio y fornicación; condenando además las segundas nupcias. Novaciano sedujo á tres obispos, y éstos le consagraron para la silla Romana; pero solo fué reconocido por los herejes. Este es el primer cisma que Roma vivió en su Pontificado supremo. Ya lo veis, amados míos en el Señor; nada hay bastante sagrado en donde no trate Satanás de poner su mano impura, para afear y destruir, si pudiera; y desde que se atrevió en el Cielo con Dios, de temer era que, más tarde ó más temprano, pusiese su mano impura hasta en lo más elevado de la tierra. San Cornelio, si bien deploró amargamente el escándalo dado al pueblo cristiano de Roma por Novaciano y sus secuaces, tomó empero todas las medidas que su celo por la Iglesia y su prudencia sacerdotal le inspiraron. Convocó en Roma un concilio de sesenta obispos, y en este sínodo se confirmaron todos los cánones que mandaban, fueran recibidos en el seno de la Iglesia los apóstatas, que, arrepentidos de su delito, solicitaban su reconciliación y absolución, sujetándose á las penitencias que los mismos cánones prescribían.

Católicos, no quiero pasar adelante sin hacerlos una pequeña reflexión, acerca de la conducta de los herejes y de todos los enemigos de la Iglesia. Notad bien, que todos ellos se han cubierto con el manto de la hipocresía para clavar el puñal en el corazón de su madre, y pretender subrogarse en su lugar. Comparad el mal sacerdote Novaciano, y su todavía más perdido compañero Novato, con el esclarecido papa, objeto de estos cultos. Los vicios y los malos antecedentes de aquéllos eran patentes, y no podían ocultarse á los verdaderos fieles. Las virtudes y el glorioso renombre de Cornelio resonaban por todo el orbe cristiano. Novaciano había sido admitido por gracia en el clero romano, y Novato, fugitivo de Cartago, había recibido en Roma una hospitalidad, que los sucesos han hecho ver que de ningún modo la merecía. Cornelio, clérigo santísimo en sus costumbres desde las primeras órdenes sagradas, sacerdote ejemplarísimo, pontífice prudente, ilustrado y celosísimo, había sido unánimemente elegido para el primer cargo por sus mismos compañeros, y por los prelados que debían tener parte en la elección, según derecho. Ahí teneis, católicos, los dos términos de la comparación: de un lado, dos protervos, dos ambiciosos, dos revoltosos; del otro, un santo pontifi-

ce acatado y venerado por toda la Iglesia. ¡Y sin embargo, aquéllos pretex-
tan el celo por la disciplina eclesiástica aquéllos juzgan indignos
de la católica reconciliación á los desgraciados lapsos por debilidad!
Así son las cosas de Satanás: trasformase en ángel de luz, y no es
más que tinieblas; inspira á los desgraciados, que se hacen viles ins-
trumentos suyos, deseos de reforma, corrección de abusos; todo les
parece poco puro, todo les parece poco santo, nada les satisface; en
todo quieren introducir novedades peligrosas, en todo siembran la
discordia. Por defuera, hipocresía, manto de religion, la honra de
Dios; por dentro, soberbia, rebeldía, apostasia, envidia, satisfacción
de sus criminales venganzas y deseos. Tales son, tales han sido, y
tales serán hasta la consumación del mundo los herejes, y todos los
hijos malos y descarriados de la Iglesia. Leed la historia, y la impar-
cialidad, haciéndoos jueces integros y nada prevenidos, os obligará á
condenar á los enemigos de la santa Silla apostólica romana, contra
la cual jamás prevalecerán las puertas del Infierno. Diez y seis siglos
de maldición y de oprobio han seguido á la desgraciada muerte de
esos dos cismáticos y hereáticos; diez y seis siglos de bendición y
de gloria se han seguido á la muerte ilustre de S. Cornelio.

Os he presentado una de las faes del mal que aquejaba á la Igle-
sia en tiempo del glorioso S. Cornelio, á saber: la faz que mira á lo
interior de ésta; el cisma y la herejía. Mas por de fuera el mal no era
menor, puesto que la persecucion de Déció continuaba devastando la
Iglesia. En los primeros años de su pontificado, nuestro Santo no
experimentó una persecucion directa contra su persona. Pero ¿cómo
no había de sentir vivamente el celoso y santo pontífice los males de
la persecucion en las otras provincias del imperio? Cornelio, pues,
lleno de apostólica solicitud por su rebaño universal, no cesaba de
consolar á unos, fortalecer á otros; escribirá los confesores de la fé
animándolos al combate. El mismo Santo no rehúsó el comparecer
ante el tirano, aún antes del glorioso martirio que coronó su vida.
¡Ah! y cuántas veces suspiraba por dar su vida en defensa de la fé!
Cornelio fué, pues, mártir desde que fué pontífice, mártir en el co-
razón, preparándose así el verdadero y real martirio que más tarde
le esperaba.

Cuando el fuego del amor de nuestro Señor Jesucristo hierva en
nuestro pecho, ¿qué le hacen los tormentos, los suplicios, la muerte
misma? A dentro está, por dentro anda, dándole fuerzas el autor de la
vida, y ¿querreis que el mártir tema la muerte? El papa S. Cornelio
sabía muy bien, que el buen Pastor dá la vida por sus ovejas. Pas-
tor fiel y hecho á la medida del Príncipe de los pastores, Jesucristo,

S. Cornelio deseaba ardentemente derramar su sangre por su Igle-
sia. Vivía continuamente preparado al martirio; y toda su solicitud
principal giraba, no sobre su persona privada, sino sobre la Iglesia
universal, cuya santa union trató de estrechar más y más, especial-
mente entre las iglesias del Africa entro sí y con la de Roma: testigo
de ello las Epístolas escritas por S. Cipriano al clero romano, y por
éste al santo primado del Africa. Llegó, por fin, el momento deseado
tanto tiempo hacia por nuestro Santo. Galo, sucesor de Déció, re-
nueva la persecucion contra la Iglesia en el año tercero del pontifi-
cado de Cornelio. Cuando se reflexiona sobre lo que, comunmente, ha
dado origen á las persecuciones, se advierte que, por lo general, éstas
se han suscitado contra la Iglesia, ó por una impía y sacrilega pre-
tension de los emperadores á la divinidad, ó por un fanatismo ciego, ó,
muy frecuentemente, por una calumnia movida contra los cristianos.
Preciso es que el enemigo declarado de Dios se dé á conocer por sus
obras; y como el demonio es lo más enemigo que se puede imaginar
de la verdad y de Dios, la mentira y el ultraje á la divinidad han sido
los dos más frecuentes motivos de persecucion. Las formas con que
se revistan pueden ser tan especiosas como se quiera; en el fondo
solo se hallarán estos dos motivos: Calumnia, sacrilegio. Aconte-
ció en el año 252 una peste asoladora en Italia y varias provincias
del imperio romano. No logrando los gentiles hacer cesar el azote, á
pesar de tantos sacrificios como ofrecían á sus dioses, el demonio
puso en boca de sus sacerdotes el decir al emperador, que la causa
de la peste era, que los dioses del imperio estaban irritados por la
impunidad con que, desde algun tiempo, se permitía y toleraba á los
cristianos el ejercicio de su religion. Y que si se queria que los dio-
ses se aplacasen, era necesario que principiase una nueva y san-
grienta persecucion contra ellos. Este pretexto, evidentemente su-
puesto, bastó y sobró para que el emperador Galo decretase la
persecucion contra la Iglesia. Mandó prender á S. Cornelio, y tras-
portarlo de Roma á Civitavecchia. El Santo, así que se vio preso, cono-
ció que su martirio estaba muy próximo, y aprovechaba todas las
ocasiones que se le presentaban para escribir á unos y á otros, y, so-
bre todo, para fortalecer con su ejemplo á los débiles.

Estando en la cárcel y en su destierro, hizo muchas conversiones,
y bautizaba á muchos infieles, que de todas partes acudían al lugar
de su destierro. La correspondencia entre S. Cipriano y S. Cornelio,
muy seguida y muy celebre, dió que sospechar á los emperadores, y
echaban siempre á mala parte una correspondencia la más ajena de
negocios temporales, y en que solo se trataban puntos de disciplina

eclesiástica, y el arreo de diferentes controversias, que ambos hombres ilustres trataban de dirimir para el bien de la Iglesia y la pureza de la doctrina. Según las antiguas tradiciones de la santa Iglesia, S. Cornelio fué desterrado á Civitavecchia con los diáconos y subdiáconos que le ayudaban en la administración y servicio de la Iglesia en Roma, y fué entregado á la custodia del centurion Cereal; pero el centurion quedó admirado de la santidad de su ilustre prisionero; veiale obrar muchos prodigios aún á favor de sus enemigos. Esta conducta tan heroica, junto con la mansedumbre y la dulzura de trato de S. Cornelio, cautivaron el corazón de Cereal: instruyóse en secreto por S. Cornelio, se convirtió á la fé, y fué bautizado. Hecho, pues, ya cristiano Cereal, suplicó al santo Pontífice fuese á su casa, en donde su mujer yacía parálitica quince años hacia. El Santo, acompañado de dos sacerdotes y de un clérigo lector, se presentó en la casa del dicho Cereal. Puesto en oración dijo: Señor Dios, que os dignasteis venir al mundo para salvarnos, levantad á esta vuestra sierra estropeada, y enderezada: Y luego, tomando de la mano á la parálitica Salustia, con fuerte voz le dijo: «En nombre de nuestro Señor Jesucristo Nazareno, levántate, y marcha por tu pié.» Salustia, levantándose, y viéndose milagrosamente curada, dijo á S. Cornelio: Cristo es Dios, é Hijo de Dios; créolo así de todo mi corazón. Conjuráote por el mismo Señor, que me bautizes. Inmediatamente S. Cornelio hizo traer agua, y bautizó á Salustia, con todos los soldados que le custodiaban, los cuales se convirtieron á la fé, á vista del milagro obrado en Salustia.

Llegó á noticia del emperador este suceso, y al día siguiente le mandó conducir á Roma, en donde le propuso incensar al ídolo del dios Marte. Nuestro Santo respondió con entereza, que esos honores solo eran debidos á Dios, y que no podían hacerse á una estatua de barro, á un simulacro del demonio. El tirano mandó decapitarlo; y en el día de setiembre presentó con magnánima generosidad su cerviz al verdugo, y logró recibir la palma del martirio, coronando así una vida santísima y un pontificado, que, aunque corto, fué muy ilustre para la Iglesia.

Amados oyentes; por el sucinto relato que acabo de hacer os de la vida y martirio de nuestro S. Cornelio, queda bien justificada la proposición que senté al frente de mi discurso, á saber: que «Nuestro ilustre Santo, en el breve tiempo que ocupó la Silla de S. Pedro, se distinguió por su santidad, por su celo y por su prudencia, haciéndose más ilustre todavía por el martirio.» La grande, la importantísima enseñanza práctica que resulta para nosotros, y que someto á

vuestra seria y profunda meditación, es: que debemos aprovechar el tiempo y emplearlo todo con celo y actividad en el amor y servicio de nuestro Dios. Todo lo de este mundo no es más que sombra, y sombra que pasa con rapidez. Los momentos son preciosísimos; y los que pasan vuelan y no vuelven más. No la vida larga, sino la vida santa hacen al hombre santo. Rescatemos el tiempo perdido con un nuevo tiempo empleado en la penitencia, en la enmienda de costumbres, en servir á Dios en el estado y circunstancias en que su divina providencia se ha dignado colocarnos. Así, y solo así, hallaremos los días llenos de buenas obras, llenos de méritos, llenos de virtudes. La ancianidad de la virtud nos dice el Sábio, no consiste en la longevidad, no se cuenta por el número de los años. La sensatez constituye en el hombre su ancianidad en la virtud; y ésta no es otra cosa que una vida sin mancha. El glorioso S. Cornelio, papa, nos presenta un testimonio vivo de esta verdad: no murió anciano; ejerció el pontificado romano solo dos años; pero estos dos años fueron muy llenos para él.

Glorioso Santo, que supisteis llenar tan bien el tiempo que se os concedió de vida, pedid al Señor por nosotros, para que se dige inspirarnos un santo aprecio del tiempo, á fin de que siempre vivamos, como vos, prevenidos para el terrible momento de ser llamados á juicio. Alcanzadnos del Señor, sobre todo, la caridad y union entre todos nosotros, la pureza de costumbres, y la fortaleza, para combatir valerosamente contra los enemigos de nuestra alma; que muramos mil veces antes que faltar á lo que el Señor nos ordena; que conservemos íntegro, y sano, y puro, el depósito sagrado de la fé; que en nuestros corazones arda constantemente el fuego del divino amor; á fin de que, cuando el celestial Esposo nos llame á las bodas celestiales, encuentre alumbrada la lámpara de nuestra fé, encendido el fuego de nuestra caridad; y que así merezcamos ser admitidos en su compañía para cantar sus alabanzas en la Gloria. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE SAN CRISPIN Y SAN CRISPINIANO.



Inferni mundi elegit Deus, ut confunderet fortia, et terribilia mundi; et contempnibilia elegit Deus, et ex quibus non sunt, ut essent sunt, destrueret.

Dios ha escogido á los fuertes del mundo, para confundir á los fuertes; y á las cosas viles, y despreciables del mundo, y á aquellas que eran nada, para destruir cuanto hay.

(EPIST. I AD COR. I, 27 et 28.)

Tal es, amigos míos, el orden de la divina Providencia; y de este modo es como nuestro Dios y Señor se complace en hacer resplandecer su grandeza soberana y su virtud poderosa. Si para obrar cosas grandes no escogiese sino grandes sujetos, se podrían atribuir sus maravillosas obras á la sabiduría, al poder y á la fuerza de los ministros que las ejecutaban. Pero, á fin de que ningún hombre tenga de qué hincharse de una falsa gloria delante del Señor, no son comunmente los sábios, segun la carne, ni los ricos, ni los poderosos, ni los nobles, á quienes hace servir para la ejecución de sus intentos; antes bien, por el contrario, toma los más pequeños que hay para confundir á todos los poderosos humanos, y vá á buscar hasta en la nada á los que quiere levantar sobre todas las grandezas de la tierra. Pensamiento bien humillante para los unos y de mucho consuelo para los otros; bien humillante para vosotros, grandes del siglo, pues todo ese esplendor que os rodea, esa autoridad, esa elevación y esa pompa que os distinguen á vuestra vista, no es parte que el Señor ponga sus ojos sobre vosotros. ¿Qué digo? Esas distinciones son puntualmente, segun las reglas ordinarias de su conducta, lo que su Majestad desecha, cuando quiere obrar por el ministerio de los hombres sus más admirables maravillas. Pero, al mismo tiempo,

pensamiento de mucho consuelo es para vosotros, pobres, para vosotros, á quienes vuestra condición ha puesto en el último lugar; para vosotros, á quienes la oscuridad de vuestro origen y lo débil de vuestras lices parece que os hace incapaces de todo. Tened confianza, que cuanto más menospreciables sois en la opinión del mundo, tanto más ama Dios el glorificaros y glorificarse su Majestad misma en vosotros.

¿Y acaso podría yo daros un testimonio más palpable de esta divina providencia, que presentándoos á la vista los dos insignes mártires, cuya memoria celebramos en este día? Quiero decir, oyentes, estos dos héroes del cristianismo, estos dos columnas robustas, que sostienen el edificio cristiano; estos dos ángeles veloces, que anuncian la paz á Israel; estos dos queridos hermanos, más por la caridad que por la sangre. De Crispin y Crispiniano hablo, objetos dignos de admiración, ejemplares de virtud, modelos de santidad y dechados de perfección. ¡Ojalá, que acierte mi lengua á ponderar las virtudes y proezas que estos dos santos grabaron en su alma y los eternizaron en la memoria de los hombres!

Alegraos, honrados artesanos, de tener por protectores y patronos á estos dos compañeros de vuestro mismo oficio, S. Crispin y S. Crispiniano. Estos son los instrumentos fuertes de que se valió el Altísimo para confundir la potencia y la soberbia del mundo. Estos son los dos fuertes campeones, que triunfaron del furor de los tiranos; los dos mártires gloriosos, que con su sangre derramada propagaron felizmente el reino de la fé. Ellos eran unos hombres sencillos y desprovistos de todas luces, unos hombres débiles y sin poder, unos hombres reducidos á mantenerse con la labor de sus manos; pero estos mismos abatimientos brillan á favor de la religion como el oro entre los metales. La simplicidad de estos santos fué más ilustrada que la sabiduría del mundo; primera parte: su flaqueza más poderosa que toda la fortaleza del mundo; segunda parte: su abatimiento más honrado que toda la grandeza del mundo; tercera parte. Estas tres reflexiones darán materia á mi discurso y ocuparán vuestra atención. Mas, antes de pasar adelante, imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

Cuando la humana sabiduría se junta con la humildad y propio conocimiento, forma un hermoso enlace y un vistoso adorno capaz de cultivar las voluntades. Libre de aquella hinchazón que la acompaña, sirve de instrumento á la virtud, ó para hacerla más útil á los otros, ó, á lo ménos, más respetable. Pero cuando la ciencia del si-

glo reina por sí sola y levanta orgullosa la cabeza, sacudiendo el yugo de la humildad que la sujetaba; ¡qué delirios no produce! qué desaciertos no causa! qué alucinaciones no engendra! Esta prudencia de la carne es la mayor locura del espíritu, y se necesita una particular asistencia de la gracia para no deslizarse y caer en mil errores. Sin embargo, como de suyo es tan eficaz, tan persuasiva y tan nerviosa, no es mucho que aquellos talentos adornados de tales luces deslumbró á los sencillos, y arrastró á su partido una porción de gente sorprendida del torrente, facundia y energía de sus discursos. Lo que tengo por prodigio es, que unos hombres destituidos de esas cualidades brillantes, ocultados en sí mismos, abatidos en la condición de una vida ordinaria y oscura, se hagan respetables, aplaudidos y cuidados; y que ellos solos, sin otras armas que su virtud y su celo, sujeten al yugo de Jesucristo más corazones que toda la pompa y esplendor de los ingenios referidos. Eso es lo que llamo yo simplicidad evangélica, más ilustrada que toda la sabiduría del mundo.

Gracias te sean dadas, inefable é invencible omnipotencia de mi Dios, que te vales de la flaqueza, de la ignorancia, de la pobreza y de la miseria, para abatir, humillar, confundir y perder á los más fuertes, hábiles, poderosos y ricos de la tierra; que por medios incógnitos á la prudencia humana, que tú solo podías elegir, tomas para llegar segura é infaliblemente á tus fines unos caminos, que parecen á todos muy rumbosos. Gracias os sean también dadas, insignes mártires del Señor, que ilustrados con una luz del Cielo, arrastrados por el rápido impulso de un espíritu superior y dominante, encantados y atraídos de un secreto, pero victorioso desleite con todas las apariencias contrarias, seguisteis humildes á un Dios humillado, echando sobre él los fundamentos de una religión infinitamente más grande, más estable y más segura de su inmortalidad, que todas las falsas é imperfectas religiones del mundo. Bien hubierais podido gloriaros, según los sentimientos de la carne, en la nobleza de vuestra sangre, en el esplendor de la corona que adornaba vuestras sienes, en la opulencia de las riquezas que lisonjearan el gusto, en la multitud de personajes nobles que os servían de criados, en las ricas y costosas telas que cubrían vuestro cuerpo, en los pasatiempos, placeres, diversiones y regocijos que os ofrece el mundo halagüeño en tazas de oro; todo esto era debido al origen de vuestro nacimiento. Vuestro padre, monarca poderoso, idolatraba en sus dos hijos como pedazos de su corazón; harlo lo sabiais, amados Hermanos. ¿Que os hubiera podido faltar en un palacio? Pero no; esas falsas aparien-

cias de gloria son para aquellos sabios engreídos, que idolatran del honor y esclavos de la ambición, no dejan piedra por mover para sus depravados fines, y están prontos á sacrificar su conciencia y su alma por una nube de humo. Vosotros, Santos míos, no os gloriais sino en Cristo crucificado; el desprecio de la tierra, el desaso del Cielo, el abandono de las riquezas, el amor á la pobreza, la caridad para con el prójimo, el celo por la honra de Dios; la humildad, la paciencia, la necesidad, el rigor, el sufrimiento y la cruz, son la piedra fundamental de vuestra cristiana filosofía, más ilustrada que toda la sabiduría del mundo.

Apénas estos dos hábiles Salomones conocieron la caducidad y engaño de lo terreno, la falsedad de la religión que profesaba su padre, la verdadera senda del Paraíso; apénas se les descubrió la luz de la fé, por medio de un cristiano cautivo que les destinó la Providencia; luego al punto dejaron las supersticiones del paganismo y abrazaron los dogmas de la Iglesia nuestra madre. Sentimos, le dijeron á aquel hombre católico, instrumento de su dicha; sentimos en nuestros corazones un impulso que nos mueve, un peso que nos inclina á seguir la ley santa en que nos has instruido: no habrá embarazos que impidan nuestra conversión; no habrá inconvenientes que estorben nuestro designio; no habrá obstáculos que retarden nuestra mudanza: estamos dispuestos á perderlo todo por nuestra salvación. ¿Qué nos prohíbe el bautizarnos para entrar en la sociedad de los escogidos y predestinados? Dejaremos como Abraham la casa de nuestros padres, saldremos de nuestras tierras, y seguiremos el destino de la providencia de Dios, que nos llama y nos convida para su Reino. Con el sudor de nuestro rostro y el trabajo de nuestras manos sustentaremos la carga de nuestros cuerpos. Haremos de zapateros, oficio, que al paso que nos dará el necesario alimento, nos proporcionará ocasiones para ganar almas al Criador. Todo nuestro anhelo será manifestar con verdad y sencillez las máximas de una religión, que es preciso tener vendados los ojos para no ver las ventajas que lleva á todas las demás. Si nos tratan mal con palabras, callaremos; si nos injurian con obras, adoraremos en el silencio al Señor por quien sufrimos; ejerceremos la liberalidad con los pobres á costa de nuestros desvelos; y ya que el Cielo nos conduce por este rumbo impensado, también será justo que nosotros cooperemos á la de nuestros hermanos. El Dios por quien vivimos nació pobre, abatido y humillado, siendo hijo del Rey de la Gloria: no será mucho que nosotros imitemos sus pesadas cargas, aunque la naturaleza nos hizo descendientes de príncipes.

Consideradlos, hermanos míos, unidos ambos á dos con estrechos lazos de caridad, animándose á llevar adelante la determinación noble de su designio. No son éstos como Abel y Cain, el uno inocente y el otro facineroso; no son como Jacob y Esaú, el uno virtuoso y el otro malvado; son dos fuertes Macabeos, concordes en la virtud como hermanos en la sangre. Crispín y Crispiniano resuélvense á salir de Roma por no dar motivo á que su mismo padre, noticioso del nuevo estado, banase sus manos impuras en la sangre de sus hijos. Pártense para Francia, y en una de sus ciudades ponen tienda pública de zapatos, ó por decirlo mejor, escuela de virtud, cátedra de piedad, casa de religion: muertos al siglo en medio de Babilonia, se parecen á la zarza de Moisés, que entre llamas conservaba sus verdores. Sus conversaciones, sus modales, su conducta irreprehensible; su caridad para con los pobres; su piedad, su misericordia, no podían dejar de descubrir la religion que profesaban; el celo y la uncion de sus palabras convertían á innumerables pecadores; todas las gentes se complacían del porte de unos hombres, que no tenían más fin que el hacer bien á los demás. Pero, por mucho que ellos deseaban pasar sus días en aquel retiro y acabar la vida en la oscuridad, quería también la bondad de nuestro Dios darles un testimonio de su particular amor; quería que el universo conociese, no solamente la simplicidad de estos Santos, más ilustrada que la humana sabiduría, sino también su fluidez, más poderosa que toda la fortaleza del mundo.

Desde el principio del mundo, la religion ha estado expuesta á crueles envidias, y la justicia ha padecido extrañas violencias. Cain mató con su propia mano á su hermano, que por su inocencia era agradable al Señor; y para que la impiedad derramase con ménos horror la sangre extraña, empezó á ensayarse por la propia. Perseguiéron á David, desterraron á Elias, apedrearon á Jeremias, dividieron por medio del cuerpo á Isaias; Zacarías fué asesinado entre el templo y el altar; y la cabeza del Bautista fué dada á una jóven disoluta por haber danzado airosamente. Así morían y debían morir los que anunciaban al verdadero Dios, y solicitados para que adorasen los ídolos, se negaban á tributarles un sacriligo culto. Era preciso, que la verdad se estableciese y perpetuase en los siglos futuros por la muerte de los que la defendían, y que no hubieran querido morir si no hubiesen estado penetrados y convencidos de lo que enseñaban á los demás.

Esto es puntualmente lo que practicaron los ilustres héroes Crispín y Crispiniano. No pudieron ocultarse las virtudes de estos dos Santos á la pesquisa continua de Maximiano; brillaban á pesar de las

precauciones de su abajamiento; y dieron de golpe con su resplandor en los ojos enfermos de este príncipe. Jamás se vió hombre ni más inhumano, ni más cruel, ni más soberbio: sus simples insinuaciones tenían fuerza de rigurosos preceptos; y acostumbrado á ser obedecido por miedo, por interés, por respeto ó fisona, oponerse á sus decretos era crimen de lesa majestad. Celoso sobremanera de la religion pagana y de la tradicion de sus mayores, el nombre solo de cristiano era la injuria mayor de su grandeza. Sirvese para sus intentos de Riceío Varo, juez malvado y cruel. Toda la gloria de este ministro estaba interesada en el vencimiento de nuestros mártires. ¿A dónde te diriges, ministro detestable? ¿Qué ufano y altanero te muestras con una comision tan honajera á tu gusto! Sin duda te prometerás ya la gloria del soberano por el glorioso éxito de tus pretensiones. Espera un poco: bien puedes emplear, yo te lo concedo, bien puedes emplear y prevenirte de ruegos, persuasiones, solicitudes, halagos, caricias, amenazas y tormentos; bien puedes emplear todos los ardidés de guerra para batir estos dos fuertes muros de la Iglesia. Persuádelos á que se retracten en público de un atrevimiento tan escandaloso para satisfacer condignamente el oprobio del César; insístales á que doblen la rodilla, y que tomando un puñado de incienso esparzan el humo en honor de sus deidades; honajales con la veneracion en que les tiene una ciudad populosa; díles que se alegrará de oír de sus propias bocas, la retractacion pública de todo lo que han proferido á favor de una nueva secta, que adora á un miserable clavado en una cruz; promételes, halágalos, amenázalos, castígalos; que ni tus promesas, ni tus halagos, ni tus amenazas, ni tus castigos podrán comóver su valor.

¿Qué es eso? Lo primero que les propones es, que se inclinen delante de los ídolos. Ellos declaran, que esas mentidas deidades no son más que simulacros groseros, escondrijos de demonios, depósitos de asquerosidad é inmundicia; que el Dios de Cielos y tierra, que tienen grabado y esculpido en el corazon, se ofende sobremanera de tales sacrilegios; que eso es quitarle el culto que á El solo se le debe, por darlo á los leños, á las piedras ó á los animales inmundos. ¿Qué pretendes? ¿Llevarlos á presencia de Maximiano? ¿Acuso juzgas, que la majestad de este monarca será bastante á turbar su espíritu, fortalecido con el escudo impenetrable de su fé y de su constancia? Saben muy bien, que el Espíritu divino les sugerirá palabras más pensantes que espadas de dos filos en presencia de los príncipes de la tierra. Su confesion delante de Maximiano será la misma que delante de Riceío Varo. Ellos no tienen más que una fé, y la han de confe-

sar en todas partes. Con efecto, hermanos: la libertad de nuestros héroes en presencia del emperador, el denaudo y animosidad en confesar la fe de Jesucristo, el desprecio y escarnio de las fabulosas deidades, la resolución constante de su alma, la determinación robusta y varonil de su espíritu, encendieron el furor de Maximiano; quien, entregándolos segunda vez al perverso juez, manda, que ejecute al punto cuantos géneros de tormentos le dicte su crueldad bárbara e ingenuosa. Pero, ¡oh Dios! ¡y qué poco pueden las disposiciones de los hombres contra las divinas disposiciones! Rabiaba Riccio Varo, y encendido en coraje como un león de la Numidia, no sabía como contrastar la firmeza de los mártires, ni como desfogar su saña en aquellas víctimas inocentes. Si los azota cruelmente, la sangre corre de sus venas; pero sólo sirve para acrecentar el torrente de lágrimas que destilan sus ojos de puro gozo y regocijo. Si los manda despedazar con garfos acerados, con puntas y peines de hierro, la carne de ellos se vuelve impenetrable al acero, y botando éste de sus miembros hace en los verdugos una horrible carnicería. Si los arroja á los raudales del río, atadas al cuello pesadas ruotas de molino, las aguas ávidas les conceden paso franco, ó les sirven de camino sólido y cristalino para no sumergirse. Si les prepara calderas de plomo ardiendo, salen de ellas más contentos, ísos y gloriosos que habían entrado, semejantes á los niños de Babilonia, ó al Evangelista y discípulo amado. Solo el malvado juez experimentó parte del castigo que merecía su crueldad; pues saltando unas gotas de aquel metal derretido y salpicándole un ojo, se lo arrancó de raíz con acerbísimo dolor.

Bramaba Riccio Varo como un toro herido de la aguda punta de la lanza; y no sabiendo ya á qué recurrir para acabar con aquellos ilustres campeones, bestigos de su ignominia ó instrumentos de su afrenta, echó mano del último recurso: ordena juntar gran copia de resina y pez hirviendo, y zambullir en tan diabólico baño á Crispin y Crispiniano. Ya los verdugos se horrorizaban de tantas crueldades, y ellos mismos temían ejecutar lo que los mártires no temían padecer. ¡Oh poder del Señor! no quería que sus siervos acabasen la vida en los tormentos, ni ménos que el juez levantara ufano la bandera del venelamiento; y hé ahí al punto un ángel que, tomándolos de la mano, los saca triunfantes del lago tenebroso del suplicio. Despedchado el ministro y desesperado, arrojase enfurecido en el baño, porque su soberbia no le permitía ver tantos desaires juntos; pero no halló el refrigerio que nuestros Santos; ejercieron las llamas su actividad en el tirano, le abrasaron las entrañas, le redujeron á negro

carbon, y quedó hecho espectáculo triste de confusión y de horror. ¡Cuán generosamente, Señor, os portais con vuestros siervos! En verdad sois admirable en vuestros Santos. ¡De dónde les vino tanta firmeza en los tormentos, tanto sosiego en las amenazas, tanta paz en las afrentas, tanta alegría en las cadenas, tanto valor en los azotes, tanta resistencia á las afiladas puntas de acero, tanto refrigerio en el fuego, tanta lijeréz en las aguas, sino de vuestra diestra poderosa, del vigor de vuestra gracia? No obstante, amados oyentes, de semejantes favores faltaba todavía el mayor de todos: no quería el Señor privarlos de la corona del martirio, que con tantas ansias pedían estos dos siervos sedientos de padecer; é inclinando la cerviz al cuchillo recibieron humildes el golpe del alfanje; quedó el tronco sobre la tierra, y sus almas volaron á las moradas eternas de los Cielos. Aquellas carnes flacas se hicieron de bronce al rigor de los tiranos; y aunque éstos se cansaban y fatigaban en inventar crueldades, no pudiendo vencer su constancia, vino á ser su flaqueza más poderosa que toda la fortaleza del mundo.

¿Qué falta ahora para concluir el elogio de estos dos grandes Santos sino demostraros en dos palabras su abatimiento, más honrado que toda la grandeza de la tierra? El orgullo de los hombres los ha hecho hallar el secreto de levantar arcos triunfales y erigir estatuas, que sirvan de eternos monumentos á sus hazañas, para recibir del arte una especie de inmortalidad que á ninguno concedió la naturaleza. Ellos graban sobre el mármol y sobre el bronce las acciones ilustres de su vida, para hacer su vanidad tan eterna y duradera como las piedras y los metales; pero no advierten que el tiempo consume entrambas cosas, y no es medio proporcionado á sus orgullosos fines. Acciones grandes, ideas elevadas, proyectos extraordinarios, fortuna brillante, empresas altas, nacimiento ilustre, riquezas abundantes; hermosura, ciencia, talentos, ingenio, todo fenecé y se deshace como el humo. Sólomente se perpetúa la vida humilde, ejemplar y edificante. Pertenecé al honor de nuestro Dios el que sus siervos sean honrados; y después de haberse empleado ellos en procurar su gloria, El mismo tiene cuidado de glorificarlos. Señor, decía David, Vos sabéis bien retribuir á vuestros amigos lo que habeis recibido; y si ellos han tenido la felicidad de daros á conocer entre los hombres, se hallan bien pagados de su trabajo por el alto grado de elevación á que los habeis exaltado en vuestro Reino, y aún por la profunda veneración en que están sus nombres sobre la tierra. *Nimis honorificati sunt amici tui, Deus.* Y así, entre los santos, parece que Dios se complace en elevar á aquellos, que se hallaron en el mundo en los

puestos últimos y en la clase más ordinaria. Los santos reyes, por más reyes que hayan sido, son menos conocidos y reverenciados que otros mil santos, que han salido de las más humildes condiciones y que han vivido en la oscuridad y el olvido; como si Dios, hasta en el orden de la santidad, tuviese aún gusto en humillar la grandeza del siglo, y en manifestar una predilección particular para con los pequeñuelos.

Crispín y Crispiniano, vosotros sois la prueba más convincente de estas máximas que tengo establecidas. Vosotros habéis sido honrados en todos tiempos por los príncipes y monarcas, honrados por los pontífices y obispos de la Iglesia, honrados por los santos y escritores, honrados por las ciudades y pueblos de la cristiandad. Esta es la pura verdad, amados oyentes. A nuestros Santos todos los fieles los invocan, los suplican, los llaman en sus aflicciones; acuden á sus cenizas como á medicinas universales de todas dolencias; sus vestidos, sus retratos, sus imágenes, obtienen una veneración respetuosa en el corazón de los fieles. ¿Qué significan, sino, los templos dedicados á su nombre, las capillas erigidas á su honra, las lámparas ardiendo en sus altares, las festividades concedidas á su culto, las procesiones, elogios y panegíricos consagrados á su fama y su virtud? Devotos artesanos, continuad tributándoles estos obsequios de piedad; no quedarán sin premio; son muy generosos para dejar vuestra devoción sin recompensa. Solicitad su patrocinio, clamad, pedid, suplicad; que ellos os concederán ayuda en las necesidades, consuelo en las aflicciones, remedio en vuestros ahogos, paz en el corazón, alegría en vuestra alma, gracia en la vida, y en la muerte gloria eterna. Así sea.

PANEGÍRICO

DE SANTA CRISTINA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

*Exemplum virtutis et fortitudinis.
Dechado de virtud y de fortaleza.
(II MACHAB. VI. 31.)*

Si, hermanos míos, razón tuvo el gran padre de la Iglesia S. Ambrosio, de llamar á esta esposa amada del Salvador campo hermoso, tierra amena, heredad del Señor fecunda en santidad y virtud. En ella se dejan ver las más bellas plantas, los árboles más frondosos cargados de sazonados frutos, y las más vistosas flores, que exhalan de sí una exquisita fragancia para recreo del divino Esposo. En ella se dejan ver robles de fortaleza, almendros floridos de devoción, encinas de humildad, cedros de constancia, abetos de contemplación, hiedras de celo, azucenas de pureza, lirios de mortificación, retamas de penitencia, claveles de rubor, anapolas de sencillez, violetas de discreción y rosas de amor divino, cuyo olor suave y aromático sube hasta el trono de Dios y complace el corazón del Altísimo. Como Jesucristo la fundó sobre las ruinas de la Sinagoga, quiso darle una prueba de su singular amor colocando en su seno personas de todas clases, estados y condiciones, dotándolas de aquellas gracias y prendas admirables que forman el carácter de sus escogidos. El pueblo de Dios, en otro tiempo, era un pueblo de elección, ceñido á los cortos límites de Judea y Palestina; pero la Iglesia ó sociedad cristiana, el paso que goza de otras más nobles prerogativas, como establecida sobre principios más altos, tiene igualmente la ventaja de ser más universal en su vocación, más dilatada en su imperio, abrazando en su católico centro á cuantos la gracia poderosa mueve, inclina, conduce y suavemente arrastra á la profesión y observancia de su disciplina, de su moral, de sus dogmas y de su ley. Ni el judío, ni el gentil, ni el bárbaro, ni el escita, ni el griego, ni el romano; ni el pobre, ni el rico, ni el noble, ni el plebeyo, ni el ignorante, ni el

sabio, ni el vasallo, ni el príncipe; nadie está excluido de entrar en esta Arca de salvamento; todos tienen puerta abierta en esta ciudad de Dios; y la fuente de la regeneración y marca de la fé se ofrece á todo espíritu dócil que rinda su cerviz al yugo del Evangelio. Pero aquel gran Dios, que en los decretos soberanos de su eterno Consejo tiene sellados los destinos infalibles de las criaturas, y para quien todos los medios, que parecen desproporcionados á la prudencia humana, son oportunos y aptos para la ejecución de sus designios; cómo que tiene sus mayores delicias en dar á conocer al mundo, que ni el estado, ni el sexo, ni el nacimiento, ni la ilusión, ni el error pueden frustrar sus decretos, cuando escoge para vasos de honor y de gloria á los que parecían haber nacido vasos de ignominia y contumelia. No obstante que su adorable providencia dispone con suavidad todas las cosas, proporcionando los efectos según la exigencia de las causas, con todo, muchas veces, por una demostración de su poder y de su amor deja las sendas comunes y regulares, y se complace en formar sus obras de un modo muy particular y extraordinario.

La gran Santa, que en este día veneramos, la esclarecida, la gloriosa, la incomparable Cristina, es un testimonio prodigioso de la gracia del Señor, y una prueba la más enérgica de su bondad y poder. Él la escogió para esposa suya, previéndola con aquellas bendiciones de dulzura que la hicieron digna de su agrado y complacencia. Ni lo delicado de su sexo, ni la temura de sus años, ni la religión de sus padres, ni los errores en que nació envuelta, pudieron impedir, que el Señor pusiese los ojos en su sierva, y la adornase de las más altas y relevantes prendas de sus celestiales dones. Como rosa entre las espinas, y como estrella matutina en medio de la niebla, se levanta Cristina superior á sí misma, siendo á la vista del mundo, de los ángeles y de los hombres, espectáculo de admiración y de asombro. El Esposo dulcísimo de las almas la plantó por su misma mano, como una temprana flor en el jardín ameno de la Iglesia, la regó con el rocío de su gracia, le dió incremento con el calor de su espíritu; y hallándola digna de su aprobación y de su gusto, la arrancó de este suelo ingrato y la trasplantó al país de la inmortalidad, coronándola con la duplicada corona de virginidad y martirio, para que fuese á los siglos venideros un ejemplar el más raro de virtud y fortaleza: *Exemplum virtutis et fortitudinis*. La gracia, que es la joya preciosa con que se enriquecen las almas, la animó en todas sus obras, dirigió todos sus pasos, elevó sus pensamientos, contuvo sus sentidos, santificó sus potencias, ennoblecó su espíritu, la hizo ejemplo de virtud. La gracia, que mueve los corazones y los alienta,

le infundió aquellos impulsos de morir por su Esposo, la hizo dar la vida y derramar la sangre por el amado, siendo ejemplo de fortaleza. Ved ahí, como en un breve mapa, delineado el plan de mi discurso una virgen prodigiosa en su vida: una virgen admirable en su muerte. En su vida, por lo singular de su virtud y santidad; en su muerte, por lo extraordinario de su pasión y martirio: Cristina, viviendo, ejemplar de virtud; Cristina, muriendo, ejemplar de fortaleza. A. M.

Siempre es el Señor admirable en sus santos, como habla la Escritura; pero lo es mucho más cuando eleva á la santidad aquellas almas, que parecen haber nacido totalmente para el mundo. Hay en la naturaleza ciertos atractivos tan poderosos para el mal, tan embarrasosos para la virtud, que es menester una particular gracia para sofocarlos, y que la diestra del Excelso ejercite todo su poder para vencerlos. Ser cristiano y hacer gala de serlo quien ha sido educado en el seno de la Iglesia; ser humilde y desprendido aquel á quien el Cielo negó estos bienes que llamamos de fortuna; ser casta y pura una persona á quien se promete galardón y corona inmortal por su pureza, ó que abrazó por elección un estado, que conserva el candor de esta virtud entre las espinas del rigor y penitencia; son efectos ordinarios de la gracia; que si bien merecen nuestra atención, porque el fin son el cumplimiento de la ley, me atrevo á decir, que no causan asombro ni se celebran como prodigios. No avergonzarse, empero, de la cruz, sino seguirla con gusto y con vaingloria; abandonar las riquezas, las pompas y conveniencias del siglo, que fomentan y encienden con tanta fuerza el espíritu mundano, y divertido; negarse á los gustos más halaguenos y seductivos de la carne una alma, que nació en las delicias; en el regalo, en la opulencia, en una religión que hace mérito del delecto; esto es lo que tengo por raro y admirable, y esto es, puntualmente, lo que ejecutó nuestra Santa.

Ella abrazó, desde su más tierna edad, la religión cristiana, y cuanto el Evangelio ofrece de más opuesto á las pasiones y á los sentidos, á pesar de los poderosos encantos con que la brindaba el mundo, y á pesar de un padre, entusiasmado en la religión de sus mayores, y tan adicto á las leyes del gentilismo, que era un enemigo jurado de Jesucristo, como tenaz en sus iníquas y sacrilegas tradiciones. Urbano, tal era el nombre de su padre, parecía, por su poder y condicion altanera y feroz, un monstruo del abismo, y un agente de Satanás para arrastrar á la superstición y culto de los ídolos el mundo; ente-

ro. Cristina, por el contrario, dócil á las impresiones de la gracia, nada repugnaba ni aborrecía más que aquellas obras de las manos de los hombres, en las cuales se ofrecía incienso á los demonios. Urbano no perdía punto en instruir á su hija según las máximas execrables de su moral pagana y corrompida; Cristina cerraba sus oídos al veneno del espíritu; y fijando su atención en las criaturas, rastrea por ellas la mano del que las crió, y á quien solamente se deben el culto y la adoración. Urbano, empeñado en la disciplina de la hija sobre el origen de sus dioses y de sus héroes; Cristina, mal avenida con aquellas fábulas y embelecos, buscaba aquel solo Dios que iba rayando con sus luces en su alma. Estos simulacros mudos, se decía á sí misma, estos leños secos é inanimados, ¿es posible que puedan ser autores de la belleza de los cielos, de la hermosura de los astros, del curso de los planetas, de la producción de las plantas, de la animación de los vivientes, y cuanto se contiene en esta prodigiosa máquina? No, no es esto posible. Vos, Señor de mi corazón, Vos solo sois el Dios de los Cielos y tierra; Vos solo sois el criador y dueño del mundo; y solo Vos habéis podido trazar esta admirable fábrica del universo, y extraer del abismo de la nada esta prodigiosa multitud de seres, que son el embeleso de los sentidos y el ímán de mis potencias. Ahí, Señor, los semos tenebrosos de mi entendimiento, y derramad en mi mente el rayo de aquella luz, sin la cual han de quedar en tinieblas los mortales, por muy ilustrados que aparezcan á los ojos del mundo.

No tardó el Señor en oír los ruegos de su sierva, y en darle á conocer los arcanos de su divino pecho. Si Pablo fué instruido en la fé de Jesucristo por boca de Ananías, Cristina, la feliz y afortunada Cristina cursó con el mismo Señor de las ciencias, que hizo veces de maestro para enseñarle la doctrina del Cielo. ¿Qué progresos no haría esta tierra niña en la escuela de la virtud y perfección, teniendo por director al mismo Espíritu Santo, espíritu de verdad é inteligencia, espíritu de sabiduría y de consejo, y fuente de todo don perfecto que baja del Padre de las luces! Los hombres estudian y aprenden con lentitud y trabajo; y guiados por las luces de la razón, débil en materias superiores á la capacidad humana, no palpan más que tinieblas y quedan burlados en sus más serias especulaciones. Muy al contrario es el magisterio del Espíritu soberano, cuando toma por su cuenta ilustrar una alma privilegiada. Con solo decir: Hágase la luz; la luz se forma, y sus rayos embisten con tanta claridad y limpieza, que al punto disipan las sombras de la ignorancia, penetran los senos de dureza, ahuyentan la tenebrosidad de la men-

te; y sin ser menester semanas, meses ó años, en un momento, se adquieren las noticias más sublimes, se imprimen los resplandores de la sabiduría increada, la fé se graba profundamente, los misterios más recónditos se hacen accesibles al entendimiento humano; no hay dudas que perturben, ni perplejidades que angustien, ni oposición que embarace; y la misma ardididad de los misterios es el más fuerte motivo de su creencia. ¡Dichosas las almas enseñadas por un maestro tan hábil! ¿Qué adelantos tan rápidos no hacen en la ciencia de los santos! Como beben en la fuente, todas las aguas son puras y cristalinas; y abrasadas del fuego del amor divino, respiran por todos sus sentidos y potencias esa dulce y deliciosa llama.

Cristina me convence y nos convence á todos de esa admirable economía y providencia de Dios. Su entendimiento, ilustrado con la luz del Cielo, su corazón ardiendo en divinas llamas, su alma como separada de su cuerpo y elevada hasta el seno de la divinidad, fué hecha participante de las noticias de la gloria, de la grandeza de Dios en sí mismo, de su unidad inefable, de su Trinidad incomprendible, de la emanación del Verbo, de la procesion del Espíritu Santo, de la redención del mundo por medio de la Encarnación y muerte del unigénito de Dios Padre; y no presenta una maestra consumada, una doctora del cristianismo, un genio raro, y sublime, capaz de hacer frente á aquellos sábios mundanos, que no tienen otra ciencia que una charlatanería importuna, una locacidad desreglada, y un prurito de hablar y decir, sin saber muchas veces lo que dicen y hablan. No hay necesidad de esperar en Cristina la madurez de los años, para hacer un justo discernimiento entre lo bueno y lo malo, entre la virtud y el vicio, entre la verdadera religión y la falsa creencia: apenas raya en ella el uso de la razón, ya llega á la mayor solidez en el juicio; esto es un astro que, luego que amanece, ya toca el vértice de sus resplandores; y un fuego que sube á su mayor incremento desde el punto que se enciende. El mundo se presenta á los ojos de esta niña para prevenirla con sus encantos; mas luego conoce ella la falacia del impostor y el veneno que ofrece en su dorada copa. ¡Oh mundo; y cómo engañas á los que no tienen la sabiduría de Cristina! ¡Mundo hipócrita, solapado enemigo, oficina de maldad, en que se forjau aquellas saetas mortales que inflaman y atraviesan el corazón á un mismo tiempo! ¡Torre confusa de Babel, en que cada uno habla á su modo y al anfojo de sus pasiones! A este, se le oyeron los gritos de su ambición loca; á esotro, el lenguaje de su emulación y de sus tramas; aquí, unos ojos más homicidas que los del basilisco hicieron de muerte á los que miran; allí, unas

sirenas, más temibles por su verdadero encanto que las de la fábula, paran y pierden á los que sin esta fascinación de oídos hubieran llegado al puerto felizmente. ¡Oh Dios! ¡Qué embeleco de bagaleas! ¡Qué conjunto de diversiones frívolas! ¡Qué comercio de amistades burlescas ó impuras! ¡Qué concurso de impiedad y de libertinaje! ¡Qué corrillos de murmuraciones y calumnias! ¡Qué arte de disimular, fingir, agrandar, á expensas muchas veces del honor y casi siempre de la conciencia! Así es, que en el mundo, en este teatro del engaño y de la mentira, todos se ciegan, todos se precipitan y todos caen en los lazos de la perdición, porque todos tienen una venda fatal sobre los ojos que no les permite abrirlos al desengaño.

Nadie mejor que Cristina hubiera podido engolfarse en este mar halagueño, y satisfacer la sed de sus apetitos con más especiosos pretextos. Su casa, rica, opulenta; su nacimiento ilustre, una de las familias patricias que tanto ruido hacían en Roma y en todo el imperio; su padre, firmemente prendado de una hija, que por tantos títulos merecía sus cariños; la hermosura de su rostro, su modestia, su amabilidad y sus gracias; su entendimiento, su despejo, su discreción y sus talentos; la religión pagana, heredad de sus mayores y nada escrupulosa en tolerar las pasiones; la poca edad, expuesta á la ilusión y al capricho; todo este conjunto de ligeras circunstancias sollicitaban su alma á la satisfacción de los placeres, y eran unas baterías irresistibles á los halagos de la sensualidad y de la carne. Mas todos estos enemigos, por formidables que fuesen, no fueron para Cristina, para la noble y generosa doncella, sino objetos indignos de su estimación y de su aprecio, y solo gloriosa materia de vencimiento y de triunfo. Cuando otras niñas de su edad solo piensan en frustrerías ó en puerilidades frívolas, entregan su corazón á la vanidad y al deleite, y no piensan sino en atarros, en modas, en galas y en profanidad, ó tal vez en amosios impuros, en conversaciones libres y en tratos indecorosos; nuestra ilustre Santa, dada al mundo para condenación de sus máximas, para confusión de sus necios amadores, para norma del recato, del pudor y honestidad virginal, y para crédito de la gracia, que elevaba sus nobles pensamientos, como si en sus tiernos años contra muchos lustros de prudencia, de gravedad y de serias reflexiones; miró todas estas cosas con aire de desdén, de indignación y de justo aborrecimiento, no gloriándose su corazón sino en las espinas de la cruz de Cristo; su dulce esposo, á quien había elegido por dueño único de su alma. ¡Oh! si yo pudiera descubrir el interior de su pecho y ponerlos á la vista la gloria de esta hija del Rey, cómo se llenarían de confusión aquellas vírgenes necias, que

toda la vida pasan en un tejido abominable de visitas y paseos, de bailes y espectáculos, de halagar y repeler á sus amantes, de triunfar de la simplicidad de unos, ó quedar vencidas de las astucias de otros! Cristina no tuvo pensamiento sino para Dios, ni conversacion sino en el Cielo; su modestia, su recato, su clausura voluntaria, su consagracion al Altísimo, eran todas sus delicias; y siendo un raro ejemplo al mundo por sus virtudes, lo fué tambien, y aún mucho más admirable, por su fortaleza y por su martirio.

Entre los grandes motivos de credibilidad y firmeza sobre que estriba la religion cristiana, y que convence á cualquier entendimiento medianamente capaz, uno de los más poderosos es, sin duda, el ilustre triunfo de los mártires. Cuando yo veo á todo el mundo conjurado á porfia para acabar con la fé de Jesucristo; cuando yo veo á los judios y á los gentiles unidos como en un cuerpo, lanzando dicerios y blasfemias contra el culto reciente de un hombre muerto con ignominia sobre un leño; cuando yo veo los edictos de los Césares, la resolución del senado, las órdenes de los procónsules y pretores, todos mancomunados á exterminar de su jurisdicción y del imperio hasta el nombre de cristiano; si consulto el dictámen de la prudencia humana, me afirmo, en que no es posible subsista una religion tan odiosa para el mundo, tan opuesta á las leyes del mundo, y á la cual ha declarado guerra abierta todo el poder y empuño del mundo. Pero, cuando yo veo, por otra parte, que á pesar de estos conatos, de estos edictos y leyes, y del odio general de las naciones, la fé se planta, la fé crece, la fé se aumenta, la fé vence y la fé reina; cuando veo que la religion triunfa de sus adversarios; que Jesucristo es adorado y bendecido, que la cruz se eleva sobre las torres y capiteles, y se graba sobre la frente de los mismos príncipes y emperadores paganos; me digo á mí mismo: no puedo ser invencion de los hombres una obra, que subsiste firme, incontestable y segura en medio de tan desechas botascas y saucidía de tan horribles vaivenes. Aquí está el dedo de Dios, y las puertas del Infierno no podrán prevalecer contra la solidez de este edificio. Bien puede el demonio valerse de sus tramas, vomitar sus furias, poner en armas todos sus aliados; la fé ha de salir victoriosa, y los pechos generosos de los fieles serán muros de bronce en que no podrán abrir brecha las baterías enemigas. No solo los varones esforzados, los hombres robustos y firmes, los espiritus consolidados en la piedad, serán defensores ilustres del cristianismo; tambien el sexo débil, las mujeres áncas, las vírgenes delicadas, militarán bajo las banderas del Crucificado, y levantando el estandarte de la cruz, entrarán á la parte en la gloria

del vencimiento y del triunfo. Eudalias, Bárbaras, Aguedas, Ineses, infinitas otras, que fuisteis la confusión de los Nerones, Trajanos, Décios, Severos y Cómodos; ¡qué testimonio tan noble no disteis á la fé de Jesucristo con vuestra constancia, con vuestro valor ó invencible firmeza!

Pero nó, no necesito de vuestro glorioso martirio para acreditar el poder de la gracia y la verdad de mi religion santísima: Cristina será tambien gloria inmortal del cristianismo y ornamento eterno de la Iglesia católica; Cristina, digo, esta alma solidísima en una carne flaca, este espíritu agigantado en un cuerpo débil, este corazón intrépido más grande que el mundo todo; Cristina, el honor de las mujeres por su modestia, el modelo de las vírgenes por su pureza, la emulacion de los mártires por su constancia, el triunfo de la gracia por su ternura. Poco importa que un padre soberbio y poderoso, adicto á la religion pagana, nombrado gobernador de Tiro por Diocleciano, y deseoso de conservar la gracia de este príncipe, juegue con arte cuantas armas le ofrece, ó su poder, ó su amor sobre su hija: sus halagos, sus ternuras, sus caricias, lejos de ablandar consolidan más el corazón de esta virgen; sus enojos, sus iras, sus amenazas no abren brecha en este espíritu de bronce. Cristina, que en su mismo nombre lleva grabado el sello y retrato de Jesucristo, está dispuesta á sostener los más duros combates por la gloria del Esposo. Ella no conoce á otro padre que al que la reengendrò para el Cielo, y la cruz del Salvador le es de mayor gloria que la diadema del imperio romano. ¡Oh virgen santa! prepara tu corazón y tu cuerpo para la lucha más dura y más sangrienta que cabe en la imaginacion y en la idea. El mismo que te dió el ser y la vida, ha de ser el tirano cruel, desnaturalizado y fiero que se hartará de tu sangre.

Con efecto: Urbano, el brutal Urbano, toma á empeño conquista para el demonio la inocente alma de su hija, y robar á Jesucristo esta esposa de amor. Hija mia, le dice con blandura, cuánto siento verte postrada delante de un hombre muerto sobre un palo! Déjate de esas tonterías y locuras de los cristianos; adora á los dioses del imperio. Cristina se rie de la propuesta: se burla de unas deidades sacrilegas, que no son más que piedras, metales y estatuas muertas, y responde generosamente al padre: Yo adoro en mi corazón al Dios omnipotente, al Criador de Cielos y tierra, á quien solo se debe el honor y la gloria. Picado Urbano de esta respuesta, convertido en despecho y en ódio el amor paternal, se abandona á la rabia y al furor, la ase de los cabellos, la arrastra por el suelo sin piedad, y á grandes golpes y bofetadas trata de vencer su firmeza. Pero ¡qué poco puede el

espíritu de las tinieblas contra el espíritu de Dios! Urbano, que hasta entonces usaba de los derechos de padre, revistese de la autoridad de juez, y jura por los dioses y por el César, que ha de tratar á su hija como á su mayor enemiga con todo el rigor y severidad de la ley. Mándala desnudar con ignominia. ¡Pobre Cristina! cuánto te cuesta confesar la fé de Jesucristo! Unos verdugos crueles la desnudan hasta de los vestidos interiores, y con peines y garfios acerados despedazan sus carnes, descubren sus huesos, corre á hilos la sangre de sus venas, y caen en el suelo sus carnes á pedruzcos. ¡Qué espectáculo tan lastimoso en una doncella de once años! Ella misma, desfallecida en su cuerpo, tiene ánimo para tomar trozos de sus propias carnes despedazadas, y presentándolas á su padre le dice: Toma, come de la misma carne que engendrate. La dureza del padre no se ablanda, se enciende como un león irritado: manda tender en el suelo gran cantidad de carbones encendidos cebados ó inflamados con aceite, y atando la niña á una rueda de hierro, la hace dar vueltas en el aire pasándola por la fragua de la tribulacion y del dolor; pero examinado y probadlo su corazón en esta terrible máquina no se le halló la menor iniquidad. El padre bramaba como un toro herido con la punta de la lanza, sin saber que medio emplear para acabar con la hija; pero Dios no quiso sufrir más sobre la tierra á este monstruo de la humanidad, y le llamó á juicio para darle el castigo merecido por sus maldades.

¡Habeis reflexionado, hermanos, acerca de la virtud de la gracia y la protección del Altísimo sobre la esclavizada Cristina? ¿Pudiera sobrevivir á tales tormentos y pasiones un cuerpocito tierno, que al menor golpe se desmenuaría y rompiera como un vaso de vidrio, si no estuviera á su lado el Señor de las virtudes? Herida de pies á cabeza como un leproso, flagada y desecoyuntada toda, arrojada á lo profundo de un lago para pasto de los peces, y para borrar su nombre de la memoria de los mortales; sumergida no tanto en las aguas como en su propia sangre; ¿gestaría todavia para sostener nuevos combates y luchar con nuevas fieras? Si, hermanos, aún estaba, porque el Cielo tomó por su cuenta conservar entero el resplandor de esta estrella, que le servía de tan brillante ornamento. Los ángeles bujan del Paraíso, la visitan obsequiosos, la toman en sus brazos para que no se lastime los plés en la piedra dura de la persecucion, curan sus llagas, unen sus miembros, consolidan sus huesos, recrean su espíritu, confortan su ánimo, ensanchan su corazón, encienden su pecho en el amor de su Esposo, y la presentan á nuevos tiranos para que consigo nuevos laureles y nuevos triunfos. Ya os he

dicho que murió Urbano; pero renació en Dion, que le sucedió en el mando, en la misma tiranía. ¿Qué no discurrió la saña de este perverso juez para derribar el ánimo de Cristina? ¿Os referiré yo aquella caldera de hierro, á manera de cuna, que preparó á la santa virgen, llena de resina y pez derretida, para zambullir en este baño diabólico su tierno cuerpo? ¿Os recordaré la infamia que usó con esta inocente y vergonzosa niña, cuando la mandó raser la cabeza á navaja, y despojándola de sus vestidos la hizo pasar en público por las calles y plazas con indecible confusión de la casta doncella? No; tales acciones serían indignas de recordar á no ser por la gloria que de ellas resultó á nuestra Santa; pues en el primer suplicio salió sin lesión como el discípulo amado; y en la segunda prueba redujo á cenizas el ídolo de Apolo á quien la presentaron. Dion se turba, se asombra, se estrameca, y muere sobrecogido de pasmo: Cristina viva, vence y triunfa del tirano.

No faltaba más sino que triunfase de Juliano, tercer verdugo de su martirio. ¿Qué hará para rendir á Cristina? ¿La meterá en un horno encendido como Nabuco tenosor á los niños de Babilonia? Pero Cristina no recibirá daño alguno de las llamas, y cantará como ellos las divinas alabanzas. ¿La encerrará en una cárcel oscura, lóbrega, tenebrosa, poblada de serpientes, áspides y basiliscos? Pero en estas fieras venenosas encontrará Cristina la humanidad que no ha encontrado en los hombres. Mandará arrancarle la lengua de raíz, para que no pregone las maravillas de Dios? Pero no há menester Cristina de este miembro de su cuerpo; su corazón será el sonoro instrumento que articulará las voces con más claridad que su lengua. Todos estos prodigios capaces de ablandar á un peñasco no hicieron impresión en Juliano. Este juez corrompido la sentencian, por último, á morir asada por Cristo. ¡Oh niña bella! ¿qué culpas has cometido para tales tormentos? ¿ha desnudado los sayones, la atan á un poste, y le disparan una nube de dardos sobre su cuerpo; una tempestad de granizo no cae tan espesa como las flechas caen sobre sus espaldas; la sangre corre de todos sus miembros, el color de su rostro se amortigua, se apagan las luces de sus ojos, desfallecen los espíritus vitales; y Dios, que se complace en su sierva, no quiso librarla de este tormento porque no quiso privarla de la corona; y recibiendo en sus manos aquella alma pura y alligada de tantos males, la entró en su eterno descanso, la inundó de celestiales delicias, y dejó á la posteridad un modelo el más perfecto de virtud y fortaleza, un rasgo generoso de su poder y de su gracia, y una eficaz medianera entre Dios y los hombres.

Esta es Cristina, hermanos míos, vuestra ilustre patrona; ó por decirlo mejor, este es un tosco diseño de su hermosura; yo no he hecho más que desfigurar la belleza del retrato con la rudeza de mi lengua. El fervor de vuestro espíritu suplirá lo que falta á la frialdad de mis palabras. Pero sería gran lástima, que solo fuéramos fecundos en elogios de su grandeza y nos quedáramos estériles en la imitación de sus virtudes. ¿De qué nos aprovecharía celebrar con tanto esmero sus glorias, si no procurásemos seguir los pasos de su vida inmaculada? Pidamos, pues, al Señor, que grave en nuestro corazón como grabó en el de Cristina una viva imagen suya, imagen de mortificación y penitencia, imagen de celo y de fervor, imagen de abstinencia y humildad, imagen de firmeza y de constancia, imagen de desprendimiento y desapego del mundo, imagen de amor á la santidad y á la virtud; para que siguiendo las huellas de esta heroína de la gracia, merezcamos gozar de las mismas recompensas de que ella goza en la eternidad de la gloria. *Amen.*

PANEGÍRICO

DE SAN CRISTÓBAL, MÁRTIR.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



Hinc est victoria, qua vincit mundum, fides nostra.

Lo que nos hace alcanzar victoria sobre el mundo, es nuestra fé.

(I. JOAN. v. 4.)

No vengo á hablaros en este día de las victorias y conquistas que el mundo aplaude y magnifica en sus fantásticos héroes; no vengo á ponderaros los triunfos terrenos, en los que el orgullo y arrogancia de los hombres encuentra una estéril é imaginaria gloria. Celebro el mundo este género de triunfos; esto, propiamente, dice el evangelista S. Juan, es vencer como el mundo vence; pero no es vencer al mismo mundo, en cuyo triunfo nos empeña el Evangelio. Vencer al mundo es vencer todas las pasiones, despreciar con valentía generosa cuanto es objeto de concupiscencia y de honor para los mundanos; es vencerse á sí mismo después de haber vencido á los demás; triunfar de las propias pasiones y apetitos después de haber triunfado de los demás rivales y contrarios; en una palabra, es hacer lo que hicieron los Vicente, los Lorenzo, los Justos y Pastores, las Teclas, las Inéses, las Catalinas, y cuantos otros héroes celebra en sus dilatadas épocas el cristianismo, invictos entre las amenazas de los Césares furibundos, á la cara misma de los tiranos, á pesar de la barbarie y obstinacion de los pueblos; es hacer lo que hizo el incomparable Cristóbal, cuya memoria celebramos en este día.

Ahora quisiera yo tener presentes á todos los héroes de la fama, que colocaron toda su dicha y grandeza en los honores insulsos y fúbulosos de este mundo, para poderles decir con el profeta: Venid á aprender cual es la verdadera grandeza, cuales son las victorias honrosas, en que consiste el valor y prudencia cristiana. Venid á ver un hombre, que nació en el centro mismo del gentilismo, en la es-

cuela misma del error, desde el instante mismo que recibe el bautismo, á pesar de las perniciosas máximas que había mamado con la leche, olvida enteramente los errores, y sabe conservar la inocencia de su alma, triunfar de sus enemigos, y llevar á los pies del Corde-ro inmaculado una corona hermosa del martirio, fruto y recompensa de sus trabajos y fatigas. ¿Y con qué armas alcanzó el invicto Cristóbal estos insignes y plausibles triunfos? Oye, prudencia carnal y vana sabiduría, oye hasta donde puede elevarse la flaqueza humana cuando quiere. ¿Con qué armas? Con la fé. Esta virtud sola, desde que penetró en su corazón, le hizo triunfar de sus enemigos y de sí mismo. Ilustrado Cristóbal con las luces de la fé, tiene las delicias por tormentos y los tormentos por delicias. Por la fé entregó Cristóbal á Dios su corazón, le buscó ansioso, y le halló entre los horrores de una muerte la más espantosa. Ved ahí delineada la materia de mi discurso y el objeto de vuestra atención en este rato. Ayudadme á pedir las luces necesarias para proponeros los ejemplos y virtudes del glorioso S. Cristóbal, de un modo que sirva de edificación á todos. A. M.

Cuanto con mayor cuidado considero los caminos de la Providencia en el gobierno y conducta de los santos, tanto más descubro no sé qué divinas y superiores luces que me obligan á exclamar con el Apóstol: Que son incomprensibles los divinos juicios é impenetrables sus arcanos; porque escoger los medios proporcionados á los fines que se propone el entendimiento humano, valerse para triunfar de la violencia, para persuadir de la elocuencia, y para deslumbrar del fausto y de la grandeza, esos son los medios que emplea para sus empresas la prudencia carnal y vana sabiduría de los hombres. Pero, que lo más despreciable y flaco que se presenta á nuestros ojos, sea para Dios más poderoso que la mayor fortaleza de los mortales, el valor de los romanos, la soberanía de los griegos y el orgullo de los filósofos; que la simplicidad de doce polvos pescadores sea la piedra angular donde estrelle su altivez la mayor arrogancia del corazón humano; que una honda y una piedra en manos de un humilde pastorcillo rompan las sienas de un gigante; y la flaqueza de una mujer triunfe de Holofernes, soberbio conquistador; estos son los caminos trillados de la sabiduría divina, que nos enseña, para valerme aquí de la expresion del Profeta, que los pensamientos y caminos de Dios distan infinitamente de los nuestros.

¿Qué asombrosas pruebas de esta divina máxima no descubro yo en la dilatada carrera de los siglos! ¿Quién creyera, hermanos, que

la fé, una virtud débil, puesta en la boca de doce pescadores sacados de la miseria de sus barcas, sin crédito ni apoyo de riquezas: quién creyera que esta fé, irrisoria al primer golpe de vista, habia de triunfar de las naciones, confundir á los soberanos y hacer vencedores á los santos? La fé fué la que hizo vencedores á los santos, la que los mantuvo en el amor y práctica de la virtud. Ya sé, que esta admirable virtud tuvo bastante que sufrir y vencer en Cristóbal: él era gentil de nacion, de un genio altivo, caprichado con las falsas máximas del gentilismo. Habia empleado los más hermosos dias de su juventud en tributar sacrilegos cultos á mil fingidas deidades. No reconoció en sus primeros años más regla que la de sus propias pasiones, ni otro dios que sus apetitos, ni otro espíritu que el de la ambicion y soberbia. Llevado del fuego de la edad sale de su patria, no como allá Abraham, padre de los creyentes, para obedecer á la voz de Dios, sino para satisfacer á una ciega pasion, que habia levantado en el corazón de este gigante soberbio el deseo de servir al monarca más poderoso del mundo. Gira por las córtes, se presenta cual otro esforzado David en la corte de Aquis, granjéase la voluntad de su soberano, y premia éste su valor con los favores y gracias más distinguidas. Oye de boca de ese cristiano rey, la eficacia de la cruz, cuando para vencer al demonio la forma con viva fé sobre su frente. ¿Quién no pensará, que al oír estas palabras no abriria Réprobo (este era el primer nombre del Santo) los ojos del alma, y daria crédito á nuestras católicas verdades? No acaba el ciego con los delirios de aquella pasion infame que le domina; se persuade á que Lucifér es el rey más poderoso; y precipitado de un abismo en otro, deja las banderas de aquel cristiano monarca, y se alista en las de Satanás. Pero Dios, que tenia sobre Cristóbal ideas de paz, le mira con ojos de compasion, y multiplica sobre este rabelde sus misericordias, disponiendo que en la cumbre de una altura se encuentre con una cruz, y oiga, aunque por fuerza, de la boca del mismo Satanás, la magnificencia, la grandeza y el poder de aquel Señor, que murió en el afrentoso madero. Convencido ya Réprobo, se postra en el suelo como allí Pablo, y grita: Es cosa hecha: Señor, yo soy otro y lo será para siempre; yo me pongo en vuestras manos; dispuesto estoy para todo; mandadme lo que fuere de vuestro agrado.

Aquí empiezo yo á descubrir las operaciones de aquella virtud, que se le comunicó á este héroe, desde el instante en que empezó á conocer á Dios. Baja aquel monte cual otro Moisés circuido de lances, no pierde un instante de tiempo, se prepara al punto para el bautis-

mo, lo pide con anhelo á un ermitaño que encuentra al pié del monte; lo recibe con las disposiciones más sensibles; deja el nombre de Réprobo, y se lo muda en Cristóbal. Desde entonces ¿qué luces, qué fervor y resoluciones no se levantan en el corazón de este entendido neófito! ¡Qué dulce vida oculta con Jesucristo, en quien acaba de renacer! Mira Cristóbal iluminado con las luces de la fé al mundo, y le reconoce como una sombra que engaña, como una figura que desaparece y como un fantasma que no tiene realidad.

La fé, católicos, le hace mirar la tierra como un lago de miserias, y se empeña en buscar un bien digno de la grandeza de su alma y capaz de llenar la inmensidad de sus deseos. Acabemos, hermanos; hizole vencer al mundo y triunfar, desde el feliz momento de su conversion, de todos sus enemigos. Hé ahí, pues, el feliz efecto que produce en Cristóbal una fé viva y animada, apoderada de su corazón desde el instante en que conoció á Dios. Él, instruido por aquel devoto solitario en las máximas de nuestra adorable religion, desde el día en que abraza la fé, pone en práctica los consejos de Jesucristo tomando la cruz de sus trabajos, negándose enteramente á sí mismo, y siguiendo con la mayor fidelidad á su amado Maestro. Mira y observa los peligros del mundo; y rompiendo todos los lazos capaces de debenerlo, determina retirarse al desierto, en donde Dios habla al corazón, y el alma no tiene otra cosa en que deleitarse sino en el mismo Dios. Renuncia al punto cuantos bienes le presenta y ofrece un mundo falaz y isonjero, y se vá á encerrar en la soledad, sin más tesoros que una resolucion generosa y más ardientes deseos de adornar su alma con todo género de virtudes. Los hombres del mundo estiman y buscan con ansia la estéril y vana gloria que les ofrece este hipócrita engañador. Cristóbal, que no juzga ya de estas cosas sino por la fé y segun las máximas del Evangelio, es de opinion muy contraria. El lustre y el esplendor, capaces de satisfacer una pasion la más ambiciosa, son para el corazón de este recién convertido unos bienes muy viles y despreciables. Busca otros más sólidos, y pone toda su grandeza, coloca toda su felicidad en ser un humilde esclavo de Jesucristo.

Seguiré yo ahora sus pasos en este nuevo género de vida, en que este esforzado Sansón de la gracia solo piensa en morir al mundo, para vivir, segun el consejo del Apóstol, una vida oculta y escondida con Jesucristo, en Dios? ¡Qué ejemplos de las más heroicas virtudes no podria yo proponeros de aquella sinceridad de su penitencia; cuando apartado ya de los ojos de los hombres y colocado en el desierto; se le presentan á la vista sus desórdenes pasados, y pene-

trado de un santo odio de sí mismo, llora su vida anterior, derrama arroyos de amargas lágrimas, anhela vivamente por su Dios, siente no haberle conocido en tanto tiempo, y procura reparar con su humillación y con sus lágrimas tantos años perdidos para restituirlos enteros á su Criador! Lleno de amor y confianza ruega con ternura á su amado Maestro, le dé parte de aquellas virtudes de que es modelo, principio, objeto y premio. Todo ocupado en considerar la adorable providencia con que Dios le habia tratado, repasa en su ánimo los peligros de que el brazo del Todopoderoso le habia sacado; y asustado á vista de los lazos de que se ve rodeada su tierna virtud, suplica al Señor con el mismo fervor que el profeta, le lleve de la mano; y tomando la mortificación como remedio ó preservativo del pecado, pide al Juez divino le perdone lo pasado y le proteja en lo venidero.

Enteramente indiferente á todo lo demás, solo muestra ardor y eficacia para el exacto cumplimiento aún de los menores observancias de la religion. Su primero, única é indispensable cuidado es, adquirir para el Cielo una corona, que estima infinitamente más que todas las del mundo. En aquella áspera soledad, olvidándose de sí mismo, pone en ejecucion quanto puede inspirar á una alma la gracia del Señor. ¡Cuántas veces, para manifestar su amor á Jesucristo, le pidió le hiciese participante de su cruz, y le probase por todos cuantos medios fuese posible! Con sus repetidas suplicas, con sus penitencias, Cristóbal consigue el perdón de sus culpas, queda nuevamente iluminado con las luces de la fé, comprende más vivamente los arcanos divinos, logra la plenitud de todas las virtudes; y despues de haber triunfado del mundo con sola la fé, adquiere nueva fortaleza para vencer los mayores tormentos.

Efecto fué de una malicia digna del Infierno el medio de que, segun el venerable Beda, se valieron algunos gobernadores romanos para pervertir á los confesores de Jesucristo. Estos tiranos, demasadamente ingeniosos en inventar nuevas especies de castigos, vieron con asombro suyo, que ni el hierro, ni el fuego, ni las bestias podian triunfar de su constancia, y resolvieron tentarlos con los placeres. Confesa con dolor la historia eclesiástica, que algunos hombres, que en medio de los anfiteatros, rodeados de sayones y cubiertos de llagas, habian estado inflexibles, se rindieron miserablemente á los primeros asaltos de un enemigo más dulce y delicado, pero en la realidad más peligroso. Consiguió en pocas horas el deleite lo que los más crueles tormentos no habian podido allanar por la fuerza; unos cuerpos, que sobre los cadalsos habian parecido de mármol ó de

bronce, se ablandaron prontamente por las delicias. Los atletas, que habian tenido bastante resolucion para ser mártires, no tenian bastante constancia para ser castos; perdida una vez la inocencia, perdian tambien la religion. Otros que habian, al contrario, resistido á los halagos y atractivos del deleite, cedieron á la violencia de los castigos; acostumbrados á abstenerse de todos los placeres, no pudieron familiarizarse con el dolor. Solo una acendrada fé es capaz de resistir con igual constancia á cuanto pueda lisonjearla para corromperla, y á cuanto puede hacerle guerra para destruirla. Esta virtud es la que ha dado tantos millares de mártires á la Iglesia. Esta virtud, particularmente, es la que sacó á Cristóbal con victoria del segundo combate, la que le hizo anteponer la adiccion de algunos tormentos á la dulzura pasajera del pecado.

Permitidme, católicos, desperté yo ahora en vuestras dormidas memorias aquella horrible persecucion que se levantó contra la Iglesia en tiempo del emperador Décio. ¡Qué estragos, qué violencias no ejecutaba este César; á fin de saciar la rabiosa é insaciable sed, que le hacia ir como Tántalo sediento tras la sangre de los cristianos! Le víais discurrir por aquella capital del universo, Roma, saqueando las casas, violentando las vírgenes, profanando los templos, y salpicando las paredes con la sangre de los valorosos é invictos mártires; y no contento con haber sacrificado tantas víctimas inocentes en Roma, parece queria borrar de todo el universo el nombre cristiano. Para esto se dispersan sus gobernadores por diferentes provincias, con órden expresa de martirizar á cuantos no quietan adorar á sus falsos dioses. Una de las provincias en donde ejecutó su crueldad fué la célebre Licia. Aquí vino Dagon, uno de los más crueles ministros de Décio y Valeriano, á tiempo que predicaba en ella nuestro insigne y esclarecido Cristóbal; y viendo el fruto que hacia su predicacion entre los gentiles, manda conducirlo á su presencia. ¡Qué de riquezas no ostentó! ¡Cuántos halagos y sagesiones no empleó por ver si podia cautivar su corazón! Mas Cristóbal oprime un santo valor á las profanas expresiones, desprecia con generosidad las promesas, y vá á dar la segunda prueba de su fé encerrado en una cárcel oscura. ¡Ah, Santo mio! yo me recelo que has de quedar vencido en la batalla que se te vá á presentar, y preso en las redes que se te preparan. Luego introduce Dagon en aquel oscuro calabozo dos desenvueltas mujeres, con encargo de tentar con las más tiernas caricias la entereza del Santo. ¡Qué harás, Santo mio, en tan terrible combate? ¡Ibirás como José? Lo considero imposible. Acometer es quedar vencido; buscar socorro es en vano. Acudid, fé divina, que cor-

re gran riesgo de que vacile este insignie atleta. Pero, ¿qué he dicho yo? ¡Temer yo de Cristóbal! Me retracto. Los héroes de la religion no caen en semejantes flaquezas: pónelos Dios en el mundo para que sirvan de modelo. Vosotros, cristianos insensibles, que os arrojaís con temeridad en las mayores ocasiones de ruina, y osáis despues culpar á Dios de vuestras caidas; venid á aprender de Cristóbal á triunfar de la carne entre los mayores incentivos para el vicio. El se mostró invencible, no al casual encuentro, sino al acometimiento más furioso, del que Sanson no salió con gloria, y en el que el valeroso David quedó vencido. Se arma con la señal de la cruz, desprecia las caricias de aquellas mujeres perdidas, reprende su desevolutura, y logra, por trofeo de su victoria, convertir á las mismas que le hacian guerra. ¡Gran Dios! sea una y mil veces alabada vuestra adorable providencia; pero más bendita sea por haber conservado á nuestro Santo invencible en medio de los mayores tormentos. Este es el último esmalte de la corona de Cristóbal. Veia ya Dagon frustrados sus designios, y como impaciente, consideraba preciso quitar la vida á aquel hombre, que, cual otro Pablo, habia convertido la cárcel en hermosa cátedra, desde la que enseñaba y predicaba: sabe por orden del presidente de la cárcel este Finees celoso del amor de su Dios, y puesto en la prosencia misma del tirano le habla de esta forma: ¿Piensas, infame Dagon, vencer mi entereza con tus promesas? ¿Esperas verme doblar la rodilla ante esos ídolos escandalosos, llevado de la infame ambicion de asegurar tu amistad y la gracia del emperador Décio? ¡Ah Dagon! ¡y cuán necio eres! Em prende un nuevo modo de atormentarme; pero está cierto, que primero ha de ceder tu crueldad que mi sufrimiento. La vida en nada la estimamos los cristianos sino para hacer de ella á nuestro Dios gusto y agradable sacrificio. Nosotros amamos ardientemente la muerte, como que ella nos ha de introducir en los gozes eternos; y así, quanto mayores son los tormentos, tanto mayor es nuestro contento, estando ciertos, de que por ellos nos aseguramos la hora de la muerte tan deseada.

Imaginaos, vosotros, que saña y furor se apoderarian del corazón del tirano. En efecto, manda Dagon azotarle con garfios; se deja ver su cuerpo en el aire cubierto de llagas y sin vacilar ni un punto en la firmeza de su fé. Usa de cuantas trazas y tormentos inventó la crueldad; pero ni los garfios, ni los potros, ni los peines, ni las hachas ardiendo, ni los azotes, ni un encendido morrion que pasieron sobre su cabeza, pudieron triunfar de su paciencia. Predica con fervor á Jesucristo; piden muchos á voz en grito el bautismo; más de

cuarenta y ocho mil almas, segun S. Ambrosio, confesaron la fé en el martirio de Cristóbal. Receloso Dagon de que se le convirtiese toda la provincia, vá á satisfacer su ira, y manda le corten la cabeza. Representaos vosotros, aquellos soldados furiosos, centelleando los ojos, echando espumarajos por la boca, respirando crueldad y tiranía: Cristóbal á este tiempo, inmóvil en medio de aquella infeliz chusma, levanta algunas veces los ojos al Cielo, dá gracias al Señor por el beneficio que le concede; quisiera tener infinitas vidas que sacrificarle en demostracion de su agradecimiento; y en medio de una fervorosa oracion ofrece con alegría al cuchillo su garganta.

Vé, alma dichosa, vé á gozar entre los castos brazos de tu Dios la recompensa que has merecido por tu vida y muerte. Y vosotros, príncipes del Cielo, abrid esas puertas para recibir al esclarecido héroe, que, armado con la viva fé, clama entre las sombras de la muerte: *Hæc est victoria qua*, etc.; y al pronunciar estas palabras cae muerto en el suelo. Así murió el glorioso S. Cristóbal; así triunfó este héroe incomparable, feliz en no haber temido las crueldades del mundo; más feliz en haber sido insensible á sus halagos desde el momento en que se convirtió á su Dios; que era todo el asunto de mi oracion.

Hagamos, cristianos, un momento de reflexion sobre nosotros mismos. ¿Qué es lo que obramos á favor de la fé y de la religion? ¿Qué importa que conservemos la fé de Jesucristo si somos apóstatas de la ley de Jesucristo? ¿Cuántos de los cristianos, á pesar de aquella solemne renuncia que hicieron del mundo y sus pompas en el bautismo, colocan toda su grandeza en arrastrar las cadenas de ese soberbio tirano? ¿De qué le hubiera servido á Cristóbal haber hecho célebre su nombre con sus proezas y hazañas, si no hubiese dejado al mundo y seguido á Jesucristo? Su nombre, igualmente desconocido que el de una ininidad de grandes del mundo, estaria en el dia sepultado en un eterno olvido. Pero ahora su memoria es bendita, la felicidad de que goza es insalterable, la duracion de su bienaventuranza se medirá por la eternidad. Todo esto debe Cristóbal á sus virtudes. Sin éstas no hubieran los pueblos acudido en tropas á pedirle gracias, ni él hubiera tenido bastante poder para alcanzarlas. Apenas encontrarais provincia, ciudad, villa ó lugar que no le tenga particular devocion por sus prodigios. Tú, Italia, Astorga, Licia, y vosotras, célebres ciudades de Samó y de Santiago; vosotras, digo, que sois el sagrado depósito de parte de sus reliquias; vosotras podéis decirnos, cuántas veces os han servido de defensa en vuestras aflicciones. Sin tener necesidad de correr otros países ni salir de

vuestras casas, decidme: ¿cuántas veces experimentasteis los benévolo inflajos de este astro en vuestras aflicciones? Continúa, pues, implorando el patrocinio de este glorioso mártir, que si de veras le invocais y procurais imitar sus virtudes, no solo experimentaréis alivio en vuestros males y socorro en todas las necesidades, sino que alcanzareis la gracia necesaria para hacer una vida cristiana, ajustada enteramente á la ley divina, tendreis una dichosa muerte, y despues volareis á las mansiones eternas de la gloria, como os deseo.



PANEGÍRICO

DE SAN DIEGO DE ALCALÁ,

RELIGIOSO LEGO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

Cum simplicitibus sermónatio Domini
 El Señor conversa con los sencillos.
 (Proc. III. 32.)

¡Cuán diferentes son las miras del mundo de los planes de Dios! ¡Cuán diferentes las preferencias del mundo de las predilecciones de Dios! Las miras del mundo tienden á satisfacer las pasiones del hombre, sus tendencias, sus caprichos, aún los más extravagantes. El orgullo, la ambición, el brillo, la ciencia, la humana filosofía; la sensualidad, los placeres, las comodidades, el bienestar temporal. Hé ahí las tendencias del mundo, hé ahí sus preferencias.

Descendió del Cielo el Verbo Eterno, y vino para enseñarnos. Enseñónos, en efecto, de palabra y con sus ejemplos, pues que á eso vino. ¿Qué nuevas, pues, nos trae del Cielo, qué doctrina nos enseña nuestro divino Maestro? A enseñarnos vino; no puede, pues, traernos una falsa doctrina. A recibirmos vino; luego sus palabras, luego sus máximas, luego sus enseñanzas han de ser, no solamente verdaderas, sino las solas verdaderas; no solamente convenientes á nuestra salvacion, sino las solas convenientes á nuestra salvacion. A mostrarnos vino cómo se ha de ir al Cielo; luego el camino que nos muestra es el solo verdadero. Escuchemos, pues, sus palabras, y sepamos de Él el verdadero camino del Cielo. «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.» Hé ahí la doctrina de Jesucristo nuestro Señor: humildad, sencillez. Cuando el mismo nuestro Señor descendió á la tierra, se presentó con la mayor sencillez y humildad. Cuando los mensajeros del Cielo tienen que anunciar por la primera vez á la tierra la venida del Salvador del género humano, y tie-

vuestras casas, decidme: ¿cuántas veces experimentasteis los benévolos inflajos de este astro en vuestras aflicciones? Continúa, pues, implorando el patrocinio de este glorioso mártir, que si de veras le invocais y procurais imitar sus virtudes, no solo experimentaréis alivio en vuestros males y socorro en todas las necesidades, sino que alcanzareis la gracia necesaria para hacer una vida cristiana, ajustada enteramente á la ley divina, tendreis una dichosa muerte, y despues volareis á las mansiones eternas de la gloria, como os deseo.



PANEGÍRICO

DE SAN DIEGO DE ALCALÁ,

RELIGIOSO LEGO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

Cum simplicitibus sermónatio Domini
 El Señor conversa con los sencillos.
 (Proc. III. 32.)

¡Cuán diferentes son las miras del mundo de los planes de Dios! ¡Cuán diferentes las preferencias del mundo de las predilecciones de Dios! Las miras del mundo tienden á satisfacer las pasiones del hombre, sus tendencias, sus caprichos, aún los más extravagantes. El orgullo, la ambición, el brillo, la ciencia, la humana filosofía; la sensualidad, los placeres, las comodidades, el bienestar temporal. Hé ahí las tendencias del mundo, hé ahí sus preferencias.

Descendió del Cielo el Verbo Eterno, y vino para enseñarnos. Enseñónos, en efecto, de palabra y con sus ejemplos, pues que á eso vino. ¿Qué nuevas, pues, nos trae del Cielo, qué doctrina nos enseña nuestro divino Maestro? A enseñarnos vino; no puede, pues, traernos una falsa doctrina. A recibirmos vino; luego sus palabras, luego sus máximas, luego sus enseñanzas han de ser, no solamente verdaderas, sino las solas verdaderas; no solamente convenientes á nuestra salvacion, sino las solas convenientes á nuestra salvacion. A mostrarnos vino cómo se ha de ir al Cielo; luego el camino que nos muestra es el solo verdadero. Escuchémos, pues, sus palabras, y sepamos de Él el verdadero camino del Cielo. «Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón.» Hé ahí la doctrina de Jesucristo nuestro Señor: humildad, sencillez. Cuando el mismo nuestro Señor descendió á la tierra, se presentó con la mayor sencillez y humildad. Cuando los mensajeros del Cielo tienen que anunciar por la primera vez á la tierra la venida del Salvador del género humano, y tie-

nen que dar señales de Él, desde luego se dirigen á unos pastores que estaban de majada; y las señales que dan de un Dios hecho hombre son estas: Un niño envuelto en pobres pañales, un niño recién nacido reclinado en un pesebre; y este Niño Dios estaba en un establo, porque su Madre y S. José no pudieron encontrar plaza en la posada! ¡Un Dios infante alojado á su entrada en el mundo en un establo! ¡Gran Dios! ¡Qué lección de humildad! ¡Qué lección de sencillez!

Amados míos en el Señor, teniendo que hacer os hoy el panegirico del bienaventurado Diego de Alcalá, ¿qué tema podia escoger más á propósito y que más cuadre á su vida admirable, que la humildad y sencillez tan divinamente recomendadas con la doctrina y los ejemplos de un Dios tan humilde como elevado, tan sencillo como majestuoso? Para vuestra edificación y aprovechamiento, hé aqui la proposición objeto de mi discurso y de vuestra atención. «San Diego, sencillo y humilde, fué muy favorecido de Dios, que le hizo poderoso en palabras y en obras.» Pidámos antes los auxilios de la gracia: A. M.

No encuentra la sagrada Escritura mayor elogio que hacer del santísimo Job, que él de hacer preceder á su maravillosa historia las siguientes palabras: Era un varón sencillo. ¡Sencillo! Ya lo veis: la sencillez es la virtud por donde el Espíritu Santo comienza el elogio de uno de los más ilustres personajes del Antiguo Testamento. Cuando Salomon hubo acabado la obra del Templo, apareciósele el Señor y le dijo:... He oído favorablemente tu oración... he santificado esta mi casa que me has fabricado: mi nombre quedará en ella perpetuamente, y mis ojos y mi corazón no se apartarán de ella. Y tú, si andas en mi presencia como tu padre anduvo, en sencillez de corazón y en justicia... tu trono no faltará en Israel. Sencillez de corazón. Hé ahí la virtud que con tanta instancia, con tanto empeño, pedía Dios á Salomon, como condición para llenarle de bendiciones y perpetuarlas en su familia. ¡Ojalá, no hubiese faltado jamás Salomon á esta recomendación divina! Recorred todas las páginas sagradas, medita todas las divinas máximas, leed los hechos de los santos y verdaderos siervos de Dios, y veréis, constantemente, no solo prescrita y recomendada, sino puesta como una condición necesaria de los favores divinos, la sencillez de corazón.

Y si tales testimonios se aducen, amados míos en el Señor, respecto de la sencillez y rectitud de corazón, ¿cuántos y cuánto más expresos no podríamos aducir respecto de la humildad? Todas las sagradas páginas nos presentan testimonios, que hacen los mayores encomios de esta celestial virtud. Ya os he citado algunos en la in-

roduccion; podria multiplicarlos á lo infinito; conozco vuestra experiencia en las cosas de Dios; oído tenéis mil veces el elogio de esta santa virtud; inútil es que os detenga más tiempo en probar una cosa que tan sabida tenéis. Sin embargo, y como haciendo un epilogo de lo que acerca de esa virtud se ha dicho, epilogo que servirá de entrada á lo que debemos manifestar acerca del Santo, cuya memoria hoy celebramos, os diré: que la virtud de la humildad es el fundamento de todas las virtudes ascéticas, morales, cristianas; que todos los santos Padres, todos los ilustres patriarcas de las Ordenes regulares establecen la base de sus reglas sobre el fundamento de la humildad; y que cuanto más quieren que sus discípulos, que los cristianos todos, levanten su edificio espiritual respectivo, tanto más quieren que se funden sobre la humildad, ahondando más y más los cimientos de ella. La humildad debe estar en razon de la perfeccion á que se aspira: la perfeccion sube hácia arriba, la humildad se abate hácia abajo. Cuanto sube de punto la perfeccion, tanto se abaja la humildad. Lo veréis en el breve relato de los principales hechos de la vida del glorioso S. Diego.

Nació nuestro Santo en el pueblo de S. Nicolás, arzobispado de Sevilla. Sus padres no eran ricos, pero sí muy virtuosos; y no pudiendo dar á su hijo un gran patrimonio, trataron al menos de darle una educación cristiana y santa. No tuvo otros maestros por entonces sino á sus padres, ni mejores modelos que sus buenos ejemplos. Dotó Dios á nuestro Diego de una índole excelente: era mansísimo de carácter, dócil de condicion; y la sabiduria parecia haber tomado posesion de su corazón aún antes de llegar al uso de la razon. El Espíritu Santo fué su guia en la niñez y su director; y aunque de un natural vivo, amaba y prefería el retiro aún en aquellos tiernos años. Cuando todavía muy niño, poníase nuestro Diego en oracion, y pasaba en ella una gran parte del día; y aunque á causa de la debilidad de la infancia no sabía aún lo que era rezar, velábase sin embargo muy recogido, con mucha modestia y silencio en todo el tiempo que pasaba en su inocente oracion. Tenia tal apego á las cosas de iglesia, estaba tan vivamente penetrado de la presencia de Dios en aquel santo lugar, y manifestó siempre tanto deseo de estar en el templo lo más que pudiese, que todos los convecinos lo presagiaban á una voz como uno de los mayores siervos de Dios. Aún en aquella tan tierna edad, el Espíritu Santo le inspiró un gusto especial por las prácticas de la mortificación, tales como el ayuno, la abstinencia y otras mil santas austeridades. Y así es, que jamás se notaron en Diego las travesuras propias de los niños; pudo decirse que jamás lo fué, y

que abandonó y dejó al mundo ámas de conocerlo. Así pasó su santa niñez. Hermanos míos; cuando el Espíritu Santo se prepara un corazón puro en donde morar exclusivamente, se lo escoge y se lo va formando desde su más tierna niñez. ¡Qué dicha para Diego la de no haber conocido jamás el pecado! Su corazón siempre puro, siempre inocente, jamás dió entrada á ninguna maligna sugestion; y ésta fue otra de las más seguras señales de ser escogido para ser algun día un gran santo.

Encontraba nuestro Diego tan fácil la práctica de la penitencia, le era tan dulce y agradable el retiro, y sentía un tal atractivo por la perfeccion, que le pareció todavía muy imperfecta la vida que llevaba; así es, que, todavía muy jóven, se resolvió á buscar otro género de vida más conforme á su inclinacion, y en el cual pudiera orar y mortificarse segun se sentía movido del divino Espíritu. Quiso, pues, separarse absolutamente del comercio de los hombres para no exponerse á perder su inocencia, y se fué á buscar un venerable sacerdote, que vivía retirado en una ermita, no léjos de S. Nicolás, y se puso bajo su direccion. Allí vivió algunos años en compañía y bajo la obediencia de este santo anacoreta, ejercitándose en los ayunos, las vigiliás, la continencia, el desprendimiento de los afectos terrenos, la meditacion de las verdades eternas, y en la continua oracion. En esta soledad comenzó ya á practicar en pequeño lo que más adelante debía hacer en una proporcion mucho más elevada. En su retiro vivía de limosna; y para evitar la ociosidad, empleaba en el trabajo de sus manos el tiempo que le dejaba libre la oracion y demás ocupaciones espirituales, destinando para el descanso muy pocas horas de la noche. Su amor á la pobreza era sincero, como todas sus otras virtudes; y su desinterés tan grande, que habiendo hallado un día en cierto camino una talega con dinero, no quiso tocarla, sino que dió noticia de ella al primero que encontró. No fué menor su amor á la humildad; abrazaba con suma alegría las humillaciones que podian envilecerle más delante de los hombres; y sujetaba su espíritu y su cuerpo con mortificaciones continuas, juzgándose el peor de los hombres, y velando sin cesar sobre sí mismo para no ser sorprendido por ningún lado del enemigo de su salvacion.

Católicos; ved ahí un Santo, que no conocia el pecado, puesto que no le habia cometido, conservándose en la inocencia bautismal. Sin embargo, para no perder tan precioso tesoro, huye de su casa paterna, en la cual no veía sino santos ejemplos; por temor del mundo, y se esconde en un desierto, tomando todas las precauciones imaginables para evitar toda acasion de pecado. Sabia que nuestra verda-

dera vida consiste en vivir para Dios de la vida de Jesucristo. Nuestro Santo no se curó de adquirir ciencias ni de profundizar secretos: todo su cuidado lo redujo á meditar en las divinas perfecciones de nuestro Señor Jesucristo.

Para más asegurarse en sus propósitos, y conociendo los peligros diversos que hay en los pensamientos, acciones y palabras, juzgó, que el estado más á propósito para evitarlos, era el religioso. Movido de esta consideracion y de la estricta observancia del Orden de San Francisco, fué á presentarse al convento de Arrizafa, en el territorio de Córdoba. Apenas tuvieron noticia en ese convento de quién era el nuevo aspirante al hábito, lo admitieron sin dificultad. Tomó el hábito de lego porque no tenia estudios, y aún más particularmente, porque en tal estado podia ejercitarse continuamente en la humildad. Era á la sazón el convento de Arrizafa uno de los más rigidos observantes de la regla de S. Francisco; por toda la España, y aún por la cristiandad, se habia esparcido el renombre de su santidad, y esto fué lo que indujo á nuestro Diego á escoger este monasterio. Apenas nuestro Diego se vió con el santo hábito, un júbilo celestial inundó su alma cándida y humilde: Ofrecióse de todo corazón al santo patriarca Francisco, y se lo propuso como un modelo en todos sus pasos y menores movimientos. No solamente tomó á empeño el guardar escrupulosamente todas las reglas del instituto, y observarlas hasta en sus más mínimas disposiciones con un verdadero y sincero espíritu de humildad y de mortificacion interior, sino que se propuso mirar en cada uno de sus superiores un representante de Jesucristo, al que obedecía, elegantemente, con la mayor prontitud y buena fe. Consideraba á éstos como los verdaderos intérpretes y ejecutores de la voluntad de Dios; y así es, que nuestro Diego, renunciando desde su entrada en Religion á toda propia voluntad, á todo afecto propio, no tuvo otra voluntad, ni otro afecto que la voluntad de Dios. Por esta razon todo le era indiferente; y con el mismo contento y prontitud obedecía un precepto peoso que otro fácil, el tono áspero é imperioso que el afable y natural.

Para tener su cuerpo en perfecta sumision al espíritu lo debilitaba con largas vigiliás, con ayunos continuos, y con severas disciplinas, sin que estas maceraciones le impidiesen el desempeño de sus tareas. Aunque su carne estaba como amortiguada, no dejaba á veces de experimentar algunos impulsos de rebelion; pero entonces la sujetaba con presteza, no contentándose sino hasta verla verla despedazada y bañada en sangre. En un día de invierno, sintiéndose atacado de este enemigo, se arrojó en un estanque de agua helada, y permaneció allí

con peligro de su vida hasta no haber apagado el ardor de la concupiscencia. Era también muy ardiente y fervoroso en los ejercicios de caridad para con el prójimo. A pesar de su pobreza, encontraba siempre medios y recursos de hacer limosnas; consolaba á los afligidos; reconciliaba á los disidentes y enemistados entre sí; visitaba á los enfermos y los curaba en cuanto podía. Su compasión para todo desgraciado era tal y tan natural, que su corazón no podía resistirse á hacer todo el bien que su regla le permitiera, sin faltar al cumplimiento de sus deberes como religioso. Amados míos en el Señor; las virtudes jamás están aisladas, jamás sirven solas; hermanas todas y unidas en Dios, de donde proceden, y en Jesucristo, que les comunica sus méritos, se llaman mutuamente; y muy lejos de excluirse, se apoyan con reciprocidad. Esta asercion teológica la vemos practicada en todos los santos. En nuestro Diego, la virtud que parece ser como el sello, el carácter distintivo de su vida y santidad, es la humildad. Esta virtud llama á sí, y en su ayuda, á la sencillez. Ambas á dos á la pureza de corazón. Todas tres á su fiel amiga y sostén, la oración. Estas cuatro á su guardiana, la santa penitencia y mortificación. Y así, se va ensanchando el círculo en que se ejercita el alma santa de Diego, pues; no solo fué humilde y sencillo, sino puro, penitente, fervoroso, caritativo, obediente, casto, generoso, compasivo. Su corazón se acomodaba á las diversas circunstancias en que debía manifestarse. Era caritativo con los pobres, compasivo y solícito con los enfermos, humilde en medio de los mayores favores del Cielo, obediente á sus superiores, y aún iguales; era, en fin, todo para todos, sin descuidarse á sí mismo.

Los superiores de su Orden, juzgándolo capaz de mayores cosas que del servicio mecánico, á que como lego estaba destinado, aunque no era sacerdote ni tenía estudios, lo nombraron guardián del convento de Fuerteventura, en una de las islas Canarias. En este lugar encontró una multitud de idolátras; y muy poco instruidos en nuestra religion á los cristianos que en ella existían. Apenas tomó posesion de su guardiánato, cuando un nuevo celo por la salvacion de las almas enardecio su corazón. A pesar de no haber hecho estudios ningunos, se dedicó con celo increíble á la conversion de los pecadores; á la instruccion de los ignorantes, á la conversion de los idolátras á nuestra santa fé. Increíbles son las fatigas que este ministerio apostólico le atrajo, y las muchas persecuciones ó sinsabores de parte de los idolátras. Nuestro Santo tuvo la dicha de ver convertidos á nuestra santa fé casi á todos los idolátras de la isla, y otros muchos de las adyacentes.

Establecida la religion cristiana en Fuerteventura, fué llamado á España; y el año siguiente, mil trescientos cincuenta, hizo un viaje á Roma para asistir á la canonizacion de san Bernardino de Sena, y para asistir al jubileo de aquel año. Roma rebosaba de gente de todos países con motivo del jubileo de año santo; y de solo la Orden de san Francisco asistieron para la ceremonia de la canonizacion de S. Bernardino, que se verificó en el mismo año santo, hasta tres mil ochocientos religiosos. Sea efecto del clima, sea efecto de tan extraordinario gentio en la capital del mundo cristiano, la mayor parte de sus hermanos de hábito cayeron enfermos de una enfermedad contagiosa. Esta epidemia presentó á Diego una ocasion de ejercer la más afectuosa caridad para con sus hermanos. Por otra parte, esa afluencia de gentes habia encarecido tanto y hecho tan raras las subsistencias, que los Religiosos llegaron á faltar aún de lo necesario. Peste y hambre, leó aquí dos azotes, que, lejos de amilanar el ánimo de nuestro Diego, ve en ello un motivo de santificarse más y más. Redóblase en él el espíritu de caridad; multiplica sus obsequios, assiste á la cabecera del enfermo sirviéndole con todo amor; se le ve por todas partes, ya propinando remedios á unos, ya evitando de otros, ya consolando á los demás. En todo lugar se le ve presente, y todos ven en él al ángel consolador. Si además del azote de la peste, padece la ciudad el de la carestia, Diego no se mostrará ménos activo en proveer á sus hermanos de lo necesario, que lo ha estado en asistir á los enfermos. Busca por todas partes recursos para su comunidad; y no solo halla lo necesario, sino que el guardián y todos los Religiosos quedan asombrados de que los alimentos sobren en la casa, como si fuera en tiempo de la mayor abundancia. Todos los Religiosos quedaron intimamente persuadidos, que Dios asistia visiblemente á su siervo Diego; cuya humilde caridad lo protegía y ayudaba tan extraordinariamente, que él solo bastara al cuidado de tantos enfermos, y á la provision de tantos individuos en tiempo de tan grande carestia.

Por fin, regresó á Andalucía, donde vivió algunos años; desde allí lo trasladaron al convento de Sta. Maria de la Salceda, en Castilla, desde donde todavía se le mandó pasar al convento de Alcalá, último domicilio suyo. Todos los lugares eran para él indiferentes, porque encontraba á Dios en todas partes; y mirando siempre la tierra como un lugar de destierro, no atendia más que á encaminarse á la patria celestial. En todas partes fué dejando rastros de su santidad; y por poco tiempo que permaneciese en un lugar, el oír de sus virtudes se esparcia por toda la poblacion, por toda la comarca.

Su devoción al santísimo sacramento de la Eucaristía y á nuestro Señor crucificado era el principal objeto de su piedad. Pasaba todos los días largas horas meditando ya uno, ya otro de estos misterios, y á esta continua meditación se debe atribuir la perfección de su caridad y lo profundo de su humildad. También fué muy devoto de la santísima Virgen María, y en honor de ella ayunaba todos los sábados del año á pan y agua. Celebraba todas sus fiestas con la mayor solemnidad que podía; amábala tiernamente como madre suya, y la tomó por su especial patrona y abogada. La santidad, católicos, tiene tal atractivo, ó infunde tal veneración, que aún los más discolos la respetan y se sienten movidos de ella. Lo propio de la virtud es, el ser respetada y amada aún de los hombres más viciosos. A pesar de la corrupción del corazón humano, todavía queda en él ese ascendiente de la santidad y esa veneración de la virtud. Estos dos sentimientos han quedado salvos en medio del naufragio universal de la culpa. En todos los países del mundo, en todos los cultos existen; aunque, desgraciadamente, es una aplicación falsa de un principio verdadero. Pero Dios ha sancionado de tal modo la santidad en el cristianismo, que no hay cosa más evidente que esa sanción divina. Dios comprobó la santidad de su siervo con una infinidad de milagros, de que haremos una muy sucinta relación.

Constan en las actas de su canonización muchas curas milagrosas de todo género de enfermedades, calenturas pútridas, nerviosas, terribles, cuantanas rebeldes; epilepsias, parálisis, perlesias, tumores dañinos; embarazos peligrosos; niños salvados de peligros gravísimos; mudos, sordos, cojos, ciegos; cuatro muertos resucitados, un niño metido en un horno encendido sacado á salvo; el príncipe Carlos moribundo milagrosamente curado; pecadores arrepenidos, infieles convertidos. Hé ahí en compendio los diferentes géneros de gracias obradas por Diego. En particular, para nuestra edificación, solo os referiré tres milagros, entre los muchos que obró. Habiendo ido cierto día nuestro S. Diego á Sevilla, se hospedó en casa de un hermano tercero de su Orden. Vivía en la vecindad una mujer, de odioso hornera, que con su trabajo sustentaba toda su familia. Tenía esta mujer un niño de sobre siete años, travieso como los de su edad; cuando su madre lo quería corregir, huía y se escapaba para ponerse en salvo. En cierta ocasión, la madre tuvo que corregir al niño por cierta travesura que hizo: temeroso el hijo del castigo, se fué á esconder en el horno; á la sazón apagado por ser domingo. Al poco tiempo el niño se quedó dormido: la madre, en la mañana del siguiente día, lunes, muy de madrugada, encendió el

horno muy fuerte, como lo acostumbraba todos los lunes. Todo estaba encendido y las llamas salían como de ordinario por la boca, cuando oyó al niño, que daba gritos de desesperación y de dolor. Pero el horno estaba tan encendido y la boca tan estrecha, que no había medio de salvar, humanamente, al niño, y lo juzgaba ya por perdido. Como fuera de sí, la madre salió por las calles pidiendo socorro para su hijo; encontróse por casualidad en la calle con San Diego, á quien refirió su horrible desgracia. Animo, hijo, no se desconsuele Vd., le dijo el Santo; vaya inmediatamente á la iglesia, y pida á la santísima Virgen la asista en este lance. La madre, llena de fé, váse á la capilla de la Virgen, y se pone á rezar delante del altar; ¡podeis figuraros con cuánto fervor! Entretanto Diego se dirige con su compañero al horno encendido, y mandó al niño saliese fuera, lo que hizo inmediatamente, saliendo salvo y sin ningún daño ó lesión. Dejó á vuestra consideración el juzgar de la alegría de la madre y de la admiración del pueblo de Sevilla.

Alvaro de Goa, portugués, tenía una criada, que habiéndose casado despues tuvo una niña. Siendo ésta ya algo crecida, padeció una enfermedad de que murió á pocos días. Alvaro supo el desconsuelo de la madre, y temiendo noticia de los muchos milagros que se obraban por la intercesión de S. Diego, le dice: que lleve su niña muerta al sepulcro de S. Diego. La madre, llena de fé, toma el cadáver de la niña, la pone sobre el sepulcro de S. Diego, y vuelve á la vida resucitada.

El príncipe Carlos, hijo de Felipe II, cayó de una escalera del palacio real de Alcalá; se hizo tales heridas en la nuca y en toda la cabeza, que se creyeron desde luego mortales. Llámase médicos y cirujanos para curar al niño príncipe; pero conocieron que todos los remedios serian inútiles, y que la muerte era muy inminente. El príncipe real se hallaba ya en la agonía; se estaban haciendo los preparativos del duelo, esperando la muerte por momentos, pues que ya no había señales de vida en el cuerpecito. El rey, su padre, que tenía mucha fé en S. Diego, suplica á la autoridad eclesiástica traigan al aposento real el cuerpo del Santo. Apenas éste toca el cuerpecito del príncipe, que estaba ya como muerto, una notable mejoría se hace sentir; los síntomas mortales desaparecen de repente; pocas horas despues estaba fuera de peligro y curado.

Amados míos en el Señor, á la vista de un Diego, humilde y sencillez religioso lego de la Orden seráfica, tan favorecido de Dios, que hizo de él un apóstol, y un celoso ministro de la caridad, y que no solo le colmó de gracias interiores, que lo hicieran un gran santo,

sinó que le concedió el don de hacer milagros en beneficio de la humanidad afligida, no puedo más de exclamar: «Tus juicios, Señor, son un abismo profundísimo.» Nada hay tan alto como Dios; sin embargo, al considerar su conducta respecto de sus criaturas, se le ve, constantemente, comunicarse con una sorprendente familiaridad con las almas humildes y sencillas. Los mayores prodigios obrados por su brazo omnipotente, se han cumplido y realizado por medio de criaturas débiles, ignorantes, desconocidas del mundo. Y aparte algunas excepciones, los santos que más prodigios han obrado han pertenecido á esta categoría. ¡Preciosa y celestial virtud de la humildad! tú descendiste de las alturas del empyreo, y fuiste la augusta é inseparable compañera del Hombre-Dios; sobre ti quiso fundar nuestro Maestro el edificio de su vida moral; tú fuiste la que atrajistes sobre tu santísima Madre, la Virgen nuestra Señora, ese pléyago de bendiciones, que la hacen dichosa entre todas las mujeres y por todas las naciones; tú eres la fiel depositaria de los dones del Cielo, la guardiana de las costumbres puras, el receptáculo de todas las gracias. Contigo ¡cuán dichosos somos! y sin ti, ¡cuán desgraciados! Ven á nuestros corazones, toma posesion de ellos, y sé la compañera de nuestra peregrinacion. Ven á nuestra alma, ilustra nuestro entendimiento, para que siguiendo tus inspiraciones conozcamos los caminos de la divina sabiduria, marchemos por ellos con sencillez y pureza de corazon, y nos hagamos dignos imitadores de Aqual, que, por descubrimos tus sagrados tesoros, descendió de los Cielos á la tierra.

Hermanos míos, no puedo dar fin á este discurso de un modo más agradable y útil á vosotros, que exhortándoos de todo mi corazon á la veneracion de un Santo tan amado y favorecido de Dios. Al lado de Dios está; poderoso y caritativo, no dudéis que se complacerá en conseguirnos gracias y favores en vuestras necesidades temporales y espirituales. Acudid, pues, á él con una confianza sin límites; pedidle la santa virtud de la humildad; pedidle la santa sencillez de corazon; pedidle el espíritu de mortificacion, de penitencia y de resignacion, para sobrellevar con paciencia y santa alegría, todas las tribulacions que el Señor se digna enviaros; pedidle, en fin, que os alcance del espíritu de caridad y de amor, el que vuestros corazones se abrasen en vivas llamas de divinos incendios; para que, llenos de amor de Dios y de caridad para con el prójimo, voleis al socorro de las necesidades de vuestros hermanos afligidos ó menesterosos.

Glorioso Santo, que no solo conservastis constantemente, la pureza y sencillez de corazon, sinó que, dócil á las inspiraciones de la

gracia, habeis seguido tan santamente al Dios humilde, al Dios manso, al Dios paciente, que se dignó encarnar por nosotros para constituirse nuestro divino modelo; alcanzados del mismo Señor nuestro, todas las virtudes de que fuisteis dechado perfecto en vuestra vida; alcanzados tambien auxilios de alma y cuerpo para el socorro de todas nuestras necesidades; alcanzados, sobre todo, el que, despues de haber vivido cristiana y santamente como vos en la tierra, merezcamos gozar de las eternas recompensas de la Gloria.

PANEGÍRICO

DEL BUEN-LADRON,

COMUNEMENTE LLAMADO SAN DIMAS.



Domine, meremento mei, dum veneris in regnum tuum.

Señor, acuérdate de mí, cuando hayas llegado á tu reino.

(Luc. XIII. 32.)

Presentásemos en este día el más lustre penitente que conocieron los siglos, y os convido con toda la efusión de mi corazón á meditar una historia, que tan íntimamente enlazada está con la de la Pasión del Salvador. Tal vez no os hayáis detenido en ella tanto como lo merece su alta importancia, y el heroico ejemplo de penitencia que presenta á nuestra edificación, á la par que á nuestro consuelo. Voy á referiros el sucinto relato sagrado concerniente al Buen-Ladron.

Estaba el pueblo mirando á Jesús, y los príncipes con el pueblo hacían burla de Jesús, diciendo: A otros ha salvado, sálvese pues á sí mismo; si él es el Cristo, el escogido de Dios, insultábame no ménos los soldados, los cuales se arrimaban á él, y presentándole vinagre, le decían: Si tú eres el rey de los judíos, ponte en salvo. »Y uno de los ladrones, que estaban crucificados á su lado, blasfemaba de él diciendo: Si tú eres el Cristo, sálvate á ti mismo y á nosotros. Mas el otro le reprendía, diciendo: Ni aún tú temes á Dios, estando como estás en el mismo suplicio? Nosotros á la verdad estamos en él justamente, pues pagamos la pena que merecen nuestros delitos; mas éste no hizo mal alguno. Y decía á Jesús: Señor, acuérdate de mí, cuando llegaras á tu reino. Jesús le respondió: En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el Paraíso.»

El cronista, el historiador de la heroica penitencia y del dichoso fin del Buen-Ladron, es el mismo Espíritu Santo. Esta historia está

enclavada en la historia misma de la Pasión sagrada; está llena de enseñanzas sublimes; y en breves palabras contiene doctrinas abundantísimas. El mejor orden que pueda yo proponeros en la distribución de este discurso moral-panegírico, es el que el Espíritu Santo ha seguido en esta breve é interesantísima historia. Voy á hacerlos ver en la penitencia del Buen-Ladron el modelo de la penitencia del pecador.

Virgen dolorosísima; Vos fuisteis testigo de la conversión y confesión y premio del Buen-Ladron; pecadores, recurrimos á Vos, para que, meditando la heroica penitencia de él, la hagamos sincera y perseverante. Alcánzame de vuestro divino Hijo gracia para hablar dignamente, á fin de excitar á mis oyentes al amor de la penitencia y á la perseverancia final. *A. M.*

La penitencia es el solo remedio que resta al hombre una vez que perdió la inocencia; es la sola vía de reconciliación entre el pecador y su Dios ofendido; es una expiación necesaria para purificar al alma pecadora, al corazón prevaricador. Muchas son las calidades que debe tener, muchas las prendas que la deben adornar: nos concretaremos empero á las más necesarias, para aplicarlas á la de nuestro ilustre penitente. Juicio imparcial y conocimiento de su propia miseria; primera calidad de la penitencia verdadera. Confesión humilde de sus culpas y detestación de ellas; segunda calidad. Deseo de satisfacer por ellas; tercera calidad. Celo por la honra de Dios, y vehemente anhelo de desaguariable; cuarta calidad. Pedir perdón y gracia; quinta calidad de la verdadera penitencia. Todas estas calidades se hallaron en nuestro ilustre penitente el Buen-Ladron, como lo iremos viendo.

No creais, católicos, que sea necesario un largo trascurso de años para constituir una verdadera penitencia; Dios no calcula el tiempo; Dios pesa en su divina balanza la penitencia; y la habrá de dos instantes que valdrá más que otra de dos siglos. En la penitencia del Buen-Ladron no se ha de atender al tiempo, sino á las circunstancias. Debemos desde luego ponernos, por decirlo así, en su lugar; representarnos todas las circunstancias que le rodeaban, todas ellas las ménos favorables á una conversión tan ruidosa y tan ilustre. Debemos pesar todas las dificultades que se oponían más y más al desenlace feliz de la última escena de esta vida tan dramática y desventurada. Figurémosnos una vastísima ciudad, que, según parece, contaba entonces más de un millón de habitantes; agrégueus á éstos la muchedumbre inmensa de judíos, que debían reunirse en esa ciudad

con motivo de la Pascua, que ya principiaba. Toda esa ciudad, todo ese inmenso gentío estaba en la mayor agitación y efervescencia: como seducido, amotinado y conmovido contra Jesús Nazareno, por todas las sectas, por los escribas, por los principales del pueblo. Ninguna sentencia, ninguna ejecución capital, había turbado y conmovido tanto á la numerosa población de Jerusalén como la que se pronunció y ejecutó contra Jesús. El pueblo, no solo no era espectador pasivo, como sucedía con los criminales ordinarios, sino que habla tomado una parte activa y agresiva en aquella fatal y funesta jornada. Todos los preparativos, todos los antecedentes, no eran seguramente los más á propósito para obrar en un criminal una transformación moral, que solo parece factible en el silencio del calabozo y en la calma de las pasiones. Con estos preliminares demos principio á la historia de nuestro ilustre penitente desde que se halló en el patíbulo; pues que en él y solo en él ofrece interés su persona.

Fijemos nuestra atención en el espectáculo que nos presenta la cima del Gólgota. Vemos en ella tres cruces, tres patibulos, clavadas en ellas tres personas. La fé nos dice, que la que está en medio de las otras dos es la persona del Hijo de Dios; Jesucristo Dios y hombre, el Salvador del mundo, el Redentor del género humano. Los que están á sus dos lados son dos facinerosos, dos ladrones condenados á muerte de cruz. ¡Gran Dios! ¡qué confusión para nosotros! Dos facinerosos, compañeros de suplicio del Hombre-Dios! ¡El Hombre-Dios, sacrificado por amor, inocente, puro, víctima propiciatoria de la divina justicia! ¡Dos facinerosos castigados como culpables, reos, criminales, y expiando sus delitos como justa y debida venganza á la justicia humana! El pueblo insensato, ciego de furia, tomó á su Dios como un hombre criminal; y el Dios-Hombre permitió esta ceguera para sufrir, y sufrir apurando todas las heces del cáliz del oprobio y de la amargura. En la apariencia, solo se veía un hombre que sufría el más grave castigo que las leyes imponían; los antecedentes, aún mirados desde el punto de vista humano y ordinario, lo hacían inocente y víctima de una negra calumnia inventada por una envidia atroz; pero la razón humana no iba más allá. En la realidad, era un Dios hecho hombre por nuestro amor, y padeciendo una muerte mucho más humillante en el alma que en el cuerpo.

Vemos, pues, que Dios, para quien y ante quien todo está dispuesto con peso, razón y medida; Dios ha permitido, que al lado de la víctima inocente inmolada en aras de la justicia divina, se encontrase la justa venganza ejecutada ántes las aras de la justicia humana.

Esta expiación debida á la ley, justa, santa y heroicamente aceptada por el Buen-Ladron, fué el primer paso dado en su breve pero heroica penitencia. Este paso nos enseña, católicos, á recibir y aceptar en espíritu de penitencia, aún las penas temporales que justamente mereceremos. El Señor se digna aceptarlas, y recibir las en holocausto de propiciación; una está expiación necesaria y legal á su voluntaria é inocente expiación infinita, y dá á aquella un valor sobrenatural, que la hace valer; por efecto de su infinitísima misericordia, como si fuera una expiación voluntaria, meritoria. Ofrezcamos pues, amados míos en el Señor, los males que de todas partes nos rodean, las penas que sufrimos, justa ó injustamente merecidas; las contradicciones que experimentemos en el curso de nuestra vida; las aflicciones, tristezas y amarguras que vengan á acibarar nuestra existencia. Nuestro divino y amabilísimo Redentor se ha dignado mostrarnos en el Calvario, que de todos estos trabajos podemos sacar el bien y provecho de nuestras almas; y que así como en beneficio de su pueblo hizo el Señor que saliera miel y aceite hasta de la durísima piedra, su bondad, siempre infinita, propicia á nuestro favor, hará brotar el agua de nuestra salvación, y destilar la miel de nuestra santificación de la dura roca de las tribulaciones y penalidades de este mundo.

Principió, pues, el Buen-Ladron por confesar en lo interior, la realidad de la justicia en la pena que su fe habia impuesto. Este paso fué inmenso, y mucho más elevado en la region de la gracia, de lo que aparece á primera vista. Y en efecto, hermanos míos; lo que más le cuesta á un criminal es el creerse verdaderamente criminal; es el juzgarse verdaderamente culpable, verdaderamente digno de las penas con que la justicia castiga un crimen, previene un delito. No hay que forjarse ilusiones; nuestro corazón encuentra en sus numerosos pliegues mil y mil pretextos para justificar sus deseos, para pretender el derecho de satisfacer sus inclinaciones, aún las más dañosas. No se tiene dificultad en confesarse pecador en general, en reconocerse culpable ó flaco en tésis general; esto cuesta muy poco; pero el reconocer haber obrado mal en tal ó cual estado ó circunstancia, y esto no en lo exterior ó en las palabras, sino en lo interior, es mucho más difícil de lo que se cree generalmente. Gran paso, pues, dió el Buen-Ladron, cuando en el fondo de su corazón se reconoció criminal, y consideró como muy bien merecidas las penas que padecía. Gran paso dá el pecador en el camino de su conversión cuando, concentrado allí en el fondo de su corazón, reconoce su pecado y la justicia de lo que sufre y padece en esta vida, como pena debida

á sus provaricaciones. ¡Lutte, pues, el pecador al Buen-Ladron en el sincero reconocimiento de su mal estado; y como él, alcanzará del Señor misericordia para entrar más adentro en el camino de su conversión, porque en el reino de la gracia un dón produce otro.

Así lo vemos en el Buen-Ladron. Pendiente estaba en una cruz al lado del Salvador, padeciendo dolores de muerte; á pesar del mar de penas en que se hallaba anegado, oye que los principales del pueblo, y el pueblo mismo, hacian burla de Jesús, dirigiéndole sarcasmos y blasfemias, añadiendo así el escarnio á la crueldad. Todavía más: el otro ladron, compañero de suplicio, insultaba tambien á nuestro divino Salvador. Nuestro Dimas, tomando la defensa de Jesús en un momento en que sus discipulos le habian abandonado, en que el pueblo y todos le escarnecian é insultaban, y en que solo habia al pié de la cruz tres mujeres y el más jóven de sus discipulos; lleno de un justo celo por el Justo, que veia morir á su lado, reprendió al mal ladron diciéndole: «¿Ni aún siquiera temes á Dios, en un momento en que debias pensar en Él y en sus altos juicios? Condenado estás justamente al último suplicio; dentro de pocas horas espirarás, y comparecerás ante su santo y temible tribunal. Y en lugar de aplacar á Dios, pidiéndole perdón de tus crímenes, y suplicarle reciba tu justo castigo como en satisfaccion de tus pecados, insultas al mismo Dios. Nosotros, á la verdad, estamos sentenciados y castigados con justicia, pues pagamos la pena que merecen nuestros delitos; mas este Justo, este hombre santo, este enviado de Dios, que no ha hecho sino bien á todos, que ha dado vista á los ciegos, salud á los enfermos, gracia á los pecadores, vida á los muertos, no hizo mal alguno, no ha podido hacerlo; y todo lo que padece es para reconciliarnos con el Eterno Padre, justamente irritado contra nosotros. Si los ojos de tu cuerpo no ven en Él sino un hombre que padece, un inocente que sufre, un justo que se sacrifica, abre los ojos de tu alma, y verás escondido en este sagrado cuerpo el Dios-Hijo, que está reconciliando á su pueblo con Dios su Padre. Los profetas nos lo han anunciado; predicho estaba, que moraria entre dos criminales. Pues que tú y yo hemos tenido la dicha de ser los compañeros de suplicio, aprovecha esta coyuntura que te se presenta: reconciliate con el Padre por medio del Hijo, y no temerás los rayos del Padre; y al espirar, tu alma irá al seno de Abraham, nuestro patriarca. Y si aceptas con resignacion esta pena, que ahora sufres por ley de justicia humana, misericordioso es el Señor, y hará que te granjee la eterna salvacion.» Tales fueron los sentimientos de nuestro Dimas en tan aciagos momentos. Ya lo veis;

en el primer periodo de su conversión, el Buen-Ladron se reconoce criminal, y acreedor á las penas que merece: ahora va mucho más adelante; y de criminal, se convierte en penitente predicador, en apóstol de la expiación. ¡Cuántas maravillas cuenta la gracia en tan cortos instantes!

El Buen-Ladron, estando crucificado, y por consiguiente, atormentado horriblemente, padece en todo su cuerpo dolores espeluzmados; y todo su espíritu era necesario para no morir á cada instante á la fuerza de ellos. Pero, ¡oh milagro de la gracia! se olvida de que padece, y solo piensa en el Justo que padece; se olvida de sus dolores, y solo piensa en los dolores que tan vivamente atormentan al Dios-Hombre; se olvida de sí mismo, y recoge todo lo que queda de vida para salir á la defensa del inocente divino; reconócese pecador y criminal, acepta heroicamente la muerte que justamente sufre, y solo piensa en pedir perdón al Dios á quien ofendió. Conoce que el tiempo que le queda de vida es de muy pocos instantes, es muy corto, y quiere que le valga como si fuera de muchos años. Largo tiempo he vivido, se diria, en el vicio y en el crimen: la divina justicia ha armado á la humana justicia; poco me queda que vivir: delante de Dios una hora vale siglos; al lado tengo quien todo lo puede, quien puede dar á una hora de vida el valor de un siglo; al lado tengo quien me patrocinara; al lado tengo una fianza divina, una prenda infinita; pues que he sido ladron de humanos intereses, séalo de esta preciosa margarita que del Cielo descendió por mí; tómela, puesto que ella misma se me dá, y con ella compre yo el Cielo. Esta es moneda que todo lo puede en el Cielo, esta es moneda con que me haré abrir las puertas del Cielo; el divino tesoro me la pone en mis manos; ya no es robo, sino dón, sino gracia que se me dá. Arrepíentame, pues; predique las alabanzas de mi Dios; salga á la defensa de mi Dios. Ahora, que todo el mundo lo ultraja, que los sacerdotes le calumnian, que los fariseos le blasfeman, que el pueblo le crucifica, que sus discipulos le abandonan; ahora, que no veo en su favor sino á tres mujeres y á un jóven pariente; ahora, ahora es meritorio el confesarlo; ahora, ahora le hacen falta personas que le desfilen. Hubo un tiempo, en que yo sorprendí al desprevenido, havi al que quisó oponerse á mis injusticias, maltraté, y tal vez asesinó al que impedía hiciése yo el mal; borre, borre yo tantos y tamaños pecados, poniéndome de parte del Cristo perseguido, y suplicándole acepte mi justa expiación en satisfaccion de mis culpas. Que una hora de penitencia, de arrepentimiento, de penas y de adoracion borre las manchas de una larga vida de males. Dios es todopoderoso, y todo lo puede; tengo á mi lado á

quien nada puede negar: acójame á su sagrario divino, y seré salvo. Señor, Señor, acordaos de mí cuando llegéis á vuestro Reino.

Ahora, ahora, que os veo revestido todavía en forma humana; ahora, que mis ojos os contemplan manso, humilde, sufrido; ahora, que os veo á mi lado, y que os habeis dignado asociar vuestra divina pasión á mi castigo merecido; ahora es tiempo que yo, pobre y miserableísimo pecador, pueda atreverme á alzar mis ojos á Vos; ahora es tiempo que, criminal envejecido, ose ofreceros mi sincero arrepentimiento, y mi condigno castigo; ahora, ahora es tiempo, que se atreva á presentaros un memorial en que os pida la vida eterna, quien tantas veces ganó su eterna muerte. Señor, acordaos de mí cuando llegéis á vuestro Reino. El espíritu de vuestro Padre me hace ver, que tenéis deparado desde la eternidad un reino á vuestros escogidos; ¿cómo atreverme yo á contarle entre éstos? ¡Yo, cubierto de crímenes! ¡yo, que tan olvidado os he tenido! Pero, Señor, vuestra sangre ha salpicado ya sobre mi cuerpo; y esta sangre mucho más preciosa que la sangre de Abel, y esta sangre, mucho más redentora que la del cordero pascual, me ha rociado; y como Vos me habeis herido con vuestro amor en lo más íntimo de mi corazón, esta sangre me purificó enteramente, borra todas mis pasadas iniquidades, me limpia como el cristal, y me blanquea como la nieve. Cubrome con vuestra púrpura real, con vuestro manto de grana, y os digo: No os acordéis de lo que he sido; mirad en mí lo que habeis hecho. Mi voz es la voz de un pecador; pero mi ropaje, pero mi escudo, pero mi marra es vuestra sangre divina. Acordaos, Señor, de mí, cuando llegéis á vuestro Reino. Yo bien sé, Señor, que allí en vuestro Reino, millares de millares de ángeles os asisten continuamente, que todo os pertenece en el Cielo y en la Tierra. Pero cuando estéis allí, ¿qué podrá hacer la voz de un pobre y desgraciado criminal? Ahora, que os veo aquí, ahora, que con tanta dignación me tenéis tan cerca de Vos; ahora es tiempo que os pida el permanecer eternamente en vuestra eterna compañía. Acordaos, Señor, de mí cuando llegéis á vuestro Reino.

Al considerar las circunstancias en que se hallaba Dimas al manifestar sus heroicos sentimientos á nuestro divino Salvador, cuántos motivos de confianza en Dios y de alabanza en su honor se presentan á nuestra mente! Cuando el mundo todo desconoce á su Dios, y le dá una muerte afrentosa, Dimas lo confiesa y reconoce como Dios, lo defiende con celo, y lleno de una confianza sobrenatural se atreve hasta pedirle una parte en su Reino. Cuando un Pedro le niega, intimidado por una mujerilla; cuando los demás apóstoles,

que tantos milagros le habian visto obrar, lo abandonan, y huyen, y se esconden, y ni siquiera dán señal de vida mientras dura la terrible catástrofe; Dimas es tocado interiormente de la gracia divina; él corresponde fielmente á la misma, y en un momento se hace ilustre penitente, celoso defensor de la honra de Dios, y un fervoroso discípulo é imitador del divino Redentor.

¿Quién desconfiará, católicos, de la misericordia del Señor á la vista de un Dimas santificado en la cruz, en su patíbulo mismo? Este milagro de la misericordia de Dios es una de las mayores pruebas de su omnipotencia. ¿Cómo! Dimas sube al patíbulo cubierto de crímenes, y á los pocos instantes es transformado en un gran santo. ¿Qué poder ha sabido convertir de tal suerte á un corazón envejecido en el vicio? Cuando el Omnipotente se digna hacer milagros, observase, generalmente, que aguarda ciertas coyunturas, en que su poder se manifiesta con brillo y majestad. El tránsito del mar Rojo se hizo de un modo maravilloso; en el Sinal, la majestad de Dios se daba á conocer en todo su lleno. Jesús manda detener al sol y éste le obedece; Elias hace bajar fuego del Cielo; el Templo de Salomón es constantemente testigo de la presencia visible de la divina Majestad; cuando Jesucristo manda á Lázaro que resucite, lo hace mandando como Dios, y su voz aterra á los circunstantes. Pero en la conversión de Dimas, Jesús está hecho un hombre de dolores, lleva sobre sí el peso de nuestras iniquidades, aparece débil, padece muerte afrentosa de cruz. Nada de majestuoso aparece á los ojos del mundo. Sin embargo, la conversión del Buen-Ladron es uno de los mayores milagros de la divina omnipotencia. ¿De dónde dimanaba, pues, ese poder oculto, que tan grandes cosas obraba, y que, sin embargo, no aparecía con majestuosa ostentación?

Católicos, la respuesta no será mía, sino del gran Padre de la Iglesia S. Juan Grisóstomo. ¡La Cruz! Este es el misterio que la divinidad quería hacer honrar y acatar en el mundo. El misterio de la Cruz salvó á Dimas, como tambien el fué el que eclipsó al sol y á la luna; el que cubrió de tinieblas al mundo, el que partió las piedras, el que hendió los montes, el que rasgó el velo del Templo, el que hizo salir del sepulcro á los muertos, el que cerró las puertas del abismo; el que abrió las puertas del Cielo. Hasta el misterio de la Cruz, Dios habia obrado los más extraordinarios prodigios, desplegando una pompa majestuosa, hiriendo poderosamente é impresionando vivamente el exterior de los hombres. Dios quería darse á conocer como el Dios grande, el Dios fuerte. Pero cuando la Redención del género humano vino á obrarse por el Hijo de Dios, los prodigios no son

menores, aunque los medios son muy distintos. La humildad y mansedumbre de la Cruz han sucedido al brillo y á la pompa de la antigua ley. Jesucristo ha querido honrar la Cruz, haciendo desde ella los mayores milagros, y consumando la grande obra de la Redención.

Conocido el gran secreto que Dios tenía reservado en el misterio de la Cruz, puesto de manifiesto el divino plan de la Redención por medio de la Cruz, y siendo el primero de los milagros obrados en ella la conversión del Buen-Ladron; séame permitido, católicos, el hacer con vosotros algunas piadosas reflexiones, muy conducentes á nuestro objeto. La Cruz, como sabéis muy bien, es el simbolo de las humillaciones, de los trabajos, de la mortificación, de la penitencia, del sacrificio de sí mismo; de la continua inmolacion de nuestro amor propio, de la continua abnegacion de nuestros propios deseos, voluntad, inclinaciones; la muerte, en fin, á sí mismo, y la renuncia de todo lo que no sea Dios. En la Cruz están simbolizadas, además, todas las virtudes cristianas, pues todas se reducen á morir á sí mismo para que no vivamos ya nosotros, sino que Jesucristo sea el que viva en nosotros. Ya lo veis, católicos; la Cruz es el emblema de toda la doctrina de Jesucristo, la Cruz es el sublime compendio de todo el cristianismo. Para obrar la grande obra de la Redención el Dios hombre ha escogido la Cruz, se ha depositado con la Cruz; y en este sagrado cántaro de dolores es en donde Cristo nos ha engendrado á nueva vida. Despongámonos, pues, nosotros tambien con la Cruz, abracémosla con amor; tal vez esta Cruz sea para nosotros como la Cruz de Dimas, el Buen-Ladron; tal vez esta Cruz sea para nosotros la justa vindicta de nuestros pecados y de nuestros crímenes, si Dios, tan bondadoso, tan misericordioso, acoge nuestra oferta, aunque ésta proceda de haber hecho de la necesidad virtud. Hagamos, pues, como Dimas, y que la Cruz de la justa vindicta, que la Cruz de los trabajos merecidos, sea para nosotros la Cruz de la infinita misericordia, la Cruz de la Redención. Pero ya es tiempo que escuchemos la divina providencia de Jesús.

Misteriosa y altamente significativa fué la conducta de nuestro Señor hablando con Dimas. No se dice en el Evangelio, que Jesucristo nuestro Señor se hubiese dignado manifestarle señal alguna de poderío, ni aún dirigirle alguna palabra, mirada, ó cualquier otra insinuacion preventiva de amor y de misericordia. Su gracia, sin embargo, iba ganando ya el corazón de Dimas, y se iba adelantando en su obra. Dimas tenía que expiar con una penitencia corta una mala vida larga, y era conveniente, que diese pruebas de valor y de virtud hé-

roica el que tantas habia dado de sus malas costumbres. Cuando la gracia hubo penetrado enteramente el corazón de Dimas, y que de pedernal endurecido le hizo tierra esponjosa y apta para la buena semilla, Dimas percibió dentro de sí mismo un huésped hasta entónces desconocido. Comenzala á experimentar sentimientos, que hasta entónces jamás habian venido á ablandar su corazón: éste, de duro, seco y helado, se le convierte en blando, manso y amoroso. Ve que cerca de sí está el que tales prodigios obra. Reconoce en Él la virtud de lo alto: un vivo sentimiento de arrepentimiento acomete con impetu su corazón: un rayo de luz de arriba, que hasta entónces no le habia iluminado, viene á hacerle conocer todos sus crímenes, todos sus pecados, todas sus ingratitudes para con el Señor Dios; otro rayo de esperanza, que le viene desde la Cruz de Jesús á su lado, lo anima y dá valor; su fé se fortifica, su esperanza crece, y la caridad viene á abrasar su corazón, y ya no es posible que Dimas calle. Habla, pues, y habla para tomar la defensa de su Dios, que padece inocente para rescatar al mundo; predica y amonesta al culpable; y concluye por pedir perdón de sus culpas, y una parte en el Reino de los Cielos. ¡El terreno andado en poco tiempo es mucho! Jesucristo ha callado hasta ahora, porque la gracia iba obrando; Dimas es fiel á la gracia; y Jesucristo habla ya, y habla como Dios: «En verdad te digo que hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso.» ¡Palabras inefables, palabras consoladoras, palabras que aseguran á Dimas su eterna salvacion! A tiempo llegaste, penitente ilustre; á tiempo llegaste, magnánimo confesor del Crucificado; á tiempo llegaste, Dimas; para coger las primicias de la Pasion que padece ese Dios-Hombre; á cuyo lado te hallas. Bien se conoce que estás acostumbrado á las sorpresas; pero si las otras han sido para el mal, la última de ellas te vale un reino entero de bienes.

Amados míos en el Señor, admíremos la conducta del Señor respecto al Buen-Ladron. Espera que éste se muestre fiel á la gracia, y desde el momento en que lo es, quiere premiarlo con una largueza infinita, que sobrepuja toda humana comprension. Dimas habia confesado á Jesucristo, cuando Jesucristo se hallaba en el estado más abatido; cuando más humillaciones llovian sobre Él; cuando estaba tan desconocido, que por ninguna señal exterior indicaba trazas de la divinidad que se ocultaba en lo interior. Jesucristo, tiernísimamente reconocido por una confesion sincera y heroica hecha en tales circunstancias, quiso manifestar al mundo, cuan gratas le son las alabanzas y sinceras confesiones en tiempo en que el es más perseguido. Por otra parte, Dimas ponía por medianera á la Cruz entre el

Hijo de Dios y él; cómo podía rehusar nada Jesucristo al santo Madero, que había de ser el signo de la humana Redención? Jesucristo nada podía rehusar á la santa Cruz, con la cual Él mismo había desposado desde el principio de nuestra reparación, y Dimas tenía en ella la mayor garantía de su salvacion.

Jesucristo quiso premiar superabundantemente el heroismo de la confesion del Buen-Ladron en circunstancias que la hicieron tan relevante; y quiso al mismo tiempo ensalzar el poderío de la santa Cruz. El premio se siguió, pues, inmediatamente á la confesion, y al poder comunicado á la santa Cruz, por la consumacion del sacrificio divino. En segundo lugar, la penitencia del Buen-Ladron es un verdadero modelo de la penitencia del pecador, porque principió por el conocimiento y menosprecio de sí mismo; continuó por un celo ardiente en la defensa de Dios ultrajado, por los pecadores; y terminó por ofrecer un tormento en expiacion de sus pecados, pidiendo á Dios con fé y esperanza el perdon de sus culpas y el premio eterno. Su ejemplo nos muestra, que jamás debemos desesperar de la misericordia divina; nos muestra, que no debemos mostrarnos rebeldes á la gracia cuando viene á llamar á la puerta de nuestros corazones. Él aprovechó tanto y tan bien los pocos momentos que le eran dados de vivir y de merecer, que en tan corto espacio pudo alcanzar su eterna salvacion. Aprovechémonos tambien nosotros de las ocasiones que el Señor nos depara.

Imitemos, pues, á Dimas en su sincera y heroica penitencia; no nos avergoncemos de confesar el nombre del Señor y de salir á la defensa de su divina Majestad, cuando los blasfemadores impíos le ultrajan, le insultan y le desconocen. Celebremos su honra, y, si es necesario, demos la vida por nuestro divino Señor; y dándole así testimonios de nuestra fidelidad y de nuestro amor en esta vida de tribulaciones y de penas, mereceremos oír de su boca á la hora de nuestra muerte: «En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso».

PANEGÍRICO

DE SAN DIONISIO AREOPAGITA.

Ne terreamini ab his qui occidunt corpus... timete eum qui habet potestatem mittere in gehenam.

No tengais miedo de los que matan el cuerpo... temed al que puede arrojar al infierno.

(LUC. XII, 4 ET 5.)

La fortaleza, católicos, es una virtud sobrenatural que Dios infunde en el alma del atleta cristiano, para que, desechando todo temor, marche impávido por la senda del deber, sacrificando, si menester fuere, su vida en las aras del honor, en el altar de los holocaustos. Despreciando con generosidad bienes, honores, conveniencias, afecciones é intereses; menospreciando magnánimamente los peligros, los temores y aún la muerte misma, ve escritas en lo más elevado del firmipneo con caracteres de fuego y de amor las voluntades del Señor. Inspírase de ellas, toma la Cruz por su estandarte, por su guia, por su arma, por su luz; grábala en su corazón; hace de ella su libro, su manjar, su sostén, sus amores, en fin; y hollando con pié firme y paso seguro esta tierra, su vida no es ya de este mundo, pertenece á la region de la inmortalidad; y nada que no sea Dios puede entusiasmar su alma, ni llenar su corazón.

He ahí el principal carácter del atleta cristiano; y en su descripcion os he pintado ya el del ilustre S. Dionisio Areopagita, objeto de estos cultos. Noble, ciudadano ilustre, opulento, apreciado en su patria, y ocupando uno de los puestos más honoríficos, al oír á un apóstol de Jesucristo, se hace discipulo suyo: abandona riquezas, honores, patria, afecciones, y se alista bajo las banderas del divino Crucificado, para vivir pobre, humilde, paciente; para predi-

car la fé ante los tiranos y pueblos idólatras, menospreciando las amenazas, los peligros y graves temores; sufriendo, en fin, persecuciones y tormentos de varios géneros hasta morir mártir, después de una larga vida de cien años. Tal es el grande héroe cuyo panegirico me veo empeñado en hacer, porque así lo quiere vuestra piedad, porque así lo pide el objeto de esta solemnidad.

San Dionisio Areopagita nos enseña con su ejemplo: en primer lugar, á menospreciar los honores y bienes temporales; en segundo lugar, á no temer los enenigos de Dios; en tercer lugar, á dar generosos la vida en defensa de la fé, si necesario fuere. Ved ahí el asunto y plan de éste discurso. Ayudadme á pedir la divina gracia por la intercesion de nuestra amantísima Madre: *A. M.*

Antes de entrar en el fondo de nuestro panegirico, necesario se me hace el exponeros la maravillosa manera con que nuestro Santo fué convertido. Era Dionisio ciudadano de Atenas, miembro ó juez del más célebre tribunal de la antigüedad, llamado el Areópago, establecido en dicha ciudad. Por su probidad, mansedumbre, afabilidad y rectitud de carácter, Dionisio se habia captado la veneracion y el amor de toda la Grecia. San Pablo, habiéndose visto obligado á salir de Berea de Macedonia, donde predicaba con fruto la religion cristiana; para evitar la persecucion que alli habian levantado contra él varios judios venidos de Tesalónica, se dirigió á Atenas, donde permaneció algun tiempo esperando á su compañero Silas y á su discípulo Timoteo. Durante su mansion en esa ciudad se sintió, dice S. Lucas, grandemente conmovido al ver su apego á la idolatría. Tuvo en ella varias conferencias con los filósofos, principalmente con los epicúreos y estoicos, los que lo llevaron al Areópago para que diese cuenta de su doctrina. El santo apóstol no receló presentarse á esta asamblea, tan temida de Platon, que ocultó en ella sus sentimientos sobre la unidad de Dios y otras verdades importantes de que estaba convencido. San Pablo, al contrario, nada temió; pronunció en ella un discurso, cuyo objeto eran las verdades más importantes del Evangelio del verdadero Dios, de quien era predicador. «Varonos atenienses, les decía, en todo os veo más dados al culto de los ídolos que los demás pueblos de la tierra. Al reconocer vuestras simulacros encuentro un ara con esta inscripcion: *Al Dios no conocido*. Pues este Dios, que adorais sin conocerle, es el que os anuncia; el Dios que ha criado el mundo y cuanto en él se contiene; el cual siendo Señor del Cielo y de la tierra no habita en los templos fabricados por los hombres, ni se deja servir de los hombres porque los

necesite; pues Él es quien dá á los hombres la vida, la respiracion y todas las cosas. Es quien de uno solo hizo nacer todo el linaje humano para habitar en la superficie de la tierra. Prefirió á cada hombre el tiempo de estar en este mundo, y á cada pueblo los limites de su habitacion; debiendo el hombre buscar á Dios, por si acaso, rastreando y discurriendo, pudiese por fortuna hallarle. Aunque no está lejos de cada uno de nosotros, porque en Él vivimos, en Él nos movemos y existimos, como lo dió á entender uno de vuestros poetas, diciendo: que somos del linaje y descendencia de Dios. Siendo, pues, nosotros de descendencia divina, no debemos creer que la divinidad tenga ninguna semejanza con el oro, plata, piedra ó escultura, ni con ninguna obra inventada por los hombres. Dios, pues, habiendo mirado con indiferencia los tiempos pasados, en que han dominado semejantes groseras ignorancias, ahora intima á todos los hombres de todos los lugares, que hagan penitencia; porque fijado está el dia, en que ha de juzgar con justo rigor el mundo, por medio de un hombre constituido por Él, dando á todos testimonio de esta verdad con haberle resuscitado de entre los muertos.» Cuando los asistentes en el Areópago oyeron hablar de la resurreccion de la carne, unos se burlaron de esta doctrina, y otros siguieron el parecer de S. Pablo, y abrazaron la fé de Jesucristo. Dionisio Areopagita fué uno de los últimos.

Hé ahí lo que acerca de la conversion de nuestro Santo nos refiere el texto sagrado. Grande es el honor que Dionisio recibe en tener al mismo Espiritu Santo por el historiador de su conversion: su vida ha acreditado cuan bien correspondió á la divina gracia. Apenas convertido Dionisio, sintió desde luego el grave peso de las riquezas, el inevitable embaraço de los honores, las cadenas aprisionadoras de las humanas afecciones. Creía en Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Duño de todo, lo ve pobre desde su nacimiento hasta su muerte; lo considera naciendo en un establo, reclinado en un pesebre, abrigado con un poco de heno y el aliento de dos animales; lo medita muerto, después desnudo en una cruz. Y Dionisio, que se ha propuesto á Jesús por su modelo, ¿concentrará en vivir rico, gozarse en la opulencia y las comodidades? ¿Jesucristo, Criador de Cielos y tierra, ante quien todo se arrodilla, escoge los oprobios, las afrentas, las humillaciones cuando vive en el mundo; leccion sublime. Y Dionisio, que lo medita en su corazón; y Dionisio, que se ha entregado todo á su Dios y Señor; ¿concentrará todavía en ser honrado, en conservar una dignidad, que le constituye uno de los primeros magistrados de la Grecia? El Verbo encarnado, al ofrecerse en

holocausto al eterno Padre, dice por boca de su real profeta: «Es-erito está de mí, ¡oh Padre mio! desde el principio, que habia de hacer vuestra voluntad: entónces dije: Velme pronto: aquí me teneis.» Cuando el Salvador se dignó explicar sus voluntades á sus discipulos, quociendo verles enteramente libres de todo apego terreno, les dijo: que si alguno amase á su padre, á su madre, á su hermano, á su hermana, y á su mujer, ó á sus hijos más que á Él, no lo reconociera por discípulo suyo. Jesucristo, pues, quiere, que lo entregemos todo nuestro corazón, sin division ni particion. Y Dionisio, que se habia entregado del todo al Señor, que le habia consagrado su amor, su villa, su corazón; ¿podía vacilar un momento, en desprenderse heroicamente de todo afecto, de toda ternura que lo apebase en lo mas mínimo á este mundo, que habia hollado en el santo bautismo; que lo perturbase en la divina armonía de celestiales consue-los, que con tanto fervor procuraba conservar en su corazón? No; Dionisio se entrega, todo á Jesucristo; quiere seguirle por el camino que nos dejó trazado; quiere imitarle en todo; anhela por correr en pos de su Amado y volar á dó quiera le llame; y lleno de un valor heroico, de una fortaleza de alma sobrehumana, distribuye todas sus riquezas entre los pobres por vivir pobre; abandona un puesto distinguido para quedar más desembarazado; menosprecia los honores y las dignidades; renuncia á toda afecion de familia, de parentesco, de amistad, de patria. Exclama con un santo entusiasmo: Mi Dios es para mí todas mis cosas. Mi Jesús, crucificado por mí, es todo el amor mio. Con su maestro Pablo habia puesto toda su honra en la cruz, y decía: Léjase de mí el gloriarme en otra cosa, sinó en la cruz de nuestro Señor Jesucristo.

Y con efecto, estólicis; ¿qué son las riquezas sinó espinas, que punzan el alma, y desgarran el corazón; ¿qué son los honores sinó un ropaje embarazoso, que nos ata, liga nuestros brazos, y embaraza nuestros piés? ¿qué son las afeciones terrenales sinó un peso, que nos carga sobremanera, y nos hace andar inclinados hácia tierra? No son más estas sentencias: están sacadas de las del Espíritu Santo, y son literalmente de los santos Padres de la Iglesia. Todavía más: Jesucristo, nuestro Señor, nos enseña en una de sus parábolas, que las riquezas y los bienes temporales y los cuidados mundanos son espinas, que impiden crecer la buena simiente que el gran Padre de familias arroja en el campo de nuestro corazón. Iguales propiedades á inconvenientes afectan á los honores y á las afeciones terrestres. Deseada, pues, nuestro insigne Santo, quedar enteramente desembarazado de todo lo que pudiera servirle del menor obstáculo para

darse todo al servicio de nuestro Señor Jesucristo, se despojó de todos sus bienes, de todas sus dignidades, de todas sus afeciones. Sabia muy bien, que en presentándose á la arena de la fé, tenía que luchar con los espíritus malignos, que nada poseen que sea suyo propio en este mundo; debemos, pues, luchar desnudos con tales desnudos; porque si nos presentamos á la lucha vestidos, tiene el enemigo de donde agarrarse y hacernos caer. San Dionisio Areopagita nos enseñó, pues, con su ejemplo, á menospreciar las riquezas, los honores, y las terrestres afeciones, para hallarnos libres en el desempeño de nuestros cristianos deberes. Veámosle tambien enseñarnos á no dejarnos intimidar por las amenazas, persecuciones y malos tratos de los enemigos de Dios y de nuestra santa religion.

La fortaleza es una virtud moral, que consiste en un medio prudente entre la pusilanimidad y la osadía ó presunción. Huir siempre del peligro es una flaqueza y cobardía indigna del hombre; hacerle frente en todas ocasiones y sin discernimiento, es un atrevimiento intolerable y peligroso. El varon fuerte es aquel, que no retira su rostro del peligro cuando la religion ó la patria le obligan á acometerlo; pero que se retira cuando así lo exigen las circunstancias, y lo ordena la prudencia. Habiendo nuestro Santo recibido de manos del apóstol Pablo la consagracion episcopal, puesto al frente de la Iglesia de Atenas, la rigió con sabiduría y prudencia celestial: firme en la fé no temió jamás las amenazas de los hombres. Acudia á todas partes en donde las necesidades de la Iglesia lo llamaban. Em- prende el viaje á Roma; confiere los negocios de su Iglesia con el papa S. Clemente, quien le envió á las Galias, en donde se estableció, y fundó la Iglesia de Paris, de la cual fué el apóstol y el primer obispo, segun las tradiciones de la santa Iglesia de Roma. Muchas contradicciones experimentó el Santo, en el ejercicio de su sagrada mision; pero las superó todas en virtud de la fortaleza de que le revistió el Espíritu Santo. Atravesando por medio de mil peligros, venciendo un sin número de dificultades, predicó la fé de Jesucristo en la Grecia, en las Galias y en otras provincias de la cristiandad. ¡Ah católicos! y cómo este valor heroico acusa nuestra cobardía y nuestro temor! Deseamos el bien; deseamos su propagacion; deseáramos que todo el mundo conociese, adorase, amase y sirviese al Señor; pero todo esto sin que ni nuestra salud, ni nuestras conveniencias, ni nuestra vida padezcan en lo más mínimo. Quisiéramos convertir al mundo-entero, pero sin correr el menor peligro; quisiéramos anunciar el Evangelio á todos los principes, á todos los pueblos que todavía yacen en las tinieblas; pero sin exponernos al

furor de una sangrienta persecucion. Los santos no lo han pensado así, y sin duda alguna son jueces más competentes que nosotros en la materia. San Dionisio, muy lejos de temer las persecuciones de los enemigos de nuestra santa religion, se ofrece voluntariamente á predicar en países todavía más feroces que el suyo. Sin embargo, como su vida fué muy larga, pues que murió de edad de más de cien años, el Santo no se expuso imprudentemente á una muerte cierta, cuando no le juzgaba todavía del agrado del Señor. Justamente desconfiado de sí mismo, y poniendo toda su confianza en Dios, nos dió una leccion muy útil para guiarnos en el camino de la perfeccion cristiana y de nuestra propia santificacion; leccion que voy á exponeros en concisas y sólidas razones.

Y con efecto, católicos; la imprudencia en exponerse á los peligros, como tambien á todo género de tentaciones, se funda en una excesiva confianza de sí mismo, ó en una precipitacion en el obrar, nacida de esta misma confianza. Dionisio se venció á sí mismo, reprimió los movimientos de su celo cuando todavía no era llegada la hora de su martirio. Esperaba con santa paciencia el momento tan deseado de ofrecerse ante las aras del sacrificio. Esquivó por un tiempo las persecuciones, se presentó á ellas en otro, con las precauciones que el Señor mismo nos prescribe, y obró siempre con magnanimidad, con igualdad de ánimo, no temiendo el furor de los tiranos, ni provocando su ira imprudentemente. Réstanos ver á Dionisio enseñándonos con su ejemplo á dar generosos nuestras vidas, si necesario fuere, en defensa de la fé.

El sacrificio de sí mismo es lo que caracteriza al héroe cristiano, y este sacrificio fué el que hizo de Dionisio un apóstol, un mártir. El sacrificio de sí mismo le fué impuesto por el celo divino de que se hallaba poseído, así como este celo dimanaba del sagrado fuego de la caridad que abrasaba su corazón. Y con efecto; la caridad es fuerte, y fuerte hasta morir. Y el Apóstol de lo fué señalando las cualidades de la caridad: ¿quién nos separará, dice, de la caridad de Jesucristo? ¿La tribulacion? ¿La angustia? Nada, ni la muerte misma será capaz de separarnos de la caridad de Jesucristo nuestro Señor. Observemos, católicos, esta admirable propiedad del amor divino en nuestro Dionisio. Apenas se siente su corazón poseído de la caridad divina, dulces y sabrosos incendios de amor le abrasan y consumen. Olvidase de sí mismo, y solo piensa en el divino objeto de sus amores, Jesucristo es para él su vida, su todo. Su espíritu se remonta hasta más allá de todo lo criado, contempla los misterios inefabables del empireo; Dios se digna comunicarle, como á su maes-

tro Pablo, luces tan sobrenaturales, que exceden á todo concepto humano. Para enseñanza de los fieles escribe tratados de mística teología, tan elevados, que se manifiesta bien venir del Cielo la luz que despiden. Solo un ingenio privilegiado, admitido á las más sublimes comunicaciones, ha podido dejarnos explicados misterios tan elevados.

Uno de los efectos principales de la caridad divina es el celo por la honra de Dios. Dionisio ansia por darlo á conocer en todas partes. Llora amargamente la ceguera del gran pueblo de Atenas; predica, instruye, discute, arguye, defiende, reprende. Busca á unos, solicita á otros, edifica á muchos con su santidad y ejemplos de mansedumbre. Llénase de una santa alegría al ver, que el Señor bendice sus esfuerzos y sus sacrificios, y tiene el consuelo de establecer en el mismo Atenas una Iglesia muy florida, y un semillero de la fé más pura, y de la virtud más acendrada. Deja la Grecia, pasa á Roma, y con mision del papa S. Clemente parte á las Galias, que encuentra sumidas en la más espantosa idolatría. Predica por todas partes á Jesucristo crucificado; enseña su sagrada doctrina en las ciudades, y en las aldeas; en las casas, en las calles, en las plazas y en las juntas de las gentes. Se le amenaza, se le persigue de muerte; Dionisio nada teme; continúa su predicacion. Convierte millares á la fé, los bautiza, y fortalece en la fé recibida por medio de celestiales instrucciones. Se le cita á un tribunal; se presenta, y en él predica en voz alta á Jesucristo. Va á Paris, ciudad á la sazón limitada á dos grandes islas, que formaba el rio llamado entónces *Seguana*, y hoy el Sena. Conoce que esta ciudad es el término de su carrera evangélica. Predica en ella; predica en todos los alrededores; y este hombre admirable convierte gentes innumerables. De todas partes acuden á él para oír la palabra evangélica: su grey se aumenta milagrosamente. En poco tiempo tiene el consuelo de ver la cristiandad floreciente en el territorio que le estaba designado por la divina Providencia.

Muévense en el entretanto muchas y muy crueles persecuciones contra los cristianos: muy lejos de huir, acude á todas partes á animar á unos, á levantar á otros, á sostenerlos á todos, logrando con sus exhortaciones y su valor heroico ver coronados mártires á una multitud de sus hijos. Pero llegó, en fin, el momento de ofrecerse él á su vez tambien en víctima ante el altar del sacrificio. Una nueva persecucion se mueve; el tirano quiere á toda costa apoderarse del anciano obispo y padre de todos los cristianos: Dionisio es presentado ante el tirano; confiesa de nuevo á Jesucristo; y lo anuncia

con tal energía y valor, que el tirano enmudece. Pero para que el Santo no perdiese tan bella ocasion de verter su sangre por su amado Salvador, nuestro Señor Jesucristo, el tirano lo manda decapitar fuera de París; y es tradicion, que el santo mártir llevó su cabeza cortada entre sus manos casi por espacio de dos mil pasos; milagro, que segun la misma tradicion, contribuyó á la conversion de muchos idólatras, y á la conservacion de las preciosas semillas que el santo apóstol de París habia echado en este campo, que tantos y tan copiosos frutos habia de dar á la divina religion; que jamás ha cesado de ser venerada en aquella célebre capital, aun en los tiempos de la mayor impiedad; favor que se atribuye á la proteccion del glorioso S. Dionisio, su apóstol. Dionisio, pues, nos enseñó con su ejemplo, á dar generosos nuestra vida en defensa de nuestra santa fé, cuando así lo exige la honra de Dios y nuestro deber.

Amados míos en el Señor; no puedo terminar este discurso de un modo más análogo á la solemnidad que aquí nos tiene reunidos, que exhortándoos con todas mis fuerzas y de todo mi corazón, á que consideréis nuestra vida como una vida de holocausto, como un sacrificio continuo, perenne, que sin cesar debemos ofrecer al Señor ante las aras de su sacratísima y benditísima voluntad. En presencia de una vida tan heroica como la del insigne Dionisio Areopagita, no nos queda ningun pretexto que alegar: Linaje, dignidades, riquezas, una alta consideracion social, nada de eso fué capaz de detener á su grande alma á correr presuroso y siempre impávido y siempre constante por la senda del sacrificio. Así alcanzó esos inmortales laureles con que le coronó el Señor en el día de su triunfo. Así nos enseñó con su ejemplo, no solo á menospreciar los honores, dignidades y bienes temporales; no solo á marchar impávidos por la senda de nuestros sagrados deberes sin jamás temer á los enemigos de Dios; sino á dar generosos nuestras vidas en defensa de la fé, cuando así lo exige la honra de Dios; y á mirar nuestra vida como un perenne sacrificio de nosotros mismos en las aras santas de la divina religion. Si tales son nuestros deseos, si tal es nuestra conducta durante nuestra peregrinacion en este mundo, conlemos en la infinita bondad del Señor, que nos recompensará como al ilustre Areopagita S. Dionisio con los inmortales laureles de la gloria. *Amén.*

PANEGÍRICO

DE SANTO DOMINGO DE SILOS, ABAD Y CONFESOR.

Zelo celatus sum pro Domino Deo exercitum.

Me abraso de celo por ti, oh Señor Dios de los ejércitos.

(III REG. XIX, 10).

Admirables y asombrosos son los efectos del amor divino, cuando llega una vez á apoderarse de un alma grande ó de un corazón generoso. Él es un fuego vivo, que no deja nunca de estar en accion. Enemigo declarado del ocio, idea siempre nuevos planes, forma nuevos proyectos; y con qué intrepidez los acomete! con qué magnanimidad y aliento los prosigue! Lejos de acobardarle las dificultades, en vez de desanimarle los peligros, le añaden nuevos estímulos; y cuando parece corrido el camino para el logro de sus fines, entónces relobla más que nunca su vigor. Con razon el Espíritu Santo le compara en su fortaleza á la muete, á la cual nada resiste, y en su tenacidad al Infierno, que nunca cede. El hombre, que ama de veras, no tiene ni respetos que le impidan, ni obstáculos que le detengan. No sabe qué es trabajo, no conoce qué es fatiga, no entiende lo que quiere decir repugnancia para amar; y si alguna vez siente pena, es porque no ama mucho más. Donde principalmente se descubre su ardor, su generosidad y su figura, es en el celo con que procura la honra de su amado. El verdadero amante siente con mayor viveza las ofensas que se hacen al objeto de sus amores que las suyas propias; y á trueque de repararlas ó impedir las, sacrificará gustoso cuanto tenga, se sujetará á toda suerte de humillaciones y tormentos; y aún derramará, si es preciso, toda la sangre de sus venas. Desea que todos vivan tan enamorados como él, lo solicita, lo ansia; y al ver que con meros deseos no lo alcanza, piensa en los medios más activos para con-

con tal energía y valor, que el tirano enmudece. Pero para que el Santo no perdiese tan bella ocasion de verter su sangre por su amado Salvador, nuestro Señor Jesucristo, el tirano lo manda decapitar fuera de París; y es tradicion, que el santo mártir llevó su cabeza cortada entre sus manos casi por espacio de dos mil pasos; milagro, que segun la misma tradicion, contribuyó á la conversion de muchos idólatras, y á la conservacion de las preciosas semillas que el santo apóstol de París habia echado en este campo, que tantos y tan copiosos frutos habia de dar á la divina religion; que jamás ha cesado de ser venerada en aquella célebre capital, aun en los tiempos de la mayor impiedad; favor que se atribuye á la proteccion del glorioso S. Dionisio, su apóstol. Dionisio, pues, nos enseñó con su ejemplo, á dar generosos nuestra vida en defensa de nuestra santa fé, cuando así lo exige la honra de Dios y nuestro deber.

Amados míos en el Señor; no puedo terminar este discurso de un modo más análogo á la solemnidad que aquí nos tiene reunidos, que exhortándoos con todas mis fuerzas y de todo mi corazón, á que consideréis nuestra vida como una vida de holocausto, como un sacrificio continuo, perenne, que sin cesar debemos ofrecer al Señor ante las aras de su sacratísima y benditísima voluntad. En presencia de una vida tan heroica como la del insigne Dionisio Areopagita, no nos queda ningun pretexto que alegar: Linaje, dignidades, riquezas, una alta consideracion social, nada de eso fué capaz de detener á su grande alma á correr presuroso y siempre impávido y siempre constante por la senda del sacrificio. Así alcanzó esos inmortales laureles con que le coronó el Señor en el día de su triunfo. Así nos enseñó con su ejemplo, no solo á menospreciar los honores, dignidades y bienes temporales; no solo á marchar impávidos por la senda de nuestros sagrados deberes sin jamás temer á los enemigos de Dios; sino á dar generosos nuestras vidas en defensa de la fé, cuando así lo exige la honra de Dios; y á mirar nuestra vida como un perenne sacrificio de nosotros mismos en las aras santas de la divina religion. Si tales son nuestros deseos, si tal es nuestra conducta durante nuestra peregrinacion en este mundo, conlemos en la infinita bondad del Señor, que nos recompensará como al ilustre Areopagita S. Dionisio con los inmortales laureles de la gloria. *Amén.*

PANEGÍRICO

DE SANTO DOMINGO DE SILOS, ABAD Y CONFESOR.

Zelo celatus sum pro Domino Deo exercitum.

Me abraso de celo por ti, oh Señor Dios de los ejércitos.

(III REG. XIX, 10).

Admirables y asombrosos son los efectos del amor divino, cuando llega una vez á apoderarse de un alma grande ó de un corazón generoso. Él es un fuego vivo, que no deja nunca de estar en accion. Enemigo declarado del ocio, idea siempre nuevos planes, forma nuevos proyectos; y con qué intrepidez los acomete! con qué magnanimidad y aliento los prosigue! Lejos de acobardarle las dificultades, en vez de desanimarle los peligros, le añaden nuevos estímulos; y cuando parece corrido el camino para el logro de sus fines, entónces relobla más que nunca su vigor. Con razon el Espíritu Santo le compara en su fortaleza á la muete, á la cual nada resiste, y en su tenacidad al Infierno, que nunca cede. El hombre, que ama de veras, no tiene ni respetos que le impidan, ni obstáculos que le detengan. No sabe qué es trabajo, no conoce qué es fatiga, no entiende lo que quiere decir repugnancia para amar; y si alguna vez siente pena, es porque no ama mucho más. Donde principalmente se descubre su ardor, su generosidad y su figura, es en el celo con que procura la honra de su amado. El verdadero amante siente con mayor viveza las ofensas que se hacen al objeto de sus amores que las suyas propias; y á trueque de repararlas ó impedir las, sacrificará gustoso cuanto tenga, se sujetará á toda suerte de humillaciones y tormentos; y aún derramará, si es preciso, toda la sangre de sus venas. Desea que todos vivan tan enamorados como él, lo solicita, lo ansia; y al ver que con meros deseos no lo alcanza, piensa en los medios más activos para con-

seguirlo, y no vive tranquilo hasta haberlos aplicado. Tal es la naturaleza del celo, y tales los caracteres con que se ha dado á conocer en cuantas almas llegó á echar raíces. Pudiera, hermanos míos, ofrecer á vuestra atención innumerables testimonios que comprueban esta verdad; pudiera presentaros mil víctimas ilustres del celo que saldrían fadores y garantes de lo que acabo de decir; pero ni vosotros tenéis necesidad de esta prueba, ni debo yo tomar tampoco sobre mí tan árduo empeño, teniendo á mi vista un héroe insigné, que nos muestra las prodigiosas cualidades del celo, cuando éste se halla fundado en la base de un amor ardiente. Domingo de Silos, gloria de nuestra nación española, es el héroe de quien hablo. Él pudo decir como Elias: Yo me abraso de celo por ti, Señor Dios de los ejércitos; pues consagró su vida de pensamiento y de acción á hacer brillar en toda su magnificencia las virtudes evangélicas; á devolver su antiguo esplendor á las instituciones religiosas, tolerando para eso una oposición la más cruda y terrible. Los principios católicos encontraron en él un apoyo el más firme; las inmundidades eclesiásticas un protector decidido; las santas tradiciones un defensor intrépido.

El celo fué el carácter distintivo de Domingo, y será en este día el objeto de mi discurso. Pidamos antes los auxilios de la gracia: A. M.

En corazón bueno, un alma sensible y propensa naturalmente á la virtud, es el don más precioso con que el Señor puede enriquecer á una criatura al salir de su omnipotente diestra. Mas ¡cuán pocos son, no obstante, los que habiendo recibido esta prenda del amor divino, saben aprovecharse de ella para su propia felicidad! Las más bellas disposiciones se ven, por lo común, malogradas, merced á los malos ejemplos del vicio, que destruye en un momento la obra del Criador; substituyendo gérmenes de corrupción é insatios de perversidad á aquellos sentimientos nobles y virtuosos, que, bien cultivados, hubieron producido indudablemente los más sazonados frutos de santificación. Muy al contrario de esto es lo que admiramos hoy en Domingo. Nacido en una época infesta para la virtud, supo conservar intactas y puras aquellas buenas disposiciones, que la mano creadora imprimió en su alma al salir á la luz de este mundo; y cultivándolas con cuidado, desde muy temprano se dejó ver embellecido de la perfección cristiana. Sus cristianos padres, descendientes de los señores de Vizcaya y de los reyes de Navarra, le vieron crecer á su lado y caminar por la senda de la virtud, sin declinar á la diestra ni á la izquierda. En la villa de Cañas, cerca de Santo Domingo de la Calzada, don-

de nació, hizo admirar por sus costumbres, que nada tenían de pueril ni de aquellos juegos que parecen inseparables y tan propios de la edad de los niños. Su única diversion, todo su recreo y sus ansias consistían en ir al templo del Señor con sus padres, y derramar allí su corazón en la presencia de Dios, ofreciéndose todo á su servicio. La santidad de Domingo parece que se anticipa á sus años. Su corazón dócil y tierno se dirige desde la más tierna edad á Dios, que tanto se complace en los inocentes obsequios de su siervo. Sus primeros suspiros le imploran; sus primeras lágrimas corren por él, y el primer empleo que hace de su corazón es entregárselo enteramente. Apenas conoce la penitencia, y ya es penitente; apenas conoce al mundo, y ya le teme y evita sus peligros.

Elige la ocupacion de guardar el ganado de sus padres, porque le parece el más propio para conservar la inocencia y unirse más estrechamente con Dios. En nuestros días, esta ocupacion parecerá poco á propósito para formar un héroe; pero no olvidéis, oyentes, que los hombres más célebres de la historia han tenido por lo común unos principios humildes, lo que, lejos de disminuir en nada su mérito posterior, ha contribuido á darle mayor realce. Un pastor fué quien quebrantó las cadenas de un pueblo grande y numeroso, que aún hoy mismo excita los más bellos recuerdos en los anales de la humanidad; y después de haberlo dado leyes, le condujo á través de los mayores peligros al país de sus padres, y restauró su nacionalidad, dándole con la libertad todos los bienes de que gozó por largos años. Un pastor fué quien humilló para siempre el poder del más temible enemigo del pueblo de Dios, pasando después á ser el monarca más ilustre de la antigüedad. Pastores fueron Abraham, Isaac y todos esos personajes bíblicos, que figuran en primera línea en los primitivos siglos. Domingo, mientras apacienta las ovejas, eleva su alma al Criador supremo. En el espectáculo de la rústica naturaleza ofrece á sus ojos, halla una vena fecunda de ideas las más sublimes. El manso arroyuelo, que serpentea risueño entre las yerbas, excita en Domingo un ardiente anhelo de correr en pos de su Dios, y de precipitarse en su seno. La flor, que matiza y alfombra los prados, y embalsama el ambiente con sus gratos perfumes, le convida á evaporarse en suave olor de virtud en obsequio de Aquel á quien entrañablemente ama. Al oír el ruidoso fragor de los vientos, que hacen bambolear las copudas cimas de los árboles, engrandece el poder y la fuerza de la divina diestra. Nada hay para él indiferente: el sol, lo mismo que el cinife imperceptible que gira en el espacio, arrancan de su pecho afectos sublimes y patéticos; y fija sus ojos en Aquel, que es el con-

tro de la verdadera grandeza, solo encuentra solaz y reposo en la idea consoladora, en la esperanza firme, de disfrutar un día de los resplandores del divino Sol de justicia, que no tiene oriente ni ocaso, y cuya duración es la eternidad.

Sin embargo, abandona más tarde esta ocupación para dedicarse al estudio de las letras, en las cuales hizo bien pronto notables progresos. Su aplicación constante al estudio no le hace olvidar el temor santo de Dios, principio y base de la ciencia; al par que se consagra á cultivar su inteligencia con sólidos conocimientos, se esmera en enriquecer su alma con las más hermosas virtudes. Así establece los cimientos de aquella santidad, que un día debe colocarle en la cumbre del verdadero honor; de esta manera se dispone á ser en breve un monumento admirable de las bellezas evangélicas, cuya acción debe ejercer un poderoso influjo en los destinos de muchos, y proporcionar no escasas ventajas á toda la Iglesia española. Su ciencia y su virtud le hacen digno de la dignidad sacerdotal; pero él la rehusa, y no se somete á ella sino cuando se ve obligado á hacerlo por la obediencia á sus prelados. Su compostura, su celo, su recogimiento, le señalan por el modelo y ejemplar de su pueblo; él es la admiración y edificación de sus vecinos; él los contiene y retiene con su presencia, los enseña con sus palabras y su doctrina, los corrige con sus amonestaciones paternales, los consuela en sus trabajos, los ayuda en sus desgracias; nada parece que le falta de lo que constituye á un ministro celoso de Jesucristo. Pero, cuantas más virtudes adquiere Domingo, ménos le parece que posee; cuanto más se acerca á la perfección, suspira tanto más y se lamenta por no haberla aún comenzado; así es, que al año y medio de ser sacerdote, pareciéndole que en la vida solitaria hallaría más pronto la perfección á que aspiraba, sin dar noticia á nadie se huyó á un desierto.

Seputado en la oscuridad del desierto, se dispone con la oración y las vigiliat á desempeñar mejor la misión que le prepara el Cielo. Su vida es áspera y penitente, si miramos á los rigores con que atige á su cuerpo; pero la más dulce y tranquila si atendemos á los favores con que el Cielo le regala. Vive entregado todo á Dios, sin más esperanza, sin más deleites que buscarle con amor y con los ejercicios de su fervorosa piedad. Vive extenuado con los ayunos, inundado en lágrimas, vestido de un tosco saco, más bien para mortificarse que para defenderse de las inclemencias de las estaciones; alimentado con las yerbas que crecen entre las peñas, no para prolongar los días de su vida, sino para prolongar sus penitencias. Sin embargo, como desconfía siempre de sí mismo, no se cree seguro

con estas austeridades; se persuade de que no pasará de los principios de la perfección cristiana, mientras no se ponga bajo la dirección de algún maestro espiritual. ¡Espíritu maligno, que tan sagazmente acometes á los justos y los despojas á veces de su virtud, introduciendo en su corazón un orgullo casi imperceptible, nó, no triunfarás de Domingo! Está profundamente radicado en la humildad, en una humildad constante y activa; cuanto más adelanta en la virtud, tanto más se reputa por la misma fragilidad y miseria, más desconfía de sí mismo: por eso abandona los horrores del desierto y se dirige al monasterio de S. Millán, para aprender con la voz y el ejemplo de los monjes los caminos de Dios.

Bien pronto conocieron éstos que la humildad, la paciencia, la mortificación, la caridad y todas las virtudes que forman á un religioso perfecto se hallan en Domingo, y le admiten gustosos en el número de sus hermanos. Desde sus primeros pasos se coloca á la altura de los más avanzados en la virtud, y es el asombro de los que han encanecido en las austeridades, un motivo de confusión para los tibios, un objeto de emulación para los fervorosos; y como un sol que todo lo ilumina, como un fuego misterioso que comunica sus ardores á los pechos de los más indiferentes en el cumplimiento de sus deberes. El abad, para probar su obediencia, le nombra superior del monasterio de Sta. Maria de Cañas, que se hallaba arruinado, sin hacienda, sin provisiones y sin recurso alguno. La verdadera obediencia no conoce dificultades, ni manifiesta repugnancia; por eso Domingo pasa al instante á su destino. Se ocupa en el trabajo de manos con sus súbditos para ganar la subsistencia precisa, sin allear por eso la observancia religiosa; y al mismo tiempo excita la piedad de los fieles, hace un llamamiento general á sus compatriotas. Muy pronto acuden de todas partes personas virtuosas á visitarle y á ofrecerle limosnas; y no han pasado dos años, cuando tiene el consuelo de ver restaurado el monasterio, concluido el claustro, acabada la fábrica de la iglesia, y provista de todo lo necesario para el servicio del Señor. No se limita su celo á hacer brillar el esplendor material de la casa de Dios; quiere también que aquella mística Jerusalén sea llamada casa de santificación. Sabe que el culto católico influye poderosamente para arraigar las creencias de los pueblos; conoce que la armonía de los cánticos sagrados, la gravedad de las ceremonias, el perfume de los incensos quemados bajo las bóvedas del templo, tienen un prodigioso ascendiente sobre el corazón de los fieles, y producen á veces los más felices resultados en el mejoramiento de las costumbres; empero, persuadido aun más de que las virtudes de

los ministros del Señor son las piedras que más embellecen este místico edificio, y que sin ellas la moral pública jamás podrá sostenerse en toda su pureza. procura por todos los medios que están á su alcance fomentar en aquel nuevo plantel la rigidez de la vida monástica, y á hacer florecer en él las bellezas evangélicas; ¡Y con qué éxito tan feliz! Muy pronto empiezan á acudir á aquel santuario muchas gentes á abrazar la vida monástica; y entre el crecido número de los nuevos monjes cuentanse algunos hermanos de Domingo y su mismo padre, que lleno de religioso fervor, corre también á sepultar sus encanecidos cabellos en la oscuridad del claustro bajo la dirección de su hijo.

Mientras Domingo consagra su vida de pensamiento y de acción á hacer brillar en toda su magnificencia las virtudes evangélicas, manifestándolas prácticamente en sí mismo, y fomentando en sus próximos el amor hacia ellas, el Señor le prepara una ocasión en que su celo debe mostrarse en su grandeza, luchando con un poder temible por el sostenimiento de la inmunidad del santuario. La voz de la obediencia le llama de nuevo á su primitivo asilo de S. Millán para ejercer en él el cargo de prior. A él está confiada la dirección inmediata de aquella vasta comunidad; él la conserva en todo su esplendor, y con su ejemplo hace que todos avancen en la perfección. Pero su misma solicitud en mirar por el bien de su monasterio dá motivo á una persecución que se levanta contra él, y le obligará á abandonar aquella tierra. Un nuevo Antioch intenta renovar las escenas que un día lloró el antiguo templo de Jerusalén. El rey de Navarra y de Rioja, don García de Nogera, se presenta en aquel venerable asilo, y con atrevida mano pretende despojarle de las riquezas con que le habían dotado sus predecesores. Nadie osa oponerse á sus sacrilegas exigencias; todos los circunstantes permanecen mudos en presencia del monarca cuyo enojo temen; ni uno solo hay que despegue sus labios para hacer frente á tan impío proyecto. Domingo, al ver que el abad, á quien tocaba salir á la defensa de tan sagrada causa, es el primero que comienza á doblegarse á las demandas del mal aconsejado príncipe, rompe el silencio, y con varonil acento le hace ver, que á nadie es lícito usurpar los bienes de la Iglesia; pues aunque los tesoros dimanaban de los reyes pasados, dejaron de ser suyos luego que los dieron á Dios. Enfurecido el monarca con esta y otras respuestas del santo varón, insiste con fiereza; Domingo se niega á acceder á sus intentos; aquél amenaza; éste resiste. «Serás víctima de mi enojo, dice el rey, y pagarás con la vida tu atrevimiento.—En buen hora, contesta el Santo, pero no seré traidor á mi ministerio. Po-

drás hacer perecer mi cuerpo, pero mi alma para vivirá á despecho de tu venganza, y será digna del Dios cuya causa defiendo.» Estas palabras tomó el monarca por desprecio de su persona, é intimó al abad que privase á Domingo del priorato, y le arrojase del monasterio. Cede el abad; Domingo vive errante y fugitivo por los desiertos de la Rioja, apurando el cáliz de la amargura y tolerando todo género de privaciones y molestias; pero no por eso se disminuye su fortaleza, ni decrece en lo más mínimo su ardoroso celo. Purificado en el fuego de la tribulación, adquiere un brillo mayor que antes. Si en aquella tierra no puede ya ejercer su ministerio, irá á ejercerlo á otra, en donde pueda consagrarse tranquilamente al servicio de sus hermanos.

Con efecto, Domingo pasa á Castilla, se presenta en Burgos, córte entónces de D. Fernando I. Alli, como en todas partes, su santidad edifica, sus ejemplos ilustran, y su celo derrama luces tan brillantes, que no pueden ocultarse por más que su humildad lo procure. Su celebridad le sigue por dó quiera; y el sábio lo mismo que el ignorante, el rico como el pobre, el jóven y el anciano, ván á pedirle luz en sus dudas, á consultarle en sus negocios, y á someterse á su dirección. El mismo rey de Castilla pone en él los ojos, para llevar á cabo el gran proyecto de restaurar el célebre monasterio de S. Sebastian de Silos; y con acuerdo del obispo de Burgos, le nombra prelado de aquella casa, arruinada ya casi enteramente, así en lo espiritual como en el temporal. Allá marcha Domingo en alas de su celo; al entrar en la iglesia del monasterio, Liciniano, que estaba cantando la misa mayor, en vez de decir: *Dominus nobiscum*, el Señor sea con vosotros, dice: *Ecco reparator venit*, mirad, ya viene el restaurador; y el coro responde: El Señor es quien le ha enviado: *El Dominus misit eum*. Domingo, desde luego, dá principio á su obra bajo los más favorables auspicios. ¡Con qué fervor se ocupa en reparar las quiebras que ha sufrido la disciplina monástica! ¡Con qué interés se dedica á extirpar de raíz los abusos! ¡Cuánta es su solicitud en recobrar las haciendas perdidas y aumentarlas, para que, asistidos con estas reatas, los monjes queden desembarazados del cuidado que trae consigo la carostia de lo temporal, y así no piensen en otra cosa que en hacer cada vez mayores progresos en la perfección! ¡Cuántos sus desvelos por acrecentar el número de monjes, para que Dios sea servido con mayor decoro! Andando un día con esta solicitud y ansia muy encendida, es consolado con una vision maravillosa. Parecele ver un rio de donde salen dos arroyos, uno blanco á manera de leche, otro purpúreo como si fuera de sangre. Un puente sumamente

angosto y de una materia como de cristal, atraviesa por medio el río. Al otro lado aparecen dos personajes de sobrehumana belleza, vestidos de candidos ropajes, ceñidos con cintos de oro muy resplandeciente. Uno de ellos tiene en la mano dos coronas de oro bruñido; el otro una sola, pero mucho más resplandeciente y engastada de piedras preciosas. El de las coronas le llama; el Santo no se atreve por lo angosto y frágil del puente. Instale el ángel; Domingo obedece; y ostentando ya al otro lado le dice: Estas dos coronas que ves, te las envía Dios en premio de tus merecimientos. ¿Qué mérito hay en mí, replica el Santo, para recibir tal galardón y por tales ministros? La primera, añade el ángel, te la dá Cristo porque le seguiste, despreciando el mundo; y si perseveras hasta el fin, con el mismo propósito, la gozarás eternamente. La segunda corona es por haber restaurado la iglesia de Sta. Maria de Cañas, por el tierno amor que tienes á la Madre de Dios, y por haberle consagrado tu virginidad. Esa otra corona que ves, te se reserva en recompensa del celo con que levantarás desde los cimientos el monasterio de Silos, volviéndole á su primer esplendor, y por las muchas almas que en él ganarás para Dios. Dicho esto, la vision desaparece, y Domingo se dedica con nuevo fervor á restablecer el monasterio con sus ejemplos y exhortaciones. El ménstrase siempre incansable en el trabajo, es el más constante en las vigillas, el más puntual en la oracion, el más austero en la penitencia; en la caridad inimitable, en la mansuedumbre sin segundo, en el amor paternal cual ninguno, y en todas las virtudes un modelo perfectísimo.

El Señor le concede el don de hacer milagros, y los obra en abundancia. ¡Qué espectáculo tan consolador y edificante! Una multitud de enfermos espera á las puertas del monasterio todos los dias, para ver á Domingo y pedirle el socorro de sus males, y todos salen consolados y socorridos. Infinitos cautivos cristianos se encomiendan á él desde sus mazmorras, y se hallan libres á las mismas puertas del monasterio, donde dejan en testimonio las cadenas y demás instrumentos de su cautiverio. De estos milagros toma ocasion Domingo para inclinar las voluntades de todos á que sigan la ley del Señor. Pondera lo cadúco y perecedero de esta vida, las excelencias de la virtud, la gloria destinada para todos los que amen de veras á Dios. Es un Moisés explicando la ley. A su alrededor se hallan hombres á quienes acaba de restituir la vista, los miembros perdidos, la paz interior: hombres penetrados de gozo y de gratitud ¿qué queréis que nieguen á quien acaba de hacerles tan señalados beneficios y que no les pide otra retribucion sino el que amen y sirvan á Dios,

que le concedió á él cuanto les dispensa? Por todas partes se ve la mudanza de costumbres, se oyen las conversaciones religiosas, y se renueva la fé y la piedad. Los reyes, los grandes y los pueblos, todos quieren manifestar su gratitud, ofrecer sus dones al Santo, y enriquecer al monasterio con privilegios y limosnas.

Así logra Domingo ver levantada de nuevo aquella mistica Sion, donde una multitud de corazones, nacidos para lo invisible y eterno, suspiran por la inmortalidad. Por él recobra el monasterio de Silos sus antiguos derechos, se ven restaurados sus muros casi derruidos; y el interior del edificio reformado en su totalidad. Por él adquiere un prodigioso incremento el número de sus moradores, y el culto divino se sostiene en toda su magnificencia. Por él reina allí la concordia y la paz del espíritu, que forman las delicias de una multitud de hombres, que, olvidados enteramente del mundo, solo apetecen los gozes celestiales. Tiempo es ya de que Domingo reciba el premio por haber fomentado la perfeccion monástica, promovido á costa de desvelos y de heroica abnegacion la reforma de las costumbres, creado nuevos gérmenes de moralidad en todas las clases y estados, generalizado los buenos ejemplos y las puras doctrinas del catolicismo, y resucitado el esplendor del santuario. Su celo extraordinario le hace acreedor á ceñir la corona que un día le prometiera el ángel del Señor. Veille postrado en el becho de muerte, y rodeado de un coro de hermanos, que derraman amargo llanto por su ausencia. Domingo les exhorta á llevar á cabo la obra comenzada, y á perseverar fieles en su santa vocacion; en seguida dá el ósculo de paz á los que deja en este mundo, levanta los ojos al Cielo en ademán de hacer oracion; y al dejar caer los brazos sobre el pecho, exhala el último suspiro, y vuela á unirse con su Dios en la region de la eterna dicha.

Goza ya, esclarecido Santo, las dulzuras y placeres de la bienaventuranza eterna, á que entrasteis despues de una muerte preciosa; pero no os olvidéis de los que hoy os tributamos un homenaje de admiracion y de amor. Alcanzadnos á todos las gracias que necesitamos para imitar vuestros ejemplos; haced que, llenos de celo por la gloria del Señor, procuremos que todos le alaben y bendigan, para que todos lleguemos despues á gozarle en el Cielo.

PANEGÍRICO

DE SANTO DOMINGO DE LA CALZADA, CONFESOR.



*Eric illi gloria eterna.
Será eterna su gloria.
(EccI. XIII, 30.)*

La gloria que viene de la virtud no acaba con la muerte. Este término fatal de todas las grandezas humanas asegura para siempre la celebridad de los justos. Nada más ridículo que los monumentos, con que los hombres procuran pasar á la posteridad la memoria de su soberbia. Las colosales pirámides, los magníficos mausóleos, las hinchadas inscripciones, son una prueba pública de la pequeñez de aquellos cuyas cenizas conservan. Suelen los grandes vicios dar un nombre grande; pero un nombre de horror, que asusta á la humanidad, y al cual ni las piedras, ni las estatuas hacen immortal. ¿Qué aprovechan éstas, y qué pueden enseñar las piedras? Las inscripciones dan una vida gramatical, que se acaba gastándose una letra; ambición pueril, que ofrece á la posteridad el testimonio de una vanidad temerosa de la severidad de los que vendrán después; quienes, ni obligados por el temor, ni movidos del interés para adular los muertos, suelen condenar al héroe, mientras alaban la mano del artífice que labró su sepulcro.

Pero la virtud, despreciando esa gloria vana, arbitraria y contingente, hace immortal el nombre de los justos. Ni las vicisitudes de los tiempos, ni la preocupación de las naciones, ni el trastorno de los imperios, pueden desvanecer la gloria de un hombre virtuoso y benéfico, cuya memoria se perpetúa entre las bendiciones de los pueblos. Perecerán los monumentos de aquellos que hicieron callar la tierra con el estruendo de sus armas: los bronces y los mármoles no son eternos; mueren, en cierto modo, ó por olvido, ó por su

ruina; pero la virtud graba su imagen en las almas, y estos seres inmortales llevan consigo el testimonio eterno de la gloria de un justo, con la idea de la virtud de la cual fué modelo.

Esta es, hermanos míos, la reflexión que promueve en nosotros el objeto de estos cultos. Hoy celebramos la festividad de Sto. Domingo de la Calzada, que no fué ni un doctor de la Iglesia, ni un predicador elocuente del Evangelio, sino un hombre oscuro, pero que practicó las más sublimes virtudes; por eso el Señor ha hecho immortal su nombre. Cubierto con el modesto velo de la humildad, pasó su vida en obras de heroica beneficencia; trabajó por su religión sin olvidarse de su patria; honró á Dios con sus virtudes é ilustró á los hombres con sus ejemplos; promovió la piedad con su constante adhesión á las máximas del Evangelio; y fomentó el bienestar de la humanidad con sus incansables servicios; por eso la España se gloria de ser su madre; gloria sin comparación las demás honras que la enaltecen, y los fieles publican sus lauros y sus triunfos. Si el deseo de una gloria vana y de un nombre immortal agita y trastorna á los hombres, hasta hacerlos olvidarse de sí mismos, y emprender aquellas acciones temerarias que admiran aturridos los mortales; ¡jamable virtud! tú sola puedes llenar la santa emulación de los justos; tú sola debes ser el objeto de nuestra ambición, porque tú sola tienes el privilegio de hacer eterna é immortal la gloria de tus héroes. La que dan las conquistas y las acciones que el mundo llama grandes, se eclipsa con la muerte y se desvanece con el tiempo, quedando apenas un rastro de luz semejante á la débil que deja un astro cuando se sepulta bajo del horizonte; la de los justos vive siempre, y su nombre será eterno. Demostremoslo con el ejemplo de Domingo; pero ántes imploremos los auxilios de la gracia: *A. M.*

El cristianismo necesitaba en el siglo undécimo desarrollar su esencial santidad, ofreciendo ejemplos capaces de hacerlo respetable á unos, y de despertar en otros el amor hacia sus divinas máximas. Ambas cosas llenó cumplidamente, produciendo el varón justo, cuya festividad hoy celebramos, destinado á ser un modelo de la perfección cristiana, en quien se verían retratadas todas las cualidades que constituyen la bondad característica de la Religión santa, que nos trajo del Cielo el Salvador del género humano. Por uno de aquellos favores con que suele Dios allanar el camino de sus escogidos, recibió con su nacimiento unos padres justos, que caminaban por las leyes y preceptos del Señor sin impaciencia ni queja. Cuidados infatigables para darle

una educación religiosa, ejemplos domésticos, consejos saludables, lecciones vivas y prácticas de la virtud, todo estuvo pronto en la casa de los padres de Domingo; que, aunque pobres en bienes de la tierra, vivían en la virtud, que es la riqueza más estimable. Tan luego como pudo adquirir algún conocimiento de los lazos en que el mundo suele aprisionar á la juventud inexperta, se decide á huir de él, desearo de consagrarse al servicio de Dios en el retiro de la soledad. Abandona la casa de sus padres, sale de Villoria, su pueblo, y encamínase al monasterio de Valvanera, de la Orden de S. Benito. El abad oye las humildes súplicas de Domingo, mas no las admite; y Domingo queda privado de este recurso. Con el mismo propósito se dirige al monasterio de S. Millán de la Cogulla, y es igualmente desatendido. ¿Desconfiará del Señor ó abandonará su resolución de vivir muerto y separado del mundo? Viendo que todas las puertas se hallan para él cerradas, todos los ojos sortidos á sus plegarias, se persuade de que la voluntad divina, no accede á servirle de él en aquel estado de vida; y constante en su propósito de dedicarse al servicio de Dios separado del mundo, va en busca de un santo ermitaño, que hacía vida solitaria y contemplativa en un bosque cercano al monasterio de S. Millán. Sal, dichoso solitario, sal á recibir á este joven fervoroso que el Cielo te envía, para que le consules, le animes y fortifiques en sus santas resoluciones. Sal á recibir á este nuevo solitario, que arde en deseos de despojarse del hombre viejo y vestirse del hombre nuevo.

El ermitaño recibe con agrado á su huésped, le oye con paciencia y con gusto, le habla del desprecio del mundo y del desapego que debe tener de él, le dá sublimes instrucciones para arreglar su vida, y le ofrece su pobre celdilla para que se quede en ella, diciéndole, que él buscará otro sitio en donde continuará su vida solitaria. Rehusa Domingo tan generosa oferta; y edificado con aquel ejemplo, é instruido con los consejos del virtuoso anciano, se despide de él, y se encamina á un sitio fragoso de la Burela, junto al camino de Santiago. ¡Almas contemplativas! Vosotras, que conocéis la perfección y el valor de la contemplación, de la oración y el recogimiento, lo heroico de la humildad, los rigores de las penitencias y de las vigiliás; vosotras podríais darnos alguna idea de la vida de Domingo en el retiro, de aquella alta contemplación, de aquel espíritu enajenado en las cosas del Cielo, que parece haber transformado su cuerpo en una estatua; de aquel silencio, de aquellos suspiros, de aquellas lágrimas, de aquel sustento insípido, que más bien parece lo tomaba para mortificarse que para sustentar su cuerpo

extenuado con las vigiliás y el trabajo manual nunca interrumpido; de aquella humildad, de aquellas mortificaciones, que pasan á cuantos leen la historia de su vida. En los momentos de santo ócio que le proporcionan los ejercicios de la piedad, levanta un humilde oratorio á la Madre del bello Amor, y una pequeña estancia para su habitación, y planta á su alrededor una huerta y algunas viñas. Era aquel el paso ordinario de los peregrinos para ir á visitar el cuerpo del apóstol Santiago, y en el que los malhechores y bandidos se guarecían al abrigo de los bosques para despojar á los pasajeros; y Domingo ha concebido el proyecto de hacer cómodo y seguro el paso, y proporcionar recursos y consuelos á los fatigados peregrinos. No trabaja para sí, trabaja para sus semejantes, para la sociedad, para su patria; y no solo para lo presente, sino también para lo porvenir. Su pobre mansion sirve de albergue al viajero, que, entre los horrores de una noche oscura y espantosa, busca un punto en donde calmar sus zozobras, y recobrase del temor que le infunde la soledad en parajes desconocidos é impracticables. Bajo su humilde techo halla benigno acogida el peregrino desprovisto y menesteroso, y un asilo seguro el infeliz perseguido por los bandidos, que infestan aquellas comarcas. No es extraño, pues, que muchos corriesen á rendir homenaje á la virtud asombrosa de Domingo, y que por dó quiera se celebrase su caridad. En una época casi bárbara, en que la religión apenas comprendida, era, sin embargo, un freno bastante á contener el hierro homicida; en unos tiempos, en que una iglesia ó monasterio eran un asilo, en donde el feroz espadachin no osaba jamás atacar á su víctima; ¿qué beneficio no resultaba á la humanidad del establecimiento de un ermitaño en aquellas cercanías, en donde eran más comunes los robos y las sorpresas de gente desalmada? El mundo agradecido busca á Domingo y le reconoce por su mediador.

Cinco años habían trascurrido desde que nuestro virtuoso solitario fijó su morada en aquel sitio, en cuyo tiempo se había ejercitado en esas obras piadosas, sin desatender el negocio de su propia santificación, cuando el santo cardenal Gregorio, obispo de Ostia, vino á España á negocios interesantes, enviado por el Sumo Pontífice Benedicto IX. Domingo, impulsado por la celebridad de aquel célebre varon, se propuso buscarle y hacerse su discípulo. Desearo de gozar de sus ejemplos, le sigue en todas sus expediciones apostólicas sin separarse un punto de su lado, ¡Con qué fervor le ayudó en aquellas rogativas, penitencias y procesiones públicas, que instituyó para que se enmendasen las costumbres, se aplacase el enojo de Dios, y

cesase la plaga de la langosta, que devastaba los campos y tenía en consternación á los pueblos de Navarra! ¡Con qué gozo de su alma le ayudaba en el ministerio de la divina palabra, ya que no era capaz de predicarla! Pero ¿qué era su ejemplo, compostura y modestia, sus palabras y toda su vida, sino una predicación eficaz y continua? Sufrir con una resignación enteramente cristiana la pérdida del santo prelado; y llevado de su instintivo deseo de servir y ser útil á sus prójimos, vuelve á entregarse de nuevo á aquellos trabajos que pudieran proporcionar positivas ventajas al hombre y á la sociedad.

Con este objeto se dirige á la Rioja; y fijando su asiento en el sitio que hoy ocupa la ciudad que lleva su denominación, comienza á realizar su proyecto. Estaba entonces aquel sitio lleno de matorrales y bosques, entre cuya espesura se abrigaba el crimen y anidaba de asiento la maldad. Allí era frecuente el robo y el asesinato, pues siendo una de las trayesias más necesarias para los trajineros y peregrinos, apenas podía transitarse sin temor de caer en manos homicidas. Domingo, inspirado por su devoción, edifica, ante todas cosas, una pequeña ermita á nuestra Señora, donde se recoge á orar. Luego hace un llamamiento á la piedad de los lugares vecinos; les persuade de que el bienestar general reclama una mejora, que afecta directamente á los intereses de todo el país; y ayudado de los auxilios que de todas partes se le proporcionan, comienza á desmontar los pantanos, incendia los bosques, limpia el terreno; y viendo que las continuas vertientes habían casi inutilizado el tránsito y héchole imposible en épocas lluviosas, emprende la construcción de un puente, obra de singular utilidad, que llevó á cabo con la más heroica perseverancia. Los viajeros y peregrinos tienen ya un camino fácil, cómodo y seguro; comienzan á edificarse casas; y el desierto se convierte en un pueblo, en una ciudad. No bastaba esto al gran corazón de Domingo; su caridad no podía olvidarse de una clase de la sociedad, la más numerosa, y, por lo común, la más desgraciada. El pobre sin recursos, el enfermo sin hogar, el huérfano sin arrimo, el anciano, la viuda, todas estas víctimas de la desgracia, ocupaban un lugar distinguido en el alma de Domingo; era menester proveer á esos seres desdichados de un asilo cómodo, en donde pudiesen hallar siquiera aquel consuelo, que un corazón ulcerado experimenta, al encontrar otro corazón, que sabe condolerse de su suerte. Da el Santo principio á la obra: trabaja con incansable ardor; invita á sus convecinos á contribuir á un pensamiento tan generoso; su caridad halla eco por todas partes; y con gozo indefinible ve alzarse un vasto hospital, que es á un tiem-

po el albergue del pobre peregrino, el punto de descanso del fatigado caminante, y el refugio de todas las miserias que trabajan á la humanidad enferma y desvalida. Allí fija su mansion Domingo; y por espacio de sesenta años se ocupa en servir á aquellas tristes víctimas del dolor, y proporcionarlas todo género de alivio y consuelo, tanto en lo temporal como en lo espiritual.

Nosotros no hallamos inconveniente en emprender obras útiles cuando nadie se nos opone, cuando son compatibles con nuestros intereses, nuestras comodidades y nuestros gustos; cuando de ellas nos resulta alguna utilidad; y tal vez nuestro celo y nuestra caridad para con los demás, es el pretexto con que se disimula nuestra ambición y nuestras miras de interés personal. Las empresas de Domingo tuvieron todas su origen en el amor de Dios y de sus semejantes; no tuvo en ellas parte el sordido interés, que es, por lo común, el móvil de esa beneficencia filosófica, que en alta voz proclaman los tiempos modernos; no el mezquino deseo de gloria y reputación, que se trasluce en los encomiadores de la filantropía de nuestros días; ni ninguna de esas miras terrenales, que desvirtúan todo el mérito de unas obras de suyo buenas y dignas de alabanza; la caridad cristiana es el único resorte que dá movimiento á las acciones de nuestro Santo. Tuvo contradicciones fuertes y enemigos poderosos que vencer; pero el Señor le hizo superior á todos ellos. Fallábale á veces lo necesario para continuar sus trabajos: recurría á la Virgen santísima, y veían los pueblos que se multiplicaban y repetían los milagros. Allí hallaba fuerzas para vencer todas las dificultades y para acallar á sus enemigos. Un temerario y maligno censurador de las obras de nuestro Santo dijo por burla, que ofrecía para trabajar en la obra del puente dos toros que tenía en el monte, á condición de que Domingo los trajese. Lo haré con el favor de Dios, le contestó el Santo con una agradable sonrisa y efectivamente, fuése al monte. Apenas los toros le vieron, se acercaron á él como mansos corderos, los tomó por las astas, unciólos al carro, y trabajaron como si fueran buoyes bien domados. Sufrir contradicciones para tomar las maderas que necesita para el hospital; pero el Santo cogió una pequeña hoz, y con ella corta y derriba las entinas; obligando con esto á todos los contradictores á confesar, que le asiste el poder divino. Algunos le insultan, le maltratan, y hasta tienen el atrevimiento de apedrearle; pero el amor de Dios le hace poderoso contra todos, y con él vence á sus enemigos. Acórcase á los que le maltratan, les habla con la mayor dulzura, y al punto los ve rendidos á sus pies pidiéndole perdón. Le destruye un alienano los frutos de su huerto introduciendo en él sus ovejas; no le contienen

las amonestaciones cariñosas para que se abstenga de hacer aquel daño en la heredad de los pobres, y sufre del Cielo el castigo de quedar sordo y baldado. Los enfermos y atribulados buscan el remedio y el consuelo de sus allicciones en las oraciones de Domingo, y las oraciones de Domingo les obtienen lo que solicitan. De esta suerte ensalza Dios á su siervo: le hace árbitro y amado de los pueblos, temido, respetado y reverenciado hasta de sus mismos enemigos.

Mientras el Señor hace pública y respetable la virtud de Domingo, éste aumenta sus himnos, sus fervorosas oraciones, sus limosnas y asistencia á los enfermos. Pronto, decía, pronto he de ser presentado al tribunal del Juez supremo, y no quisiera que me cogiese desprevenido aquella hora terrible; y esta consideración inflamaba su amor á Dios, y nada omitía para poder morir con la muerte preciosa de los santos. El plazo señalado se acerca; las gentes lloran sin consuelo la próxima pérdida de su padre, de su amparo, del que remedia sus males y necesidades; del justo, que atrae sobre ellos las bendiciones del Cielo; pero el siervo de Dios recibe los santos sacramentos con extraordinario fervor, y su alma tranquila deja un cuerpo que se ocupó siempre en el servicio de su Señor, y pasa á la mansion de los santos á recibir la corona y el premio de sus merecimientos. Enjugad vuestras lágrimas, pueblos desconsolados con la muerte de nuestro general bienhechor: está en los Cielos, y desde allí os atiende y oye vuestras súplicas; él defenderá vuestros hogares; él será vuestro abogado y protector. Con él; los pueblos le invocan, y él les colma de bendiciones; los fieles le aplauden y celebran; y la Iglesia española pronuncia su nombre entre los de sus más preciosas glorias. Bajo las augustas bóvedas del templo santo resonará siglos y siglos, el melodioso acento de los himnos sagrados á su memoria. Entre el humo de los incienso consumidos ante el ara sagrada de Jesucristo, subirá al Cielo ese nombre tan dulce y simpático para los hijos de una nación, que, justamente, se envanece de haber sido el suelo feliz que vió brotar esta flor preciosa de la Iglesia. A la voz del sacerdote, y del levita se unen los acentos de un pueblo que le venera; y el anciano, y el jóven, y la mujer y el niño, y el pobre y el rico, y todos á la vez, van repitiendo: Domingo, no obstante su sencillez, supo santificarse por medio de la práctica de las más bellas virtudes; al mismo tiempo que desarrolló una admirable energía de pensamientos y de acción á favor de su siglo, colocándose á la altura de sus necesidades, y dotándole de aquellas mejoras que reclama imperiosamente el bienestar público é individual. Todo de Dios y de su país, consagróse al servicio de ambos objetos;

y sin olvidarse de cumplir los deberes de un perfecto cristiano, llevando hasta el heroísmo su fidelidad á los preceptos del Evangelio, cumplió también los deberes de un español amante como el que más de las glorias de su patria. Por ella sacrificó su reposo, dedicándose á fomentar en su seno los trabajos útiles, á promover obras de palpitante necesidad, á crear gérmenes de prosperidad; dando sér á la industria, vida á las artes, impulso á la agricultura, y movimiento á cuanto podía ceder en beneficio de sus compatriotas. Él proveyó á la seguridad y comodidad de los viajeros, en una época en que todo inspiraba desconfianza y temor: abrió nuevas vías de comunicación al comercio, facilitó las relaciones entre poblaciones distantes, contribuyó á desterrar el crimen, á disminuir el robo y á afianzar la propiedad; fundó un establecimiento benéfico, que ha sido después origen de otros muchos de su clase, dedicados al alivio de la humanidad doliente; levantó un templo destinado á ser más adelante el cimiento de otro mucho más insigne; y algunos edificios, que con el tiempo vinieron á constituir parte de una ciudad, que perpetúa su memoria en los fastos de la historia.

Invoquemos, hermanos míos, al que tantos bienes operó en pró del hombre y de la sociedad. Conserremos con religioso esmero sus ejemplos, jamás olvidemos sus virtudes. Pongamos en parangon nuestra vida con la suya, y hallaremos innumerables faltas que corregir y vicios que emendar. No es la caridad la que dirige nuestras obras y nos hace acometer nuestras empresas, sino el interés terreno, las miras del mundo, el deseo de agradar á los hombres, las pasiones más reprobables y detestables. Ordenémoslo todo, y no tengamos otra mira en nuestras acciones, en nuestras tareas, en todo cuanto emprendamos; no tengamos como Domingo otra mira ni deseo, que el honrar á Dios y hacer bien á nuestro prójimo; y el Señor bendecirá nuestros trabajos, nos serán gustosas nuestras tareas, y nuestro Santo se complacerá desde el Cielo en pedir á Dios sus bendiciones para nosotros.

Rogad, glorioso Santo, rogad incessantemente al Señor de las misericordias, para que nos dé la gracia de imitar vuestros ejemplos; sea vuestra conducta la regla de la nuestra, para que honremos á Dios con nuestras virtudes, é ilustremos á los hombres con nuestros ejemplos; promovamos la piedad con nuestra constante adhesión á las máximas del Evangelio, y fomentemos el bienestar del prójimo con nuestros servicios, y de este modo seámos como vos felices en el tiempo y en la eternidad.

PANEGÍRICO I

DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN.

Si hay tiempo, hermanos míos, de trabajos y humillaciones para la Esposa de Jesucristo, que profundamente amargan el corazón del fiel cristiano, lo hay también sin duda para ella misma de alivio y ensalzamiento, que calma los sobresaltos del pecho oprimido de los buenos seguidores de su santísima ley. En cualquiera parte que abramos los anales que contienen sus hechos, allí encontraremos marcada con toda evidencia esa verdad consoladora, que fué siempre el apoyo y sostén de la esperanza de los justos y santos. Son en verdad inapeables los juicios del Eterno, y á nadie es dado penetrar la profundidad de sus arcanos; sin embargo, en esta economía de su adorable providencia, en vez de su hija predilecta descubrimos la omnipotencia de su brazo, y toda la vehemencia de su amor. Lágrimas de ternura arranca por cierto del corazón piadoso el ver á esta misma mano de Dios, como, en medio de las angustias y tormentas de su Esposa, cariñosamente la halaga y acaricia. ¡Qué gracias tan singulares no le dispensa entónces! ¡qué inmensos favores no derrama en su seno oprimido! Lejos de nosotros los cuadros sombríos y negros colores, con que algunos genios petulantés é hipócritas han querido mancillar la gloria y hermosura de esta paloma sin mancha. Ella nada en aire de triunfo sobre las aguas del diluvio, y se burla de las ruinas y destrozos que con su impetuosa inundación habían causado. No, jamás sucumbirá, porque el Salvador, que la ha engrandecido con su sangre, ha impreso en ella el sello del triunfo y de la victoria. Así es, que tan pronto notamos vá á oscurecerse algun tanto, el Señor, en su misericordia, hace luego aparecer sobre

*Ille erat lucerna ardens et lucens.
Él era una antorcha que ardía y brillaba.
(JOHÁN. v. 35.)*

ella astros brillantísimos, que recuerden á los mortales su solidez, su pureza, su gloria y su majestad.

¡Con qué placer, pues, hermanos míos, voy á señalarlos en este día á uno de estos astros de primera magnitud y extraordinario esplendor! Pero confieso francamente, que no es dado á mi tosco pincel ni siquiera bosquejar tanta elevación, tanta grandiosidad y belleza como se reúnen y admiran en Sto. Domingo de Guzmán. Solo puedo deciros, que la Europa entera ha fijado en él su atención; que el Vaticano le ha juzgado digno de sus alabanzas y alta protección; que los monarcas se han hecho un deber en honrarle; que el episcopado le ha llamado á las funciones de su ministerio; que los sabios y oradores elocuentes le han tributado sus encomios y elogios; y que la sociedad entera de los fieles le ha respetado como á una columna de su fé y valiente defensor de la verdad del Evangelio. ¿Cómo, pues, no admirarnos, de que los pueblos y ciudades corriesen en pés del suave olor que despedían sus vestidos de virtud y santidad, y levantasen sus manos al Cielo en ademán de agradecidos por dón tan precioso como les había dispensado? Y es, que en santo Domingo veían un vaso de elección, en el que se derramaban los exquisitos líquidos del amor y misericordias del Señor; un genio bondadoso, que á dó quiera que volaba, allí corrían raudales de felicidad y bienandanza; un taumaturgo poderoso, que mandaba á los elementos, á la muerte, al infierno mismo; y en fin, veían en Domingo de Guzmán un sol hermoso, un astro brillante, una resplandeciente estrella, que con los resplandores de su virtud y los rayos de su palabra iluminaba y abrasaba sus almas. ¡Oh! quiera Dios, que estas últimas palabras, que deben formar el asunto de mi elogio, os hagan comprender toda la elevación de grandeza á que fué sublimado este Benjamín amado del Salvador Jesús! Pidamos esta gracia por intercesión de la Virgen: A. M.

Convergamos, hermanos míos, que de entre los diversos destinos á que el hombre es llamado por la divina Providencia, el más honorífico y brillante es, el que se dirige á iluminar y rectificar el corazón de sus semejantes; puesto que, á más de ser una prueba bien positiva de la suma confianza que de él hace Dios, á nada ménos se dirige que á renovar la imagen hermosa de la creación, que con tanto esmero imprimieron en nuestras almas sus manos divinas. El mismo Salvador, luego que hizo pública su misión en la Judea, anunció claramente este encargo que su divino Padre le había confiado; pues dijo, que había venido para reunir á las ovejas de Israel

que se habían dispersado, consolidar lo que estaba quebrado, dar vida al que no la tenía, y al que la tenía dársele en más abundancia; puesto que Él era luz, verdad y camino. Cuando quiso también el mismo Jesús, dar á las turbas un testimonio claro de cuan apreciable le era la persona de su Precursor, aludió á este ministerio angusto, llamándole antorcha que abrasa y brilla; y voz, asimismo, que resonando en el desierto, preparaba de esta manera los caminos del Señor: ¿Cuán elevado, pues, y sublime, debe de ser este destino, que así se muestra de Él revestido el Salvador del mundo, y de él se sirva como motivo de alabanza!

Pero bien pronto, hermanos míos, vá á entrar Domingo en tan hermosa y brillante carrera. ¡Con cuánta pompa anuncia el Cielo su llamamiento! ¿Cuándo se ha pronunciado de un modo más claro y terminante? Recordad, si os place, los felices anuncios con que tuvo á bien revelarles la entrada en el mundo de otros ilustres personajes; solo en Domingo de Guzmán observareis un interés particular, una cuidadosa solicitud, que se toma el Cielo en añadir maravillas á maravillas, para que en ningún tiempo equivoquemos la importante misión á que Dios le ha destinado. No dejan lugar para dudarlo tres soles, que se aparecen y brillan en el firmamento; un cachorro, que tiene en su boca una hacha encendida; un enjambre de abejas, que fabrican en sus labios un panal; un santo abad, que anuncia de él cosas grandes y extraordinarias; un venerable sacerdote, que profetiza desde el altar la salud de Israel; y una estrella luminosa en su frente, que deslumbrá con sus resplandores. Preguntad ahora, qué linaje de prolección es éste, que el Cielo explica con tan ruidosos prodigios? Y preguntad también, ¿á qué viene ese agraciado niño, que forma ya las delicias del Señor, y el centro á dó se dirigen las líneas de su amor divino? ¡Oh! ¿y cómo oye ya en el vientre mismo de su madre la dulce voz de su amado que le llama! ¿cómo le abre su corazón para recoger el rocío de su gracia!

Yo dejo, hermanos míos, á vuestra consideración, si bajo tan felices auspicios desempeñará Domingo con severa exactitud, la misión tan difícil y trabajosa que el Cielo ataba de encargarle con prodigios tan estupendos. Pero Domingo es el varón dichoso, que ha sido cortado á medida del corazón de Dios, y sus bendiciones celestiales le rodean ya en la cuna en que se nace, y le seguirán hasta la tumba en que se sepulte. Contempladlo en su infancia rehusar en ciertos días la leche de su madre, postrarse en la dura tierra para mortificar su cuerpecito, y dirigir sus tiernas manos al Cielo, en donde estaba ya su tesoro; pues reconocido en estos esfuerzos de su fervor

infantil las primeras materias que preparan las manos del Señor para el pábilo de esta antorcha, que debe anunciar la gloria de su nombre hasta las extremidades más remotas del universo. Desde estos momentos impulsa Dios fuertemente su corazón, y la universalidad de Palencia es la primera que goza del suave resplandor de esa antorcha, que para su ventura y felicidad ha conducido la Providencia á sus claustros. Día memorable, en que la ciencia vá luego hermanada con la virtud, las tareas literarias con los ejercicios de piedad, el deseo de saber con los sentimientos de moderación y sobriedad, las controversias profundas con el espíritu de humildad; en una palabra, en este día célebre, se ve brillar á la par en los jóvenes escolares la aplicación y recogimiento, la modestia y oración, la sujeción de los sentidos, y el total enfrenamiento de los deleites y placeres de la carne. Pero, tan repentina mudanza la atribuyen los sábios maestros de aquella universidad, á los resplandores que después de sí la antorcha brillante de virtud y santidad de su querido discípulo Domingo de Guzmán. Al paso que descubren en él un ingenio vivo, un entendimiento claro, una penetración profunda, observan en él todos los caracteres de una santidad elevada; un trato y comunicación íntima con su Señor y Dios; una abstracción entera de todas las criaturas; una mortificación continua de su cuerpo; un fondo de verdadera y sólida piedad; un amor sincero á la religión; una dulzura y amabilidad que encantán; y en su rostro las facciones de un ángel absorto siempre en la contemplación de su Criador. No ignoran aquellos sábios maestros, que el adelanto en las ciencias es á proporción de los progresos que se hacen en el camino de la virtud; y ahí fijan el manantial de los vastos conocimientos que posee Domingo de todas las materias teológicas, de la inteligencia profunda de las Escrituras divinas, del conocimiento exacto de los Concilios y Padres; de la erudición extensa de todos los ramos de disciplina; y en fin, de aquel tesoro inagotable de ciencia, del cual, para valermé de las expresiones de Jesucristo, sacaba siempre Domingo noticias nuevas y peregrinas. ¡Cuán pronto le saludan con el título de maestro y de doctor! ¿Cómo se congratulan al ver á esta luz despedir desde la silla de sus cátedras su ardor y resplandores!

No es mi ánimo, hermanos míos, individualizar por menor todos los rasgos brillantes del celo y fervor de nuestro héroe en cualquiera parte que fije sus pies. Mi memoria se confundiría, y, además, es casi imposible en un panegirico poder compendiar aun los principales. Pero es tan rápido y luminoso el curso que sigue este astro,

que sin dar lugar al descanso, llama luego nuestra atención á hemisferios nuevos, en donde brilla con más majestad. Preparaos luego á ver resplandecer su santidad en el venerable cabildo de la santa iglesia de Osma. ¿Cómo cambia al momento de aspecto este cuerpo respetable! ¿Qué modelo tan acabado de perfeccion ven los canónigos sentarse á su lado! No es ya un viador en la tierra, es, sí, un ciudadano del Cielo con quien conversan y tratan. ¿Qué río de elocuencia otando les platicaba como su superior! ¿Qué espíritu eclesiástico cuando le trataban como á su arcediano! ¿No es verdad, dirían, que solo al verle se conmueve nuestro corazón? ¿que al oírle sentimos ahorrarse nuestros pechos con las llamas de la caridad! ¿Qué astro es este, que así dirige nuestros pasos ó ilumina nuestras almas? ¿Qué sacerdote es este, que así se presenta al altar como un ángel con seis alas, que desciende sobre su cabeza un globo de fuego, simbolo del Espíritu Santo, y que la Virgen santísima le sirve de ministro en el incremento sacrificio? ¿Qué anacoreta es este, que ni come, ni duerme, y desgarrta sus carnes con sangrientas disciplinas? ¿Qué Benjamín es este, que así trunca su corazón con el de su amado, y le dá tiernos abrazos? Su olisipo entónces corre á estrecharle contra su pecho, derrama sobre su seno lágrimas de ternura, y le dá el ósculo de paz, un gozo puro baña el alma del prelado; y mientras se dá el parabien á sí mismo por haber atraído á su iglesia esta antorcha brillante, concibe las más lisonjeras esperanzas de que, muy en breve, el mundo todo será iluminado con sus resplandores.

El Cielo otra vez, hermanos míos, dá á entender ese prodigioso acontecimiento y esa trasformacion maravillosa, que mudará toda la faz de la tierra. No se cansa, seguramente, cuando se trata de consolidar la mision de su embajador. Yo veo á un sacerdote, que, desde el altar, le proclama por el reparador de la Iglesia; á Honorio III, que le ve sostener con sus hombros la iglesia de Latrán que vá á desplomarse; á la Virgen Maria, que se opone para detener el ímpetu de tres lanzas que su Hijo divino tiene en sus manos para descargarlas sobre los pecadores; á S. Pedro, que entregándole un libro le dice: anda y predica, que para esto eres elegido; y Sta. Catalina de Sena, á quien revela Dios, que si envió á su Hijo para Redentor del mundo, ha destinado á Domingo para repararle. Desde estos momentos ya nadie resiste á la fuerza de sus palabras y al fuego de su caridad. Como torrente impetuoso todo lo arrastra y lleva en pús de sí. Galicia, las Castillas, Tolosa en Francia..... Pero aquí fijad, hermanos míos, vuestra atencion, como el glorioso teatro de su celo é ilustres hazñas. Bien presto el negro horizonte, que cubre á esa última

ciudad, se desplegará á la presencia de esta luz, que arroja sus tinieblas al abismo de donde han salido. Entre tanto, considerad las pesadumbres y trabajos que le aguardan, las atroces calumnias y malos tratamientos que le esperan, el cansancio y fatiga que oprimirán á sus miembros desfallecidos ya con las vigiliás y penitencia. Pero Domingo es una antorcha, que cuanto más se agita, más resplandor arroja. A pesar de los esfuerzos y conatos de los herejes para desacreditarle, apénas patea los pies en Tolosa, que sus campanas dán señales de alegría y regocijo; el Cielo y la tierra se conmueven al publicar el santísimo Rosario; una imágen de la Virgen levanta un brazo en ademán de venganza, y luego le baja por las súplicas de su siervo; y la horrible tempestad se calma al instante que Domingo interpone su intercesion. No tarda esta luz brillante en coger los frutos de su benéfica influencia. Su resplandor hiera á su huésped, y al momento se convierte; un guia falso le precipita en barrancos, y luego postrado á sus pies abjura el error; dos señoras respetables, desviadas de la fé verdadera, al instante la abrazan; cuarenta y tres piratas imploran en seguida su perdon; y tres mil albigenses ponen en las manos de Domingo la palma del triunfo.

Pero ¡ah! ¡y qué amargos recuerdos han excitado en mi memoria estas últimas palabras! Me recuerdan á una secta impia, que se burla de Dios y de los hombres. No hay extravagancia que no adopte; no hay delito que no cohoneste. La snblevacion é independencia la mira como un deber, la sumision y vasallaje como un crimen, y al poder y autoridad como tiranía. Revolvent cuanto se ha dicho en todos los siglos de impio y obscuro, de licencioso y sacrilego, de atrevido y mordaz; ya contra Dios y su Cristo, ya contra la Iglesia y sus miembros, ya contra el supremo pastor y obispos, ya contra la Virgen y los santos, y ya contra la religion y sus dogmas; y todo lo vereis reunido en los secuaces de esa secta infame, mónstruos que el Infierno en su furor vomitó para asolar á toda la tierra y despedazarla entre sus garras. Pero ¿qué vale el error y mentira contra la luz y verdad? ¿qué puede el impio, que al instante pasa, contra el poder de Dios, que no acaba jamás? Domingo es el que se presenta en el campo de batalla para derribar aquella bestia feroz, y lo consigue. Porque ¿cuando, acaso, las tinieblas no han sido vencidas por los rayos del sol? Este humilde David, armado solo de su fé y confianza, corta la cabeza al infame Goliat, que osaba insultar á las filias de Israel. Para eso; ¿qué lágrimas no derramaba, qué vigiliás no prolongaba, qué penitencias no multiplicaba, y qué súplicas no interponia! ¡Oh

Dios mio, Salvador de los hombres! clamaba; ¿por qué no os acordáis de vuestra sangre y de vuestras misericordias? Demasiado tiempo ha, Señor, que monstruos horrendos devastan vuestra heredad, langostas hambrientas devoran vuestra viña, y lobos malignos despedazan vuestras ovejas. ¿Por qué no os levantáis y no las confundís? ¡Oh! ¿y cómo véis entonces á Domingo arrostrar peligros, allanar dificultades y vencer obstáculos! ¿Cómo le véis mandar á los elementos, cautivar los corazones y sujetar á su arbitrio la naturaleza toda! ¿Cómo le véis animar á los legados de Su Santidad, enervarlos en su empresa y alentarlos en sus trabajos! ¿Cómo le véis entonces ocupado en instruir, enseñar y exhortar; en sostener largas disputas con sus enemigos, y en entrar de nuevo en repetidas conferencias; y lanzar sobre ellos desde el púlpito los rayos de su predicación! ¿Cómo le véis obrar aquel estupendo milagro, arrojando al fuego un libro de su fé, que las llamas respetan; fundar un monasterio para vírgenes, en que la perfeccion evangélica se establece, y derramar en todas partes el alivio y el sustento que apartan los peligros, que acechan al padre y á la fidelidad! ¿Cómo le véis ceñir la espada al conde de Montfort, infundirle en su pecho con el soplo de su aliento el esfuerzo generoso de los Macabeos, y coronarle con los laureles de la victoria, cuando aquella famosa batalla, en que un puñado de gentes venció á cien mil combatientes, dejando en el campo veinte mil cadáveres! ¿Cómo le véis entonar por las plazas y calles el cántico suave del santísimo Rosario de la Virgen inmaculada, llevar en triunfo su imagen, é infundir en todas partes el afecto y devocion que se merece! ¿Cómo le véis..... Pero, en fin, hermanos míos, Domingo vence; la herejía se va aniquilando, el oprobio y vergüenza cubre á los enemigos de la fé, la religion y piedad recobran sus derechos, y los resplandores del celo y santidad de nuestro héroe añaden á la Iglesia otro de los más bellos trofeos que ennoblecen su historia.

Pero estos resplandores, hermanos míos, no se eclipsan, no concluyen aquí. La celebridad y nombradía que tan ilustres proezas adquirieron al nombre de Domingo, hicieron volar su fama á otros pueblos y naciones, y le preparan nuevos trofeos de gloria y esplendor. Aún hay pecadores que convertir, aún hay ignorantes que instruir, y háy sábios que ilustrar; aún hay justos que enervorizar, aún hay santos que formar, y aún hay que obrar prodigios. Yo me asombro de tanto esplendor y brillantez con que resplandee Domingo en España y Francia, en Italia y Alemania, y en muchísimos pueblos y provincias de toda la Europa. Yo no sé si le podré seguir, cuando en sola la Lombardia convierte á cien mil pecadores; cuando en los pa-

lacios de los reyes y casas de los grandes les edifica con sus ejemplos é instruccion; cuando en Alemania calma sediciones sangrientas; cuando en Roma obra la famosa resurreccion de tres célebres difuntos; cuando en el concilio de Latrán le escuchan los Padres como á oráculo; cuando en el Vaticano explica á un concurso numeroso las sagradas Escrituras, mereciéndole el título honroso de primer Maestro del Sacro palacio; y cuando, finalmente, establece en todas partes en que predica, el reino y el imperio de Jesucristo. Hazánsle ilustres, asombrosas proezas, con cuyo bosquejo me prometo algun tanto haber manifestado los resplandores de esta antorcha brillante, que el Cielo, en su misericordia, áos concedió para consuelo de la Iglesia y lustro de su nombre. Bien puedo exclamar aquí: ¡oh fuego! ¡oh caridad! ¡oh luz! ¡oh resplandor! ¡cuántas sombras habeis disipado! ¡cuántos bienes habeis producido! Los bronceos y mármoles perpetuarán vuestra memoria, y una generacion numerosa de celosos levitas os mantendrán inextinguibles hasta el fin del mundo.

Hé aquí, pues, hermanos míos, con sencillamente hemos venido á parar en el período más brillante del curso luminoso de este astro, de esta antorcha y estrella resplandiente. De tí hablo, oh Religion dominicana, obra maestra de las manos de tu santo fundador, y espejo, desde donde reflejan sus rayos y resplandores para atráer á todas las naciones del universo. ¡Cuántas naciones idólatras has ilustrado, cuántos pueblos bárbaros has civilizado, cuántos incrédulos has convencido, cuántos impíos y apóstatas has reducido, y cuántos obstinados has santificado! Brillas en las academias y universidades, en las cátedras y pulpitos; en las cortes y palacios de los reyes; en las sillas pontificales, y bajo el Sóllo del Vaticano. ¿Qué trofeos penden de las paredes de los templos, que tus manos no los hayan allí colgado? ¿Qué acontecimientos singulares han acaecido para gloria de la Iglesia, en que tú no hayas figurado? ¿Qué conquistas espirituales han aumentado sus dominios, en que tú no hayas tenido parte? A su primera Silla has dado cuatro sumos Pontífices; á su sacro Colegio sesenta y cuatro cardenales; y á las santas iglesias un sin número de patriarcas, arzobispos y obispos. En sus altares has colocado trescientos noventa santos; en sus martirologios un ejército innumerable de mártires; y en sus claustros una infaudida de esclarecidos varones y vírgenes célebres. ¿Para qué nombrar entre estos á S. Vicente Ferrer, Raimundo de Peñafor, Pedro de Verona, Francisco de Posadas, Luis Beltrán y Catalina de Sena; y entre los ocho mil escritores que han ilustrado todos los ramos del saber, á los Mamachi, á los Orsai, á los Gotti, y otros mil, que pudiera citar para tu gloria, cuando, en

mi concepto, en solo Santo Tomás de Aquino están cifrados todos tus elogios y todas tus grandezas? ¡Qué brillante tan hermoso engastó Dios en tu corona! ¡Qué dádiva tan rica y preciosa puso el Señor en tus manos! Él es el baluarte de la Iglesia, el defensor de sus dogmas, el sostenedor de sus derechos, el propugnador de su sana moral, y el mártir que aplasta la cabeza á los filósofos y herejes. Por él hablan los sumos Pontífices; por él definen los concilios; por él se explican los teólogos; por él enseñan las universidades; por él se instruye en los colegios; y por él se levantan en todas partes preciosos monumentos á la piedad y al saber. Sol es que ilumina, estrella que dirige, y fuego que abrasa.

Tuya es la gloria ¡oh mi querido Domingo! Estos tus resplandores han formado ese numeroso pueblo de santos. Con ellos ilustra nuestras almas; desprende nuestros corazones de los bienes terrenos, y enciéndelos con el fuego del amor divino. Nada nos agrada más que Jesús; nada más anhelamos que Jesús; nada más amemos que á Jesús. De esta manera, nuestra conducta será parecida á la tuya y á las máximas del Evangelio; prometiéndonos entonces gozar en compañía tuya del sumo Bien por siglos eternos. Amén.

PANEGÍRICO II DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN.

Dominius habet benignitatem, et terra dabit fructum suum.

El Señor derramará su benignidad, y nuestra tierra producirá su fruto.

(PSALM. LXXXIV, v. 13.)

La Iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, esposa del Cordero immaculado, plantada á costa de su preciosa sangre y dirigida siempre por su divino Espíritu, ha padecido desde su origen las más duras persecuciones. Pero el Señor, que desde luego la prometió su asistencia hasta el fin de los siglos, y que las puertas ó potestades del Infierno jamás prevalecerán contra ella, usando de su benignidad, y en cumplimiento de su divina palabra, ha suscitado en ella en todos tiempos ministros celosos de su honor y gloria, que la instruyan en su doctrina, que la defendan de sus enemigos, impugnando sus errores con celo y pecho apostólico, hasta morir por la verdad y por la justicia en caso necesario.

Como el Redentor del mundo jamás ha perdido de vista la salud de su rebaño, ha proveído siempre á las necesidades de la Iglesia, dotándola de ministros capaces de sostenerla en las más crueles persecuciones y deshechas borrascas. En los siglos primitivos suscitó en su defensa á los Policarpus, Ignacios, Justinianos, Ireneos, Aristides, Arnobios y Cuadratos contra los gnósticos ó iluminados, contra los eretivos y marcionistas, contra Manes y sus secuaces. Contra Arrio y su gavilla envió á S. Atanasio, á S. Eusebio Vercelesense, al Nazianzeno, á S. Nicolás de Bari, y muchos otros defensores de la divinidad de Jesucristo y de su consustancialidad con el Padre celestial. Contra la pluma sacrilega del apóstata Juliano consagró la de S. Cirilo Alejandrino, que rebatió y confundió todas sus blasfemias contra el supremo Legislador y su augusta religión. Contra los do-

mi concepto, en solo Santo Tomás de Aquino están cifrados todos tus elogios y todas tus grandezas? ¡Qué brillante tan hermoso engastó Dios en tu corona! ¡Qué dádiva tan rica y preciosa puso el Señor en tus manos! Él es el baluarte de la Iglesia, el defensor de sus dogmas, el sostenedor de sus derechos, el propugnador de su sana moral, y el mártir que aplasta la cabeza á los filósofos y herejes. Por él hablan los sumos Pontífices; por él definen los concilios; por él se explican los teólogos; por él enseñan las universidades; por él se instruye en los colegios; y por él se levantan en todas partes preciosos monumentos á la piedad y al saber. Sol es que ilumina, estrella que dirige, y fuego que abrasa.

Tuya es la gloria ¡oh mi querido Domingo! Estos tus resplandores han formado ese numeroso pueblo de santos. Con ellos ilustra nuestras almas; desprende nuestros corazones de los bienes terrenos, y enciéndelos con el fuego del amor divino. Nada nos agrada más que Jesús; nada más anhelamos que Jesús; nada más amemos que á Jesús. De esta manera, nuestra conducta será parecida á la tuya y á las máximas del Evangelio; prometiéndonos entonces gozar en compañía tuya del sumo Bien por siglos eternos. Amén.

PANEGÍRICO II DE SANTO DOMINGO DE GUZMÁN.

Dominius habet benignitatem, et terra dabit fructum suum.

El Señor derramará su benignidad, y nuestra tierra producirá su fruto.

(PSALM. LXXXIV, v. 13.)

La Iglesia, esta columna y firmamento de la verdad, esposa del Cordero immaculado, plantada á costa de su preciosa sangre y dirigida siempre por su divino Espíritu, ha padecido desde su origen las más duras persecuciones. Pero el Señor, que desde luego la prometió su asistencia hasta el fin de los siglos, y que las puertas ó potestades del Infierno jamás prevalecerán contra ella, usando de su benignidad, y en cumplimiento de su divina palabra, ha suscitado en ella en todos tiempos ministros celosos de su honor y gloria, que la instruyan en su doctrina, que la defendan de sus enemigos, impugnando sus errores con celo y pecho apostólico, hasta morir por la verdad y por la justicia en caso necesario.

Como el Redentor del mundo jamás ha perdido de vista la salud de su rebaño, ha proveído siempre á las necesidades de la Iglesia, dotándola de ministros capaces de sostenerla en las más crueles persecuciones y deshechas borrascas. En los siglos primitivos suscitó en su defensa á los Policarpus, Ignacios, Justinianos, Ireneos, Aristides, Arnobios y Cuadratos contra los gnósticos ó iluminados, contra los eretivos y marcionistas, contra Manes y sus secuaces. Contra Arrio y su gavilla envió á S. Atanasio, á S. Eusebio Verceilense, al Nazianzeno, á S. Nicolás de Bari, y muchos otros defensores de la divinidad de Jesucristo y de su consustancialidad con el Padre celestial. Contra la pluma sacrilega del apóstata Juliano consagró la de S. Cirilo Alejandrino, que rebatió y confundió todas sus blasfemias contra el supremo Legislador y su augusta religión. Contra los do-

matistas y el hipócrita Pelagio, suscitó el Señor, entre otros muchos Padres sábios y santos, á S. Agustín, principalmente, quien les hizo confesar sus errores, é ilustró hasta la evidencia la doctrina de la Iglesia.

Bajo el mismo plan de Providencia vemos en todos los siglos, que el gran Padre de familias ha enviado obreros á su viña á recoger frutos de vida eterna; y entre ellos, á principios del XIII, al célebre Sto. Domingo de Guzmán, cuya memoria hoy celebramos. Como Jesucristo, antes de morir, pidió á su eterno Padre hombres llenos de su divino espíritu, enriquecidos de sus dones y sabiduría, para que socorriesen á la Iglesia en las urgentes necesidades que debía padecer en la sucesion de los siglos, la vigilante caridad de este Pastor universal hizo ver en espíritu á Domingo, los males que en sus días afligian á su tierna Esposa. Le hizo ver, de una parte, la ignorancia de los ministros del santuario y la corrupcion de los malos cristianos; de otra, la multitud y furor de los herejes albigenes, el adormecimiento del mayor número de los fieles, mientras que el hombre enemigo sembraba á manos llenas la cizaña entre el buen trigo. El ministerio de la palabra estaba casi abandonado; divididos entre si los príncipes cristianos, en grave perjuicio de la piedad y de sus estados.

En tan críticas circunstancias suscitó Dios el celo de Domingo de Guzmán, y lo envió al mundo á sostener la fe con su divina palabra, con su ejemplo á fuerza de milagros; á disipar numerosos ejércitos de herejes, que rasgaban con sus errores la túnica inconsútil de Jesucristo, y á manera de cruels viboreznos, despedazaban las entrañas de su piadosa madre la Iglesia. A contener este torrente de iniquidades envía Dios á Domingo, y él cumple exactamente con su encargo. Insensiblemente os ha anunciado la materia de su elogio que para mayor claridad divido en dos reflexiones. En la primera, os mostraré su mision extraordinaria en defensa de la religion de Jesucristo; y en la segunda, os haré ver la fidelidad con que correspondió á tan alto ministerio. Pidamos las luces del Espíritu Santo por medio de la poderosa intercesion de la Virgen santísima, *A. M.*

Quando Dios, para acreditar su omnipotencia y sus inexcrutables designios, ha querido de tiempo en tiempo socorrer las necesidades de su pueblo y enjugar las lágrimas de su afligida esposa la Iglesia; quando ha querido formar grandes establecimientos en apoyo de su religion y en defensa de sus imprescriptibles derechos; quando ha querido avivar su fé, renovar su culto y erigir trofeos á su honor y

gloria sobre la ruina de sus enemigos; entónces, con adorable providencia, ha enviado hombres extraordinarios, que sirvan de instrumento para la ejecucion de sus designios. Si tendemos la vista sobre la historia de nuestra religion, hallaremos que la ley judáica y la libertad de Israel, oprimido por la esclavitud de Egipto, está todo apoyado sobre la mision extraordinaria de Moisés, y que los profetas fueron los órganos que manifestaron las promesas ó castigos que habian de participar, y á veces, los ejecutores de los decretos infalibles del Señor. La ley evangélica, asimismo, está fundada sobre la mision confiada á Jesucristo y á los apóstoles de evangelizar el reino de Dios. Estas son, propiamente, las dos misiones extraordinarias y capitales, de las cuales han dimanado todas las demás. Moisés, de órden de Dios, dió á su hermano Aaron la uncion del sacerdocio judáico, que se conservó en su familia; y Jesucristo, confiando el sacerdocio á sus apóstoles, les comunicó el poder de enviar á otros en lo sucesivo, así como ellos habian sido enviados por Jesucristo. En la ley de Moisés, y por su muerte, suscitó el Señor caudillos y profetas; aquéllos para gobernar su pueblo, y éstos para anunciar sus voluntades. Del mismo modo en la ley de gracia, el Custodio de Israel, que vela sin cesar sobre su Iglesia, ha suscitado de tiempo en tiempo hombres, que sin variar el órden de la mision legítima de sus apóstoles y discípulos, se han presentado en el teatro del gran mundo como enviados extraordinarios, para anunciar su reino y socorrer á la Iglesia. Con este designio envió á Domingo de Guzmán, encargándole reparase la predicacion evangélica. Mision verdaderamente extraordinaria y árdua. Reflexionemos brevemente sobre los motivos que la causaron y las cualidades del sujeto enviado.

Las obras de Dios siempre fueron perfectas; así, quando ha enviado al mundo varones apostólicos ha sido por motivos urgentes, ya con el fin de aliviar los resortes de su misericordia, ó ya de sacar y acopiar preciosos frutos de vida eterna. «Antes de enviar á Moisés, como reflexiona un sábio, esperó que su pueblo oprimido bajo el yugo de Faraon alzara el grito de su afliccion hasta su trono. Su providencia entónces se sirvió de la crueldad de este rey bárbaro, para que educase en su corte al libertador de Israel. Para enviar á Elias esperó, á que inmolados sus sacerdotes por la impia Jezabel, quedase sin sacrificio su Templo, y que los sacrilegos altares erigidos al ídolo Baal le robáran los verdaderos adoradores en Israel. Para enviar al Mesias esperó á que toda la tierra estuviese envuelta en las espesas tinieblas de la idolatria, y que en el solo lugar del universo en que su nombre era reconocido, estuviese corrompida la

pureza de su legítimo culto por las supersticiones de un judaísmo carnal del todo y terreno. « En semejantes circunstancias, Dios, que sabe proporcionar los remedios á las plagas como médico omnipotente, para curar las que afligian á su esposa la Iglesia, entre otros facultativos, envió para su consuelo á Domingo de Guzmán. La túnica de esta esposa sin mancha estaba á la sazón desgarrada por el fatal progreso de la herejía de los albigenses, que había inficionado con sus errores una gran parte de los reinos cristianos. Sabemos además por la historia de su siglo, que los reyes cristianos estaban entre sí divididos por sangrientas guerras, no ménos funestas á la piedad que á sus Estados. El ministerio de la palabra de Dios, este medio eficaz para sostener la religion, y como una especie de dique contra el torrente de la impiedad, yacia en gran parte interrumpido ó despreciado. Para remedio de estos males, entre otros muchos operarios, envia el Señor, principalmente en aquella época, á Domingo. Oye éste la voz de Dios como otro Samuel, y obedece como Saulo. Con el motivo de acompañar á su tío el obispo de Osma, que pasaba á Francia en calidad de embajador para tratar una alianza entre aquel soberano y el de España, pasó Domingo á Paris; donde acabó de informarse de los estragos que la herejía causaba en todas partes; y devorado de celo por la casa de Dios, marchó á Roma con pasos de gigante; y presentándose á Inocencio III, le pidió auxilios para atajar los progresos de aquel monstruo, que, turbando la paz de la Iglesia, había encendido el fuego de una guerra infernal en casi toda la Europa. Estimulado el sumo Pontífice del celo de este varon apostólico, y conociendo sus virtudes, nombró á Domingo por su legado en la corte del rey Cristianísimo, solicitando de este poderoso principe, que se opusiera al error sostenido, y triunfante, principalmente en sus dominios, por más de cien mil hombres armados en su defensa.

He ahí una mision extraordinaria cometida á Domingo de parte de los hombres; pero lo fué aún más por parte de la Providencia. Cuando Dios suscita esos ministros de sus voluntades, no descubre á veces todos los designios que se propone obrar por ministerio de ellos. A primera vista nos parecerá, que eligió á Moisés con el fin solo de librar á su pueblo de la esclavitud de Egipto y traerlo á la tierra de Canadá, prometida á sus padres; pero si profundizamos el fondo de estos hechos hallaremos, que se sirvió el Señor del ministerio de este santo legislador, principalmente, para abrirles un camino milagroso para la tierra prometida; instruyendo en una sola á todas las naciones en la necesidad de observar unos preceptos, sin los cua-

les es imposible entrar á poseer la verdadera tierra de promision, que es el Cielo, Hable de los mandamientos promulgados sobre el monte Sinai, y grabados sobre tablas de piedra por el mismo Dios. Hallaremos además, que en las ceremonias, sacrificios y oblaciones que estableció Moisés para el culto de aquel pueblo, quiso el Señor figurar la ley evangélica, como testifica el Apóstol. A este modo, cuando Dios envió á Domingo á Francia no manifestó, al principio, todos los designios que sobre él se habia propuesto. La mision de este varon apostólico, dice un sábio, parece que solo se dirigía á la extirpacion de la herejía de los albigenses; pero la Providencia disponia un medio eficaz para la extincion de todas las herejias por medio de la predicacion de su palabra, que más aguda que una espada de dos filos cortase en las almas todas las raices del error. Domingo es un legado apostólico, que viene á poner la espada de S. Pedro en manos de un monarca cristiano contra los enemigos del Estado y de la Religion; pero Dios se propone tambien hacerlo un predicador de primer órden, que renueve en su Iglesia la primera mision de los apóstoles, enviados al universo á predicar el Evangelio á todas las criaturas. Cuando predicó su primer sermón á presencia de un congreso innumerable y distinguido, empezó saludando á Maria santísima con las palabras del arcángel S. Gabriel, para manifestar desde luego, que la guerra santa que emprendia contra el error y los vicios se dirigía al honor de Dios y defensa de su Iglesia, bajo la tutela de su augusta Madre, canal de sus misericordias. Con este fin estableció la devocion del santo Rosario, reduciéndolo á su debida forma; y vió con goza espiritual la rapidez con que se extendió por todo el mundo cristiano, y los preciosos y abundantes frutos que en todas partes recogian sus cofrades. La palabra de Dios, con que hacia presente al pueblo los adorables misterios de nuestra redencion; la palabra, que yacia por mucho tiempo abandonada ó despreciada, empezó á ser fecunda en frutos de vida eterna bajo la tutela y proteccion de Maria.

Domingo de Guzmán medita profundamente las palabras con que el Señor se queja por Isaias, de la infelocidad de su viña, cuando dice: Esta viña ingrata nada produce; y toda la solicitud que he puesto para hacerla fecunda ha sido inútil: yo prohibiré á la nube que lluevan sobre ella. Vosotros siempre tendreis predicadores, porque la Iglesia jamás faltará; pero serán hombres sin union, porque vosotros sois oyentes sin espíritu de compuncion. Estas palabras encienden el celo de Domingo por el honor de Dios y salvacion de sus hermanos; y pareciéndole oír resonar á sus oidos el oráculo del Señor por Jeremias, que dice: «Mi palabra ha caído en oprobio por

el desprecio que de ella se hace; y para vengarme pongo esta divina palabra en tus labios como un fuego devorador, y los pueblos que la oyeren como un palo seco, que ella consumirá. Encendido en aquel fuego divino, que el Salvador vino á encender sobre la tierra para que ardiese sin cesar, se propuso Domingo imitar en su predicación á S. Pablo, que, despreciando los discursos sublimes de la elocuencia humana y las arengas del Atrio y del Liceo, ajenas de la cátedra del Espíritu Santo, mubes sin agua, y sin la expresión de san Justo, y solo á propósito para captar el aura popular, se gloríaba de no saber otra cosa que á Jesucristo crucificado, su religión, su moral y sus misterios. Tal fué el plan de predicar que se propuso este varón apostólico, y sobre el mismo fundó su venerable Orden de Predicadores, para rebatir por este medio la herejía y conquistar almas para el Cielo. ¡Qué hermosos, oh Dios mío, fueron los pasos de este evangelista de la paz y de los bienes eternos! Sus palabras eran otras tantas centellas de fuego de amor divino que penetraba en las almas, y otras tantas flechas agudas que, lanzadas con la fuerza de su celo, herían el corazón de los enemigos de Dios. ¡Qué solicitud igual á la de este varón apostólico, de este enviado extraordinario de Dios al mundo, que pasaba el día trabajando y la noche sin descanso, que bastaba por sí solo á predicar á los pueblos, á catequizar los rudos, á dirigir los perfectos, al socorro de los pobres, al alivio de los enfermos y á disputar con los herejes? Su predicación, como la de otro Pablo, estaba fundada sobre sabiduría y virtud. ¿Qué fuerza no tenían las verdades evangélicas en los labios de un hombre, que, predicando á Jesucristo crucificado, renovaba la memoria de sus prodigios? ¿Qué no pueda yo detenerme á manifestaros los innumerables milagros que obró Dios por medio de esta su enviado! Veriais andar los cojos, hablar los mudos, recobrar la vista los ciegos y resucitar los muertos. ¿Qué pruebas más auténticas de su misión extraordinaria? No parece sino que el Señor le había dado poder absoluto sobre los elementos. El fuego, el agua, el aire, la tierra obedecen sus órdenes. El mismo sale fiso de entre las brasas, como los tres jóvenes del horno de Babilonia. El siglo de Domingo fué festivo y digno de todos esos prodigios, y más de cien mil herejes convertidos por sus sermones, fueron público testimonio de esos hechos, que no ménos acreditan su misión extraordinaria de parte de Dios, que la fidelidad de Domingo á su ministerio.

Para sostener la religión en toda su pureza, se ha dignado siempre el Señor, comunicar toda su virtud y energía á la predicación; porque los innumerables fundamentos en que descansan su religión y la vida eter-

na, son las verdades reveladas y las leyes que debemos observar. Por esta razón, nunca ha dejado Dios de enviar á su Iglesia varones ilustrados de su divino Espíritu, para conservar la pureza de su doctrina, impugnando los errores y el orgullo del espíritu humano; ni ha omitido proveerla de hombres celosos de su ley, para que hagan frente al desarreglo de las costumbres; para combatir los vicios del siglo y reformar los abusos. Y aunque tocamos por la experiencia, que Dios reparte los dones á su arbitrio, y que no á todos los sábios ha dado el don de palabra, sin embargo, como Sto. Domingo era su ministro extraordinario, le comunicó los dones de sabiduría y el de la palabra para combatir á un mismo tiempo los errores y los vicios con igual éxito que celo. Mas, atendida su vida prodigiosa y sus ilustres hechos á favor de la religión, no basta, para concluir su elogio, considerarle como doctor y predicador extraordinario, que, de una parte, confunde la herejía con la fuerza irresistible de sus discursos y escritos, fundados en la verdad y sana doctrina; ni que de otra, haya confundido á los herejes y á los vicios desde los púlpitos por el ardiente celo de su predicación. Debemos no perder de vista la doble guerra que declaró al error. En ésta, como reflexiona un sabio, lo vemos triunfar, no solo de la falsedad de las máximas, sino de la rebelión de los parlamentos de la herejía y de los vicios. Domingo emplea para la destrucción de estos dos monstruos la espada de dos filos de la divina palabra, y aquella otra espada terrible que puso el Señor en mano de los reyes, para abatir el poder legítimo y tiránico que se rebela contra la potestad sagrada. Semejante á los valerosos israelitas, que reedificaban el templo de Jerusalén bajo la conducta de Esdras, reparaba con una mano las ruinas de la casa de Dios, y con la otra combatía y postraba á sus enemigos.

Al ver profanados los templos, los vasos sagrados abandonados al pillaje, interrumpidos los sacrificios, inmolados los sacerdotes en lugar de víctimas; abolidas las ceremonias santas, violadas las vírgenes y entregadas á animales inmundos; designada en fin la belleza y hermosura de la Esposa de Jesucristo por los sacrilegos atentados de los albigenses; el celo de Domingo se enardece, se enciende como una llama abrasadora, y sostenido con una buli del sumo Pontífice, predica una cruzada contra esta secta impia; y considerando, que á Dios le es tan fácil vencer con pocos que con muchos, acompañado de un pequeño número de caballeros y de soldados católicos, marcha á grandes pasos, lleno de confianza en la asistencia del brazo irresistible de Dios y en la justicia de su causa, contra un ejército de más de cien mil herejes, que habian establecido en el Lan-

gñedoc el cuartel general de su rebelion y el teatro de sus violencias. Domingo se presenta, los ve y los vence. Los numerosos batallones heréticos, al llegar los católicos, se dispersan; unos caen prisioneros, otros mueren al filo de la espada vengadora, y ofrecen un digno sacrificio, inmolados á la indignacion del Dios de los ejércitos. ¡Qué grande sois, Señor, y cuán irresistible es vuestro poder! A Vos se debió este triunfo; pues, mientras Domingo levantaba como otro Moisés sus bra-zos al Cielo, y el conde de Monfort, este nuevo Josué, perseguía en derrota á esos nuevos amalecitas, vuestro omnipotente brazo obraba invisiblemente. Domingo no tenía en sus manos otra cosa que un Crucifijo, la Bula y el Rosario; y con solas estas armas veía caer á su diestra y siniestra innumerables enemigos. Así vió en breve trastornado el altar sacrilego de Baal, exaltado el nombre de Dios, y concluida con su divino auxilio la empresa. Por medio de esta memorable jornada, dice un sábio, se dignó el Señor autorizar la devocion del santo Rosario dejó los estandartes de esta guerra de religion. Domingo, en efecto, prestó en esta ocasion un ilustre homenaje á la Reina del Cielo. Desde el campo de batalla pasó devoto á una capilla consagrada á Dios en honor de su verdadera Madre, y la dirigió, por la vez primera, aquella alabanza, que la Iglesia ha repetido tantas veces á su gloria; á saber: Tú sola has destruido todas las herejias. Elogio justo y verdadero; porque la herejia de los albigenses era un monstruoso cúmulo que las abrazaba todas.

Empero Domingo no se contenta con arrojar la herejia de los lugares donde dominaba; se propone atacarla en las almas donde habia fijado su sòlo. Nada juzga haber hecho si no conviene á los obstinados. ¿Con qué conato no promueve su conversion? Su celo, su ardiente celo, le mueve tal vez á indignacion á vista de muchos infelices apóstatas de la fé, que, abandonadas las fuentes de agua viva, iban á satisfacer la sed en cisternas turbias y pestilentes; y arrebatado de una ira santa, les decía como otro Elías: si Baal es vuestro dios, seguidlo; y si el Dios de Israel es el verdadero Dios y Señor, derribad los altares de Baal para adorar al Dios de vuestros padres en espíritu y verdad. Y para que no penséis que hablo por entusiasmo, traed á la memoria el pasaje de Elías con los sacerdotes de Baal, que nos refiere la Escritura santa. Yo solo, dijo Elías al pueblo de Israel, yo solo soy el profeta del Señor, y los profetas de Baal son cuatrocientos y cincuenta; tráiganse dos buyes, elijan ellos uno, divídanlo en trozos, y colocado sobre la leña no la pongan fuego debajo. Lo mismo haré yo con el buey que se me entregue. Invocad, añadió, los nombres de vuestros dioses, y yo invocaré el de mi Señor, y el Dios que oye

por medio del fuego, sea ese el Dios. Buena propuesta, dijo el pueblo. Hizose lo concertado. Los profetas de Baal clamaban á grandes voces: Baal, óyenos; y nadie les respondía. Elías se burlaba de ellos, diciéndoles: clamad más alto..... para que vuestro dios, si está dormido, despierte. Por más esfuerzos que hicieron, Baal se mantuvo sordo y mudo. Elías entonces invocó al pueblo: erigió el altar del Señor, que estaba destruido, puso sobre él la leña, mandóla por tres veces rociar con agua, y que llenasen de ella un foso que rodeaba el altar; y al punto que clamó al Dios de Israel descendió fuego del Cielo, que consumió la víctima, la leña, las piedras, y hasta desaparecieron el agua y el fuego del acueducto. ¡Milagro incontestable, que loemos renovado, en cierto modo, en los dias de Domingo! Conviño éste con los doctores de la secta albigense, que se arroja-se á una hoguera el libro que contenia sus máximas, juntamente con el compuesto por él mismo contra sus errores, y que se tuviera por verdadero el que saliera ileso. Ejecútese lo convenido, y el fuego consumió al punto el libro de los herejes, y el de Domingo, que contenia la santa doctrina, arrojado por tres veces á las llamas, no solo salió ileso, sino sin ahumarse. ¡Ah! os dignasteis manifestar ¡oh Dios mío! la verdad de vuestra religion y la mision de vuestro siervo! Pero el celo de éste no se limita á la conversion de los herejes á la fé; anela la conversion de los pecadores á la penitencia. Inflamado su corazon del ardiente amor de Jesucristo, lo devora el celo de la casa de Dios y la salvacion de sus hermanos. Hecho todo para todos, como otro Pablo, predica, insta, arguye, reprende, oportuna é importunamente. Su voz, animada del espíritu de Dios, como la del Bautista, era una antorcha que brillaba y ardía. Sus discursos, llenos de uncion y de una fuerza secreta é irresistible, triunfaban del corazon de sus oyentes. Cuando predicaba á los pueblos, su rostro aparecía como un rayo de luz, que resplandecía con el fuego de la caridad que inflamaba su alma. Por manera, que más parecia ángel del cielo que hombre terreno. Mas no penséis que el celo de este siervo fiel se limitó á la conversion de un solo pueblo ó provincia. Recorre toda la España, la Francia, la Italia; y, conducido por el espíritu de Dios, á manera de una nube misteriosa, derrama por todas partes las aguas saludables de la doctrina evangélica que saltan hasta la vida eterna. ¡Qué de Samaritanas, qué de Magdalenas, qué de adúlteras convertidas á una verdadera penitencia por el ministerio de Domingo! ¡Qué de publicanos, qué de ladrones, qué de pecadores obstinados no abandonaron las sendas de la iniquidad y avanzaron su marcha por las de la salud, bajo la direccion de Domingo! Los anales de la Iglesia publicarán siempre los ilustres

rofeos de la predicación de Domingo de Guzmán, cuyo ministerio y espíritu dejó por testamento y herencia á sus hijos.

Consideró el santo patriarca, que no podía por sí solo subvenir á las necesidades de diferentes iglesias, y que su muerte interrumpiría sus trabajos apostólicos; su celo, que, á imitación de S. Pablo se extendía á todas las iglesias del mundo, le sugirió el secreto de multiplicarse en su posteridad. Con este fin instituye un Orden religioso, consagrado por voto particular á ejercer el ministerio de su glorioso Padre. Lejos de mí, hermanos míos, todo espíritu de adulación. Mas si el árbol bueno ó malo, según el Evangelio, se debe conocer por sus frutos; y si los hijos, como dice el Espíritu Santo, son, ordinariamente, la muestra del padre, vosotros no ignoráis cuanto ha contribuido este venerable Orden de predicadores al esplendor y extension de catolicismo por todo el mundo habitado. Molestaría y vuestra atención si quisiera, aun en sumario, hacer enumeracion de las regiones bárbaras en que ha publicado el Evangelio y establecido la fé del Crucificado; los santos pontífices, mártires y confesores que ha dado á la santa Iglesia, y que hoy veneramos en sus altares; los innumerables sábios que ha producido este Orden para honor de las escuelas, de las universidades, del Estado y del mundo literario. Basta decir en conclusion, que, herederos del ministerio y espíritu de su glorioso Padre, han dado preciosos y abundantes frutos de santidad y de sabiduría, á la Iglesia y á los Estados, bajo la tutela de la Madre de Dios, cuya devoción y santo Rosario han extendido por todo el mundo cristiano.

Hermanos míos, pedid á Dios que envíe predicadores que sigan siempre las huellas de este gran fundador, ó imiten su celo por la honra del Señor, por la defensa de su Iglesia y verdadera religión; para que el Cielo se digne derramar en nuestros días su benignidad sobre la tierra ingrata de nuestros corazones, y éstos produzcan abundantes frutos de penitencia y de santidad, como en los tiempos de Domingo. Suscitad ¡oh Dios mío! varones apostólicos, que en estos días lúgubres defiendan vuestra causa; consuelen á vuestra afligida Esposa la Iglesia, confundan la perfidia de sus implacables enemigos, los atraigan á su seno, y los conviertan á verdadera penitencia, para que todos os conozcan, os amen en vida y gocen en la eternidad. *Amén.*

PANEGÍRICO DE SAN ELADIO, ARZOBISPO.

Laudamus viros gloriosos et parentes nostros in generatione sua.

Alabamos á los varones gloriosos y á nuestros padres en su generacion.

[ECCLESIASTICO, XLIV. 13]

Vengo resuelto á probaros en este breve rato, que *san Eladio nos enseña á apreciar el oro, la plata, las riquezas y los bienes de esta vida en su justo valor.* ¿Podría yo escoger una materia más interesante en unos tiempos como los que atravesamos, ni más propia y adecuada para formar el elogio de un Santo nacido en la opulencia, educado en la abundancia, colocado en los empleos más honoríficos de la corte, elevado á la dignidad de arzobispo de Toledo; y en todos los estados y condiciones de su vida siempre virtuoso, siempre acepto á los ojos de Dios, siempre desinteresado, desprendido, generoso, amable y accesible como buen discípulo de aquel Dios de bondad, que conversó con la Samaritana, consoló á la viuda de Nain, se hospedó en la casa de Zaqueo y pasó haciendo bien y sanando á cuantos necesitados imploraban su auxilio? Esas gentes bulliciosas; eternamente ocupadas en las galas, en las modas, en vanos pasatiempos, en inútiles recreaciones y en las funestas maniobras de la ambición y del interés; esos ricos idolatras del dinero y de los miserables bienes de la vida; y aun esas mismas personas devotas, que quieren juntar la virtud con sus regalos y conveniencias, la santidad con el esmero en procurarse comodidades, y la gracia con el fasto, con la brillantez y ostentacion de las almas hipócritas, altivas y orgullosas; ¿no han de poder ser hijos de una religion ocupada en dirigir hácia el Cielo á los ricos y á los pobres, á los que viven en el bullicio de los negocios públicos y á los que pasan una vida oscura en el hogar doméstico; á los casados como á los solteros, á las gentes

del campo, de la milicia y del foro, como á los eclesiásticos ocupados en el servicio del santuario? Lejos de mí semejante blasfemia. Para todo hay remedio en nuestra religion santa; nada hay en ella inexpugnable; hasta los instintos de la desesperacion son corregibles: los mismos avaros, los codiciosos é interesados, y los que no viven sino para atesorar bienes perecederos, pueden salvarse si escuchan la voz del eterno Legislador, que nos dice á todos: que no tengamos apego ni aflicion á las riquezas, que no nos dejemos dominar del oro, que no pongamos nuestro corazon en el dinero, que busquemos ante todas cosas el reino de Dios y su justicia, seguros de que no nos faltará lo necesario para pasar la vida: que no seamos como los gentiles afanados por buscar esas cosas; y que dejándolo todo por la virtud, recibiremos el ciento por uno en la tierra y la gloria eterna en el Cielo.

El oro, la plata, las riquezas, los bienes de este mundo; las dignidades, los honores, la grandeza humana, el esplendor y brillo, que tanto suele deslumbrar... todas estas cosas pueden ser compatibles y conciliarse con las máximas del Evangelio, si imitamos la conducta de san Eladio, si nos dejamos conducir por sus enseñanzas, si convencidos de la verdad de mi proposicion cumplimos con el deber que nos impone la Sabiduría eterna, cuando para que seamos obsequiosos y agradecidos nos dice: «Alabemos á los varones gloriosos y á nuestros padres en su generacion.»

Para que todo ceda en provecho de nuestras almas y en gloria del que solo es santo y señor, inspiradme, Maestro, de la verdad. Os lo pedimos por medio de la Reina de todas las virtudes. A. M.

Quando el Salvador del mundo dice: que el que quiere ser su discípulo, debe renunciar quanto posee, ¿se os figura, acaso, que nos prescribe el despojo general de todos los bienes, en el sentido en que lo hicieron los fundadores de las Ordenes monásticas y sus hijos? Esta sería una torpe equivocacion. Nuestro divino Maestro no pide á todos ese sacrificio, pero sí exige de cuantos quieran ser sus discípulos, que desprendan su corazon de los bienes de la tierra, que entre la misma abundancia sean pobres en el afecto, que no tengan apego á las riquezas, ni menos que éstas sean su ídolo. Permite que seáis ricos y acrecentéis vuestra fortuna; pero ricos sin apego á las riquezas, sin una subordinacion servil á lo que se posee, sin abusar de ello para satisfacer pasiones criminales, sin cometer injusticias, siempre prontos á perder lo que se tiene si Dios así lo dispone, y á repartirlo entre los pobres segun las leyes de la piedad cristiana.

Pero entendedlo bien: el Hijo de Dios dice, que no pueden pertenecerle los ricos orgullosos, avaros, usureros, voluptuosos, duros con los pobres y semejantes al rico Avariento que se describe en el Evangelio (1). De éstos, dice la Sabiduría eterna, que «más fácil es «á un camello el pasar por el ojo de una aguja, que á un rico «el entrar en el reino de Dios (2). ¿Cómo así? ¿Por qué una aseveracion tan absoluta? Porque á las riquezas no debe pegarse el corazon criado para bienes más preciosos y eternos; porque debemos amar á Dios sobre todas las cosas, haciendo que todo lo visible é invisible nos sirva como de medio para llegar á aquel grado de caridad, en que podamos decir á nuestro Dios con san Francisco de Asis: «¡Dios mio y todas las cosas!» porque no hay medio: ó hemos de renunciar el titulo de discípulos de Jesucristo, ó hemos de amar las riquezas y bienes criados con subordinacion á los eternos y celestiales. Así nos lo dice el Hijo del eterno Padre; y este dicho infalible comprende tanto al príncipe como al vasallo, al padre de familia como al que no tiene sucesion, al hombre público como al particular. En hora buena que se conserven los bienes adquiridos legítimamente, y que se aumenten por medios justos; pero el apego del corazon á estos bienes está absolutamente condenado en el Evangelio; y con razon, porque ¿no es cierto, que en cuanto ponen los hombres su corazon en ellos pasan á ser su ídolo? ¿No nacen de este apego é inclinacion vituperable la codicia, la ambicion y la avaricia, con todo el ejército de vicios y pecados, que siempre siguen á aquellos desórdenes calificados de idolatría por el Apóstol? Reflexionad, y estad en que, hablando en rigor, las riquezas legítimamente adquiridas no son las que pervierten á los cristianos, sino que el apego á ellas es el que las emponzoña, el que hace ríprobos á tantos ricos, el que tiene á la sociedad en el deplorable estado en que la vemos. ¿Cuántos reyes, príncipes y poderosos han sido santos? ¿Y cuántos santos han sido ricos, profesando entre las riquezas la más rígida pobreza, para ser del número de aquellos de quienes dice Jesucristo: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los Cielos?»

San Eladio es uno de ellos, y en él solo podemos aprender á apreciar en su justo valor el oro, la plata, las riquezas y bienes de esta vida. ¿Hay acaso quien dude de esto? Pues callen las palabras, hablen los hechos y decida el buen juicio. Aunque este varon glorioso y padre de nuestra fé nació en Toledo, de la nobilísima prosapia de

(1) Luc. xvi, 1.

(2) Luc. xviii, 25.

los reyes Godos, y recibió una brillante educación en el real palacio en que vivía su padre, condecorado con los empleos más honoríficos; aunque mereció la gracia y favores más distinguidos del príncipe, y era tenido en la corte por uno de los jóvenes más cabales de su tiempo, no se os figure que voy á valerme de estas ventajas para hacer brillar el cuadro de la edad infantil de nuestro Santo, ni que yo sea capaz de fundar su elogio en cosas que pueden repularse entre las que computó el Sábio para decir, que halló vanidad en todo. Solo os diré: que san Eladio recibió de Dios un corazón como nacido para la virtud; que desde su cuna fué prevenido con dulces bendiciones; que su entendimiento despejado, unido á una singular circunspección y gravedad de costumbres, indicaba que Dios le tenía destinado para cosas grandes; que puesto, en fin, por el rey en el cargo importante de gobernador de las cosas públicas, manifestó en este honorífico empleo, que solo Dios era el objeto de su amor, de sus ansias y deseos, sin que los atractivos de una gran fortuna y los adelantamientos con que le brindaba su propio mérito, luciesen en su alma la menor impresión contraria á su rectitud; sin que todo cuanto aprecián en mucho los hombres, mereciese en su concepto más valor que el que le dá la religión; y sin que la risueña perspectiva de un honajero porvenir influyese en su corazón más que para decir con nuestro Salvador: «De qué importa al hombre la posesión de todo el universo, si en ella padece detrimento su alma?» De ahí el esmero con que procuraba invertir cuanto tenía en los pobres y obras de piedad y misericordia; el apreciar los bienes y riquezas como medios de ejercitar las virtudes, que deben hacer el adorno de los ricos; y la exquisita exactitud en arreglar su conducta á las máximas y preceptos del divino Maestro. De ahí la continua contemplación de los bienes eternos, su escasa estimación de los terrenos y transitorios de esta vida, su firme resolución de renunciarlo todo por seguir más de cerca á Jesucristo, y el pensamiento heroico de trocar la independencia, la libertad y conveniencias del siglo por la sujeción, por la austeridad y penitencias del monasterio Agaliense, en el que tomó el hábito de monje, resuelto á ser verdadero hijo del gran padre san Benito; á caminar por las sendas que conducen á la perfección evangélica; y á nutrir y acrecentar en el silencio del claustro el amor con que estaba unido al Dios, que dice: que es necesario aborrecer el alma en esta vida para ganarla en el Cielo.

Retirado del mundo san Eladio y establecido en la mansion de los justos, ¿seré yo capaz de hacerlos percibir siquiera, lo que adelantó en

el camino de la vida espiritual, la parsimonia con que edificaba á los mismos santos, y el fervor con que este ejemplar copista se entregó al ejercicio de todas las virtudes para ser todo de su Dios? No, hermanos míos. Lo que pasa entre el alma del justo y el Esposo celestial no está al alcance de los hombres. Éstos no pueden comprender los designios de la Providencia sobre los que ha elegido para instruir y dirigir á los mortales por los caminos de la ley santa. Porque, decidme: ¿podiera ninguno figurarse, que del tugurio penitencial de un convento habria de salir un pobre monje, para dar lecciones y enseñar á las gentes del mundo, acerca del valor en que deben apreciarse el oro, la plata, los bienes y riquezas de esta vida? Pues vedlo sin embargo así en el glorioso san Eladio. Le nombran abad los monjes Agalienses, y no solo se esmeró en dirigir á sus súbditos con la oportunidad de sus consejos y con el ejemplo de sus virtudes, sino que acrecentó considerablemente los bienes temporales del monasterio, porque ellos podrían conducir á la mayor honra y gloria del Señor y al servicio de su santuario. Vacó la silla arzobispal de la primada de las Españas, y como la fama se había apoderado de la prudencia, de la santidad y sabiduría de san Eladio, todos los electores pusieron los ojos en él, y fué elegido y consagrado arzobispo de Toledo, en cuyo destino escuchad y vereis cómo nos enseña.

Todos sus desvelos tenían por objeto la perfección del estado eclesiástico, la reforma de costumbres de su pueblo, y el lustre, la magnificencia y esplendor del culto divino. Pero, como para esto se necesitan el oro, la plata, las riquezas y bienes temporales, y sea necesario el dinero para edificar templos, fundar establecimientos piadosos, socorrer á los pobres y atender á las necesidades de la sociedad, preciso es convenir en que muchos hombres deben procurárselo, como David y Salomón; como los Teodosios, Luises, Enriquez y Ferrnandos; como los Gregorios, Leones, Pías, Clementes y Benedictos; quienes ejercitaron su virtud en recoger bienes temporales para asegurar con ellos los eternos, como lo manda Jesucristo. San Eladio, pues, inspirado por el Cielo, fué extraordinariamente solícito en procurar, que todas las cosas criadas sirviesen á su Criador; que todo lo más precioso que hay entre los hombres se emplease en los actos virtuosos de la religión; que los bienes temporales y las riquezas abriesen el camino para el Cielo á los que las poseían; y que los ricos dando, y los pobres recibiendo, fuesen los ecos de los que sin cesar cantan en el Cielo: «Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos: llenos están los cielos y la tierra de vuestra gloria.» Constituido administrador de los necesitados, se tenía por obligado

á buscar desgraciados á quienes socorrer: su celo y caridad le llevaban á las casas de los indigentes y desvalidos, á la de los enfermos y apurados por cualesquiera de esas calamidades que fluyen sobre la tierra, como lo dice el santo Job: Así mereció el renombre de padre de los pobres. Las misericordias y limosnas de san Eladio, dice san Ildefonso su discípulo y sucesor en la abadía Agaliense y en el arzobispado de Toledo, «eran tan copiosas, como si entendiésemos que eran «sus mismos miembros y entrañas todos los necesitados.» Era admirable su frugalidad en la mesa, reducido en sus gastos personales, expléndido para los demás, adicto exclusivamente á la direccion de la grey que se le habia confiado; y tan convencido estaba de que las obras y no las palabras debian hablar, que dice el mismo san Ildefonso: «que san Eladio rehusó el escribir, porque sus acciones laudables enseñaban más que cuanto pudiera imprimir en el papel.» Á su piedad se debió la construccion del templo de santa Leocadia en Toledo, donde fué sepultado con un epitafio expresivo de su nobleza, nacimiento y admirables acciones, escrito por san Ildefonso, al que tengo que remitirlos por no sacar este discurso de los límites que ha prescrito la costumbre.

Basta, sin embargo, para mi intento, lo que dejo expuesto. Porque, ó los avaros y codiciosos se empeñan en cerrar los ojos á la verdad manifiesta y patente en la conducta de san Eladio, ó han de reconocer, que este Santo nos enseña, prácticamente, á justipreciar con rectitud el valor del oro, de la plata, de las riquezas y bienes de esta vida. Apreñábase pues de él á dar á cada cosa lo suyo; y sepase, que nuestra religion no condena las riquezas, sino el apego del corazón á ellas; que nuestro Dios no prohíbe que se cuiden, se adquieran y se adelanten los bienes temporales por medios justos, sino el que se haga de ellos un ídolo, que nos escluye y arrastra hácia el Infierno. Tengan dinero en hora buena, y sean ricos los que deban serlo, segun los designios de la divina Providencia; pero den gracias á Dios por los bienes que se ha dignado concederles, y no pongan su corazón en ellos, sino en los eternos, que son los que con preferencia á todo deben procurarse. Acrediten su desinterés con su conducta, imitando á san Eladio, que todo lo refirió á la mayor honra y gloria de Dios y provecho del prójimo; y poniendo todos sus bienes á disposicion del Dueño de todo el universo, estén dispuestos á decir en el caso de una pérdida como el santo Job: «el Señor lo dió, y el Señor lo quitó; se hizo segun su voluntad; sea el nombre del Señor bendito.» De este modo las riquezas serán útiles y provechosas, servirán para ejercitar las virtudes de la liberalidad, de la misericordia, de la caridad, y

otras muchas recomendadas en el Evangelio; y los ricos podrán imitar al Padre celestial en la bondad con que llena de beneficios á sus criaturas, como lo practicó el glorioso san Eladio, á quien no sirvieron de obstáculo los bienes de la tierra para lograr los del Cielo, antes bien se valió de ellos para servir al Señor, socorrer á los necesitados, y merecer por los méritos de Jesucristo la gloria eterna, que á todos deseo. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE SAN ELÍAS, PROFETA.

*Surrexit Elias propheta quasi ignis...
amplificatus est in mirabilibus suis... et tu
Eliasi completus est spiritus eius.*

*Levántose Elias, como un fuego. Se hizo
célebre por sus milagros, y quedó en Eli-
seo la plenitud de su espíritu.*

(ECCLES. XLVIII, 1 et seq.)

Dos dificultades encuentran comunmente los oradores en los asuntos que tratan: la una, por la escasez y esterilidad de la materia; y la otra, por sobrada copia y abundancia. Para lo primero es preciso valerse de mil alusiones ajenas del intento, de historias, pinturas y comparaciones, para dar á la obra el cuerpo que ella de por sí no tiene; para lo segundo se requiere gran discrecion y fino en saber lo que se ha de decir; porque el decirlo todo es imposible, y ocasiona confusion y molestia en los oyentes una oracion difusa y delicada. Entrambas cosas piden destreza en el orador para enlazar con arte las piezas de la oratoria; pero los asuntos de suyo vastos, fecundos y floridos llevan esta ventaja, que no se necesita mendigar flores retóricas para adornarlos; y una relacion sencilla de algunos particulares pasajes dá á entender, bastantemente, lo que resta que decir del sugeto que se elogia. Digo esto, hermanos míos, porque el objeto de los presentes cultos, el Santo cuyo panegirico tengo á mi cargo formar, es tan admirable y portentoso, tan grande y extraordinario en virtudes y prodigios, sus empresas tan árduas y tan sublimes, su vida tan ejemplar y tan heroica, sus acciones tan elevadas y tan altas, todo él tan particular y tan famoso, que yo no sé lo que deba decirlos ó lo que deba callarlos. Ora le mire en el oriente de sus luces, ora en el mediodia de sus rayos, ora en el ocaso de sus resplandores; siempre

me parece una estrella de primera magnitud, un astro de superior esfera, un fenómeno raro en la region de los santos, que embelesa la vista de quien le examina, y un prodigio de la gracia que arrebató y saca fuera de sí al entendimiento que le contempla.

Descorred el velo de los tiempos, desenvolved las historias de los siglos, recorred los anales, los fastos de la Religion; siempre será verdad decir, que las calidades más brillantes que distinguieron á los héroes y á los hijos de Dios, y que repartidas entre millares hicieron el nombre de cada uno de ellos célebre y memorable, todas estuvieron concentradas y reunidas en la persona de Elias; él fué como un océano de santidad, á donde fueron á dar, y de donde salieron despues, los más copiosos raudales de virtud y perfeccion. Celebren otros, enhorabuena, el candor y la inocencia de Abel, la piedad y la religion de Enós, la fé y la obediencia de Abrahán, la intrepidez y fogosidad de Finees, el imperio y señorío de Moisés; la direccion y acierto de Josué, la humildad y mansedumbre de David, la pureza y castidad de José, la modestia y devocion de Samuel; que á mí me lleva la atención sobre todos los otros, el candor y la inocencia de Elias, la piedad y la religion de Elias, la fé y la obediencia de Elias, la intrepidez y fogosidad de Elias, el imperio y el señorío de Elias, la direccion y el acierto de Elias, la humildad y mansedumbre de Elias, la pureza y la castidad de Elias, la modestia y la devocion de Elias. Pero su heroismo y la grandeza de su alma no hallo á quien compararlos sino á sí mismo; y me atrevo á decir, que fué el modelo, seguí el cual se han formado todas las almas grandes. Mas dejemos estos encomios generales, indeterminados y vágos, y ciamos el discurso á una idea más propia y característica de nuestro Santo; y si no se dice todo lo que abraza su heroismo, porque un panegirico es corto lienzo para el retrato de un gigante de este tamaño, á lo ménos se trazarán algunos rasgos que indiquen su magnitud y corpulencia. Yo le veo inflamado de un celo por la gloria de Dios que le devora las entrañas; yo le veo obrar años portentos y maravillas que asombran al mundo entero; yo le veo arrebatado en un carro de fuego, que lo eleva por los aires y lo esconde á la vista de los mortales sin despojarle de la mortalidad; y yo le veo, finalmente, despues de su traslacion, continuar en los mismos prodigios por aquel espíritu doble que dejó á su discípulo Eliseo y á todos los alumnos de su escuela. En consecuencia de esto os hablaré de su celo, que es su principal carácter, y de paso tocaré sus maravillas. Os hablaré tambien de su rapto prodigioso, y de la herencia que les cupo á los hijos de este gran patriarca, en quien se completó su espíritu. Las glorias de Elias formarán la

primera reflexión: las glorias de los sucesores de Elias será el asunto de la segunda: A. M.

Un espíritu noble, á quien el celo de la casa de Dios devora el corazón y las entrañas, ¿qué no es capaz de emprender y ejecutar por la gloria del Señor? Una alma, en que prendió la llama de este fuego voraz, es un trueno que todo lo conmueve, un rayo que todo lo penetra, un torrente que todo lo inunda, un incendio que todo lo abraza; ni dificultades, ni inconvenientes, ni obstáculos son parte á detener el ímpetu y rapidez de su espíritu; trabajos, persecuciones, cadenas, hambre, desnudez y miserias, todas las plagas del mundo, le son más dulces que la miel y que el panal; todo lo sufre con alegría y con gusto por ver si Dios llega á ser glorificado, que es el único objeto de sus deseos y de sus ansias. Un corazón abrasado de celo está lleno de bondad y de dulzura para con las almas dóciles; es recto hasta el punto de inflexible con los espíritus tercos, humilde con los humildes, sencillo con los sencillos, grande y majestuoso con los majestuosos y grandes; le anima un valor heróico, capaz de intentar las cosas más árduas; es animoso en sus designios, intrépido en los peligros, constante en las adversidades, incontestable en los reverses del mundo, impaciente por desfogar el ardor que le consume; todo lenguas para publicar las maravillas de Dios, todo manos para trabajar en las conquistas de las almas, todo ojos para atender á la salud de sus hermanos, todo caridad para unirlos en lazos de amor divino, y todo venganza cuando ve profanado el nombre del Altísimo.

¿Acabais de conocer á Elias por sus rasgos de celo que imperfectamente os he delineado? Este profeta grande, jamás visto en Judea ni en Israel, apenas salió á la luz del mundo, cuando ya apareció lleno de calor y de ardimiento por los intereses de Dios: la gracia parecía anticiparse á la naturaleza. Echómos algunos puados de flores sobre su cuna, quiero decir, pasemos en silencio la infancia de este héroe y aquellos primeros años, en que como valiente atleta se amestraba en manejar las armas de las virtudes, que las soledades repitan los ecos de sus ayes y gemidos por los pecados del mundo; dejemos para los ángeles, que fueron testigos oculares de su vida immaculada, explicar los empleos y ejercicios de este ilustre anacoreta, sus vigilijs, su abstinencia, su oración, sus enajenaciones y transportes; sus rigores y asperezas, en que como padre de una generacion futura tan numerosa

como las estrellas, zanjaba de antemano los fundamentos de la vida monástica, y las firmes bases sobre las cuales debia levantarse el edificio de la perfeccion cristiana; pasemos por alto, vuelvo á repetir, todos esos ensayos, esas semillas de virtudes, que dieron despues tan óptimos frutos, y vamos á la corte de Acab en el reino de Israel, donde Elias, hecho un fuego, desahogó los ardores de su espíritu, y puso en admiracion al Cielo y á la tierra, á los ángeles y á los hombres.

¿Con qué colores os pintaré yo, hermanos míos, el reino de Israel, en aquellos infelices tiempos en que Acab lo gobernaba? Dividido ya del reino de Judá, y habiendo apostatado de la religion de sus padres, sostenia el culto sacrilego de los becerros de Jeroboam, y añadia nuevas execraciones á los pasados delitos por las cabezas que le dirigian: Acab y Jezabel. Acab, rey inicuo, y Jezabel, la reina más malvada y enemiga jurada de Dios. Era ésta sidonia de nacion, dada á la idolatría de su país, mujer orgullosa y soberbia; tan intrigante y tan despótica, que habiéndose apoderado con sagacidad y astucia del ánimo del monarca, le hizo erigir un nuevo templo al dios Baal, y levantar un bosque de abominacion, en donde los sidonios é israelitas rebeldes cometian los más detestables excesos. Ella convocó adivinos, astrólogos, magos y profetas falsos, que diesen culto al idolo, y borraran la memoria del Dios de Cielos y tierra. No era á la verdad el rey tan malvado como la perversa reina; pero, un amor desordenado y ciego á los atractivos de esta mujer extranjera le hizo cómplice en los mismos delitos. ¿Qué funestas consecuencias no era preciso se siguiesen á una abierta idolatría autorizada por el príncipe? Nuestra miseria y nuestra malicia no han menester de espuelas para correr por las anchas sendas de la disolucion y del libertinaje; y en breve se vió en Israel un reino inundado de vicios, un pueblo tiranizado de las más brutales pasiones, unas gentes ímpias, injustas, avarientas, pérdidas, disolutas, voluptuosas; sin humanidad, sin pudor y sin vergüenza, sin conciencia, sin Dios y sin ley, que irritaban la cólera del Dios de los ejércitos. Elias, en medio de estas prevaricaciones, se enciendo, se abraza, se derrite, se deshace; el corazón no le cabe en el pecho; su celo es una fiebre ardentísima que le consume los huesos y la médula del alma. Él quisiera de un golpe exterminar aquella raza proscrita y borrarla de la haz de la tierra; pero su amor, igualmente dulce y activo, templa su enojo y su justa indignacion, y toma el medio de castigarlos por ver si puede reducirlos. El celo peca por impetuoso cuando no tiene otra mira que arruinar las obras de la mano de Dios, en vez de sostenerlas y repararlas. Por eso Elias, el discreto y prudentísimo Elias, junta la actividad con la moderacion,

y ántes de descargar el golpe, avisa del golpe que quiere descargar: él jura delante de Acab, que ha de castigar su sacrilega idolatría. Yo tengo de afligir al pueblo, le dice al rey cara á cara: en tres años continuos no ha de llover gota de agua ni un ligero rocío sobre la tierra; el Cielo estará duro como el bronce; y no hay que esperar á que se ablande en todo este largo tiempo, á no ser por órden mia y segun las palabras de mi boca.

Hijo; y apartándose de la presencia del rey, se fué á la parte del oriente, y se escondió en el torrente de Carit, en frente del Jordán. El vaticinio de Elias se cumple al punto. Hubierais visto anhelar la tierra, endurecerse el cielo, estañarse los ríos, secarse las fuentes, hervir el aire, abrasarse las noches, encenderse los días, tostarse los sembrados, enfermar los árboles, desnudarse los prados, debilitarse los bosques, morir las yerbas; y á todas las criaturas dar testimonio de la ira de Dios. Pero Elias se retiró á los montes por no ver la pena de aquellos cuyas culpas no podía mirar. ¡Qué estragos no indujo la sequedad del aire y esterilidad de la tierra! ¡Qué hambre! ¡Qué aflicción en todo el pueblo! ¡Qué lágrimas, qué gemidos, qué clamores en las gentes! Pero dejémoslos padecer el merecido castigo de sus iniquidades, y apartando los ojos de tantas lástimas, fijémoslos en aquella dichosa mujer, que fué verdaderamente dichosa por haber hospedado al profeta de Dios. Era ésta una pobre viuda de Sidonia, en Sarepta, á la cual el hambre del país habia reducido al último extremo de la miseria: no le quedaba en su casa más que un puñado de harina con que hacer una torta para ella y un hijito, bien seguros de morir entrambos, porque todas las puertas estaban cerradas á su remedio. Mas qué no pueden los méritos de los santos! Elias le asegura, que no le faltarán la harina ni el aceite hasta que cese el hambre, pues, si la partido con él el pan que le quedaba, él le dará ciento por uno, y la indigencia y penuria no tocarán los umbrales de su casa. Ni paró aquí la gracia y la merced del profeta: el hijo de esta mujer es acometido de una calentura ardiente, que trastornando la máquina acaba con su vida, y queda la pobre madre en la mayor aflicción y desconuelo. Elias, que no puede ver lástimas, como vidas sus entrañas á piedad, se retira solo con el niño difunto, se estrecha con el cuerpecito del niño por tres veces, une manos con manos, pecho con pecho, boca con boca, y comunicándole aliento y espíritu de vida, se lo entrega vivo á la madre. ¡Ejemplo raro en las historias! pues, desde el principio del mundo hasta los tiempos de Elias, no habia habido hombre, por favorecido que fuera de Dios, que hubiese resucitado á un muerto.

Las calamidades de Israel iban creciendo por puntos; pero el ánimo de Acab no se ablandaba con los golpes; ántes, puesto en presencia de Elias, le dijo con mucho enfado: ¿Acaso no eres tú el que turbas y alborotas todo el reino?—¿Qué dices, oh rey? le contestó Elias; no de mí, sino de tu casa nace todo el alboroto y turbación, por haber dejado á Dios y seguido á Baal. Si quieres conocer por experiencia tu error, convoca en el monte Carmelo una junta de todo el pueblo de Israel, llama tambien á los cuatrocientos y cincuenta profetas falsos, que comen cada dia en la mesa de Jezabel tu mujer, y allí se decidirá sobre el interés de la religion. La condicion se acepta desde luego; se congrega una asamblea numerosísima, y Elias les dice á todos: ¿Hasta cuándo habeis de claudicar á dos partes? Ya no es tiempo de andar siguiendo hoy una opinion, mañana otra: Si Baal es Dios, es menester creerle; y si no hay otro Dios que el Dios de Israel, es preciso adorarle. Aquí tenéis cuatrocientos y cincuenta profetas de Baal; solo yo estoy por el verdadero Dios; tráiganse dos bueyes á cada parte, dividáanse en piezas, pónganse sobre el altar, y el sacrificio sobre el cual bajare fuego del Cielo para consumirlos, éste dará testimonio de la verdadera religion. El pueblo convino en que la proposicion era justísima. Todo se hizo como estaba propuesto. Los sacerdotes de Baal empezaron primero á invocar el fuego del Cielo, pero el Cielo estuvo sordo á sus voces; clamaban á fuertes gritos, mas los gritos se les llevava el aire; echaron, por último, mano de sus armas, é hirriéndose sin piedad, esperaban que su dios la tuviese de sus súplicas; mas todo era inútil y en vano. Entónces Elias, como hurlándose de ellos, les dijo: Clamad en voz más alta; tal vez Baal estará profundamente dormido ó ocupado en algun negocio grave. Los ministros de Satanás se daban á las furias, y ardian en rabia contra el profeta. Visto que ellos no hacian caso, prepara Elias su sacrificio, hace pedazos las victimas, y echando sobre ellas algunos cubos de agua para más justificarse, levanta los ojos al Cielo é invoca con viva fé al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob. No bien acabó de orar, cuando desprendiéndose de lo alto un torrente de sagrado fuego, en un punto consumió el sacrificio, la víctima y el altar, con asombro y admiración de todos. Elias no cabia en sí mismo de goza por ver glorificado y engrandecido el nombre del Altísimo; y arrebatado de celo, dió órden al pueblo, que cogiesen á todos los sacerdotes idolátras embusteros y los despedazasen, sin que ni uno solo escapase de sus manos.

A este portentoso del fuego se siguió el otro prodigio del agua. Ésta se descaha con vivisimas ansias, pero no habia señales que la anun-

ciasen; solo se descubria de la parte del mar una nubecilla, que apenas se debia observar por su pequenez; sin embargo, Elias avisa al rey, que tome la carroza y marche con presteza, porque va á inundarse el pais; y hé aquí que, repentinamente, se oscurece el aire, se cubre la atmósfera de vapores y exhalaciones, se condensan y apiñan las nubes, y se desatan en una lluvia tan copiosa, que parecia venirse abajo el cielo. Estaba Elias medianero entre Dios y los hombres, y no habia cosa que resistiese á su voluntad y á su arbitrio; estaba el justo entre los pecadores, y los méritos del justo pesaban más en la balanza de Dios que las quejas sentidas del Cielo y de la tierra. No dejó de sorprenderse Acab en vista de las maravillas de Elias, porque, al fin, le quedaba alguna tintura de religion; pero Jezabel, la infame y perversa Jezabel, lejos de ser tocada del menor sentimiento de salud, concibió un odio implacable contra el profeta por la matanza de sus sacerdotes, y juró por todos sus dioses, que habia de poner á sus pies la cabeza de este héroe.

Aquí fué cuando Elias, huyendo de los furores de esta mujer impia, y entrándose en el desierto, se puso á descansar debajo de un encebro, rendido de mil pensamientos tristes. Aquí fué cuando, ya harto de vivir entre los pecadores, le hijo á Dios con amoroso afecto: Basta, Señor, sacadme de esta vida, pues no soy yo mejor que mis padres. Aquí fué cuando, desfallecido y casi agonizando, le trajo un ángel un vaso de agua y un pan cocido en la ceniza para refrigerarle. Aquí fué cuando, al despertar de un profundo sueño, se halló con tales fuerzas y vigor en sus miembros, que caminó sin gustar bocado cuarenta dias y cuarenta noches hasta llegar al monte de Dios, Horeb. Aquí fué cuando, metido en el hueco de una peña, oyó y sintió aquel delicadísimo silbo de la divinidad, en que logró los más altos conocimientos y las más íntimas uniones con el Señor de la majestad, y de la gloria. Aquí fué cuando se le intimó que caminase á Damasco, y ungiese á Azael por rey de Siria, y por rey de Israel á Jehú, quien con vara de hierro castigaria las provaricaciones de la casa de Acab. Aquí fué cuando el Señor consoló su espíritu desolado, y le descubrió, que no estaba perdido todo, y que aún quedaban siete mil almas que no habian doblado la rodilla delante de Baal. Aquí fué cuando, por mandamiento de Dios, eligió á Eliseo por su compañero y discípulo, y empezó á formar con este profeta grande una nueva escuela de santidad y de toda perfeccion y virtud, que se habia de extender á las generaciones futuras. Aquí fué... Pero ¿á dónde voy, hermanos? Ya abuso demasiado de vuestra paciencia, y querer encerrar en un corto panegirico todas las grandezas de Elias es, querer

contar las arenas del mar y las estrellas del firmamento. Ya he dicho algo del celo y de las maravillas de este inculto patriarca, y es preciso tambien decir algo de las glorias de sus sucesores, que heredaron y completaron su espíritu.

Ya era tiempo que Elias dejase la habitacion ingrata de este mundo y tuviesen descanso sus fatigas y el ardor de su espíritu. Ya habia dejado en Jehú un vengador de la sangre de los profetas contra el linaje de Acab y de Jezabel. Ya habia declamado vigorosamente y dado en rostro á esta perversa reina con la opresion del inocente Nabot y la usurpacion de su viña. Ya Acab quedaba hecho victima de la venganza del rey de Siria, y los perros habian lamido su sangre, segun el oráculo del profeta. Ya Ocozias habia pagado con la vida el sacrilego atentado de consultar al dios de Acaron y dejar al Dios de Cielos y tierra; y reiando por Ocozias su hermano Jorám, novecientos años antes de la venida de Cristo, determinó el Señor sacar á Elias de la conversacion de los hombres con un estupendo milagro, que, despues de Enoc no tuvo semejante. Dios habia revelado á este profeta grande, que no habia de morir como el resto de los vivientes, si que seria llevado y transportado á un lugar de reposo y suma paz hasta la consumacion de los siglos; cuando hé aquí que caminando Elias con su discípulo Eliseo, despues de haber pasado el Jordán á pie enjuto, vieron un carro de fuego, tirado tambien de caballos encendidos, y cogiendo al santo profeta Elias, le arrebató á lo alto y le escondió de la vista de los mortales. Eliseo habia rogado á su maestro con vivisimas instancias, que le dejase su espíritu doble para destruir y aniquilar á los enemigos de Dios, y Elias le habia concedido esta gracia, con tal que le viese al salir de este mundo; por eso, este discípulo amado, jamás le perdia de vista por no perder aquella rica herencia; y como le viese montar en la carroza de fuego, y que ésta no le quemaba, sino que con indecible gloria, en un momento, le elevó sobre las nubes, empezó á llorar tiernamente y clamar á grandes gritos: ¡Padre mio, padre mio, carro de Israel y conductor del pueblo de Dios! A. este desconuelo y amargura de Eliseo le arrojó Elias su capa en testimonio y prenda de su amor y en cumplimiento de la peticion que le hizo. Cuando ya no le vio Eliseo, rasgó sus vestiduras, se vistió de luto y de tristeza, y lloró sin consuelo la pérdida de un hombre, que no habia tenido semejante en Israel.

Yo no sé á donde le trasportaron los ángeles, que, segun el parecer de S. Ambrosio, fueron los que le arrebataron. Lo cierto es, que despues de nueve años de su admirable traslacion, envió este profeta una carta escrita de su propio puño al rey Jorám, como consta

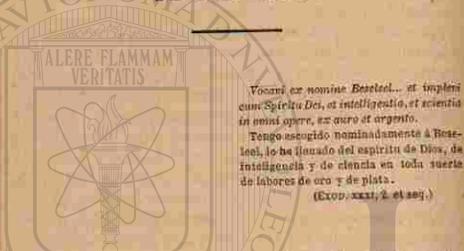
del libro segundo de los Paralipómenos, en que le reprehendía sus desórdenes é inicios procedimientos, y le anunciaba las calamidades y desdichas que vendrían sobre su casa y familia en pena de sus pecados. Cuando escribió esta carta varían los eruditos: quienes juzgan que la escribió ántes de su partida y la entregó á Eliseo con espíritu profético; quienes, como los hebreos, afirman, que la trajo un ángel del lugar donde moraba Elías. Como quiera, se dá á entender claramente, que el celo de su espíritu no se extinguió con su raptó, si que arde aún en vivas llamas para vengar los ultrajes de Dios y las maldades del mundo. He dicho, que no se extinguió su celo, porque dejando á un lado, qué este varón admirable ha de ser algun día un rayo abrasador, que consuma la iniquidad de la tierra en la última conflagración del universo y vuelva por los intereses y por la causa de Dios, dejando á otro lado, que ha de ser el formidable antagonista del Antecristo, que le resistirá cara á cara y frente á frente, que desbarará sus maquinaciones, ilusiones y falacias, y confundirá los misterios de iniquidad del hombre del pecado; que con sus poderosos ruegos aplacará la ira del Señor, que restituirá las tribus de Jacob á la luz de la verdad; que por su ardiente predicación se salvará todo Israel; que dará su vida y derramará su sangre en defensa de la fé; que su cuerpo se levantará lleno de gloria, y una nube esplendorosa le elevará á la cumbre de los Cielos; sin necesidad de aguardar este día de las venganzas; es constante, que su ardor y su mismo celo se continúan sin interrupción en sus hijos, que, como otros tantos Eliseos, han heredado el doble espíritu del padre.

Con efecto, hermanos; ¿no fué Elías á quien debieron los profetas el magisterio de la verdad y los caminos rectos de la salud? ¿No fué Elías el que enseñó al mundo corrompido la abnegación de sí mismo, la desnudez del espíritu, la inocencia y la pureza de vida tan opuesta á las máximas del sentido y de la carne? Los Pulos, los Antonios, los Hilariónes, los Pacomios, los Macarios y todos los monjes de Egipto, de Siria, de la Tebaida y Palestina, ¿de donde tomaron reglas de perfección y de heroísmo sino de este perfectísimo héroe? Las Órdenes religiosas, que tanto han ilustrado la Iglesia, ¿á quién sino á Elías conocen por padre, por principio fonal y originario de toda observancia monástica? La religion del Carmelo, que en el Cielo del cristianismo brilla como el sol entre los astros; ¿á quién debe sus prodigiosos medros y brillantes resplandores sino al espíritu de este gran patriarca? ¿No fué este hombre de Dios el que adoró en figura á la nube de la gracia, María, señora nuestra, y el primero que intimó al mundo el culto á esta soberana Reina? Los Benitos, los Bas-

lios, los Agustinos, los Romualdos, y cuantos han dado á la religion cristiana una prodigiosa propagación en sus espirituales familias; ¿de dónde han tomado el espíritu que les anima, sino de esta fuente primordial y copiosa, que se ha multiplicado en innumerables arroyos? El amor á la santa pobreza, dice S. Isidoro, la pureza de alma y cuerpo que guardan los Religiosos, tuvo su origen en Elías, y sus admirables progresos en los discípulos de este patriarca. Nuestros príncipes, dice S. Jerónimo, fueron sin duda Elías y Eliseo, y los demás hijos de los profetas.

Y un árbol, que tiene tan hondas las raíces en la fecunda tierra de la Religion, ¿qué ramas tan frondosas y qué sazonados frutos no habrá producido en la larga serie de los tiempos! ¿Qué rios de santidad y doctrina no habrán corrido en esta fuente copiosísima de doctrina y santidad! Si alguno puede contar las estrellas del cielo, cuente los santos de esta Orden herederos del espíritu de Elías. Por eso los sumos pontífices vicarios de Jesucristo, Leon IV, Estéban V, Juan X, los Gregorios V y VII, se mostraron tan parciales de esta ilustre Religion, que agotaron sus gracias á favor de los hijos de Elías. Dios haga que así como admiramos el espíritu del padre y de los hijos, sigamos también las huellas que nos han dejado estampadas estos agigantados héroes de perfección y virtud para que, siendo ahora fieles imitadores de la pureza y santidad de su vida, merezcamos algun día ser participantes del premio y recompensa que gozan en la eternidad de la gloria. *Amen.*

PANEGÍRICO
DE SAN ELOY.



*Vocari ex nomine Beati... et trophi
cum Spiritu Dei, et intelligenti, et scientia
in omni opere, ex auro et argento.*

Tengo asociado nominadamente á Bese-
leel, lo ha llamado del espíritu de Dios, de
inteligencia y de ciencia en toda suerte
de labores de oro y de plata.

(Eccov. xxxi, 2. et seq.)

Hé ahí, ilustres profesores del arte de platería, hé ahí, repito, las admirables disposiciones con que Dios se dignó preparar á Beseleel, aquel platero famoso, que destinaba su sabiduría para fabricar el Arca del Testamento, y construir las demás obras de oro y plata y otros metales que debían servir en su tabernáculo. No de distinto modo preparó el Todopoderoso á su fiel siervo Eloy, este hombre de Dios, destinado por vaso de elección para enseñar y edificar á su pueblo; este ejemplo de virtudes heroicas, donde se dignó coronar sus dones; este hombre extraordinario, que hacia suceder en admirable alternativa al trabajo la oración, á la oración la penitencia, á la penitencia la instrucción del pueblo, á la instrucción del pueblo la contemplación, á la contemplación la disputa con los herejes, á la disputa los herejes los oficios de piedad, á éstos la conversión de los gentiles; y que hecho todo para todos, como otro Pablo, no daba menos ejemplos de ociosidad y de virtud á los ilustres profesores de su arte, que de celo y de piedad á los prelados de la Iglesia y á todos sus hermanos en Jesucristo. Formemos, pues, su elogio con arreglo á estos dos estados de su admirable vida, considerándole, primero, como ejemplar de plateros; segundo, como modelo de obispos: dos breves reflexiones que dividen justamente el asunto, y que si no delicadas y brillantes, son, á lo ménos, sólidas, dignas de esta cátedra, y

á propósito para instruir. Pidamos ántes las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de Maria Santisima: A. M.

Como Dios es la bondad por naturaleza, y la misericordia por esencia, ordenó la sociedad cristiana bajo un plan de providencia tan benéfico, que pudiesen todos los hombres salvarse en su estado. Como su voluntad sincera de salvar al hombre es universal, y no todos los hombres pueden ser profetas, ni todos evangelistas, ni todos doctores de la ley, ni vivir todos en la estrechez de un claustro segregados del mundo, dispuso, que pudiera cada uno obrar su eterna salud en cualquiera de las ocupaciones honestas de la sociedad, cumpliendo exactamente con sus obligaciones respectivas. En crédito de esta verdad, y para estímulo de sus escogidos, ha suscitado de tiempo en tiempo, en cada uno de los empleos honestos de la vida humana, héroes de santidad, que le publicasen glorioso, y sirviesen de ejemplar á los demás. Esta es una máxima fundamental de la doctrina de Jesucristo, acreditada por testimonios auténticos de todos los siglos, y que nos muestra San Eloy en calidad de platero y de obispo. Reflexionemos sobre su vida para formar justa idea de esta verdad.

Dios, que destinaba á Eloy para edificación de muchos en su pueblo, dispuso, que su madre, como la de Isaac, la de Sanson y la del gran Bautista, tuviese aún ántes de nacer indicios ciertos de su futura santidad. Un águila hermosa, que volaba halagüeña sobre su dormitorio, le sugería la idea del rápido vuelo, ó por mejor decir, de la sublime santidad del fruto de sus entrañas. La provincia del Lemósín en Francia, vió en su hemisferio esta gran luz, cuya claridad debía difundirse hasta los confines más remotos del mundo. Sus padres, recomendables por su piedad y loables costumbres, miraron como su primera obligacion educarle en el santo temor de Dios; instruyéndole en los misterios de su verdadera religion; y en la observancia de los preceptos de su sana moral. Semejante educacion, apoyada sobre la gracia, y conducida con celo cristiano, qué podia producir sino un jóven temeroso de Dios, aplicado á la piedad, y al culto, obediente á sus padres, dócil á sus mayores, y de costumbres irreprehensibles? Su urbanidad con todos, la dulzura de su trato, la honestidad de sus acciones, la gravedad y circunspeccion de sus palabras, y la gracia singular que Dios habia derramado sobre los labios de Eloy, le hacian ser mirado como ejemplar de virtudes desde su más tierna edad.

Queriendo sus padres preservarle de los peligros de la ociosidad, le aplicaron al arte de la platería, ocupacion, si bien honesta, reco-

مندable y útil al gran cuerpo de la sociedad y á la decencia del santuario; pero que al mismo tiempo expone el alma á los mayores riesgos. Tienen los tesoros de la tierra tan poderoso influjo sobre el corazon humano, que brevemente le corrompen, haciéndole reo de las mayores injusticias. La avaricia y el ánsia de poseer riquezas ajenas ha sido en todos los siglos el origen de la ruina, no solo de muchas almas, sino de muchos imperios. Los babilonios, por ejemplo, los egipcios, los persas, los caldeos, los asirios, los griegos, los cartagineses, los romanos y muchas otras naciones, no se han destruido mutuamente en la sucesión de los tiempos, por ocupar los unos el oro y las posesiones de los otros? ¿Quién llevó sobre Jerusalén el furor de las armas de Nabucodonosor, de Antiocho, de Alejandro, de Heliodoro y de Trifon? El deseo de robar los tesoros del Templo. Sin salir de nuestra península; ¿quién sinó sus riquezas trajeron á España, desde tiempos remotísimos, á los fenicios, celtas, griegos, cartagineses, romanos, con los demás pueblos y naciones bárbaras, que más de una vez la han inundado y destruido en el progreso de los siglos? Luego, si tanta es la fuerza y atractivo de los tesoros, tanto más digno de alabanza es, el que no conula en estas riquezas, ni se deja arrastrar de la falsa brillantez del oro.

Peró, como Dios destinaba á Eloy para ejemplar de la integridad y desinterés de los plateros, se dignó preservarle como á los Tílos, Anastasios y Andrónicos; individuos santos de este arte, de la tentación vehementemente de avaricia por el oro y preciosos metales que manejaba. Su aplicación constante al destino que le habia dado la divina Providencia, junto con la profundidad de su ingenio y un noble desinterés en sus manufacturas, le hicieron en breve tiempo superior á sus maestros y el platero más célebre de su siglo, sin que su habilidad le hiciese orgulloso, ni su aplicación al trabajo le separase de las obligaciones del cristiano.

Frecuente en la oración, en el templo, y en los ejercicios de piedad; mortificado, austero, penitente; más parecia anacoreta que artesano. Aplicado á su obrador, activo y laborioso en su arte, parecia multiplicarse en su presencia, según la diversidad de sus funciones ó las necesidades de sus prójimos. Aquí trabaja, allí ora; aquí fatiga sus miembros con el martillo, cincel, las gratas y el buril; allí los reduce á servidumbre con la disciplina y el ayuno; aquí enseña á sus discípulos á perfeccionar sus obras; allí edifica al pueblo con su asistencia religiosa al templo; aquí los instruye á fundir el oro, los metales preciosos para las manufacturas de su arte; allí les enseña á derramar y liquidar el corazon delante de Dios. Aquí engasta con los

metales las piedras más preciosas, haciéndolas resaltar con su brillo; allí, en fin, graba en su corazon y en el de sus discípulos las virtudes cristianas, estas preciosas margaritas de valor inestimable. Léjos de su obrador las conversaciones fútiles, las palabras ociosas; léjos de su obrador, falta de exactitud, de integridad y legalidad en las obras, que arruinan á un mismo tiempo el arte y las conciencias de muchos de sus profesores; léjos está falta de ley en los metales, que lleva consigo el deshonor del arte. Yo, señores, no pretendo agradar á los hombres, ni temo su censura cuando se trata de la causa de Dios: soy, aunque indigno, legado de Jesucristo; y como tal os anuncio sus divinas voluntades; no sea que haciendo traicion á la verdad requiera el Señor vuestra sangre de mis manos. Digo, pues, á nombre suyo y delante de los ángeles de paz de este templo, que todo platero que no trabaja sus manufacturas á imitación de Eloy, esto es, con la perfección de que es capaz, con la integridad y fidelidad que debe, es reo de hurto delante de Dios, que no dejará impune su delito; es responsable á su patria y al estado del deshonor de su profesion, del atraso y ruina de su arte. No nos engañemos, señores; Dios no será burlado. Eloy es vuestro patrono, pero vuestro fiscal al mismo tiempo, que condenará vuestras obras si son contra ordenanza.

Ni debéis contentaros con desempeñar exactamente estas obligaciones del arte; debéis tambien imitar á Eloy en el cumplimiento de las de la religion. Este irreprehensible artesano, temeroso de Dios, aspira á la perfección cristiana. Á este fin comienza por una confesion general de todos sus defectos, y emprende una vida penitente. Como otro David, trae siempre sus pecados delante de sus ojos; riega sus vestiduras y su lecho con lágrimas de compuncion; se levanta muy de mañana á meditar en la ley santa de su Dios, y no cesa de derramar lágrimas penitentes, hasta que, no ya un Natan, profeta, sino un cortesano del Cielo le asegura, que sus culpas están olvidadas. Figuraros desde este momento á Eloy como un hombre celestial sobre la tierra. Su conversacion es con el Cielo, y padece las más vivas ánsias por desatarse de los vinculos de la mortalidad y unirse á su Criador como otro Paulo. El mundo le disgusta, y solo halla saciedad en los bienes eternos. Tesoros idolatrados de los mortales, vosotros no pudisteis corromper á Eloy, que aspiraba sin cesar á conseguir la preciosa margarita de Jesucristo, con quien vive crucificado y sepultado al mundo. Mas ¿quién podrá reducir á compendio el cúmulo de virtudes heroicas con que Dios distinguió á este santo platero? Al paso que trabajaba con sus manos en los tesoros de la tierra, grababa en su alma el amor del Señor y la caridad para con el prójimo, que miraba como

joyas de infinito valor y como su único patrimonio. La noche, que parece debía servir de reposo á sus cansados miembros, servía en la mayor parte al ejercicio de la oracion, á sus vigiliás y penitencias; tan continuas, que más parecia esqueleto animado que hombre.

Como la caridad es tan ingeniosa, le proporcionaba tiempo y medios para llenar todas sus obligaciones; de suerte, que, sin faltar á la de su trabajo, visitaba los enfermos, servía en los hospitales y casas de misericordia; y sin más fondos que los de su trabajo ó industria, redimía cautivos, socorría huérfanos y viudas; y cual otro Abrahán, ejercitaba la hospitalidad con los peregrinos. Vida maravillosa y ejemplar, que, al paso que le conciliaba el amor de Dios, le atraía la benevolencia de los hombres y la reputación entre los príncipes. Bien sabéis cuan grande fué la que gozaba en la corte de Dagoberto y de Clotario, donde vino á ser árbitro del corazón de estos monarcas. Pero esta reputación, que emplean de ordinario los grandes en satisfacer sus pasiones ó saciar su ambicion y su avaricia, solo servía á Eloy de estímulo para aumentar su caridad para con los pobres, y extender el culto del santuario. ¿Qué de necesidades no socorrió? ¿Qué de limosnas no hizo en aquella célebre embajada de Inglaterra, á que le comisionó Dagoberto? Al paso por los lugares pequeños de Francia tocaba sus miserias, y exclamaba lleno de compasion: «¿Qué es eso? ¿Cómo engañan al rey los que andan á su lado, diciéndole que está sobrado el reino, siendo así que perecen los lugarillos? ¿Por ventura el reino es solamente Paris y Lyon? Porque la corte vista bien, coma con regalo, pasee con pompa, ¿hasta esto para decir que está descansada la Francia?... Yo volveré al rey, y le informaré del estado de su reino, que como él no la ve por sus ojos, no es mucho que los aduladores le engañen. Mas, entre tanto, hermanos míos, repartid á los pobrecitos cuanto llevo, que Dios nos proveerá.» Tanía era su confianza en el Señor, y tanto el ardor de su caridad para con el prójimo. Sería nunca acabar si quisiese hablarlos una por una de sus heroicas virtudes en calidad de ségura: ya es tiempo de presentarlos las que ejerció como obispo.

Clodoveo quiso proveer á la Iglesia de un prelado tan ilustre que pudiese ser ejemplar de los demás. Así, á pesar de su renuncia, que presentó con lágrimas, le hizo consagrar obispo noviomenso, en 14 de marzo de 650. Una dignidad tan elevadas olo sirvió para humillar más y más el corazón de Eloy. Siente desde luego el grave peso de sus obligaciones, y arde en el deseo de promover la causa de Dios y el bien de sus hermanas, que son, principalmente, las dos cosas que califican el ministerio episcopal.

El celo de la honra de Dios, este especie de pasion santa, fruto de la caridad y estímulo de la misma; este deseo ardiente de santidad, que no puede sufrir el reino del pecado, ni mirar con indiferencia los ultrajes de un Dios desconocido de los gentiles y despreciado de los herejes y malos cristianos; el celo, digo, de la honra de Dios, viene á ser, por decirlo así, el carácter de Eloy, que nada desea con más ánsia que ser anatematizado por su amor á Cristo. Dios, que en otro tiempo habia suscitado doctores para confundir á los herejes, suscitó á Eloy contra los enemigos de su ley y contra las tinieblas de la ignorancia y del error. Los simoniacos, que infestaban á la sazón la Francia, proveyeron abundante materia á su celo. ¿Qué de conferencias, ya privadas, ya públicas, no sostuvo contra ellos? ¿Qué de veces no los confundió con sus sermones? Hizo presente á Clotario, cuán lamentable desórden es comprar los oficios y dignidades eclesiásticas, haciendo materia de codicia lo que debiera servirles de temor. De ahí los célebres decretos de aquel piadoso monarca contra los simoniacos; decretos que deberían estar grabados sobre las puertas del santuario en todo tiempo, para impedir que nuevos hijos de Ilicí lo deshonrasen, y que hombres intrasos encendiesen fuego profano en presencia del Señor. Lástima inconsolable es, que en medio de tanto pretendiente injusto, apenas se halla un Eloy que se oponga con vigor á sus designios.

Mas ¿quién podrá reducir á compendio los esfuerzos de su celo episcopal? ¿Qué solicitud igual á la de Eloy, que pasaba el dia en el trabajo y la noche sin reposo, y que bastaba por sí solo á predicar al pueblo; á catequizar los rudos; á dirigir los perfectos y á disputar con los herejes? Pero nada le parece bien hecho si, confundidos éstos y reconciliados con la Iglesia, no destierra las densas tinieblas de la idolatria. ¡Qué hermosos son, oh Dios mío, los pasos de este evangelista de la paz! A ninguno olvida el que á todos ama en Jesucristo. Devora en sus deseos la conversion de los gentiles: les predica oportuna é importunamente, según el precepto de S. Pablo; los confunde, los alienta, los convence, los ablanda, los instruye, los convierte. ¡Qué de fatigas por ganar á Dios aquellas almas! ¡A qué peligros no se vió expuesto por el furor de sus enemigos, y por la barbarie de los gentiles! ¡Qué de dias y noches no pasó por los caminos y desiertos, sin otro alimento que el arillante celo por la salud de las almas! ¡Cuántas injurias no sufrió Eloy de los gentiles de Amberes, de la Flandria, de la Frisia, de la Suecia, y de otras gentes bárbaras de la costa septentrional! ¡Cuántas veces no le negaron la comida y el hospedaje, teniendo que pasar las noches en campo raso y sobre duras peñas! ¡Cuántas veces, en fin, no pusieron asechanzas á su apreciable

vida! Pero ni la hambre, ni la sed, ni la persecucion, ni los peligros, ni las aguas de la ingratitud pudieron extinguir su ardiente caridad, ni retardar los impetus de su celo episcopal. Todo lo sufre alegre, todo lo tolera por conquistar almas para el reino de Dios: enciende por todas partes la piedad, y hace brillar el santuario. No digas ya que estás desierta, ¡oh Iglesia santa! deja los vestidos de luto, hija hermosa de Sion, adorna tu casto tálamo con las galas de tu mayor solemnidad. He aquí á un fiel amigo tuyo, que agrega á tu rebaño una innumerable multitud de almas, aplicadas ántes por trofeo al carro del demonio. La impureza, la religion, la usura, la mala fé, los juramentos, las blasfemias, desaparecen á presencia del celo de tu hijo Eloy, y las tinieblas de la ignorancia y del error se disipan.

A los esfuerzos y frutos de su celo unid, señores, los admirables rasgos de su misericordia con los pobres para formar justa idea del mérito episcopal de Eloy. Los indicaré tan solo para no molestar vuestra atención. Desde sus primeros años miraba á Jesucristo en los pobres; en su desnudez contemplaba la de su Salvador en la cruz; curaba sus llagas venerando en ellas las de su Redentor; cuando encarcelados, los visitaba como si viese á Jesucristo en prisiones. Lléjos de Eloy este desagrado, ó por mejor decir, este desprecio de los pobres, tan ordinario en los poderosos, como si fuesen ellos dueños absolutos de sus riquezas, ó como si Dios no les hubiese constituido administradores de los necesitados. Las manos de este obispo estaban siempre abiertas para ellos; y Dios, para significarle cuanto le agradaba esta misericordia con los pobres, se dignó hereditario á fuerza de milagros, ya multiplicando en las vasijas de su siervo el vino, ya los dineros de su bolsillo para que no faltase á su confianza este consuelo, ni á los pobres de Jesucristo este alivio. Trátalos con indelible cariño, sentábalos á su mesa, lavábalos los pies, servíalos con alegría. ¿Quién estuvo necesitado que no fuese amparado? ¿quién caído que no recibiese la mano y el amor? Temian los sanos envidia á los enfermos, viendo que á éstos les sobraba lo que ellos no tenían. Los pobres, para decirlo de una vez, le tenían por padre y único alivio en sus miserias; los afligidos por su consuelo, los enfermos por su médico, los pecadores por su abogado, y los virtuosos por su maestro.

Oid sobre la misericordia de Eloy un breve testimonio de sus libros en su homilía contra los ricos: «Guardaos siempre del camino ancho, que lleva á la perdición; y entrad por el estrecho, que vá á parar en la bienaventuranza. En vuestros banquetes llamad á los pobres y peregrinos, porque así lo amonesta el Señor con estas palabras: Cuando haced alguna comida espléndida no llames para ella á los

ricos, para que ellos, á su vez, te conviden á tí, y quedes con eso pagado; sinó llama á los pobres, á los flacos, á los ciegos y cojos, los cuales, porque no te pueden convidar, te darán la retribucion en el convite eterno. Porque no es justo que en el pueblo cristiano, dondetodos fueron rodimos con un mismo precio y sirven á un mismo Señor, tengan unos el estómago satisfecho con espléndidos y costosos manjares, y estén los otros pereciendo de hambre. Pecado es que esté la pollita comiendo los vestidos que os sobran, no teniendo los pobres con qué cubrir sus carnes. ¿Porqué no atendeis á que nacimos todos iguales en este mundo, á que vaimos desnudos en la tierra, á que tenemos la misma condicion humana, á que servimos á un mismo Señor, y á que hemos de salir de esta vida y estar juntos en el Cielo? ¿Por qué no comerán en nuestra mesa los pobres, que después nos acompañarán entre los ángeles? Conducido nuestro Santo por estos principios daba siempre lo que tenia.

Este es, señores, Eloy, vuestro tutelar y patrono; este es vuestro ejemplo y maestro. La integridad de sus costumbres, el noble desinterés y fidelidad en las obras de su profesion, su aplicacion al trabajo y á los ejercicios de piedad, su celo por la honra y gloria de Dios, y sus entrañas de caridad para con los pobres; sus vigiliias, ayunos, y penitencias; sus trabajos apostólicos por la Iglesia en todos los estados de su vida, que le elevaron á tanta gloria, son otros tantos poderosos motivos de imitacion, así en orden á vosotros, como por parte de los prelados de la Iglesia. Teman todos despreciar su ejemplo y su fidelidad en las funciones de su ministerio, porque en el día de la ira será un terrible fiscal, que acasará vuestra negligencia é infidelidad, la relajacion de vuestras costumbres, vuestra falta de celo por la honra de Dios y por el alivio de los pobres. «Vosotros, apues, hermanos míos, concluyo con palabras de vuestro padre Eloy; no desprecieis estas verdades, que me ha parecido proponeros para vuestra salvacion. Delante del acatamiento de Dios y de toda la Corte celestial que me escucha, he procurado cumplir con la obligacion de mi ministerio. La vuestra es abrazar esta doctrina, haciendo siempre la voluntad de Dios para conservaros limpios de toda mancha.» Atended á la cantera de donde habeis sido cortados. Si Eloy es vuestro tutelar y patrono, que sean de Eloy vuestras obras. Este es el verdadero culto que espera de vosotros; este es el que la Iglesia nuestra madre se propone en las solemnidades de los santos; este, finalmente, el que Dios quiera de vosotros para bien de vuestras almas, y para que su adorable nombre sea glorificado en los Cielos y en la tierra. Amén.

PANEGÍRICO
DE LOS STOS. MÁRTIRES EMETERIO Y CELEDONIO.



Hec est victoria que vincit mundum, fides nostra.

Lo que nos hace alcanzar la victoria sobre el mundo es nuestra fé.

(I JOANN. V, 2.)

El cristianismo ha dominado al mundo por medio de la fé, por las virtudes que ella engendra, y por los sacrificios heroicos á que ella anima. La lucha que contra él sostuvieron las preocupaciones, los vicios y los errores fué larga, tenaz y sangrienta. No era posible que el mundo cambiase las costumbres inspiradas por un paganismo sensual, arrojándolas á la pureza de la nueva ley: las pasiones y los intereses mundanos se hallaban muy bien á la sombra de una legislación que les permitía todas las satisfacciones. La naturaleza corrompida, dando culto á un ídolo, que representaba la deificación de los vicios del hombre; ¿cómo había de hacer pedazos sus dioses, para adorar la Cruz, que le exige tantos sacrificios? El imperio, cuya grandeza y solidez se suponía descansaban en la protección de los llamados dioses inmortales; ¿cómo no había de considerar enemigos suyos, enemigos de lesa nación, á los que despreciaban sus falsas divindades? Los emperadores mismos, que trastornado el fundamento del imperio con la nueva doctrina que el cristianismo enseña, veían también profanados sus derechos tiránicos, y vacilar sobre sus cabezas las coronas; ¿cómo no habían de llamar reos de lesa majestad á los discípulos del Salvador? Ved ahí el origen natural, digámoslo así, de las persecuciones sufridas por los cristianos. Deben, pues, parecernos sobrenaturales las conversiones, sobrenaturales los sacrificios, sobrenaturales los testimonios que daban de la fé los mártires. Por eso el mártirio, con todas las circunstancias que concurren en los mártires cristianos, es una prueba de la divinidad de nuestra reli-

gion; pues sin una luz sobrenatural, ¿cómo había de ver el hombre, en el fondo de aquello mismo que ama, el motivo poderoso para aborrecerlo? Sin una fuerza divina, ¿cómo podía vencerse á sí mismo venciendo todas sus pasiones? ¿Cómo había de sacrificar su existencia, si una fuerza superior al instinto de la vida no le sostuviese en la lucha donde pelea su corazón contra sí mismo, y por obtener una recompensa que solo la fé le descubre? Quien en esta clase de sacrificios no descubra la intervención de una luz y de una fuerza divina, no sé donde podrá descubrirla.

Los ilustres mártires, cuya memoria celebramos hoy, son y serán siempre unos monumentos perdurables de la gran victoria adquirida por la fé contra la superstición pagana. Emeterio y Celedonio lucharon generosamente por sostener sus creencias contra el torrente devastador de los errores sin cuento, que se desbordaban en su época, é intentaban arrastrar en pos de sí la inteligencia y el corazón humanos. Ellos, á traque de conservar intacto el gran principio de la fé, no temieron las contradicciones, ni sucumbieron ante los tormentos, ni se dejaron acobardar por la tiranía; por la fé y con la fé triunfaron de la seducción, se hicieron superiores á la fuerza, menospreciaron la vida, se abrazaron con la muerte; y desarrollando un valor sobre humano, contribuyeron poderosamente á extender las conquistas del Evangelio; y mostrándose pródigos de una sangre en todos conceptos preciosa, dieron un gran empuje á la victoria del cristianismo, contra un mundo supersticioso é impío. Hé ahí porque, al proponerme hoy leer la mística auréola de nuestros esclarecidos compatriotas, adopté aquellas palabras tan bellas de los santos libros, que con el mayor laconismo, pero con inimitable propiedad, reasumen el más positivo elogio de esas dos glorias de nuestra España: *Hec est victoria que vincit mundum; fides nostra.* ¿Y en qué consiste este triunfo? He lo aquí: el mundo, menospreciando la verdad, corria en pos del error é intentaba perpetuar su imperio. Emeterio y Celedonio, con su heroica y gloriosa muerte, dieron un testimonio irrecusable de la divinidad del Evangelio. Haga el Señor que acierte yo á desenvolver dignamente un asunto tan interesante y propio para enardecer los pechos católicos en el amor de esa fé, que es y ha sido siempre el origen de nuestras glorias. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Virgen: A. M.

Para apreciar en su justo valor el mérito de la fé de los primeros héroes del cristianismo, es preciso haber estudiado la historia antigua, y profundizado el inmensurable caos de errores y delirios en

que se lanzara el mundo pagano. Necesitábase un convencimiento íntimo, junto con una abnegacion extraordinaria, para poder resistir á unas supersticiones, que de largo tiempo veníanse rodeando de cuanto más brillante y seductor puede ofrecerse á la imaginacion del hombre. A todos los actos de la vida, pública ó privada, estaban ligados los más bellos recuerdos, contribuyendo en gran manera á hacer respetables las más minuciosas prácticas del culto antiguo, la pompa y la majestad de los sacrificios, la multitud y variedad de las ceremonias, y todo aquel fastuoso aparato que desarrollaba la poesía y la elocuencia, para dar mayor importancia á unas creencias, que de suyo halagaban ya demasiado las pasiones del hombre. Pero la fé, que estaba llamada á dominar el mundo, si bien á costa de grandes luchas y de costosos triunfos, produjo ejemplos preciosos de heroísmo, que, en proporcion que más orgulloso se alzaba el error, hacían frente con mayor energia á los misteriosos ensueños de la idolatría, y probaban el origen exclusivamente divino de aquella religion inaugurada en el Calvario con la sangre del Nazareno.

¡Cuán brillante y hermosa se deja ver esa fé en nuestros incultos hermanos Emeterio y Celedonio! ¡Qué influencia tan irresistible no debían tener en sus cotaciones unas creencias embellecidas con todo el aparato de la seducción, tanto más viviendo en la peligrosa profesion de las armas, dó reina, por lo comun, la licencia de las pasiones más fogosas! ¡Qué heroísmo tan singular no les era necesario, para oponerse á unos errores tan hondamente arraigados con el transcurso de los siglos! Sin embargo, no bien una luz celestial les descubre la falsedad de los principios de la idolatría, decláranse resueltamente por los verdaderos principios del Evangelio. Tiempo hacía, que seguían las águilas romanas en la séptima legion que Augusto César habia organizado y colocado en Dalmacia, y que fué trasladada, primero, por órden de Nerón, á Siria, y más tarde, por Nerva ó Trajano, á España, en donde á la sazón fijara sus cuarteles cerca de la antigua Sublancia; de cuyas ruinas se levantó otra nueva ciudad para morada de estos soldados, á la cual por este motivo llamaron *Legio*, y ahora nosotros, Leon. Todo en derrador de ellos conspiraba á contaminar sus almas con los fétidos miasmas de la supersticion; pero el Cielo, que los reservaba para sí, no permitió que fuesen víctimas de la mentira. En el fondo de su corazon oyen la voz de Jesucristo que los llama; descubren la luz de la verdad, que se presenta á sus ojos radiante y esplendorosa como el astro del día, y en un instante se verifica en ellos un cambio el más feliz. Hasta ahora

juzgaban un honor vestir las insignias militares, y llevar en sus manos aquellas banderas vencedoras que diéran la vuelta al mundo, siendo el terror de sus enemigos; pero, apénas conocen á Jesucristo, se despojan de sus armas, renuncian sus grados, y abrazando la cruz, que triunfó del mundo y del Infierno, resuelven emplear en defensa de la religion aquel valor, de que mil muestras diéran un día en pró de la indemnidad del imperio. Ellos no pueden mirar sin horror unas deidades, que representan la mistificacion de los vicios más degradantes y se honran con unos sacrificios impuros. Sus convicciones no les permiten contribuir, ni aún indirectamente, á la defensa de una causa, que lleva consigo la propagacion de aquel culto infame, enemigo declarado del culto del verdadero Dios. Juzgan, que no les es lícito continuar en el servicio de un príncipe, desde el momento que éste declara una guerra abierta contra el Salvador, y persigue á los que rehúsan desertar de su fé. Abandonan, pues, el servicio de los Césares, se declaman abiertamente por los verdaderos principios del Evangelio, y de esta manera desmienten los falsos principios del error.

Después de haber hecho una confesion explicita de sus creencias sabrán sostenerlas á todo trance. Llegado es el momento. La tiranía de los Césares de Roma se arma de una crueldad inaudita contra los discípulos del Crucificado. No habia opcion, entre abrazar los errores del politeísmo, ó morir á fuerza de multiplicados y exquisitos suplicios. ¿Quién podrá expresar el anhelo con que Emeterio y Celedonio suspiran por dar un público testimonio de sus creencias? El Cielo les ofrece ocasion oportuna para realizar sus cristianos deseos. Calahorra gime bajo la opresion de los tiranos; por sus calles y plazas resuena el eco del gregonero, que con desmesurada voz publica el edicto imperial, en que se convoca á los cristianos á ofrecer sacrificio á los ídolos, so pena de incurrir en los más severos castigos. Los gritos de la religion perseguida llegan á los oídos de aquellos dos ilustres atletas, que nada apetecen tanto como salir á su defensa. El Espíritu del Señor les urge, la gracia les impule, la fé les arrastra hácia donde es mayor el peligro y más arriesgado el combate. Hédlos frente á frente del tirano defendiendo sus creencias. En vano se les arguye de infieles, por haber desertado de los estandartes romanos para abtazar una secta despreciable. Lo que el tirano llama despreciable, arrebató todos los afectos de Emeterio y Celedonio; quienes, habiendo sido llamados por una voz interior á militar bajo los estandartes de Cristo, se hubieran creído envilecidos continuando en el servicio de los Césares. En vano pinta el tirano con los más her-

mosos coloridos el risueño porvenir que deben prometerse, toda vez que, abandonando para siempre el culto de los cristianos, adoren á los dioses inmortales, y vuelvan á empuñar las armas y servir á los emperadores. «Nosotros, que por la santa y celestial regeneracion participamos de la vida y espíritu de Cristo, respondan los dos santos hermanos; nosotros, que por el don divino que recibimos somos hijos suyos, no debemos aspirar á las riquezas despreciables del tiempo, y mucho ménos volver á la esclavitud de un siglo impio, al cual dejamos de pertenecer. Lléjos de nosotros tamaña maldad; jamás podrá mezclarse la luz de la fé con las horribidas tinieblas del error. Demasiado hemos hecho consagrando al servicio de un monarca terreno la flor de nuestra juventud y las primicias de nuestra vida; justo es que consagremos lo que de ella nos resta al Rey inmortal de los Cielos. No sé nos habla, pues, de honores militares; no se nos venga con collares de oro, vanas insignias de un valor mal empleado en las sangrientas guerras del mundo; nosotros aspiramos á una recompensa más excelente, al honor de los moradores del Cielo, que nunca concluya y siempre es nuevo.»

¡Mártires generosos! vuestra es la victoria; el Infierno ha temblado al oír vuestra heroica decision; el paganismo ha quedado inerme á vuestros pies. ¿Qué importa que ésta prepare suplicios é invente tormentos para afligir vuestro carne? A vuestro lado está el Dios de la fortaleza; con vosotros luchará el Dios de las batallas; os será dado un corazón de diamante y un alma de bronce, en donde los dardos del enemigo rechazarán con violencia. El Señor será vuestro protector, y Él os salvará, porque habeis merecido su amor; su ángel no os abandonará, pues de vuestra parte está la justicia. Con efecto: Emeterio y Celedonio son entregados á verdugos, que agotan sobre sus inocentes cuerpos toda su rabia infernal. Nunca el odio pagano se habia manifestado tan tenaz en multiplicar los medios de violencia; nunca tal vez habia ensayado tan exquisitos suplicios contra sus victimas como en el martirio de nuestros Santos. La tradicion constante de los primeros siglos conviene, en que éste fué de los más atroces que se vieron en aquella época; y una prueba evidente de la inaudita crueldad con que la tiranía se ensañó en estas dos ilustres victimas es, el especial cuidado que tuvo en evitar la publicidad de las circunstancias de este suplicio. Mas ¿cuál fué el resultado de tales esfuerzos? ¿Qué es, en consecuencia, lo que consiguieron de los dos ilustres hermanos? Lo mismo que las espumasias olas del mar, cuando, ensoberbecidas por el furioso aquilon, se levantan en masa contra las rocas. Arrojanse unas tras otras con impe-

tuosa violencia: en el momento, parece haberlas sepultado en el abismo; mas un instante despues, desaparecen aquellos montes de espuma que habian formado, y á despecho de sus horribles bramidos, las rocas vuelven á aparecer en el mismo sitio, alzando orgullosos su empinada cresta y como insultando la impotencia de su enemigo. Así aconteció en el caso presente. Por más que el juez, burlado y escarnecido por la constancia invariable de unos hombres, de quienes esperaba conseguir un fácil asentimiento á sus propuestas, apure todos los medios que pueda suministrarle el despecho; nada consigue sino dar un nuevo realce á la victoria de los dos santos mártires. Su corazón á todo resiste; ni se debilita ni se conmueve: es una roca firmisima, donde se estrellan las tempestuosas oleadas del paganismo.

Pero tiempo es ya de que los inclitos confesores de la fé den el último ataque al Infierno, confundiendo la orgullosa temeridad de la ciencia pagana con el testimonio más auténtico de la divinidad del catolicismo. La constancia que manifestaban los mártires en padecer por la fé, les proporcionaba con frecuencia los más brillantes triunfos. Todo el empeño de la ciencia pagana se dirigia á neutralizar la influencia que sobre los idólatras ejercia el heroismo de los mártires; por eso Dios, que se habia propuesto avasallarla con la ciencia de la religion, no solamente infundia á los fieles aquel valor que les hacia despreciar los dolores y burlarse de la muerte, sino que, en mit ocasiones, hacia brillar el poder de su diestra con pruebas incontestables del origen divino de la fé por la que combatian. Los unos, andaban sobre las aguas; los otros, reposaban tranquilamente en medio de un fuego abrasador sin experimentar sus efectos; á estos, les halagaban los leones cual si fuesen mansos corderos; á aquellos, el acero no les cortaba las carnes. ¡Cuántas veces los mismos verdugos se convirtian en panegiristas de sus victimas y se asociaban á su martirio! El Cielo, que se habia mostrado pródigo en comunicar su gracia á nuestros dos Santos para luchar gloriosamente, quiso tambien autorizar su victoria con un acontecimiento prodigioso, que obligó á los paganos á reconocer la existencia de un principio sobrenatural y divino en la fé de los discípulos del Evangelio. Cansada ya la tiranía de atormentar á las dos victimas, fulminó por fin una sentencia definitiva, mandándolas degollar. Llenas éstas de gozo y de celestial satisfaccion se dirigen al lugar del suplicio; pero ántes de ofrecer sus cuellos al verdugo, que espera impaciente el momento de consumir el sacrificio, Emeterio se quita una sortija de oro que traia, y Celedonio un pañuelo que le servia para limpiar el sudor del rostro; ambos arrojan al aire estos obje-

los, como prendas que han de precederles en el camino que sus almas van á emprender: una suave brisa empuja hácia el Cielo aquellos dones; los adoradores de los ídolos quedan estupefactos; el verdugo, sobrecogido de espanto, no puede por algun tiempo ejercer su oficio; pero, al fin, descarga el golpe, y las almas de los santos mártires, hendiendo los aires, vuelan á la region de la inmortalidad.

Almas virtuosas, el mundo ha quedado vencido á vuestros piés. Vuestra muerte generosa y heroica es un testimonio irrecusable de la veracidad de las máximas evangélicas. Jamás el paganismo fué capaz de elevar la natural debilidad del hombre á ese grado de heroicidad, que sabe mirar cómo nada los tormentos y la muerte, toda vez que se trata de permanecer fiel á los sagrados compromisos de la religion. Unas máximas falsas en su origen no pueden engendrar una convicción íntima, suficiente para arrostrar por ellas peligros ciertos y males positivos. Haya habido en buen hora entre los idólatras hombres fanáticos, que en un exceso de exaltacion febril se lanzasen á morir por sostener sus envejecidas preocupaciones; ni el número de éstos, ni los caracteres de su bárbaro sacrificio, ni las circunstancias que acompañaban esos actos de loca embriaguez, pobrarán nunca, que fuesen creíbles los principios que profesaban. Este género de pruebas estaba reservado al catolicismo; porque solo sus máximas, como emanadas de la verdad misma por esencia, pueden producir en el espíritu del hombre un convencimiento superior á todas las teorías, é infundir en los corazones el valor suficiente para sostenerlas contra todo el poder del mundo. Solo este convencimiento íntimo de la veracidad de los principios evangélicos pudo producir en nuestros esclarecidos santos Emeterio y Celedonio, aquel valor tan imperturbable con que confesaron su fé ante un juez cruel; aquella firmeza tan extraordinaria con que resistieron á sus promesas y halagos, no ménos que á sus fieros y amenazas; aquella alegría tan admirable con que toleraron los más acerbos dolores; y, sobre todo, aquella tranquilidad de espíritu, aquella dulzura apreciable, aquella resignacion modesta que mostraron en medio de los suplicios. ¿Hay en esto algo que pueda parecerse á la orgullosa arrogancia de los hombres supersticiosos que el error cuenta entre sus mártires, los cuales, si bien, en ciertas circunstancias, preferían la muerte á abandonar aquellas creencias, que venia alimentando en ellos desde su cuna una grosera preocupacion, llegado el caso, desmentían todo aquel valor de que ántes hacían alarde, y solo manifestaban un cinismo insensato y la más horrible desesperacion? ¡Ah! no es posible fijar una linea de comparacion entre nuestros santos mártires y los que, como tales, nos pre-

sentan los antiguos cultos; la diferencia entre unos y otros es enorme, porque entre los motivos que inducian á aquellos á despreciar la vida por salvar su fé, y los que movian á éstos á mirar con indiferencia esta misma vida por no variar de principios, existe un caos inmensurable. Los unos contaban con una revelacion divina; los otros se apoyaban en una tradicion humana: los primeros profesaban dogmas en un todo conformes á la razon; los ségundos ségüian doctrinas altamente inmorales; aquéllos veian confirmadas sus creencias por los oráculos de los profetas, por los milagros de los apóstoles, por los escritos de los hombres más sabios y virtuosos; éstos no podian confirmar los suyos sino con los fabulosos ensueños de los poetas ó con las insulsas ficciones de la mitologia. Es pues evidente, que el heroismo de los santos mártires es un testimonio ostensible de la veracidad de las máximas del Evangelio, que excluye de todo punto cuantas el paganismo venia autorizando á través de los siglos.

Alégrate hoy, Calahorra ilustre, que mereciste ser regado con la sangre de Emeterio y Celedonio. Rebose en santo júbilo la Iglesia de España al contemplar sus glorias; entone himnos á los dos santos hermanos, frutos ópmos de su admirable fecundidad. Dignos son de recibir honra y prez unos héroes tan fáciles, que tan poderosamente han contribuido á hacer grande y enviable á nuestra nacion. Y en tanto nosotros, hijos de esta misma madre, esforcémonos á seguir las huellas de nuestros santos compatriotas. ¿De qué nos serviria ensalzar hasta las nubes su heroismo, si como ellos no fuésemos fervorosos cristianos? Su fé seria la mayor confusion de nuestra incredulidad; su constancia el oprobio de nuestra cobardía; su fiel perseverancia en confesar á Jesucristo, el fiscal más severo de la debilidad, que, con frecuencia, nos arrostra á negarle con nuestras obras; su gloria misma se convertiria para nosotros en baldon, y su triunfo nos recordaria nuestra ignominia. Lejos de nosotros tamaña desventura; luchemos decididamente contra los enemigos de nuestra salvacion; nada temamos, pues nuestra santa fé sabe obrar portentos y maravillas; con ella vencieron nuestros ilustres mártires, y con ella venceremos también nosotros. Sólo así serémos dignos de conseguir la palma inmortal á que aspiramos; solo así mereceremos unirnos á la perdurable bienaventuranza que Emeterio y Celedonio gozan en la region de los inmortales. ¿Y por qué no hemos de combatir como ellos? ¿Qué puede detenernos? ¿No es el mismo Dios á quien servimos el que sirvieron nuestros ilustres Santos? ¿No tenemos iguales armas para pelear y vencer? ¿Qué, pues, nos arredra? ¿Nuestra debilidad? Poderosísimo es el Señor para sostenernos, toda vez que en Él

pongamos nuestra confianza y contribuyamos con nuestro fervor. Todo lo puede la gracia: y ésta es la que debemos esforzarnos en merecer con nuestra vida pura é intachable. Tenemos además en nuestros inelitos mártires unos intercesores eficaces, que nos alcanzarán lo que acaso no nos sea dable conseguir por nosotros mismos. Interesémoslos en nuestro favor; dirijamos por su medio humildes plegarias al Cielo; el Cielo no será sordo á los gritos de una sangre vertida heroicamente por la fe.

Dichosos y bienaventurados hermanos, mirad con benignos ojos á este pueblo, que os ofrece el homenaje de su admiración y de su amor. Alcánzanos del Omnipotente gracias abundantes para imitar vuestros ejemplos, para que lleguemos á ser con vosotros eternamente dichosos en la Gloria.

 PANEGÍRICO

 DE SAN EMIGDIO, OBISPO Y MÁRTIR.

Et stetit... in portis et signis.
 Y se sostuvo á fuerza de portones y milagros.

(SAP. X, 15.)

Al contemplar la humanidad entera desde el Oriente al Occidente, desde el Aquilon al Mediodia, no veo en ella sino miseria, necesidad, turbacion, muerte. Si me pongo á considerar al hombre en particular, toco todavia más de cerca sus necesidades, sus miserias, su vida fugitiva, que se va deslizando por entre las sombras de la muerte. Desterrado en este inmenso valle de lágrimas y desventuras, el hombre anhela sin cesar al Bien supremo, y suspira con ansia por la felicidad que en los primeros albores del mundo perdiérase. Desde que nace hasta que espira, dos sentimientos le acompañan constantemente: el de su propia miseria, y el de su bienestar. Tiernoglo infante, comienza su carrera llorando su desgracia: aún antes de conocerla; y anciano trémulo, que dirige hácia el sepulcro sus vacilantes pasos, ve allá en el fondo de su corazon, y descubre al través de sus fugitivos años, un inmenso vacío, que jamás pudo llenar; un deseo innato, que jamás pudo satisfacer: se esfuerza en llenar aquél; aspira á satisfacer éste. La experiencia le ha hecho ver, que ni el uno ni el otro, aunque se hagan sentir de un modo sensible, no pertenecen á la esfera de lo visible. El cristiano como el gentil, el niño como el anciano, el rico como el pobre, todos, todos experimentan en sí mismos y en lo que les rodea, necesidades, miserias, trabajos, muerte.

Lo que experimenta el hombre en particular, eso mismo experimenta la humanidad en general, en proporciones inmensamente mayores. El género humano es ese gran enfermo, cuyo vasto lecho es el órbe que habitamos; sus males aquejan á todos los descendientes de Adán: pestes, calamidades atmosféricas, sequias espantosas, diluvios dañinos, tempestades asoladoras, hambres, guerras, con-

vulsiones; hé ahí lo que vemos sucederse de siglo en siglo, extenderse de playa en playa, y hacerse estacional en el seno de la humanidad, en la region que le sirve de albergue. El género humano es ese Job de sesenta siglos, ulcerado y desuado, rerolcándose en el muladar de este mundo; sus ayes y lamentos resuenan por todas partes. No hay albergue ni caverna, no hay valle ni monte, no hay selva ni soledad á donde no vaya á espirar algun ¡ay! lastimero, alguna voz doliente, algun sollozo mal comprimido.

Católicos, nada exagero: poned la mano sobre vuestro corazón; echad una ojeada por el mundo, y vereis, que la realidad es tan cierta como triste. ¿Estaremos, pues, condenados fatalmente á ser esclavos del genio del mal? ¿Es que se habrá despojado el Señor del atributo más precioso, de la misericordia, por no permitir sino á la justicia el dominio sobre el universo moral, la dirección del universo físico? ¡Ah, católicos, no abriguéis ideas tan tristes! El mal nos cerca por do quiera, es verdad; pero el remedio es más poderoso que el mal; y en definitiva, el bien sobrebunda aún en nuestra vida caduca y fugitiva. Dios nos pone en las manos tantas remedios y tan soberanamente eficaces, que el mal, no solo no nos puede dañar, á ménos de no quererlo nosotros, sino que El mismo es la ocasion de mayor bien. No parece sino que se agotan los tesoros de la divina bondad cuando algun mal viene á aquejarnos. Y no solamente esto, sino que, como si fueran todavía pocas las finezas que Dios obra por sí mismo á nuestro favor en tiempo de la tribulacion, todavía ha abierto otros tantos canales como hay santos en el Cielo y en la tierra, para derramar con más y mayor abundancia sobre el campo de nuestra enferma humanidad toda suerte de consuelos, toda suerte de remedios. El glorioso S. Emigdio ha sido en todo tiempo poderoso abogado contra los vicios, contra las tentaciones del demonio; y para más exaltar nuestra fe, el Señor nos ha librado por la intercesion de este santo, de la furia de las tempestades y de mil otras públicas y privadas calamidades. Así lo ha experimentado la Italia, el Africa, las Galias, la España, las Américas, la cristiandad entera. Deseando contribuir, en cuanto mis débiles alcances lo permitan, á ensalzar las glorias del Santo, objeto hoy de vuestra fervorosa piedad, me propongo en este discurso haceros ver en S. Emigdio, un santo escogido de Dios y presentado por El á nuestra veneracion, para el socorro de nuestras necesidades espirituales y temporales. Imploremos ántes el auxilio de la divina gracia: *A. M.*

La misericordia, dice la santa Escritura, es más válida que la jus-

ticia delante de Dios. Palabras consoladoras, palabras necesarias, para que no juzguemos esta vida como un presente el más funesto. Porque, en efecto, católicos; si no entreviéramos el bien, el remedio, el consuelo al través de los males que nos cercan de continuo, nuestra existencia seria un dón funestísimo, puesto que solo viviríamos para ser, ó testigos, ó autores, ó víctimas de tanta iniquidad, de tanta maldad como inunda la tierra, y que parece hallarse en posesion de ella desde tiempo immemorial. Mas nó; el Dios bueno, el Dios misericordioso, el Dios que ha criado al hombre para hacerle feliz, no ha podido abandonarlo de tal suerte, que no le dejara otra alternativa, que ó ser esclavo del mal, ó escoger la muerte, el peor de todos los males, puesto que es la absoluta negacion de todo bien. La benéfica Providencia lo ha dispuesto todo de tal manera, que donde el mal fuese mayor, mayor fuera tambien el remedio; donde las ocasiones del pecado fuesen más numerosas, numerosísimos fueran tambien los socorros de la gracia. Todo, así en el órden moral como en el órden físico, todo ha sido dispuesto con peso y medida; todo balanceado y puesto en el mayor y más exacto equilibrio.

La intercesion y el patrocinio de los santos son uno de los canales, por donde la divina misericordia derrama sobre la árida tierra de nuestro corazón sus celestiales aguas, sus benéficos ríos, para fecundizarla en frutos de vida eterna. ¿Quién de vosotros no ha sido testigo de favores concedidos á la afligida humanidad por medio de estos héroes ilustres?

El Santo, cuyos cultos hoy solemnizais, es uno de los que más ha ilustrado el Señor con el dón de milagros, y con los prodigios obrados por su intercesion despues de su muerte. Muy escasas son las noticias que los anales eclesiásticos nos dan de su vida: la piedad de los fieles y la santa tradicion nos han trasmitido hasta nosotros algunas de ellas, que la voracidad del tiempo, ó los trastornos tan repetidos, han hecho desaparecer de los monumentos escritos. Pero, católicos; ¿cáscas esta pérdida material de un pergamino, más ó ménos extenso, es capaz de detener el curso de la ilustre memoria de un Santo, cuyas obras han sido tan portentosas? Seria pretender parar la corriente del aire con oponerle unas altas murallas. Cuando se graba en el corazón del hombre cristiano un beneficio, dos, ciento, mil, recibidos todos por medio de la intercesion de un tal héroe, ¿creéis que ni las persecuciones, ni las guerras, ni los trastornos de los imperios; ni esas transmigraciones inmensas acontecidas más de una vez en el curso de la historia de la humanidad; creéis, digo, que puedan bastar á borrar la memoria de hechos tan extraordinarios?

¡Ah, católicos! poco conocéis la solicitud de la providencia del Omnipotente, si abrigáis en vuestros espíritus el menor recelo, de que se perdiéra la traza de hechos tan útiles á la santa Iglesia de Jesucristo. El Señor se cuida de perpetuar, por medios muy sencillos y naturales, la memoria de esos grandes hechos, consignándolos desde luego en el corazón de los que fueron testigos de ellos, é inspirándoles el cuidado de perpetuarlos de generacion en generacion.

San Emigdio floreció á principios del siglo cuarto, ó á últimos del tercero. Fué natural de Tréveris, la ciudad de los Santos, puesto que los cuenta por millares nacidos en su seno, y la mayor parte habiendo derramado su sangre por nuestro Señor Jesucristo. Fué oriundo de un linaje ilustre, llamado de los Francos, aunque de padres gentiles. A los veinte y tres años de su edad, y previos todos los largos y rigurosos preparativos del catecumenado, recibió la fé de Jesucristo, á despecho de sus padres, que se lo impedían de todos modos, valiéndose de todas las mañas imaginables para que su hijo no profesase una religion que ellos detestaban. ¡Ah, católicos! vosotros, que tenéis la dicha de nacer de padres que lo son, y que hacen consistir su mayor dicha y la vuestra, en la de hacer inscribir vuestros nombres entre los de los regenerados por el santo bautismo; vosotros, que habéis tenido la dicha de nutrirlos en vuestra primera infancia á los pechos de vuestras madres cristianas; vosotros, á quienes vuestros padres proporcionan todo género de instruccion piadosa; vosotros, que habitáis bajo la égida de un gobierno cristiano, católico y celoso defensor del cristianismo; vosotros, que vivís en una sociedad toda católica; vosotros, cuyos antepasados han profesado vuestra misma religion santa; vosotros, digo, no podéis imaginar siquiera, lo mucho que tenía que vencer la gracia para salir triunfadora de tantos obstáculos, y llenar el corazón de fortaleza, el alma de heroismo, para abrazar una religion, que en aquella época era un camino que conducía inevitablemente al martirio.

El jóven Emigdio hizo profesion pública de cristiano en lo más florido de su edad, cuando, sin faltar en el órden civil á lo que por las leyes debía á su padre, podía disponer de su propia persona. Despreció todo cuanto una posicion brillante le ofrecía en lo porvenir; holló los honores que el mundo le prometía; opuso un muro de bronce á las pasiones juveniles; y no vaciló un momento en consagrar sus fuerzas, su influencia, sus bienes de fortuna y las dotes bellas de que estaba adornado, á la defensa, á la práctica y á la predicacion del Evangelio. Apenas se declaró públicamente cristiano, cuando ya principió á ejercer el apostolado de la caridad, convirtió

á sus doce hermanos, y á muchos de sus compatriotas. Escogió de entre ellos tres, Euplon, German y Valentin, con quienes vivió en mancomún, entregándose con ellos á todos los ejercicios de la religion, segun y cómo las circunstancias se lo permitian. Lleno de celo por la conversion de las almas, é inspirado por el Espíritu Santo, se fué á Roma, y se hospedó en una casa situada en la isla del Tiber. Una hija de la casa, atacada hacia cinco años de una enfermedad incurable, que la imposibilitaba para todo, fué curada milagrosa y repentinamente por Emigdio al recibir el santo bautismo.

Muchos milagros obraba Emigdio en la capital del romano imperio, propagando así maravillosamente la religion en el seno de las familias. Y en efecto, católicos; ¿cómo dudar de la verdad de una religion, cuya predicacion iba acompañada de milagros? ¿cómo vacilar en creer en la divinidad de nuestro Señor Jesucristo, con cuyo bautismo, con cuya invocacion sola se obraban milagros á la faz del mundo todo? Nada hay tan decisivo á favor de una doctrina, de una verdad, de un hecho dogmático, como el milagro. Cuando solo entran como medio de prueba la filosofia, la razon, el humano criterio; como todo eso es del resorte del hombre, puede estar más ó menos sujeto á producir una conviccion seria y profunda. Pero en el milagro no puede caber ni tergiversacion, ni racionismo; y á ménos de una ceguera voluntaria, la conviccion que produce es sólida, es infirma. Hé ahí la razon, católicos, porque se ha servido Dios de los milagros para probar la verdad de la religion delante de un pueblo ignorante, de una parte, y por otra, fanático. Otro de los milagros obrados por Emigdio en Roma, que más sensacion produjo en el pueblo, fué la curacion de un ciego, á quien el Santo restituyó la vista delante de la muchedumbre con la sola señal de la cruz.

La muchedumbre, creyéndole hijo de Apolo, poseída de un febril entusiasmo por el Santo, lo llevó como en triunfo al templo de Esculapio. Pero Emigdio, llegado allí, publicó en voz alta, que él era discípulo de Jesucristo, verdadero Dios y hombre; anunciéles su divinidad, y predicóles su doctrina; y allí mismo, con solo invocar el nombre de Jesús, restituyó la salud á una multitud inmensa de enfermos, que en balde la habían implorado del ídolo. Encardecido de un santo celo, destruye Emigdio las aras de Esculapio, hace pedazos el ídolo, y arroja al Tiber los fragmentos. A la vista de tantos prodigios, los sacerdotes del templo de Esculapio se convierten, y mil y trescientos gentiles con ellos, á nuestra santa religion.

Tantas conversiones y tantos prodigios llamaron necesariamente la atencion del prefecto de la ciudad, quien intimó al Santo las más

terribles amenazas. Pero Dios, que lo reservaba todavía para mayores cosas, le mandó por medio de un ángel, que se presentase al papa Marcelo, quien le ordenó obispo, y lo envió á Ascoli, no lejos de Roma, en la misma Italia. Disposición divina fué esta misión del papa S. Marcelo á S. Emigdio, pues que ella dió ocasion á una muchedumbre infinita de conversiones, y á numerosísimos prodigios obrados por la mediación de nuestro Santo. Y en efecto; apenas salió de Roma, cuando los prodigios se iban multiplicando de suerte, que durante el viaje, familias, pueblos, comarcas se le iban reuniendo, y pidiéndale el santo bautismo. Grande fué el consuelo de nuestro Santo, al tocar por sus manos los efectos prodigiosos de la gracia sobre aquella inmensa muchedumbre que le seguía; daba gracias á Dios de que su persecucion en Roma habiese dado motivo á aquel viaje, que tan provechoso fué para aquellas comarcas, y tan fecundo en frutos para la Iglesia de Jesucristo. Amados míos en el Señor, todas las cosas suceden en bien á los que aman de veras á Dios. Sin duda ninguna es de creer, que el glorioso confesor de la fé, Emigdio, suspiraba ardientemente por el martirio; y ¿qué mejor ocasion que la que se le presentaba en Roma con la persecucion del prefecto de la ciudad, Postumio Tietano? Pero el Santo, dejándose en todo conducir por el espíritu del Señor, no solo no hizo la menor resistencia á la inspiracion de lo alto para salir de Roma, sino que se fué á poner á las órdenes del papa S. Marcelo. En este paso de prudencia, de subordinacion y de figuroso deber se encierra una enseñanza, que no quiero pase inadvertida á vosotros, porque todo lo que viene de los santos es digno de la mayor veneracion y de ser pesado con madurez y detenidamente.

En esto nos quiso dar ejemplo nuestro Santo, de la veneracion que debemos acatar al Vicario de Jesucristo: Sabia muy bien el glorioso S. Emigdio, que sin estar sincerá y cordialmente adherido al centro del catolicismo, al centro de la unidad, al centro de la comunión católica, imposible seria agradar á Dios, vanas serian todas las virtudes; y aún hasta el martirio mismo dejaria de serlo, si el mártir no estuviese íntimamente unido á la Cabeza de la Iglesia universal. Por esta razon cree que la mejor, aún más, la sola preparacion para ejercer el apostolado y padecer, si necesario fuere, el martirio, es: la de unirse inviolablemente al Obispo de Roma, y considerarse bajo su entera dependencia en lo perteneciente al órden jerárquico, á la disciplina y á la doctrina. Obtenido el beneplácito del sucesor de S. Pedro, y recibida de él, con la consagracion episcopal, la vena, parte de Roma seguro y animoso.

Al aproximarse Emigdio á Ascoli, los demonios, furiosos de desesperacion, principiaron á vociferar por medio de los ídolos y estátuas profanas, que un peregrino, un extranjero, era la causa de su rabia y dolor; tratando así Satanás de conmover al pueblo contra nuestro Santo. Y en efecto; el pueblo, permitiéndolo Dios así, se alborotó contra Emigdio, pidiendo á gritos su muerte en holocausto de sus dioses. Polimnio, presidente de la ciudad, le mandó comparecer ante sí, como lo verificó el Santo. Polimnio principió por disuadirle de ser cristiano, y á instarle á que ofreciese incienso á los ídolos, diciéndole, que no solamente le haria dichoso, sino que le daria una hija suya en matrimonio. Señaló un plazo á Emigdio; pero nuestro Santo lo empleó en convertir á una inmensa multitud de idólatras; y de una sola vez administró el santo bautismo á mil sesenta y una personas, entre ellas una hija del presidente Polimnio, las cuales se convirtieron á la vista de un milagro obrado por S. Emigdio, que hizo brotar de una roca grandes borbotones de agua.

¡Desdichado Polimnio! cuán ciego andas en tus pretensiones con Emigdio! Emigdio ha ofrecido su vida á Jesús hace muchos años, y si vive, solo vive para Jesús; y ¿tú le mandas que renuncie al verdadero Dios, y que ofrezca incienso á ídolos de tierra? ¿Quiéres que tema la muerte el que ningun apego tiene á la vida? Le ofreces honores y riquezas; pero si holló aquéllos, y se despojó de éstas, cuando solo tenia veinte y tres años; y ahora que está en la edad madura, ¿pretendes hacerlo caer en los lazos de una red, que tanto tiempo há rompió? Le ofreces en casamiento á tu hija; pero ¿qué mella le puede hacer esta promesa á quien tiene su carne crucificada; á quien renunció esposa, madre, y hermana por seguir á Jesucristo? Cuando Polimnio se hubo convencido, de que era inútil toda tentativa de retractacion respecto de Emigdio, y que su celo para propagar la religion cristiana era cada dia mayor, así como el número de las conversiones, que iba en aumento al ruido de los grandes y repetidos milagros que Dios obraba por su medio; determinó hacerlo morir. Mandó prenderle, y Emigdio se presentó gustosísimo al tribunal. A las preguntas del juez, Emigdio respondió con entereza, pero con moderacion y con dignidad. Viendo el juez que toda dilacion no haria sino aumentar en el pueblo el entusiasmo por Emigdio, mandó cartarle la cabeza fuera de la ciudad. Pero, ¡oh milagro estupendo y que llenó de confusion al impio Polimnio! El tronco del cuerpo del Santo, aunque descabezado, se quedó en pie como si viviera, tomó la cabeza entre las manos, y la llevó, en presencia de un gentío inmenso, á

un monteito (1), distante trescientos pasos del lugar de su suplicio. Así acabó con un milagro una vida, prodigio de milagros.

Y creéis, católicos, que el glorioso S. Emigdio dejó, con la vida, de continuar á favor nuestro sus benéficos influxos, su poderosa intercesion para con Dios? El Santo, por mudar de vida, no mudó de condicion; trasladado al Cielo, no solo no ha olvidado á sus devotos en la tierra, sino que emplea con más eficacia que nunca su valimiento en favor de los que le invocan. Y en efecto; cuando el cielo cubierto de negros y espesos nubarrones amenaza en el estio acabar con los sembrados, descargando con furia inmensas aguas que hagan salir los rios de madre, que cubran espaciosas llanuras convirtiéndolas en vastas lagunas; ó bien, que precipitándose cual impetuoso torrente desde las cimas de las montañas, y desde las altas crestas, amenazan inondar los valles, arrancar de enajo los árboles, descarnar lo más florido de los campos; ¿no ha sido Emigdio el que, invocado por los acongojados labradores, que veian próximas á desvanecerse sus más dulces esperanzas, ha disipado esas capas de nubes, quedándose el aire puro, tranquilo, bonancible? Si en otra ocasion, un caudaloso rio, saliéndose de sus diques, amenazaba inundar pueblos enteros, y arrebatar consigo edificios, llevarse ganados, y familias, envolviéndolo todo, todo, en sus furiosas olas, y sembrar así por toda una provincia, por todo un reino, por toda una comarca el espanto, la miseria, las lágrimas, la desolacion y la muerte; Emigdio, invocado por los atribulados vecinos, amansa la furia de los rios, hace que las aguas se retiren, y que las ondas sigan su curso natural y pacífico.

Si, en fin, en algunos de esos dias en que la atmósfera parece de fuego, en que el calor se hace insoportable, un fenómeno meteorológico amenaza con el granizo, con la piedra, con la ventella, con el rayo; si ya el horrendo trueno anuncia por lo alto la proximidad del peligro; si ya las aves presentan la borrasca que se acerca, la tormenta que intimida, el nublado sombrío que lleva en su seno los elementos destructores del laborioso atan del campesino; ¿no ha sido el glorioso S. Emigdio quien, invocado con fervor, ha hecho disipar el nublado, desaparecer la tormenta, convertir la borrasca en un aura suave, fresca, mansa, que purifica el ambiente, refrigera el ardoroso clima, y restituye á los corazones oprimidos la alegría, la

paz, el consuelo, la esperanza? Mucho, mucho podria extenderme, católicos, en la narracion de los milagros obrados por la intercesion del glorioso S. Emigdio; pero queda ya probada la proposicion, cabeza de este discurso, á saber: Que el glorioso S. Emigdio ha sido un Santo escogido por Dios y presentado á nuestra veneracion para el socorro de nuestras necesidades espirituales y temporales. Las numerosas conversiones obradas durante su vida en su mision evangélica, y después de su muerte, por la invocacion de su patrocinio, ó por medio de su santo cuerpo, en la ciudad de Ascoli, en Italia, en donde se halla y venera con la mayor devocion; las numerosas curas obradas en el curso de su predicacion evangélica, y los prodigios que, después de su muerte, ha obrado contra las tempestades; todo, todo probado y justificado por la constante tradicion de sus fieles devotos, viene en apoyo y corroboracion de mi asercion, de la justicia de vuestra piedad, y del fundamento de vuestra confianza en la poderosa mediacion de nuestro Santo.

Amados míos en el Señor: al acabar de hacerlos el sucinto relato que precede, un sentimiento de tristeza se apodera de mi corazón. Como es posible, me pregunto en mi amargura, cómo es posible que haya cristianos tibios ó indiferentes á la vista de tantas y tan estupendas maravillas? Demos gracias infinitas á este Padre amoroso, á nuestro divino Redentor, que no contento con derramar toda su sangre en el santo árbol de la Cruz por nuestro remedio, que no contento con inmolarse todos los dias en el incruento sacrificio del altar por nuestro bien, nos hace el celestial don de un patrono tan amante de sus fieles devotos, como lo es nuestro glorioso S. Emigdio. Acudamos, católicos, á él con la confianza de hijos, seguros de que nada nos negará, y que intercederá á nuestro favor para con el Señor Dios todo poderoso. Acudamos á él para que nos libre de males temporales, y mucho más todavía de los males eternos. Pidámosle encarecidamente, nos libre en esta vida de todo mal temporal, y que nos alcance de la infinita misericordia del Señor, para la otra vida, la Gloria eterna que á todos os desee. *Amén.*

(1) En el hueco de este monteito habia una catacumba, ó iglesia subterránea, en donde los cristianos de Ascoli celebraban los sagrados oficios en tiempos de persecucion.

PANEGÍRICO

DE SANTA ESCOLÁSTICA, VIRGEN.

ALERE FLAMMAM
VERITATISSurge, prope amica mea, columbe mea,
et pona.Levántate, apeséstrate amiga mía, paloma
mía, y ponte.

(CANT. II, 10.)

¡Cuán dulce é inefable placer experimenta mi corazón en este momento, al verme tan felizmente emperado en preconizar ante tan piadoso auditorio, la celestial inocencia personificada en una de las más favorecidas esposas de Jesús! ¡Oh, qué consuelo es para el orador cristiano, tener que presentar á sus oyentes el personaje más puro, más bello, más inocente, que Dios se dignó dar al mundo en espectáculo; pero: revelando sus méritos en el solo instante que el alma dejaba las terreneas mansiones para volarse, paloma cándida de Jesús, á lo más elevado de las celestiales montañas!

Escolástica; nombre dulce, símbolo de la inocencia, compendio de virtudes, tesoro de gracias recibidas, arcano de divinos secretos, maravilla para el mundo, admiración para el Cielo. Hé ahí, católicos, la heroína que me ha caído en feliz suerte elegir en este día. Para hablar de un ángel bien es menester ser santo; y mucho me temo que no pierda mucho de sus quilates un panegirico, que solo debiera presentarse perfecto. Como hombre, ¿qué podré yo hacer de bueno? ¿ni cómo podré siquiera registrar con mis débiles ojos la hermosura de tanto sol? Pero como ministro del Señor me acercaré reverente á santuario tan puro, y descorreré el velo con que lo encubrió su humildad, para edificaros con tal asombro de virtud.

La inocencia de Escolástica preparada, preservada y recompensada por el mismo Dios. Preparada en su corazón desde su más tierna edad, por el llamamiento á la dignidad de virgen consagrada al Señor, de esposa de Jesús, primera reflexión: preservada con gracias

especiales en la soledad del monasterio en el monte Casino al lado de su hermano S. Benito, segunda reflexión: recompensada extraordinariamente, esto es, de un modo visible y auténtico por el mismo Dios, reflexión tercera. Imploremos la asistencia del Espíritu Santo: A. M.

Nada ama tanto Jesús como una alma pura, como un corazón inocente: este divino Esposo se apacienta entre azucenas; y cuando quiere atraer á sí á una alma, la vá preparando desde su mismo nacimiento. Como el precio de un alma es infinito, lo arregla y dispone todo en el mundo para bien de las almas que tanto ama. Y no creáis que esto sea una exageración mística, ó un adorno de oratoria; es una verdad, es un hecho, es una consecuencia de un dogma. El alma vale toda una reuelcion divina: esto es de fé; todo el universo material no puede ponerse en paragon con ella; un grano de arena, un átomo, pesa más en una balanza en cuyo opuesto lado se pesara una roca, que toda la creación visible en otra en cuyo contrapeso fuese una sola alma... Dios no hubiera dado de seguro un solo paso por la existencia de todas las criaturas materiales visibles, pues que, en resumen, solo son *maicria*!. Por el rescate de una sola alma hubiera descendido á la tierra desde el Cielo el Verbo divino, atraído por su inefable amor. No es pues, católicos, una exageración el afirmar, que todo lo dispone el Señor en el mundo por la salvacion de las almas. Y así vemos, que queriéndose reservar el Señor para si solo el corazón de Escolástica, dispone nazca de una noble y cristiana familia; que Escolástica reciba una educacion esmerada; que tenga dentro de su familia misma ejemplos de edificacion y de prudencia. El Espíritu Santo la previene con santas inspiraciones. La niña Escolástica corresponde, finalmente, á estas primeras gracias; su corazón se abre todo para el bien, cual capulillo de rosa, que abre sus hojas para recibir los benéficos rayos del sol. El Espíritu del Señor, que la vá llamando insensiblemente á sí, le aumenta sus dones en proporcion de la tierra correspondencia de esta alma cándida. Escolástica, que va sintiendo en su corazón latidos de amor divino, que la hacen ir en busca de lo que no posee todavía á su satisfaccion, se ve impulsada á entregarse toda á su Dios. Con la esposa de los Cantares dice: Esposo mio y Señor, yo corro presurosa en pós de Vos, por los rastros que me vais dejando, al dulce encanto de vuestras inefables comunicaciones.

Pero Escolástica siente un vacío á su alrededor. Sus padres, sin duda, no le escasean sus caricias; su cuerpo, muy lejos de padecer, nada en la abundancia; el culto público, muy lejos de serle entredicho.

cho, se le estimula á seguirlo: nada parece le falta para su paz interior. Sus padres le aman tanto, que jamás la harían contraer estado que le repugne. ¿Qué puede faltarle, pues, á este corazón virginal? Escolástica siente, en efecto, en él un llamamiento superior, que la impulsa hacia el Espíritu Santo. Pero, si la tierna doncellita jamás le negó ni su posesión ni su amor, ¿qué significa, pues, ese desasosiego misterioso? ¿Será por ventura su causa el mundo?... lo desprecia aún antes de conocerle. ¿Algun objeto profano?... los aborrece todos. ¿Riquezas, bienestar, conveniencias?... Le sobran; y le pesan tanto, que ansía por abandonarlas. ¿Amistades, afecciones de familia?... Las huella todas impávida. Mas hé aquí que su hermano Benito se retira al desierto; tres años de contemplacion lo purifican de tal manera, que ya no es hombre: es un serafín, es un querubín en forma humana. Benito la llama desde el desierto, y le encarece las delicias de la soledad... Escolástica lee... se para... un súbito movimiento de alegría pura y de celestial confianza penetra su corazón... medita... consulta... calcula... é iluminada de lo alto, conoce ser la voz de Dios: de su divino Esposo, la que la llama á la soledad para hablarle allí á sus anchuras. Levántate, esposa mía, le dice: apresúrate, paloma mía, y ven. Escolástica, dócil á la voz del Esposo, se dispone á partir; pero el amor filial quisiera detenerla en su hogar maternal. Las virtudes de un padre, la piedad de una madre, el amor de ambos, vienen á presentarse á su espíritu, pretendien turbar su inocente corazón. Apenas se muestra algún tanto perpleja y como pensativa, no para negarse; sino para conciliar sentimientos al parecer encontrados, una dulce y sabrosa reprobacion se hace oír de sus oídos: Oye, hija mía, atiende y escuchame: olvida á tu pueblo, á tu familia y á la casa de tu padre. Escolástica siente en su ánimo una energia sobrenatural, en su corazón una fortaleza divina; y rompiendo por todo humano respeto, y venciendo todo temor, marcha impávida á la soledad, desde donde su hermano asombra al mundo con su santidad. Marcha, gentil heroína, casta esposa de Jesús, inocente paloma del templo santo, y sé feliz y prospera en esa nueva mansion que el celestial Esposo le ha deparado.

Habéis visto la inocencia de Escolástica manifestada en su llamamiento á la dignidad de esposa de Jesús; la vereis ahora preservada con gracias especiales en la soledad del monasterio del monte Casino, al lado de su hermano el gran S. Benito. Que el Señor hiciera del corazón de Escolástica una mansion de la inocencia, era ya por sí solo un don inefable; inocentes empero, fueron criados nuestros primeros padres, Adán y Eva: inocentes salimos to-

dos cuando niños del santo bautismo; y sin embargo, aquellos privaricaron despues; de entre nosotros cuán pocos, cuán raros son los que conservan la bautismal inocencia! Jesucristo, Señor y Esposo de las vírgenes, se propuso ser el guardador de la inocencia de Escolástica, consagrada esposa suya. Con este objeto le habia ya preparado de antemano un excelente maestro en su hermano S. Benito; éste habia de ser su guía y su director visible, para secundar en ella lo que de una manera inefable obraba el verdadero guía y director, el Espíritu Santo, que la guiaba y dirigia invisiblemente. Benito, favorecido con un ascendente extraordinario, debido á sus eminentes virtudes, protegía con la sola sombra de su nombre toda la vasta soledad del monte Casino. Llamado por Dios á ser fundador, cabeza y patriarca, no solo de Religiosos, sino de Religiosas, meditó fundar un monasterio para éstas, separado del bullicio del mundo, y á bastante distancia de sus monasterios de Religiosos. Inspirado del Señor, llama á su hermana Escolástica al desierto, y la pone al frente de un monasterio de vírgenes, á quienes dá unas constituciones análogas. Escolástica se pone enteramente en sus manos, y le ruega se encargue de su direccion. El santo patriarca, movido de piadoso cariño hacia su hermana, y sobre toda, celoso de su santificacion, la toma á su cargo, y le señala un día al año, nada más, para que vaya con alguna de sus hijas y hermanas á un sitio, que no distaba mucho del monasterio; á fin de conferenciar con ella sobre las cosas del Cielo. Escolástica se resignó á esta santa severidad, pues muy lejos de contentarse con un solo día al año de divinos coloquios, hubiera deseado mejor, que en vez de ser un solo día el favorecido, fuese uno solo el exceptuado.

La Santa en el monasterio avanza tanto en la virtud, que más bien era ya un ángel que una persona humana. Contemplaba lo inmenso, lo infinito de la grandeza, de la bondad, de la hermosura del Señor. Dios de todo lo criado; contemplaba la amabilidad de su celestial esposo Jesús, y todo era para ella nuevos incrementos de amor, mayores y más sabrosos incandios en su corazón. Cuántas veces exclamaba esta inocente sagrada esposa: ¡Oh, Dios mío y Señor mío! ¡cuánto es y cuán inefable lo que estais mostrando en el Cielo! vuestra beldad... vuestra grandeza... la magnificencia de vuestro trono... vuestra bondad... la amabilidad de mi divino Esposo Jesús. ¿Para qué me tenéis, pues, todavía en la tierra? ¿Qué puedo yo esperar aquí de bueno, Dios mío, cuando Vos solo sois el sumo bien?... Yo no suspiro más por Vos; yo no puedo amar sino á Vos; yo no puedo pensar sino en Vos, Dios de mi corazón, y herencia mía para toda la eternidad. Toda vez

que os habeis dignado mostrarme vuestra augusta faz, arrebatadme de esta tierra, en donde nada puede serme placentero fuera de Vos. ¡Quién me diéra alas de paloma para volar á vuestra sagrada mansion, y anidarme al pié de vuestro sagrado trono! El celestial Esposo, novido de los tiernos gemidos de la inocente tortollita de la soledad santa, hubiera querido sin duda alguna trasportarla á las mansiones eternas. Pero deseaba que aumentase sus méritos acrecentando sus amorosos suspiros, sus puros anhelos. Mi casta paloma se esconde entre las espesuras de la soledad, para huir de las sirenas encantadoras del mundo, de los lazos del cazador infernal; y se oculta en las concavidades de las murallas, en las estrechuras del valle, en el retiro del monasterio, para guardarse de las asechanzas del enemigo, para cantar libremente los sagrados cánticos del divino amor.

Rociando el pavimento con lágrimas de penitencia, y haciendo resonar los aires con sus acentos puros, con amorosos suspiros, vá formando en su corazon esa mistica escala de la santidad, en que por grados vá subiendo hasta lo más elevado del monte de Dios, hasta el más secreto aposento de su Esposo y Señor. Su bienaventurado hermano, muy lejos de detenerla en tan venturosa carrera, la anima y la sostiene. Conoce la obra del Espíritu Santo en este feliz corazon, y dále gracias por los inefabables dones con que colma á su sierva, por las gracias con que adorna este templo de la inocencia. En el solo día que su celestial prudencia juzga poderle otorgar en cada un año, ¿quién es capaz de saber todo lo que haberia de tierno, de sublime, de divino en esta mistica entrevista de dos almas, cuyos cuerpos estaban, es verdad, en la tierra, pero cuyo pensamiento y atenciones estaban fijas en el Cielo? ¡Oh, quién hubiera podido ser harto feliz para ser testigo de coloquios tan seraficos! ¡Qué no nos haya sido dado conocerlos! Por qué, oh tú grande Gregorio, al tiempo de instruirnos en esta tan interesante particularidad de la vida de nuestra Santa, no nos has dejado escritas aquellas palabras llenas de fuego, aquellos sentimientos penetrados de uncion que se cruzaban de ambas lenguas, de entrambos corazones en esas preciosas entrevistas?... Pero ya veo, ¡oh ilustre cronista de la cándida paloma del monte Casino! ya veo que has querido mejor dejarlas á nuestra piadosa contemplacion, para que, ejercitándonos en ellas, sacásemos el fruto de la imitacion, en lugar de satisfacer solo una piadosa curiosidad.

Vemos ahora la inocencia de Escolástica recompensada extraordinariamente, esto es, de un modo visible y auténtico, por el Espíritu Santo. Que esta tierra, que habitamos por un tiempo, no sea nuestra verdadera patria, es verdad tan conocida, que solo basta enunciarla

para persuadirnos de su exactitud, á pesar de las ilusiones de la humana fantasía. Nuestra verdadera patria es el Cielo; ¿qué extraño es, pues, que nuestra alma suspire sin cesar por esa patria, y que no pueda saciar sus inmensos deseos, ni satisfacer su necesidad de amar sino al Criador, que es por esencia su bien supremo, y fuera del cual no halla sino vacío y turbacion? Escolástica, á medida que iba progresando de virtud en virtud, experimentaba que su corazon se iba inflamando más y más; y que sin un continuo milagro de la omnipotencia y bondad de su divino Esposo, le era imposible contener dentro de los estrechos senos de la humanidad llamas, que tocaban hasta lo más alto del Empireo. No padecía, es verdad, persecuciones ni tormentos con que los hombres hiriesen su cuerpo; un martirio tan cruel como sabroso le esperaba, y este era el martirio de amor. La ausencia de su bien amado era el cuchillo que la heria, y esta mortal vida y la cárcel de este cuerpo era el tirano que la aprisionaba. ¡Oh, cuántas veces exclamaba con S. Pablo la inocente virgen: ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Otras, más enardecida, prorumpia en tiernos ayes: Morir es mi deseo para ir á vivir eternamente con mi Esposo Jesús. Cándida paloma del desierto, no te allijas, tus votos han sido oidos: muy pronto quedarán cumplidos tus deseos, llenadas tus esperanzas.

Entre tanto se llegaba el día señalado por su hermano S. Benito para su conferencia espiritual; aunque nuestra Escolástica era ya maestra, como bien formada en la escuela del Espíritu Santo, anhelaba con ansia santa el momento en que debía tratar de Dios y de las cosas del Cielo con un varon tan consumado. En el día convenido, Escolástica vá al sitio acostumbrado, en donde ya la esperaba su hermano; conoció éste en el semblante de su hermana un anuncio del más feliz agüero. Enabla inmediatamente el más tierno, sentimental y sublime coloquio acerca de las cosas del Cielo. Escolástica escucha más todavía con el corazon que con los oidos; las horas le parecen minutos; pero el tiempo, que jamás se para, le advierte á Benito, que ya lo es de regresar al monasterio. El ilustre patriarca, celosísimo observador de la regla monástica, se dispóna para partir: Escolástica siente en su corazon un no sé qué de divino, de afectuoso y de dulcemente pesaroso; ruega á su hermano no la deje todavía; que su presencia la consuela sobremanera, y que experimenta una como necesidad de prolongar sus divinos coloquios. Benito le dice, energicamente, que no puede permanecer más tiempo fuera de su celda, y que le es preciso regresar. La humilde Escolástica no replica, baja sus ojos, inclina su cabeza sobre la mesa, pónela entre sus manos

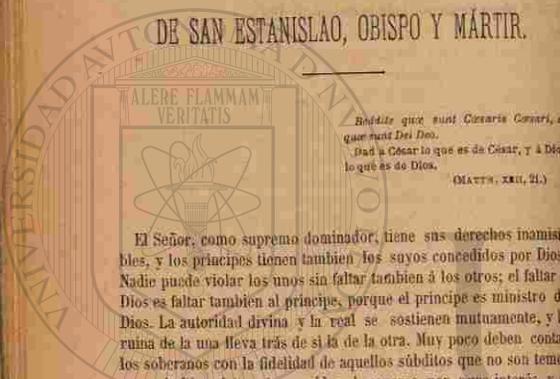
como en acción de rogar al Señor: pídele, instale, vierte lágrimas, y ruégale ardentemente, no permita se vaya tan pronto su hermano. Al momento aparece sobre el horizonte un nubarrón precursor de una tempestad desbocha de granizo, agua, relámpagos, truenos y exhalaciones: una copiosa lluvia inunda en un instante todos los valles del desierto; los torrentes se salen de madre; el agua cae con tanta abundancia é ímpetu, que es imposible dar dos pasos fuera del hospicio. Benito se ve obligado á detenerse; y dice á la santa virgen: Perdonéte el omnipotente Dios, hermana mía; pero ¿qué has hecho? ¿obligarme á pernoctar fuera de mi celda? Escolástica, con la sencillez de paloma, le contesta: Ya lo ves, hermano y maestró mio; te rogué, y no quisiste oírme; pues bien, he rogado á mi Dios, y Él me ha oído. Ahora, mira si puedes salir y dejarme sola. Los santos hermanos pasaron la velada en coloquios divinos, y en alabar á Dios, que tan generoso y bueno se muestra con los que de veras le aman.

En el día siguiente Escolástica, llena de un santo júbilo, regresó á su monasterio, dando gracias á Dios por haberla oído y satisfecho su piadoso deseo. Este último coloquio habla abrasado de tal modo el corazón de Escolástica, que absorbe y como fuera de sí, le parecia hallarse ya á la puerta del Paraíso. Es imposible al humano lenguaje describir esta suprema trasformación del espíritu de Escolástica. Si hasta entonces habia experimentado en su corazón ese incendio divino que lo abrasaba, ahora es un rapto, un rápido vuelo de amor que se lo arranca de sí para presentárselo á Dios; son ahora unos suspiros y unas ansias, que crecen á medida que más claramente ve el objeto de sus inefables amores; pide á su celestial Esposo rompa ese muro de separación que todavía le tiene alejada de su venturosa mansion. Gime cual afligida esposa, á quien todavía no le es dado dar un abrazo eterno á aquel por quien su alma suspira; levanta sus ojos al Cielo, y las lágrimas bañan sus sonrosadas mejillas. El celestial Esposo, atraído por tan dulces lamentos: «Levántate, la dice, amiga mía; apresúrate, paloma mía, hermosa mía, y vén; pues pasó el invierno de tu peregrinación en ese valle de lágrimas. Disipáronse y cesaron las lluvias de las tentaciones; despuntan las flores en nuestra tierra. Llegó el tiempo de la poda. El arrullo de la tortola se ha oído ya en nuestros campos... Levántate, pues, amiga mía, hielda mía, y véntate.» Cándida paloma del monasterio, inocente tortollita de la soledad del monte, sube, sube al Cielo; el celestial Esposo ha cortado con el filo de tu amor los delicados lazos que todavía te aprisionaban. Remonta tu vuelo, virgen santa, y que de un rapto divino te trasporte tu amado y Señor á las eternas mansiones que preparadas te tiene.

Tú subirás al Cielo en forma de paloma, símbolo de tu inocencia, y te hará ver á tu santo hermano para gozo suyo y consuelo nuestro. Sube al empireo, Escolástica ilustre, y desde ese lugar que ocuparás eternamente, pide por nosotros á la Trinidad augusta, que si no podemos presentarnos ante su trono como inocentes, merezcamos al menos como verdaderos penitentes alabar contigo al Padre, al Hijo, y al Espíritu Santo por toda la eternidad. *Amén.*

PANEGÍRICO

DE SAN ESTANISLAO, OBISPO Y MÁRTIR.



Requie que sunt Cesaris Cesaris, et que sunt Dei Dno.

Dñs à Cæsar lo que es de Cæsar, y à Dño lo que es de Dño.

(MATTH. XXII, 21.)

El Señor, como supremo dominador, tiene sus derechos inamissibles, y los príncipes tienen también los suyos concedidos por Dios. Nadie puede violar los unos sin faltar también á los otros; el faltar á Dios es faltar también al príncipe, porque el príncipe es ministro de Dios. La autoridad divina y la real se sostienen mutuamente, y la ruina de la una lleva tras de sí la de la otra. Muy poco deben contar los soberanos con la fidelidad de aquellos súbditos que no son temerosos de Dios: éstos viven unidos al monarca por puro interés, y si éste se muda, cesa su fidelidad; las firmes columnas de los tronos son aquellos que en los principios de la religión han aprendido á respetar y amar la autoridad de Dios en la de sus soberanos.

La historia de Polonia nos propone en el undécimo siglo, reinando Boleslao II, un buen ejemplar de esa verdad. Por aquel tiempo vió la Polonia y el mundo un santo obispo fiel á su patria y á su príncipe, porque era fiel á Dios; celoso en oponerse al vicio, porque amaba fiernamente á su príncipe y á su patria; mas ¡ah! este santo obispo fué víctima de su amor y de su celo; y el desgraciado Boleslao experimentó muy pronto las funestas consecuencias de la ruina de la más firme columna de su trono, y de haber perdido el más fiel y el más valeroso de todos sus vasallos.

Hé ahí, señores, en bosquejo, el retrato de S. Estanislao, obispo de Cracovia, y una sucinta idea de los hechos que han de servir para formar su panegírico: fundaré éste en aquel principio de la política cristiana, el cual asegura, que la verdadera fidelidad de un buen

súbdito consiste, en dar á su Dios y á su rey lo que á cada uno es debido. Vereis, pues, hermanos míos, en S. Estanislao un súbdito, tanto más fiel á su patria y á su príncipe, cuanto lo fué á su Dios: este será el asunto de la primera parte; y un obispo, tanto más celoso de la honra de su Dios, cuanto lo fué del bien de su patria y de su príncipe: este será el asunto de la segunda.

Para desempeñar cristianamente el asunto que me he propuesto, acudo á la intercesion de la Santísima Virgen, saludándola con el Angel: A. M.

Todos los pueblos del mundo miraron siempre el amor de la patria como virtud; la misma naturaleza inspira este amor; y la religion, lejos de desaprobárlolo, lo consagra; pero, aunque todos los ciudadanos son deudores á su patria de ese amor, como á su comun madre, me parece que ésta tiene particulares derechos sobre los nobles: los nobles son como la flor del Estado, gozan de singulares distinciones y prerogativas en la sociedad, y, por lo tanto, están obligados á servirla con mayor esmero. Esta máxima general, en ninguna parte era tan inviolablemente observada, despues de las antiguas repúblicas, como en Polonia; y en esas admirables ideas se crió el jóven Estanislao, las cuales hicieron mayor impresion en su corazon y en su alma, por tener á la religion como fundamento y principio. En el discurso de este panegírico vereis, hermanos míos, como este amor y esta fidelidad á su patria, dimanaban de la piedad, y se confirmaban con la ciencia; despues vereis, que se manifiestan en el estado de vida que abraza; y por último, admirareis su heroicidad en los ejercicios á que se dedica.

¿Qué ejemplos de virtud no tuvo nuestro Santo desde luego en su propia familia? Su padre era más respetado por su nobleza personal, que por la que habla heredado de sus mayores, no obstante de no existir en Polonia quien le excediese en nobleza y en riquezas; su madre, digna por todos títulos de tal esposo, habia sido siempre reverenciada por la Iglesia de Polonia, como una de sus más santas protectoras. Con sus ejemplos se iba formando el jóven Estanislao, los cuales hallaban en su corazon unas disposiciones muy favorables para seguirlos y abrazarlos. Todos admiraban sus talentos: era á un mismo tiempo amado de los pueblos y admirado de los grandes. Manifestaba una profunda penetracion, superior á su edad, junto con una modestia y una prudencia mayor que sus talentos: era elocuente entre los oradores, aún antes de haber estudiado los preceptos de la oratoria; filósofo entre los filósofos, sin haber aprendido todavía sus máximas.

Fué á la capital de la monarquía francesa á perfeccionar sus estudios, en un tiempo en que halló muy poderosos auxilios para lograr sus fines, pues la Iglesia de Francia admiraba entonces á todo el universo con la piedad y doctrina de los Pedros de Cluni y de los Bernardos. ¡Oh Polonia! muy pronto verás regresar á Estanislao cargado de preciosos tesoros de la más pura doctrina; que vá á derramar en tu seno las riquezas que ha juntado con tanto cuidado; perfectamente instruido en los derechos civil y canónico y en las obligaciones de obispo y de súbdito, no solamente se halla en estado de desempeñarlas, sino también de poderlas enseñar.

No podía ménos de conocer nuestro Santo el alto puesto á que la Iglesia le destinaba en su patria; pero al mismo tiempo que estudiaba sus obligaciones, veía sus dificultades y obstáculos, y se atemorizaba. Por otra parte, el olor de virtud que entonces exhalaban las célebres abadías de Cluni, del Cister, y Claravalle, le encantaba; la santa tranquilidad de que gozaban tantos hombres celestiales, le hacía suspirar por aquel género de vida; prefería la utilidad de servir al Dios de sus padres en el silencio del retiro, á la gloria que podía resultarle de ir á anunciar la voluntad del Señor á los pueblos y á los reyes. Mas la vocación se manifiesta, el espíritu de Dios se apodera de Estanislao, como de Ezequiel; oye á este espíritu, que le habla en lo íntimo de su corazón y le dice: Hijo del hombre, sepas que te he escogido para que voles sobre la casa de Israel; si no vés á anunciar al impío que está ya para caer sobre él mi venganza, perecerá en su iniquidad; pero tú me serás responsable de su pérdida. Al oír dentro de su alma esta poderosa voz, los peligros, los obstáculos, las dificultades, el amor á la soledad, todo se desvaneció: la voz del Cielo le dá á conocer de cuanto es deudor á su patria; su corazón se siente con aliento para exponerse á los mayores peligros; se aumenta su amor al estudio, porque sabe que el que ha de instruir á otros nunca debe tenerse por suficientemente instruido; el espíritu que le anima le hace devorar con nuevas ansias los santos libros: *Comede volumin istud*, se llena de este celestial manjar, se alimenta con él, y las divinas noticias que adquiere son en su boca como una miel agradable, la que derrama con abundancia en los pueblos á donde Dios le envía. Con estas disposiciones llega nuestro Santo á Polonia.

Fué puesto sobre el candelero de la Iglesia de Cracovia, que fué lo mismo que destinarle á ser astro luminoso que alumbrase toda la Polonia. Mas no os figuréis hermanos míos, que esta promoción fué repentina y temeraria, pues antes de ser colocado en el trono episcopal, pasó por todos los grados de la jerarquía: el mejor general es el

que ha empezado por simple subalterno; este órden es igualmente útil á los que mandan y á los que obedecen. No debió Estanislao su elevación á su nacimiento, sino á su virtud; no la debió á los servicios de sus padres, sino á los suyos propios; tampoco la recibió como recompensa, sino como cargo, y como un cargo en que antes se habia ejercitado por mucho tiempo: habia leído los libros santos al pueblo antes de explicárselos; antes de establecerle juez de la doctrina ya se habia admirado, en sus elocuentes discursos, lo profundo de su sabiduría; antes de tomar el en su mano el timon del gobierno de su iglesia, habia asistido y acompañado á su obispo en los trabajos de su dignidad.

Vivia en la mayor pobreza y se ejercitaba en continuas y ásperas penitencias; pero su caridad, tiernamente compadecida de las ajenas desgracias, nada negaba á cuantos infelices llegaban á implorar su clemencia: sus limosnas le privaron muy pronto del copioso patrimonio que habia heredado de sus mayores, el cual, no solamente se convirtió en patrimonio de los pobres, sino que ni aun la administración de él quiso retener Estanislao. Vendió las posesiones y distribuyó su precio, sin dejarle su caridad más arbitrio que la divina Providencia, para poder en adelante satisfacer á la bondad de su corazón.

Los sermones que hacia á su pueblo eran muy propios de su génio; estaban dispuestos con una erudicion acomodada, sin ostentacion ni fausto, y animados de una elocuencia suave y amorosa; sencillos y puros, llenos de majestad, acomodados á la inteligencia del pueblo, con el adorno necesario para que no desagradasen á los sábios; mas de manera, que este adorno era natural, y consistía toda su eficacia en las verdades que encarecía. Nada de esto anuncia en nuestro Santo un génio áspero é inflexible; si en adelante se vió precisado á revestirse de la voz del trueno; si como Elias se dejó arrebatat del espíritu de fuego, los males de su patria le obligaron á ello; siempre se manifestó fiel en acudir á remediar las necesidades de su patria, porque siempre fué fiel á su Dios; y si despues se declaró vivamente celoso de los intereses del Señor, acreditaba en esto mismo su celo y su amor á la patria.

Jamás se vió estado más floreciente en el principio, ni más deplorable en lo sucesivo, que el reino de Polonia en tiempo del reinado de Boleslao II: émulo de la gloria del gran Boleslao, su tercer abuelo, le igualó, y aún acaso le hubiera sobrepujado, si despues de haber sido la admiración del Norte por sus heroicas hazañas, no se hubiera dejado deslumbrar de su propia gloria. La naturaleza formó

en él un héroe, y la prosperidad le hizo degenerar en tirano: los bohemios, los rusos, los prusianos y los húngaros experimentaron, sucesivamente, y aún algunas veces todos juntos, la fuerza de su invencible brazo. Aquellos pueblos vencidos admiraron su moderación y su bondad; su corte era el asilo de todos los príncipes desgraciados; la generosidad de Boleslao les hacía olvidar sus desgracias, y su valor les reparaba muy pronto: como justo conquistador prefería la gloria de disponer de las coronas á favor de sus legítimos dueños, á la de cargar con ellas su propia cabeza. En todo este tiempo fueron muy felices sus súbditos; aún sus mismos enemigos no podían llamarse desgraciados; la inclinación guerrera que en él se advertía, servía de esmalte á sus virtudes reales y políticas, las cuales, con sus cristianos procederes, llegaban á lo sumo de la verdadera grandeza: su único cuidado en los diez y seis primeros años de su reinado fué vengar la majestad real ultrajada, defenderla, hacerla amar, amparar á los infelices, socorrer á los necesitados, fundar asilos para la virtud, dilatar el imperio de la Iglesia, y facilitar á todos sus súbditos las dulzuras y utilidades de la paz, en medio de los tumultos de la guerra.

Empero ¡ah! ¿cómo se oscureció tan repentinamente este hermoso oró? ¿Qué viento venenoso manchó su resplandor? ¿Qué se hicieron el valor y la fortaleza de este nuevo David y de todos sus campeones? Corrompido el ejército con el vicio, desde él se derrama el contagio por todo el imperio; hasta el sexo débil abandona el pulcr que le es natural; su iniquidad es, en algun modo, mayor que la de Sodoma; pues sabed, hermanos míos, que bajo de estas alegóricas expresiones del profeta Jeremías, no hago más que pintar muy al natural los desórdenes y desgracias de la infeliz Polonia. Semejantes desgracias siempre han sido efecto necesario y natural de las delicias y de la sensualidad; éstas, al mismo tiempo que corrompen el corazón, turban el entendimiento, debilitan el valor y sofocan la virtud. Las delicias privaron á Sanson de su fortaleza, y á Salomón de su sabiduría; qué cruel venganza no han conseguido siempre contra sus vencedores los pueblos afleminados, cominiándoles su lujo y sus delicias! De esta suerte, señores, la deliciosa ciudad de Kiovia fué el funesto escollo de las virtudes y el sepulcro de la gloria del infeliz Boleslao: no busqueis ya en él al héroe de Polonia, al árbitro del Norte, al protector de los reyes, y el conquistador de los reinos; ya no es más que un vil esclavo de sus propias cautivas. El ejemplo de los reyes tiene un influjo muy poderoso sobre los pueblos: el desorden pasa desde el príncipe á los grandes que le rodean, y de éstos se co-

munica á toda la multitud; ya no acompaña á Boleslao aquel ejército de héroes, que no respiraban más que gloria; su corte se compone de niños infames desertores de su patria, que, embriagados en las delicias de la sensualidad, viven olvidados de sus propias familias. Apenas podrá creer la posteridad las funestas consecuencias que tuvieron tales excesos; los desórdenes de Kiovia fueron como la señal de una prostitución general de toda la Polonia; y apenas se hallaban algunas Susanas en toda la extension de aquella nueva Babilonia, que conservasen algunos pensamientos de honor y de religión. Llegó á Rusia la noticia de estos horrores, y la vergüenza despierta á los soldados polacos de su sensual letargo: no dan oidos sino á su sentimiento; abandonan á su príncipe, dejándole entre sus enemigos para ir á castigar la infidelidad de sus esposas, y el delito de sus galanes, á quienes la desesperacion puso las armas en las manos, para resistir con la fuerza el justo castigo que les amenazaba. Vé Boleslao á Polonia en seguimiento de sus tropas fugitivas, y convierte su reino en un teatro de la más horrible venganza: ¿qué espectáculo éste, católicos! El príncipe armado contra sus súbditos, los esclavos contra sus señores, las esposas contra sus esposos, los hijos contra sus madres; todos, finalmente están resueltos á lavar su injuria con la sangre de sus mismos conciudadanos. ¡Funesta pasion, detestable sensualidad! tales son los frutos de tus deleites.

Apenas habia un año que Estanislao ocupaba la silla episcopal de Cracovia, cuando empezó esa horrible revolucion: quisiera yo tener, hermanos míos, las expresiones de Ezequiel ó Jeremías, para pintar cuanto hizo, cuanto dijo, y cuanto sufrió en esta ocasion nuestro santo obispo; su corazón se deshace al pie de los altares en amargo llanto; las abominaciones de su pueblo penetran su alma con un vivo dolor. Pero os parece, católicos, que se contentará con socorrer á su patria con las lágrimas? No por cierto; al ver la desolacion que vá á causar este funesto torrente de iniquidades, se apodera de él una santa indignacion; su celo se inflama; la mano del Señor le acompaña y le comunica fortaleza. Mas ¡oh Dios mío! nuestro Santo, del mismo modo que vuestro profeta, vá á hablar á un pueblo que no quiere oír; una vez perdida la vergüenza, ¿qué esperanza de remedio puede quedar en el corazón de un criminal? Pero no, generoso pontífice, no se ruborice vuestra virtud en presencia de unos hombres que no se avergüenzan de sus vicios; no los temais, no obstante estar despojados de todo sentimiento de humanidad; la fortaleza de Dios, de que estais lleno, os hará más intrépido para salvarlos, que lo que ellos lo han sido para correr á su perdition. Semejante Estanislao al

gran sacerdote Onías en medio de las turbaciones de Jerusalén y de Judea, unas veces acude al príncipe para aplacar su ira y mitigar su venganza, otras se dirige á los súbditos; y con suaves insinuaciones y persuasiones eficaces, despierta en unos el amor á la patria, y apaga en otros el fuego de los celos y del rencor; hace hablar á la naturaleza, aviva las centellas de religion, que aun no se habian del todo apagado. Pero todavía alcanza más con sus oraciones que con sus discursos: Dios pone en sus manos los corazones de todos; y disponiendo de ellos á su voluntad, consigue, finalmente, la tranquilidad de la Polonia.

¿Qué tesoro tan rico es para un imperio un santo, y, particularmente, un santo como san Estanislao, sábio, elocuente y tan lleno de erudicion como de celo! Mas la desgracia de Polonia consistió, en que Boleslao no supo conocer este beneficio: el exceso á que habian llegado sus pasiones, habia introducido en su alma una irónica demencia, que, después de haberle cegado, le habia hecho insensible á todo. Su trono estaba sitiado de infames aduladores y rodeado de viles esclavos; aquéllos, siempre elocuentes para justificar los más injustos deseos, y éstos, siempre prontos para ejecutarlos. Las personas virtuosas y verdaderamente celosas del bien de su patria y de su príncipe, temiendo ser infectadas con el contagio, se retiraron, ó se contentaron con gemir en secreto: ¡ah, y cuán pocos Bautistas, Crisóstomos, Ambrosios y Estanislaos, se cuentan en el mundo! Ninguno de los santos obispos de Polonia se atreve á presentar al pié del trono las modestas quejas del Estado agotado y de la religion oprimida; todos ponian los ojos en Estanislao; él solo parecia tener el valor necesario para hablar, y la ciencia y prudencia suficientes para que fuesen atendidas sus amonestaciones. ¿Quéos parece, hermanos míos, que hará en tales circunstancias? ¿Disimulará unos males que no era posible ocultar? ¿Hará traicion á los intereses de su Dios, intereses que toda la Iglesia de Polonia ha fiado á su celo? ¿Hará traicion á su príncipe, abandonándole á la venganza del Cielo irritado contra él? El respeto y la condescendencia de que se usa con los príncipes á costa de la verdad y de la virtud, no es tributo que se les deba, sino un tributo que se paga á Satanás. Bien sabia Estanislao está máxima; pero también ignoraba, que si la demasiada condescendencia degenera en lisonja, el demasiado rigor suele conducir á rebelion, y casi siempre es nécia temeridad. ¿Que prudencia no se necesita para no caer en uno de estos tan peligrosos extremos? Quisiera, hermanos míos, poderos referir aquí todas las expresiones del santo obispo, á lo ménos con la elegancia que las pinta el sábio autor de su vida: postrado á los piés

del monarca, boñados sus ojos en lágrimas, no obstante ser señales poco expresivas del vivo dolor que penetra su corazon, le representa su antigua gloria, como fruto de sus virtudes, y le pide no oscurzca en la flor de su edad tanto resplandor; expone á su vista la patria extenuada con la sangre que por él ha derramado en tantas guerras; el triunfo que prepara á los mismos enemigos, que él tantas veces ha vencido; le representa la afliccion de la Iglesia, de esta madre á la cual tan tiernamente ha amado, y que todavía funda en él todas las esperanzas. ¿Será posible, señor, le dice, que frustreis estas esperanzas, ni que quebranteis el juramento de fidelidad que la habeis hecho, el que hasta ahora habeis observado tan escrupulosamente? ¿La habeis ahora de privar de vuestros antiguos beneficios, y os habeis de obstinar en afrentarla? Al decir estas palabras, el dolor sofoca en algun modo al santo pontífice, los suspiros ahogan su voz, no le queda acción sino para abrazar las rodillas de su príncipe, y suplicarle con sus lágrimas, que ponga fin á las desgracias de Polonia, á las de la Iglesia, y á las suyas propias.

¿Qué corazon podrá resistir á tanta caridad? Boleslao finge compasion; no obstante estar acostumbrado su brazo á los mayores delitos, no se atreve á descargarlo sobre Estanislao; pero se dispone á hacerlo por medio de una perfidia. Valiéndose de un indigno artificio, muy propio de Jezabel y de Acab, cita á su presencia al santo obispo como usurpador de una posesion que habia adquirido para su iglesia. Estanislao no tenía más testigo de la legitimidad de su posesion, que el mismo dueño á quien la habia comprado; pero éste habia tres años que habia muerto; no obstante, promete hacerle comparecer: á la frente de su clero y seguido de todo el pueblo, vá lleno de una santa confianza al lugar de la sepultura. ¿Os parece, católicos, que aquel monton de polvo y podredumbre ha de volver á recobrar la vida? No lo dudeis, porque el Señor habita en su siervo. Huesos áridos, exclama Estanislao, oíd la voz de Dios: al pronunciar este precepto, empieza á oirse un ruido confuso y extraordinario; aquellas inanimadas cenizas se mueven, y cobran nueva vida; los huesos se juntan unos con otros, cada uno se coloca en su lugar; los nervios y las carnes se manifiestan, y la piel cubre todo el cuerpo; en este estado se le reune el alma para animarle de nuevo. ¡Ah! cuando el Señor se explica de este modo á favor de sus ministros, es preciso que su celo sea muy justo y legitimo.

Empero la persecucion contra Estanislao no cesa; el Santo tenía muchas veces que ocultarse; mas no obstante lo oculto que vivía, su palabra, llevada en alas del divino celo que le inflamaba, vuela por

toda la Polonia; él mismo siente unos interiores impulsos que no le dejan sosegar. Sus amigos procuran detenerle, más en vano; la prudencia tiene sus límites, fuera de los cuales degenera en cobardía. A los extremos malos corresponden extremos remedios; y aunque éstos no produzcan el deseado efecto, no por eso se ha de motejar de imprudencia al que los aplica. Páreceme, católicos, que estoy viendo al gran sacerdote Zacarías, hijo de Yojada, al pié del altar en donde sacrificaba las víctimas, cayendo él mismo víctima de su celo, á los golpes del monarca de Judd. Esta figura, señores, es muy semejante, y solo se diferencia, en que Estanislao no reclama como Zacarías al tiempo de morir, la venganza de su Dios; porque instruido con la doctrina y el ejemplo de su divino Maestro, ofrece su sangre por el mismo que la derrama. ¿Cómo podía ser infructuoso el sacrificio de tan pura víctima ofrecida por un pontífice tan santo? ¡Oh, Dios mío, que admirables son vuestros juicios! El mayor prodigio, católicos, es ver el efecto que produce la sangre del generoso mártir en su mismo tirano: cruelmente atormentado Boleslao con los remordimientos de su propia conciencia, teme á su mismo trono, huye de él, y en ninguna parte puede hallar sosiego: errante y fugitivo vá de Polonia á Hungría, de Hungría á Carinthia; vuestra mano misericordiosa, oh Dios mío, le condujo á un puerto seguro, en donde permaneciendo el resto de su vida, desconocido de todo el mundo, pudiese alcanzar el perdón de tantos delitos, ejercitándose en obras de penitencia, en compañía de unos famosos solitarios.

Solo resta, señores, que procuremos imitar el admirable ejemplo de nuestro glorioso Santo. Bien veis que la proposición, que naturalmente se infiere de este discurso, es la misma que propuse al principio de él, á saber: que desempeñe mejor las obligaciones que debe á su patria y á su príncipe, aquel que es más fiel en cumplir con lo que debe á su Dios. Seámos, pues, fieles á nuestra patria y á nuestros soberanos, porque esta fidelidad es parte de la que á Dios debemos; seámos celosos de la gloria de nuestro Dios; pero procuremos que nuestro celo sea como el de Estanislao, práctico, para que no sea calificado de temeridad, y generoso cuando la ocasion lo exige, para que la demasiada circunspeccion no degenera en cobardía. Procuremos imitar todas las heroicas virtudes que en él hemos admirado, y de esta manera lograremos, despues de haber celebrado sus triunfos en la tierra, acompañarle en la Gloria. *Amen.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE
DE LOS
PANEGÍRICOS
en honor de los
SANTOS
que contiene este primer tomo.

	PÁG.
PANEGÍrico de los Santos Abdón y Senén, abogados contra las tempestades, rayos y la piedra.	4
» de Santa Águeda, virgen y mártir.	10
» I de San Agustín, obispo y doctor.	47
» II de San Agustín, obispo y doctor, (su Conversion).	29
» de San Alejo.	36
» de San Alfonso Maria de Ligorio.	46
» del Beato Alonso ó Alfonso Rodriguez.	56
» de San Ambrosio.	64
» de Santa Ana.	72
» I de San Andrés, apóstol.	81
» II de San Andrés, apóstol.	91
» de San Andrés Avelino, abogado contra las muertes repentinas.	98
» del Santo Angel Custodio, ó de la Guardia.	108
» de San Anselmo, obispo y doctor.	116
» de San Antolin.	125
» I de San Antonio, abad.	132
» II de San Antonio, abad.	140
» I de San Antonio de Pádua.	149
» II de San Antonio de Pádua.	159
» de Santa Apolonia, virgen y mártir.	167
» de San Atanasio, patriarca de Alejandria.	173
» de San Atilano, obispo de Zamora.	183
» de Santa Bárbara.	191
» de San Basilio, abad, obispo y doctor de la Iglesia.	199
» de San Bartolomé, apóstol.	208
» de San Benito, fundador.	216
» de San Benito de Palermo.	225
» de San Bernabé, apóstol.	236
» de San Bernardo, doctor y fundador.	245
» de San Bernardo Calvo, obispo de Vich.	254

toda la Polonia; él mismo siente unos interiores impulsos que no le dejan sosegar. Sus amigos procuran detenerle, más en vano; la prudencia tiene sus límites, fuera de los cuales degenera en cobardía. A los extremos malos corresponden extremos remedios; y aunque éstos no produzcan el deseado efecto, no por eso se ha de motejar de imprudencia al que los aplica. Páreceme, católicos, que estoy viendo al gran sacerdote Zacarías, hijo de Yojada, al pié del altar en donde sacrificaba las víctimas, cayendo él mismo víctima de su celo, á los golpes del monarca de Judd. Esta figura, señores, es muy semejante, y solo se diferencia, en que Estanislao no reclama como Zacarías al tiempo de morir, la venganza de su Dios; porque instruido con la doctrina y el ejemplo de su divino Maestro, ofrece su sangre por el mismo que la derrama. ¿Cómo podía ser infructuoso el sacrificio de tan pura víctima ofrecida por un pontífice tan santo? ¡Oh, Dios mío, que admirables son vuestros juicios! El mayor prodigio, católicos, es ver el efecto que produce la sangre del generoso mártir en su mismo tirano: cruelmente atormentado Boleslao con los remordimientos de su propia conciencia, teme á su mismo trono, huye de él, y en ninguna parte puede hallar sosiego: errante y fugitivo vá de Polonia á Hungría, de Hungría á Carinthia; vuestra mano misericordiosa, oh Dios mío, le condujo á un puerto seguro, en donde permaneciendo el resto de su vida, desconocido de todo el mundo, pudiese alcanzar el perdón de tantos delitos, ejercitándose en obras de penitencia, en compañía de unos famosos solitarios.

Solo resta, señores, que procuremos imitar el admirable ejemplo de nuestro glorioso Santo. Bien veis que la proposición, que naturalmente se infiere de este discurso, es la misma que propuse al principio de él, á saber: que desempeñe mejor las obligaciones que debe á su patria y á su príncipe, aquel que es más fiel en cumplir con lo que debe á su Dios. Seámos, pues, fieles á nuestra patria y á nuestros soberanos, porque esta fidelidad es parte de la que á Dios debemos; seámos celosos de la gloria de nuestro Dios; pero procuremos que nuestro celo sea como el de Estanislao, práctico, para que no sea calificado de temeridad, y generoso cuando la ocasion lo exige, para que la demasiada circunspeccion no degenera en cobardía. Procuremos imitar todas las heroicas virtudes que en él hemos admirado, y de esta manera lograremos, despues de haber celebrado sus triunfos en la tierra, acompañarle en la Gloria. *Amen.*

FIN DEL TOMO PRIMERO.

ÍNDICE
DE LOS
PANEGÍRICOS
en honor de los
SANTOS
que contiene este primer tomo.

	PÁG.
Panegírico de los Santos Abdón y Senén, abogados contra las tempestades, rayos y la piedra.	4
» de Santa Águeda, virgen y mártir.	10
» I de San Agustín, obispo y doctor.	47
» II de San Agustín, obispo y doctor, (su Conversion).	29
» de San Alejo.	36
» de San Alfonso Maria de Ligorio.	46
» del Beato Alonso ó Alfonso Rodriguez.	56
» de San Ambrosio.	64
» de Santa Ana.	72
» I de San Andrés, apóstol.	81
» II de San Andrés, apóstol.	91
» de San Andrés Avelino, abogado contra las muertes repentinas.	98
» del Santo Angel Custodio, ó de la Guardia.	108
» de San Anselmo, obispo y doctor.	116
» de San Antolin.	125
» I de San Antonio, abad.	132
» II de San Antonio, abad.	140
» I de San Antonio de Pádua.	149
» II de San Antonio de Pádua.	159
» de Santa Apolonia, virgen y mártir.	167
» de San Atanasio, patriarca de Alejandria.	173
» de San Atilano, obispo de Zamora.	183
» de Santa Bárbara.	191
» de San Basilio, abad, obispo y doctor de la Iglesia.	199
» de San Bartolomé, apóstol.	208
» de San Benito, fundador.	216
» de San Benito de Palermo.	225
» de San Bernabé, apóstol.	236
» de San Bernardo, doctor y fundador.	245
» de San Bernardo Calvo, obispo de Vich.	254

	Páa.
PANORAMICO de San Blas, obispo y mártir.	263
» de San Braulio, arzobispo de Zaragoza.	270
» de Santa Brigida, viuda y fundadora.	278
» de San Bruno, fundador.	290
» de San Buenaventura.	301
» de San Camilo de Lelis, fundador.	315
» de San Carlos Berromeo.	325
» de San Casiano, mártir, patrón de las escuelas de niños.	334
» de Santa Catalina, virgen y mártir.	345
» de Santa Catalina de Bolonia.	357
» de Santa Catalina de Sena.	368
» de la Beata Catalina Tomás.	376
» I de San Cayetano, fundador.	386
» II de San Cayetano fundador.	396
» de Santa Cecilia, virgen y mártir.	403
» de San Cecilio, obispo y mártir.	414
» de San Cipriano, obispo y mártir y doctor de la Iglesia.	420
» de Santa Clara, virgen y fundadora.	430
» de San Clemente, papa y mártir.	439
» de Santa Coleta, virgen y reformadora de la Orden de Santa Clara.	447
» de San Cosme y San Damián.	457
» de San Cornelio, papa y mártir.	467
» de San Crispin y San Crispiniano.	476
» de Santa Cristina, virgen y mártir.	485
» de San Cristóbal, mártir.	490
» de San Diego de Alcalá, religioso lego de San Francisco de Asia.	505
» del Buen-Ladron, comunmente llamado San Dimas.	516
» de San Dionisio areopagita.	527
» de Santo Domingo de Silos, abad y confesor.	535
» de Santo Domingo de la Calzada, confesor.	544
» I de Santo Domingo de Guzmán.	552
» II de Santo Domingo de Guzmán.	561
» de San Eladio, arzobispo.	571
» de San Elías, profeta.	578
» de San Eloy.	588
» de los Santos Mártires, Emeterio y Celedonio.	595
» de San Emigdio, obispo y mártir.	605
» de Santa Escolástica, Virgen.	614
» de San Estanislao, obispo y mártir.	622

ESTADO
AUTÓNOMO DE
GENERAL DE